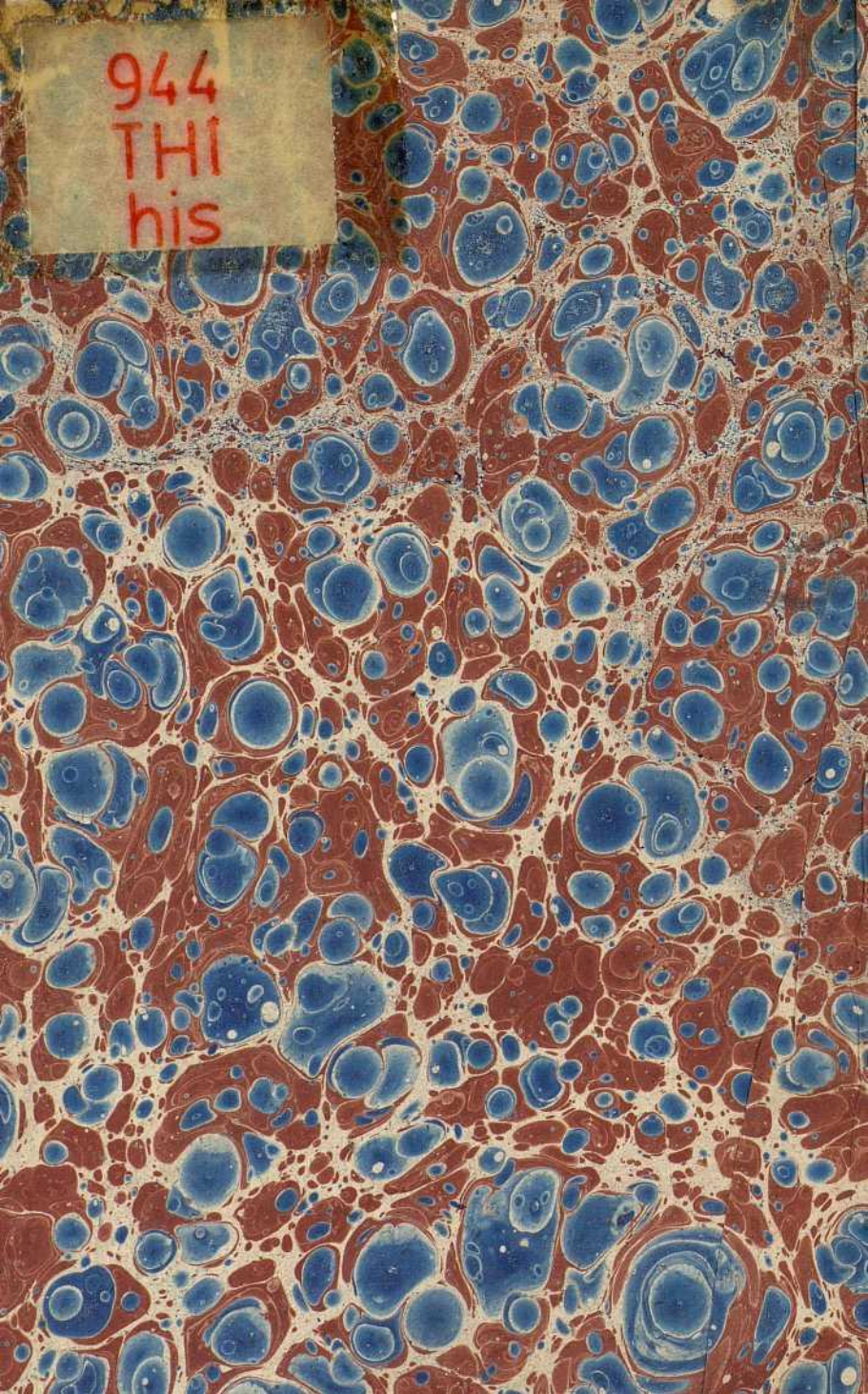


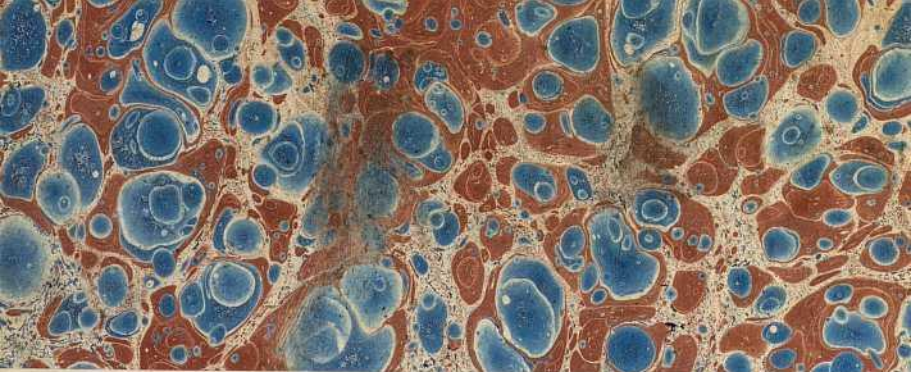




944  
THI  
his

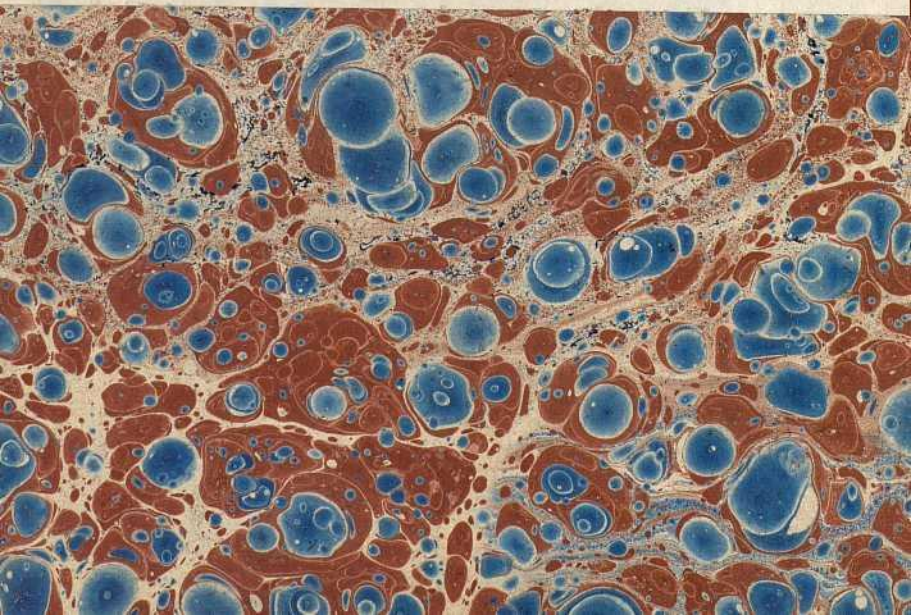




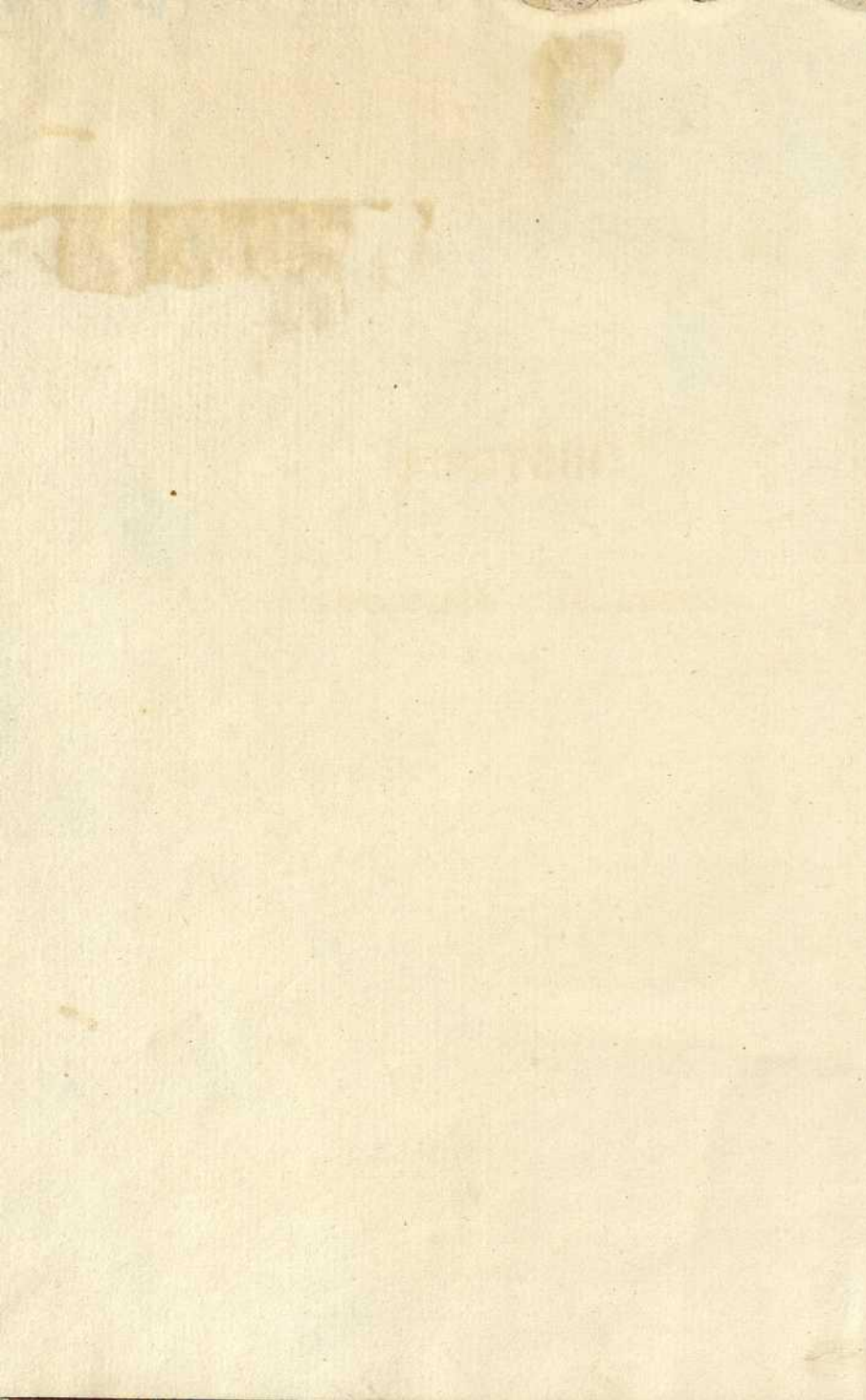


# NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura









# **HISTORIA**

**DEL**

**CONSULADO Y DEL IMPERIO.**

---



HISTORIA

CONSTITUCION Y DEL IMPERIO

HISTORIA

HISTORIA

CONSTITUCION Y DEL IMPERIO



HISTORIA

CONSTITUCION Y DEL IMPERIO



# HISTORIA

DEL

## CONSULADO Y DEL IMPERIO

DE

### NAPOLEON,

### POR M. THIERS.

Traducción corregida y anotada por el señor

**DON ANTONIO ALCALA GALLIANO.**

con 60 magníficos grabados en acero.



R. 10.228:6

**Madrid:**

La Ilustracion, Sociedad Tipográfica-Literaria, Universal.  
Calle de Carretas, núm. 27.

1847.

C. P. 6-2-1955



Esta obra es propiedad de la  
casa de D. Ignacio Boix , Editor  
en Madrid.

# HISTORIA

DEL

## CONSULADO Y DEL IMPERIO.

---

### LIBRO XXII.

#### ULMA Y TRAFALGAR.

Consecuencias de la agregacion de Génova al imperio francés.—Aunque tal agregacion fué un yerro de quien la dispuso, le trajo con todo felices resultas.—Cuán vasto campo se presenta á las combinaciones militares de Napoleon.—Por cuatro lados va á ser acometido el poder francés.—Solamente á uno presta seria atencion el emperador, y se propone repeler la agresion por él de tal manera, que de rechazo por los otros quede malograda.—Expónese cuál es el plan de campaña de Napoleon.—Movimiento de los seis cuerpos de su ejército desde las riberas del Océano hasta las fuentes del Danubio.—Guarda Napoleon profundo silencio en punto á sus disposiciones, enterando de ellas únicamente al elector de Baviera á fin de hacerle suyo dándole aliento.—Precauciones que toma para la conservacion de la escuadrilla.—Vuelve Napoleon á París.—Mudanza en la opinion del público tocante á su persona.—Reconvenciones que le hacen las gentes.—Estado de la Hacienda pública.—Comienzan los atrasos.—Situacion apurada de las principales plazas de comercio.—Escasez de numerario.—Esfuerzos de los comerciantes para procurarse metales preciosos.—Asociacion de la compañía titulada de los «Comerciantes reunidos» con el gobierno de España.—Especulacion hecha en pesos duros.—Peligros de este negocio.—Confundiendo la compañía de los «Comerciantes reunidos» en sus manos los negocios de Francia con los de España causa que los apuros de la una se hagan comunes á la otra.—Consecuencias de esta situacion para el Banco de Francia.—Enojo de Napoleon contra los especuladores.—Remiten á Estrasburgo y á Italia sumas crecidas en oro y plata.—Sácense los conscriptos ó quintos por un decreto del Senado.—Orden y arreglo dados á la fuerza de reserva.—En qué se emplean las guardias nacionales.—Sesion del Senado.—Manifiesta tibieza á Na-



Ag. 1805.

poleon el pueblo de París.—Siente por ello el emperador algun pesar pero sale para el ejército, seguro de volver muy pronto la tibieza en arrebatos de entusiasmo.—Disposiciones de los coligados.—Marchan dos ejércitos rusos uno á Galitzia á dar socorro á los austriacos, y otro á Polonia á amenazar á Prusia.—Viene el emperador Alejandro á *Pulawi*.—Negociaciones que entabla con la corte de Berlín.—Marcha de los austriacos á Lombardia y á Baviera.—Pasa el rio Inn el general Mack.—El elector de Baviera, despues de grandes dudas y confusiones, se da á la Francia y huye á Würtzburgo con su corte y ejército.—Situase el general Mack en Ulma.—Conducta de la corte de Nápoles.—Cómo principian las operaciones militares.—Orden y planta que toma el principal ejército francés.—Pasa éste el Rhin.—Encaminase Napoleon al frente de seis cuerpos de ejército por las faldas de los Alpes de Suabia á envolver al general Mack.—Llega al Danubio Napoleon por las cercanias de Donauwerth en los dias 6 y 7 de octubre, antes que tenga el general Mack el menor recelo de tener cercanos á los franceses.—Pasan éstos el Danubio.—Queda envuelto el general Mack.—Combates de Wertingen y Günzburg.—Da Napoleon en Augsburgo disposiciones para cercar y combatir á Ulma, y ocupar á Munich al mismo tiempo, á fin de separar á los rusos de los austriacos.—Yerro cometido por Murat.—Peligro que corre la division de Dupont.—Combate de Haslach.—Acude Napoleon á ponerse sobre Ulma, y remedia las faltas cometidas.—Combate de Elchingen dado el 14 de octubre.—Queda puesto sitio á Ulma.—Desesperacion del general Mack, y retirada del archiduque Fernando.—Vése reducido á capitular el ejército austriaco.—Triunfo inaudito de Napoleon.—En veinte dias deja destruido un ejército de 80,000 hombres sin dar una batalla.—Continuacion de las operaciones navales desde la vuelta del almirante Villeneuve á Cádiz.—Severo rigor de Napoleon con este almirante.—Sale el almirante Rosily enviado á reemplazarle, y dase orden á la escuadra surta en Cádiz de salir para pasar al Mediterráneo.—Dolor del almirante Villeneuve, y su resolucion de empeñar un combate desesperado.—Estado de la escuadra franco-española y de la inglesa.—Instrucciones de Nelson á los capitanes de los buques de su escuadra.—Precipitada salida del almirante Villeneuve.—Vienen á encontrarse en las cercanias del Cabo Trafalgar las escuadras contrarias.—Ataque dado por los ingleses formados en dos columnas.—Rómpease la línea de la escuadra franco-española.—Heroicidad con que pelean los navios *Terrible*, *Bucentauro*, *Fogoso*, *Algeciras*, *Pluton*, *Aguiles*, y *Principe de Asturias*.—Muere Nelson y queda Villeneuve prisionero.—Sale vencida la escuadra francesa y española despues de una pelea memorable.—Horroroso temporal que viene despues del combate.—Suceden los naufragios á los reveses de la guerra.—Cómo se porta el gobierno imperial con la marina francesa.—Mándase guardar silencio sobre los últimos acontecimientos.—Con el suceso de Ulma se olvida la desgracia de Trafalgar.

Conse-  
cuencias  
de la  
agrega-  
cion de  
Génova  
á Francia.

**E**RA falta grave haber agregado el estado de Génova á Francia, estándose en visperas de una expedicion contra Inglaterra, porque con ello se daba al Austria una razon que habia de resolverla á emprender las hostili-

dades, y se provocaba y llamaba sobre Francia una liga tremenda en la hora en que mas se habia menester conservar el continente en sosiego absoluto para obrar con completo desahogo contra la Gran Bretaña. Ciertamente es que Napoleon no habia previsto las consecuencias de incorporar á Génova en el imperio francés, consistiendo su error en que miraba al Austria con sobrado desprecio, y la creia incapaz de pasar de las quejas á las obras por mucho que la ofendiese. Sin embargo, la agregación dispuesta en tales circunstancias, y por la cual se le culpó con fundado motivo, vino á serle real y verdaderamente ventajosa, porque, si no cabe duda de que habiendo sido capaz el almirante Villeneuve de navegar al canal de la Mancha y ponerse á la vista de Boloña, seria muy de llorar que con una distraccion se hubiese entorpecido la ejecucion del proyecto mas gigante del mundo, yéndose á otro lado el almirante, y reducido Napoleon otra vez á quedarse ocioso, á no ser que tuviese la temeridad de arrojarse al estrecho sin ir amparado por una escuadra, se habria visto en el apuro mas extremado posible. Asi, malográndosele tres veces seguidas una expedicion con tanta frecuencia anunciada, habria venido á quedar expuesto á cierta clase de escarnio, apareciendo á los ojos de toda Europa falto de poder para obrar contra Inglaterra, al paso que, proporcionándole la liga formada en el continente un campo de batalla que le hacia falta, remedió la falta que él habia cometido, cometiendo ella por su parte una grave, y le sacó muy á tiempo de una situacion equivoca y desabrida. Extraña por demas suele ser la cadena que eslabona los sucesos del mundo, viniendo á frustrarse juiciosos proyectos, y á convertirse en aciertos ó buena ventura las faltas, lo cual, sin embar-



Ag. 1805. go, no debe ser motivo para declarar cosa vana la prudencia, y preferirle en los negocios de los imperios los impulsos del capricho! Siempre es razon preferir el cálculo á los ímpetus al dirigir los negocios, pero mal se puede dejar de conocer que sobre los designios de los hombres están los de la Providencia, harto mas seguros y profundos; razon que debe confundir al humano juicio, dándole leccion de modestia, pero sin dictarle que haga renuncia de sí propio.

Abrese  
un campo  
vastísimo  
á las  
combinaciones  
militares  
de  
Napoleon.

Necesario es haber visto de cerca las dificultades que tiene el gobierno de un Estado, y haber sentido cuán difícil es tomar determinaciones en negocios de gran cuantía, preparar los sucesos, llevarlos á cabo, y poner en movimiento á hombres y cosas, para dar su valor verdadero á la resolucion que abrazó Napoleon en el caso de que ahora se va aquí hablando. Una vez pasada ya en su ánimo la pena de ver malogrársele la expedicion de Boloña, se dió todo á su nuevo proyecto de guerra en el continente. Nunca habia dispuesto de tales y tantos recursos, ni en otra alguna ocasion anterior habia visto ponérsele delante un campo de operaciones tan extenso. Cuando mandaba el ejército de Italia tropezaba con el llano de Lombardía y el círculo formado por los Alpes por límites de sus movimientos, y si pensaba en dilatar mas allá sus miras, la cauta prudencia del director Carnot le obligaba á pararse y ceñirse en sus combinaciones. Cuando, siendo ya primer Cónsul, iba concibiendo el proyecto de su campaña de 1800, se veia obligado á tener contemplaciones con sus lugartenientes que eran todavía sus iguales; y si, por ejemplo, discurría para Moreau un plan que podia dar de sí felicísimas consecuencias, se sentia contenido por el apocamiento de

espíritu de este general, y quedaba reducido á dejarle obrar á su modo de una manera segura, pero ceñida á poco, y á encerrarse él mismo en las operaciones de los campos del Piamonte separados de otro teatro. Bien es verdad que allí donde asistia en persona se señaló con una operacion que en todos tiempos será mirada como un prodigio del arte de la guerra, pero al cabo su singular entendimiento al querer tomar su vuelo y extension habia tropezado con estorbos. Por la vez primera se veia en el uso de todo su libre albedrío, teniendo la libertad de que gozaron Alejandro ó César. Entre sus conmlitones antiguos, los que de él estaban celosos ó le andaban cercanos en reputacion, cometiendo por su voluntad actos de imprudencia ó culpas, se habian echado fuera de la palestra, donde solo quedaban lugartenientes sumisos á la voluntad de su superior, los cuales juntaban en sus personas en grado altísimo todas las prendas necesarias para la ejecucion de los designios de aquel á quien tenian por cabeza. Su ejército, cansado de largo ocio y anhelando lides y glorias, formado por diez años de guerra y tres de campamento, estaba preparado á las empresas mas dificultosas y á las marchas mas atrevidas. Toda Europa estaba por teatro en que llevar á efecto sus combinaciones, pues cuando él residia con sus tropas á un extremo del Occidente, en las costas del canal de la Mancha y del mar del Norte, el Austria ayudada por fuerzas rusas, suecas, italianas é inglesas desde lo apartado del Oriente se preparaba á arrojar sobre Francia aquellas turbas armadas puestas á su disposicion por una como conjuracion de varios gobiernos europeos. Todo en suma era grande, la situacion y los recursos. Pero si en ningun otro caso se habia visto hombre



Ag. 1805. alguno tan bien dispuesto á hacer frente á peligros graves y repentinos, por otra parte nadie en ocasion anterior habia tenido que habérselas con iguales dificultades. Aquel ejército, de tal manera preparado que bien puede afirmarse que no le habia habido semejante en los pasados tiempos, estaba puesto en las riberas del Océano á gran distancia del Rhin, del Danubio y de los Alpes, lo cual da razon de que hubiesen consentido las potencias del continente su formacion y permanencia sin declamar contra ella, y se hacia forzoso trasladarle con súbito movimiento al centro del continente. Este problema habia necesidad de resolver, y va á verse cómo hizo Napoleon para atravesar el largo trecho que le separaba de sus contrarios, hasta caer en medio de ellos en el lugar mas á propósito para desbaratar su formidable liga.

Plan  
militar  
de la liga.

Aunque él se habia obstinado en creer la guerra menos cercana que lo que en realidad de verdad estaba, se habia hecho cargo perfectamente de los preparativos y del plan que para hacerla estaban dispuestos. La Suecia estaba armando en Stralsund en la Pomerania sueca; y la Rusia en Revel en el golfo de Finlandia. Habia noticias de que venian adelantando dos ejércitos rusos de considerable fuerza, de los cuales uno comunicaba por Polonia para precipitar en la guerra á la Prusia, y otro por Galitzia para dar auxilio al Austria. No se recelaba, sino que ya se sabia con cabal certeza, estar formados y prontos dos ejércitos austriacos, uno de 80,000 hombres en Baviera y otro de 100,000 en Italia, sirviendo de enlazar á éste con aquel un cuerpo situado en el Tirol cuya fuerza era de 25 á 30,000 hombres. Por último, haber juntas en Corfú tropas rusas y en Malta inglesas así como señales claras de desasosiego en la

corte de Nápoles, no daban lugar á dudas de que se intentaba dar un golpe en la parte meridional de Italia. Ag. 1805.

Preparábanse, pues, cuatro ataques (*véase el mapa número 27*): el primero por la parte del Norte, donde debían caer sobre Hannover y Holanda desde Pomerania fuerzas suecas, rusas é inglesas; el segundo por las márgenes del Danubio, habiendo de ejecutarle los rusos y austriacos unidos; el tercero por Lombardía, encomendado á los austriacos solamente; y en fin el cuarto por la Italia meridional, empresa que habían de llevar á cabo algo despues tropas reunidas de rusos, ingleses y napolitanos.

Cuatro ataques proyectados contra el imperio francés.

Napoleon estaba enterado de este plan tan cabalmente como si hubiese asistido á las conferencias sobre operaciones militares celebradas en Viena con el general Vintzingerode, de las cuales va hablado en la presente historia. Solo una circunstancia estaba oculta al emperador francés, así como tambien era ignorada de sus contrarios, consistiendo ella en saber si se precipitaria en la guerra á la Prusia. Napoleon creia que no, y las potencias coligadas que sí, confiando en que lo conseguirian del rey Federico Guillermo intimidándole. Siendo así, las operaciones de agresion por la parte del Norte en vez de ser una tentativa accesoria, á la cual serviria de grande estorbo la neutralidad de los prusianos, vendrian á ser empresa que amenazaria con grave peligro al imperio francés desde Colonia hasta las bocas del Rhin por los confines de Holanda. Esto, con todo, era poco probable, y Napoleon solo consideraba dignos de cuidado los dos ataques por Baviera y Lombardía, reputando cuando mas dignos de que contra ellos se toma-



Ag. 1805. sen algunas precauciones los dispuestos por la Pomernia y el territorio napolitano.

Combinacion con que Napoleon hace frente á los proyectos de las potencias coligadas.

Determinó pues caer con el golpe de sus fuerzas en el valle del Danubio, y privar de importancia y consecuencias á las operaciones de menor cuantía por el modo con que rechazase él, y frustrarse la agresion mas temible. Estribaba su concepto en un dato sencillísimo, el cual era que estando muy distantes los rusos no llegarían á tiempo de dar socorro á los austriacos. Imaginaba que éstos, impacientes de entrar en Baviera, y de ocupar segun solian el famoso puesto de Ulma, con esta maniobra harían mayor la distancia que los separaba de los rusos, los cuales se presentarían en línea tarde viniendo por la parte inferior del Danubio con su principal ejército junto con las fuerzas de reserva austriacas. Dando Napoleon un golpe duro á los austriacos antes que con ellos estuviesen sus aliados, se proponía ir en seguida sobre los rusos privados del socorro del ejército principal de Austria, resuelto así á valerse del medio facilísimo en la teórica, pero en la práctica difficilísimo, de ir venciendo unos despues de otros á sus contrarios.

Para salir bien con este plan habia menester trasladarse de un modo singular al teatro de las operaciones, el cual era el valle del Danubio (*véase el mapa núm. 28*). Si Napoleon, siguiendo el ejemplo dado por Moreau, se iba Rhin arriba para pasar el rio entre Estrasburgo y Schaffouse, y luego por los desfiladeros de la Selva Negra pasaba á desembocar entre los Alpes de Suabia y el lago de Constanza, acometiendo así de frente á los austriacos situados detrás del Iller desde Ulma hasta Memmingen, no podia conseguir completamente sus intentos, pues, aun venciendo á sus enemigos, de lo cual estaba

mas que en otra ocasion seguro con el ejército formado en el campamento de Boloña, solamente lograria llevarlos ante sí arrollados á donde los esperaban los rusos, con los cuales los juntaria, aunque debilitados en grado mas ó menos corto. Pero le era necesario, como en la campaña de Marengo, y mas todavia que entonces, envolver á los austriacos, y no contentarse con vencerlos sino envolverlos hasta enviar todo su ejército prisionero á Francia. Esto conseguido, podia caer Napoleon sobre los rusos faltos de otro apoyo que el de las tropas austriacas de reserva.

Para el intento le ocurrió á la idea la de una marcha muy sencilla. Uno de sus cuerpos de ejército mandado por el mariscal Bernadotte estaba en Hannover, y otro, cuyo mando tenia el general Marmont, en Holanda, al paso que los demas continuaban en Boloña y sus cercanías (*véase el mapa núm. 28*). Discurrió que el primero bajase atravesando el Hesse á Franconia, á caer sobre Würtzburgo y el Danubio, y que el segundo se adelantase por las orillas del Rhin, aprovechando las facilidades de comunicacion que proporciona el mismo rio, y viniese por Maguncia y Würtzburgo á juntarse con el cuerpo salido de Hannover. Mientras estas dos fuerzas crecidas bajaban del Norte al Mediodía resolvió Napoleon trasladar con rápido movimiento del Oeste al Este, ó dígase desde Boloña á Estrasburgo, á los cuerpos acampados en la costa del canal de la Mancha; fingir con estos últimos un ataque directo por los desfiladeros de la Selva Negra, pero real y verdaderamente dejar la selva á la derecha; y echarse á la izquierda á pasar atravesando el territorio de Wurtemberg, á juntarse en Franconia con los cuerpos de Bernadotte y Marmont; cru-

Marcha de los diversos cuerpos que componian el ejército francés desde las costas del Océano á las márgenes del Danubio.

Ag. 1805.



Ag. 1805. zar el Danubio mas abajo de Ulma, por las cercanías de Donauwerth, y ponerse así á la espalda de los austriacos, rodearlos, hacerlos prisioneros, y, ya libertado de ellos, ir sobre Viena á encontrarse con los rusos.

La situacion del mariscal Bernadotte que vendria de Hannover, y la del general Marmont que vendria de Holanda, daban algunas ventajas, por no necesitar el uno mas que diez y siete dias, y el otro catorce ó quince para ponerse en Würtzburgo al costado del ejército enemigo acampado en Ulma y sus inmediaciones. El movimiento de las tropas que fuesen de Boloña á Estrasburgo embebía para ejecutarse cerca de veinte y cuatro dias, y forzosamente habria de llamar la atencion de los austriacos al desembocadero ordinario de la Selva Negra. Así pues, en el término de veinte y cuatro dias, esto es, sobre el dia 25 de setiembre, podia ya estar Napoleon en el punto decisivo, en el cual, tomando su determinacion sin demora alguna, encubriendo sus movimientos con dilatar ostensiblemente su estancia en Boloña, esparciendo voces falsas, y en fin embozando sus intenciones con el arte de engañar á sus contrarios en que era tan maestro, bien podria haber pasado el Danubio por la espalda de los austriacos antes que ellos ni sospechasen su venida y cercana presencia. Saliéndole favorable esta empresa, en el mes de octubre quedaba ya libertado del primer ejército de sus enemigos, siéndole facil emplear el mes de noviembre en ir sobre Viena, y en venir á las manos en las cercanías de aquella capital con los rusos, á los cuales nunca habia visto antes, y de quienes, si bien sabia que eran soldados de á pié de no comun firmeza, tambien tenia entendido no ser invencibles, porque Moreau y Massena los habian derrotado, lo cual se pro-

ponia él hacer con harta mas dureza. Cuando hubiese llegado á Viena ya se habria puesto muy adelantado á los puntos ocupados por el ejército austriaco de Italia, lo cual seria para éste razon que le apremiaria con urgencia á retirarse (*véanse los mapas números 28 y 31*). Era el proyecto de Napoleon encomendar á Massena, el de mas vigor de ánimo entre los generales sus tenientes, y el que mejor conocia á Italia, el mando del ejército francés de orillas del Adige, cuyo número habia de ser solo de cincuenta mil hombres, pero de los mejores soldados todos ellos, que hubiesen hecho las campañas de allende los Alpes desde la batalla de Montenotte hasta la de Marengo. Con tal que Massena pudiese tener á raya al archiduque Carlos en las riberas del Adige, cosa al parecer fuera de duda para soldados en quienes era costumbre vencer á los austriacos fuese cual fuese su número, y mandándolos un general que nunca retrocedia, llegando Napoleon á Viena dejaba libertad á Lombardia como habia dejado á Baviera poco antes. Si bien era cierto que entonces traeria sobre sí al archiduque Carlos, tambien traeria á su lado á Massena; y juntando con los ciento y cincuenta mil hombres, con los cuales habria venido por la margen del Danubio, los cincuenta mil llegados de las orillas del Adige, se encontraria en Viena capitaneando á doscientos mil franceses victoriosos. Dueño ya de tal conjunto de fuerzas, y habiendo rechazado y destruido á sus contrarios en las dos partes por donde principalmente le habian acometido, que eran Baviera y Lombardia, por fuerza habria de mirar como de corta importancia los ataques que se preparaban contra su poder en el Norte y el Mediodía, ó digase hácia Hannover

Ag. 1805.

Modo  
de obrar  
en lo  
relativo  
á Italia.



Ag. 1805. y hacía Nápoles. Ya, aun cuando contra él estuviese armada toda Europa, nada tenia que temer del total de sus fuerzas juntas.

No por eso se descuidó de tomar ciertas precauciones tocante á la Italia inferior, donde estaba el general Saint-Cyr ocupando las Calabrias con 20,000 hombres. Dióle Napoleon por encargo que cayese sobre la ciudad de Nápoles y se hiciese dueño de ella al primer síntoma de hostilidad que advirtiese. Sin duda habria sido mas conforme á sus principios no dividir en dos trozos el ejército de Italia, poniendo 50,000 hombres mandados por Massena á orillas del Adige, y 20,000 al mando del general Saint-Cyr en la Calabria, sino al revés juntar todas sus tropas en un conjunto de 70,000 hombres, fuerza segura de vencer en la parte septentrional de la península italiana, y que, vencedora, poco habria tenido que temer de la parte del Mediodía. Pero juzgaba que Massena con 50,000 hombres y su carácter bastarian para tener contenido por el espacio de un mes al archiduque Carlos, y miraba como peligroso consentir á los rusos é ingleses poner los piés en tierra en Nápoles y fomentar en Calabria alborotos dificiles de sosegar enteramente. Por esto dejó al general Saint-Cyr con 20,000 hombres en el golfo de Tarento, con órdenes de ir sobre Nápoles á la primera señal, y de precipitar al mar á los rusos é ingleses antes de dejarles tiempo para establecerse en el continente de Italia. En cuanto al ataque preparado en el Norte de Europa y á gran distancia de las fronteras de su imperio, Napoleon para hacerle frente se redujo á llevar adelante la negociacion entablada en Berlin tocante al Estado de Hannover. Habia hecho ofrecimiento de este reino á la Prusia, solici-

tando en pago su alianza , pero, no esperándola formal Ag. 1805.  
de parte de córte tan tímida, le propuso poner depositado en sus manos el Hannover si no le queria admitir en clase de don definitivo. En cualquier caso con tenerle en su poder estaba obligada á mantener á distancia de aquel territorio á las tropas beligerantes , de modo que bastaba su neutralidad para tener cubierto el Norte del Imperio germánico.

Tal fué el plan concebido por Napoleon, en virtud del cual, echando sus cuerpos de ejército con movimiento veloz é imprevisto de Hannover , Holanda y Flandes al centro de Alemania , pasando el Danubio mas abajo de Ulma , separando á los austriacos de los rusos , envolviendo á los primeros y desbaratando á los segundos, metiéndose despues por el valle del Danubio hasta llegar á Viena , y dejando libre y desahogado con este movimiento á Massena en Italia , habia de rechazar muy pronto los dos ataques principales dirigidos contra su Imperio. Quedando asi reunidas al pié de los muros de Viena sus tropas victoriosas, ya nada tenia que temer de tentativas hechas en el Mediodía de Italia donde las haria vanas el general Saint-Cyr , ú otras por el Norte de Alemania donde serviria de estorbo por todos lados á los agresores la neutralidad de la Prusia.

Jamás capitán alguno en tiempos antiguos ó modernos habia concebido ni ejecutado planes en escala semejante , porque nunca tan superior entendimiento, con igual libertad en el uso de su albedrío , dueño de medios tan vastos , habia podido abarcar en sus operaciones tan extensas tierras. Suele verse casi siempre en la guerra que gobiernos irresolutos cuando deben ser activos en las obras pierden el tiempo en deliberar; que



Ag. 1805. otros, faltos de prevision piensan en dar forma y orden á sus fuerzas en la hora en que ya les tocaba tenerlas en el campo de batalla; y que obedeciendo á la suprema potestad generales á ella sujetos apenas aciertan á moverse en el espacio circunscrito á que les es fuerza reducirse. Por el contrario, en el caso de que se va ahora tratando, talento de primer orden, firme voluntad, prevision y libertad completa para resolver concurrían en el mismo hombre á un mismo objeto. Raro es que tales circunstancias se encuentren juntas, pero cuando así sucede tiene un señor á quien obedecer el mundo.

Ordenes  
de  
marcha  
dadas  
para el 27  
de  
agosto.

Orden  
de  
marcha  
prescrito  
al general  
Bernadotte.

En los últimos dias del mes de agosto ya estaban los ejércitos austriacos en las márgenes del Adige y del Inn, y los rusos en la frontera de Galitzia. Parecia como que era fuerza que sorprendiesen á Napoleon; pero no sucedió así, pues dió él sus órdenes todas en Boloña en el mismo dia 26 de agosto para la campaña, recomendando con todo que no se diesen al público hasta el 27 á las diez de la noche. Llevaba con esto la intencion de ganar todo el dia 27 antes de renunciar definitivamente á su grande expedición marítima. El correo salido del campamento en el mismo 27 no habia de llegar hasta el 1.º de setiembre á Hannover. El mariscal Bernadotte ya prevenido debia dar principio á su movimiento el 2 de setiembre, tener su cuerpo de ejército junto el 6 en Goettinga, y llegar á Würtzburg el 20 (*véase el mapa núm. 28*). Llevaba orden de reunir en la plaza fuerte de Hameln la artillería quitada á los hannoverianos, municiones y pertrechos de todo género, los enfermos, los depósitos de su cuerpo, y una guarnición de 6,000 hombres mandados por un oficial denodado, en el cual pudiese tenerse confianza. Esta guarnición

habia de estar abastecida de todo para un año. Si se ajustaba un convenio con la Prusia relativamente á Hannover, las tropas que se quedasen en Hameln habrian de ir inmediatamente á reunirse al cuerpo de ejército de Bernadotte, y, no siendo así, habrian de quedarse en la misma fortaleza, y defenderla hasta perder la vida en caso de que hiciesen los ingleses una expedición por el rio Weser, lo cual no alcanzaria á estorbar, aun quedándose neutral, la Prusia.—«Seré (escribia Napoleón) »tan veloz como era Federico cuando iba de Praga á »Dresde y á Berlin. Pronto acudiré á dar favor á los »franceses que estuvieren defendiendo mis águilas en »Hannover, y precipitaré en el Weser á los enemigos »que de sus orillas hubieren venido.»—Bernadotte llevaba orden de atravesar entrambos Hesses, diciendo á los gobiernos del uno y del otro principado que iba de vuelta á Francia por Maguncia, y de abrirse paso á viva fuerza si de grado se le negaba, si bien por otra parte yendo con dinero en la mano, pagando todos los gastos de sus tropas, y haciéndoles guardar puntual disciplina.

En la misma noche del 27 de agosto salió un correo para el general Marmont llevándole orden de ponerse en movimiento con 20,000 hombres y 40 piezas de artillería con buenos tiros, y de seguir caminando por la orilla del Rhin hasta Maguncia, pasando por esta ciudad y Francfort á Würtzburgo. Esta orden habia de llegar á Utrecht el 30 de agosto. El general Marmont, que anticipadamente habia recibido aviso, habia de ponerse en movimiento el 1.º de setiembre, tocándole llegar á Maguncia el 15 ó el 16, y el 18 ó 19 á Würtzburgo (*véase el mapa núm. 28*). Así los dos cuerpos de

Orden  
de  
marcha  
prescrito  
al general  
Marmont.



Ag. 1805. ejército de Hannover y de Holanda habian de estar en medio de los principados de Franconia pertenecientes al elector de Baviera del 18 al 20 de setiembre, presentando allí al enemigo una fuerza de 40,000 hombres; y como se habia aconsejado con empeño al elector que se escapase á Würtzburgo, si tratasen de violentar su voluntad los austriacos, se le habia proporcionado de seguro que encontrase allí pronto un socorro para su persona y ejército.

Marcha  
mandada  
seguir  
á los  
cuatro  
cuerpos  
de  
ejército  
acampados  
en las  
cercanías  
de  
Boloña.

Por fin en la misma noche del 27 se dieron órdenes á los cuerpos acampados en Ambleteuse, Boloña y Montreuil, las cuales habian de comenzar á ponerse en ejecución el 29 de agosto por la mañana. En el primer día de marcha habian de salir por tres caminos diferentes las primeras divisiones de cada cuerpo de ejército; en el segundo día las segundas; y en el tercero las últimas, siguiéndose por consiguiente unas á otras á 24 horas de distancia. Los tres caminos señalados eran para las tropas del campamento de Ambleteuse por Cassel, Lila, Namur, Luxemburgo, Dos-Puentes y Manheim; para las del campamento de Boloña, por San Omer, Douai, Cambrai, Mézières, Verdun, Metz, y Spira; y para las del campamento de Montreuil, por Arras, La Fere, Reims, Nancy, Saverne y Estrasburgo. Como se necesitaban veinte y cuatro jornadas, podia el ejército entero estar trasladado á la orilla del Rhin entre Manheim y Estrasburgo del 21 al 24 de setiembre. Bastaba con esto para que se hallase allí en tiempo oportuno, porque los austriacos deseosos de guardar algun decoro, y tambien para sorprender mejor á los franceses, se habian detenido quedándose en el campamento de Wels, cerca de Lintz, por lo cual no podian estar en línea antes que

el ejército de Napoleon lo estuviese. Por otra parte, mien- Ag. 1805.  
tras mas se metiesen hácia la parte superior del Danubio,  
y mas se acercasen á la frontera de Francia entre el lago  
de Constanza y Schaffouse, mas probabilidad tenia Na-  
poleon de envolverlos. Entre tanto, varios oficiales en-  
viados con dineros á los lugares por donde habian de ir  
las tropas, llevaban encargo de tener preparados víveres  
en cada lugar de descanso. Asimismo órdenes formales,  
y mas de una vez reiteradas, como todas cuantas daba  
Napoleon, disponian que se diese un capote y dos pares  
de zapatos á cada soldado.

Guardando Napoleon tan profundo secreto que con  
nadie se franqueó, salvo con Berthier y con M. Daru, se  
dejó decir, é hizo correr la voz entre los que le rodeaban,  
que iba á enviar á las orillas del Rhin 30,000 hombres.  
Así se lo escribió á los mas de entre sus ministros. No usó  
de mayor franqueza con M. de Marbois, reduciéndose á  
mandarle que tuviese junta y pronta en las cajas de Es-  
trasburgo la mayor cantidad de dinero posible, lo cual  
venia bien con la noticia dada públicamente de que pa-  
saban 30,000 hombres á Alsacia. Mandó á M. Daru  
que saliese al punto para París, y pasase á verse con  
M. Dejean, ministro del ramo del material de la guer-  
ra, y que allí de su propio puño escribiese todas las ór-  
denes accesorias que requeria la mudanza de situacion y  
destino del ejército, sin que á un solo empleado en la se-  
cretaría se comunicase el secreto. Napoleon mismo dis-  
puso estarse sobre 6 ó 7 dias mas en Boloña para alu-  
cinar mejor al público en punto á los proyectos que  
habia formado.

Como todos los cuerpos del ejército iban á atravesar  
á Francia, salvo el del mariscal Bernadotte, que habia



Ag. 1805. de ir por Alemania publicando que venia á pasar de nuevo la frontera, forzoso era que estuviesen ya marchando para dar noticia de que venian, y que estas nuevas llegasen á París, y de París fuesen á los paises extranjeros, pasando bastantes dias antes que supiesen los enemigos haberse levantado el campamento de Boloña. Por otra parte, pudiendo equivocarse las noticias de estos movimientos con la no encubierta de que iban enviados á la ribera del Rhin 50,000 hombres, quedarian dudosos aun los mas perspicaces, de suerte, que era muy probable que pudiese estar el ejército francés sobre el Rhin ó sobre los rios Necker ó Mein, cuando se le suponía aún situado en las costas del canal de la Mancha. Mandó Napoleon al mismo tiempo salir para Franconia, Suabia y Baviera á Murat, y á Savary y Bertrand, sus ayudantes de campo, los cuales llevaban orden de explorar todos los caminos y las sendas que van desde el Rhin al Danubio, y de observar bien la naturaleza de cada cual de los mismos caminos, y las posiciones militares que en ellos hubiese, ó los recursos para subsistir que por allí se presentasen, así como los puntos por donde pudiese el Danubio ser atravesado con mas conveniencia. Estaba encomendado á Murat que viajase con nombre supuesto, y que, desempeñada su comision, se volviese á Estrasburgo á tomar el mando de las primeras columnas del ejército que llegasen á aquellas inmediaciones.

Para dejar todo cuanto mas tiempo fuese posible ignorantes á los austriacos de lo que él habia resuelto, encargó Napoleon á M. de Talleyrand que difiriese el manifiesto que estaba destinado á comunicarse al gobierno de Viena, y cuyo objeto era intimar á aquella corte

Precauciones tomadas para que no se supiese la marcha del ejército sino lo mas tarde posible.

que diese una explicacion clara y definitiva de su conducta. En respuesta á esta intimacion solo esperaba del gobierno austriaco mentiras, pero en punto á dejarle convicto á los ojos de Europa de la doblez con que procedia, creia bastante hacerlo en la hora en que empezasen las hostilidades. Despachó á Carlsruhe al general Thiard, que, antes emigrado, vuelto á su patria con muchos de su clase, habia entrado á servirla con las armas, y le dió encargo de negociar una alianza con el gran duque de Baden. Hizo ofertas de la misma naturaleza al gobierno de Wurtemberg, alegando que veia cercana la guerra, juzgándolo así por los preparativos del Austria, pero sin decir en caso alguno por qué punto pensaba dar principio á sus operaciones militares. Por fin, solo se franqueó completamente tocante á sus proyectos con el elector de Baviera, príncipe desdichado, vacilante entre darse al Austria su enemiga, ó á Francia su amiga, pero cercana la primera y distante la segunda; y en cuyo ánimo podia mucho para aumentar su irresolucion considerar que en las guerras anteriores él y sus ascendientes, de continuo insultados y hollados por unos y otros beligerantes, al hacerse la paz siempre habian sido desatendidos. Bien comprendia el Bávaro que dándose á Francia podia esperar aumentos de territorio, pero, ignorante aún de estar levantado el campamento de Bolonia, veia el poder francés, en la época de que se va ahora aquí tratando, todo embebido en su contienda contra Inglaterra, mirando á sus aliados de Alemania como amigos importunos, y no en disposicion de darle socorro. Por esto, aunque no cesaba de hablar de alianza al ministro de Francia M. Otto, no se atrevia á concluirla. Pronto variaron las cosas en este punto con haber lle-

Negociaciones  
con  
Baden,  
Wurtemberg  
y  
Baviera.



Ag. 1805. gado al elector cartas de Napoleon, el cual se las escribió en derechura y le anunció (diciéndole que al hacerlo fiaba á su honor un secreto de Estado) que aplazaba sus proyectos contra Inglaterra é iba inmediatamente á ponerse en marcha al frente de 200,000 hombres para pasar al centro de Alemania.—«Sereis socorrido á tiempo »(le enviaba á decir), y, vencida la casa de Austria, se verá »forzada á componeros un Estado considerable con los »despojos de su patrimonio.»—Tenia Napoleon sumo empeño en hacer suyo á aquel elector, el cual tenia 25,000 soldados en muy buen orden, y en Baviera almacenes bien abastecidos, siendo importante ventaja quitar á la liga estos 25,000 soldados, y aun hacerse con ellos. Esto aparte, el secreto corria poco peligro, porque el príncipe bávaro profesaba á los austriacos verdadero odio, y una vez perdido el miedo, nada anhelaba como unirse con la Francia.

Instrucciones  
enviadas  
al  
ejército  
de  
Italia.

En seguida atendió Napoleon al ejército de Italia. Mandó que bajo las murallas de Verona se juntasen las tropas desparramadas por Parma, Génova, el Piamonte y Lombardía. Quitó el mando de aquellas fuerzas al mariscal Jourdan, teniendo las mayores consideraciones con este personaje á quien apreciaba sobremanera, pero sin juzgarle de carácter capaz de servir en aquellas circunstancias, y el cual por otro lado nada conocia del terreno que media entre el Pó y los Alpes. Prometióle emplearle á orillas del Rhin donde siempre habia guerreado, y dió orden á Massena de salir sin demora á su destino. La distancia á que estaba Italia era causa de que hubiese poco peligro en punto á divulgarse estas órdenes, pues seria tarde cuando fuesen conocidas.

Concluido el dar estas disposiciones, dedicó el tiem-

po que aun habia de pasar en Boloña á dictar por sí pro-  
 pio las precauciones mas prolijas para poner su escua-  
 drillla al abrigo de cualquiera tentativa que para des-  
 truir la pudiesen hacer los ingleses. Natural era creer que  
 éstos se aprovecharian de la partida del ejército para in-  
 tentar un desembarco, é incendiar los pertrechos y efec-  
 tos acumulados en las dársenas. Napoleon, que no re-  
 nunciaba al pensamiento de volver pronto á las costas  
 del Océano despues de terminar con felicidad la guerra,  
 y que por otro lado no queria sufrir afrenta de tal gra-  
 vedad como seria para él que le quemasen la escua-  
 drillla, dictó á los ministros Decrés y Berthier las pre-  
 venciones siguientes: Las divisiones de Etaples y de  
 Wimereux habrian de juntarse con las de Boloña,  
 y situarse todas en el fondo del puerto artificial de  
 la Liane, fuera de alcance de los disparos del ene-  
 migo. No podia hacerse otro tanto con la escuadrilla  
 holandesa que estaba en Ambleteuse, pero quedó  
 todo dispuesto para que las tropas situadas en Bo-  
 loña pudiesen acudir á aquel otro punto en dos ó tres  
 horas. Ciertas redes de especie particular, encadenadas á  
 anclas fortísimas, estorbaban la entrada á máquinas in-  
 cendiarias que pudiesen lanzarse contra el puerto en  
 cuerpos flotantes.

Tres regimientos completos, hasta con su tercer ba-  
 tallon cada cual, quedaron en Boloña, agregándoseles  
 doce terceros batallones de regimientos salidos para Ale-  
 mania. Formáronse con los marineros de la escuadrilla  
 quince batallones de mil hombres cada uno, armándo-  
 los con fusiles, y poniéndoles oficialidad de infantería  
 que los instruyese. Dispúsose que alternasen haciendo  
 el servicio, ya en el puerto, ya en los buques que se-

Ag. 1805.

Precau-  
 ciones  
 tomadas  
 antes  
 de salir  
 de Boloña  
 para  
 poner  
 la  
 escua-  
 drillla  
 en seguro  
 de  
 cualquier  
 ataque.



Ag. 1805. guian ejercitándose á la vela, y en los que estaban en el puerto embarrancados. Este conjunto de tropas de ejército y marina componia una fuerza de treinta y seis batallones mandados por generales y un mariscal, siendo este último Brune, que en 1799 habia vencido y obligado á embarcarse á los rusos é ingleses. Ordenó tambien Napoleon que se hiciesen trincheras en tierra al rededor de Boloña para amparar la escuadrilla y los inmensos almacenes que allí habia formado, y que en cada puesto atrincherado asistiese para mandarle un oficial escogido, conservando cada cual su mando particular, á fin de que, respondiendo mejor del lugar encomendado á su guarda, sin cesar estuviese atendiendo á perfeccionar los medios para su defensa.

En seguida encargó á M. Decrés que juntase los oficiales de marina, y al mariscal Berthier que hiciese lo mismo con los de ejército para que ambos explicasen á unos y otros cuán importante puesto era aquel cuya custodia quedaba fiada á su honor, consolándolos porque hubiesen de estarse ociosos mientras acudian sus compañeros á nuevas lides, prometiéndoles que á su vez serian empleados, y aun anunciándoles que pronto tendrian la gloria de concurrir á la expedicion contra Inglaterra, porque, despues de haber castigado Napoleon á las potencias del continente por haberle acometido, volveria á presentarse en las costas del canal de la Mancha, lo cual seria tal vez en la inmediata primavera.

Asiste  
Napoleon  
á la  
marcha  
del  
ejército.

Napoleon asistió en persona á la partida de todas las divisiones de su ejército. Dificil es de concebir cuáles eran el júbilo y ardor de las tropas cuando supieron que iban á emprender una guerra de grande importancia. Cinco años habian pasado sin pelear, y dos y medio eran

corridos que estaban esperando en balde una ocasion de pasar á Inglaterra. Soldados viejos y bisoños, iguales ya casi entre sí de resultas de una vida comun de algunos años, llenos de confianza en sus oficiales y de entusiasmo en su admiracion á un caudillo del cual tenian por cierto que los llevaria á la victoria, prometiéndose las mas altas recompensas de un sistema que habia encumbrado al solio á un soldado venturoso, rebosando al fin en un pensamiento que entonces habia sustituido á todos los demas y era el amor de gloria, todos á una pedian con vivo anhelo guerras, batallas, peligros, expediciones á tierras distantes. Habian vencido á los austriacos, á los prusianos y á los rusos; despreciaban á todos los soldados de Europa; y no imaginaban que hubiese en el mundo ejército capaz de resistirles. Hechos á trabajos y fatigas como las legiones romanas, veian sin susto delante de sí los largos caminos que habian de llevarlos á conquistar el continente. Salian cantando y gritando «*Viva el Emperador!*» y pidiendo venir pronto á la refriega con el enemigo. Sin duda en aquellos ánimos hirviendo de valor era menos puro el patriotismo que en los soldados de 1792, dominándolos mas la ambicion, pero ambicion noble, la de gloria, la de recompensas legítimamente ganadas, y prevaleciendo en sus pensamientos, en punto á los peligros y obstáculos que se les presentasen, una confianza y un desprecio de ellos de los que constituyen soldados destinados á grandes hazañas. Los voluntarios de 1792 querian defender la patria de una agresion injusta; los soldados aguerri- dos de 1805 hacerla la primer potencia del mundo. No hay para qué hacer distinciones entre tales pensamientos y afectos, porque hermoso es acudir á la defensa de la pa-

Set. 1805.

Gozo  
de los  
soldados  
al saber  
que van  
á tener  
guerra  
de  
impor-  
tancia.



Set. 1805. tria puesta en peligro, y no menos hermoso sacrificarse á fin de hacerla grande y gloriosa (1).

Vuelta  
de  
Napoleon  
á París.

Despues de haber visto Napoleon por sus propios ojos puesto su ejército en movimiento, partió de Boloña el 2 de setiembre, y llegó el 3 á la quinta de la Malmaison. Nadie era sabedor de sus resoluciones, creyéndole las gentes embebido en atender á sus proyectos contra Inglaterra, y habiendo solo alguna inquietud relativamente á las intenciones del Austria, hablándose meramente de la mudanza de situacion del ejército de que ya empezaba á correr la noticia, como suponiendo que se reducía al hecho ya público de haber enviado un cuerpo de treinta mil hombres á las márgenes del Rhin superior á observar allí los movimientos de los austriacos.

Disposi-  
cion  
de los  
ánimos  
respecto  
á  
Napoleon

Careciendo el público de un cabal y exacto conocimiento de los hechos, é ignorando hasta qué punto habian apretado los lazos de la nueva liga las artes de los ingleses, echaba en cara á Napoleon que hubiese apretado al Austria hasta lo sumo, ciñéndose la corona de Italia, agregando el Estado de Génova á su Imperio, y dando el de Luca á la princesa Elisa. Seguíase admirándole, teniéndose á grande felicidad vivir bajo gobierno tan

---

(1) Hé aquí la errónea moral del historiador. Con arreglo á ella son casi iguales el ambicioso ofensor y el que con justicia se defiende de una agresion injusta. Atila y Gengis Kan hicieron grandes y gloriosos á sus hunos y á sus tártaros. La guerra mas vituperable, si sale bien, aumenta el poder y tambien el lustre de quien la emprende y lleva á feliz remate. Ahora, pues, ¿ha de ponerse por esto en cotejo el afecto casi santo que mueve á abrazar con entusiasmo la defensa de la patria puesta en peligro con la sed de ganar trofeos, conquistas y riquezas? Segun M. Thiers sí, y aun del cotejo quier se defiende y consigo á su patria saldría poco aunque algo aventajado. Perniciosas y falsas máximas al sentar las cuales no considera quien las propala y sostiene que hay otras naciones ademas de la francesa.

firme y justo como era el suyo, pero se le tachaba la excesiva aficion á una cosa que sabia hacer tan bien, en suma, su amor á la guerra. Nadie recelaba que una dirigida por tal capitan pudiese traer consigo reveses, pero oian las gentes hablar del Austria, de la Rusia y de una parte de la Alemania asalariadas por la Inglaterra, y entraban dudas sobre si la recien comenzada contienda seria de duracion larga ó breve, viniéndose á la memoria sin poderlo remediar las guerras primeras de la Revolucion con todas sus angustias. Sin embargo, la confianza podia mucho mas que otro cualquier pensamiento, si bien no dejaba de sonar cierto murmullo leve de desaprobacion, que para los delicadísimos oidos de Napoleon era por demas desabrido.

Lo que sobre todo contribuia á hacer mayor la pena que sentia el público era que habia en la Hacienda apuros extremados, hijos de causas diversas. Continuaba Napoleon firme en su propósito de nunca tomar prestado.

«Mientras viva (escribia á M. de Marbois desde Milan en 18 de mayo de 1805) no emitiré papel alguno.» En efecto, todavía duraba la falta de crédito causada por los *asignados*, por los *mandatos* y por todas las clases de papel emitidas en la Revolucion, y aunque era temido entonces el emperador de los franceses, y hasta omnipotente, con todo su poder y respeto no tenia fuerzas para dar á una accion de renta de cinco por ciento mas valor que el de cincuenta por ciento, lo cual habria equivalido á un empréstito á 10 por ciento de réditos. Sin embargo, resultaban graves ahogos de semejante situacion, no alcanzando ni el pueblo mas rico á hacer frente á los gastos de una guerra si no se echa á la posteridad parte de las cargas.

Apuros  
en la  
Hacienda  
pública.



---

Set. 1805.

Ya se ha dado razon del estado de los presupuestos.

Presu-  
puesto  
del  
año XII.

El del año XII (de setiembre de 1803 al mismo mes de 1804) calculado en 700 millones de francos (sobre 2660 millones de reales) sin los gastos de recaudacion, habia subido hasta dar setecientos sesenta y dos millones (de reales sobre 152.400,000). Por fortuna las contribuciones, de resultas de la pública prosperidad apenas interrumpida por la guerra bajo gobierno tan poderoso, habian tenido sobre 40 millones de francos (152.000,000 reales) de aumento. En esta suma entraba el derecho de registro, dando un valor de diez y ocho millones de francos, y las aduanas dando diez y seis de los mismos. Faltaba reunir un déficit de veinte y algunos mas millones (como de ochenta millones de reales).

Presu-  
puesto  
del  
año XIII.

El presupuesto de gastos del año XIII (de setiembre de 1804 al mismo mes de 1805), que terminaba en aquel momento, aparecia aún mas insuficiente. Estaba en gran parte concluida la construccion de buques, y al principio habia habido esperanzas de poder reducir mucho el presupuesto de Francia, de modo que, si el general del año XII habia subido á setecientos y sesenta y dos millones de francos, con seiscientos y ochenta y cuatro habia confianza de tener lo bastante para el año XIII. Pero los meses hasta entonces vencidos daban en limpio un gasto mensual como de sesenta millones (sobre 228.000,000 reales), lo que suponía al año setecientos y veinte millones. Para cubrir este gasto habia las contribuciones y los arbitrios extraordinarios. Las primeras, que en 1801 daban quinientos millones de francos (999.900,000 reales), habian subido, á consecuencia del buen pasar general y sin variacion alguna en las tarifas, á producir quinientos y sesenta

millones. Las contribuciones indirectas poco antes res-tablecidas habian rendido cerca de veinte y cinco millones de francos en aquel año, y con unos veinte millones mas procedentes de donativos de pueblos y departamentos convertidos en centavos adicionales se habia llegado á tener seiscientos millones de francos (sobre 2,370.000,000 reales) de renta permanente. Habia pues necesidad de encontrar ciento y veinte millones para completar el presupuesto de ingresos del año XIII. Parte de esta suma quedaba cubierta con los veinte y dos millones del subsidio de Italia. Pero el que daba España de cuarenta y ocho millones (sobre 180.000,000 de reales) habia cesado de recibirse en diciembre de 1804 de resultas de la feroz manera con que Inglaterra se habia declarado enemiga del gobierno español, el cual sirviendo á la causa comun con sus escuadras no podia atender á ella dando á un vecino de sus rentas. Estaba ya consumido el fondo americano dado en pago de la Luisiana. Para suplir la falta de estos recursos se habia añadido al subsidio italiano de veinte y dos millones una suma de treinta y seis de los mismos en nuevos créditos de fianza, especie de empréstito cuyo mecanismo va ya explicado en otro lugar de esta obra, una venta de bienes nacionales por valor como de veinte millones, y por fin ciertas cantidades en número como de seis millones que habia de satisfacer por via de reembolso el Piamonte. Todo ello con las contribuciones ordinarias componia la suma de seiscientos y ochenta y cuatro millones de francos, y, siendo los gastos segun va expresado de setecientos y veinte, hacian falta de treinta y seis á cuarenta millones para completar el total de lo necesario para las atenciones todas.



Set. 1805.

Así habia veinte millones de atraso para el año XII, y cuarenta de los mismos para el XIII. Pero habia algunos mas trabajos. No estando todavía la cuenta y razon en un estado un tanto perfecto, y no poniendo en claro como ahora sucede todos los hechos en un instante, acababan de descubrirse algunos residuos de gastos aun no satisfechos, y algunos artículos de valores imaginarios en los ingresos relativos á los presupuestos de gastos anteriores, lo cual componia una carga mas como de veinte millones. Sumando estos varios déficits, veinte millones del año XII, cuarenta del XIII, y veinte de débitos recién descubiertos, podia avaluarse en cosa de ochenta millones la cantidad de atrasos que empezaba á formarse despues de haberse renovado la guerra.

Empieza  
á  
formarse  
un atraso  
de cerca  
de  
ochenta  
millones.

Medios  
para  
cubrir  
este  
atraso.

Habíanse empleado diferentes medios para ocurrir á estas necesidades. En primer lugar habia el Estado contraído una deuda con la caja de amortizacion, á la cual debia habérsele pagado á razon de cinco millones al año los créditos de fianzas convertidos en recursos, y ademas tambien á razon de diez millones anuales los setenta del valor de los bienes nacionales que le habia adjudicado la ley del año IX para compensar el aumento de la deuda pública. Ninguna de estas dos sumas le habia sido entregada, aunque es cierto que se le habia dado fianza en bienes nacionales, y que no era un acreedor muy pedigüeno. La tesorería le debia sobre unos treinta millones hácia fines del año XIII (en setiembre de 1805).

Habíanse encontrado algunos mas recursos en varias mejoras hechas en el servicio de la tesorería. Si el Estado no inspiraba aún en general grande confianza en materia de rentas, ciertos empleados en este ramo en los

límites de la parte de servicio que desempeñaban la ins-  
piraban en grado altísimo. Así el cajero central del Te-  
soro establecido en París y encargado del giro de fondos  
entre París y las provincias emitía contra sí ó contra  
contribuyentes sus corresponsales libramientos que se  
pagaban á cualquiera ocasion, porque se efectuaban los  
pagos, aun en momentos apurados, con puntualidad com-  
pleta. Este á modo de banco habia logrado poner en  
circulacion hasta quince millones de libranzas (sobre  
57.000.000 reales) que se aceptaban como dinero.

Por último la mejora real y efectiva hecha en el servi-  
cio prestado por los receptores generales habia procu-  
rado recursos casi de igual valor. Para el de las contri-  
buciones directas cargadas sobre los predios rústicos y  
urbanos, cuyo rendimiento era de antemano conocido,  
estando el plazo de su vencimiento fijo como el de una  
renta, se hacia á estos personajes responsables firmar  
libramientos pagaderos mes por mes en sus cajas con el  
título á menudo recordado de *obligaciones de los recep-  
tores generales*. Pero en lo tocante al producto de las  
contribuciones indirectas pagadas irregularmente segun  
es el consumo ó los tratos sobre que recaen, se espera-  
ba á que estuviese realizado su valor para librar contra  
los receptores generales papel llamado «*Bonos á la  
vista*». Así disfrutaban ellos de esta parte de los fon-  
dos del Estado durante un plazo de cerca de cincuenta  
dias. Establecióse que en adelante el Tesoro girase con-  
tra ellos anticipadamente todos los meses cartas órdenes  
por dos tercios de la suma conocida de las contribucio-  
nes indirectas, cuyo rendimiento era de ciento y noventa  
millones, dejándoles en su poder el otro tercio para  
hacer frente á las variaciones en la cobranza, y no en-



Set. 1805. trando estos últimos fondos en tesorería sino según la forma al uso anterior de «*Bonos á la vista*». Este anticipo en cobrar parte de las rentas del Estado equivalía á un socorro de cerca de quince millones.

Así, contrayendo una deuda con la Caja de amortización, creando los libramientos del cajero central del Tesoro, y acelerando ciertas cobranzas, se habían encontrado recursos cuyo valor era como de unos sesenta millones (sobre 218.000,000 reales). Avaluando el déficit en ochenta ó noventa millones, todavía hacían falta como unos treinta para cubrirle. A esto se había proveído, ya quedando en atraso en los pagos á los asentistas, esto es, á la famosa compañía de los *Comerciantes reunidos*, cuyas provisiones se pagaban con alguna falta de puntualidad, ya descontando anticipadamente una suma de las *obligaciones de los receptores generales* en cantidad mayor que lo justo y debido.

Napoleon, tan opuesto á empeñarse, sintiendo repugnancia á andar demasiado trecho en la senda de los atrasos, había discurrido, estando en Italia, una operación que en su entender nada tenía que ver con una emisión de papel de créditos. De los trescientos á cuatrocientos millones de bienes nacionales existentes en 1800, nada quedaba en 1805, no por haberse derrochado entera una suma de tanto precio, sino porque, con intención de conservarla, con ella se había constituido la dotación de la Caja de amortización, la del Senado, la de la Legión de Honor, la de los Inválidos y la de la Instrucción pública. Algunas porciones de esta suma que todavía estaban incluidas en los presupuestos componían el último residuo, el cual se dejaba á la Caja de amortización por vía de desquite de lo que se le debía y no se le

pagaba. Tuvo Napoleon la idea de recoger á la Legion de Honor y al Senado los bienes nacionales que les habia dado en adjudicacion, cambiándoselos por rentas, y haciendo uso de los donativos recobrados para una especulacion con los asentistas. Efectivamente se dieron rentas al Senado y á la Legion de Honor á trueco de sus bienes raices. En vez de cada mil francos (sobre 3,800 reales) de renta en tierras, se les dió 1750 francos de renta en intereses de papel (sobre 6,650 rs.) para compensar la diferencia de unos á otros valores, y ganando así ambos cuerpos un aumento de dotacion anual. Recobrados en seguida los bienes nacionales, comenzaron á ser entregados á los asentistas al precio convenido. Estos, obligados á tomar prestado á las personas de gran caudal en dinero los fondos de que tenian necesidad, encontraban en los bienes raices una prenda ó hipoteca, ayudados por la cual lograban crédito y se proporcionaban medios de continuar su servicio. A la Caja de amortizacion se encargó hacer estas operaciones, y ella sacó de las rentas rescatadas la cantidad necesaria para indemnizar al Senado y á la Legion de Honor, teniendo á su vez el Estado que subsanarle los perjuicios con crear en su provecho una cantidad de rentas correspondiente á la de que la misma Caja acababa de desprenderse. Con estos varios arbitrios, de ellos unos legitimos como las mejoras hechas en el servicio, y otros de no buena especie, como el retrasar el pago de sus créditos á los asentistas, y recoger los bienes dados á diversos establecimientos, se consiguió, segun va dicho, hacer frente al déficit que habia asomado desde dos años antes. En estos nuestros tiempos la deuda flotante, á la cual se provee con lo llamado *bonos reales*, permitiria llevar



Set. 1805. una carga cuatro ó cinco veces mas considerable.

Apuros  
y ahogos  
de los  
comer-  
ciantes.

De todo lo que se acaba de pintar solo habria resultado un apuro muy leve si hubiese sido buena la situacion del comercio, pero no era así, siendo al revés muy diferente. Creyendo los comerciantes franceses en 1802 que duraria la paz maritima, se habian empeñado en operaciones considerables y hecho expediciones á todas las tierras conocidas. La conducta violenta de la Inglaterra, que se echó sobre buques que llevaban bandera francesa antes de haber habido declaracion de guerra, les habia causado pérdidas enormes. Muchas casas habian disimulado sus escaseces y resignándose á grandes sacrificios, y ayudándose unas á otras con su crédito, habian llevado sin arruinarse el primer golpe. Pero el nuevo vaiven, nacido de haber vuelto á empezar la guerra en el continente, habia de hacer completa su ruina. Ya empezaban las quiebras en las principales plazas de comercio, causando una general turbacion. No era esta la única causa de ahogo en los negocios mercantiles. Desde la caida de los asignados, aunque habia vuelto á aparecer muy luego el numerario, quedó siendo insuficiente para las contrataciones por una causa fácil de comprender, y era que el papel moneda, á pesar de haber salido desacreditado aun desde el momento primero de su emision, habia sin embargo hecho el oficio de dinero para algunas compras, y contribuido á echar fuera de Francia bastante metálico. La prosperidad pública restablecida de repente bajo el Consulado no habia con todo durado aun lo bastante para atraer á Francia de vuelta el oro y la plata que de ella habian salido. Así que, en todos los contratos hacian gran falta los metales preciosos, y en aquellos dias era el afan constante de la gente de co-

Escasez  
de  
numera-  
rio.

Causas  
de esta  
escasez.

mercio procurárselos. El Banco de Francia, que habia tomado rápida extension y vuelo porque daba por medio de sus billetes, cuyo crédito era cuanto cabe, un suplemento de numerario, solo á fuerza del mayor trabajo podia mantener en sus arcas una renta en metálico proporcionada al valor de sus billetes emitidos. Habia hecho en este punto laudables esfuerzos sacando de España una cantidad enorme de pesos duros. Por desgracia un desagüe á la sazón abierto al numerario dejaba salir todo cuanto podia tenerse, siendo lo que daba la salida el pago de géneros ultramarinos. En otros tiempos, esto es, en 1788 y 1789, cuando era dueña Francia de la isla de Santo Domingo, sacaba de ella y otras colonias en azúcar, café y otros frutos de ultramar hasta un valor de doscientos y veinte millones de francos (sobre 836.000.000 reales) al año, de los cuales consumia setenta ú ochenta, y extraia hasta ciento y cincuenta, principalmente en azúcar refinado. Pensando en la diferencia que hay entre el valor del dinero en aquel tiempo y el que hoy tiene, que es doble cuando menos, se ve cuán copioso manantial de prosperidad quedó seco del todo. Era ya fuerza en 1805 ir á buscar fuera de Francia y aun recibir de los enemigos los frutos coloniales que veinte años antes vendian en abundancia los franceses á toda Europa. Así una porción considerable del numerario de Francia salia para pasar á Hamburgo, á Amsterdam, á Génova, á Liorna, á Venecia ó á Trieste á pagar el azúcar y el café que allí introducian los ingleses, ó por ser el comercio libre, ó de contrabando. Por esto salia de Francia para Italia harto mas dinero que la suma de veinte y dos millones de francos que á la primera daba la segunda como subsidio. Todos los comer-



Set. 1805.

ciantes se quejaban de semejante situacion, y los de superior cuenta y mas ilustrados trataban diariamente de este negocio en el Banco para dar con el medio de tener metales preciosos.

Comercio  
de pesos  
duros  
con  
España.

A España era á la que toda Europa tenia por costumbre pedírselos en aquel tiempo, como en los pasados. La célebre nacion española, á la cual habia procurado Colon siglos de rica y fatal ociosidad con abrirle las minas de América, estaba en el mayor desórden y sobremanera empeñada, á fuerza de ignorancia y desconcierto en su gobierno, de modo que, juntándose con las faltas de éste las desdichas de la guerra, habia llegado á ser la potencia mas pobre ó mas ahogada de todas, apareciendo al mundo en la situacion lastimosa de un rico venido á miseria. Los galeones (1) apresados por la marina inglesa, hacian falta no solo á España, sino á Europa toda. Aunque estaba prohibida la extraccion del oro y la plata de la Península, Francia sacaba los pesos duros de contrabando, gracias á lo dilatado del territorio fronterizo de ambas naciones, y los Estados vecinos se llevaban la misma moneda de Francia por los mismos medios, estando este comercio tan establecido y extendido como si fuese lícito. Pero en aquella época, por haberse interrumpido las remesas de plata de América á España, los pesos duros escaseaban, y de ello padecian detrimento todas las naciones; y ¡cosa singular! hasta la misma Inglaterra que acostumbraba surtirse de Francia y de España, viniendo ella á sentir los efectos de la privacion comun de que su conducta era causa.

---

(1) Vuelve el autor á usar la impropia expresion de los galeones.  
(N. DE A. A. G.)

El dinero que se iba amontonando en los sótanos de las tesorerías españolas de Méjico y del Perú, no venia, pues, ya á Cádiz, ni á Bayona, ni á París, ni á Londres. Carecia Inglaterra de metales para ocurrir á todas sus necesidades, y especialmente para pagar la liga europea, porque los frutos ultramarinos y géneros de que abastecía á Rusia y Austria ya no alcanzaban para llenar el cupo de los subsidios que habia contraído el empeño de darles. El mismo M. Pitt habia alegado esta razon para escatimar á las potencias ligadas parte de las sumas que le exigian, y así, despues de dar casi de balde á los de la liga enormes cantidades de azúcar y café, les enviaba el gobierno británico en lugar de dinero billetes de Banco, de los cuales fueron encontrados en manos de los oficiales austriacos algunos empe, zada la guerra.

Tales eran las causas principales de ahogo para la Hacienda y el comercio. Si la compañía de los *Comerciantes reunidos*, que á la sazón hacia todas las negociaciones de la Tesorería, provisiones de vívres y descuentos de obligaciones y del subsidio español, se hubiese ceñido á prestar el servicio de que estaba encargada, bien habria podido llevar su carga, aunque no sin trabajo. Ya no tenia para hacer descuentos á medio por ciento al mes, ó sea á seis al año, las *obligaciones de los receptores generales*, y habia de mirar como gran fortuna encontrar personas acaudaladas que le descuentasen sus pagarés á tres cuartos por ciento al mes, ó nueve al año, de lo cual le resultaba una pérdida enorme. Sin embargo, la Tesorería, entrando con ella en avenencia é indemnizándola de la usura que ejercian los prestamistas, podria haber dado con un modo de facili-

Los ahogos causados por la falta de numerario se dejan sentir hasta en Inglaterra.

Especulacion discurrida por la compañía de los *Comerciantes reunidos*.



Set. 1805. tarle el desempeño de su servicio. Pero M. Ouvrard, principal director de la compañía, habia labrado sobre esta situacion un plan inmenso, y seguramente ingeniosísimo y hasta muy ventajoso, si con el mérito de la invencion hubiese hermanado la exactitud y el acierto en los cálculos. Segun antes va dicho, los tres contratistas que formaban la compañía de los *Comerciantes reunidos* se habian repartido los papeles. M. Desprez, que en sus principios habia sido mozo de caja, llegado á enriquecerse á fuerza de singular habilidad en el tráfico en papel, estaba encargado de descontar los valores del Tesoro. Mr. Vanlerberghe, entendidísimo en el comercio de granos, trataba en las provisiones. M. Ouvrard, el mas arrojado de los tres, y de imaginacion fecundísima para dar con recursos, se habia reservado las especulaciones de gran cuantía, y, habiendo aceptado del gobierno francés los valores con que pagaba el español su subsidio, y prometido descontarlos, con lo cual habia seducido á M. de Marbois, habia venido á concebir la idea de entablar grandes relaciones con la España, señora de Méjico y del Perú, y de cuyas manos salian los metales, objeto de la universal codicia. Habiendo pasado á Madrid, donde se encontró con una córte atribulada por la guerra, la fiebre amarilla y una horrorosa escasez, así como por las pretensiones imperiosas de Napoleon, no por eso se habia admirado ni cortado, sino que al revés, con su despejo y valentía habia hechizado á los viejos que gobernaban en el Escorial, ni mas ni menos que tenia encantado á M. de Marbois, procurándole recursos que éste no acertaba á hallar en otra parte alguna. Ante todo habia ofrecido pagar el subsidio debido á Francia para fines de 1803, y por todo el año

de 1804, lo cual era un alivio, y el primero, y venido muy á tiempo. Despues habia dado algunos socorros inmediatos en dinero, de que tenia la córte necesidad urgente. Ademas habia tomado á su cargo traer trigo á los puertos de España, y proporcionar á las escuadras españolas los víveres que les hacian falta suma. Todos estos servicios habian sido aceptados con sumo agradecimiento. M. Ouvrard habia escrito al momento á París, y por medio de M. de Marbois, con quien gozaba de valimiento, habia conseguido el permiso, que por lo comun se negaba, para que saliesen de Francia á los puertos de España algunos cargamentos de trigo. Estas llegadas repentinas habian puesto término al estanco de los granos en los puertos de la Península, haciendo cesar la escasez que mas consistia en una subida de precio facticia que en verdadera falta de granos. Así M. Ouvrard como por encanto habia dado alivio á las miserias mas punzantes del pueblo español. No se necesitaba tanto para seducir y llevarse consigo á los poco perspicaces gobernadores de España.

Natural ha de ser el deseo de averiguar con qué recursos podia pagar la córte de Madrid á M. Ouvrard los servicios que de él recibia. El medio de ello era sencillísimo, reduciéndose á tener M. Ouvrard la pretension de que le fiasen exclusivamente la extraccion de los pesos duros de Méjico. En efecto; logró el privilegio de sacarlos de las colonias españolas, dando por cada uno tres francos y setenta y cinco centavos cuando en Francia, Holanda y España valian cinco francos lo menos. Era esta ganancia extraordinaria, pero bien merecida, si lograba M. Ouvrard burlar la vigilancia de los cruceros ingleses, y transportar del nuevo mundo al anti-

Negociación de la compañía de los Comerciantes reunidos con la córte de España.



Set. 1805. guó metales llegados á ser tan preciosos. España, agobiada bajo el peso de la miseria, tenia á gran dicha abandonar la cuarta parte de sus riquezas para realizar las otras tres partes. Hijos de familia ociosos y derrochadores no suelen encontrar quien con ellos trate dándoles tanta ventaja, y particularmente habiéndoselas con los administradores que se aprovechan de sus prodigalidades.

Medio  
empleado  
para  
traer  
de Méjico  
pesos  
duros.

Restaba acertar con el medio de traer los pesos duros á pesar de M. Pitt y de las escuadras inglesas, y tampoco apuró mucho esta dificultad á M. Ouvrard que á nada encontraba estorbos, y que determinó valerse para su intento del mismo ministro Pitt por medio de la traza mas singular imaginable. Algunos comerciantes holandeses, como por ejemplo muy particularmente M. Hope, tenian establecidas casas de comercio á la par en su patria y en Inglaterra, y á éstas determinó vender pesos duros españoles á un precio que todavía dejaba á su compañía considerable saldo de ganancias. A estas casas tocaba recabar de M. Pitt que los dejase venir de Méjico, y como el ministro inglés los habia menester, era posible que deseoso de procurárselos dejase pasar cierta cantidad aun sabiendo que iba á partir provechos con sus enemigos. Era lo que se iba á hacer á modo de un contrato tácito en que andaban por medio casas de comercio holandesas asociadas con otras inglesas. La experiencia acreditó, andando el tiempo, que semejante contrato podia llevarse á efecto, si no en todo, en parte. Tambien pensó M. Ouvrard en valerse de casas anglo-americanas, las cuales con delegacion suya, y amparadas por su bandera neutral, podian ir á las colonias españolas á buscar plata y traerla á Europa. Pero

la dificultad estaba en saber cuántos pesos duros dejaría pasar M. Pitt, y cuántos podrían transportar los americanos favorecidos por ser neutrales. Si hubiese habido tiempo, esta negociacion podría haber salido bien, haciéndose con ella importantísimo servicio á Francia y á España, y dando á la compañía copiosos y legítimos provechos. Por desgracia, apretaba demasiado la necesidad, pues de ochenta á noventa millones de atrasos, á los cuales era necesario á la Tesorería francesa hacer frente con arbitrios, treinta eran débitos á la compañía de los *Comerciantes reunidos*, que se le pagaban en fianzas. Tenia pues la compañía que llevar esta primera carga, y sobre ella la de dar á la misma Tesorería francesa el valor de una anualidad cuando menos del subsidio español que era de cuarenta ó cincuenta millones; la de descontarle las *obligaciones de los receptores generales*; y en fin la de pagar los granos enviados á los puertos de la Península, y los víveres suministrados á las escuadras españolas. Era esta una situacion que no consentia esperar á ver cuáles serian las resultas de especulaciones aventuradas y lejanas. Hasta entonces la compañía habia estado reducida á vivir de arbitrios. Habia empeñado á prestamistas las fianzas recibidas del gobierno por via de pago. Habiendo logrado por la complacencia de M. de Marbois ser casi dueña del manejo de la Tesorería, sacaba de ella á manos llenas *obligaciones de receptores generales* y las entregaba á hombres de caudal en dinero que le prestaban sobre prenda á un premio usurario. Hacia que el Banco de Francia le descontase parte de las mismas *obligaciones*, no pudiendo él, como íntimamente relacionado con el gobierno, negar cosa que se pidiese en nombre del servicio

Situacion  
apurada  
del Banco  
de  
Francia.



Set. 1805. público. Recibia la compañía el valor de estos documentos en billetes del Banco, por lo cual este negocio venia á ser una emision cada dia mas considerable de los tales billetes; pero como el fondo de reserva en metálico del Banco no crecia á proporcion de la grande cantidad de papel que iba emitiendo, resultaba de ello un verdadero peligro, siendo al cabo el Banco el que cargaba con el peso de los generales apuros. Así es que en la junta directiva del Banco se habian levantado voces pidiendo que se pudiese término á los socorros que se daban á M. Desprez, representante de la compañía de los *Comerciantes reunidos*. Pero otras voces de hombres menos cautos y mas celosos del bien del Estado, y sobre todas la de M. Perregaux, se habian declarado contra semejante proposicion, y logrado que se diesen á Desprez los socorros que reclamaba.

Las Tesorerías francesa y española, y la compañía de los *Comerciantes reunidos* que servia de lazo para unir á ambas, se estaban portando como casas de comercio ahogadas que se prestan unas á otras su firma, auxiliándose entre sí con un crédito que no tienen. Pero fuerza es convenir en que de estas tres casas arruinadas, la que estaba con algun mas desahogo era la Tesorería francesa, la cual se hallaba expuesta á padecer mucho de semejante comunidad de negocios, porque, bien mirado, solo con sus recursos, esto es con las *obligaciones de los receptores generales* descontadas por el Banco, se hacia frente á todas las necesidades, y se alimentaba á los ejércitos españoles, así como á los franceses. Aparte de esto, el secreto de tan extraordinaria situacion estaba de todo punto ignorado. Los socios de M. Ouvrard, cuyos empeños con él nunca han llegado á verse

bien deslindados, no obstante haber dado motivo á largos pleitos, no sabian cuál era la calidad y el peso de la carga que iban á tener sobre sus hombros. Viéndose ya muy ahogados llamaban con apresuramiento á M. Ouvrard, y aun lograron de M. de Marbois que le enviase orden de volverse á París. Nada capaz M. de Marbois de juzgar por sí de todas las particularidades y menuencias de un giro de fondos tan vasto, y ademas engañado por un empleado infiel de su oficina, no se recelaba de que á tal punto estuviesen entregados á la compañía los recursos del Tesoro. Napoleon mismo, aunque á todo extendia su infatigable vigilancia, como no veia en el servicio sino haber siempre de menos como unos sesenta millones, cuya falta podia remediarse con bienes nacionales y varios arbitrios, ignorando la confusion que se habia introducido entre las operaciones de la Tesorería y las de la compañía de los *Comerciantes reunidos*, no podia atinar con la verdadera causa de los embarazos é inquietudes que comenzaban á sentirse. Atribuia los apuros que donde quiera se estaban padeciendo á especulaciones mal meditadas del comercio francés, y á la usura que procuraban ejercer los que tenian sus caudales en dinero, por lo cual se quejaba de los que trataban en negocios pecuniarios poco mas ó menos así como se quejaba de los ideólogos cuando chocaba con ideas que para él eran contradicciones. Fuese como fuese, no consentia que de semejante situacion se sacase motivo para poner reparos á la ejecucion de sus preceptos. Habia pedido que le tuviesen prontos en Estrasburgo doce millones en metálico, y los habia pedido con tanto imperio, que habia sido necesario recurrir á medios los mas extremados posibles para encon-



Set. 1805. trarlos. Habia exigido que le aprontasen otros diez millones en Italia, y la compañía reducida á comprarlos en Hamburgo, los tenia que pasar á Milan en plata ú oro atravesando el Rhin y los Alpes. Pero Napoleon se prometia dar golpes tales dentro de quince ó veinte dias, que con ellos diese fin á todos los apuros.—Antes de quince dias, decia, tendré vencidos á los rusos, á los austriacos y á los jugadores á la baja.—

Hácese  
una  
quinta  
conside-  
rable  
y  
fórmanse  
y  
pónense  
en órden  
las  
fuerzas  
de  
reserva.

Conseguidos bien ó mal del tesoro estos recursos, atendió á la quinta ó conscripcion y á formar y poner en buen órden sus fuerzas de reserva. Dividiase entonces el cupo anual en dos mitades de 30,000 hombres cada una; siendo llamada la primera al servicio activo, y quedándose la segunda en los pueblos pero con la obligacion de acudir á sus banderas cuando el gobierno la llamase. Aun quedaba fuera de servicio una gran parte de los cupos de los años IX, X, XI, XII y XIII, hombres ya hechos de quienes podia disponer el gobierno por un mero decreto, á todos los cuales llamó Napoleon al ejército, pero quiso ademas tomar anticipado el cupo del año décimocuarto, en que estaban comprendidos los mozos que habian de cumplir la edad que requería la ley desde el 23 de setiembre de 1805, hasta el mismo dia del mismo mes de 1806, y como iba á volver á usarse el calendario Gregoriano desde el 1.º de enero siguiente, mandó agregar á esta quinta los mozos que llegasen á cumplir la edad desde el 23 de setiembre de 1806 hasta el 31 de diciembre del mismo año. Resolvió, pues, comprender en una sola quinta de quince meses todos los conscriptos á quienes tocase servir desde el mes de setiembre de 1805 hasta el de diciembre del año próximo siguiente, resolucion que le habia de

dar 80,000 hombres, de los cuales los últimos no podían tener veinte años cumplidos. Pero no pensaba emplear toda esta gente desde luego en el servicio de campaña, sino que se proponía irlos preparando á la profesion de la milicia, poniéndolos en los terceros batallones que formaban el depósito de cada regimiento. Así estos jóvenes tendrían un año ó dos, ya para instruirse, ya para robustecerse, y serían dentro de quince ó diez y ocho meses excelentes soldados, casi tan formados como los del campamento de Boloña. Era esta una combinacion á la par conducente á mirar por la salud de los mozos y á atender á su instruccion militar, porque un quinto de veinte años si sale inmediatamente á campaña va pronto á terminar en el hospital su carrera. Pero esta combinacion solo era posible á un gobierno dueño ya de un ejército bien compuesto para presentarle al enemigo, y que no necesitase del cupo anual sino para emplearle de reserva.

No estando junto el Cuerpo Legislativo era forzoso perder tiempo para convocarle, y Napoleon no consintió en tal demora y discurrió pedir la quinta al Senado, fundándose en dos motivos: el primero ser fuera de regla pedir un cupo que comprendía mas de un año y á algunos mozos que no habian cumplido los veinte de edad, y el segundo lo urgente de las circunstancias. Proceder así era traspasar las leyes, porque el Senado carecia de facultad para votar las contribuciones de dinero ó de sangre, siendo de otro orden sus atribuciones reducidas á impedir la aprobacion de leyes contrarias á la Constitucion, á llenar los huecos que en esta se notasen, y á invigilar los actos del gobierno por si algo tuviesen de arbitrarios, y únicamente al Cuerpo Legislativo

No estando reunido el Cuerpo Legislativo, pídese al Senado que dé autorizacion legal para sacar los quintos.



Set. 1805. tocaba votar los tributos y la gente que habia de emplearse en el servicio de las armas. Yerro era violar una Constitucion de suyo tan flexible y hacerla demasiado ilusoria, desentendiéndose con tanta facilidad de atenerse á sus fórmulas, y no era falta menor la de no ser mas parco en emplear al Senado, recurso ordinario de gobierno en los casos de mayor apuro, manifestándose con sobrada claridad al valerse de él que se contaba con su docilidad harto mas que con la del Cuerpo Legislativo. El archicanciller Cambacères, poco aficionado á que el gobierno se excediese de su poder, cuando el hacerlo no era indispensable, puso algun reparo á este modo de proceder, sustentando su dictámen con decir que, á lo menos para la mejor observacion de las fórmulas, convendria dar por una providencia de las llamadas orgánicas al Senado la facultad de votar las quintas. Napoleon, sin dejar de conocer cuán prudentes eran tales consideraciones, remitia las de su clase á mejor ocasion cuando tenia priesa, y así no quiso ni sentar una regla general en este punto, ni diferir el hacerse con los soldados que necesitaba. Consiguiente con su modo de pensar, mandó preparar para hacer la quinta de 1806 un senado-consulta fundado en dos consideraciones extraordinarias; la irregularidad del cupo que abarcaba mas de un año entero, y la urgencia de las circunstancias que no permitia esperar á la reunion del Cuerpo Legislativo.

Echase  
mano  
de las  
guardias  
naciona-  
les.

Pensó igualmente en echar mano de las guardias nacionales instituidas en virtud de las leyes de 1790, 1791 y 1795. Teniendo la tercera liga europea harta semejanza con las dos primeras, no obstante estar muy trocados los tiempos y menos opuesta la Europa á las

doctrinas políticas de la Francia y mucho mas á su engrandecimiento ; pensaba que la nacion francesa debia dar á su gobierno un apoyo tan vigoroso , cordial y unánime cuanto el que le habia dado en la ocasion pasada. Mal podia esperar del pueblo el mismo ímpetu antiguo , no subsistiendo ya el entusiasmo revolucionario que le causó , pero podia contar con una completa sumision á las leyes por parte de los ciudadanos , y con un celo del honor propio y público vivo y profundo en aquellos á quienes mandaba su obligacion empuñar las armas. Dispuso , pues , formar luego las guardias nacionales , pero cuidando de hacerlas mas obedientes y sujetas á la disciplina militar , para lo cual mandó preparar un senado-consulta , autorizándole á dar orden y arreglo á esta fuerza por meros decretos imperiales , estando resuelto á darse la facultad de nombrar los oficiales y á reunir en las compañías de cazadores y granaderos la parte de la poblacion de menos años y mas disposicion para la guerra. Destinaba estas tropas á la defensa de las plazas fuertes , ó á formar cuerpos segun lo pidiese la necesidad en puntos donde hubiese peligro , como podian ser ó eran los de Boloña , Amberes y la Vendée.

Todas estas fuerzas fueron empleadas del modo siguiente. Cerca de 200,000 soldados fueron á Alemania, 70,000 se juntaron á defender á Italia, y veinte y un batallones de infantería con quince mas de marina se quedaron guardando á Boloña. Ya queda dicho que los regimientos constaban entonces de tres batallones , dos de campaña y uno de depósito , estando destinado este último á recibir en sus filas á los soldados enfermos ó convalecientes , y á dar instruccion á los reclutas. Cierta

Cómo  
se  
ordenan  
y  
arreglan  
los  
depósitos  
por  
medio  
de la  
conscrip-  
cion  
ó quinta.



Set. 1805. número de estos terceros batallones, segun va tambien referido, habian sido destinados á Boloña, y los otros fueron situados desde Maguncia hasta Estrasburgo. Salieron encaminados á estos tres puntos los mozos que aun estaban por sacar de los cupos de los años IX, X, XI, XII, XIII y los 80,000 quintos de 1806; todos los cuales habian de incorporarse en los terceros batallones para adestrarse en ellos y robustecerse. Los de mas edad cuando estuviesen formados habian de venir componiendo cuerpos llamados de marcha, á llenar los huecos que abriese la guerra en las filas del ejército. Formaba esta fuerza una reserva de 150,000 hombres, á lo menos, cuyo destino era guardar la frontera y tener asegurado el refuerzo de las tropas empleadas en la campaña. Las guardias nacionales, que servian de apoyo á esta reserva, habian de formarse y ponerse en orden en las provincias del Norte, y del Oeste, prontas á acudir á la defensa de las costas, y especialmente á pasar á Boloña ó á Ambres si intentaban los ingleses quemar la escuadrilla ó destruir los arsenales y diques construidos en el Escalda. El mariscal Brune habia sido encargado del mando de Boloña, y lo fueron el mariscal Lefebvre del de Maguncia y el mariscal Kellermann del de Estrasburgo. Eran tales nombramientos un testimonio del tino exquisito de Napoleon, porque Brune gozaba de alta reputacion ganada en 1799 por haber vencido á los rusos é ingleses desembarcados en Holanda, y Lefebvre y Kellermann, ambos soldados viejos, recompensados de sus servicios con un asiento en el Senado y un baston de mariscal honorario, eran muy á propósito para cuidar de la formacion y buen orden y arreglo de las fuerzas de reserva, mientras sus compañeros en la milicia con

menos años atendian al servicio activo en la campaña. Set. 1803.

Los nombramientos de que acaba de darse aquí cuenta eran ademas ocasion de que se derogase la ley por la cual estaba prohibido á los senadores servir destinos, derogacion hecha con suma maña, por cuanto llamaba á miembros del cuerpo primero del Estado á tomar en la defensa de la nacion alguna, aunque fuese la última, parte.

Recien dadas estas disposiciones, mandó Napoleon presentar al Senado los proyectos que acaban de numerarse y fué él mismo á llevarlos, celebrando para el intento una sesion imperial en el palacio de Luxemburgo el dia 23 de setiembre. Allí habló clara y terminantemente y con firmeza de la guerra continental que habia venido á sorprenderle cuando estaba ocupado en la expedicion á Inglaterra; de las explicaciones pedidas por su gobierno al austriaco; y de las respuestas ambiguas de éste y de sus mentiras ya probadas supuesto que sus ejércitos habian pasado el Inn el dia 8 de setiembre en la hora misma en que con mas empeño estaba haciendo protestas de su deseo de la paz; sobre todo lo cual apeló á los pensamientos y afectos patrióticos del pueblo francés prometiéndole darle muy en breve aniquilada la nueva liga. Diéronle los senadores grandes muestras de aprobacion, aunque allá en su interior atribuian á la agregacion de ciertos estados de Italia al imperio francés haberse encendido de nuevo la guerra en el continente. En las calles que hubo de atravesar la comitiva imperial desde el palacio de Luxemburgo al de las Tullerías, el pueblo contenido por la idea de sus padecimientos no demostró, como solia, expresivo entusiasmo. Advirtiolo Napoleon, no sin ofenderse, y por ello mani-

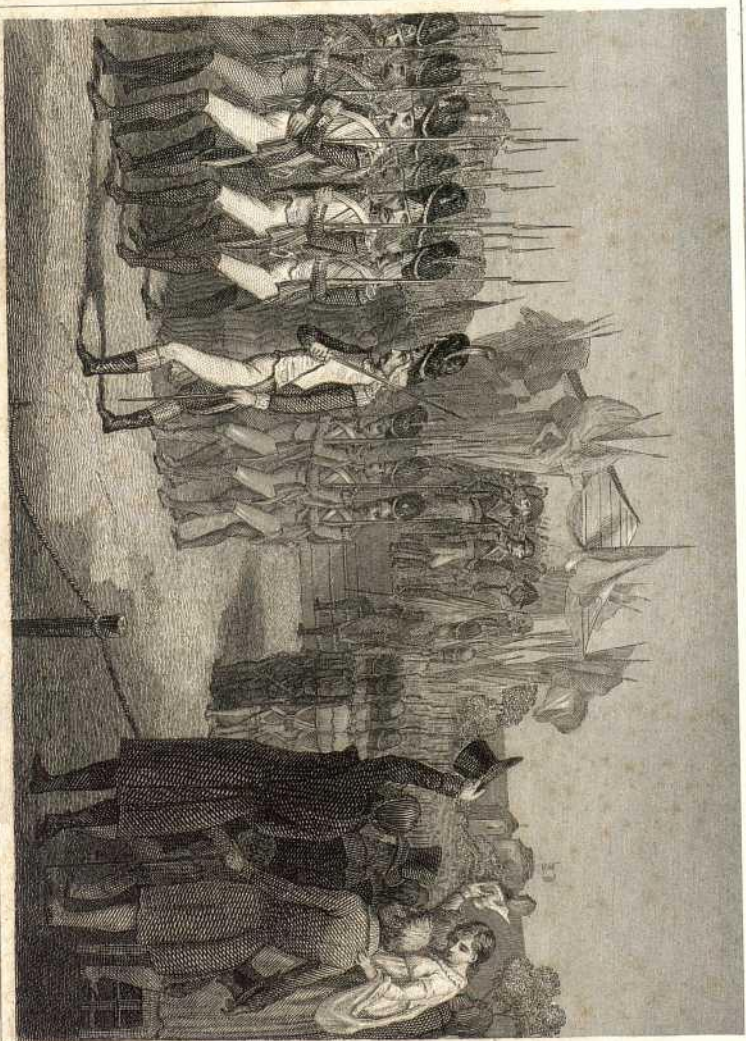
Sesion  
imperial  
en el  
Senado.

Tibieza  
del  
pueblo  
de París.



Set. 1805. festó algun desabrimiento al archi-canciller Cambacéres, calificando la tibieza del pueblo de París de injusticia á su persona; pero al parecer tomó su partido respecto á esta ofensa, prometiéndose dar pronto márgen á aclamaciones de entusiasmo mas recias y vehementes que todas cuantas hasta entonces habian sonado tantas veces [en sus oídos; y volvió su pensamiento, que mal tenia tiempo de detenerse en la consideracion de objeto alguno, á contemplar los sucesos que en las orillas del Danubio se estaban preparando. Teniendo priesa de partirse, hizo su reglamento para dejar en órden el gobierno durante su ausencia. Su hermano José quedó con el cargo de presidir el Senado, y su hermano Luis en su calidad de condestable hubo de atender á la reunion de las tropas y á la formacion de las guardias nacionales. Al archi-canciller Cambacéres quedó la presidencia del Consejo de Estado. Todos los negocios habian de tratarse en un Consejo compuesto de los ministros y de las grandes dignidades, y presidido por el grande elector José. Determinóse que saliesen correos diarios para llevar á Napoleon un informe sobre cada negocio grave de los pendientes, con un dictámen personal del archi-canciller Cambacéres. Este, receloso de que José Bonaparte, presidente del Consejo de Gobierno, tomase á ofensa que se diese el oficio de censor supremo á uno de los miembros del cuerpo cuya cabeza era, se lo hizo advertir á Napoleon, el cual le interrumpió con áspera impaciencia, diciéndole que, por contemplar vanidades, no queria privarse de luces para él sobremanera preciosas, y persistió en lo resuelto. Sus resoluciones habian de volver á París escritas en seguida de los informes dados por el archi-canciller. Solo en casos urgentes estaba el Con-

Forma  
y órden  
en que  
queda  
el  
gobierno  
durante  
la  
ausencia  
de  
Napoleon.



A. Gabriel et Chanson Sc

# REVUE

DE LA GARDE CONSULAIRE





sejo de Gobierno autorizado á anticiparse á la decision Set. 1805. del emperador, y á dar órdenes que habia de ejecutar cada ministro siendo de su ejecucion personalmente responsable. Así se reservaba Napoleon la facultad de resolverlo todo por sí, aun estando ausente, y hacia uso del archi-canciller Cambacères destinándole á ser como los ojos de su gobierno mientras él siguiese distante del centro de su Imperio.

Todos cuantos le rodeaban vieron con pesar su partida. No estaba todavía adivinado el secreto de la superioridad de su entendimiento, ni podia saberse cuánto abreviaria la guerra, temiéndose al revés que seria larga, y habiendo casi seguridad de que fuese sangrienta, y preguntándose entre sí las gentes qué suerte cabria á la Francia, si vida tan preciosa hubiese de terminar al golpe de una bala de cañon como la que atravesó el pecho á Turena, ó de una de fusil como la que partió la cabeza á Carlos XII. Por otra parte todos los allegados á su persona, no obstante ser él áspero y despótico, no podian dejar de quererle. Todos, pues, le vieron ausentarse con viva pena. Consintió en que le acompañase hasta Estrasburgo la emperatriz, cada dia mas enamorada de su marido segun iba temiendo que su matrimonio corria peligro de disolverse. Llevaba consigo al mariscal Berthier, dejando á M. de Talleyrand orden de seguir al cuartel general á cierta distancia, asistido de algunos empleados en las secretarias. Salido Napoleon de París el 24 de setiembre, el 26 habia llegado á Estrasburgo.

Ya con grande asombro de toda Europa el ejército veinte dias antes acampado en las costas del Océano estaba puesto en el centro de Alemania en las márgenes del Mein, del Necker y del Rhin. Nunca en tiempo alguno

Salida  
de  
Napoleon  
para el  
ejército.

Llegada  
del  
ejército  
al centro  
de  
Alemania.



Set. 1805. se habia tenido noticia de marcha tan secreta y rápida. Iban asomando por varias partes cabezas de columnas: por Würtzburgo, por Maguncia y por Estrasburgo. Estaba la alegría de los soldados en el punto mas subido, y cuando divisaban á Napoleon le recibian con aclamaciones de *viva el Emperador!* mil veces repetidas. Aquel innumerable conjunto de tropas de infantería, artillería y caballería reunidas de repente; aquellos convoyes de víveres y municiones formados con precipitacion asombrosa; aquellas largas filas de caballos comprados en Suiza y Suabia; y en suma, todos los movimientos de aquel ejército por nadie esperado algunos dias antes y que de súbito habia aparecido, presentaban á la vista un espectáculo sin par, al cual daban realce la presencia de una corte militar, severa y austera, aunque tambien lucida, y una concurrencia inmensa de curiosos que acudian á ver al emperador de los franceses saliendo á campaña.

Esfuerzos  
de la liga  
para  
anti-  
ciparse  
á  
Napoleon.

Tambien la liga por su parte habia andado diligente, pero no estaba bien preparada como Napoleon, y sobre todo no le igualaba en actividad, no obstante estar impelida por las pasiones mas ardorosas. Habian convenido entre sí las potencias aliadas que llevarian sus principales fuerzas á las cercanías del Danubio antes de la entrada del invierno á fin de que no pudiese Napoleon aprovecharse de la dificultad de las comunicaciones en la estacion rigurosa para dar un golpe que acabase con el Austria cogiéndola separada de sus aliados. Asi, pues, estaban dadas las órdenes para ponerse en movimiento á fines de agosto y principios de setiembre. Procediendo así, los coligados se creian seguros de anticiparse mucho á Napoleon y se lisonjaban de poder dar

principio á las hostilidades en el momento que estimasen mas oportuno. No esperaban encontrarse tan pronto con los franceses ya situados en el teatro de la guerra. Set. 1805.

Ibanse juntando en Revel en bastante número tropas rusas, las cuales en los primeros dias de setiembre se embarcaron y pasaron á Stralsund. Era esta fuerza como de 16,000 hombres cuyo mando tenia el general Tolstoy. Doce mil suecos se les habian ya adelantado llegando á la misma ciudad. Todos juntos habian de pasar por el Mecklemburgo á Hannover donde se juntarian con ellos 15,000 ingleses desembarcados por el rio Elba en Cuxhaven (*véase el mapa núm. 28*). Este ejército de hasta 43,000 hombres estaba destinado á ir contra la Francia por la parte del Norte, habiendo de ser sus operaciones, ó de principal empeño, ó solo accesorias, segun procediese la Prusia juntando ó no con las aliadas sus fuerzas.

Reúnense  
en  
Stralsund  
fuerzas  
rusas,  
suecas  
é  
inglesas.

Dos ejércitos rusos numerosos, de 60,000 hombres cada cual, venian adelantando, el uno mandado por el general Kutusof por Galitzia, y el otro á las órdenes del general Buxhoevden por Polonia. Tras del segundo venia la guardia imperial rusa que constaba de 12,000 hombres escogidos, y cuyo mando tenia el gran duque Constantino. Estábase formando en Wilna un ejército de reserva puesto bajo el general Michelson. El emperador Alejandro, precipitado en aquella guerra por la ligereza de su condicion; con perspicacia bastante para conocer su yerro, pero sin la resolucion necesaria para enmendarle, ó volviéndose atrás, ó remediando el mal por fuerza de brios en la ejecucion; dominado ademas por cierto temor secreto, y no queriendo conocer que le sentia, no se habia resuelto hasta muy tarde á hacer los

Marcha  
de dos  
grandes  
ejércitos  
rusos.





Set. 1805. últimos preparativos para la campaña. Así el cuerpo del mando del general Kutusof, al cual tocaba venir por Galitzia á dar socorro á los austriacos, no habia llegado á la frontera del Austria hasta fines de agosto. Aún tenia que atravesar la Galitzia desde Brody á Olmutz, y la Moravia desde Olmutz hasta Viena para ir despues por toda Austria y Baviera á ponerse en Ulma (*véase el mapa núm. 28*). Tenia, pues, que andar harto mas camino que los franceses para trasladarse de Boloña á Ulma, sin contar con que ellos aventajaban mucho á los rusos en celeridad para andar grandes distancias, de lo cual es buen testigo toda Europa, que, habiendo visto marchar á los soldados franceses, sabe que en rapidez ningunos los igualan. Cumpliase, pues, lo que Napoleon habia previsto, y ya los rusos estaban atrasados en sus operaciones.

Estancia  
del  
empera-  
dor  
Alejandro  
en  
Pulawi.

El segundo ejército ruso situado entre Varsovia y Cracovia (*véase el mapa núm. 28*), en las cercanías de Pulawi, y cuya fuerza, comprendiendo la de la guardia imperial rusa, era de 70,000 hombres, estaba esperando la llegada del emperador Alejandro para recibir de él órdenes relativas á cómo habia de proceder con la Prusia. El monarca ruso habia querido presenciar el embarque de sus tropas en Revel antes de ponerse en camino para su ejército de Polonia, y habia pasado, á Pulawi hermosa mansion de la ilustre familia de los Czartoryski, situada á corta distancia de Varsovia. Allí estaba en casa del príncipe Adan Czartoryski, personaje, aunque muy jóven, su ministro de negocios extranjeros, á fin de comunicarse mas de cerca con la corte de Berlin.

Al lado de Alejandro estaba el príncipe Pedro Dolgorouki, oficial á la sazón en los principios de la carrera

Set. 1805.

de la milicia, lleno de presuncion y ambicion, enemigo del como cotarro de jóvenes de talento é instruidos que gobernaban el Imperio, y empeñado en persuadir á su soberano de que aquellos jóvenes eran malos rusos, infieles y hasta traidores á su patria, por volver por el interés de Polonia. La veleidad de Alejandro daba á Dolgorouki hartas ocasiones de hacerse dueño de su espíritu. Era falso que el príncipe Adan, hombre honradísimo como quien mas en el mundo, fuese capaz de faltar á la fidelidad á Alejandro; pero es cierto que aborrecia á la corte de Prusia, reputando doblez su debilidad, así como que, por afectos de verdadero polaco, deseaba ver llevado á ejecucion el proyecto de tratar con violencia al gobierno prusiano si no ayudaba á la liga, y aun de romper con él en guerra, y de arrollar sus recién formados ejércitos, quitándole despues á Varsovia y á Posen, y constituyendo de nuevo el reino de Polonia para que ciñese su corona las sienes del emperador moscovita. Era natural este deseo en un polaco, pero en un político ruso tal modo de pensar merecia la calificacion de imprudente. Napoleon solo bastaba para triunfar de la liga, y era hacer segura su victoria darle por fuerza á Prusia por aliada.

Influencias diversas que obraban en el ánimo del emperador de Rusia.

Esto aparte, era exigir demasiado del natural irresoluto de Alejandro pedirle acciones tan violentas. Por el contrario el emperador ruso habia enviado á M. de Alopeus como embajador á Berlin á recordar á Federico Guillermo la amistad que ambos soberanos se habian prometido y profesado, y á pedirle que diese paso franco por Silesia á un ejército ruso, insinuándole ademas que nadie dudaba de que el gobierno prusiano contribuyese á la obra meritoria de libertar á Europa. Iba el mismo ne-

Embajada de los señores de Alopeus y príncipe Dolgorouki para determinar al gobierno prusiano á entrar en la liga.



Set. 1805. gociador autorizado para declarar á la córte de Prusia que mal podian consentirse dudas y vacilaciones, pues la neutralidad era imposible, y, no concediéndose el paso á los aliados de buena voluntad, preciso era que ellos se le abriesen á viva fuerza. Acompañaba á M. de Alopeus para darle ayuda el príncipe Dolgorouki, ayudante de campo de Alejandro, con encargo de que sin rebozo manifestase en Berlin estar tomado por su emperador el partido, ó de llevarse consigo á la Prusia á fuerza de halagos, ó de compelerla por medios violentos á decidirse. En Pulawi se habian llevado en este punto las cosas al de estar ya extendido el manifiesto que habia de preceder á las hostilidades.

Embajada  
del  
mariscal  
Duroc  
y  
de M. de  
Laforest  
á Berlin  
para  
lograr  
de Prusia  
que se  
aliasen  
con  
Francia,  
ofreciéndole  
en pago  
á  
Hannover.

Mientras hacian los agentes rusos tan vivas instancias á la Prusia, estaban al lado del gobierno prusiano los señores Duroc y Laforest, negociadores franceses encargados por Napoleon de ofrecer á la misma potencia el Estado de Hannover. Ya va dicho en esta historia que habia salido de Boloña el gran mariscal de palacio Duroc á llevar á Berlin esta oferta. A tal cebo no habia resistido la probidad del rey de Prusia, y tampoco habia podido excusarse de mirarle con gusto M. de Hardenberg, no obstante su fama en Europa de ministro de sanos y buenos pensamientos. Este solo veia para la aceptacion de la propuesta del gobierno francés una dificultad, y era la de acertar con una fórmula que dejase ileso el honor de su rey prestándose á semejante trato. Gastáronse los meses de julio y agosto en buscar tal fórmula, y discurrióse una que no dejaba de tener el mérito de ingeniosa, siendo cabalmente la misma imaginada por la liga para empezar la guerra contra Napoleon, esto es, declararse en estado de mediacion armada. Con

arreglo á este plan el rey de Prusia habia de declarar por amor á la paz, tan del interés de todas las potencias, las condiciones bajo las cuales le parecia el equilibrio del poder europeo bien afianzado, y, despues de anunciarlas clara y terminantemente, de dar á entender que se pondria de parte de quienes las admitiesen contra los que las desechasen, lo cual significaba que entraria en la guerra como aliado de Francia á fin de hacerse con Hannover. En efecto, tenia pensado aceptar en su declaracion la mayor parte de las condiciones gratas al emperador francés, como eran la subsistencia del reino de Italia, con tal que al hacerse la paz general quedase separada de la de Francia aquella corona, la agregacion del Piamonte y el Genovesado al Imperio, quedar á libre disposicion de Francia los Estados de Parma y Plascencia, la independendencia de Suiza y de Holanda, y la evacuacion, en la misma época de la paz, de Tarento y de Hannover. La dificultad en esto era el modo de entender la independendencia de Suiza y de Holanda, porque Napoleon, aunque entonces no pensase en apoderarse de la una ni de la otra, no queria asegurarles que fuesen independientes hasta el punto de dejar que los enemigos de la Francia, haciendo en ellas una gran mudanza, repusiesen las cosas en su estado antiguo. Habiéndose dilatado las contestaciones sobre este negocio hasta fines del mes de setiembre, iba á parar el rey de Prusia en resignarse á que le violentasen su voluntad, cuando vió claramente, al saber que venian marchando unas contra otras las tropas austriacas y rusas, y las francesas, que la guerra era inevitable y estaba cercana. Lleno de temor al verlo hizose atrás, y no volvió á hablar ni de mediacion armada, ni de tomar para sí á Hannover en pago

Set. 1805.

Déjanse llevar el rey de Prusia y M. de Hardenberg por la oferta de dar á Prusia el Estado de Hannover.

El miedo á una guerra cercana contiene al rey de Prusia cuando iba á aliarse con Francia.



Set. 1805. de esta mediacion ofrecida, volviéndose al revés á su ordinario sistema de sustentar la neutralidad de la parte septentrional de Alemania. Entonces los señores Duroc y Laforest, por órden de Napoleon, le ofrecieron lo que tantas veces habia solicitado la misma córte de Berlin, á saber, entregarle á Hannover en depósito bajo condicion de que asegurase su posesion á la Francia. Pero, por mucha satisfaccion que diese á Federico Guillermo que se retirasen de Hannover los franceses, y tener él en su poder tan precioso depósito, vió que, obrando así, tendria que oponerse á los ejércitos del Norte, por lo cual desechó la oferta; si bien haciendo mil protestas de buen afecto á Napoleon y á su dinastía y gobierno, y añadiendo que, si no cedia á sus inclinaciones, era porque no podia defenderse de la Rusia por la parte de Polonia. A esto respondieron los señores Duroc y de Laforest, ofreciéndole un ejército de ochenta mil franceses que sin demora se juntaria con el prusiano; pero equivalia la aceptacion de tal oferta á entrar la Prusia en la guerra, y Federico Guillermo tampoco aceptó lo propuesto de esta nueva forma. Así estaban las cosas cuando llegaron á Berlin los señores de Alopeus y príncipe Dolgorouki á pedir al rey de Prusia que entrase en la liga, pretension que no asustó menos á aquel monarca que las propuestas de los franceses, por lo cual respondió á los negociadores de los rusos cabalmente lo que habia dicho á los de los otros. No dejó sin embargo de decir á los enviados rusos «que seguia profesando el antiguo afecto al amigo con quien habia hecho conocimiento en Memel, pero que sus Estados eran los primeros expuestos á sentir los golpes que diese Napoleon, y que por eso no po-

Apuros  
del rey  
de Prusia  
causados  
por las  
instancias  
de los  
negocia-  
dores  
rusos  
y las  
de los  
franceses  
por otro  
lado.

dia él poner á sus súbditos en tan graves peligros sin ser hasta delincuente.» Insistiendo en estrecharle los emba-  
jadores de Alejandro, le dijeron que el ejército formado entre Varsovia y Cracovia estaba allí cabalmente para darle auxilio, siendo esto prueba de la amistosa prevision del monarca ruso, y que los setenta mil hombres de aquel ejército iban á atravesar á Silesia y Sajonia para caer sobre el Rhin, y recibir el primer embate de las fuerzas francesas; pero ni con estas razones pudieron vencer á Federico Guillermo. Entonces pasaron mas adelante, y aun diéronle á entender que era ya tarde, pues, no dudándose de su buena voluntad, estaba dada á los ejércitos rusos la orden de atravesar el territorio prusiano. Viendo Federico Guillermo que así intentaban violentarle, ya no se contuvo. Se equivocaban los que le reputaban meramente débil, pues, si bien era irresoluto, lo cual le daba las apariencias de tímido y de doble, si le apuraban, se manifestaba terco y soberbio. Así es que en este caso se arrebató de ira, convocó un consejo al cual llamó al duque viejo de Brunswick y al mariscal de Mülendorf, y determinó, no obstante su parsimonia, poner su ejército en pié de guerra, tomando sus precauciones ya que estaba en próximo peligro de ser violentado por los unos ó por los otros. Dispuso pues que se juntasen ochenta mil hombres de sus tropas, lo cual habia de costarle diez y seis millones de escudos prusianos (sobre 240.000.000 reales), suma que habia de sacarse en parte de las rentas de la monarquía, y en parte del tesoro de Federico el Grande; tesoro bastante disipado, reinando el monarca anterior, y lleno de nuevo bajo el príncipe reinante á fuerza de hacer ahorros.

Atemorizado M. de Alopeus á vista de tales disposi-

Llevando los negociadores rusos sus instancias al rey de Prusia á punto de convertirlas en amenazas, irritado Federico Guillermo resuelve poner en pié de guerra el ejército prusiano.



Set. 1805. ciones se dió priesa á escribir á Pulawi dando á su emperador por consejo, con las instancias mas vivas, que tuviese contemplaciones con el rey de Prusia, si no queria tener sobre sí las fuerzas todas de la monarquía prusiana como contrarias.

Llegadas á Pulawi estas nuevas, quebrantaron la resolucion de Alejandro. El príncipe Adan Czartoryski le estrechaba con empeño á que se resolviese, y no diese á la Prusia tiempo para volver en sí, tomándose el paso para sus tropas en vez de pedirle con prolija solitud, porque, en sentir del mismo príncipe, si el prusiano se determinaba á declararse enemigo debia Alejandro proclamarse rey de Polonia, y crear de nuevo y formar este reino á espaldas de los ejércitos moscovitas; y si, por el contrario, Federico Guillermo condescendia estaba conseguido el deseo de los coligados, y habia una potencia mas en la alianza. Pero Alejandro, guiado por la correspondencia de M. de Alopeus, desechó los consejos de su ministro, y mandó á su ayudante de campo Dolgorouki otra vez á Berlin á afirmar á su amigo el rey de Prusia que nunca habia tenido intencion de violentarle la voluntad, pues al revés habia dado al ejército ruso orden de detenerse en la frontera prusiana, procediendo así por pura deferencia á su persona, pero que negocios de tanta gravedad cuanta era la de los pendientes mal podian tratarse por personas intermedias, por lo cual seria lo mejor que se viesen ambos soberanos. Federico Guillermo, temeroso de ser vencido por los halagos de Alejandro tanto cuanto podria serlo por sus ejércitos, no tenia deseo alguno de venir con él á vistas segun se le proponia, pero la corte prusiana muy inclinada á la liga y á la guerra, y la reina muy

Propone  
Alejandro  
á  
Federico  
Guillermo  
tener  
con él  
vistas,  
y éste  
acepta,  
señalando  
para ellas  
los  
primeros  
dias de  
octubre.

acorde en pensamientos con el emperador de Rusia le persuadieron de que no podia negarse á la conferencia solicitada. Señaláronse para las vistas los dias primeros de octubre. Entre tanto los señores de Laforest y Duroc seguian en Berlin, asegurándoseles por todos lados que la neutralidad no seria quebrantada.

Mientras así empleaban los rusos el mes de setiembre, el Austria aprovechaba mejor un tiempo tan precioso, y, al paso que daba á M. de Cobentzel encargo de no cesar de repetir en París que su único deseo era negociar y tener seguridad en cuanto á la suerte venidera de Italia, hacia uso de los subsidios de Inglaterra con actividad suma. Desde luego habia juntado cien mil hombres en Italia, dándoles por general al archiduque Cárlos, queriendo emplear allí á su mejor capitán y su mas poderoso ejército, puesta la vista en el recobro de las provincias cuya pérdida mas lamentaba. Veinte y cinco mil hombres mandados por el archiduque Juan, el que mandaba en Hohenlinden, pasaron á guardar el Tirol; y de ochenta á noventa mil hombres fueron destinados á invadir á Baviera, á pasar á Suabia, y á situarse en el fuerte puesto de Ulma, donde en 1800 M. de Kray habia tenido á raya á Moreau por muchos dias. Habiendo de venir á juntarse con este último ejército austriaco los cincuenta ó sesenta mil rusos mandados por el general Kutusof, formarian una fuerza de ciento y cuarenta mil combatientes, con la cual habia esperanzas de dar bastante ocupacion á los franceses para que tuviesen lugar de llegar los demas ejércitos rusos, al archiduque Cárlos tiempo suficiente para reconquistar á Italia, y á las tropas enviadas á Hannover y á Nápoles espacio para llevar á cabo una distraccion provechosa. El celebrado

Set. 1805.

Emplea el Austria en prepararse á la guerra el tiempo que gasta la Rusia en negociar.

Distribucion de las fuerzas del Austria.



Set. 1805.

Dáse  
al general  
Mack  
el mando  
del  
ejército  
de  
Suabia.

general Mack, que habia formado y extendido todos los planes de campaña contra la Francia, y que con suma actividad y cierta inteligencia de algunas particularidades y menudencias en el arreglo de los ejércitos acababa de poner el austriaco en pié de guerra, era la persona encargada del mando del ejército de Suabia, compartiendo su autoridad con el archiduque Fernando.

Habíanse aprovechado las ciudades pertenecientes al Austria en aquella region para tener preparados almacenes entre el lago de Constanza y la parte alta del Danubio. La ciudad de Memmingen, asentada sobre el Iller, y que viene á ser la izquierda de la posicion de que es la derecha Ulma, era una de las destinadas á depósitos, habiéndose juntado en ella inmensos acopios, y levantado atrincheramientos, lo cual no era posible hacer en Ulma, porque pertenecia á Baviera.

Procura  
el Austria  
sorprender  
á la  
Baviera.

Todo esto fué llevado á ejecucion en los últimos dias de agosto. Pero el Austria, obrando con una precipitacion en ella nada ordinaria, cometió aquí una falta grave. No podia ocuparse el puesto de Ulma sin atravesar para ello los confines de Baviera, la cual tenia un ejército de veinte y cinco mil hombres, grandes almacenes, y la frontera del Inn, por lo cual habia toda clase de razones para ser los primeros en echarse sobre tan rica presa, y se determinó proceder con ella como queria hacer la Rusia con la Prusia, esto es, sorprenderla y precipitarla. Ciertó es que esto era lo mas fácil, pero, saliendo mal, las consecuencias habian de ser para el Austria muy dolorosas.

Llegado el general Mack á las riberas del Inn, fué enviado á Munich el principe de Schwartzenberg para hacer las mas vivas instancias al elector de Baviera de

parte del emperador de Alemania. Llevaba encargo de pedirle que se declarase en favor de la liga, juntando sus fuerzas con las del Austria, y consintiendo en que fuesen incorporadas en el ejército imperial y dispersadas regimiento por regimiento en las divisiones austriacas; entregando á los aliados su territorio con sus almacenes; en suma, siendo parte en aquella nueva cruzada contra el comun enemigo de Alemania y de Europa. Iba autorizado el príncipe de Schwartzenberg, si de ello hubiese necesidad, á ofrecer al Bávaro hermosos aumentos de territorio en el pais de Salzburgo y en el Tirol, con tal que, siendo reconquistada Italia por las armas aliadas, pudiesen volverse á colocar en aquel pais las ramas colaterales de la casa imperial que de allí habian sido separadas en la última guerra.

A la llegada del príncipe de Schwartzenberg á Munich, estaba el elector en situacion harto semejante á la de la Prusia en los mismos dias. M. Otto, el que en 1801 habia negociado con tanta habilidad la paz en Londres, era ministro plenipotenciario de Francia en Baviera. Aunque afectaba estar en la capital de este electorado muy poco atendido por la córte, andaba en tratos secretos con el elector, á quien se esforzaba á probar que solo por el patrocinio del emperador francés podia seguir existiendo la potencia bávara. Ciertamente es que en aquellas circunstancias, como en otras muchas, solo con el arrimo del poder francés podia Baviera escapar ilesa de la codicia austriaca, y estaba visto que si en 1803 habia conseguido una parte razonable en las indemnizaciones germánicas, á Francia era deudora de este beneficio. Insistiendo M. Otto en estas consideraciones habia puesto término á la vacilacion del elector hasta

Perple-  
jidad  
del  
elector  
de  
Baviera.



Set. 1805. reducirle á comprometerse en 24 de agosto, celebrando un tratado de alianza con Francia. Habíase prometido y guardado en esta negociacion el mas profundo secreto. Algunos dias despues, en 7 de setiembre, se presentó en Munich el príncipe de Schwartzenberg. El elector, hombre debilísimo de carácter, tenia á su lado una causa nueva de debilidad en la electriz su consorte, una de las tres hermosas princesas de Baden que habian subido á los tronos de Rusia, Suecia y Baviera, y que todas se señalaban por su apasionado odio á la Francia, siendo de ellas la bávara la mas violenta. Así que, se agitaba, lloraba, y mostraba el pesar mayor posible viendo á su esposo unirse con Napoleon, y le hacia mas desdichado aún que lo habria él sido naturalmente por los afanes de su propio espíritu. El príncipe de Schwartzenberg, seguido á dos marchas por el ejército austriaco, y auxiliado por las lágrimas de la electriz, logró quebrantar la fortaleza del elector, y le sacó la promesa de que seria del Austria. Sin embargo, el mismo príncipe, asustado de las consecuencias de mudanza tan repentina, y temiendo, tanto cuanto al general Mack que estaba cerca á Napoleon aunque distante, creyó justo dar aviso de lo que habia resuelto á M. Otto, disculpándose de su conducta con hacer presente lo desdichado de su situacion, y solicitando la indulgencia de la Francia. Habiendo recibido esta confesion M. Otto acudió á la presencia del elector y le representó cuán peligrosa le era su desercion, y cuánta certeza habia de que pronto estuviese Napoleon victorioso en Munich, donde podia hacer una paz en que sacrificase la Baviera al Austria. Ciertas circunstancias servian de auxiliares á los raciocinios de M. Otto. La pretension de dislocar el ejército de Ba-

viera para dispersarle en las divisiones austriacas habia indignado á los generales y oficiales bávaros, y, como se supiese al mismo tiempo que el ejército del Austria, sin esperar el consentimiento solicitado en Munich, habia atravesado el Inn, clamaba irritado el público contra semejante violacion del territorio, diciéndose en voz alta, que si Napoleon era ambicioso no lo era menos M. Pitt; que este último habia cohechado al gobierno de Viena, y que, gracias al oro inglés, otra vez iba Alemania á ser atropellada y hollada por los soldados de toda Europa. Aun fuera de estas circunstancias tan favorables á M. Otto, habia la de tener el elector un ministro hábil en M. de Montgelas, hombre lleno de ambicion de engrandecer su patria, y soñando para Baviera en el siglo décimonono aumentos de grandeza iguales á los que en el décimo-octavo habia conseguido Prusia, y el cual no paraba de estar discurriendo si seria en Viena ó en París donde habia mas probabilidad de lograr sus intentos; hasta que hubo de persuadirse de que mejor librado saldria de la amistad de la potencia mas innovadora que era la Francia. Habia, pues, M. de Montgelas opinado á favor del tratado de alianza hecho con M. Otto, y así, aunque le hiciesen mucho efecto las ofertas del príncipe de Schwartzemberg, y por algunos momentos se sintiese vacilante á impulsos de la ambicion como lo estaba su soberano cediendo á su debilidad, pronto se confirmó en sus anteriores ideas. Tambien fué vencido y vuelto á la alianza con los franceses el elector, determinándole juntamente las instancias de M. Otto apoyadas por la opinion de sus súbditos, la irritacion de su ejército, y los consejos de M. de Montgelas, su ministro. Llegó este príncipe á tal estado de congoja é inquietud



Set. 1805. que fué fácil hacerle aceptar todo cuanto querian quienes le rodeaban. Propusieronle que se retirase á Würtzburgo, obispado secularizado en provecho de la Baviera en 1803, y que mandase que allí le siguiese su ejército.

Pára el elector de Baviera en declararse á favor de la Francia, y váse á Würtzburgo con su corte y ejército.

Aceptó esta proposicion; y, á fin de ganar tiempo, dijo al príncipe de Schwartzenberg que enviaba á Viena al general bávaro, el señor de Nogarola, conocido por parcial del Austria, el cual llevaba encargo de tratar con ella. Hecho así salióse el elector con toda su corte de Munich en la noche del 8 al 9 de setiembre, yéndose primero á Ratisbona, y de esta ciudad á Würtzburgo adonde llegó el 12, y en donde dió orden de que se concentrasen sus tropas juntas en Amberg y Ulma. Al salir el elector de su capital publicó un manifiesto denunciando á Baviera y á toda Alemania la violencia que con él se cometia.

El príncipe de Schwartzenberg y el general Mack que habia pasado el Inn vieron irseles de entre las manos el elector, su corte y su ejército, dejándolos hechos objetos, así como de indignacion, de mofa. Adelantáronse á marchas forzadas los austriacos, pero no pudieron alcanzar á los bávaros, y encontraron mal dispuestos é indignados contra ellos á los pueblos. Una circunstancia contribuyó sobre todo á indignar á la poblacion de Baviera, y fué, que trayendo los austriacos llenas las manos de un papel moneda que solo en Viena corria y perdiendo mucho, obligaban á los habitantes del pais invadido á recibir en pagos como dinero el tal papel desacreditado. Así vino un grave perjuicio pecuniario á agregarse al orgullo de nacion ofendido para indignar á los bávaros contra los invasores.

El general Mack, despues de estos tristes principios

de su expedicion, de los cuales no tenia él la culpa Set. 1805. tanto cuanto el negociador austriaco, pasó á la parte superior del Danubio, y se situó en los puestos que muy de antemano le estaban señalados, con su derecha en Ulma, su izquierda en Memmingen, y su frente cubierta por el rio Iller que pasa por Memmingen para ir á desaguar cerca de Ulma en el Danubio (*véanse los mapas núms. 28 y 29*). Los oficiales del Estado Mayor austriaco habian estado ponderando muchos años aquella posicion como la mejor que podia ocuparse para hacer frente á los franceses que desembocasen de la Selva Negra, pues allí, apoyada un ala en el Tirol y otra en el Danubio, quedaban seguros ambos costados; y en la espalda nadie pensaba, no figurándose que pudiesen venir en caso alguno los franceses por otro que el ordinario camino. El general Mack habia llamado á su lado al general Jellachich con su division del Vorarlberg. Tenia, pues, directamente á sus órdenes 65,000 hombres, y á su espalda para enlazarle con los rusos al general Kienmayer mandando 20,000, todo lo cual componia una fuerza de 85,000 combatientes.

Estaba, pues, el general Mack donde le suponía Napoleon y donde queria encontrarle, esto es, en la parte superior del Danubio, distando de los rusos todo lo que hay de Viena á Ulma. El elector de Baviera estaba en Würtzburgo con su corte desconsolada, y su ejército indignado contra los austriacos, y esperando la próxima llegada de los franceses.

Para formarse una idea cabal de la situacion de Europa en aquella gran crisis, solo queda echar una ojeada rápida á lo que estaba pasando en Italia. Los directores supremos de la liga no querian que se compromie-

El general Mack, despues de haber atravesado la Baviera, va á situarse en Ulma.

Opinion de los del Estado Mayor austriaco relativamente á Ulma.

Qué pasaba entonces en el mediodia de Italia.



Set. 1805. tiese demasiado pronto la corte de Nápoles observada de cerca por los 20,000 franceses del general Saint-Cyr, y para eso le aconsejaron una verdadera traicion, cosa que no podia costar mucho á una corte ciega y corrompida, cuya maldad aumentaba el odio. Siguiendo tales consejos el gobierno napolitano, se brindó á firmar un tratado de neutralidad con la Francia para conseguir de ella que retirase las tropas que tenia en Tarento. No bien se retirasen estas tropas, cuando la corte de Nápoles, ya menos vigilada, tendria tiempo de declararse por la liga, y de dar entrada en el reino á los soldados rusos é ingleses. El general ruso, Lasey, hombre prudente y avisado, estaba en Nápoles con encargo de prepararlo todo con gran reserva, y de traer á los aliados cuando estimase ser la ocasion oportuna para su venida. Habia 12,000 rusos en Corfú, con algunos mas de reserva en Odesa, y 6,000 ingleses en Malta. Contábase además con 36,000 napolitanos en algun mejor orden que el que solian tener, y con un levantamiento general de los bandidos de Calabria.

Traicion  
que  
aconsejan  
las  
potencias  
aliadas  
á la corte  
de  
Nápoles.

Tratado  
de  
neutrali-  
dad  
propuesto  
por  
la corte  
de  
Nápoles,  
y  
aceptado  
con  
confianza  
por  
Napoleon.

Semejante tratado, propuesto á Napoleon en visperas de salir de París á campaña, le habia parecido digno de aceptarse, porque no creia que corte tan débil como la napolitana se expusiese con él á las consecuencias que una traicion habria de producirle, y se figuraba que el terrible escarmiento que habia hecho con Venecia en 1797 deberia haber curado á los gobiernos italianos de su propension á la perfidia. Veia ademas en un tratado de neutralidad que cerrase la Italia meridional á los rusos é ingleses la ventaja de poder dar 20,000 hombres mas á Massena, si los 50,000 que este general mandaba no fuesen bastantes á defender el Adige.

Aceptó, pues, esta proposicion; y por un tratado firmado en París el 21 de setiembre consintió en retirar sus tropas de Tarento fiando en la promesa de no sufrir desembarco alguno de tropas rusas ó inglesas que le hizo el gobierno napolitano. Con esta condicion dió al general Saint-Cyr orden de encaminarse á Lombardía; y la reina Carolina, y con ella el débil monarca su consorte, quedaron con desahogo para disponer una súbita acometida á los franceses por su espalda.

Tal era en los dias que van de 20 á 25 de setiembre la situacion de las potencias ligadas. Los rusos y suecos encargados de venir contra los franceses por la parte del Norte, se iban juntando en Stralsund para obrar combinados con tropas inglesas que desembarcasen en las bocas del Elba; un ejército ruso mandado por el general Michelson se iba formando en Wilna; el emperador Alejandro con el cuerpo de sus guardias, y el ejército del mando de Buxhoewden estaba en Pulawi sobre el Vístula, solicitando tener vistas con el rey de Prusia; y otro ejército ruso á las órdenes del general Kutusof habia penetrado por la Galitzia á Moravia á fin de juntarse allí con los austriacos. Este habia llegado ya á la altura de Viena, é iba á seguir rio arriba por la orilla del Danubio. El general Mack con cien leguas de delantera se habia situado en Ulma al frente de 85,000 hombres, y esperaba allí á los franceses por el desembocadero de la Selva Negra. El archiduque Carlos estaba con 100,000 hombres en las riberas del Adige. La córte de Nápoles estaba trazando coger por sorpresa á los franceses cayendo sobre ellos con los rusos de Corfú y los ingleses de Malta.

Situacion  
general  
de los  
coligados  
del  
20 al 25  
de  
setiem-  
bre.

Napoleon, como queda dicho, habia llegado á Es-



Set. 1805. trasburgo el 26 de setiembre. Sus columnas habian seguido puntualmente sus órdenes, yendo por los caminos que él les habia señalado (*véase el mapa núm. 28*). El mariscal Bernadotte, dejando la plaza de Hameln bien abastecida de víveres y municiones y con una guarnicion crecida compuesta de los hombres menos capaces de salir á campaña, habia partido de Goettinga con 17,000 soldados, todos ellos propios para llevar las mas duras fatigas. Habia notificado al elector de Hesse que iba á pasar por sus Estados, usando en su aviso de las fórmulas prescriptas por Napoleon; y, como primero recibiese por respuesta el consentimiento y despues la negativa, sin hacer caso de la segunda, habia atravesado el territorio neutral sin encontrar resistencia. Llevaba delante de su ejército empleados de la hacienda militar que iban pidiendo raciones y pagando sus gastos al contado en dinero, con lo cual encontraba vendedores que se daban prisa á satisfacer las necesidades de sus tropas, porque un ejército que lleva consigo dinero puede vivir sin almacenes, sin perder tiempo y sin causar vejámenes á el pais que atraviesa, con tal que sea tierra abundante en lo necesario al sustento. De este modo Bernadotte atravesó sin dificultad ambos Hesses, el principado de Fulda, los Estados del príncipe archi-canciller y la Baviera, siguiendo en su marcha una línea perpendicular del Norte al Mediodía. Llegó el 17 de setiembre cerca de Cassel, el 20 á Giessen y el 27 á Würtzburgo con grande alegría del elector de Baviera despavorido con las noticias contradictorias que recibia de los austriacos y franceses. Habia acudido al lado de este príncipe un enviado del emperador de Alemania á darle disculpas por lo pasado y tratar de retraerle de su alianza con

Marcha  
del  
cuerpo  
de  
ejército  
del  
mariscal  
Bernadotte.

Francia, el cual no supo que venia marchando el cuerpo de Bernadotte hasta que vió asomar la caballería francesa por las alturas vecinas á Würtzburgo, y entonces se fué apresuradamente dejando al elector por amigo perpétuo de los franceses; esto es perpétuo todo cuanto fué duradera la buena fortuna de sus amigos.

El ministro Montgelas, para dorar mejor la conducta de su soberano, pidió al gobierno francés una trampa poco honrosa al bávaro, la cual fué que fingiese la fecha del tratado de alianza ajustado con Francia, el cual real y verdaderamente habia sido firmado en 24 de agosto, solicitando el ministro de Baviera que se le pudiese la fecha del 23 de setiembre. Consintióse en ello, y de resultas pudo el gobierno del elector sostener con sus confederados en la Dieta de Ratisbona que no se habia echado en brazos de la Francia hasta dias despues de haber sido tratado por el Austria con violento insulto.

El general Marmont, yendo por la márgen del Rhin rio arriba, y aprovechando la corriente para transportar sus pertrechos, habia emprendido su marcha por el hermoso camino abierto por órden de Napoleon en la orilla izquierda del mismo rio; obra de las memorables de los dias del Imperio. Estaba el 12 de setiembre en Nímega, el 18 en Colonia, el 25 en Maguncia, el 26 en Francfort y el 29 en las cercanías de Würtzburgo (*véase el mapa núm. 28*). Traia consigo un cuerpo de 20,000 hombres, un parque de 40 bocas de fuego con buenos tiros, y un número considerable de municiones, estando comprendida en sus tropas una division de holandeses mandada por el general Dumonceau. De la calidad de los 15,000 franceses que venian en este cuerpo de

Marcha  
del  
cuerpo  
de  
ejército  
del  
mariscal  
Marmont.



Set. 1805. ejército dará una idea cabal un hecho sin ejemplo en la historia de la guerra, y es, que acabando de atravesar buena parte de Francia y de Alemania andando veinte dias seguidos sin uno de descanso, solo tenia de baja nueve hombres á su llegada á Würtzburgo. Ningun general del mundo en tiempo alguno habria dejado de tener á gran fortuna haber perdido solo doscientos ó trescientos á su entrada en campaña, porque cabalmente en tales casos y por efecto de las primeras marchas es cuando los hombres de complexion débil manifiestan su flaqueza y se quedan rezagados.

A fines de setiembre, pues, tenia Napoleon en el centro de Franconia y á seis jornadas de distancia del Danubio, amenazando á los austriacos por su costado, al mariscal Bernadotte con 17,000 hombres, y al general Marmont con 20,000, á los cuales se iban á agregar 25,000 bávaros juntos en Würtzburgo. Estos últimos estaban tan poseidos de verdadero entusiasmo en favor de la causa de los franceses venida á ser en aquel momento la suya propia, que, al presentárseles los regimientos de sus nuevos aliados, los recibieron dando palmadas.

El mariscal Davout con el cuerpo salido de Ambleteuse, el mariscal Soult con el que habia venido de Boña, y el mariscal Ney con el suyo procedente de Montreuil, atravesando á Flandes, Picardía, Champaña y Lorena, habian llegado á ponerse sobre el Rhin del 23 al 24 de setiembre, yendo delante la caballeria puesta en movimiento por mandado de Napoleon cuatro dias antes que la infantería. Todos habian hecho su marcha con ardor sin igual. La division de Dupont al atravesar el departamento del Aisne habia dejado rezagados unos 50

Marcha  
de los  
cuerpos  
de  
ejército  
de los  
mariscales  
Davout,  
Ney,  
y Soult.

hombres de aquellos pueblos que fueron á hacer una visita á sus familias, y dentro de dos dias estaban ya con sus compañeros. Este ejército, despues de haber andado ciento cincuenta leguas en medio del otoño sin descansar siquiera un dia, llegaba á su destino sin llevar enfermos ni dejarse gente atrás; singular ejemplo debido al espíritu de las tropas y á haber estado largo tiempo acampadas.

El mariscal Augereau habia formado sus divisiones en Bretaña, y, como habia de salir de Brest y pasar por Alenzon, Sens, Langres y Béfort, tenia que atravesar á Francia por donde mas se extiende, y no podia llegar á orillas del Rhin hasta quince dias despues que los demas cuerpos de ejército; por lo cual el suyo estaba destinado á quedarse de reserva.

Nunca se ha visto, ni cabe, asombro igual al que inundia á toda Europa la llegada imprevista de aquel ejército, el cual sabian todos que estaba en las costas del Océano, viéndosele en el término de veinte dias, apenas necesarios para que empezase á extenderse la noticia de haberse puesto en movimiento, ocupando las orillas del Rhin é inundando la parte meridional de Alemania. Todo ello era efecto de una prontitud extremada en resolverse y de una arte profunda para encubrir las resoluciones ya tomadas.

Esparcióse al instante la noticia de haberse aparecido los franceses en Alemania, y no dió motivo en los generales alemanes á otra idea que la de que el teatro principal de la guerra seria en Baviera y no en Italia, pues á Baviera venia Napoleon con el ejército del Océano. Solo resultó, pues, de la noticia aumentarse las fuerzas austriacas en Suabia, y darse al archiduque Cár-

Set. 1805.

Marcha  
del  
cuerpo  
de  
ejército  
del  
mariscal  
Augereau.

Efecto  
producido  
por la  
repentina  
aparicion  
del  
ejército  
francés  
en  
Alemania.



Set. 1805. los la orden para él muy desabrida de enviar socorros de Italia al Tirol que viniesen por el Vorarlberg á juntarse con el ejército del general Mack. Pero los verdaderos designios de Napoleon siguieron profundamente ocultos. Parecia que las tropas juntas en Würtzburgo tenían por único objeto recoger á las bávaras y amparar al elector , y que el principal golpe de tropas puesto en la parte superior del Rhin á la entrada de los desfiladeros de la Selva Negra estaba destinado á penetrar por aquellas espesuras. Confirmóse por lo mismo el general Mack en su pensamiento de mantener el puesto de Ulma que le habia sido señalado.

Orden  
y arreglo  
dados por  
Napoleon  
á su  
ejército  
llamado  
Grande.

Habiendo juntado Napoleon todo su ejército , le dió el arreglo y orden que despues conservó , y un nombre que habia de tener perpétuamente en la historia , que fué el de *ejército grande*.

Distribu-  
cion  
del  
ejército  
en siete  
cuerpos.

Distribuyóle en siete cuerpos. Era el primero el del mariscal Bernadotte, compuesto de las fuerzas reunidas de Hannover, y el cual constaba de 17,000 hombres. Formaba el segundo el general Marmont con las tropas que habia traído de Holanda , contando á sus órdenes 20,000 soldados presentes á sus banderas. Las tropas del mariscal Davout, antes acampadas en Ambleteuse y que ocupaban el tercer lugar á lo largo de las costas del Océano, habian recibido el dictado de tercer cuerpo, y componian una fuerza efectiva de 26,000 combatientes. El mariscal Soult con el centro del grande ejército del Océano, antes acampado en Boloña, y cuya fuerza era de 40,000 hombres entre infantería y artilleros, formaba el cuerpo cuarto. De él iba á desprenderse la division de Suchet para hacer parte del quinto cuerpo; con la division de Gazan y los granaderos de Arras, á los

cuales se dió en adelante el título de granaderos de Oudinot, poniéndoles por nombre el de su valeroso caudillo. Este quinto cuerpo, no tomando en cuenta la division de Suchet, habia de ascender á 18,000 hombres, y estaba destinado á obedecer al fiel y heróico amigo de Napoleon, el mariscal Lannes, que habia sido llamado de su embajada en Portugal para darle parte en la peligrosa expedicion de Boloña, y que iba á seguir al emperador hasta las orillas de los lejanos rios Morawa, Vístula y Niemen. Componíase el sexto cuerpo de 24,000 soldados procedentes del campamento de Montreuil al mando del intrépido mariscal Ney. Augereau, con dos divisiones, cuya fuerza era á lo mas de 14,000 hombres, y que antes estaba situado en el último puesto á lo largo de la costa, residiendo de ordinario en Brest, compuso el cuerpo séptimo. Dióse algo despues el título de octavo al formado por las tropas de Italia cuando vinieron á guerrear á Alemania. Este órden y arreglo eran los mismos antiguos del ejército del Rhin; pero con importantes variaciones acomodadas al genio de Napoleon, necesarias para la ejecucion de las grandes cosas que en su mente estaba disponiendo.

En el ejército del Rhin cada cuerpo completo de todas armas era por sí solo un ejército pequeño, conteniendo en sí sin necesidad de auxilio lo suficiente para dar una batalla. Así es que estos varios cuerpos propendian á obrar cada cual por separado, especialmente si obedecian á un general como Moreau, que mandaba segun alcanzaban su entendimiento y su carácter. Napoleon habia arreglado su ejército de tal manera que le tenia todo entero á su disposicion, estando cada cuerpo completo solamente en infanteria, y sin mas artille-

Composicion de los cuerpos de ejército.

Set. 1805.



Set. 1805. ría que la necesaria , ni caballería sino la indispensable para su seguridad , esto es , algunos escuadrones de húsares ó cazadores. El emperador reservaba para sí el completarlos, cuando conviniese , en artillería y caballería , empleando para el intento cuerpos de reserva de ambas armas puestos á su disposicion exclusiva. Segun lo requerian el terreno ó las circunstancias , quitaba de un cuerpo para dársele á otro , ya un refuerzo de bocas de fuego , ya una fuerza numerosa de coraceros.

Forma-  
cion  
de una  
reserva  
de  
caballería  
mandada  
por el  
principe  
Murat.

Habia puesto su principal cuidado en tener junta bajo un general y en dependencia inmediata de su voluntad lo principal de su caballería. Como con esta arma particularmente es comun observar al enemigo empleándola en estar de continuo corriendo á su alrededor, y como con ella se da remate á la victoria sobre los contrarios cuando empiezan á desordenarse, y se los persigue y envuelve cuando van de huida, habia querido Napoleon quedarse él privativamente con semejante medio de proporcionarse una victoria , de decidir la suerte de una batalla, y de recoger los frutos de su triunfo. Habia, pues , juntado en un cuerpo solo la caballería de línea compuesta de los coraceros y carabineros mandados por los generales Nansouty y de Hautpoul, á los cuales habia agregado los dragones asi de á pié como de á caballo á las órdenes de los generales Klein , Walther , Beaumont , Bourcier y Baraguey-d' Hilliers, encomendando toda esta fuerza al mando de su cuñado Murat, el oficial de caballería de mas ímpetu y brillo entre los de aquella época , el cual á las órdenes del emperador representaba el papel del *Magister Equitum* de los ejércitos romanos. Seguian á esta caballería baterías de artillería volante proporcionándole por ayuda del poder de

las espadas, la de los fuegos. Pronto se verá cómo esta fuerza se esparció por el valle del Danubio; arrolló á los austriacos y rusos; entró revuelta con ellos en Viena pasmada; y algo despues, revolviéndose á las llanuras de Sajonia y Prusia, dió alcance hasta las orillas del Báltico al ejército prusiano hasta desbaratarle y cautivarle todo, ó, precipitándose en Eylau sobre la infantería rusa, salvó la fortuna de Napoleon en una de las mas violentas embestidas dadas ó recibidas en tiempo alguno por gran golpe de gente armada. Constaba esta reserva de caballería de 22,000 hombres, de ellos 6,000 coraceros, 9 á 10,000 dragones montados, y 6,000 desmontados y 1,000 artilleros á caballo.

Por último, la reserva general del ejército grande era la guardia imperial, cuerpo escogido, el mas hermoso del universo; el cual servia juntamente de inspirar emulacion y dar recompensa á los soldados que en el ejército se distinguian, no admitiéndose alguno en las filas de la guardia hasta despues de haberse acreditado en otros cuerpos cumplidamente. Constaba la guardia imperial, como antes la consular, de granaderos y cazadores de á pié, y granaderos y cazadores de á caballo, como si fuese un regimiento compuesto todo de compañías de preferencia. Contaba ademas un hermoso batallón de italianos, representante de la guardia real del rey de Italia; un soberbio escuadron de mamelucos por via de último recuerdo de la campaña de Egipto; y dos escuadrones de gendarmeria escogida ó de preferencia, cuyo servicio era el de policía en el ejército; todo lo cual formaba un total de siete mil hombres. Napoleon le habia añadido en crecida proporcion el arma de él preferida, porque en ciertas ocasiones suplia la falta de

Orden  
y arreglo  
de la  
guardia  
imperial.

Set. 1805.



Set. 1805. las demas, la artillería. Habia formado un parque de veinte y cuatro piezas, usando singular esmero en la perfeccion de sus tiros y avíos, con lo cual correspondian cuatro cañones á cada mil hombres.

Nunca se separaba la guardia del cuartel general, yendo constantemente al lado del emperador con el mariscal Lannes y los granaderos de Oudinot.

Fuerzas  
de  
Napoleon  
compara-  
das  
con las de  
la liga.

Tal era el ejército denominado grande. Constaba de ciento y ochenta y seis mil hombres real y verdaderamente presentes bajo sus banderas, de los cuales treinta y ocho mil eran de caballería, acompañándole trescientas y cuarenta bocas de fuego. Agregando á estas fuerzas los cincuenta mil hombres mandados por Massena, y los veinte mil del general Saint-Cyr, resulta un total de doscientos y cincuenta y seis mil franceses extendidos desde el golfo de Tarento hasta las bocas del Elba, con una reserva como de ciento y cincuenta mil soldados bisoños y jóvenes en el interior de Francia. Añadiéndoles veinte y cinco mil bávaros y de siete á ocho mil súbditos de los soberanos de Baden y de Wurtemberg próximos á entrar en campaña, puede decirse que Napoleon iba con doscientos y cincuenta mil franceses y algo mas de treinta mil alemanes, á guerrear contra quinientos mil de los aliados; de ellos doscientos y cincuenta mil austriacos, doscientos mil rusos, y cincuenta mil entre ingleses, suecos y napolitanos; los cuales asimismo tenian sus fuerzas de reserva en lo interior de Austria y de Rusia, y en las escuadras de la Gran Bretaña. Abrigaba esperanzas la liga de aumentar estas fuerzas con doscientos mil prusianos, cosa muy posible si no se daba priesa Napoleon á alcanzar completa victoria.

Priesa tenia en efecto el emperador francés de entrar en campaña, y así mandó á sus tropas pasar el Rhin en los dias 25 y 26 de setiembre, despues de haber gastado dos ó tres dias en dar descanso á la gente; en reparar algunas averías; en el equipo de la caballería y artillería; en cambiar algunos caballos lastimados ó cansados por otros sanos y frescos allegados en crecido número en Alsacia; y por fin, en preparar el parque principal y gran abundancia de galleta. Va á contarse qué disposiciones dió para rodear la Selva Negra, detrás de la cual estaba esperando á los franceses el general Mack situado en Ulma.

Clavando la vista en esta region con tanta frecuencia pisada y recorrida por los ejércitos franceses en todos tiempos, y por la misma razon antes mas de una vez descrita en la presente historia (*véanse los mapas números 28 y 29*) se ve cómo nace el Rhin en el lago de Constanza y va corriendo hácia Poniente hasta llegar á Basilea, de donde revuelve de súbito para dirigir su curso en linea perpendicular al Norte; y cómo el Danubio, por el contrario, saliendo de unas pobres fuentes muy cerca del lugar en donde empieza el Rhin, fuera ya del citado lago, se encamina á Levante y sigue el mismo curso formando escasos tornos y revueltas para ir á parar al mar Negro. Una cordillera de montañas de muy mediana altura, llamadas con mucha impropiedad los Alpes de Suabia, separan uno de otro á los dos rios, como impeliendo hácia el Océano septentrional al Rhin, y al Danubio á los mares de Oriente. Presentan estos montes por donde miran á Francia mas escarpadas sus cumbres, y van bajando como insensiblemente á terminar en los llanos de Franconia, entre Nordlingen y

Principio  
de las  
opera-  
ciones  
militares.

Descrip-  
cion  
de  
los Alpes  
de Suabia  
y de  
la Selva  
Negra.



Set. 1805. Donauwerth. De sus faldas quebradas y cubiertas de bosques, que llevan por nombre el de Selva Negra, corren á la izquierda ó dígase hácia el Rhin, los rios Neker y Mein, y á la derecha el Danubio lamiendo la espalda de la sierra casi desnuda de arbolado y dispuesta formando terraplenes. Atraviesan estos lugares gargantas angostas por las cuales es de necesidad absoluta pasar para ir desde las orillas del Rhin á las del Danubio, á no ser que se evite la entrada en aquella region montuosa, ya yendo por la orilla del Rhin, corriente arriba, hasta rebasar á Schaffouse, ya siguiendo por su falda desde Estrasburgo á Nordlingen hasta llegar á los llanos de Franconia donde baja el terreno. En las guerras anteriores habian alternado los franceses en tomar, ya el uno, ya el otro camino, y ahora, pasando el Rhin entre Estrasburgo y Huninga, habian atravesado las angosturas de la Selva Negra, ahora, tomando Rhin arriba hasta Schaffouse, no pasaban el rio hasta muy cerca del lago de Constanza, encontrándose así con las fuentes del Danubio sin pasar los desfiladeros.

Qué  
camino  
toma  
Napoleon  
para  
caer  
con sus  
fuerzas  
sobre  
la orilla  
del  
Danubio.

Intentando Napoleon situarse entre los austriacos apostados en Ulma y los rusos que acudian á darles auxilio, hubo de echar por un camino diferente. Procurando, ante todo, llamar la atencion de los austriacos á los desfiladeros de la Selva Negra, poniéndoles á la vista sus columnas como próximas á penetrar por aquellas angosturas, en seguida hubo de faldear los Alpes de Suabia sin atravesarlos, proseguir por sus faldas hasta Nordlingen, rodear con sus cuerpos juntos hasta el extremo por donde se allanan, y pasar el Danubio por Donauwerth. Haciendo este movimiento juntaba de camino con sus fuerzas los cuerpos de ejército de Ber-

nadotte y de Marmont, llegados á Würtzburgo; pasa- Set. 1805.  
ba adelante del puesto de Ulma hasta dejarle envuelto;  
iba á desembocar á la espalda del general Mack; y lle-  
vaba á efecto el plan, muy de antemano formado en su  
mente, del cual se prometia las mas ventajosas re-  
sultas.

El 25 de setiembre ordenó á Murat y á Lannes que  
pasasen el Rhin por Estrasburgo con la reserva de ca-  
ballería, los granaderos de Oudinot y la division de  
Gazan (*véase el mapa número 29*). Murat habia de ir  
con los dragones de su mando de Oberkirch á Freu-  
denstadt, de Offenburgo á Rothweil, y de Friburgo á  
Neustadt, presentándolos asomados á la entrada de los  
principales desfiladeros, y dando con esto á suponer que  
el ejército todo iba á atravesarlos. Tambien estaban pe-  
didas raciones por aquellos lugares para alucinar mas  
completamente al enemigo. Lannes tenia encargo de  
apoyar estos reconocimientos con algunos batallones de  
granaderos, pero, en realidad de verdad, situado con la  
fuerza mas crecida de su cuerpo mas allá de Estrasbur-  
go por el camino de Stuttgard estaba alli para cubrir  
el movimiento de los mariscales Ney, Soult y Davout,  
á quienes estaba mandado pasar el Rhin algo mas  
abajo. El general Songis que mandaba la artillería, ha-  
bia echado dos puentes de barcas: el primero entre Lau-  
terburgo y Carlsruhe para el cuerpo de ejército del ma-  
riscal Ney, y el segundo para el del mariscal Soult en  
las cercanías de Spira. El mariscal Davout tenia á su  
disposicion el puente de Manheim. Los tres mariscales  
habian de pasar transversalmente por los valles que ba-  
jan de la cordillera de los Alpes de Suabia, y, faldean-  
do la misma cordillera, de ir apoyándose unos en

Paso  
del Rhin.



Oct. 1803. otros de tal modo que pudiesen darse mútuo socorro en caso de presentárseles de súbito el enemigo. A todos se habia dado orden de que llevasen sus soldados en las mochilas cuatro raciones de pan, y cuatro de galleta en los furgones, por si hubiese que hacer marchas forzadas. No se movió Napoleon de Estrasburgo hasta despues de ver en movimiento sus parques y fuerzas de reserva con una division de infantería para escolta. Luego pasó el Rhin el 1.º de octubre seguido de sus guardias, despues de haberse despedido de la emperatriz, la cual siguió algun tiempo en Estrasburgo con la córte imperial y la cancilleria de M. de Talleyrand.

Llegado Napoleon al territorio del gran ducado de Baden, encontró allí á la familia reinante que acudia á mostrarle su obsequioso rendimiento. Presentósele el anciano elector rodeado de tres generaciones de príncipes. Pretendia el de Baden, como todos los soberanos de Alemania de segundo y tercer órden, conseguir la ventaja de quedarse neutral; verdadero desvarío en tales circunstancias, porque cuando las potencias menores de Alemania no aciertan á estorbar una guerra resistiendo á las potencias principales que la desean deben no li-sonjearse de verse librés de las desdichas anejas á las hostilidades, guardando una neutralidad en su situacion imposible de consentir, pues casi todas están en el camino por donde es fuerza que pasen los ejércitos de los beligerantes. Napoleon, en vez de permitirles la neutralidad, les habia brindado con su alianza, prometiéndoles terminar en su provecho las cuestiones sobre territorio y soberanía que aún las tenian desavenidas con el Austria, desde el tiempo de los arreglos de 1803, todavía no llevados á remate. Paró el gran duque de Baden en

Negocia  
Napoleon  
de paso  
tratados  
de  
alianza  
con  
las casas  
de Baden  
y de  
Wurtem-  
berg.

Oct. 1805.

aceptar la alianza ofrecida, y prometió dar tres mil hombres y ademas víveres y medios de conduccion que habian de serles pagados en sus mismas tierras. Napoleon, habiendo hecho noche en Ettlingen, se puso en camino en 2 de octubre para Stuttgard. Antes de su llegada habian estado á punto de romper uno con otro el elector de Wurtemberg y el mariscal Ney. El elector, conocido entonces en Europa por ser extremadamente vivo de ingenio y condicion, estaba por entonces negociando con el ministro plenipotenciario de Francia las condiciones de una alianza que iba á hacer muy contra su gusto, y no queria que antes de concluirse el ajuste entrasen tropas extranjeras ni en Luisburgo, su casa de recreo, ni en Stuttgard, capital de sus Estados. El mariscal Ney consintió en no entrar en Luisburgo, pero mandó apuntar los cañones de su artillería á las puertas de Stuttgard, con lo cual logró que se le franquease el paso. Napoleon llegó muy á tiempo para aplacar la ira del elector, por quien fue recibido con suma magnificencia, estipulando con él una alianza, origen de la grandeza de esta casa, como lo ha sido de la de todos los príncipes de la Alemania meridional la que contrajeron con el imperio francés por los mismos dias. Quedó firmado el 5 de octubre el tratado por el cual por parte de la Francia se contraía el empeño de dar aumentos á la grandeza de la casa de Wurtemberg, y por parte del elector el de auxiliar á los franceses con diez mil hombres, y ademas con raciones, caballos y carros que habian de ser pagados al tiempo de recibirse.

Detúvose Napoleon tres ó cuatro dias en Luisburgo para dar tiempo de ponerse en línea á los cuerpos que formaban en su ejército el ala izquierda. Peligrosa situa-



Oct. 1805. cion era en éste haber de ir por mas de cuarenta leguas caminando muy pegado á una fuerza enemiga de ochenta ó noventa mil soldados, sin ponerlos sobresí, y descubrirse, y verlos de repente desembocar sobre una de sus alas. A esto proveyó Napoleon con arte y prevision admirables. Atravesaban el territorio de Wurtemberg tres caminos, los cuales iban á parar al punto donde terminan allanándose los Alpes de Suabia, punto en que habian de ponerse los franceses para llegar al Danubio entre Donauwerth é Ingolstadt (*véase el mapamúm.* 29). De estos caminos el principal era el de Pforzheim, Stuttgart y Heidenheim que iba rozándose con la misma falda de la sierra, y por una porcion de desfiladeros tenia comunicacion con el punto ocupado por los austriacos en Ulma. Este mas que otro alguno era necesario pasar de uno á otro extremo con grandes precauciones por estar muy cercano el enemigo. Ocupábale Napoleon con la caballería de Murat, el cuerpo del mariscal Lannes, el del mariscal Ney y su guardia. El segundo, que arrancando de Spira pasaba por Heilbronn, Hall y Ellwangen para ir á parar al llano de Nordlingen estaba ocupado por el cuerpo del mariscal Soult. El tercero, que arrancaba de Manheim y pasaba por Heidelberg, Neckar-Elz y Ingelfingen, yendo á terminar en Oettingen, era el por donde marchaba el mariscal Davout, acercándose á la direccion que debian llevar los cuerpos de ejército de Bernadotte y de Marmont para pasar de Würtzburgo á las orillas del Danubio. Dispuso Napoleon la marcha de estas diversas columnas de manera que todas ellas llegasen en los dias 6 y 7 de octubre al llano que se extiende por la márgen del Danubio entre Nordlingen, Donauwerth é Ingolstadt. Pero en

Marcha  
del  
ejército  
francés  
para ir  
á parar  
al llano  
de  
Nordlin-  
gen,  
atrave-  
sando  
el  
territorio  
de  
Wurtem-  
berg.

este movimiento de conversion girando su izquierda sobre su derecha tenia esta que ir con harto mas espacio por ser menor la curva que le tocaba describir. Mañó pues á su ala derecha detener el paso para dar tiempo de acabar su movimiento de conversion á los cuerpos de Marmont y de Bernadotte que formaban la extremidad de su ala izquierda; al mariscal Davout que los seguia; y por último al mariscal Soult que venia detrás de Davout sirviendo de enlazar con el cuartel general á los cuerpos que iban delante.

Despues de haber esperado Napoleon el tiempo suficiente, púsose en marcha el 4 de octubre con toda su ala derecha. Iba Murat sin parar galopando al frente de su caballería, y presentándose una tras otra á la entrada de cada uno de los desfiladeros que atraviesan las montañas, pero no hacia mas que asomarse, y en seguida retiraba sus escuadrones, luego que los parques y bagajes habian tomado bastante delantera para que no hubiese peligro alguno. Napoleon, con los cuerpos de ejército de Lannes y de Ney, y su guardia, seguia por el camino de Stuttgard, pronto á acudir con cincuenta mil hombres á dar socorro á Murat si se presentaba el enemigo con crecida fuerza en alguno de los desfiladeros. En cuanto á los cuerpos de ejército de Soult, Davout, Marmont y Bernadotte que eran el centro y ala izquierda del ejército, no empezaban á correr peligro hasta despues de concluido el movimiento que se ejecutaba faldeando los Alpes de Suabia, y en la hora de desembocar en el llano de Nordlingen. Napoleon lo tenia todo dispuesto para que Murat, Ney, Lannes y con ellos los cuerpos de ejército de los mariscales Soult y Davout, cuando menos, todos á una hiciesen una conver-



Oct. 1805. sion el 6 de octubre entre Heidenheim, Oettingen, y Nordlingen, de modo que pudiesen presentar un conjunto respetable de fuerzas al enemigo. Pero hasta entonces tenia constantemente puesto su cuidado en engañar al general Mack, haciendo durar el engaño lo bastante para que éste no pensase en levantar su campo, y para que pudiesen llegar los franceses al Danubio en Donauwerth antes que su contrario se moviese de su puesto en Ulma. En los días 4 y 6 de octubre seguian las cosas presentando excelente aspecto. Era el tiempo magnifico y los soldados bien provistos de calzado y abrigo caminaban alegres. Ciento y ochenta mil franceses iban así adelantando terreno en una línea de batalla de veinte y seis leguas, tocando con su ala derecha á las sierras, y haciendo con la izquierda su movimiento de conversion hácia las llanuras del Palatinado superior, de tal manera dispuestos, que en pocas horas podian estar reunidos en número de noventa ó cien mil hombres en uno ú otro de sus costados; siendo lo mas extraordinario en esta operacion que, con ser de tal magnitud, no se hubiesen formado la menor idea de ella los austriacos.

« Los austriacos (escribia Napoleon á M. de Talleyrand y al mariscal Augereau) están en frente de los desembocaderos de la Selva Negra. ¡Quiera Dios que allí se estén! Lo único que temo es infundirles demasiado miedo..... Si me dejan ganarles algunas marchas, fio en que los tendré envueltos y me pondré con todo mi ejército entre el Lech y el Isar. »—Tambien escribió al ministro de policía. « Prohibid á las gacetas de las cercanías del Rhin que hablen del ejército ni mas ni menos que si no existiese. »

Para llegar los cuerpos de ejército de Bernadotte y

de Marmont al punto que les estaba señalado, tenían Oct. 1805. que atravesar una de las provincias de que era dueña la Prusia en Franconia, la de Anspach. Bien mirado, estrechándolas con el cuerpo de ejército del mariscal Davout, podia Napoleon traerlas á su lado sin necesidad de tocar al territorio prusiano. Pero ya, atascados los caminos, hacinar en ellos nuevas tropas habria sido un inconveniente para el órden de los movimientos y para las provisiones; y por otra parte, haciendo menor el círculo que describia el ejército, habia menos probabilidades de envolver al enemigo. Quería Napoleon abrazar en su movimiento todo el curso del Danubio hasta Ingolstadt para desembocar á la mayor distancia posible por la espalda de los austriacos y poderlos detener en caso de que retrocediesen desde el Iller hasta el Lech, y, no imaginándose en el estado de sus relaciones con la Prusia que esta potencia pudiese manifestársele descontentadiza, así como arreglándose al uso establecido en las últimas guerras de atravesar las provincias prusianas de Franconia, porque estaban fuera de la línea del territorio neutral, sin que en esta ocasion se hubiese recibido aviso de que debian ser consideradas de otro modo, no tuvo el menor escrúpulo de aprovecharse de aquella tierra, y dió á los cuerpos de ejército de Marmont y de Bernadotte órden de atravesarla. Presentáronse en la frontera los magistrados prusianos á protestar en nombre de su soberano contra la violencia que se les hacia; á lo cual daban por respuesta los generales franceses presentar las órdenes de Napoleon y seguir adelante pagando al contado en dinero lo que tomaban, y observando la mas rígida disciplina. Los súbditos prusianos bien pagados por las raciones de pan y carne que daban á los soldados france-

Atraviesan los cuerpos de ejército de Bernadotte y de Marmont el territorio prusiano de Anspach.



Oct. 1805. ses, no dieron muestras de grande enojo por la supuesta violacion de su territorio.

El 6 de octubre los seis cuerpos de ejército franceses habian llegado sin tropiezo allende los Alpes de Suabia, estando el mariscal Ney en Heidenheim, el mariscal Lannes en Neresheim, el mariscal Soult en Nordlingen, el mariscal Davout en Oettingen, y el general Marmont y el mariscal Bernadotte en el camino de Aichstedt, todos, en suma, á vista del Danubio, y dejada muy atrás la posicion de Ulma.

Pertinaz  
equivoca-  
cion  
de los  
generales  
austria-  
cos.

Entretanto, por gran fortuna de la Francia, nada hacian el general Mack, el archiduque Fernando y todos los oficiales del Estado Mayor austriaco, de quienes la intencion de Napoleon seguia siendo completamente ignorada. Cuarenta mil hombres que habian pasado el Rhin por Estrasburgo y metidose en seguida por los desfiladeros de la Selva Negra los habian confirmado en la idea de que los franceses seguirian el camino acostumbrado. Partes engañosos de espías despachados mañosamente por Napoleon los habian aferrado mas en su equivocado concepto. Verdad es que habian tenido noticia de que andaban por el estado de Wurtemberg algunas tropas francesas, pero suponian que estas venian á ocupar los Estados pequeños de Alemania, y acaso á dar socorro á los bávaros. Por otra parte no hay en el mundo cosa mas contradictoria, ni que mas confunda, que la multitud de partes de espías ó de oficiales enviados á hacer reconocimientos, porque unos suponen cuerpos de ejército, donde solo hay un corto número de fuerzas destacadas, y otros, al revés, ven solamente estas últimas donde hay cuerpos de ejército verdaderos. Nace esta falta de que es frecuente no haber visto con

sus propios ojos lo mismo de que se dá parte, contentándose los informantes con recoger y dar por cierto lo que oyen á gentes asustadas, sorprendidas ó maravilladas. La policía militar, así como la civil, miente, pondera y se contradice, y en el caos de sus informes, si un entendimiento superior descubre la verdad, otro corto ó mediano se confunde. Sobre todo, cuando hay una preocupacion ya mucho antes formada, habiendo inclinacion á creer que llegará el enemigo por un punto mas que por otro, á todas cuantas noticias llegan se dá la misma interpretacion, por poco que á ella se presten, naciendo de aquí los grandes errores que causan la ruina de ejércitos y de imperios.

Tal era en aquel momento la situacion de espíritu del general Mack. Largo tiempo habia que los oficiales austriacos estaban ponderando la excelencia de la posicion, donde apoyando su ejército su ala derecha en Ulma y su izquierda en Memmingen hiciese frente á los franceses que desembocasen de la Selva Negra, y autorizado por una opinion entonces general, y ademas obedeciendo á instrucciones positivas, en aquel puesto se habia establecido. Allí tambien tenia sus víveres y municiones, y no podia persuadirse que no estaba en situacion muy favorable. La única precaucion que habia tomado relativamente á su espalda consistia en haber enviado al general Kienmayer con algunos millares de soldados á Ingolstadt para observar á los bávaros refugiados en el Palatinado superior, y para enlazarse con los rusos, á los cuales esperaba por el camino real de Munich.

Mientras el general Mack, dominando en su mente una opinion muy de antemano formada, seguia inmóvil



Oct. 1805.

Dan los  
franceses  
feliz  
término  
á su  
movi-  
miento,  
llegando  
el 6 de  
octubre  
á las  
márgenes  
del  
Danubio.

en Ulma, los seis cuerpos de ejército franceses iban desembocando el 6 de octubre en el llano de Nordlingen, allende los montes de Suabia, que habian rodeado y traspasado, y á orillas del Danubio que habian de atravesar muy pronto. El 6 por la tarde la division de Vandamme, del cuerpo del mariscal Soult, adelantándose á los demas, pisó la misma ribera del Danubio, y sorprendió el puente de Munster, una legua mas arriba de Donauwerth. Al dia siguiente 7 de octubre, el cuerpo del mariscal Soult tomó á viva fuerza el puente mismo de Donauwerth, defendiéndole flojamente un batallon del regimiento austriaco de Colloredo, que no pudiendo disputar el paso al enemigo en balde procuró destruirle. En breve repararon el daño hecho en el puente las tropas del mariscal Soult, y le pasaron apresuradas. Murat con sus divisiones de dragones, adelantándose á él con la derecha, compuesta de los cuerpos de los mariscales Lannes y Ney habia caido sobre el puente de Munster, ya sorprendido por Vandamme. Reclamó el paso de este puente para sus tropas y las que venian siguiéndolas, y, dejando á las del mariscal Soult el de Donauwerth, pasó sin demora al otro lado del Danubio á conseguir un objeto del mayor empeño, que era apoderarse del puente de Rain sobre el rio Lech. Este rio, que corre detrás del Iller casi yendo con él en linea paralela para desaguar en el Danubio, cerca de Donauwerth, forma una posicion situada allende la de Ulma, y ocupando el puente de Rain, quedaban á la par envueltas las corrientes del Iller y Lech, y al general Mack pocas probabilidades de poder retirarse á tiempo. Bastó una carrera á galope á los dragones de Murat para hacerse dueños del Rain y de su puente sobre el Lech. Dos-

cientos ginetes arrollaron todas las patrullas ó guardias avanzadas del cuerpo de Kienmayer, mientras el mariscal Soult se situaba con respetables fuerzas en Donauwerth, y el mariscal Davout llegaba á vista del puente de Neuburgo.

Napoleon se puso en aquel mismo dia en Donauwerth. Habia ya convertido en realidad sus esperanzas, pero no estimaba el triunfo del todo asegurado y completo hasta haber recogido los últimos frutos de su admirable maniobra. Ya habian hecho sus tropas algunos centenares de prisioneros, unánimes todos en las noticias que daban, por donde se vino á saber que el general Mack seguia en Ulma á orillas del Iller, y que las tropas con las cuales se acababa de pelear arrojándolas al otro lado del Danubio eran las de su retaguardia, mandada por el general Kienmayer, y destinada á enlazar el ejército austriaco con el ruso. Napoleon pensó al punto mismo en interponerse á las tropas de una y otra nacion, sus enemigas, de modo que les estorbase juntarse. El primer movimiento del general Mack, si acertaba á resolverse á tiempo, debia ser desocupar las orillas del Iller, replegarse á las del Lech y atravesar á Augsburgo para juntarse con el general Kienmayer en el camino de Munich. (*Véase el mapa núm. 29.*) Napoleon sin perder un instante dictó las disposiciones siguientes. No queriendo echar el cuerpo de Ney al otro lado del Danubio le dejó en los caminos que van de Wurtemberg á Ulma, para guardar la orilla derecha del rio, por la cual iban llegando sus tropas. Ordenó á Murat y á Lannes pasar á la orilla derecha por los puentes de Munster y de Donauwerth, de que eran dueños, é ir despues por las márgenes del rio contra la corriente hasta llegar á

Movimientos dictados por Napoleon para situar sus tropas allende el Danubio, interpuestas á los austriacos y los rusos.



Oct. 1805. situarse entre Ulma y Augsburgo, á fin de impedir al general Mack que se retirase por el camino real que va de esta última ciudad á la de Munich. El punto intermedio que habian de ocupar estos generales era Burgau. Napoleon mandó al mariscal Soult que saliese de la embocadura del Lech, junto á la cual estaba en posicion, y que subiese por la orilla de este rio hasta Augsburgo con las tres divisiones de Saint-Hilaire, Vandamme y Legrand. La de Suchet, antes cuarta del cuerpo del mariscal Soult, habia ya pasado bajo el mando de Lannes. Así el mariscal Ney con 20,000 hombres en la ribera izquierda del Danubio que acababa de desocupar todo el ejército francés, Murat y Lannes con 40,000 por la orilla derecha, cuya posicion acababan de ganar, y el mariscal Soult con 30,000 por la márgen del Lech iban envolviendo y rodeando al general Mack, cerrándole todos los caminos por donde intentase escaparse.

Pasando Napoleon inmediatamente de esta á otras atenciones, ordenó al mariscal Davout que se apresurase á pasar el Danubio por Neuburgo, y despejase de enemigos el punto de Ingolstadt, donde habian de venir á parar Marmont y Bernadotte. Como el camino que estos seguian era mas largo tenian de atraso dos marchas. El mariscal Davout habia de caer en seguida sobre Aichach, lugar situado en el camino de Munich, para llevarse por delante al general Kienmayer y formar la retaguardia del gran golpe de fuerzas acumuladas que iba cargando sobre Ulma. Los cuerpos de Marmont y de Bernadotte tenian orden de apretar el paso, de atravesar el Danubio por Ingolstadt, y de ir sobre Munich á fin de reponer al elector en posesion de su capital solo un mes despues de haberla desamparado. Al mariscal

Bernadotte, en aquel momento compañero de los bávaros, estaba guardado el lauro de restablecerlos en el suelo de su patria. Por esta disposicion Napoleon presentaba á los rusos por la parte de Munich el cuerpo de ejército de Bernadotte con los bávaros y despues, si necesario fuese, los de Marmont y Davout, los cuales, segun las circunstancias requiriesen, habrian de caer, ó sobre Munich ó sobre Ulma, para ayudar á rodear completamente al general Mack y estrecharle.

Al dia siguiente 8 de octubre subió el mariscal Soult por la ribera del Lech para pasar á Augsburgo sin tropezar con enemigo alguno en su jornada. Murat y Lannes, destinados á ocupar el terreno comprendido entre el Lech y el Iller, pasaron de Donauwerth á Burgau, atravesando una tierra algo quebrada, aquí y allí cubierta de arbolado, ó surcada por riachuelos que corren á derramarse en el Danubio. Iban delanteros los dragones, y dieron con un cuerpo enemigo mas numeroso que todos cuantos se habian encontrado hasta entonces, apostado delante y al rededor de una poblacion de mediana cuenta llamada Wertingen. Constaba este cuerpo enemigo de seis batallones de granaderos y tres de fusileros mandados por el baron de Auffenberg, de dos escuadrones de coraceros del duque Alberto, y de otros dos de los caballos ligeros de Latour; fuerzas todas enviadas á hacer un reconocimiento por el general Mack, á cuyos oidos habia llegado un rumor vago de haberse presentado tropas francesas en la orilla derecha del Danubio. Persistia el general austriaco en creer que estos franceses debian de ser del cuerpo de ejército de Bernadotte situado, segun era fama, en Würtzburgo para dar socorro á los bávaros. Estaban los oficiales austriacos

Oct. 1805.

Combate  
de  
Wertingen.



Oct. 1805. sentados á la mesa cuando vinieron á darles aviso de haber franceses á la vista. Quedáronse por demas pasmados, rehusando dar crédito al aviso; pero en breve, no pudiendo dudar de su certeza, montaron apresuradamente á caballo para ponerse al frente de sus tropas. Algo mas adelante de Wertingen se presentaba una aldea llamada Hohenreichen guardada por algunos centenares de austriacos infantes y ginetes. Abrigados éstos de las casas de la aldea, hacian un fuego molesto, teniendo á raya á un regimiento francés de dragones que habia sido el primero en llegar á aquel punto. El comandante de escuadron Excellmans, el mismo que despues ha dado lustre á su nombre con tantas ínclitas hazañas, á la sazón mero ayudante de Murat, habia acudido al estrépito del tiroteo, y mandó que se apeasen doscientos dragones de buena voluntad, los cuales, arrojándose armados con sus fusiles á la aldea, desalojaron de ella á los contrarios que la ocupaban. Sobreviniendo entre tanto nuevas partidas de dragones, pudieron los franceses estrechar con mas vigor á los austriacos, penetraron dándoles alcance en Wertingen, traspasaron esta poblacion, y mas adelante en una especie de meseta se encontraron con los nueve batallones formados en un solo cuadro, de corta extension, pero apretado y hondo, con ambos costados defendidos por cañones y caballería. El valeroso comandante Excellmans al momento cayó sobre aquel cuadro con singular arrojo, matándole en la refriega el caballo en que iba montado. A su lado fué derribado de un bayonetazo el coronel Meaupetit. Pero, por brioso que fuese aquel ataque, fué imposible penetrar en aquella como masa compacta. Hubo así de pasarse algun tiempo, durante el cual procuraban los dragones france-

ses acuchillar á los granaderos austriacos, que en bayonetazos y fusilazos les daban las tornas. Presentóse al fin Murat con el grueso de su caballería, y Lannes con los granaderos de Oudinot, habiendo llamado apresuradamente á unos y otros á aquel lugar el estampido de los cañonazos. Dispuso al punto Murat que sus escuadrones cerrasen con el cuadro enemigo, y Lannes se dió prisa á dirigir sus granaderos al confin de un bosque que á algun trecho se divisaba, por donde era fácil cortar enteramente la retirada á los austriacos. Estos, acometidos por su frente y amenazados por su espalda, hubieron de cejar primero unidos y en buena formacion, y poco despues desordenados. Si hubiesen podido los granaderos de Oudinot llegar algunos momentos antes al terreno de la refriega, habrian caido prisioneros los nueve batallones enemigos. Aunque esto no se logró, se les causó la pérdida de dos mil prisioneros, quitándoles ademas varios cañones y tambien algunas banderas.

Lannes y Murat que habian visto al comandante de escuadron Excellmans en las mismas puntas de las bayonetas enemigas, quisieron que fuese portador del parte donde se noticiaba á Napoleon la primer ventaja conseguida, llevándole asimismo las banderas ganadas. Recibió el emperador en Donauwerth á aquel oficial, mozo aún y de tanto brillo, y le concedió un grado en la Legion de Honor, entregándole las insignias, estando su estado mayor presente; modo este de dar mas lustre á los primeros premios merecidos en aquella guerra.

En aquel mismo dia, 8 de octubre, habia entrado el mariscal Soult en Augsburgo sin disparar un tiro. El mariscal Davout habia pasado el Danubio por Augsburgo y caido sobre Aichach para situarse en el puesto in-



Oct. 1805. termedio que le estaba señalado, interponiéndose á los cuerpos franceses que iban á cercar y combatir á Ulma, y á los que iban á Munich á hacer frente á los rusos. El mariscal Bernadotte y el general Marmont estaban haciendo preparativos para pasar el Danubio cerca de Ingolstadt para ir sobre Munich en seguida.

Napoleon mandó estrechar á Ulma. Ordenó al mariscal Ney ir rio arriba por la ribera izquierda del Danubio y tomar todos cuantos puentes encontrase á fin de poder seguir las operaciones por ambas orillas. Mandó asimismo á Murat y á Lannes que por su lado fuesen por la derecha contra la corriente, y que con Ney contribuyesen á cercar mas apretadamente á los austriacos. Al dia siguiente 9, el mariscal Ney, diligentísimo en ejecutar las órdenes que recibia, principalmente si era para habérselas mas de cerca con el enemigo, llegó á las márgenes del Danubio, por las cuales se fué rio arriba hasta ponerse á la altura de Ulma. Los primeros puentes con que tropezó fueron los de Günzburgo, y dió orden á la division de Malher de que los tomase.

Combate  
de  
Gunz-  
burgo.

Eran estos puentes tres en número (*véase el mapa núm. 7*). El principal estaba delante del lugarzuelo de Günzburgo, el segundo mas arriba al lado de la aldea de Leipheim, y el tercero mas abajo delante de los pobres caseríos de Reisensburgo. El general Malher dispuso embestir con todos á un tiempo. Mandó al oficial de estado mayor Lefol que atacase el de Leipheim con una partida gruesa, y al general Labassée apoderarse del de Reisensburgo con el regimiento 59 de línea, y él guardó para sí asaltar en persona el principal que era el de Günzburgo, llevando consigo la brigada de Marcognet. No estando bien formada todavía la madre del

Danubio en aquella parte primera de su corriente, habia que atravesar varias islas y brazos del rio de poca consideracion, poblados con muchos sauces y chopos. Arrojáronse allí con resolucion las vanguardias, y vadearon todas las aguas que les oponian algun estorbo, haciendo prisioneros á doscientos ó trescientos tirolese, y al baron de Aspre general mayor (mariscal de campo) que mandaba en aquel punto. En breve llegaron las tropas francesas al brazo principal del rio sobre el cual estaba echado el puente de Günzburgo. Al retirarse los austriacos habian destruido la parte superior de un arco. Quiso repararle el general Malher, pero estaban situados en la opuesta orilla varios regimientos austriacos con una artilleria numerosa, y habia acudido allí mismo el archiduque Fernando al frente de crecidos refuerzos. Ya iban empezando á conocer los austriacos cuán importantes operaciones eran las que se habian emprendido á su espalda, y estaban resueltos á hacer un esfuerzo desesperado para salvar, cuando menos, los puentes mas cercanos á Ulma. Hicieron pues á los franceses un fuego mortífero de fusilería y artillería, y, como éstos no estaban ya abrigados en islas arboladas sino á cuerpo descubierto en los arenales de las orillas del rio, llevaron los efectos de este fuego con singular constancia. Vadear el rio era imposible. Abalanzáronse pues á los machones del puente á ver si podian habilitarle con vigas, pero no lo pudieron conseguir los trabajadores á quienes iban derribando uno á uno las balas de la fusilería enemiga, de suerte que hubieron de tener pérdidas crueles las filas francesas largo tiempo expuestas á los tiros de los austriacos. Mandólas retirarse á las islas arboladas el general Malher, no que-



Oct. 1805. riendo persistir en un empeño, sobre temerario, inútil.

Esta infructuosa tentativa habia costado la vida á algunos centenares de soldados. Los otros dos ataques habian sido dados simultáneamente, habiendo sido imposible llevar á efecto el de Leipheim por haber tropezado las tropas con pantanos intransitables, y saliendo mejor el de Reisensburgo donde el general Labassée llevando á su lado al coronel Lacuée que mandaba el regimiento núm. 59, habia llegado á situarse con esta tropa á la orilla del brazo principal del Danubio. Tambien allí destruyeron los austriacos un arco del puente, pero no lo bastante para impedir que le compusiesen y habilitasen los franceses hasta pasarle. Puesto al otro lado del rio el 59 tomó á Reisensburgo y las alturas vecinas, no obstante pelear contra fuerzas triples cuando menos. Allí cayó muerto el coronel de este regimiento, Lacuée, peleando al frente de sus soldados. Viendo la caballería austriaca un solo regimiento francés al otro lado del Danubio, acudió á dar socorro á su infantería, y embistió con furioso ímpetu al 59 formado en cuadro. Tres veces se abalanzó hasta tocar las puntas de las bayonetas del valeroso regimiento, y otras tantas hubo de pararse contenida por el tiroteo de fusil y disparos á boca de jarro. Quedó el 59 dueño del campo de batalla despues de esfuerzos dignos de que los conserve en perennes recuerdos la historia.

Pasado uno de los tres puentes, el general Malher trasladó toda su division á Reisensburgo á la caída de la tarde. Ya no pensaron los austriacos en continuar en su empeño de defender á Günzburgo y se replegaron á Ulma en la misma noche, dejando en poder de los franceses como unos mil prisioneros y trescientos heridos.

Oct. 1805.

Hicieron los suyos grandes honras fúnebres al coronel Lacuée. Asistieron á sus funerales el dia 10 todas las tropas del cuerpo de ejército de Ney, reunidas en Günzburgo, y dieron á su memoria el tributo unánime de su dolor. El mariscal Ney situó la division de Dupont en la orilla izquierda del rio y dispuso que se volviesen á la derecha las divisiones de Malher y Loison para mantenerse en comunicacion con Lannes.

Napoleon se habia estado hasta el 9 por la tarde en Donauwerth. Salió de allí para trasladarse á Augsburgo, donde estaba en el centro de los suyos para recibir noticias y dar órdenes, teniendo á un lado á Ulma y al otro á Munich (*véase el mapa núm. 28*) y puesto entre el ejército austriaco de Suabia, al cual iba á envolver, y el ruso cuya llegada anunciaba un rumor generalmente esparcido. Yéndose á alejar de Ulma por un dia ó dos, quiso dejar en aquellas inmediaciones en manos de uno solo el mando general, y se le dió á Murat, dejando á sus órdenes á los mariscales Ney y Lannes, cosa de gran desabrimiento para estos dos, y que acarreó desagradables competencias. Tal proceder, aunque causase embarazos, era inevitable consecuencia del nuevo sistema de gobierno establecido en Francia, porque si las repúblicas tienen inconvenientes que son las rivalidades sanguinarias, hay en las monarquías otro muy grave que es el de las complacencias usadas por el soberano con los de su familia. Así tenia Murat bajo su mando como unos 60,000 hombres para tener á raya al general Mack acampado bajo los muros de Ulma.

Llegado Napoleon á Augsburgo encontró allí al mariscal Soult con el cuarto cuerpo. El mariscal Davout se habia situado en Aichach; el general Marmont venia

Sitúase  
Napoleon  
en  
Augs-  
burgo  
para  
dirigir  
desde allí  
los  
movi-  
mientos  
complica-  
dos  
de su  
ejército.



Oct. 1805. siguiéndole, y el mariscal Bernadotte se iba encaminando á Munich. Estaba, pues, el ejército francés en situacion casi igual á la en que estaba en Milan cuando despues de haber pasado casi milagrosamente el monte de San Bernardo se puso á espaldas del general Melas, buscándole para envolverle, pero ignorando el camino en que podria encontrarle. La misma incertidumbre reinaba en punto á los proyectos del general Mack. Napoleon se daba todo á preveer qué tendria él tentaciones de hacer, si se viese en un peligro tan apremiante, y mal podia adivinarlo en su contrario, porque Mack mismo no sabia qué haria. Mas dificil es acertar con lo que se propone un contrario irresoluto que con lo que medita uno arrojado, de suerte que si la irresolucion no fuese á su tiempo causa de ruina para quien á ella se entrega, le serviria poco antes de engañar á su enemigo. En las dudas con que Napoleon batallaba atribuyó al general Mack el proyecto mas juicioso, que era el de escaparse por el Tirol. En efecto, el general austriaco, encaminándose á Memmingen hácia la izquierda de la posicion de Ulma, solo tenia que andar dos jornadas para meterse en el Tirol por Kempten (*véase el mapa núm. 28*). Así se iria á juntar con el ejército que guardaba la cordillera de los Alpes, y aun con el que estaba ocupando á Italia. Podia, pues, encontrar de pronto su salvacion, y hasta contribuir á formar una fuerza de 200,000 hombres; fuerza al cabo formidable, sea cual fuere el puesto que ocupe en el teatro general de las operaciones. Así, de cualquier modo se habria libertado de una catástrofe para siempre memorable en los anales de la guerra.

Atribuyóle, pues, Napoleon este designio, no dete-

niéndose en otro pensamiento sino en que el general Mack podia haber concebido, como concibió por un instante, la idea de escaparse por la orilla izquierda del Danubio, guardada solo por la division de Dupont, una de las del cuerpo de ejército del mariscal Ney. Partido tan desesperado era entre todos el menos de suponer, porque requeria para su ejecucion extraordinaria audacia, siendo en tal caso indispensable cortar por el camino por donde habian venido los franceses, lleno todavía de sus equipajes y depósitos; exponerse, tal vez, á encontrarse allí con ellos en fuerza crecida; y entonces tener que atropellarlos y derribarlos para pasar por entre ellos á Bohemia. Napoleon no creyó probable en sus contrarios tal arrojo, y solo pensó en cerrarles los caminos todos que van al Tirol, para lo cual ordenó al mariscal Soult ir por la orilla del Lech rio arriba hasta Landsberg á fin de ir á ocupar á Memmingen é interceptar el camino de este último lugar á Kempten, y reemplazó en Augsburgo el cuerpo del mariscal Soult con el del general Marmont, situando ademas en la misma ciudad su guardia que solia seguir el cuartel general casi en todas ocasiones. Dispuestas así sus fuerzas, estúvose aguardando las results de los movimientos de sus diversos cuerpos de ejército, haciendo alteraciones en el orden de su marcha segun lo juzgaba necesario.

Bernadotte, llevándose por delante la retaguardia de Kienmayer, entró en Munich el 12 por la mañana, un mes cabal despues de la invasion de los austriacos y de la retirada de los bávaros. Hizo como unos mil prisioneros de la fuerza enemiga que llevaba ante sí arrollada. Enajenados de gozo los bávaros recibieron con vivos aplausos á los franceses, cuya venida á dar auxilio á

Entrada  
de  
Bernadotte  
en  
Munich,  
acompañándole  
los  
bávaros.



Oct. 1º05. sus aliados habia sido la mas veloz y segura que se podia imaginar, mayormente considerando que pocos dias antes estaban asentados en una extremidad del continente europeo, en las costas del canal de la Mancha. Napoleon escribió al momento al elector instándole á que se volviese á su capital con todo el ejército bávaro, cuya estancia en Würzburg habria sido inútil, y al cual se dió por destino ocupar la línea del Inn, juntamente con el cuerpo de Bernadotte. Napoleon, ademas, encargó que las tropas bávaras se empleasen en hacer reconocimientos, como prácticas en la propia tierra y las mas capaces de dar noticias ciertas sobre la situacion de los rusos que venian marchando sobre Munich por el camino de Viena.

Cae  
el  
mariscal  
Soutt  
sobre  
Lands-  
berg.

El mariscal Soutt enviado hácia Landsberg solo se encontró en el camino con los coraceros del príncipe Fernando que iban replegándose sobre Ulma á marchas forzadas. Era tal y tanto el ardor de las tropas francesas que el regimiento número 26 de cazadores á caballo no temió habérselas con la caballería de línea austriaca, y acometiéndola le hizo prisionero todo un escuadron con dos cañones que le acompañaban. Este encuentro puso fuera de duda que los austriacos en vez de escaparse hácia el Tirol se iban concentrando detrás del Iller, entre Memmingen y Ulma, lugar donde se preparaba un suceso igual á la batalla de Marengo. Napoleon lo dispuso todo para dar una campal con el mayor número de fuerzas posibles por su parte. Supuso que la refriega seria el 13 ó 14 de octubre, pero, no teniendo priesa y viendo que no se anticipaban los austriacos á buscar la batalla, prefirió que esta fuese en el dia 14, á fin de tener mas tiempo para juntar sus tropas. Desde luego varió

Oct. 1805.

la posicion del mariscal Davout, trasladándole de Aichach á Dachau, y dejándole situado en un puesto ventajoso, entre Augsburgo y Munich, de modo que en el término de tres ó cuatro horas, podia, ó caer sobre esta última ciudad para oponer juntándose con Bernadotte y los bávaros 60,000 combatientes á los rusos, ó volverse hacia Augsburgo para auxiliar á Napoleon en sus operaciones contra el ejército del general Mack. El emperador francés, tomadas ya estas precauciones por su espalda, dió las disposiciones que siguen por su frente con la mira á la batalla que suponía en el día 14. Ordenó al mariscal Soult que el 13 estuviese ya situado en Memmingen, saliendo algo mas adelante de la misma posicion por su ala izquierda, y comunicándose por su derecha con los cuerpos que iban á pasar á las riberas del Iller, y envió la guardia imperial á Weissenhorn adonde resolvió trasladarse él en persona. De este modo se prometia tener juntos 100,000 hombres en el ámbito de diez leguas entre Memmingen y Ulma. Pudiendo en efecto las tropas en un mismo dia hacer una marcha de cinco leguas y pelear, era fácil tener juntos los cuerpos de ejército de Ney, Lannes, Murat, Marmont y Soult y la guardia imperial en un mismo campo de batalla. Pero su fortuna le tenia guardado otro triunfo diferente del que esperaba, harto mas peregrino, y no menos asombroso por sus grandísimas consecuencias.

Napoleon salió de Augsburgo el 12 á las once de la noche para pasar á Weissenhorn. En el camino se encontró con las tropas del cuerpo de Marmont, compuestas de franceses y holandeses rendidos de canchando por venir cargados, á la par que con sus armas, de víveres para varios dias. El tiempo, despues de haber estado





Oct. 1805. hermosísimo hasta la hora de pasar el Danubio, de repente se había puesto horroroso, nevando á copos espesísimos que, deritiéndose al caer, formaban lodo dejando los caminos intransitables. Todos los riachuelos que desaguan en el Danubio habían salido de madre. Caminaban los soldados por cenagales que eran verdaderos pantanos, sirviéndoles de estorbo en su marcha los convoyes de artillería. No se quejaban con todo eso.

Arenga  
de  
Napoleon  
á las  
tropas.

Napoleon se detuvo á arengarlos haciendo que se formasen en redondo al rededor de su persona, y declarándoles cuál era la situacion del enemigo y con qué maniobra acababa de dejarle envuelto, á la par que prometiéndoles un triunfo no menos glorioso que el de Marengo; con lo cual las tropas, embriagadas con aquellas palabras y ufanas al ver al mayor capitan del siglo explicándoles sus planes, se entregaron á arrebatado entusiasmo respondiendo á su emperador con unánimes vivas á su nombre. Volvieron en seguida á ponerse en camino impacientes de entrar en la gran batalla cercana, yendo los que habían oido las palabras del emperador repitiéndolas á los que no habían podido conseguir tal fortuna, y exclamando todos con júbilo que los austriacos estaban perdidos y que caerian prisioneros sin escapar uno solo.

Sucesos  
junto al  
Danubio  
mientras  
estaba  
Napoleon  
en  
Augs-  
burgo.

Tiempo era de que volviese Napoleon á las riberas del Danubio, porque de resultas de haber sido sus órdenes mal entendidas por Murat, habrian sobrevenido desdichas á haber sido los austriacos mas arrojados.

Mientras iban apretando el puesto de Ulma Lannes y Murat por la parte del Danubio, Ney con un pié sobre cada orilla del rio tenia en la derecha dos divisiones, y una sola que era la de Dupont, en la izquierda.

Acercándose mas Ney á Ulma para ir estrechándola co- Oct. 1805.  
 noció los peligros de la situacion en que estaba puesto,  
 y, dándole luz los hechos que de cerca veia, y guián-  
 dolo su excelente instinto para la guerra, confirmado  
 ademas en su opinion por la del coronel Jomini, oficial  
 de estado mayor de mérito singular, descubrió á cuánto  
 se exponia con dejar una division sola en la ribera iz-  
 quierda del rio.—Decia, pues, que no veia por qué no hu-  
 biesen los austriacos de aprovechar la ocasion de esca-  
 parse por la misma izquierda, atropellando los equipa-  
 jes y parques franceses que por cierto podian oponerle  
 poca resistencia.—No convenia Murat en que así fuese,  
 y, fundando su dictámen en cartas del emperador mal in-  
 terpretadas, en las cuales temiendo una refriega seria jun-  
 to al Iller, ordenaba concentrar allí todas las tropas, lle-  
 gaba hasta á creer que estaba de sobra toda la division  
 de Dupont en la izquierda del Danubio, porque en tal  
 lugar no podria llegar al de la lid en el dia de la gran  
 batalla esperada. Esta discordancia de pareceres dió  
 origen á una disputa acalorada entre Ney y Murat. Sen-  
 tíase aquel ajado con tener que obedecer como á supe-  
 rior á un hombre á quien estimaba muy inferior á él en  
 talento, y solo por ser de la parentela imperial elevado  
 á mayor altura. Murat, muy lleno de la soberbia propia  
 de su nueva encumbrada esfera, y orgulloso tambien con  
 tener mas particular conocimiento de los propósitos de  
 Napoleon, dió á conocer y á sentir á Ney la superiori-  
 dad que de oficio tenia; y así puso fin á la disputa dán-  
 dolo órdenes en términos absolutos. A no ser porque se  
 interpusieron amigos comunes, los dos lugar-tenientes  
 del emperador habrian llevado su desavenencia á punto  
 de resolverla de un modo nada conforme al alto puesto

Disputa  
 acalorada  
 entre  
 Ney  
 y Murat  
 sobre  
 el modo  
 de  
 inter-  
 pretar  
 las  
 órdenes  
 de  
 Napoleon.



Oct. 1805. á que habian subido. Resultó de este altercado enviarse órdenes contradictorias á la division de Dupont, y venir esta á situacion arriesgada. Por fortuna, mientras se estaba disputando sobre el lugar en que convenia situarla, ella se libertaba del peligro en que el yerro de Murat la habia puesto con un combate digno de eterna memoria.

Muda  
de  
posicion  
el general  
Mack,  
y cuál es  
la nueva  
que  
toma.

No pudiendo ya el general Mack dudar de su desdicha, habia hecho con sus tropas una mudanza de frente. Así, en lugar de tener su ala derecha en Ulma, tenia allí su izquierda, y ésta en vez de su derecha en Memmingen. Siguiendo apoyado en el Iller daba la espalda á Francia como si de ella hubiese venido, al paso que Napoleon la daba al Austria como si de allí hubiese salido con su ejército á campaña. Esta colocacion es natural en dos ejércitos uno de los cuales ha rodeado y envuelto al otro. El general Mack, despues de haber llamado á sí á las tropas desparramadas por Suabia y á las que habian vuelto derrotadas de Wertingen y Günzburgo, habia dejado algunas partidas junto al Iller desde Memmingen á Ulma, y juntado la mayor parte de sus fuerzas en la última ciudad ó en el campamento atrincherado que la dominaba.

Bien conocidas son la situacion y forma de éste descritas ya en la presente historia (*véase el mapa núm. 7*). Por aquel punto domina mucho á la orilla derecha del Danubio la izquierda, pues la primera es una llanura pantanosa con un tanto de declive al rio, y la segunda se compone de alturas que forman terraplenes lamidas en su falda por el rio, casi como lo está el terrado natural de San German por el Sena. El collado principal entre estas alturas se llama Michelsberg, y en él estaban

acampados los austriacos en número de cerca de 60,000 Oct. 1805.  
hombres, teniendo debajo de sus piés la ciudad de Ulma.

El general Dupont que se habia quedado solo en la orilla izquierda, y que, conforme á órdenes recibidas del mariscal Ney, debia aproximarse á Ulma el 11 de octubre por la mañana, habia llegado á dar vista á la misma ciudad viniendo por el camino de Albeck. Era aquel momento el mismo que estaban gastando en disputar Murat y Ney juntos en Günzburgo, y tambien el que aprovechaba Napoleon, recién llegado á Augsburgo para dar sus disposiciones generales. El general Dupont, llegado á la aldea de Haslach desde la cual se divisa el collado de Michelsberg cuan grande es, descubrió situados en él 60,000 austriacos cuyo continente imponia respeto. De resultas de las últimas marchas ejecutadas en pésimo tiempo y con extremada velocidad, estaba la division del general francés reducida á 6,000 hombres. Quedábanle con todo los dragones desmontados de Baraguey -d'-Hilliers, agregados durante el tránsito del Rhin al Danubio, no á Murat sino al mariscal Ney. Era este un refuerzo de 5,000 hombres, de que se podia haber sacado gran provecho si no se hubiesen quedado en Langenau rezagados tres leguas.

Combate  
de  
Haslach.

Puesto el general Dupont á la vista de la loma de Michelsberg y de los 60,000 hombres que la ocupaban, se encontró en la necesidad de hacerles frente con tres regimientos de infantería, dos de caballería, y unos pocos cañones. Entonces Dupont, en una ocasion posterior tan desdichado, se sintió inspirado de súbito con la presencia del enemigo de una idea que habria honrado á los mas insignes generales. Juzgó que retrocediendo pondria patente lo flaco de su fuerza, y pronto seria en-



Oct. 1805. vuelto por 10,000 caballos que se arrojarían á darle alcance, al paso que, si, por el contrario, se portaba con un exceso de arrojo, engañaría á los austriacos persuadiéndolos de que su division era la retaguardia de todo el ejército francés, los obligaría á proceder con circunspeccion, y así tendría tiempo de salir del mal paso en que se veía metido.

Por consiguiente dió sin tardanza disposiciones para la refriega. Tenía á su izquierda la aldea de Haslach, rodeada de un bosquecillo. En éste situó el regimiento número 32, que se había granjeado alto renombre en Italia, mandándole el coronel Darrieau, y con él el 4.º de húsares y parte de su artillería. A su derecha, respaldada asimismo á otro bosque, puso el regimiento número 96 de línea mandado por el coronel Barrois, el 9.º de ligeros, mandado por el coronel Meunier, y además el 17 de dragones. Un poco adelante á su lado derecho estaba la aldea de Jungingen, rodeada también de algunos árboles, la cual ocupó con una corta fuerza.

En tal puesto recibió el general Dupont á los austriacos, que en número de 25,000 hombres con el archiduque Fernando á su frente salieron destacados de su ejército contra los 6,000 hombres de la division su contraria. El general Dupont, acertadísimo en aquella ocurrencia, vió muy luego que su division sería hecha pedazos solo por el fuego de la fusilería enemiga, si consentía á los austriacos desplegar su línea, y extender sus fuegos; y, hermanando con la osadía de una resolución heroica el arrojo de ejecutarla con vigoroso esfuerzo, mandó á los regimientos 96 de línea, y 9 de ligeros que estaban en su ala derecha embestir á bayoneta calada. Dada por el general la señal, muévense

los dos valerosos regimientos y van sobre la primera línea austriaca presentándole las puntas de sus bayonetas, hasta que cerrando con ella la arrollan, la desbaratan y le hacen mil y quinientos prisioneros, enviándolos á la izquierda á quedar encerrados en el pueblecillo de Haslach; hecho lo cual, vuelve Dupont á su puesto á aquellos dos cuerpos, y con ellos y los demas espera inmóvil la conclusion de combate tan extraño. No pudiendo los austriacos darse por vencidos, vuelven con sus mejores tropas sobre los franceses, que segunda vez los reciben, calando bayoneta, los rechazan, y les hacen prisioneros en número considerable. Cansados ya los austriacos de inútiles ataques de frente, dirigen sus esfuerzos á las alas de sus contrarios, y échanse sobre la aldea de Haslach que amparaba por la izquierda á la division de Dupont y donde estaban los que de ellos habian caido prisioneros. Llegando entonces al regimiento núm. 32 su vez de entrar en la pelea, disputa con denodado teson la posesion del pueblo, mientras el 1.º de húsares, emulando las hazañas de la infantería, dá cargas briosas á las columnas enemigas rechazadas. No contentos los austriacos con atacar á Haslach hacen otra tentativa por el ala opuesta, y procuran apoderarse de la aldea de Jungingen puesta á la derecha de las tropas del general Dupont, y favorecidos por la superioridad de número penetran en el pueblo y son dueños de él por algunos instantes. Conociendo el general francés la grandeza del peligro que corria dispone que otra vez sea atacado Jungingen por el regimiento núm. 96 y logra recobrar la aldea. Otra vez la pierde y vuelve á ganarla, llegando á ser cinco veces seguidas entrada á viva fuerza Jungingen, ya por unos, ya por otros combatientes, y haciendo los



Oct. 1805. franceses en cada ocasion algunos prisioneros á sus enemigos. Pero mientras apuran sus fuerzas los austriacos en inútiles lides contra aquel puñado de franceses, saliendo por todos lados su numerosa caballeria, y envolviéndolos, se arroja sobre el número 17 de dragones, le embiste varias veces, le mata á su coronel el valeroso Saint-Dizier, y le obliga á recogerse al bosque á que estaba respaldado. Espárcese entonces una nube de ginetes austriacos por las alturas vecinas, échase hasta sobre la aldea de Albeck, de donde habia salido la division de Dupont, quítale sus equipajes, que deberian haber defendido los dragones de Baraguey-d' Hilliers, y coge así algunos trofeos vulgares; triste consuelo de una derrota dada á 25,000 por solos 6,000 soldados.

Urgia poner término á tan peligrosa refriega, y así el general Dupont dejando ya cansados á los austriacos, tras de cinco horas de continuo y encarnizado pelear, se dió prisa á aprovechar la noche para retirarse sobre Albeck, á donde se encaminó en buen orden, llevando por delante 4,000 prisioneros hechos al enemigo.

Si con dar el general Dupont tan extraordinario combate no hubiese detenido á los austriacos, éstos se habrian escapado á Bohemia, quedando así completamente malograda una de las combinaciones mas hábiles de Napoleon en su larga carrera. Prueba es esto de que los grandes generales necesitan tener grandes soldados, porque con frecuencia acontece verse los mas ilustres capitanes en la necesidad de que sus tropas remedien á fuerza de heroismo, ó desdichas hijas de los azares de la guerra, ó yerros de los que cometen aun los mejores entendimientos.

El combate con parte del ejército francés, de que

Oct. 1805.

acabá de darse cuenta, dió motivo á acaloradísimas de-  
 liberaciones en el cuartel general austriaco. Sabíase que  
 estaba el mariscal Soult en Landsberg, y no se suponía  
 que el general Dupont estuviese solo en Albeck, de lo  
 cual colegían que estaban enteramente cercados. El ge-  
 neral Mack, á quien es costumbre en los austriacos  
 achacar toda la vergüenza del desastre entonces ocurri-  
 do, habia caído en una confusion y abatimiento de áni-  
 mo fáciles de concebir. Por mas que hayan dicho quie-  
 nes han juzgado su conducta, visto ya lo que vino á  
 suceder, le habria sido necesario para escaparse tener  
 no menos que una inspiracion del cielo por donde le  
 fuese revelado cuán débil en fuerzas era el cuerpo ene-  
 migo que delante de sí tenia, y que, atropellándole, era  
 posible por encima de él abrirse paso hasta Bohemia.  
 Pero no sabiendo el desdichado en aquella hora lo que  
 en las posteriores llegó á saber, y, no siendo regular que  
 pensase que eran los franceses tan pobres en fuerzas por  
 la orilla izquierda del Danubio, detúvose á deliberar con  
 su augusto compañero de desventura el archiduque Fer-  
 nando. Perdió en desasosiego y congojas un tiempo  
 precioso, y no acertó á resolverse, ni á huir hácia Bohe-  
 mia, atropellando por entre las fuerzas del general Du-  
 pont, ni á escaparse al Tirol abriéndose paso por Mem-  
 mingen. El partido que reputó mas seguro de abrazar fué  
 asentarse con mas firmeza en su puesto en Ulma, con-  
 centrar allí su ejército, y esperar con un formidable con-  
 junto de tropas difíciles de vencer en un asalto la llegada  
 de los rusos por Munich ó la del archiduque Carlos por el  
 Tirol. Lisonjeábase con que el general Kienmayer con  
 20,000 austriacos y el general Kutusof con 60,000 ru-  
 sos iban á aparecerse viniendo de Munich, ó con que el

Queda  
perplejo  
el general  
Mack  
de  
resultas  
del  
combate  
de  
Haslach.



Oct. 1805. archiduque Juan con el cuerpo empleado en el Tirol, y aun tal vez el archiduque Cárlos con el ejército de Italia, no podían dejar de acudir á darle socorro por Kempten, sucediendo entonces que seria Napoleon quien estaria en peligro, estrechado por 80,000 austro-rusos que llegarían de Austria, por 25,000 austriacos que bajarían del Tirol y por los 70,000 austriacos acampados cerca de Ulma; todo lo cual junto compondría una fuerza de 175,000 hombres. Pero habria sido necesario para llegar á juntarse tantas tropas que lo hiciesen á pesar de Napoleon interpuesto en el centro con 160,000 franceses, en los cuales el vencer era costumbre. En las desdichas suele admitirse con empeño por felicidad la menor vislumbre de esperanza, y así el general Mack creía hasta las noticias falsas que le comunicaban espías enviados por su contrario, los cuales ya le decían que habiendo desembarcado en Bohemia un número crecido de ingleses tenían que volverse los franceses al Rhin; ya que venían desembocando por el camino de Munich los rusos con el archiduque Cárlos.

El  
general  
Mack,  
después  
de largas  
dudas  
y  
congojas,  
solo  
se  
resuelve  
á partidos  
de  
términos  
medios.

En situaciones apuradas los subordinados se vuelven atrevidos y habladores, culpando á los que mandan, y diciendo su parecer sin rebozo. Tenia el general Mack á su lado personas que, estándole subordinadas, eran sin embargo señores de la mas alta gerarquía, y por eso no temían hablar recio. Unos querían huir al Tirol, otros á Wurtemberg, algunos á Bohemia. Estos últimos, que por casualidad acertaban, citaban el combate de Haslach para sustentar que el camino de Bohemia estaba franco. Suele ser el efecto de las contradicciones en un espíritu acongojado abatirle é inducirle á abrazar por partido términos medios, los mas funestos de todos.

El general Mack, deseando conceder algo á las opiniones á que era contrario, tomó dos determinaciones muy singulares en un hombre resuelto á estarse firme en Ulma. Envió la division de Jellachich á Memmingen para reforzar aquel puesto, guardado hasta entonces por el general Spangen con 5,000 hombres con intento de mantenerse por allí en comunicacion con el Tirol. Mandó tambien al general Riese salir y apoderarse de las alturas de Elchingen con una division entera, á fin de extenderse por la ribera izquierda del Danubio, y probar á hacer un reconocimiento con fuerzas crecidas sobre los lugares por donde se comunicaban unos con otros los franceses.

Para quedarse en Ulma á esperar socorros dando junto á sus murallas, si necesario fuese, una batalla defensiva, fuerza era estar con todas las tropas juntas, en vez de enviar cuerpos á las dos extremidades de la línea que se ocupaba, lo cual era exponerlos á ser destruidos uno despues de otro. Sin embargo, el general Mack dispuso que el general Riese ocupase el convento de Elchingen situado en las alturas de la orilla izquierda del rio, muy cerca de Haslach, donde habia habido el 11 una recia pelea. A la falda de aquellas alturas y debajo del convento estaba un puente que habia mandado ocupar Murat á un destacamento de sus tropas. En una ocasion anterior habian los austriacos probado á destruir el mismo puente, y los de Murat, para cubrirse al ver venir sobre ellos las tropas del general Riese, acabaron con lo que de él quedaba quemándolo, pero dejaron la parte de los machones sumergida en el rio donde no consintieron las aguas que llegase el incendio. De este modo carecia el ejército francés de medios de comu-



Oct. 1805. nicacion entre ambas orillas del Danubio, no siendo por los puentes de Günzburgo situados mucho mas abajo que el de Elchingen. La division de Dupont se habia retirado á Langenau. Tenian pues los austriacos libre el paso, pero por fortuna de los franceses lo ignoraban.

Llega  
Napoleon  
á tiempo  
para  
poner  
remedio  
á la falta  
cometida  
por  
Murat  
y quitar  
al general  
Mack  
todo  
medio  
de  
retirarse.

En esto Napoleon, salido de Augsburgo el 12 de octubre por la tarde, llegó delante de Ulma el 13. Recien llegado paseó á caballo, siendo horroroso el tiempo, todos los puestos que sus tenientes ocupaban. Hallólos enzarzados en acaloradas disputas unos con otros por ser de pareceres muy diversos. Lannes, dotado de gran penetracion y agudo y seguro juicio para las operaciones de la guerra, convenia con el mariscal Ney en la opinion de que los austriacos, en vez de estar resueltos á recibir una batalla en las márgenes del Iller, querian escaparse á Bohemia por la izquierda del Danubio, atropellando á la division de Dupont para abrirse paso. Si Napoleon, estando distante del teatro mismo de las operaciones, hubiese sido capaz de tener dudas, viendole por sí las cosas, ningunas tuvo. Por otra parte, mandando estar vigilante en la ribera izquierda del rio, y mantener allí la division de Dupont, claro estaba que no se debia dejarla sin apoyo, ó sin asegurarse de medios para pasar de una á otra orilla á darle auxilio, si sobre ella caia el enemigo. Así habian sido mal entendidas las instrucciones de Napoleon y no mejor el estado de los negocios. Por eso dió él razon en todo á Ney y Lannes contra Murat, y ordenó poner inmediato remedio á las graves faltas cometidas en los dias anteriores. Resolvió restablecer las comunicaciones entre la una y la otra orilla por el puente de Elchingen, de todos el mas cercano á Ulma. Bien habrian podido bajarse

hasta los de Günzburgo de que eran dueños los franceses, pasar por allí el Danubio, y juntándose con la division de Dupont ir con ella contra la corriente del rio hasta Ulma. Pero este movimiento de muy larga ejecucion daba á los austriacos tiempo sobrado para la huida. Mas valia al amanecer del dia 14 restablecer á viva fuerza el puente de Elchingen que estaba á mano y trasladarse por allí las tropas francesas en suficiente número á la ribera izquierda del rio, mientras avisado de ello el general Dupont subia desde Langenau hasta Albeck y aun hasta Ulma.

Dió Napoleon sus órdenes encaminadas á este fin para el dia 14. El mariscal Soult habia pasado á la extremidad de la línea del Iller hácia Memmingen; y el general Marmont venia adelantando por las márgenes del Iller en el intermedio. Lannes, Ney y Murat, todos juntos en las cercanías de Ulma, iban á ocupar á su tiempo ambas orillas del Danubio á fin de darse la mano con la division de Dupont que habia quedado sola en la izquierda. Para lograr este intento era forzoso habilitar el puente de Elchingen. A Ney estaba guardado el lauro de ejecutar en la mañana del 14 la denodada accion que habia de poner ambas márgenes del rio en poder de los franceses (*véase el mapa número 7*).

El intrépido mariscal Ney no acertaba á consolarse del pesar causado por algunas palabras poco decorosas que le habia dicho Murat en el altercado que algo antes habian tenido. El cuñado de Napoleon, aburrido de oir largos razonamientos, habia dicho que él nada entendia de planes que le explicaban, porque estaba acostumbrado á no formar los suyos sino cuando se veia frente á frente con el enemigo; respuesta propia para

Ataque  
del  
puente  
de  
Elchingen  
dado  
para  
restable-  
cer  
la  
comuni-  
cacion  
de  
la orilla  
derecha  
con la  
izquierda  
del  
Danubio,  
y  
para dar  
socorro  
al general  
Dupont.



Oct. 1805.

Altanera  
provoca-  
cion  
de Ney  
á Murat  
bajo  
el fuego  
de los  
enemigos.

dada por un hombre solo largo en obras á un hablador vano. Puesto Ney á caballo en la mañana del 14 de uniforme completo y con todas sus insignias, asió á Murat del brazo, y sacudiéndosele con fuerza delante de todo el estado mayor, y á vista del mismo emperador, con altivez le dijo: « Venid, príncipe, venid conmigo á hacer vuestros planes con el enemigo al frente.» En seguida, arrancando á galope y encaminándose al Danubio, entre una lluvia espesa de balas de fusil y de metralla, y con el agua hasta la cincha de su caballo, fué á dirigir la peligrosa operacion que le estaba encomendada.

Era forzoso habilitar el puente, del cual solo quedaban enteros los machones sin travesaños, y ya habilitado pasarle, atravesar un prado de vasta extension que se dilatava entre el Danubio y la falda de la altura, y tomar en seguida el pueblo y el convento de Elchingen puestos uno sobre otro como en anfiteatro, y guardados por veinte mil hombres y una formidable artilleria.

Logra  
Ney  
habilitar  
el puente  
destruido  
de  
Elchingen  
bajo  
un vivo  
fuego  
de los  
austriacos.

El mariscal Ney, al cual no arredraban tantos obstáculos, ordenó al capitan Coisel, ayudante de campo del general Loison, y á un gastador que cogiesen el primer tablon y le llevasen á echarle sobre los machones del puente para dejar el paso habilitado bajo el fuego de los enemigos. Cayó el valeroso gastador, llevándole una pierna una bala de metralla, pero hubo quien inmediatamente ocupase su puesto. Echóse desde luego un tablon, y despues otro y otros. Habilitado el puente de uno á otro machon, pasóse á hacer lo mismo con los que seguian, y se llegó á cubrir el hueco del último arco, arrostrando un fuego mortífero de fusileria que desde la contrapuesta orilla hacian á los trabajadores franceses

Oct. 1805.

diestros tiradores. Al momento los cazadores del regimiento francés 6.º de ligeros, los granaderos del 39 de línea, y una compañía de carabineros, sin esperar á que estuviese el puente del todo consolidado se lanzaron al otro lado del Danubio, desbarataron á los austriacos que guardaban la orilla izquierda, poniéndolos en desordenada fuga, y se hicieron dueños de bastante terreno para que la division de Loison pudiese venir á darles socorro.

Entonces el mariscal Ney mandó pasar los regimientos 39 de línea y 6.º de ligeros á la otra orilla del río. Ordenó al general Villatte ponerse al frente del 39, y extenderse á la derecha por el prado para compeler á los austriacos á desocuparle, mientras él en persona con el 6.º de ligeros entraba á viva fuerza en el convento. Detenido el 39 cuando iba atravesando el puente por la caballería francesa que por él se arrojaba llena de ardor, no logró pasarle completo, y solo su primer batallon pudo dar cumplimiento á la órden que habia recibido llegando á la opuesta ribera, donde acometido con ímpetu por la caballería austriaca en repetidas cargas, y por tres batallones enemigos, despues de una resistencia pertinaz, hubo de cejar hasta la desembocadura del puente. Pero viniendo pronto á socorrerle el segundo batallon del mismo cuerpo reforzado con los regimientos 69 y 76 de línea, recobraron estas tropas el terreno perdido, quedaron dueñas de todo el prado que estaba á su derecha, y obligaron á los austriacos á recogerse á las alturas. Entretanto Ney, al frente del 6.º de ligeros, iba trepando por las calles torcidas y pendientes del pueblecillo de Elchingen, haciéndole fuego de arriba abajo desde las casas ocupadas

Ney,  
despues  
de haber  
pasado  
el  
Danubio  
con una  
de sus  
divisiones,  
toma  
á viva  
fuerza  
el  
convento  
de  
Elchingen.



Oct. 1805. en gran número por la infantería. Fué tomando el lugar casa por casa á los enemigos, y tambien les ganó de rebate el convento que está en la cumbre del collado. Llegado á aquel lugar, vió ante sí las mesetas un tanto en cuestras, y aquí y allí pobladas de arboles, en que habia peleado la division de Dupont el 11, las cuales se extienden hasta la loma de Michelsberg, casi encima de la misma ciudad de Ulma. Quiso Ney situarse en aquella eminencia para no ser precipitado al Danubio si le acometian revolviendo sobre él sus contrarios. Un bosquecillo de alguna consideracion llegaba á tocar con el collado, juntándose allí con el convento y la aldea de Elchingen. Ney resolvió apoderarse de él para que sirviese de apoyo á su ala izquierda, puesta la cual en seguro, era su intento girar sobre ella como sobre un eje y echar su ala derecha adelante. Lanzó al bosque el 69 de linea, el cual se precipitó por entre los árboles arrostrando un vivo fuego de fusilería. Mientras peleaban por aquel lado con encarnizamiento las opuestas tropas, el resto del cuerpo austriaco estaba formado en varios cuadros, cada cual de dos á tres mil hombres. Ordenó Ney que atacasen á estos los dragones franceses seguidos de la infantería formada en columna, y el regimiento número 18 de la primera arma dió á uno de los cuadros tan recia carga que le rompió y desbarató, obligando á rendir las armas á los que le componian. Viendo aquel desastre los austriacos se retiraron apresurados, huyendo primero hácia Haslach, y pasando despues á reunirse en el montecillo de Michelsberg.

Nuevo  
combate  
de  
Dupont  
en  
Haslach.

Mientras esto pasaba, el general Dupont vuelto de Langenau á Albeck, se habia encontrado con el cuerpo de Werneck, uno de los que habia salido de Ulma

el dia antes á fin de hacer reconocimientos en la orilla izquierda del Danubio, y de buscar modo de que pudiese retirarse el ejército austriaco. Oyendo el general Werneck cañonazos á su espalda, volvió atrás y se encaminó al collado de Michelsberg por el camino de Albeck á Ulma. Iba llegando en el punto mismo en que llegaba á él por otro lado la division de Dupont, y en que el mariscal Ney ganaba las alturas de Elchingen. Trabóse nueva lid en aquel mismo lugar entre el general Werneck, que intentaba volverse con sus tropas á Ulma, y el general Dupont que trataba de estorbárselo. Los regimientos franceses 32 de línea y 9.º de ligeros se abalanzaron en columna cerrada á la infantería austriaca y la rechazaron, mientras el 96 de línea recibia formado en cuadro las cargas de la caballería enemiga. Acabó el dia en medio de esta refriega, habiendo el mariscal Ney recobrado gloriosamente la ribera izquierda del Danubio, y el general Dupont cortado al cuerpo de Werneck la vuelta á Ulma. Habian perdido los austriacos tres mil prisioneros y mucha artillería, pero lo mas importante era que el grueso de su ejército quedaba definitivamente encerrado en Ulma, donde, ya sin la menor esperanza de salvacion, vino á ocurrir en la hora postrera á sus generales la única idea acertada que hasta entonces habian tenido.

Mientras pasaban estas cosas en la orilla izquierda, por la derecha Lannes se habia acercado á Ulma, el general Marmont adelantado hácia el Iller, y el mariscal Soult, rodeando hasta traspasar la extremidad de la posicion de los austriacos, apoderado de Memmingen. Este último mariscal, al llegar á la poblacion, que tomó, habia encontrado allí á los enemigos trabajando en

Importantes  
resultados  
del  
combate  
de  
Elchingen.



Oct. 1805. poner empalizadas para defenderla, y habiéndose echado sobre ella y asaltádola con ímpetu veloz, habia obligado al general Spangen que estaba dentro á rendir las armas con cinco mil hombres, toda su artillería y muchos caballos. El general Jellachich que acudió con su division demasiado tarde para socorrer á Memmingen, encontrándose frente á frente con un cuerpo de ejército francés de hasta treinta mil hombres, se retiró, no sobre Ulma, donde recelaba no serle posible volver á entrar, sino sobre Kempten y el Tirol. El mariscal Soult se encaminó inmediatamente á Ochsenhausen para dejar por todos lados completo el cerco de la ciudad de Ulma y del campo atrincherado vecino.

Situacion  
desesperada  
del  
general  
Mack.

Tal era la situacion de los ejércitos al concluir el dia 14 de octubre. El general Mack, despues de haberse separado de él el general Jellachich, y de resultas de los diversos combates que acababan de darse, veia sus fuerzas reducidas á cincuenta mil hombres, de las cuales habia que rebajar el cuerpo de Werneck cortado por la division de Dupont. Véase, pues, el desdichado general en una situacion desesperada, sin partido alguno bueno que de abrazar fuese, ni otro recurso que el de precipitarse, espada en mano, sobre uno de los puntos del como círculo de hierro en que le habian encerrado para morir peleando ó abrirse salida. De cuanto podia hacer lo que le prometia menos desastre era arrojarle sobre Ney y Dupont, pues, si de cierto habria salido derrotado, porque habrian acudido por el puente de Elchingen Lannes y Murat á dar socorro á sus compañeros, no siendo necesarias tantas fuerzas juntas para vencer á soldados cuyo aliento estaba enteramente perdido, con todo eso habria dejado en salvo el honor de sus

Oct. 1805.

armas, lo cual, despues de la victoria, es lo mas precioso que puede alcanzarse en la guerra. Pero el general Mack se mantuvo pertinaz en su determinacion de concentrarse en Ulma y de esperar allí que viniesen á socorrerle los rusos. Tuvo que sufrir violentas invectivas de parte del príncipe de Schwartzenberg y del archiduque Fernando, y muy particularmente de este último, que á cualquier precio queria evitar la desdicha de caer prisionero. El general Mack presentó entonces los plenos poderes que tenia del emperador, los cuales en caso de discordancia de opiniones le daban la autoridad suprema. Pero si esto bastaba para hacerle responsable no alcanzaba á lograr de los otros que le obedeciesen. El archiduque Fernando resolvió, gracias á su clase que le hacia menos dependiente, separarse de la obediencia al general su superior, y, llegada la noche, escogió entre las puertas de Ulma aquella por donde estaba menos expuesto á tropezar con los franceses, y por ella se salió con seis ó siete mil caballos y un cuerpo de infantería, llevando intencion de juntarse con el general Werneck y de huir por el Palatinado superior hácia Bohemia. Juntando el cuerpo de Werneck con las tropas que le seguian quitaba al general Mack como unos veinte mil hombres, y le dejaba en Ulma con solos treinta mil, bloqueado por todas partes y reducido á rendir las armas de la manera mas ignominiosa posible.

Han dicho muchos, con no poca equivocacion, que la partida del príncipe probó ser posible salir de Ulma. Pero, en primer lugar, no es probable que todo el ejército, con su artillería, pertrechos y equipajes, pudiese escaparse de callada como un mero cuerpo suelto, compuesto en la mayor parte de tropas de caballería. Ade-

Sale  
de Ulma  
el  
archi-  
duque  
Fernando  
con  
algunos  
millares  
de  
ginetes.



Oct. 1805. mas lo que pocos dias despues sucedió al archiduque Fernando prueba que el ejército entero habria encontrado su perdicion en la fuga. La gran falta era dividirse, siendo lo conveniente y debido quedarse ó salir todas las fuerzas juntas; si lo primero, para dar una batalla encarnizada con 70,000 hombres; y si lo segundo para caer con el golpe de tanta fuerza sobre uno de los puntos ocupados por los enemigos que los cercaban, y allí ó perecer con gloria ó alcanzar las ventajas que á veces suele conceder á la desesperacion la fortuna. Pero dividirse unos para escapar con Jellachich al Tirol y otros para ir escoltando en su fuga á un príncipe hasta Bohemia, quedándose ademas otros para firmar una capitulacion en Ulma, era entre todos los modos de portarse el mas funesto y lastimoso. Fuera de esto, enseña la experiencia que en situaciones tales, abatida el alma del hombre, cuando comienza á decaer lo hace en tal grado que, llegando á postracion completa, escoge entre todos el peor partido. A esto es fuerza agregar, hablando con justicia, que el general Mack despues siguió disculpándose en la defensa de que hubiesen sido obra de su voluntad la division de las fuerzas austriacas, y las retiradas hechas cada cual por separado (1).

Ataque  
del alto  
de  
Michels-  
berg,

Napoleon habia pasado la noche del 14 al 15 en el convento de Elchingen. El 15 por la mañana resolvió dar fin al negocio pendiente, y para ello ordenó al mariscal Ney apoderarse de las alturas de Michelsberg. Estas

---

(1) No hay datos en que los austriacos hayan dado á conocer sus operaciones en la campaña de 1805. Pero han salido á luz en Alemania varios escritos, en todos los cuales hay empeño en deprimir al general Mack hasta lo sumo, y en ensalzar al archiduque Fernando á fin de explicar por la ineptia de un hombre solo el desastre del ejército austriaco, rebajando al mismo tiempo la gloria adqui-

puestas un poco delante de Ulma para quien viene por Oct. 1805.  
la orilla izquierda del rio, dominan á la misma ciudad  
asentada, como aquí va dicho, á su falda en la misma  
márgen del Danubio (*véase el mapa núm. 7*) Lannes ha-  
bia pasado con su cuerpo de ejército por el puente de  
Elchingen, dando auxilio al mariscal Ney por su costado,  
y teniendo por encargo apoderarse del collado de Fra-  
uenberg vecino al de Michelsberg. Estaba Napoleon pre-  
sente, con Lannes muy cerca de su persona, observando

y  
principio  
dado  
á la  
empresa  
de  
combatir  
á Ulma.

rida por los franceses. Todos los escritos de que ahora aquí se habla son inexactos é injustos (\*), y casi todos toman por fundamento circunstancias tan desfiguradas que, segun se refieren, es fácil demostrar que son imposibles. El autor de esta historia, á costa de mucho trabajo ha podido hacerse con uno de los escasísimos ejemplares de la defensa hecha por el general Mack ante el consejo de guerra á que fué llamado á comparecer en juicio. Es la defensa de forma singular, obra como de persona que se reprime y violenta, sobre todo en lo relativo al archiduque Fernando, y abunda mas que en hechos en reflexiones declamatorias, pero así y todo sirve de dar á conocer de una manera cabal y exacta las instrucciones del general austriaco y de desvanecer muchas suposiciones absurdas. El autor de la presente historia se lisonjea de haber dado con lo cierto en la narracion que acaba de hacer, á lo menos en cuanto podia esperarse tratándose de sucesos que en Austria mismo están mal averiguados, no constando en debida forma por escrito, y habiendo muerto casi todos los que sobre ellos podrian dar testimonio. En efecto, ya no están en el mundo los principales personajes que en la campaña de Ulma figuraron, y ademas ha habido en Alemania un motivo muy natural y disculpable de desfigurar la verdad, el cual era dejar en salvo el honor patrio achacando las desgracias todas á un hombre solo.

(\*) Fué fama entonces que el general Mack habia sido comprado por Bonaparte. Creíanlo así los mas de los ingleses, crédulos por demas y torpes al juzgar de los sucesos y de los hombres de fuera de su patria. En los enemigos del poder francés hubo de pasar la traicion de Mack por cosa averiguada. Sin embargo, Mack era personaje tan de la confianza de los gobiernos europeos antes de su último revés, que, no obstante haber sido desgraciadísimo y nada diestro ni esforzado en su campaña de 1798 en Italia, todavía estaba tenido en mucho, suponiéndosele conocimientos militares extraordinarios. Hoy abundan motivos para no creerle traidor, pero de su incapacidad apenas hay quien dude. M. Thiers quiere disculparle para que resalten mas la gloria de su héroe, y el heroismo y saber de sus paisanos.



Oct. 1805. por un lado las posiciones que iba á asaltar Ney al frente de sus regimientos, y por el otro clavando sus miradas en lo hondo donde está situada Ulma. Descubrióse de súbito una batería austriaca, y comenzó á vomitar metralla sobre la comitiva del emperador que le rodeaba y aun sobre él mismo. Cogió Lannes de pronto las riendas del caballo de Napoleon á fin de alejarle de un fuego tan mortífero, y él, que ni buscaba grandes peligros ni tampoco huía de exponerse á ellos, acercándose á la refriega solo lo bastante para poder juzgar de las cosas por su propia vista, se colocó de manera que pudo seguir viendo la pelea con menos riesgo. Pone Ney en movimiento sus columnas, trepa por las trincheras levantadas en la altura de Michelsberg, y las toma á bayoneta calada. Temiendo Napoleon que Ney fuese con demasiada prontitud en su ataque, intenta detenerle para dar á Lannes tiempo de llegar al collado de Frauenberg, y dividir así la atencion de los enemigos.—No se comparte la gloria,—responde Ney al general Dumas, el cual le llevaba orden de que esperase á ser auxiliado por Lannes, y sigue marchando y venciendo todos cuantos obstáculos se le oponen hasta llegar con su cuerpo al otro lado de la cumbre de las alturas que están encima de la misma ciudad de Ulma. Lannes por su parte toma el alto de Frauenberg; y juntándose con su compañero bajan ambos unidos á situarse cerca de las murallas de la plaza. Venian arrebatadas de tal ardor las columnas francesas que el regimiento 17 de ligeros, mandado por el coronel Vedel, de la division de Suchet, escaló el baluarte mas cercano al rio, y en él se situó; pero notando los austriacos cuán aventurado estaba aquel regimiento contrario, se echaron sobre él, le lanzaron del puesto

que ocupaba, y le hicieron algunos prisioneros.

Oct. 1805.

Juzgó Napoleon oportuno suspender la pelea, y remitió al dia siguiente el acto de intimar la rendicion á la ciudad, y si se resistia á entregarse dispuso tomarla por asalto. En el discurso de este dia Dupont, que desde el anterior estaba frente á frente del cuerpo de Werneck, de nuevo habia entrado con él en combate para estorbarle que entrase en Ulma. Napoleon habia enviado á Murat á ver lo que por allí pasaba, no acertando á comprenderlo, porque ignoraba la salida de una parte del ejército austriaco. Muy en breve llegó á serle evidente que por la puerta de Ulma, menos expuesta á la vista y á la accion de los franceses, habian logrado escaparse varias partidas del enemigo. Sin demora encargó á Murat que con la caballería de reserva, la division de Dupont y los granaderos de Oudinot, diese impetuoso alcance á la parte del ejército austriaco que habia salido huyendo de Ulma.

Al siguiente dia 16 mandó arrojar á la misma ciudad algunas granadas, y al caer la tarde ordenó á M. de Segur, oficial de su estado mayor, pasar á verse con el general Mack para intimarle que rindiese las armas. Obligado M. de Segur á caminar de noche con pésimo tiempo, solo á costa de gran trabajo pudo entrar en Ulma. Lleváronle con los ojos vendados delante del general Mack, quien, esforzándose por encubrir sus vivas y profundas ansias, no pudo con todo disimular su asombro y dolor al saber toda la grandeza de su desventura. Hasta entonces no la conocia del todo, pues ignoraba que estaba cercado por mas de 100,000 franceses, que 60,000 mas de éstos ocupaban la línea del Inn, que al contrario los rusos distaban todavía largo camino, y que

Manda  
Napoleon  
intimar  
la  
rendicion  
al general  
Mack.



Oct. 1805. no podia llegar á aquellos lugares el archiduque Cárlos, á quien tenia detenido el mariscal Massena en las márgenes del Adige. Partióle el alma cada una de estas noticias, las cuales se negaba á creer al principio, siéndole despues forzoso reconocerlas por ciertas, asegurándoselas repetidas veces M. de Segur con veracidad indudable. Rompió en grandes exclamaciones el general Mack contra la propuesta de capitular que le hacian, pero, despues de quejarse mucho, hubo de parar en mirarlo como llevadero, bien que con la condicion de esperar algunos dias á ser socorrido por los rusos. Declaró estar pronto á entregarse si en el término de ocho dias no se presentaban tropas rusas delante de Ulma. M. de Segur llevaba orden de no concederle mas que cinco dias, ó usando de mucho favor, seis, habiendo por otra parte de amenazarle con los estragos de un asalto y el mas duro tratamiento á las tropas de su mando si se resistia á entregarse.

Capitula-  
cion  
del  
general  
Mack.

El desdichado general ponía en conseguir ocho dias en lugar de seis su honor ya perdido. Retiróse M. de Segur á llevar al emperador Napoleon la respuesta de su contrario. Siguieron los parlamentos, y al cabo logrando el mismo Berthier tener entrada en Ulma, convino con el general Mack en las condiciones siguientes: Si antes de la media noche del 25 de octubre no se presentaba delante de Ulma un cuerpo austro-ruso capaz de compeler á los franceses á levantar el bloqueo, el ejército austriaco entregaria las armas, quedaria prisionero de guerra, y seria llevado á Francia, menos sus oficiales, á quienes quedaba permitido volverse á Austria, dando palabra de honor de no volver á servir en aquella guerra contra los franceses. Los caballos, las

armas y municiones, y las banderas de los rendidos habrian de ser del ejército francés vencedor. Oct. 1805.

Estábase en tratos el 19 de octubre, pero se habia resuelto poner por fecha al convenio la del 17, lo cual en las apariencias daba al general Mack los ocho dias por él pedidos. Llegado este infeliz al cuartel general del emperador francés, donde fué recibido con los miramientos debidos á los desdichados, una y repetidas veces afirmó no tener la culpa de los desastres de su ejército, pues el haberse situado en Ulma habia sido en obediencia á órdenes del Consejo aúlico, y despues de estar cercado se habian dividido sus tropas contra su voluntad formalmente expresada.

El convenio que se estaba celebrando era, pues, como bien se vé, una renovacion del de Alejandría en Italia, pero sin la terrible efusion de sangre de Marengo.

Mientras esto pasaba, Murat, al frente de la division de Dupont, de los granaderos de Oudinot y de la caballería de reserva remediaba su recien cometida falta dando alcance á los austriacos con rapidez verdaderamente prodigiosa. Iba persiguiendo con furioso ímpetu al general Werneck y al príncipe Fernando, jurando que no dejaria escaparse un hombre solo de aquellos fugitivos (*véase el mapa núm. 29*). Habiéndose puesto en movimiento el 16 de octubre por la mañana, al caer la tarde del mismo dia empeñó en Nerenstetten un combate de retaguardia contra el general Werneck, á quien hizo 2,000 prisioneros. Al dia siguiente 17 se encaminó á Heidenheim, procurando con la marcha veloz de su caballería envolver al enemigo por sus costados. El general Werneck y el archiduque Fernando, á la sazón

Alcance  
dado al  
archi-  
duque  
Fernando  
por  
Murat.



Oct. 1805. reunidos, se iban retirando juntos. En el mismo dia 17 traspasaron los franceses á Heidenheim, y llegaron al cerrar la noche á Neresheim al mismo tiempo que la retaguardia del cuerpo de Werneck, á la cual embistieron y desbarataron, obligándola á huir desordenada por los bosques. Al dia siguiente 18 Murat, sin darse el menor descanso en su carrera, siguió al enemigo sobre Nordlingen. El regimiento austriaco de Stuart envuelto se rindió entero. Viéndose el general Werneck rodeado por todas partes, y no pudiendo ir adelante con su infantería cansada, ni teniendo ya esperanza ni siquiera deseo de ponerse en salvo, ofreció capitular. Fué aceptada la capitulacion, y entregó aquel general austriaco las armas con 8,000 hombres. Tres generales que con él iban intentaron escaparse llevándose consigo parte de la caballería sin respetar la capitulacion. Envióles Murat un oficial á hacerles presente que estaban obligados al cumplimiento de la comun promesa, pero ellos no dieron oidos á la intimacion y fueron á juntarse con el príncipe Fernando. Prometió Murat castigar tal falta á la fé persiguiéndolos con mas actividad aún al dia siguiente. En aquella noche se apoderaron los franceses del parque principal de los enemigos, compuesto de quinientos carros.

Espectáculo de confusion que se presenta á la vista en la huida de los austriacos.

Presentaba á la vista aquel camino un espectáculo de confusion nunca visto, porque habiéndose arrojado los austriacos al retirarse de Ulma sobre las comunicaciones de los franceses les habian cogido muchos equipajes, soldados rezagados y parte de la tesorería de Napoleon, todo lo cual fué recobrado al cabo de pocos momentos, perdiendo ademas los que lo habian ganado por breve tiempo su artillería, sus equipajes y los fon-

dos de sus propias cajas. Veíase ir huyendo en confuso desorden soldados y oficiales del uno y del otro ejército sin saber dónde se encaminaban, é ignorantes de quién era el vencedor, y quién el vencido. Campesinos del Palatinado superior se echaban sobre los fugitivos, los despojaban y cortaban los tirantes de la caballería austriaca para apropiarse los caballos. Prosiguiendo Murat en su alcance llegó el 19 á Gunzenhausen, lugar prusiano en la frontera de Anspach. Tuvo un oficial prusiano el atrevimiento de venir á reclamar la neutralidad de su territorio, cuando se acababa de dar autorizacion para atravesarle á los austriacos fugitivos. Murat no dió otra respuesta que entrarse á viva fuerza en Gunzenhausen y seguir mas allá en persecucion del archiduque. Al dia siguiente 20 traspasó á Nuremberg. Los enemigos, apuradas las fuerzas, hubieron de venir á pararse. Trabóse una lid entre una y otra caballería, y al cabo de numerosas cargas, por ambos lados recibidas y devueltas, se dispersaron los escuadrones del archiduque entregándose prisioneros la mayor parte de los que los componian. Otro tanto hizo alguna infantería que con ellos quedaba. Debió el príncipe Fernando la ventura de poner su persona en salvamento al generoso sacrificio de un sargento que le dió su caballo, y seguido ya solo de dos ó tres mil ginetes pudo meterse en Bohemia.

Murat no creyó conveniente ir mas adelante. Habia caminado cuatro dias sin descansar, andando mas de diez leguas diarias, y tenia sus tropas rendidas de cansancio. Llevando el alcance allende Nuremberg se habria salido del círculo de las operaciones de su ejército; y por otra parte, lo que quedaba al príncipe Fernando no merecia una marcha mas para destruirlo. Murat en este



Oct. 1805. caso memorable habia cogido 12,000 prisioneros, 120 piezas de artillería, 500 carros, 11 banderas, 200 oficiales, siete generales y la tesorería del ejército austriaco. Bien le habia cabido por consiguiente una parte gloriosa en aquella inmortal campaña.

Resultas  
materia-  
les  
de la  
nueva  
campaña.

Estaba, pues, llevado á feliz remate el plan de Napoleon, porque en el 20 de octubre y en solo veinte dias de campaña, sin dar una batalla campal y solo con una série de marchas y algunos combates, un ejército de 80,000 hombres habia quedado destruido, sin que de él se salvaran huyendo mas que el general Kienmayer con unos 12,000 hombres, el general Jellachich con 5 ó 6,000, y el príncipe Fernando con 2 ó 3,000 ginetes. En Wertingen, Günzburgo, Haslach, Munich, Elchingen y Memmingen, así como en el alcance dirigido por Murat habian hecho los franceses sobre 30,000 prisioneros (1). Quedaban otros 30,000 austriacos en Ulma, á quienes iba á tocar la misma suerte. Ascendia, pues, el número de gente quitada al enemigo á 60,000 hombres con su artillería compuesta de doscientas bocas de fuego, con cuatro ó 5,000 caballos muy á propósito para la remonta de la caballería de los vencedores, con todos los pertrechos del ejército vencido, y con ochenta banderas.

(1) La siguiente es la enumeracion aproximativa reducida mas que abultada de los prisioneros hechos á los austriacos:

En Wertingen . . .	2,000
En Günzburgo. . .	2,000
En Haslach . . . .	4,000
En Munich. . . . .	1,000
En Elchingen . . .	3,000
En Memmingen . .	5,000
En el alcance que capitaneó Murat. .	12 á 13,000

TOTAL. . . . . 29 ó 30,000

(N. DE M. THIERS.)

El ejército francés tenía de baja como unos 1,000 Oct. 1805. hombres estropeados de resultas de las marchas forzadas, siendo su pérdida cuando mas de 2,000 hombres fuera de combate.

Napoleon, libre ya de temor en punto á la venida de los rusos, no sentia detenerse cuatro ó cinco dias delante de Ulma á fin de dar á sus soldados tiempo de descansar, y sobre todo á muchos de ellos el de reunirse á sus banderas, porque habian sido tan rápidas las últimas operaciones que cierto número de gente se habia quedado rezagado.—Nuestro emperador, decian, ha dado con un modo nuevo de hacer la guerra, porque ya no la hace con nuestros brazos sino con nuestras piernas.—

Sin embargo, Napoleon habia resuelto no esperar mas, porque tenia empeño en aprovechar los tres ó cuatro dias que aún quedaban por correr hasta vencerle plazo señalado en la capitulacion firmada con el general Mack. Llamó, pues, á éste ante sí, y dando á su espíritu algun consuelo, recabó de él un nuevo acto de condescendencia que fué entregarle la plaza el 20, con tal que Ney no se desviase de Ulma hasta el 25 de octubre. Figurábase Mack que cumplia hasta lo último con su obligacion teniendo embargado un cuerpo de ejército francés ocho dias. Fuera de esta consideracion, en la situacion á que estaba reducido todo cuanto podia era muy poco. Consintió, pues, en salir de Ulma al dia siguiente.

En efecto, en aquel dia que fué el 20 de octubre de 1805, dia por siempre memorable, puesto Napoleon á la falda del alto de Michelsberg, frontero á Ulma, vió desfilár delante de su persona el ejército austriaco. Ha-

Sale  
el  
ejército  
austriaco  
de Ulma  
y rinde



Oct. 1805. las armas  
á  
Napoleon  
en  
persona. bíase situado el emperador francés en una ladera de mediana elevacion, teniendo detrás de sí á su infantería formada en semicírculo en la altura, y frente de esta á la caballería desplegada, formando una línea recta. Iban desfilando entre las dos líneas los austriacos entregando las armas á la entrada de aquella especie de anfiteatro. Habíase encendido una grande hoguera de vivac al lado de la cual presenciaba Napoleon el desfile. Presentóse primero el general Mack, y le entregó su espada exclamando lleno de dolor:—Aquí está el desdichado Mack. —Recibióle Napoleon, así como á sus oficiales, con cortesía cumplida, mandándoles que se formasen á su lado. Los soldados austriacos, antes de llegar á su presencia, tiraban en el suelo sus armas con despecho para ellos muy honroso, sin distraerse de este afecto de pesar sino por el pensamiento de curiosidad que se apoderaba de su espíritu al acercarse á Napoleon, echando todos ansiosas miradas á aquel vencedor terrible, que desde diez años hasta entonces estaba haciendo llevar á sus banderas afrentas tan crueles.

Hablando Napoleon con los oficiales austriacos les dijo en voz bastante alta, para que pudiesen oírle todos:—No sé por qué estamos haciendo esta guerra. Yo no la deseaba, ni pensaba mas que en hacerla á los ingleses, cuando vino vuestro soberano á provocarme. Ya veis mi ejército: tengo en Alemania 200,000 hombres, y vuestros soldados prisioneros verán otros 200,000 que vienen atravesando á Francia para dar auxilio á los primeros. Bien sabeis que no necesito de tantos para vencerlos. Vuestro soberano debe pensar en hacer la paz, porque de otro modo bien puede haber llegado la hora de la caída de la casa de Lorena. Lo que yo apetezco en el

continente no es nuevos Estados sino navíos; estos y Oct. 1806.  
colonias y comercio quiero tener, y esta ambicion mia  
os es tan provechosa cuanto á mí mismo.—Estas palabras  
promunciadas con un tanto de altanería, fueron recibi-  
das por los oficiales austriacos con silencio y con el pe-  
sar de ver que eran merecidas tales reconvenciones (1).  
Napoleon entró en conversacion en seguida con los ge-  
nerales austriacos mas conocidos, y asistió durante cin-  
co horas á espectáculo tan extraordinario. Desfilaron  
delante de él 27,000 hombres, quedando en Ulma de  
tres á cuatro mil heridos.

Segun tenia por costumbre, al dia siguiente dirigió á  
sus soldados una proclama que era como sigue:

Cuartel general imperial de Elchingen, 29 de ven-  
dimiario del año XIV (21 de octubre de 1805.)

#### «SOLDADOS DEL EJÉRCITO GRANDE :

»En quince dias hemos hecho una campaña y logra-  
»do lo que nos habíamos propuesto; hemos echado de  
»Baviera á las tropas de la casa de Austria y repuesto á

Proclama  
de  
Napoleon  
á su  
ejército.

(1) ¿Cómo habian de oír sino callando oficiales vencidos y que se  
estaban entregando prisioneros las reconvenciones de un vencedor im-  
perioso y altivo? ¿Quién, no siendo francés, y de la escuela del autor  
de la presente historia, puede suponer que tuviesen los austriacos por  
merecidas las inculpaciones que hacia Napoleon á su gobierno? ¿Y  
eran merecidas acaso? ¿Tan poco importaba al Austria que Napoleon  
se fuese haciendo en Italia omnipotente? Bien demostraron sucesos pos-  
teriores si los austriacos y aun todos los alemanes juzgaban ó no insa-  
ciable la ambicion del emperador francés, y si reputaban que solo por  
servir á Inglaterra podia entrarse en guerra con Francia. En 1809 los  
austriacos y todos los alemanes quisieron, y en 1813 lograron, hasta  
compeler á sus soberanos á resistir á la ambicion francesa. Tal fué el  
efecto de las predicaciones de Napoleon, el cual, con ser hombre sin  
igual, tenia de hombre algunas flaquezas, siendo una de las suyas pre-  
sumir que con semejantes sermones convencia, cuando irritaba. Otro tan-  
to sucede con esta historia, cuando, reproduciendo las mismas predica-  
ciones, con aprobarlas las hace suyas. La manía de pretender que á  
Francia no es lícito resistir, aún cuando se engrandezca con daño del  
honor ó del interés ajeno, viene á ser un manifiesto contra la inde-  
pendencia, la gloria y el legitimo provecho de los pueblos todos.

N. DE A. A. G.



Oct. 1805. »nuestro aliado en la soberanía de sus Estados. El ejército que con tanta ostentacion cuanta imprudencia habia venido á ponerse en nuestras fronteras, queda aniquilado. Pero ¿qué importa esto á la Inglaterra? Ha conseguido su objeto, y ya no estamos en Boloña!...

»De 100,000 hombres que componian el ejército enemigo 60,000 están prisioneros é irán á sustituir á nuestros conscriptos en las labores de nuestros campos; doscientas piezas de artillería, noventa banderas y todos los generales están en nuestro poder, sin que hayan escapado de este ejército 15,000 hombres. Soldados, os habia prometido una gran batalla, pero gracias á las malas combinaciones del enemigo, he podido conseguir las mismas ventajas sin correr peligro alguno, y, lo de que no hay ejemplar en la historia de las naciones, tan próspero suceso no nos debilita sino con habernos puesto solo 1,500 soldados fuera de combate.

»Soldados, este próspero suceso es debido á vuestra confianza sin limites en vuestro emperador; á vuestra paciencia en llevar las fatigas y privaciones de toda especie, y á vuestra singular intrepidez.

»Pero no hemos de hacer punto aquí; teneis impaciencia de dar principio á segunda campaña. A ese ejército ruso que el oro de Inglaterra ha traído de las estremidades del universo vamos á hacer experimentar igual desdicha.

»Con las nuevas lides que se preparan va especialmente enlazado el honor de nuestra infantería. En ellas va á quedar por segunda vez resuelta la cuestion, que ya lo fué á un tiempo en Suiza y en Holanda, de si es la infantería francesa la segunda ó la primera de Europa. No se me presentan allí generales contra los cuales pueda

»alcanzar glorias, y todo mi cuidado será conseguir victoria con la menor efusion de sangre posible. Mis soldados son mis hijos.»

Al día siguiente de la rendicion de Ulma salió Napoleon para Augsburgo con intencion de ponerse sobre el rio Inn antes de la llegada de los rusos, de ir en seguida sobre Viena, y, segun lo tenia resuelto, de frustrar los cuatro ataques que se dirigian contra su Imperio solo con caer con su grande ejército sobre la capital de Austria.

Doloroso es que despues de esta relacion de felicidades haya necesidad de poner inmediatamente una de amarguras. En aquellos mismos dias del mes de octubre del año de 1805, por siempre gloriosos para Francia, daba la Providencia un golpe cruel á sus escuadras como en compensacion de las victorias de sus ejércitos. La historia, á la cual está impuesto por obligacion el trabajo de contar alternando, ya los triunfos, ya los reveses de las naciones, y de procurar que sienta la posteridad curiosa los mismos vivos afectos de gozo ó de pena que tuvieron en su tiempo las generaciones cuya vida refiere, tiene que resignarse á pintar despues de las maravillas de Ulma la horrorosa escena de destruccion que se estaba representando en la misma época á vista del cabo de Trafalgar en frente de las costas meridionales de España.

Al salir del Ferrol el desdichado Villeneuve tuvo deseos de hacer rumbo al canal de la Mancha para prestarse al logro de los altos intentos de Napoleon, pero obedeció á uno como irresistible impulso que le empujaba hácia Cádiz. La noticia de haber juntado Nelson sus fuerzas con las de Calder y Cornwallis le habia in-

Cómo  
siguen  
las  
operacio-  
nes  
navales  
despues  
de  
levantado  
el  
campa-  
mento  
de  
Boloña.



Oct. 1805. fundido á modo de terror. Era la tal noticia en alguna parte veridica, porque Nelson al ir de vuelta á Inglaterra se habia visto con el almirante Cornwallis delante de Brest, pero era falsa en lo mas importante, porque Nelson no se habia detenido á la vista de Brest, habiendo por el contrario navegado á Portsmouth. El almirante Calder únicamente habia sido otra vez enviado á las aguas del Ferrol, donde no se habia presentado hasta despues de haber salido de aquel puerto Villeneuve. Iban, pues, en balde paseando veloces los mares unos tras de otros, como suele acontecer con frecuencia en el vasto espacio de las aguas, y si Villeneuve hubiese persistido en su navegacion hácia las costas del Norte, se habria encontrado delante de Brest con Cornwallis, separado á un tiempo de Nelson y de Calder. Así perdió la mejor ocasion y fué causa de que la perdiese Francia, aunque mal puede decirse en qué habria parado una expedicion tan singular si se hubiese puesto Napoleon sobre la misma Londres, cuando hubiesen caido sobre la frontera francesa del Rhin los austriacos. Solo lo rápido de sus golpes, de ordinario iguales á rayos en su prontitud y violentos efectos, podia haber resuelto la cuestion de si era posible en cuarenta dias que median entre el 20 de agosto y el 30 de setiembre dejar sujeta á Inglaterra, dando así á Francia juntos ambos cetros, el de la tierra y el de los mares.

Motivos  
que  
impelen  
á  
Villeneuve  
á  
volverse  
á Cádiz  
en vez

Al salir Villeneuve del Ferrol no se habia atrevido á decir al general Lauriston que iba á Cádiz, pero ya en la mar no le encubrió la inquietud de que estaba consumido, y que le movia á alejarse del canal de la Mancha para hacer rumbo á la extremidad meridional de España. Hízole Lauriston vivas instancias para que

mudase de propósito, esforzándose por representar á su mente la grandeza toda de los designios de cuyo malogramiento iba á ser causa, de modo que, casi vencido el almirante, por breves instantes volvió al pensamiento de navegar para el canal de la Mancha, y mandó á su escuadra poner la proa al nordeste. Pero un viento que por la misma proa empezó á soplar le estorbó seguir el rumbo que habia tomado, con lo cual definitivamente abrazó el partido de irse á Cádiz, lleno de nuevos tormentos y congojosos temores, aterrándole la ira de Napoleón á que creia que iba á quedar expuesto. Dió al fin vista á Cádiz su escuadra el 20 de agosto. Una escuadra inglesa de crucero, de mediana fuerza, estaba de continuo bloqueando la bahía. Llegado Villeneuve con la escuadra combinada bien podia apresar aquella escuadra de crucero si se le hubiese presentado de golpe con todas sus fuerzas juntas, pero, como seguia acosado de los mismos temores, envió por delante una vanguardia para cerciorarse de si habia ó no á la boca de la bahía de Cádiz una fuerza nával capaz de dar un combate á la suya, y con esta maniobra dió á la escuadra inglesa de bloqueo aviso de su venida y tiempo para retirarse. El almirante Ganteaume en 1801, si bien erró el golpe en su expedicion á Egipto, á lo menos apresó el navío inglés *Swiftsure*, pero Villeneuve no tuvo siquiera el pobre consuelo de entrar en Cádiz llevando consigo dos ó tres navíos ingleses apresados como por via de desquite de su inútil campaña.

Esperaba, como era natural, una viva esplosion de cólera de parte de su emperador, y pasó algunos dias sumergido en desesperacion profunda. No se engañaba. Al recibir Napoleon de Lauriston su ayudante un parte

Oct. 1805.

de hacer  
rumbo  
al canal  
de la  
Mancha.

Cólera  
de  
Napoleon  
con  
Villeneuve,



Oct. 1805. y pesar que en éste causa. circunstanciado de todo cuanto habia ocurrido, reputando doblez en el almirante haber declarado dos pensamientos diferentes á su salida del Ferrol, y calificando en cierto modo de traicion haber dejado á Lallemand ignorante de que volvia la escuadra á Cádiz, exponiéndole por ello á presentarse solo á vista de Brest, y por otra parte, y sobre todo, imputando á Villeneuve el malogramiento del mas alto designio que en su vida entera habia concebido, le apodó en presencia del ministro Decrés con las expresiones de mayor ultraje posible, hasta llamarle traidor y cobarde. No era el desdichado Villeneuve ni cobarde ni traidor, era, sí, buen militar y no inferior ciudadano, pero desalentado con exceso al contemplar la inexperiencia de la marina francesa y la imperfeccion de su parte material, así como asustado del completo desórden de la marina española (1), solo veia derrotas en cualesquiera encuentros que tuviese con el enemigo, y se desesperaba de haber de representar el papel de vencido á que Napoleon de necesidad le destinaba. Ni siquiera habia llegado á comprender bien que lo que de él exigia Napoleon no era que venciese sino que pelease hasta quedar destruido á trueco de dejar franco y expedito el canal de la Mancha, ó, si habia comprendido bien lo terrible del sacrificio que se le imponia, no tenia conformidad bastante para resignarse á la obediencia. En breve se verá que iba á verse reducido

---

(1) A esto se dará respuesta. No estaba, en verdad, la marina española bien atendida; pero tal cual estaba y era, podia sustentar un combate á la par con la francesa, tampoco muy lucida entonces. En una y otra habia quienes cediesen al temor ó mostrasen poca habilidad; en ambas quienes se distinguiesen por su valor, y aun por su pericia. Esto se acreditó en Trafalgar; pero el autor de la presente historia, como se verá, falta gravemente á la verdad en su relacion de las siguientes operaciones navales.

al mismo sacrificio, y segun le hubo de hacer, sin venta- Oct. 1805.  
ja alguna que diese lustre á su vencimiento.

Napoleon, en el torrente de cosas grandes por que iba como arrebatado, muy pronto se olvidó del almirante Villeneuve y de su conducta. Sin embargo, antes de ponerse en camino para las márgenes del Danubio, por la última vez volvió la consideracion á su marina y al modo en su entender mas conveniente de emplearla. Ordenó que se separase la escuadra de Brest, dividiéndose en varias pequeñas de crucero segun el plan del ministro Decrés, el cual consistia en evitar grandes combates hasta que estuviese bien formada la marina francesa, y en emprender entretanto expediciones lejanas compuestas de pocos navíos, siendo casi imposible que diesen con ellas los ingleses, á cuyo comercio harian tanto daño cuanto provecho recibirian de instruirse con la práctica sus tripulaciones. Quiso ademas enviar por socorro al escaso ejército del general Saint-Cyr que estaba ocupando á Tarento, la escuadra de Cádiz y las tropas de desembarco que á bordo llevaba. Calculaba que la misma escuadra, cuya fuerza era como de cuarenta navíos y aún llegaría á ser de cuarenta y seis, agregándose la division española surta en Cartagena, debía señorear por algun tiempo el Mediterráneo, por donde pocos años antes se habia paseado superior en poder la de Bruix, apresarla la division inglesa de crucero apostada á la vista de Nápoles y dar al general Saint-Cyr el útil socorro de los cuatro mil soldados de infanteria que acababa de transportar por mares distantes y cercanos. (1) Dióle, pues, orden

Ordenes  
que deja  
dadas  
á la  
escuadra  
Napoleon  
al  
partirse  
de París.

(1) Pasma la frescura con que habla el historiador francés de este modo de disponer de la escuadra española, ¿por qué habia Carlos IV de enviar sus navíos contra su hermano el rey de Nápoles que en nada le habia ofendido?



Oct. 1805. de salir de Cádiz, de pasar al Mediterráneo, de agregar á su escuadra la de Cartagena y de ir en seguida á Tarento; y, en caso de que se hubiesen reunido las escuadras inglesas delante de Cádiz, de no dejarse encerrar en el puerto y de salir si era superior en número el enemigo, porque valia mas que quedar deshonrado por una conducta pusilánime ser vencido con honra.

De qué  
modo  
comunica  
el  
ministro  
Decrés  
al  
almirante  
Ville-  
neuve  
las  
órdenes  
de  
Napoleon.

Tomadas por Napoleon estas determinaciones, cuando le dominaba el enojo causado por la timidez de Villeneuve, no bastante meditadas, y á las cuales sobre todo no se opuso todo cuanto debia el ministro Decrés, que ya no se atrevia á repetir lo que temia haber dicho con demasiada frecuencia, fueron despachadas á Cádiz las órdenes consiguientes. El almirante Decrés no dió cabal noticia á Villeneuve de todo cuanto habia dicho Napoleon, pero le enumeró, callando las expresiones de ultraje, las faltas de que se le culpaba desde su salida de Tolon hasta su vuelta á España, no disimulándole que para recobrar la estimacion del emperador tendria que hacer cosas grandes. Al enterarle del nuevo destino que se le daba, le mandó hacerse á la vela é ir tocando sucesivamente en Cartagena, Nápoles y Tarento para dar allí cumplimiento á las instrucciones de que acaba de darse aquí cuenta, y, sin dictarle que en cualquiera caso saliese á la mar, le decia que el emperador queria que nunca rehusase la marina francesa un combate cuando tuviese en frente con alguna inferioridad de número á los ingleses. Con esto se contentó, no atreviéndose ni á declarar á Villeneuve la verdad cabal ni á renovar con el emperador sus instancias para impedir una gran batalla naval que entonces ya no tenia ni la necesidad por disculpa. Así todos iban teniendo su buena parte de

culpa en el gran desastre que sobrevenia; Napoleon por su enojo, el ministro Decrès por sus reticencias, y por su desesperacion Villeneuve (1). Oct. 1805.

Napoleon en la hora de salir para Estrasburgo, dió al almirante Decrès sus últimas órdenes relativas á las operaciones navales.—Es probable, le dijo, que vuestro amigo Villeneuve tenga demasiado miedo para aventurarse á salir de Cádiz. Enviad allá al almirante Rosily á que tome el mando de la escuadra si aún no ha salido á la mar, y dad al almirante Villeneuve orden de que venga á París á darme cuenta de su conducta.—El ministro Decrès no tuvo valor para enterar á Villeneuve de su nueva desdicha, que completamente le privaba de medios de volver por su honra, y se contentó con participarle la salida de Rosily, callándole el motivo de tal determinacion. Tampoco aconsejó á Villeneuve hacerse á la vela antes que Rosily llegase á Cádiz, pero dejó traslucir su esperanza de que así lo hiciese, y en su embarazo y apuro, entre un amigo desdichado cuyas faltas no dejaba de conocer, y el emperador cuyas órdenes juzgaba imprudentes, cometió un yerro que se

---

(1) Corrieron mil voces fundadas en conjeturas sobre las causas que motivaron la salida de la escuadra toda de Cádiz, y el combate de Trafalgar. Lo único cierto es lo que va aquí referido. La relacion hecha en esta historia está sacada de la correspondencia auténtica de Napoleon, y de la de los almirantes Decrès y Villeneuve. Nada hubo en tan lastimosa tragedia fuera de lo que en seguida cuenta la historia (\*).

N. DE M. THIERS.

(\*) Como no dice M. Thiers cuáles son las voces que da por infundadas mal puede averiguarse si trata de falsedad algo que fué lo contrario. Pero hombre tan entendido no puede ignorar que en tales correspondencias bastante se calla ó se desfigura, de lo cual poco antes dá el autor un testimonio refiriendo de Napoleon y Decrès, cosa que no consta en las órdenes comunicadas á Villeneuve. La verdad es que la ciega ira de Napoleon llevó á sacrificar ambas marinas francesa y española. España perdió la suya sin ganar cosa alguna en cambio.



Oct. 1805. comete con demasiada frecuencia, y fué abandonar las cosas á su curso natural en vez de cargar con la responsabilidad de dirigirlas.

Dolor  
de  
Ville-  
neuve  
al recibir  
los oficios  
que  
le envían  
de París.

Villeneuve al recibir las cartas de M. Decrès, adivinó todo cuanto le callaban y sintió todo el pesar que debía sentir de verse tan duramente tachado, siendo lo que le hería en lo mas vivo de su alma la imputacion de cobardía, por estar cierto de no haberla en caso alguno reconocido, y columbrándola entre las mismas reticencias del ministro su protector y amigo juntamente. Así, respondió lo siguiente al almirante Decrès: «Muy indignos »y muy locos han de ser los marinos de París y de los »departamentos si me tiran piedras, y prepararán para »sí la condenacion que á su tiempo les caerá encima. »Que vengan á bordo de las escuadras y verán con qué »elementos están expuestos á combatir. Por otra parte, »si á la marina francesa solo ha faltado arrojo como pretenden, en breve quedará el emperador satisfecho, y »puede contar con sucesos del mayor lustre.»

Hace  
Ville-  
neuve  
prepara-  
tivos  
para  
volver  
á salir  
á la mar.

Estas palabras amargas contenian el pronóstico de lo que iba á suceder en breve. Villeneuve hizo preparativos para salir otra vez á la mar, y entretanto desembarcó las tropas á fin de darles descanso y los enfermos para su cura y mejor asistencia. Ayudóse con los escasísimos medios de España para componer sus navíos estropeados por una larga navegacion, para proporcionarse al menos tres meses de víveres, y, en fin, para dar de nuevo buen orden y arreglo en todo á una escuadra. El general Gravina por sus consejos se desembarazó de sus peores navíos tomando en su lugar los mejores que habia en el arsenal de la Carraca. Empleóse en estas atenciones el mes de setiembre, ganando mucho

la escuadra en la parte material, pero quedándose en punto á gente como estaba. Las tripulaciones francesas habian adquirido alguna experiencia durante una navegacion de cerca de ocho meses, y estaban llenos de ardor y de celo. Algunos de los capitanes eran excelentes oficiales, pero entre los subalternos habia un número crecido recien sacado de la marina mercante y falto de los conocimientos y del espíritu que la militar requiere. Estaba excesivamente descuidada la instruccion, particularmente en punto á el ejercicio de artilleria, no siendo entonces los marinos franceses diestros artilleros como han venido á serlo en los últimos tiempos, gracias al cuidado especial que se ha puesto en esta parte de su educacion militar y marinera. Lo que asimismo hacia falta á la armada francesa era un sistema de táctica naval apropiado al nuevo modo de combatir de los ingleses. Estos, ya mucho antes, mandándolos Rodney en la guerra de América, y en tiempo mas moderno dirigiéndolos Nelson en la guerra de la revolucion, en vez de seguir la práctica antigua de formarse las escuadras en dos lineas contrarias y de irse una sobre otra metódicamente manteniéndose cada navío en su puesto y tomando por adversario al que estaba en frente en la línea opuesta, habian contraido la costumbre de arrojarase adelante atrevidos, sin guardar otro órden que el que resultaba de la relativa velocidad de los navíos, de echarse sobre la escuadra enemiga, de cortarla, y de separar de ella una parte para ponerla entre dos fuegos; en suma, de no temer una verdadera refriega, aunque fuese á riesgo de disparar unos contra otros los de una misma escuadra. La experiencia, la habilidad de sus tripulaciones, y la confianza nacida de sus triunfos les aseguraban en tales

Oct. 1805.

Estado  
de la  
escuadra  
francesa  
en la  
parte  
material  
y  
en cuanto  
á su  
oficiali-  
dad  
y  
marine-  
ría.

Nueva  
táctica  
naval  
de los  
ingleses.



Oct. 1805. empresas temerarias notable ventaja sobre sus adversarios menos ágiles é inferiores á ellos en confianza, aunque en valor iguales y con frecuencia superiores (1). Habian, pues, los ingleses hecho en la guerra por mar una mudanza muy semejante á la que acababa de hacer Napoleon en la por tierra. Nelson, que habia contribuido mucho á semejante novedad, no era como Napoleon un entendimiento superior y universal, ni con mucho, pues en materias ajenas de su profesion era hasta muy limitado, pero tenia las dotes superiores necesarias en su carrera, siendo inteligente y resuelto, y dueño en grado altísimo de las calidades propias para la guerra ofensiva; actividad, arrojo y comprension rápida al echar la primera ojeada.

Villeneuve, dotado de talento y valor, pero no de la fortaleza de ánimo necesaria para el mando de fuerzas numerosas navales ó terrestres, sabia perfectamente en qué pecaba el modo de combatir de los suyos, y sobre el mismo asunto habia escrito cartas muy juiciosas á M. Decrés, el cual era de su mismo parecer porque en esto convenian todos los marinos. Pero creia imposible preparar instrucciones nuevas en medio de una campaña, y familiarizar con ellas á sus capitanes lo bastante para que pudiesen aplicarlas en un combate inmediato. Sin embargo, en el del Ferrol habia opuesto á los ingleses, como en esta historia en su lugar va dicho, una

---

(1) ¿Por qué medida ha medido el autor que es superior el valor de los marinos sus paisanos al de los ingleses, y por qué cálculo ha descubierto que esto sucede con frecuencia? El traductor, ni inglés ni francés, llama la atencion á esta vulgaridad poco digna de un hombre como M. Thiers, porque es de las que ponen en claro las faltas de esta historia; parcial como pocas, y llena de preocupaciones patrióticas de la clase comun entre los menos entendidos.

maniobra inesperada muy aprobada por Napoleon y por M. Decrés. Habiendo caido el almirante Calder con sus navíos formados en columna sobre su cola para cortarla, habia tenido habilidad para retirarla con mucha prontitud; pero, una vez ya empezada la pelea, no habia sabido maniobrar, y habia dejado ociosa una parte de sus fuerzas, y cuando con un movimiento hácia adelante con toda su línea habria bastado para recobrar los dos navíos españoles desamparados, no se habia atrevido á mandar hacerle. Sin embargo, Villeneuve, en la batalla á que ahora se hace referencia, habia acreditado verdadera habilidad, en sentir del mismo Napoleon, pero no el necesario arrojo en proporecion á los alcances de su entendimiento. Despues no habia dado á los comandantes de sus buques otra instruccion que la de que obedeciesen las señales que en el momento de la accion les hiciese su general, si el estado del viento les consentia manio-  
brar, y, no siendo así, que hiciesen cuanto pudiesen para llegar donde se estuviese haciendo fuego y buscasen allí un adversario.—No siempre, decia, debe esperarse á ver las señales del almirante, que en la confusion de un combate naval suele no poder ver lo que pasa, ni dar órdenes, ni, sobre todo, hacer que lleguen á su destino las que diere. En estos casos cada cual debe dar oidos solo á la voz de su honor y acudir donde el peligro es mas grave; TODO CAPITAN ESTA EN SU PUESTO SI ESTA DONDE SE HACE FUEGO.—Tales fueron sus instrucciones, y, por otra parte, el mismo almirante Bruix, muy superior á Villeneuve, no las habia dado mas extensas ni mejores á los oficiales de su mando. Si en los grandes combates marítimos que han tenido los franceses se hubiesen atendido los comandantes de sus navíos á estas reglas sen-



Oct. 1805. cillas, dictadas por el honor tanto cuanto por la experiencia, los ingleses habrian ó alcanzado menos victorias ó comprádaslas á precio mas caro.

Estado  
lastimoso  
de la  
escuadra  
española.

Lo que sobre todo asustaba al almirante Villeneuve era el estado de la escuadra española. Componíase ésta de navíos hermosos y de gran porte, señalándose entre ellos el llamado la *Santisima Trinidad*, de ciento y cuarenta cañones, y el mayor hasta entonces de cuantos se habian construido en Europa (1). Pero tan vastas máquinas de guerra, recuerdos del lustre de la monarquía española reinando Cárlos III, eran como los navíos turcos soberbios en la apariencia é inútiles en el peligro. La miseria de los arsenales de España no habia permitido ponerles el aparejo conveniente, y en cuanto á marinería estaban en un estado doloroso, habiéndoselos tripulado con gente allegadiza de toda clase, cogida á bulto en las poblaciones costaneras de la Península, falta enteramente de instruccion, no acostumbrada á la mar, é incapaz por todos títulos de contender con los marinos viejos de Inglaterra por mas que corriese por sus venas la generosa sangre española. La mayor parte de la oficialidad no valia mas que la marinería (2), si bien entre los oficia-

---

(1) No tal. El navío *Concepcion* le aventajaba en dimensiones. Lo singular del *Trinidad* era que teniendo corrida la batería entre el alcázar y el castillo venia á ser de cuatro puentes y era ademas muy alto. Fuera de esto la singular comparacion de los navíos españoles con los turcos de puro injusta viene á ser ridícula.

N. DE A. A. G.

(2) No cabe injusticia igual á la presente fundada en el escasísimo conocimiento de las cosas de España que manifiesta M. Thiers en esta obra. La oficialidad de la real Armada española no podia adolecer de las faltas que á la francesa atribuye M. Thiers. Los oficiales de marina franceses en los dias primeros de la revolucion emigraron casi todos, y la flor de ellos vino á morir en la desdichada expedicion de Quiberon peleando contra su patria al paso que otros acabaron en su largo destierro. Asi la marina francesa estaba mandada por hombres nuevos, de ellos algunos valerosísimos, y ninguno tal vez cobar-

les algunos, como los tenientes generales Gravina y Alava, y los brigadieres comandantes de navíos, Valdés, Churruca y Galiano eran dignos de los mejores tiempos de la marina española.

Villeneuve, muy resuelto á probar que no era cobarde, empleó el mes de setiembre y los dias primeros de octubre en poner algun orden y mejora en aquel conjunto de una y otra marina. Formó de su escuadra dos, apellidando la una de combate y la otra de reserva. De la primera compuesta de veinte y un navíos tomó él mismo el mando y la repartió en tres divisiones de siete navíos cada una. Puso bajo sus órdenes inmediatas la division del centro; y dió el mando de la de retaguardia al almirante Dumanoir, cuya insignia estaba enarbolada en el *Formidable*, poniendo bajo el general Alava, que tenia la suya en el *Santa Ana*, los siete navíos de la retaguardia. La escuadra de reserva constaba de doce navíos y estaba repartida en dos divisiones de seis cada una. El general Gravina mandaba esta escuadra, y tenia á sus órdenes y encargado del mando de la segunda division al contra-almirante Magon, embarcado en el *Alegre*. Con esta escuadra de reserva, separada del cuerpo de batalla y que habia de maniobrar á parte, contaba

---

de, pero no muchos hábiles en el servicio de la marina militar. Los oficiales españoles eran todos hombres de estudios y de honor por su clase y educacion, habiéndose formado los mas cabalmente en los dias de Carlos III, citados por el mismo Thiers como época gloriosa para la nacion y la armada españolas. La marineria es verdad que no era buena, y el equipo de los buques nada mejor, gracias á la escasez general, y á estar desatendida y maltratada y casi en abandono por el gobierno español su marina. M. Thiers empieza aquí la série de injusticias con que en la narracion del combate de Trafalgar trata á los infelices españoles sacrificados allí por ajeno provecho ó capricho. Mas de una vez tendrá el traductor que esto escribe que tacharle lo que con falsedad, aunque sea por equivocacion, afirma, ó, con no menos olvido de la justicia, calla.

N. DE A. A. G.



Oct. 1805. Villeneuve para oponerse á las maniobras imprevistas del enemigo en caso de que el viento consintiese maniobrar; fiándose, si otra cosa sucedia, en la obligacion de acudir á donde se hiciese fuego que habia impuesto como precepto del honor á los capitanes de sus navíos.

Constaba, pues, la escuadra combinada de treinta y tres navíos de línea, cinco fragatas y dos bergantines. Aguijado Villeneuve por su impaciencia de hacerse á la vela quiso aprovechar el 8 de octubre (16 de vendimiario) de un viento al Este ó Levante para salir de la bahía, porque para echarse fuera de la de Cádiz se necesitan vientos del Nordeste al Sudeste. (1) Pero tres de los navíos españoles acababan de salir del dique y habian embarcado sus tripulaciones el dia antes, y así, cuando mas, podrian zarpar con la escuadra, pero estaban incapaces de mantenerse en su puesto en una línea de combate, lo cual no dejaron de hacer presente los oficiales españoles. Villeneuve, para dejar su responsabilidad á cubierto, dispuso celebrar un consejo de guerra, y juntándose en él los mas valerosos oficiales de ambas ar-

---

(1) La anchura de la boca del puerto de Cádiz, no obstante no poderse usar mas que el canal que media entre los bajos llamados las Puercas y el Diamante, es tal que permite la entrada y la salida con todos vientos, si bien, como es natural, se hacen mejor ambas con el favorable que con el contrario, mayormente por buques de mucho porte y en número crecido, y aunque en violentos temporales no sea posible adelantar con viento por la proa, como tambien sucede en mar ancha. Suele ser la entrada mas difícil que la salida, siendo contrario el viento, porque los levantes, que para entrar son de proa, rara vez dejan de soplar con violencia. Aun así, ya en 1805 pasaba por preocupacion hija de la timidez antigua la idea de que no era posible á una escuadra entrar en Cádiz reinando el levante. En febrero de 1797 habian culpado mucho los inteligentes al general don José de Córdoba, porque, puesto á la boca de la bahía de Cádiz con su escuadra, no quiso entrar por respeto al levante y se sotaventó, viniendo á encontrarse con los ingleses y á ser derrotado junto al Cabo de San Vicente, afeándose que así cediese á una idea ya mirada como errónea y propia solo de los pasados tiempos. Yerra, pues, M. Thiers en decir que solo es posible salir de Cádiz con vientos del Nordeste al Sudeste.

madas declararon que estaban prontos á ir donde fuese necesario para coadyuvar al logro de los intentos del emperador Napoleon, pero que ir á ponerse delante del enemigo en el estado en que tenian los mas de sus buques, seria temeraria imprudencia; que, recien salida del puerto la escuadra y sin haber tenido tiempo para maniobrar mas que por pocas horas, se encontraria con una inglesa, de fuerzas iguales ó superiores, por la cual seria infaliblemente destruida; y que valia mas esperar la llegada de alguna ocasion favorable como la de separar se las fuerzas inglesas por cualquiera causa ó azar, y hasta entonces ir llevando á término el poner en buen orden los navíos últimamente armados.

Consejo de guerra celebrado antes de salir de Cádiz la escuadra combinada.

Villeneuve, no obstante el dictámen de los oficiales de su escuadra y el suyo propio, toma la

Villeneuve comunicó á París esta deliberacion, acompañando al dictámen del consejo de guerra el suyo propio contrario á un combate general en el estado en que veia ambas marinas; pero envió semejantes noticias como inútiles documentos que diesen realce á su tranquila resignacion, agregándoles declarar que por sí habia tomado la resolucion de zarpar con el primer levante que le permitiese echar fuera del puerto su escuadra (1).

(1) De las particularidades del consejo de guerra de que dá aquí razon el historiador francés está bien informado el que hace la presente traduccion, porque hasta dá la casualidad de que influyeron en arreglos de su familia, pequeños, y no para contados sino sirviesen de aclarar mas los sucesos que aqui ahora se van narrando. Para hacer mejor esta aclaracion convendrá tomar las cosas algo mas arriba. Desde que hubo noticia de que venia Nelson sobre Cádiz empezó á sonarse, no sin ser fundada la voz, que venia determinado, si la escuadra combinada no se hacia á la mar, á atacarla dentro del puerto, forzando la entrada como habia hecho con la escuadra dinamarquesa en 1801 en Copenhague. Hicieronse grandes preparativos para resistir al ataque esperado, y el marqués del Socorro, capitan general de Andalucía y gobernador de Cádiz, general valiente y entendido, aunque bastante amigo de dar aparato teatral á sus hechos, andaba diligentísimo en cuidar del aumento, y buen estado de las baterías, y de probar el alcance de las piezas. Tambien se habia atendido no poco por parte de la marina á armar lanchas cañoneras, servicio en el cual se habian mostrado los españoles so-



Oct. 1805.

resolu-  
cion  
de salir  
de Cádiz  
y entrar  
en un  
combate.

Estaba, pues, aguardando con impaciencia un momento propicio para salir de Cádiz á todo evento. Por fin ya tenia delante á aquel formidable Nelson, cuya imágen le habia traído acosado por todos los mares, llevándole á malograr la mas alta empresa por temor de tener con él un encuentro; y, lo que es mas singular, ya entonces no temia verse con él, no obstante ser mas

bresalientes en las guerras anteriores. Esta era la situacion de las cosas cuando fué celebrado el consejo de guerra de que M. Thiers da noticia. A él fueron llamados los almirantes franceses y generales de marina españoles, y ademas, de los oficiales de esta última nacion los brigadieres don Dionisio Alcalá Galiano, padre del que escribe la presente nota, y don Cosme Churrua; únicos de su clase con quienes se hizo esta distincion en gracia de sus superiores conocimientos, así astronómicos como marineros. Propuesta en el consejo la cuestion sobre si convenia ó no salir á la mar, discordaron los pareceres. Pocos, si acaso alguno de los oficiales españoles, hablaban de su deseo de coadyuvar al logro de los intentos de Napoleon, á quien no servian no obstante ser aliado de España, y si á su rey y á su patria, no siendo entonces comun en los españoles aprobar la baja condescendencia de su gobierno con el francés, y menos que en otros en los marinos, que en el recién dado combate de Finisterre ó del Ferrol, se quejaban con mas ó menos justo motivo de haber sido abandonados por sus aliados, cayendo en poder de los ingleses los navíos San Rafael y Firme. Mirando, pues, solo al interés de España, aunque en obediencia al gobierno, varios y mas que todos el brigadier Alcalá Galiano, de cuyo no comun mérito, por todos confesado, aun á su hijo es lícito blasonar, sustentaron la opinion de que si Nelson intentaba forzar el puerto, era de creer que saliese de su empresa vencido, al paso que, entrando en un combate en ancha mar, la ventaja que hacia la marina inglesa á una y otra aliada aseguraba á la primera la victoria. El contra almirante francés Magon llevó á mal que así se dijese, y con la petulancia que suele acompañar al valor francés hubo de destemplarse achacando timidez á los españoles. Galiano, hombre nada sufrido y vehemente de condicion, no pudo tolerar una arrogancia que tenia visos de insulto, y acalorándose á su vez respondió á Magon con poca templanza. Estuvieron á pique de remitir la disputa á otro lugar donde la resolviesen con las armas los dos contrincantes, pero se cortó un lance que amenazaba entre dos oficiales valientes, cuyo destino era perder la vida en el mismo cercano combate con igual desgracia que gloria. La resolucion del consejo de guerra vino á ser que por entonces no saliese á la mar la escuadra. Villeneuve, pensase lo que pensase, aparentó conformarse á lo resuelto, bien que como tenia el mando superior de ambas escuadras pudiese como luego hizo, variar de determinacion y ordenar la infausta salida. Haberse efectuado esta de repente y cogiendo á todos de sorpresa fué una causa mas, entre muchas, de que saliese muy mal preparada la escuadra para el combate inminente. Sin embargo en cualesquiera circunstancias es de suponer que la victoria habria sido de los ingleses, siendo tales las fuerzas que tenían y el general que los mandaba.

N. DE A. A. G.

temible que en otra ocasion alguna , porque, irritada el alma del almirante francés por la desesperacion , anhelaba el peligro y hasta el vencimiento, como para acreditar que habia tenido razon de rehuir un combate con la marina inglesa.

Nelson, despues de haber estado por breve tiempo en las costas de la Gran Bretaña, su patria, cuyo suelo no habia de volver á ver, habia hecho rumbo á Cádiz. Traia consigo una de las escuadras reunidas en el canal de la Mancha por orden del almirantazgo británico, que al cabo de dos años habia llegado á enterarse de los proyectos de Napoleon. Era natural en el almirante inglés ir sobre Cádiz, donde le llamaba la fama esparcida por el Océano de haber vuelto Villeneuve á aquella extremidad de la Península.

Nelson mandaba una fuerza naval casi igual á la de Villeneuve, esto es, de treinta y tres ó treinta y cuatro navíos, pero todos ellos probados en largas navegaciones, teniendo su escuadra sobre la combinada francesa y española la superioridad que en la guerra marítima tienen siempre los bloqueantes sobre los bloqueados. No dudando, segun los preparativos de que con cabal exactitud le daban noticia espías españoles, que podria caer sobre Villeneuve al paso, le estaba observando los movimientos con la mas cuidadosa atencion, y habia circulado á los oficiales ingleses instrucciones para el combate que preveia cercano, dadas despues al público, y admiradas por todos los marinos.

Dictábales su maniobra predilecta, cuidando de especificar los motivos que la recomendaban.—Formarse en línea, decia, es perder mucho tiempo, porque no todos los buques son del mismo andar, y viene á ser

Oct. 1805.

Estado  
de la  
escuadra  
inglesa.

Instruc-  
ciones  
dadas  
por  
Nelson  
á sus  
oficiales.



Oct. 1205. necesario que ajuste una escuadra entera sus movimientos á los que pueden hacer los buques menos veleros, dando así tiempo de escaparse á un enemigo que quiera rehuir el combate. Ahora, pues, en aquella ocasion era necesario guardarse bien de dejar que se les fuese la escuadra francesa y española.—Nelson suponía que Villeneuve tendria consigo la division de Lallemand, y aun acaso la española de Cartagena, con lo cual llegaria á constar la escuadra combinada de cuarenta y seis navios. Contaba él con tener en la suya cuarenta, incluso algunos de los cuales habia recibido aviso que estaban prontos á agregársele, y mientras mas numerosa fuese su escuadra menos queria hacer la prueba de ponerla en línea. Habia, pues, ordenado formar dos columnas, de ellas la una á su inmediato mando, y la otra al del vicealmirante Collingwood, y que ambas cayesen impetuosamente, sin llevar otro orden que el del andar de cada navio, sobre la linea enemiga y la cortasen por dos lugares, por el centro y hácia la cola, envolviendo en seguida las partes cortadas y combatiéndolas hasta destruirlas.—La parte de la escuadra enemiga que quedáre por el pronto sin pelear, añadia, fundándose en las numerosas experiencias de su tiempo, tendrá dificultad para venir á dar socorro á la parte combatida, y antes que aquella llegue estará conseguida la victoria.—No cabia en lo posible preveer con mas sagacidad y tino las consecuencias de semejante maniobra. Ya de antemano Nelson la habia hecho entrar bien en la mente de cada uno de los comandantes de sus navios, y estaba por momentos esperando ocasion de realizarla. Para no intimidar demasiado á su contrario hasta cuidaba de no apretar mucho el bloqueo de Cádiz, y tenia solo fra-

Oct. 1805.

gatas en observacion á la boca de aquel puerto, cruzando él entre tanto con sus navíos no lejos de la un tanto espaciosa embocadura del estrecho de Gibraltar, y bordeando del E. al O. algo fuera de la vista de la costa.

Informado de cuál era el estado verdadero de las fuerzas de Villeneuve, con el cual no estaban reunidas ni la division de Salcedo ni la de Lallemand, no habia tenido recelo de dejar cuatro navíos en Gibraltar, á donde despues envió otro á hacer aguada, ni de dar uno al almirante Calder que acababa de recibir orden de pasar á Inglaterra. Sabido esto en Cádiz, se confirmó con ello Villeneuve en su resolucion de hacerse á la vela. Creia antes á los ingleses mas numerosos, pues calculaba que tendrian treinta y tres ó treinta y cuatro navíos, y tuvo grande satisfaccion en saber que tenian menos, llegando á darles solo veinte y tres ó veinte y cuatro, número mas corto que el de su fuerza real y verdadera.

En estos dias llegaron á Cádiz las órdenes novísimas de París, dando noticia de la salida del almirante Rosily. Villeneuve al principio no sintió por ello gran pena. La idea de servir con honor obedeciendo á un oficial de superior antigüedad y de mas años, á cuyo lado podria portarse con gloria, peleando como esforzado subalterno, sirvió de alivio á su ánimo agobiado con el peso de una responsabilidad enorme. Pero supo que ya el almirante Rosily estaba en Madrid, y hasta entonces ninguna orden comunicada por el ministro le habia venido á enterar de cuál era el destino que le estaba guardado, mandando la escuadra el nuevo almirante. Pronto comenzó Villeneuve á creer que estaba puramente despojado del mando de la escuadra, sin que le quedase el consuelo de rehabilitarse peleando de segun-

Motivos  
que  
impelen  
á  
Ville-  
neuve  
á  
precipitar  
su salida





Oct. 1805. do general con lucimiento. Apremiado por el deseo de libertarse de tanta deshonra, y aprovechándose de sus instrucciones que le autorizaban á salir á la mar y hasta se lo mandaban, siendo inferiores en número las fuerzas del enemigo que estuviesen en frente, consideró los avisos que acababa de recibir como autorizacion para hacerse á la vela. Sin demora hizo señal de prepararse á la salida inmediata. Habiendo empezado á soplar una ventolina del Sudeste, echó fuera del puerto al contra-almirante Magon con una division de la escuadra. Este dió caza á un navío y á algunas fragatas de la escuadrá enemiga, y fondeó por la noche fuera del puerto. Al siguiente dia 20 de octubre (28 de vendimiario) zarpó el mismo Villeneuve con la escuadra entera. Seguian soplando del Este los vientos, flojos, y variables. Hizo el almirante francés rumbo al Sud, llevando delante y un tanto á su izquierda á la escuadra de reserva mandada por el general Gravina. Constaba, como antes va dicho, la escuadra combinada de treinta y tres navíos, dos fragatas y cinco bergantines, y tenia lucida apariencia, maniobrando bien los navíos franceses, pero los españoles mal casi todos.

Salida  
de Cádiz  
de la  
escuadra  
francesa  
y  
española  
el 19 de  
octubre  
de 1805.

Aunque no estuviese todavía á la vista el enemigo, el movimiento de sus fragatas daba á entender que estaba cercano. El navío francés *Aquiles* fué el primero á descubrirle, pero solo vió y dió por señal haber diez y ocho velas. Hubo un momento en que se lisonjearon los aliados de encontrar á los ingleses con fuerzas mas inferiores á las suyas. Asomó entonces como un albor de esperanza en el ánimo de Villeneuve, último contento que hubo de tener en su vida.

A la tarde mandó formarse para el combate segun

el andar de cada navío, escogiendo para punto de la línea el que estuviese mas sotaventado, lo cual significaba que se situase cada navío segun su andar, y no segun el puesto que le estaba señalado, alineándose todos con el que mas hubiese abatido con el viento. Este se habia mudado. El rumbo de la escuadra era al Sudeste, esto es, á la entrada del estrecho. En todos los buques de la escuadra estaba hecho zafarrancho de combate.

Pasóse la noche viéndose y oyéndose señales de las fragatas inglesas, que con faroles y cañonazos indicaban á Nelson dónde estaban sus enemigos. Al amanecer, soplando el viento del Oeste ó Poniente, flojo todavía y variable, con algun oleaje, pero aunque alto del que no rompe, y resplandeciendo el sol, divisaron al fin los franceses y españoles á los ingleses formados en varios como pelotones, cuyo número pareció á algunos ser de dos y á otros hasta de tres, y viniendo sobre la escuadra aliada, aunque distando todavía de ella cinco ó seis leguas.

Al momento ordenó Villeneuve formar su línea regular, conservando en ella cada navío el lugar en que durante la noche se habia colocado, cosiéndose cuanto pudiese á su vecino y con la mura á estribor; esto es, llevando el viento por su derecha, cosa natural, pues reinaba el de O. para navegar al Sudoeste, yendo de Cádiz al estrecho. Salió la línea harto mal formada. Continuaban gruesa la mar y calmoso el viento, siendo dificultoso maniobrar, lo cual causaba que fuese mas dolorosa la inexperiencia de gran parte de la marinería.

La escuadra de reserva, compuesta de doce navíos, navegaba separada de la principal, de la cual se mantenía un poco á barlovento, lo que era una ventaja, por-

Manda  
Ville-  
neuve  
á la  
escuadra



Oct. 1805.

de  
reserva  
que se  
junte  
con  
la suya  
para  
formar  
ambas  
en una  
sola línea.

que con un movimiento de arribada se le podría agregar tomando el puesto que mas le conviniese, como por ejemplo uno en que quedase el enemigo entre dos fuegos cuando estuviese empeñado el combate. Si habia habido motivo para crear una escuadra de reserva, sin duda era para una ocasion como la en que estaban en aquel momento los aliados. El general Gravina, vivo de ingenio y atinado en la hora de obrar, hizo á Villeneuve señales pidiéndole que le dejase maniobrar con independencia. Negóselo el almirante francés por razones con que es difícil acertar, y, si acaso, por temor de que estuviese la escuadra de reserva muy expuesta por ir tan adelantada, y de que fuese imposible acudir á darle socorro, esta razon era de poco peso, pues si no habia seguridad de poder ir donde ella estaba la habia de traerla al punto donde se hallaba el almirante con sus navíos, al paso que mandándole ponerse inmediatamente en línea, sobre privarse sin remedio de una fuerza separada, movable y muy ventajosamente situada para maniobrar, se alargaba ya una línea demasiado prolongada, pues constaba de veinte y un navíos y llegaria á ser de treinta y tres. No obstante esta consideracion, Villeneuve dió orden al general Gravina de venir á alinearse con la escuadra principal. A toda la escuadra fueron visibles estas señales y el contra-almirante Magon, hombre de dotes no inferiores á las del general Gravina, al ver en los palos de uno y otro almirante la peticion y la respuesta, exclamó que lo hecho era una falta grave, de la que se mostró vivamente pesaroso, sin encubrir á los oficiales todos de la plana mayor su pensamiento.

A las ocho y media de la mañana estaba ya mas de manifiesto la intencion del enemigo. Las diversas par-

tes de la escuadra inglesa menos difíciles de distinguir Oct. 1805.  
 unas de otras segun se iban aproximando vinieron á aparecer reducidas á dos, descubriendo ya clara y distintamente el proyecto de Nelson de cortar la línea de los aliados por dos puntos. Venian los ingleses á toda vela y viento en popa favoreciéndolos en gran manera en su intento de atravesar por entre sus contrarios el Poniente reinante, pues los franceses y españoles tambien tenian formada una línea casi de Norte á Sud, pero algo inclinada al Este. La primer columna inglesa que estaba bastante al Norte de sus adversarios, y constaba de doce navíos mandados por el mismo Nelson, amenazaba la retaguardia de la escuadra combinada, y otra columna mas al Sud, compuesta de 15 navíos, y cuyo mando tenia el almirante Collingwood, amenazaba á la misma por el centro. Villeneuve, por un movimiento interior á modo de impulso del instinto que lleva á las criaturas á defender la parte que en su juicio corre mas peligro, dispuso acudir á mirar por su retaguardia, y al mismo tiempo mantenerse en comunicacion con Cádiz cuyo puerto tenia demorando al Norte y á su espalda, á fin de tener allí en caso de ser derrotado seguro refugio. Hizo, pues, señal de que virasen todos los navíos á un tiempo, y, como haciendo esta maniobra cada cual dió media vuelta girando en el lugar donde estaba, quedóse la línea en el mismo estado que tenia, larga y recta, pero con direccion al Norte en vez de ir bajando al Sud como antes.

Posicion  
de una  
y otra  
escuadra  
enemigas  
al ir  
á  
trabarse  
el  
combate.

No podia tener otra ventaja esta maniobra que la de acercarse á Cádiz, porque navegando la escuadra combinada en línea con la proa al Norte en vez de llevarla al Sud no por eso dejaria de ser encontrada, aunque en



Oct. 1805. puntos diferentes que antes, por las dos columnas enemigas que venian á caer sobre ella y cortarla. Entonces, mas que antes, fué muy de sentir que hubiese perdido la escuadra de reserva el puesto que ocupaba aparte de la principal y á barlovento, desde donde en aquellos instantes podia haber maniobrado contra una de las dos columnas enemigas. Segun habian venido á estar las cosas, lo único hacedero y ventajoso en los aliados era formar bien apretada una línea, darle completa regularidad, y, en cuanto se pudiese, traer á su puesto los navíos sotaventados, cuya falta en la línea dejaba en ella claros por donde podian atravesar los ingleses.

Pero no era cosa fácil poner de nuevo en la línea á los navíos que de ella se habian salido, particularmente con el estado que tenia el viento, y atendiendo á la in-experiencia de las tripulaciones. Podia haber arribado la escuadra entera para procurar alinearse con los navíos sotaventados, lo cual habria traído consigo una dislocacion general y tal vez irregularidades nuevas mayores que las que se tiraba á enmendar, y por esto pareció mejor no hacerlo, aunque vino á resultar quedar mal formada la línea, no estando á iguales distancias entre sí los navíos, á punto de haberse ido varios muy á la derecha y otros bastante atrás del puesto donde les tocaba estar colocados. Las ventolinas variables se dejaron sentir mas en la retaguardia y en el centro, y causaron algun aglomeramiento de navíos en aquellas partes. Dió Villeneuve á los de la cabeza de la línea órden de forzar de vela para facilitar el modo de desenredarse á los que estaban amontonados. Multiplicaba, pues, las señales para dirigir á cada uno á su puesto y poco conseguia á pesar de la buena voluntad y obediencia de

Oct. 1805.

todos. Las fragatas, formadas á la derecha y á sotavento de la escuadra, cada cual á la altura de su navío almirante ó general, estaban á demasiada distancia para poder servir de otra cosa que de repetir las señales.

Por fin, como á las once de la mañana, las dos columnas inglesas, navegando viento en popa y á todo trapo, cayeron sobre la escuadra aliada. Venian los navíos colocados segun el andar de cada cual, solo con la precaucion de hacer cabeza los de tres puentes. De estos tenian los ingleses siete, y los aliados solos cuatro, por desgracia españoles, esto es, menos capaces de hacer que su superioridad fuese de provecho (1). Así, aunque los ingleses tenian 27 navíos y los aliados 33, eran iguales unos á otros en el número de bocas de fuego, y por consiguiente en fuerza; teniendo los primeros en su favor la experiencia marinera, la costumbre de vencer, un gran general, y en aquel día hasta la misma fortuna por tener de su lado el viento; al paso que á los segundos faltaban todas estas condiciones que facilitan el triunfo, quedándoles solo una virtud cual es la resolucion de pelear hasta morir, virtud, bastante en algunas ocasiones á conjurar los rigores del destino.

Habian llegado á tiro de cañon ambas escuadras (*véase el mapa núm. 30*). Villeneuve, por una precaucion usada con frecuencia en la mar, pero en aquel caso muy inoportuna, habia mandado no romper el fuego hasta estar muy dentro de tiro. Como las dos columnas inglesas presentaban un gran conjunto de navíos acumulados, cada cañonazo les habria hecho ave-

Encuentro de la una con la otra escuadra enemiga.

(1) Injuria de las que en esta obra abundan, y á que se dá la respuesta que á otras de su clase.



Oct. 1805. rías numerosas. Fuese como fuese, á las doce del día la columna del Sud mandada por el almirante Collingwood, adelantándose algo á la del Norte mandada por Nelson, llegó al medio de la línea de la escuadra combinada á la altura del *Santa Ana*, navío español de tres puentes. Detrás de éste estaba situado el francés nombrado el *Fogoso*, el cual se dió prisa á disparar al *Real Soberano*, inglés, de tres puentes y 120 cañones que era cabeza de la columna de ataque y llevaba la insignia del almirante Collingwood. Toda la línea francesa (1) siguió el ejemplo dado por el *Fogoso* é hizo vivísimo fuego á la escuadra enemiga causándole tales averías que bien dieron motivo á dolerse de no haber roto el fuego algo antes. Continuando el *Real Soberano* su movimiento procuró interponerse al *Santa Ana* y al *Fogoso*, y pasar por entre ambos que no estaban juntos todo cuanto debían. El *Fogoso* forzó de vela para llenar el claro, pero no llegó á tiempo, y pasándole el *Real Soberano* por la proa y por la popa del *Santa Ana* descargó á este último toda su andanada de babor con carga doble de bala y de metralla, que, cogiendo al navío español á lo largo, le hizo estragos horrorosos. Al mismo tiempo disparó su andanada de estribor al *Fogoso*, pero sin mucho efecto, al paso que recibió de él notable daño (2). Los demas navíos

Llega primero á romper el fuego la columna inglesa mandada por el almirante Collingwood, y corta la línea de la escuadra aliada por la popa del navío *Santa Ana*.

(1) No dice el autor mas que la línea francesa, callando si hacían ó no fuego los navíos españoles que de ella formaban parte. ¿Será que si el buen historiador francés se acuerda de los aliados de su nación para insultarlos, ó ponderando sus faltas ó achacándoselas imaginarias, se olvida de ellos, como sino estuviesen en el mundo, hasta para decir que hicieron fuego? Ya se ha visto en un tomo anterior que pasó por alto sus servicios y hasta su presencia al hablar de la expedición francesa á la Isla de Santo Domingo en 1802.

N. DE A. A. G.

(2) Aquí la ridiculez es tal que borra el efecto que debería causar la injusticia. ¿Por qué la andanada de babor del *Real Soberano* hizo tanto estrago en el navío español *Santa Ana*, y la de estribor del mismo

ingleses de la misma columna, viniendo en pos de su almirante y muy cercanos, habian caido sobre la línea francesa de Norte á Sud y probaban á cortarla metiéndose por los claros, á fin de ponerla entre dos fuegos dirigiéndose á su extremidad. Si, pues, hubiesen todos cumplido con su obligacion, los 16 navíos franceses y españoles habrian podido resistir á los 15 ingleses, sin contar con el socorro que les hubiese dado la vanguardia. Pero varios navíos mal gobernados se habian ya salido de sus puestos y el *Bahama* (1), el *Montañés* y el

---

buque inglés cayó sin hacer efecto en el navío francés *Fogoso*? ¿Acaso las balas inglesas dirigidas contra los franceses perdian las calidades mortíferas que llevaban disparadas á españoles? Pues, siendo así, queda rebajado el mérito del valor francés, porque siendo menores el peligro y daño es muy inferior la gloria. Incurre aquí M. Thiers en el yerro de los poetas é inventores de historias fabulosas que haciendo á Aquiles ó á Roldan invulnerables no advirtieron que despojaban de precio sus hazañas. Pero ademas, ¿cómo es que el *Fogoso* hizo al navío inglés su contrario tanto daño al responder á su andanada? Al cortar la línea y disparar el inglés de popa á proa al *Santa Ana* no hubo de tirar de proa á popa el *Fogoso*? ¿Cómo, pues, le daba éste el costado? ¿Y si el fuego del francés no se hizo hasta despues de doblada la línea, por qué se refiere en el acto de pasarla?

N. DE A. A. G.

(1) Aquí la indignacion embarga los sentidos á punto de que apenas deja la templanza necesaria para llevar con pulso la pluma. Pero téngase en cuenta que no es la indignacion de un hijo al ver calumniado á su padre en el mismo combate en que perdió gloriosamente la vida despues de haber peleado con nada comun heroicidad, ni la ira de un buen español, al sentir ultrajada, con quebrantamiento de la verdad, la honra de su patria en la de su marina, cabalmente en la hora en que fué sacrificada por servir á ajeno interés, lo que merece consideracion en las reflexiones y narracion que siguen, pues, al cabo, si pensamientos y afectos justos llevan á expresarse con acaloramiento, cuando sirven de sustentar la razon merecen, sino alabanza, disculpa; y por otra parte, tratándose de hechos, nada importa que quien dice lo cierto contra lo falso lo diga con enojo hijo de fundado motivo. El *Bahama* estaba mandado por el brigadier don Dionisio Alcalá Galiano, á quien el mismo M. Thiers poco antes elogia para deprimirle despues, si bien es cierto que su ligereza al tratar de las cosas no francesas da á presumir que ignoraba quién era el comandante del buque al cual acusa falsamente de haberse separado de la línea, omitiendo despues la mencion de cómo peleó y murió, y dejándole envuelto en la injusta censura que fulmina contra casi todos los españoles que en el combate de Trafalgar tuvieron parte. Del mérito de Galiano como marino práctico, así como de sus calidades de astrónomo é hidrógra-



Oct. 1805. *Argonauta*, los tres españoles estaban á sotavento ó muy atrás del puesto que debían ocupar en la línea de combate. El *Argonauta*, francés, no se portaba mejor.

fo da testimonio, tanto quanto sus obras, la relacion de sus navegaciones, particularmente de aquellas en que, hermanando la resolucion con la pericia, trajo por las mares con felicidad caudales de América, á pesar de la vigilancia de los ingleses empeñados en interceptarlos. Por este y otros servicios fué su nombre tan celebrado y fué su pérdida tan llorada, habiendo hecho particular mencion de sus merecimientos los oradores y poetas contemporáneos acordes con la voz pública, y habiendo las Cortes en 1813, cabalmente cuando otras hazañas contra otros enemigos tenían dada al olvido la guerra con los ingleses ya convertidos en aliados, resuelto que se pusiese su nombre á un navío puesto á la sazón en astillero; distincion concedida igualmente á Churruca, oficial de iguales calidades y muerto en la misma sangrienta jornada. El *Bahama*, pues, del cual solo habla el historiador francés para acusarle, combatió en Trafalgar como los navíos que mas se distinguieron. Hubo de pelear á veces hasta con tres adversarios y perdió un número crecido de su tripulacion y dos oficiales de ejército en él embarcados, ademas de su comandante, siendo tantos los oficiales de marina de su dotacion heridos que, llegado el amargo trance de tener que arriar bandera, tocó el triste oficio de entregar el buque al vencedor á un oficial subalterno. Tanto distó el navío *Bahama* de huir como da á entender M. Thiers, que, cabalmente, en el combate ocurrió una circunstancia notable, la cual acredita los escrúpulos de su comandante en punto á desviarse de la línea y de su puesto. En lo recio de la refriega, cuando peleaba cada navío aliado con mas de uno inglés, porque, rota la línea y huido el almirante francés Dumanoir con sus navíos sin lesion, iban los ingleses combatiendo sucesivamente y con ventaja de número á sus contrarios desordenados, un navío enemigo se situó por la aleta de sotavento del *Bahama* combatido al mismo tiempo por otro ú otros á su costado, y le acribillaba á balazos sin ser casi ofendido. Por lo mismo mandó Galiano arribar un poco á fin de presentar el costado á su ofensor y devolverle el daño que de él recibia; pero con la arribada declinaba el navío de la línea á punto de tener trazas de separarse ó huir, y esto no pudo tolerarlo el pundonor de su comandante. Ordenó, pues, orzar para entrar bien en la línea, sujetándose á los inconvenientes que en aquellas circunstancias traia consigo semejante maniobra, inconvenientes que le atrajeron pronto su muerte de un balazo en la cabeza, cuando, recibidas antes dos heridas, se resistia, por mas que se lo rogaban, á retirarse aún para restañar la sangre que de un astillazo llevado en la cara le corria. De lo que acaba de referirse están informados cuantos en aquella época vivían. Pero M. Thiers culpa tambien al navío *Montañés* de haberse separado de la línea, y no volviendo á mentarle despues en su circunstanciada y hasta prolija relacion del combate, deja á los lectores ignorantes en la creencia de que tuvo poca parte en él, como sucedió á algunos navíos españoles y tambien á algunos franceses. Sin embargo, en el *Montañés* quedaron muertos su comandante Alcedo, y su segundo comandante con otros oficiales, y el número de los de la tripulacion correspondiente á esta pérdida, siendo á proporcion los heridos; rara circunstancia en un buque que aparece en la presente historia como si no hubiese entrado en la pelea. Algun mas motivo tiene M. Thiers para censurar la con-

Por el contrario, los navíos *Fogoso*, *Pluton* y *Algeci-*  
*ras* habian empeñado el combate con singulares bríos, y  
 con el vigor de su resistencia habian atraído á sí al ma-  
 yor número de los navíos enemigos, de suerte, que cada  
 uno de ellos tenia que combatir con varios, señalada-  
 mente el *Algeciras*, donde iba embarcado el contra-almi-  
 rante Magon, que ademas de con otros se habia traba-  
 do con el navío inglés *Tonante* cañoneándole con ex-  
 tremada violencia y haciendo preparativos para abordar-  
 le. El navío español *Principe de Asturias*, donde iba el  
 general Gravina, era el último de la línea, y rodeado de  
 enemigos volvía por el honor de la bandera española des-  
 dorado por la mala conducta de la mayor parte de los  
 suyos (1).

Apenas habia media hora que habia empezado la  
 pelea y ya el humo, no llevado por el viento caído casi  
 en calma, envolvía á una y otra armada combatiente en  
 una espesa nube de la cual salía el estruendo continuo  
 y espantoso de los cañonazos, viéndose al rededor flotar  
 en las olas destrozados despojos de arboladura y jarcias

---

ducta del navío español *Argonauta* que estuvo oscura, explicándose por  
 la circunstancia singular de haberse desplomado de repente gran parte  
 de su cubierta en las primeras horas del combate. Basta por ahora de  
 refutar falsos asertos que son asimismo graves cargos, pero aun habrá  
 que volver á esta misma enojosa tarea, si bien con menos empeño, pro-  
 testando que abundan razones para decir mas que lo que aquí se dice,  
 y siendo el silencio en algunos casos nacido del temor de causar fastidio  
 amontonando refutaciones; tantas son las que há menester este trozo  
 de la siguiente obra, la cual, para dejar mejor puesto el honor de los pai-  
 sanos del autor en un gran revés, viene á ser un libelo infamatorio, é  
 injusto por lo inexacto, de la conducta de sus aliados. Si vale la regla  
 de «*ab uno... disce omnes*» bien hay motivo para dudar de la exac-  
 titud de las narraciones contenidas en la presente historia cuando trata  
 de los sucesos de Italia y Alemania.

N. DE A. A. G.

(1) Aquí en resumen cierra el historiador francés el proceso de  
 sus injusticias. Para probar que lo son seria menester engolfarse en  
 un piélago inmenso y aun repetir los golpes defensivos y á su vez



Oct. 1805. á la par con numerosos cadáveres horrorosamente mutilados.

Llega al lugar del combate la columna mandada por Nelson algo despues que la de Collingwood, y corta la línea de la escuadra combinada por la altura del navío *Bucentauro*.

La columna del Norte, mandada por el mismo Nelson, habia llegado veinte ó algunos mas minutos despues que la de Collingwood á dar con el centro de la línea enemiga donde estaba el navío francés *Bucentauro* (véase el mapa núm. 30). Habia alli 7 navíos formados por el órden siguiente: el *Santisima Trinidad* donde estaba el teniente general español Cisneros, al que seguía inmediatamente el *Bucentauro*, donde iba el almirante Villeneuve, de tal manera puestos en línea, que el bauprés del francés tocaba á la popa del español; el *Nepituno* francés, y el *San Leandro* español, que sotaventados ambos dejaron un claro doble en la línea; el *Terrible*, no separado de su puesto y siguiendo las aguas del *Bucentauro*, pero distante de éste un trecho igual al largo de dos navíos. Por fin, el *San Justo*, español, y el *Indomable*, francés, tambien sotaventados dejaban en la línea dos puestos vacantes entre su division y el navío *Santa Ana*, que era el primero de los atacados por Collingwood. Así de los 7 navíos de esta division solo es-

ofensivos como él repite los suyos. No, no se portaron mal los mas de los navíos españoles que pelearon en Trafalgar, sino al contrario. Portáronse mas ó menos flojamente *algunos* de ellos, pero estos en número inferior al de los que cumplieron con su obligacion y aun se excedieron en lo heróico de su conducta. Una tercera parte de la escuadra española cuando mas se hizo digna de censura. Otro tanto sucedió á los franceses, de los cuales varios pelearon con nada comun valor y teson, justicia que debe hacérseles aunque por su parte la nieguen á quienes con ellos compartieron los padecimientos de aquella derrota. Pero para terminar este litigio de cargos y denegaciones vaya un argumento de prueba. ¿Puede tenerse una pérdida considerable sin haberse peleado, á no ser que se tenga siendo alcanzado en la fuga? ¿Fué ó no considerable el número de muertos y heridos en la escuadra española y el destrozo de sus buques en el mismo combate? Fácil es probar que el primero fué crecido, y el segundo notable. Luego arrostraron peligros quienes llevaron tales daños. En verdad que los navíos franceses de Dumanoir, como no pelearon, no perdieron gente ni tuvieron averías.

taban puestos en línea el *Santísima Trinidad* y el *Bucentauro* enteramente pegados uno á otro y mucho mas allá el *Terrible* con dos claros á su proa, y otros dos á su popa (1). Por fortuna para el honor de las armas francesas (2), aunque no para alcanzar victoria en el combate, habia allí hombres cuyo valor era superior á todos los peligros. Sobre aquellos tres buques únicos de los 7 que se habian quedado en su puesto vino, pues, á caer toda la columna de Nelson que constaba de 12 navíos, de ellos algunos de tres puentes (3).

El navío ingles *Victoria* en que llevaba su insignia Nelson, debia llevar delante al *Temerario* de la misma nacion, por habérselo rogado así á Nelson los oficiales de la plana mayor inglesa, los cuales, esperando que padeciese horrible estrago el navío que iba haciendo punta, querian que otro fuese adelantado al de su almirante para

(1) Hay alguna confusion en la descripcion que antecede. Dicese que seguia al *Bucentauro* el navío *Trinidad* y luego se añade que el bauprés de aquel está tocando á la popa de éste, lo cual prueba que antecedia en vez de seguir el navío español al francés. En lo demas ha de haber una ú otra equivocacion.

N. DE A. A. G.

(2) De «nos armes» de nuestras armas, dice el historiador. Del español no se trate ¿Le hay acaso? ¿Debe alguien tenerle? ¿Importa otro que el francés? ¡Oh raro código de moral y singular modo de escribir la historia!

N. DE A. A. G.

(3) Aquí es mas justo M. Thiers que antes. En verdad en aquel lado hubo flojedad en algunos españoles como la hubo en otros franceses. Pero la injusticia principal del autor se muestra cuando trata de la escuadra que fué de reserva, la que mas padeció y en la que combatieron los navíos españoles con grande bizarria. Allí estaba el *San Juan Nepomuceno* mandado por Churruca, allí el *Bahama*, allí vino el *Nepituno* español, cuyo comandante era el valeroso don Cayetano Valdés, en Trafalgar, como antes, digno de su fama. Allí corrió, pues, la sangre española á rios, sin otro objeto que satisfacer el capricho de Napoleon entonces y dar ahora motivo á insultos calumniosos. Solo es elogiado Gravina, señor siciliano, cuya familia nada queria á Napoleon, pero cortesano hábil que se conformaba á la sumision del gobierno al cual servia. De este hombre puramente mediano hace M. Thiers un héroe, y de los demas españoles unos necios ó cobardes.

N. DE A. A. G.



Oct. 1805. no exponer demasiado vida tan preciosa como la del héroe de su marina.—Consiento en ello, habia respondido Nelson á este ruego, que pase á ponerse delante el *Temerario* si puede.—En seguida habia mandado al *Victoria* largar todo su trapo y así habia continuado haciendo de cabeza de la columna. No bien llegó el *Victoria* á tiro de cañon cuando la *Santisima Trinidad*, el *Bucentauro* y el *Terrible* rompieron contra él un fuego tremendo, y en pocos minutos le echaron abajo uno de los masteleros de gavia, le hicieron trizas gran parte de la jarcia, y le dejaron cincuenta hombres fuera de combate. Nelson, que andaba buscando al navio *Almirante* francés, creyó que daba con él, no teniendo por tal al gigante español la *Santisima Trinidad* (1), sino al *Bucentauro*, navio francés de 80 cañones, y trató de envolverle pasando por el claro que le separaba del *Terrible*. Pero el comandante de este navio, que era el capitan Lucas, oficial de suma intrepidez, haciéndose cargo de la intencion de Nelson por la direccion que veia tomar á su navio, habia largado todas sus velas para aprovechar el mas leve soplo del viento que iba muriendo, y habia tenido la dicha de llegar tan á tiempo que con su bauprés dió en el remate superior de la popa del *Bucentauro* hácia la toldilla, quebrándola en parte. Así encontró Nelson cerrado el claro por donde iba á entrar; pero, no siendo hombre que cejaba, se obstinó en su empeño, y no pudiendo con su proa desprender uno de otro dos

---

(1) Mal podia Nelson equivocarse al *Trinidad* con otro. Conocióla bien desde el combate del Cabo de San Vicente en 14 de febrero de 1799, cuando le tuvo casi rendido. Así el autor de la vida de Nelson, el doctor Southey al hablar del combate de Trafalgar llama al navio *Trinidad* «*Nelson's old acquaintance*» conocido antiguo de Nelson.

navios tan bien trabados, se dejó correr á lo largo del Oct. 1805. *Terrible* pegando su costado al de su enemigo. A la fuerza del golpe, y con un soplo que vino de viento salieron los dos navios sotaventados de la línea en la cual volvió á aparecer un claro por la popa del *Bucentauro*. Arrojáronse á él á una varios navios ingleses á fin de envolver al navio *Almirante* francés, y al *Trinidad*. Otros se fueron corriendo á lo largo de la línea francesa donde habia 10 navios sin enemigos con quienes combatesen, y, disparándoles algunas andanadas, inmediatamente cayeron sobre los navios franceses del centro, de los cuales tres oponian á los agresores una resistencia heroica.

Los 10 navios franceses de la cabeza de la línea vieron á quedar casi inútiles, como habia previsto Nelson. Villeneuve mandó izar en los palos de trinquete y de mesana las señales que decian que no estaba en su puesto el capitan que no estuviese donde el fuego era vivo. Repitieron estas señales las fragatas, segun es la regla, viéndose mejor desde los palos de éstas que desde los del navio *Almirante* envuelto de continuo en una nube de humo, y, conforme á las mismas reglas, añadieron aquellas á las señales otras con el número correspondiente á cada cual de los navios separados de la refriega, hasta que los de esta suerte designados respondiesen al llamamiento que en nombre de su honor y deber se les hacia.

Mientras así se llamaba á donde estaba el peligro á los que de resultas de la maniobra de Nelson se habian quedado distantes del combate, habia empezado en el centro de la escuadra una lid de la cual apenas hay otro ejemplo. El *Terrible* tenia que seguir el combate, ade-

Diez navios franceses que forman la cabeza de la línea de la escuadra no tienen delante enemigo con quien pelear, y se quedan ociosos.

Hácelos Villeneuve en balde señal de que acudan donde se está haciendo fuego.



Oct. 1805. mas que con el *Victoria* cosido á su costado izquierdo ó de babor, con el *Temerario*, que habia venido á situarse á su derecha por su aleta, y estaba sustentando contra uno y otro enemigo una contienda desesperada. El capitan Lucas, despues de despedir de sus baterías de babor repetidas andanadas que habian hecho espantoso estrago en el *Victoria*, se veia obligado á renunciar á hacer fuego con su batería baja, porque, tocándose por alli su costado con el de su adversario por estar combados los cascos de los buques, le era imposible servirse de su artillería. Habia enviado toda su municion disponible á los obenques y á las cofas para dirigir á la cubierta del *Victoria* un fuego mortífero de granadas de mano y fusilería, empleando al mismo tiempo todas sus baterías de estribor contra el *Temerario*, con el cual combatia á alguna distancia. Para acabar con el navio *Victoria* habia mandado abordarle, pero, siendo su propio navio de dos puentes y de tres el inglés su contrario, este descollaba, necesitándose para ir á él subir todo el alto de un entrepuente, y ademas pasar el hueco, que entre ellos formaba como un foso, porque la comba del costado los dejaba separados por lo alto aunque estuviesen pegados cerca de la linea de á flor de agua. Ordenó al punto el capitan Lucas arriar las vergas para que sirviesen de lugar de paso del uno al otro navio. Entretanto no paraba el fuego de fusilería desde los obenques y cofas del *Terrible* á la cubierta del *Victoria*. Nelson vestia una casaca vieja que solia llevar en los dias de combate, y, teniendo á su lado al capitan Hardy que lo era suyo de bandera, no habia querido separarse ni un solo instante del peligro. Ya habia caido muerto á su lado su secretario, y una bala se habia llevado una hebilla del zapato

Combate  
del  
*Terrible*  
francés  
contra  
el inglés  
*Victoria*.

Recibe  
Nelson  
una  
herida  
mortal.

al capitan Hardy, y una palanqueta habia acabado de una vez con ocho marineros. El insigne marino, digno objeto de la admiracion, así como del odio, de sus contrarios, impasible en el alcázar de su navío estaba atento al horroroso espectáculo que le rodeaba, cuando una bala de fusil disparada de las cofas del *Terrible* vino á acertarle en el hombro izquierdo, hiriéndole y entrándosele hasta los riñones. Doblándose al golpe, cayó de rodillas sobre la cubierta esforzándose á sostenerse en una mano. Al caer dijo á su capitan de bandera:— «*Hardy, los franceses han dado fin de mí;*» á lo cual respondió el capitan Hardy: «*No, todavía no:*» y replicó el herido: «*Si tal, que voy á morir pronto.*»—Lleváronle al lugar donde se daba asistencia á los heridos; pero iba ya casi privado de conocimiento quedándole de vida muy pocas horas. Recobrando á intervalos el sentido pedia noticias del estado del combate, y repetia un consejo que muy en breve acreditó su prevision profunda.—Fondead, decia: que fondee la escuadra al concluir la tarde.—

La muerte del almirante habia causado singular agitacion en el navío *Victoria*. Era aquel momento propicio para entrarle de abordaje. Ignorante el bizarro Lúcas de lo que en el navío contrario pasaba, puesto al frente de una cuadrilla de marineros escogidos estaba ya subido en una de las vergas atravesadas de uno á otro buque, cuando el *Temerario*, no cesando de ayudar al *Victoria*, descargó al *Terrible* una espantosa andanada de metralla, con la cual cayeron muertos ó heridos cerca de doscientos franceses, casi todos ellos de los que estaban prontos para colarse al navío enemigo. Ya no quedaba al capitan Lúcas gente bastante para persistir en



Oct. 1805. su tentativa. Volvieron, pues, los suyos á las baterías de estribor, y desde el casco redoblaron contra el *Temerario* un fuego vengador y tremendo que le desarboló y estropeó horrorosamente. Pero, como sino bastasen dos navios de tres puentes para combatir con uno de dos, vino á juntarse con los ingleses *Victoria* y *Temerario* el *Neptuno* de su misma escuadra, y cogiendo á su adversario por la popa le disparó andanadas que desde luego le pusieron en un estado lastimoso. Cayeron sobre cubierta dos de los palos del *Terrible*, quedó desmontada parte de su artillería, casi demolido uno de sus costados como si todo él fuese una porta enorme, é inservible el timon, entrándole al mismo tiempo por agujeros abiertos por los balazos á flor de agua la de la mar á torrentes. Estaban heridos todos los oficiales superiores, y mortalmente ó muertos diez guardias marinas de once que llevaba. De seiscientos cuarenta hombres de tripulacion, quinientos veinte y dos estaban fuera de combate, trescientos de ellos muertos, y doscientos veinte y dos heridos. En tal situacion los heróicos defensores de aquel navío no pudieron seguir peleando. Arrió su bandera el *Terrible*, pero antes de entregarse tuvo la suerte de vengar con la muerte dada á la persona de Nelson las desdichas de la marina francesa.

Combate  
del  
navío  
almirante  
*Bucen-  
tauro*  
con  
varios  
ingleses.

Como los navios *Victoria* y *Terrible* al abordarse se salieron juntos de la línea, quedó por allí franco el paso á los navios enemigos que procuraban envolver al *Bucentauro* y al *Trinidad*. Estaban estos dos trabados entre sí con fuerza porque el bauprés del primero se habia enganchado en la galería de la popa del segundo. Delante de ellos el *Héroe*, que de los diez navios que nada hacian era el mas cercano, vino al principio á darles

socorro, pero, habiendo recibido muchas descargas de los enemigos, se dejó ir de arribada abandonando al *Trinidad* y al *Bucentauro* á su funesta suerte. Este último al comenzar el combate habia llevado del *Victoria* algunas andanadas que barriéndole de popa á proa le hicieron notable daño. Pronto cayeron sobre él varios navíos ingleses, sustituyendo al *Victoria* que habia ido mas allá, y le rodearon, situándosele unos por las aletas de babor y por la popa, y otros, doblada la línea, por la banda de estribor, de suerte que estaba siendo despedazado por su espalda y su derecha por cuatro navíos, de los cuales dos eran de tres puentes. Villeneuve, tan firme entre el estrago de las balas cuanto irresoluto entre las ansias del mando, se mantenía en su alcázar, esperando que de los muchos navíos cercanos así franceses como españoles vendrían algunos á dar socorro al general de toda la escuadra aliada. Peleaba en tanto con denodado brío, y no sin alguna esperanza de feliz suceso. No teniendo contrario alguno por la banda de babor y sí muchos por la popa y la de estribor, de resultas del movimiento hecho por los ingleses á ponerse del lado de adentro de la línea, quiso variar de puesto para poner á salvo su popa y baterías de estribor, muy maltratadas, y hacer frente con las de babor á sus adversarios. Pero por tener el bauprés enganchado en la galería del español la *Santisima Trinidad* no podia moverse. Mandó á la voz á este su vecino que arribase á fin de desenredarse uno de otro, pero fué imposible ejecutar la órden porque el navío español enteramente desarbolado estaba convertido en una boya.

Clavado, pues, en su puesto el *Bucentauro* tenia que aguantar por su espalda y derecha un fuego que le



Oct. 1805. destrozaba sin poder hacer uso de las baterías de su costado izquierdo. Sin embargo, sustentando noblemente el honor de su bandera, correspondia con un fuego vivísimo al no menos tremendo que recibia. Al cabo de una hora de tan duro pelear cayó herido el capitán de bandera Magendie. Fuélo igualmente el teniente Dardignon que le reemplazó en el mando, el cual recayó en el teniente de navío Fournier. Cayeron muy en breve sobre cubierta el palo mayor y el de mesana, causando con su caída espantoso desórden. Enarbolóse la bandera en el palo de trinquete. Metido en tanto el almirante en una espesísima nube de humo nada distinguia de cuanto en el resto de la escuadra pasaba. Pero una clara súbita y de poca duracion le dejó ver los navíos de la cabeza de la línea que seguian inmóviles, y les mandó, izando su señal en el único palo que en su navío estaba en pié, que todos á una virasen para acudir á donde era vivo el fuego. Otra vez se vió cobijado por la nube fatal que encubria y vomitaba estragos y muerte, y entre su oscuridad siguió en la pelea previendo que en breve habria de serle forzoso desamparar su navío almirante é irse á otro á seguir en él cumpliendo con sus obligaciones. Como á las tres de la tarde vino derribado sobre cubierta el palo tercero, y acabó de llenar aquel espacio de ruinas.

El *Bucentauro*, con el costado derecho destrozado, demolida la popa, y rendidos los palos, estaba raso como un ponton.—Está concluido mi papel en el *Bucentauro*, exclamó el desdichado Villeneuve, y me voy á otro navío á conjurar el rigor de la fortuna.—Entonces trató de echarse á un bote y trasladarse en él á la vanguardia para traerla él en persona al combate. Pero todos los

botes del *Bucentauro* puestos sobre cubierta habian quedado hechos pedazos por la caida sucesiva de la arboladura, y los que estaban colgando á los costados estaban acribillados á balazos. Pidióse á la voz un bote al navío *Santisima Trinidad*, pero fueron en balde los esfuerzos hechos para dejarse oír, no siendo posible que en tal confusion y estruendo lo fuese voz alguna humana. Vióse, pues, el almirante francés ligado al cadáver de su navío próximo á irse á pique, sin poder ya dar órdenes, ni intentar cosa que prometiese la salvacion de la escuadra que le estaba confiada. La fragata la *Hortensia*, que debia ir á darle auxilio, no hacia movimiento alguno, ó ya se lo estorbaba el viento, ó ya la aterraba la terrible tragedia presente. Solo quedaba al infeliz almirante la muerte por recurso, y mas de una vez mostró anhelar su venida. Acababa de ser herido á su lado M. de Prigny, mayor general de su escuadra. Casi toda su tripulacion estaba fuera de combate. El *Bucentauro* desarbolado completamente, acribillado á balazos, é imposibilitado de hacer uso de sus baterías, donde ó estaban desmontadas las piezas, ó todo obstruido con las reliquias del aparejo, no tenia siquiera la cruel satisfaccion de devolver los golpes que recibia. Eran las cuatro y cuarto, y, no recibiendo el almirante auxilio alguno, vióse obligado á arriar bandera. Vino á recoger su persona una lancha inglesa que le llevó al navío *Marte* de la misma nacion, donde fué recibido con las consideraciones debidas á su grado, desdicha y valor, pobre compensacion á tanta desventura. Al fin habia dado con el enorme desastre que tanto recelaba ver caer sobre su fortuna, ya en las Antillas, ya en el canal de la Mancha, y dió con él cabalmente alli donde habia creido posible libertarse

Cae  
prisionero  
el  
almirante.  
Ville-  
neuve.



Oct. 1805. de encontrarle ; en Cádiz ; cayendo ademas vencido sin el consuelo de perecer concurriendo á llevar á cabo una alta empresa.

Durante este combate habia sido apresado el navío *Santisima Trinidad* rodeado de enemigos. Así de los siete navíos del centro de la escuadra acometidos por la columna de Nelson, tres, el *Terrible*, el *Bucentauro* y el *Trinidad* habian sido destruidos y apresados sin recibir auxilio de los otros cuatro ; el *Neptuno* francés y el *Indomable* francés, y los españoles *San Leandro* y *San Justo*. Estos, sotaventados al principio del combate, no pudieron volver á la línea, no quedándoles otro modo de hacer servicio en la lid que correrse por sota-vento con el debilísimo favor del viento que soplabá muy flojo del Oeste, é irse á pelear con los diez y seis navíos atacados por el almirante Collingwood. Solo uno de ellos, el *Neptuno* francés mandado por el capitan Maistral, buen oficial, hizo esta maniobra, manteniéndose constante cerca de donde estaba el peligro. Fué sucesivamente disparando andanadas al *Victoria* y al *Real Soberano*, y procuró dar algun socorro á la retaguardia enzarzada en el combate con la columna de Collingwood. Los otros tres, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Indomable* se dejaron ir muy lejos del lugar de la pelea, con el viento que se iba quedando en calma.

Quedaban sin embargo los diez navíos de la cabeza que, despues de haber enviado algunas balas á los de la columna de Nelson, y recibido sus fuegos, estaban sin enemigos al frente. La señal que los llamaba al honroso puesto de la refriega les habia llegado, ó estando sota-ventados, ó cuando no podian moverse por no haber casi viento. El *Héroe*, mas cercano al centro que otros,

despues de haber auxiliado, como acaba de referirse, á Oct. 1805. sus dos vecinos el *Bucentauro* y la *Santisima Trinidad*, se habia dejado llevar por la ventolina que todavia soplabá, la cual solo podia impeler los buques para alejarlos del lugar del combate. A lo menos habia corrido sangre en la cubierta de este navio (1), pero su valeroso capitan, Poulain, muerto al empezar la accion se habia llevado consigo el aliento que á su tripulacion animaba. El *San Agustin*, situado mas allá del *Héroe*, se habia separado de su puesto desde muy temprano, y los ingleses que acababan de hacerse dueños del *Bucentauro* le dieron caza y hicieron de él presa. No se portaba mejor el *San Francisco de Asis*. Contando estos buques de la vanguardia hácia arriba venian despues los franceses *Mont-Blanc*, *Duguay-Trouin*, y *Formidable*, el español el *Rayo*, los franceses *Intrépido* y *Escipion* y el español *Neptuno* (2). El contra-almirante Dumanoir les habia repetido la señal de virar para caer sobre el centro, pero casi todos se habian quedado in-

Inmobi-  
lidad  
de la  
vanguar-  
dia.

Solo  
algunos  
navios  
de los  
diez

(1) Harta sangre corrió en navios españoles, á los cuales tacha sin restriccion M. Thiers de haberse portado con cobardía, pero era sangre española y al autor importa poco. A lo menos, ya que no la tenga en mas precio que la sangre de animales, debería no insultar la memoria de los que la derramaron. Aun al perro leal que muere por su amo no nombra con vituperio, ni desprecia un hombre de alma noble y sensible.

N. DE A. A. G.

(2) Segun aparece de la narracion que sigue, el *Neptuno* español no hubo de entrar en combate. Entró sin embargo y de tal modo que su comandante el brigadier don Cayetano Valdés, tras de pelear con gloria y teson, recibió gravísimas heridas de que perdió el sentido, quedando privado de él dias enteros. Renovó este valiente oficial sus hechos en el combate del Cabo de San Vicente, en febrero de 1797, cuando sin recibir órdenes se metió en donde con mas estrago se combatia. Es tal la ligereza ignorante con que escribe M. Thiers, cuando no se trata de franceses, que poco antes ensalza á Valdés, Churruca y Galiano como buenos oficiales, y luego, no sabiendo qué navios mandaban, los infama sin justicia. Y es tal su doblez que, yendo á disculpar á Dumanoir en su fuga nada dice de los oficiales que estando con él no huyeron y sí pelearon.

N. DE A. A. G.



Oct. 1805. móviles, ó por no saber hacer la maniobra, ó porque no podian, ó porque no querian. Al fin cuatro de ellos, que fueron el *Mont-Blanc*, el *Duguay-Trouin*, el *Formidable* y el *Escipion* obedecieron la señal del general que mandaba la division, y echaron al mar sus lanchas y botes para que ayudasen á hacer la virada. El contra-almirante Dumanoir les habia mandado con tino que en vez de virar por redondo, con lo cual se irian á sotavento de la línea, lo hiciesen por adelante, lo cual al contrario los echaria á barlovento y les daria medios con solo arribar para caer en la refriega cuando lo juzgasen conveniente.

de la  
vanguar-  
dia  
obedecen  
la señal  
del  
almirante  
y  
se ponen  
en  
movi-  
miento  
para dar  
auxilio  
á la  
escuadra.

El contra-almirante Dumanoir, con el *Formidable* que montaba y que tanta gloria habia adquirido en el combate de Algeciras, y con el *Escipion*, *Duguay Trouin* y el *Mont-Blanc*, empezó á correrse de Norte á Sur, á lo largo de la línea, pudiendo donde quiera de esta que recalase poner á los ingleses entre dos fuegos. Pero eran á lo menos las tres de la tarde; veia por todos lados desastres ya sin remedio; y, á no tener la resolucion de sepultarse en la comun desdicha de la marina francesa, debia tener buenas razones para no entrar del todo en combate. Llegando á emparejar con el centro vió marinado el *Bucentauro*, apresado el *Trinidad*, el *Terrible*, destrozado desde mucho antes, en poder del enemigo, y á los ingleses aunque muy estropeados dando caza á los navíos que se habian ido á sotavento. En esta travesía hubo de recibir un fuego bastante vivo que hizo averías en sus cuatro navíos y los dejó menos aptos para el combate. Recibido, pues, con vigor por la victoriosa columna de Nelson, y, no encontrando á quién socorrer, continuó su movimiento, y llegó á la retaguardia donde

estaban combatiendo los diez y seis navíos franceses y Oct. 1805.  
españoles con la columna de Collingwood. Allí sacrificándose podía salvar algunos navíos ó agregar muertes gloriosas á las que habian de servir de triste consuelo de una gran derrota, pero desalentado por el fuego que acababa de estropearle su division nada hizo absolutamente. Así tratado por la fortuna como Villeneuve, estaba destinado en breve, por haber querido huir de un desastre acompañado de gloria, á ir á encontrar uno inútil (1).

En la extremidad de la línea que primero habia trabado la pelea con la columna de Collingwood todos los navíos franceses excepto uno solo, el *Argonauta*, combatian con valor digno de inmortal gloria. En cuanto á los navíos españoles el *Santa Ana* y el *Príncipe de Asturias* ayudaban con valor á los franceses (2).

Despues de un combate de dos horas el *Santa Ana*, que era el primero de la retaguardia, desarbolado de todos sus palos y habiendo devuelto al inglés *Real So-*

Noble  
conducta  
de  
la mayor

(1) Aun al que á cualquiera cosa esté preparado, tratándose de obra tan injustamente parcial como es la presente historia, es fuerza que asombre la blandura con que trata el autor á su paisano Dumanoir, que sin lesion se fué del combate, cuando se arroja á culpar de no haber peleado á los que murieron. Es chistoso hablar de los estragos que tuvo Dumanoir. ¿Nos dirá el autor qué gente perdió el almirante fugitivo? Acaso como en el *Montañés*, en el *San Juan Nepomuceno*, en el *Bahama* quedaron muertos en sus navíos los comandantes con otros oficiales?

N. DE A. A. G.

(2) No era solo el *Príncipe de Asturias* y el *Santa Ana*: no. La sangre preciosa derramada en otros lo atestigua, y por fuerza ha de pedir contra el que así escupe sobre ella el veneno de la calumnia. Casi todos los navíos de la retaguardia, antes escuadra de reserva, pelearon heroicamente. Hubo, es verdad, una ú otra excepcion así como en los navíos del centro hubo españoles y franceses que no pelearon bien, ó por timidez ó por torpeza. En la retaguardia cayeron peleando los oficiales Churruca, Galiano, Alcedo, Moyun, Castaños, con otros de inferior grado, y quedaron heridos muchos. Fuerza es repetir la defensa cuando reiteradas veces se tropieza con el cargo calumnioso.

N. DE A. A. G.



Oct. 1805. *berano* tanto daño cuanto de él habia recibido, acababa de arriar bandera. El teniente general Alava que en él iba se habia portado con noble aliento. El *Fogoso*, francés, que era el inmediato al *Santa Ana*, despues de haber hecho grandes esfuerzos para socorrerle, impidiendo al *Real Soberano* forzar la línea, habia quedado abandonado por el *Monarca*, navío español, situado á su popa, y entonces envuelto y asaltado por dos navíos ingleses los habia maltratado á uno y á otro hasta alejarlos, pero combatiendo en seguida costado á costado con el *Temerario* habia tenido que rechazar varios abordajes hasta perder cerca de cuatrocientos hombres de setecientos que le tripulaban. Habiendo caido muerto su comandante el capitan Beaudoin, habia tomado inmediatamente el mando en su lugar su segundo el teniente Bazin, y habia resistido con valor igual que el de su antecesor á los asaltos de los ingleses; pero volviendo éstos á la carga, y habiéndose hecho dueños del castillo, el esforzado oficial encargado del navío, herido, bañado en sangre y ya con poca gente á su lado, reducido al alcázar y toldilla se habia visto obligado á entregar el *Fogoso* despues de una gloriosísima resistencia.

Hábil  
y  
brillante  
conducta  
del  
coman-  
dante  
del  
*Pluton*.

A popa del *Fogoso* y en el mismo lugar desocupado por el *Monarca*, el navío francés *Pluton*, mandado por el capitan Cosmao, estaba maniobrando con no menos habilidad que arrojo. Apresurándose á llenar el puesto donde habia dejado un claro el *Monarca*, habia detenido al navío enemigo *Marte* que trataba de pasar por aquel hueco, y tras de haberle acribillado á cañonazos iba á tomarle de abordaje, cuando un navío inglés de tres puentes vino á barrerle con sus fuegos por la popa. Entonces habia logrado libertarse con habilidad de

su nuevo adversario, y dándole el costado en vez de la popa habia correspondido á su fuego con mortíferas andanadas. Alejado este segundo enemigo, volviendo al primero y aprovechando la ventaja de estar á su barlovento, habia logrado situársele á popa, barrerle desde allí, rendirle dos palos y ponerle fuera de combate. Libertado el *Pluton* de aquellos dos contrarios procuraba ir á dar socorro á los franceses abrumados por el número, gracias á la retirada de los navios infieles á su obligacion. (1)

A popa del *Pluton* el *Algeciras*, donde iba el contra-almirante Magon, combatia de un modo memorable igualando al *Terrible* en lo esforzado y sangriento de su resistencia. El contra-almirante Magon, nacido en la Isla de Francia de una familia oriunda de San Maló, era todavía jóven y tan bien parecido cuanto valiente. Al empezar el combate habia congregado su tripulacion, y prometido dar al marinero que fuese el primero en arrojarse al abordaje un magnífico cinturon, regalo hecho á su persona por la Compañía de Filipinas. Todos querian merecer de su mano tan lucida recompensa. Portándose Magon como habian hecho los comandantes del *Terrible*, *Pluton* y *Fogoso*, se adelantó con el *Algeciras* para cerrar el paso á los ingleses en su empresa de cortar la linea. Al hacer este movimiento se encontró con el *Tonante*, navío de ochenta, francés en otro tiempo y ya inglés por haber sido apresado en Aboukir, y mandado por un valeroso oficial que era el capitan Tyler.

Memorable  
combate  
del  
*Algeciras*  
y muerte  
del  
contra  
almirante  
Magon.

(1) Entre estos navios calificados de infieles están (forzoso es repetirlo) los donde murieron Galiano, Churruca, Alcedo, Castaños, Moyun con otros varios, y numerosa marinería, quedando destruidos despues de haber combatido cada uno con varios enemigos como sucedió á los franceses, gracias al desórden hijo de haberse roto la linea.



Oct. 1805. Acercósele mucho, disparóle una andanada y en seguida virando metió su bauprés b'en hondo en los obenques del navío enemigo, ó dígase en aquellas como escalas de cuerdas que trabando los mástiles al casco de los buques sirven de dar á aquellos firmeza y de lugar por donde á ellos se sube. Trabado así Magon con su adversario juntó en rededor de sí á sus mas esforzados marineros para guiarlos al abordaje. Pero le sucedió puntualmente lo que á la tripulacion del *Terrible*, y fué que, estando ya reunida sobre cubierta é inmediata al bauprés próxima á arrojarse al *Tonante*, hubo de llevar de otro navío inglés que cogió al suyo atravesado varias descargas á metralla, las cuales dejaron gran parte de ella muerta ó herida. Entonces fué forzoso, antes de pensar en proceder al abordaje, responder al nuevo enemigo que habia sobrevenido, y á otro tercero que iba á agregársele á destruir á cañonazos los ya destrozados costados del *Algeciras*. Mientras así se defendia contra tres navíos, Magon vió el suyo abordado por el capitan Tyler, que á su vez quiso presentarse sobre la cubierta de su adversario. Recibióle el contra-almirante francés puesto al frente de su tripulacion, empuñando una hacha de abordaje y dando ejemplo á su marinería, con la cual logró rechazar á los ingleses, que tres veces renovaron la acometida y otras tantas hubieron de retroceder de la cubierta del buque que habian abordado. Quedó muerto al lado de Magon su capitan de bandera Letourneur é inmediatamente fué herido el teniente de navío Plassan, que en calidad de segundo comandante tomó el mando. El contra-almirante, á quien hacia mas visible y exponia á los golpes del enemigo llevar vestido su brillante uniforme, llevó en el brazo un balazo, por el cual echó al momento gran

cantidad de sangre. No quiso hacer caso de esta herida é insistió en quedarse en su puesto, pero recibió un segundo balazo en el muslo y ya entonces sintió irle faltando las fuerzas. Como apenas podia mantenerse en pié en la cubierta del navío llena toda de cadáveres y despojos, M. de la Bretonnière, en quien por muerte de sus superiores habia recaído el cargo de capitan de bandera, le suplicó que bajase por un momento á la enfermería; cuando menos para vendarle sus heridas é impedir que se le fuesen del todo las fuerzas con la sangre. La esperanza de poder volver á la refriega determinó á Magon á acceder á los ruegos de M. de la Bretonniere, y, apoyándose en dos marineros, bajó al entrepuente, pero, como ya agujereados los costados del buque diesen paso franco á la metralla, una bala de está acertó al contra-almirante francés en el pecho, acabando con él con repentino ímpetu este postrer golpe. La noticia de su muerte llenó de consternacion á la tripulacion, pero, encendiéndola tambien en furiosa ira, la impelió á pelear rabiosa para vengar á un general no menos querido que admirado. Poco podia hacerse sin embargo, pues tenia el *Algeciras* rendidos sus tres palos y las baterías, ó con los cañones desmontados ú obstruidas con las destrozadas piezas caidas de la arboladura, y de los seiscientos cuarenta y un hombre de su dotacion ciento y cincuenta muertos y ciento y ochenta heridos. Los que estaban capaces de servir en el navío solo eran dueños ya de parte de él, estando ceñidos al alcázar y la toldilla. Faltándoles, pues, todo linaje de recursos y de esperanza, hicieron al enemigo una descarga final, y arriaron la bandera é insignia del muerto contra-almirante con tanto valor defendidas.



Oct. 1805.

Otros seguian combatiendo por la popa del *Algeciras* aunque estaba ya muy adelantada la tarde. El *Bahama* español se habia alejado (1) pero el *Aguila*, francés, seguia defendiéndose con denodado teson, y solo se entregó despues de padecer pérdidas crueles, y entre ellas la de su comandante el capitán Gourrege que cayó

(1) Tiene el historiador francés á modo de empeño en calumniar al *Bahama* entre otros. No se acierta cómo en su misma obra ha calificado á su comandante Alcalá Galiano juntamente con Valdés y Churrua de buen oficial, digno de los mejores dias de la marina española cuando reinaba Carlos III. No: el *Bahama* no se separó de la línea desde que en ella entró á situarse. Ya va dicho en una nota anterior (y en verdad que puede hacerse constar) que llegó el pundonor de su comandante á punto de que, habiendo arribado para presentar el costado y devolver sus fuegos á un navío enemigo que por sotavento y por la aleta de estribor le estaba abrasando á metralla, mandó al momento *orzar* para no declinar de su puesto, y en breve cayó muerto, siguiendo el navío defendiéndose despues, porque Ramerí, segundo comandante, que por la muerte del primero tomó el mando del buque hubo de retirarse herido, tocando á un teniente de navío el desabrido cargo de arriar la bandera cuando seguir en la defensa era imposible. Si el *Bahama* no estaba en su lugar, muy entrada la tarde, era porque destrozado habia caído en poder de los ingleses. Debía decirlo M. Thiers, y, si no lo sabia, debía haberlo averiguado. Debía saber lo que sin duda en su ligereza ignorante de cuanto no es francés no se ha cuidado de indagar, esto es, quién mandaba el *Bahama* y cuál fué toda la conducta y el paradero del mismo navío en el acto y despues del combate. Era notorio entonces que el *Bahama* habia combatido contra dos ó tres navios largo tiempo. En la composicion contemporánea titulada El combate de Trafalgar, por don José Mor de Fuentes, hay los versos que siguen:

El prudente, celoso, audaz Galiano  
Con su nave inferior á una almiranta  
Ataca, estrecha, desarbola y rinde.  
En tanto llega el.....trance  
De la forzosa.....entrega  
Vienen á su rescate *ciento y ciento*,  
Y el prisionero infiel con nuevo aliento  
El pabellon británico despliega.  
Galiano entonces el *tropel violento*  
Arrostra, postra, aleja y olvidado  
*Mal herido y mortal*, del cruel tormento  
Que se ceba en su pecho incontrastable  
El combate obstinado  
Con el óptico tubo atento mira  
Hasta que al golpe horrendo  
De rauda bala destrozado espira.

Sin duda en esta narracion, no de gran mérito poético, hay ponderacion y aun falsedad. Lo es lo de haber rendido á un navío de tres puentes ingles. Pero aquí la ponderacion abulta hechos ciertos, y no los crea, y

muerto. El navío *Swiftsure* que tenian empeño los ingleses en recobrar porque habia sido suyo, como lo declara su nombre, tambien se defendió con esfuerzo y solo se entregó despues de tener siete piés de agua en la bodega. A popa del *Swiftsure* el *Argonauta* francés despues de tener algunas averías se retiró. El *Bervvick* siguió combatiendo con honor en su puesto. Los navíos españoles *Montañés*, *Argonauta*, *San Juan Nepomuceno* y *San Ildefonso* (1), habian abandonado el teatro de la pelea. Al contrario el general Gravina en el *Principe de Asturias*, envuelto por los navíos ingleses que habian doblado la extremidad de la línea, se defendia solo contra todos ellos con singular denuedo, y se mantenía firme aunque rodeado y acribillado á balazos, de suerte que habria caído prisionero, á no haber venido á darle auxilio el *Neptuno* francés, de quien queda referido que se habia alejado á barlovento para poder prestar nuevos servicios; y por el *Pluton* que libertado de

Noble  
conducta  
y herida  
mortal  
del  
general  
Gravina.

se funda en noticias sabidas aunque exageradas sobre las hazañas de Galiano en el combate. La especie de que una bala con el viento que hizo le derribó de la mano el anteojo, y que, recién recogido por un marinero, habiéndole él vuelto á tomar recibió la herida mortal, es cierta. Lo de ciento y ciento es referir con no buen gusto lo sabido de que el *Bahama* habia peleado con varios enemigos. Y, valga la verdad, los franceses, cuyo valor tanto ensalza M. Thiers, y que sin duda pelearon heroicamente, tampoco hicieron ni pudieron hacer las proezas que esta historia les atribuye. Hay, pues, exageracion en la narracion que profesa ser histórica así como en la poética aquí mismo antes citada. Pero hay verdad en los elogios hechos de Galiano, y falsedad escandalosa en lo que dice M. Thiers de su navío.

N. DE A. A. G.

(1) El *San Juan Nepomuceno* habia sido apresado despues de morir su comandante Churrua y su segundo. El *Montañés* se retiró, pero muerto su comandante Alcedo y otros oficiales. Con mas razon culpa el autor al *San Ildefonso*, y aun al *Argonauta*, si bien lo que cuentan de haberse desplomado el alcázar de este último le sirve de disculpa de haber hecho poco en el combate. Fuera de esto, no se culpa en esta nota la retirada; culpase sí al francés que de ella hace mencion ó falsamente ó callando lo que la habia motivado y compensaba.

N. DE A. A. G.



Oct. 1805. sus contrarios otra vez venia á buscar peligros en el combate. Por desgracia ya en la última hora de la pelea fué mortalmente herido el general Gravina (1).

Admirable  
modo  
de  
sacrificarse  
de la  
tripulación  
del navio  
francés  
el  
*Aquiles*.

Por fin, en la extremidad de aquella larga línea, de cuya existencia daban testimonio las llamaradas de los cañonazos, los despojos destrozados de los navíos que sobre las ondas flotaban, y millares de cadáveres mutilados, vino un lance final á llenar de horror á los combatientes y de admiracion á los mismos ingleses vencedores. El navío francés *Aquiles*, asaltado por varios puntos, se estaba defendiendo con teson cuando en medio del estruendo y estrago de la artillería se le prendió fuego en el casco. Bien habia motivo para desviarse de los cañones y acudir á ahogar el incendio que se iba extendiendo con extremada velocidad, pero temerosa la marinería de que se aprovecchasen los enemigos de la llamada de sus cañones para apresarle, mas quisieron dejar arder el fuego que separarse de la defensa. En breve nubes voluminosas de humo salidas de en medio del navío pusieron espanto á los mismos contrarios, hasta llevarlos á alejarse de un volcan, que por momentos amenazaba romper en tremenda explosion, acabando á una con sus adversarios y sus defensores. Dejaronle, pues, solo, separado de todos, rodeándole el abismo de

---

(1) Se ha empeñado el autor en celebrar á Gravina á costa de otros españoles. Es error decir que el navío *Príncipe* combatiese mejor que otro alguno. No fué de los que se portaron flojamente, sino muy al revés, pero por algunos españoles fué igualado y aun por mas de uno excedido. Otros tuvieron mas pérdida que él en gente y en la parte material. Tampoco está dicho con cabal exactitud que cayó Gravina herido *mortalmente*. De gravedad si lo fué, y aun vino á morir de resultas, pero mas de un mes despues, y por no haberle amputado el brazo, lo cual hecho á tiempo le habria salvado la vida. El mérito de Gravina con Thiers está en haber sido débil por demas con los franceses.

las aguas, y pusiéronse á contemplar un espectáculo cuya terminacion forzosamente habia de ser una catástrofe horrorosa. La tripulacion francesa, harto menguada ya en número por las balas de cañon y metralla, libertada de enemigos que la combatiesen, acudió solo entonces á apagar las llamas que estaban consumiendo el buque. Pero no era tiempo de sofocar el incendio y hubo que pensar en salvar la vida. Echóse al agua todo cuanto no se va á fondo, pipas, masteleros y vergas, y en tales asilos flotantes buscaron los del *Aquiles* refugio contra una explosion á cada minuto esperada. Apenas se habian arrojado al mar algunos marineros, cuando, llegando el fuego al pañol de la pólvora, voló el navío con horrído estampido dejando aterrados á los vencedores. Diéronse priesa los ingleses á enviar sus lanchas y botes á recoger á los desdichados que con tan noble esfuerzo se habian defendido. Muy corto número de ellos escapó vivo, pues, habiéndose quedado los mas á bordo, volaron por los aires con los heridos de que el navío estaba atestado.

Eran en esto las cinco de la tarde, y ya el combate estaba por todos lados concluido. La línea, cortada primero en dos puntos, y despues en tres ó cuatro por haberse separado de ella algunos navíos dejando huecos, quedaba destrozada de una á otra punta. Al aspecto de la escuadra ó aniquilada ó fugitiva, el general Gravina libertado por los navíos franceses *Neptuno* y *Pluton*, y llegado á ser el general en jefe de la escuadra, dió la señal de retirada. Podia el general español reunir á los dos navíos franceses que acababan de auxiliarle, y al *Principe de Asturias*, donde llevaba su insignia, tres franceses que eran, el *Héroe*, el *Indomable* y el *Ar-*

Fin del  
combate  
y sus  
resultas:



Oct. 1805. *gonauta*, y cinco españoles que eran el *Rayo*, el *San Francisco de Asis*, el *San Justo* (1), el *Montañés* y el *San Leandro*. Fuerza es decir que estos últimos se habian puesto en salvo, pero no dejando su honor ileso. Todos ellos, franceses y españoles, venian á ser once escapados de la derrota, de la cual habian salido libres quince, incluyendo á los cuatro del contra-almirante Dumanoir que se iban retirando por separado. Al número de los que se libertaron hay que añadir las fragatas que puestas á sotavento no habian hecho para dar auxilio á la escuadra lo que de ellas podia esperarse. Diez y siete navíos entre franceses y españoles habian sido apresados por los ingleses, y uno se habia volado. Habia perdido la escuadra combinada de 6 á 7,000 hombres entre muertos, heridos, ahogados y prisioneros (2). Nunca antes se habia visto en los mares tragedia tan horrorosa.

Habian alcanzado los ingleses completa victoria, pero comprándola muy cara y á precio de mucha sangre. De los 27 navíos de que constaba su escuadra casi todos habian quedado desarbolados de uno ó de mas palos, y algunos estaban inservibles ó para siempre ó hasta llevar una carena entera. Tenian que llorar la pérdida de 3,000 hombres, y de un número crecido de oficiales, y la del ilustre Nelson, cuya falta sentian mas que la de

---

(1) Del *Montañés* ya se ha dicho que iba sin su primero y segundo comandante. Los demas aquí nombrados fueron de los que con menos vigor sustentaron el combate.

N. DE A. A. G.

(2) Aquí hay yerro notorio. Diez y siete navíos habian sido apresados y en ellos hubieron de perderse mas de 7,000 hombres contando con haber caido prisioneros de su tripulacion todos los no muertos ni heridos, pérdida á la cual hay que agregar la no leve padecida por los navíos que combatieron y no fueron apresados.

N. DE A. A. G.

toda una armada. Llevaban á remolque diez y siete Oct. 1805.  
presas de navíos casi todos desarbolados ó próximos á irse á pique, y prisionero al almirante que mandaba la fuerza enemiga. Habíanse llenado de gloria debiéndolo á su pericia y experiencia juntas con un valor incontestable, al paso que á los (1) vencidos también tocaba un lugar glorioso en la historia por lo denodado de su resistencia, y el sin par ardor con que consumaron su sacrificio.

Al cerrar la noche hizo rumbo Gravina al puerto de Cádiz siguiéndole 11 navíos y 5 fragatas. Navegó entretanto hácia el estrecho el contra-almirante Dumanoir temiendo tropezar con el enemigo interpuesto á los suyos que se retiraban.

El almirante Collingwood se vistió de luto por la muerte de su superior, pero no creyó de su obligacion seguir el consejo de Nelson moribundo, y resolvió en vez de fondear con la escuadra pasar con ella la noche á palo seco. Estaban los ingleses á vista de la costa, y en frente del aciago cabo de Trafalgar, de cuyo nombre tomó el combate el que lleva. Comenzaba á levantarse un viento peligroso y á ponerse muy cerrada la noche, y los navíos ingleses, que con dificultad podian manio-  
brar á causa de sus averías, se veian obligados á remolcar ó convoyar los 17 navíos apresados. En breve cobró el viento mas violencia, y al horror de tan sangriento combate vino á suceder el de un temporal espantoso, como si quisiese el cielo castigar á las dos naciones

Viene  
tras del  
combate  
una  
borrasca  
horro-  
rosa.

---

(1) M. Thiers dice *á nous* (á nosotros), entendiendo sin duda que la gloria era solo de los franceses. Pero se da en esta traduccion sentido mas lato y de mas justicia al pronombre personal, suponiendo que el *nosotros* habla de la escuadra combinada.



Oct. 1805. mas civilizadas del orbe y mas dignas de dominarle estando unidas con comun provecho por el furor á que acababan de entregarse. El general Gravina con sus 11 navíos tenia en el puerto de Cádiz refugio seguro y cercano, pero el almirante Collingwood, distante de Gibraltar, solo tenia la extension de las ondas para descansar de las fatigas de una victoria llena de padecimientos y desgracias. En pocos instantes la noche, mas cruel que el mismo dia anterior, revolvió á vencedores y vencidos, reduciendo á unos y á otros á temblar del furor de la naturaleza irritada, cuya mano es superior en poder á la del hombre victorioso. Viéronse los ingleses obligados á abandonar los navíos que llevaban de remolque, ó á descuidar la vigilancia sobre los que iban convoyando. Fué prueba de las singulares vicisitudes de la guerra por mar que, llenándose de alegría algunos vencidos con el aspecto aterrador de la borrasca, concibieron esperanzas de recobrar sus navíos, y con ellos la propia libertad perdida. Viéndose sin auxilio los ingleses que tenian marinado el *Bucentauro*, de motu propio le entregaron á las reliquias de la tripulacion francesa prisionera. Alborozados los de ésta con quedar libertados por el tremendo peligro sobrevenido, armaron con bandolas su buque desarbolado, y poniéndole algunos pedazos de velas, con el empuje del huracan hicieron rumbo á Cádiz. Tambien el *Algeciras*, digno del desdichado Magon, cuyo cadáver llevaba, quiso deber al temporal hacerse libre. Guardaban á tan ilustre vencido setenta ingleses entre oficiales y marineros, y, siendo el navío recién construido, se sostenia sobre las ondas á pesar de sus averías considerables que le tenian destrozado. Hallábase en efecto con los tres palos cortados, el mayor á quince piés de alto

Celo  
con que  
se expone  
á perecer  
la  
tripulacion  
del  
*Algeciras*  
aprovechando

sobre cubierta, el de trinquete á nueve, y el de mesana á cinco. El navío que le llevaba de remolque, mirando por su propia salvacion, picó el cable con que de él iba tirando. Los ingleses encargados de guardarle habian disparado cañonazos pidiendo auxilio, y no habian recibido respuesta alguna, por lo cual, dirigiéndose á M. de la Bretonniere, le rogaron que los ayudase con su tripulacion á salvar el buque, y con este las vidas de todos. Viendo el oficial francés en esta propuesta un albor de esperanza, solicitó que le hiciesen el favor de dejarle conferenciar con sus compatriotas encerrados en la bodega. Concediéndole lo que pedia, fué á verse con los oficiales franceses, á los cuales logró infundir su personal esperanza de arrebatar el *Algeciras* de manos de los vencedores. Todos de consuno convinieron en aceptar la propuesta que se les hacia, y aun en que luego, una vez puestos en posesion del buque, se arrojarian sobre los ingleses, les quitarian las armas, trabarian con ellos una lid rabiosa entre las densas tinieblas de aquella noche, y, alcanzada victoria, la aprovecharian para ponerse en salvo como mejor pudiesen. Quedaban en el navío doscientos y setenta franceses, desarmados, pero prontos á todo cuanto fuese necesario para arrebatar su presa al enemigo. Los oficiales se metieron entre la marinería, y le dieron parte del proyecto formado, el cual fue recibido con arrebatado gozo. Convinieron entre todos en que M. de la Bretonniere intimase desde luego la rendicion á los ingleses, y en que, resistiéndose éstos á entregarse, se echarian sobre ellos los franceses á una señal dada. Nadie se acordaba en aquel instante del espanto del temporal y del peligro de estar vecina la costa; olvidado todo para pensar en la nueva refriega, especie de guerra intestina próxima

Oct. 1805.

el  
temporal  
para  
arrebatar  
su navío  
de manos  
de los  
ingleses.



Oct. 1805. á empezar entre la furia desatada de los elementos.

M. de la Bretonniere volvió á verse con los ingleses y les dijo que el abandono en que habia quedado el navío en peligro tan grave dejaba anulados los empeños contraidos; que desde aquel punto los franceses se consideraban libres; y que, por otra parte, si los encargados de guardarlos se creían obligados por su honor á pelear bien podían hacerlo, porque la tripulacion francesa, aunque falta de armas, iba á caer sobre ellos á la primera señal que se le diese. En efecto, dos marineros franceses, no consintiéndoles su ardor tener paciencia, se abalanzaron á las centinelas inglesas, de cuyas manos recibieron graves heridas. M. de la Bretonniere sosiega el alboroto, contiene á los suyos, y da tiempo de reflexionar á los oficiales ingleses, los cuales, despues de estar deliberando por brevísimó rato, pensando en su corto número, en la crueldad de sus compatriotas (1), y en el peligro comun que amenaza á vencedores y vencidos, se entregan á los franceses, poniendo por condicion que se les ha de dar la libertad en el punto en que aportaren á Francia. M. de la Bretonniere les promete que pedirá á su gobierno que los deje libres si se logra entrar con el navío en Cádiz. Resuena entonces en el *Algeciras* alegre algarazara; ponen todos manos á la obra; van á buscar masteleros de gabia entre los que hay de respeto; encuéntranlos, ármanlos, clávanlos en los trozos que de los palos quedaban; y poniéndoles algunas velas hacen rumbo á la cercana bahía.

Habia amanecido, y con el dia, lejos de ceder la bor-

---

(1) No se acierta qué quiere decir aqui el autor con la crueldad de los ingleses.

rasca, arreciaba notablemente. El general Gravina ha-  
bia fondeado á la boca del puerto de Cádiz con las reli-  
quias de las escuadras combinadas. Estaba á la vista  
la inglesa seguida de algunas de sus presas, á las cua-  
les tenia custodiadas con las bocas de sus cañones.  
El comandante la Bretonniere, aunque no tenia práctico,  
asistido por un marino que estaba familiarizado con la  
entrada del puerto de Cádiz, llegó á la boca de la bahía.  
No conservaba mas que una sola ancla de esperanza, y  
un cable grueso para resistir al viento que le empujaba  
con violencia á la costa. Echó el ancla, y se entregó á  
ella, si bien consumido de inquietud, porque, si se par-  
tia ó garraba, el *Algeciras* se estrellaria infaliblemente  
contra las peñas. No conociendo bien la bahía los del  
navío, le habian fondeado junto á un bajo temible ape-  
llidado el Diamante. Pasóse la noche entre ansias crue-  
les. Amaneció, y vino la luz del nuevo dia á alumbrar,  
infundiendo terror, aquellos lugares de desolacion. En  
ellos habia venido á estrellarse el *Bucentauro*, persegui-  
do de continua desgracia, aunque hubo la fortuna de que  
pudiese salvarse gran parte de la tripulacion á bordo del  
*Indomable*, fondeado á corto trecho del lugar donde su  
compañero habia fracasado. Este último navío tenia poca  
avería, porque no habia combatido con empeño y estaba  
amarrado á buenas anclas con buenos cables. Todo el dia  
entero estuvo el *Algeciras* tirando cañonazos para pedir  
socorro, pero algunas lanchas que salieron á dársele pe-  
recieron sin llegar á su costado, á donde una sola logró  
ponerse entregándole una ancla de cortas fuerzas. Que-  
dóse, pues, el *Algeciras* muy cerca del *Indomable*  
pidiéndole remolque, el cual le fué prometido para cuan-  
do fuese posible intentar la entrada en la bahía. Cobijó

Oct. 1805.

Va  
á fondear  
el  
*Algeci-  
ras*  
al lado  
del  
*Indoma-  
ble*.



Oct. 1805. la noche otra vez con sus sombras el mar y á ambos navios anclados casi juntos, siendo la segunda despues del funesto combate. La tripulacion del *Algeciras* miraba con susto congojoso las dos debilísimas anclas en que estribaba su salvacion, y con envidia las muy superiores del *Indomable*. Arreció en esto considerablemente el temporal, y oyóse de súbito un espantoso alarido. El *Indomable*, cuyas robustas anclas no habian resistido á la borrasca, llegó de repente cubierto de sus faroles llevando sobre cubierta su tripulacion desesperada, pasó á pocos piés de distancia del *Algeciras*, y fué á hacerse pedazos en las piedras del bajo del Diamante. Desaparecieron á un tiempo y se ahogaron en las entrañas de las furiosas ondas las luces que alumbraban el buque, y los gritos que lanzaba su gente. Murieron alli de una vez mil y quinientos hombres, porque el *Indomable* llevaba su tripulacion casi entera, y la del *Bucentauro* sanos y heridos, así como parte de las tropas de tierra embarcadas en el navío almirante.

Hácese  
pedazos  
el  
*Indomable*  
en el bajo  
del  
Diamante.

Sálvase  
como por  
milagro  
el  
*Algeci-  
ras*.

Despues de tan cruel espectáculo y las reflexiones tan desconsoladoras á que daba márgen, vió el *Algeciras* rayar otra vez la aurora y amainarse un tanto la furia de la borrasca. Entróse por fin en el puerto de Cádiz, y como á bulto fué á varar en un fondo de cieno donde quedó libre de peligro; justo galardón de un heroismo por demas admirable.

Escapan  
del poder  
de los  
ingleses  
los mas  
de los  
navios  
franceses  
y  
españoles

Mientras se señalaba con tan trágicas aventuras la milagrosa vuelta al puerto del *Algeciras*, el *Temible*, que tan gloriosamente habia peleado contra el *Victoria* y del cual habia salido la bala de fusil que dió muerte á Nelson, acababa de pasarse por ojo. Desmoronada su popa con las balas se habia hundido de repente dando

apenas tiempo para sacar de él ciento diez y nueve franceses. El *Fogoso* abandonado se habia ido á la costa de España donde se habia perdido. Oct. 1805.

El navío español *Monarca*, igualmente abandonado, habia ido á hacerse pedazos en las piedras de la barra de Sanlucar.

Ya solo conservaban los ingleses unas pocas de sus presas, y con sus navíos que menos habian padecido se mantenian en la mar y á la vista de Cádiz, batallando contra el viento que no les habia permitido embocar el estrecho y meterse en Gibraltar. A esta vista el capitán Cosmao, valeroso comandante del *Pluton*, no pudo enfrenar el celo que le animaba; y, no obstante tener su navío acribillado á balazos, y reducida á la mitad de lo que era su tripulacion, sacando alguna marineria de la fragata *Hermione*, componiendo con precipitacion su aparejo, y haciendo uso del mando que le correspondia por estar todos los almirantes y contra-almirantes muertos, ó heridos ó prisioneros (1) hizo señal á los navíos capaces de darse á la mar de que se hiciesen á la vela á fin de ir á arrebatar á la escuadra de Collingwood los franceses que aun tenia prisioneros. Salió, pues, el intrépido Cosmao acompañado del *Neptuno*, que durante el combate habia hecho cuanto habia podido para tener parte en la refriega, y de tres navíos mas franceses y españoles á quienes no habia cabido la honrosa suerte de combatir en la sangrienta jornada de Trafalgar, siendo en todos cinco, y siguiéndolos igual número de fragatas,

apresados;  
pero  
varios  
de ellos  
se  
pierden  
en el  
temporal.

El  
valiente  
capitan  
Cosmao  
hace  
una  
salida  
de Cádiz  
á  
recobrar  
parte  
de las  
presas,  
y se trae  
dos  
navios  
consigo.

(1) En cuál de las tres categorías incluye el historiador al contra-almirante Dumanoir no se acierta. Prisionero vino á estar pero no lo estaba aún, sino otra cosa que á la patriótica vanidad de M. Thiers no conviene decir con su propio nombre.

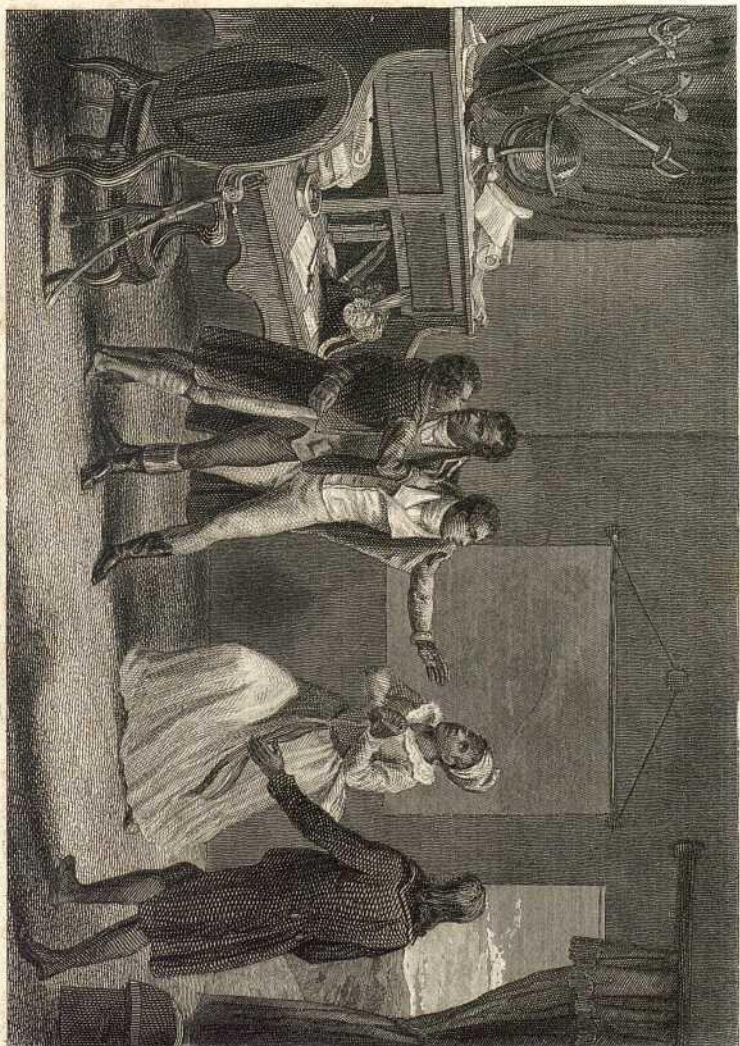


Oct. 1805. que tenían que hacer algo en reparacion de la conducta que habian guardado. No obstante lo recio del temporal, estos diez buques se acercaron á la escuadra inglesa. Collingwood, creyéndolos todos navíos de línea, mandó ir sobre ellos á diez de los suyos de los menos averiados. En este momento hubieron los ingleses de abandonar parte de sus presas, y aprovechando la ocasion las fragatas francesas se acercaron al *Santa Ana* y al *Neptuno* español y les dieron remolque. El comandante Cosmao, que tenia pocas fuerzas y ademas contra sí el viento que soplaba de la mar hácia Cádiz, se volvió á bahía, trayendo consigo los dos navíos recobrados, únicos trofeos posibles de ganar tras de tales y tantas desventuras. No fué esta ventaja la única de su clase que pudo conseguirse á consecuencia de esta salida. Temiendo el almirante Collingwood que no le seria posible conservar sus presas, echó á pique ó quemó los navíos españoles *Santisima Trinidad*, *Argonauta* y *San Agustin*, y al francés *Intrépido*.

El *Aguila* tambien francés escapó del inglés *Defiance*, y fué á varar delante del puerto de Santa María. El *Bervvick* se perdió con un acto de celo semejante al que habia salvado al *Algeciras*.

Entre los navíos salidos con el comandante Cosmao, uno no pudo volver al puerto, el cual fué el navío español *Rayo*, que pereció yéndose á la costa entre Rota y Sanlúcar.

Por fin el almirante inglés se volvió á Gibraltar llevando consigo de los diez y siete navíos apresados en el combate solamente cuatro, uno de ellos el *Swiftsure*, francés, y tres españoles, y aun tuvo que echar á pique el primero de los que acaban de nombrarse.



Gabriel del.

Chambron Sc.

TOUSSAINT LOUVERTURE À ST. DOMINGUE





Tal fué el funesto combate de Trafalgar. Marineros Oct. 1805.  
inexpertos; aliados todavía de mas inexperiencia; debilidad en la disciplina; descuidada la parte material de los buques, sintiéndose en todo la precipitacion con sus consecuencias; un general dado á sentir con demasiada viveza las desventajas de su situacion, concibiendo presentimientos aciagos, llevándolos consigo por todos los mares, y malogrando, dominado por tan fatal influjo, los grandes proyectos de su soberano; éste irritado, no haciéndose cargo de los obstáculos materiales, harto menos dificiles de vencer en tierra que en el mar, y desconsolando con lo amargo de sus reconvenciones á un almirante á quien mas debia compadecer que vituperar; el mismo almirante arrojándose á la pelea de pura desesperacion, y negándole hasta la ventaja del viento la fortuna cruel con los desgraciados; la mitad de una escuadra dejada inútil por la ignorancia y juntamente por la furia de los elementos, y lidiando la otra mitad con desesperacion; por un lado valor acompañado de buen cálculo y habilidad, y por el otro heroica inexperiencia, muertes sublimes, espantosa carnicería y destruccion inaudita; en pos de los estragos hechos por los hombres los de las tempestades; tragarse la sima de los mares los trofeos del vencedor; por fin el general victorioso sepultado en medio de su triunfo, y el vencido proyectando un suicidio por refugio á su dolor; todo esto hubo en el combate de Trafalgar, y tales fueron sus causas, sus resultados, y sus trágicos lances.

Indole  
de la  
desdicha  
de  
Trafalgar.

Posible era con todo sacar de tanto desastre consecuencias provechosas á la marina francesa. Debia hacerse público ante el mundo entero lo que habia pasado. Los combates del *Terrible*, del *Algeciras* y del *Aqui-*



Oct. 1805. *les* bien merecian ser citados con orgullo á la par con los triunfos alcanzados en Ulma, porque no es menos admirable el valor en la fortuna adversa que en la próspera, y aun en el primer caso mueve á ternura respetuosa. Por otra parte eran tales y tantas en aquella hora las felicidades de la Francia que bien podia hacerse pública confesion de alguna de sus desdichas. Debia asimismo haberse dado recompensa á los hombres que honrosamente habian cumplido con su obligacion, y poner en juicio ante un consejo de guerra á los que aterrados con lo horroroso del espectáculo que presentaba el combate se habian separado de la pelea. Aun cuando estos se hubiesen portado bien en otras ocasiones, era forzoso haberlos sacrificado á la necesidad de establecer en la armada la disciplina, haciendo terribles ejemplares. Era sobre todo necesario que el gobierno sacase para sí propio enseñanza de aquella sangrienta derrota; que aprendiese que nada se hace bien de priesa, particularmente tratándose de marina; y que renunciase al empeño de poner en línea de combate escuadras todavía no adiestradas y probadas en alta mar, dedicándose entretanto á formarlas en el servicio de cruceros frecuentes y lejanos.

El buen rey de España, sin hacer semejantes cálculos, comprendió en una misma concesion de recompensas á valientes y á cobardes, queriendo solo dar realce al honor dado á su bandera por la conducta de algunos de sus marinos; acto de debilidad propio de una corte cauduca, pero inspirado por bondadoso deseo. Los marinos franceses algo recobrados de sus padecimientos estaban mezclados con los españoles en el puerto de Cádiz, cuando supieron que el rey de España daba un grado á

todos los oficiales de su armada que habian asistido al combate de Trafalgar, sin contar con las distinciones particulares concedidas á los que mejor se habian portado. Casi corridos los españoles de verse así premiados cuando no recibian recompensa alguna los franceses, decian á éstos que era de creer que ellos tambien por su parte tendrian el premio merecido por su valor. No fué así, y valientes y cobardes entre los franceses quedaron igualmente confundidos en el modo con que los trató su gobierno, olvidándose de su conducta.

Cuando llegó la noticia del desastre de Trafalgar á conocimiento del almirante Decrés, quedó este ministro traspasado de dolor, siendo tal su desgracia, que, á pesar de su buen entendimiento y profundos conocimientos en la marina, estaba perpétuamente condenado á dar parte solo de reveses á su soberano, que en las demas cosas no contaba mas que triunfos. Hubo con todo de enviar tristes y circunstanciados partes á Napoleon, que ya como con vuelo de águila iba adelantándose á caer sobre Viena. Aunque era difícil que nuevas aciagas tuviesen cabida en una alma embriagada de triunfos, la noticia de la derrota de Trafalgar apesadumbró á Napoleon y hasta le causó profunda pena. Fué sin embargo menos severo en aquella ocasion que solia serlo tocante al almirante Villeneuve, porque consideró que el infeliz habia peleado con valor, si bien con imprudencia suma. Procedió en este caso Napoleon como proceden con frecuencia los hombres, así los de mas valor como los de menos, tratando de olvidar un pesar y esforzándose á hacer á los demas olvidar. Dispuso que se hablase poco del combate de Trafalgar en los diarios franceses, y que de él apenas se hiciese mencion, calificándole de un combate impruden-



Oct. 1805. te, en el cual habia hecho mas daño á los aliados la borrasca que el enemigo. Tampoco quiso dar ni premios ni castigos, lo cual era una injusticia cruel indigna de él y de la índole y conducta general de su gobierno. Pasaba entonces por su mente una idea que contribuyó en gran manera á dictarle tan mezquino proceder, y fué que empezaba á desesperar de la marina francesa, por haber discurrido un medio de vencer el poder británico mas practicable y seguro que el de las lides marítimas, vencéndole en los aliados que asalariaba, y cerrándole el continente, de donde habian de quedar del todo desterrados su comercio y su influencia. Natural era que él prefiriese un medio que sabia usar de una manera sobresaliente, y que usado con parsimonia y tino, de cierto le habria llevado al paradero á que sus esfuerzos se encaminaban. Contando desde los dias cuyos sucesos se van ahora aquí refiriendo, Napoleon [pensó poco en la marina, y quiso que en este punto los demas hiciesen lo mismo.

Tambien la Europa continental se prestó de buena gana á guardar en punto al combate de Trafalgar el silencio que convenia al emperador francés, cuyos pasos victoriosos resonaban tanto en la tierra que recorria que no dejaban oir el estampido de cañonazos disparados en lejanos mares. Las potencias que tenian puesta al pecho la espada de Napoleon ningun aliento ó consuelo recibian de una victoria naval solo provechosa á Inglaterra, pues sus únicas resultas eran dar nuevos aumentos al predominio de la gran Bretaña en el comercio; predominio generalmente mirado con disgusto, y solo á fuerza de celos de la grandeza francesa tolerado. Por otra parte era mala compensacion de la humillacion propia la gloria británi-

ca, al cabo ajena. Así la sombra de Trafalgar no oscureció el brillo del triunfo de Ulma, y como se verá en breve no le rebajó el valor, haciendo menores sus consecuencias.

## FIN DEL LIBRO XXII.





## LIBRO XXIII.

### AUSTERLITZ.

Efecto producido en Francia por las noticias recibidas del ejército.—Apuros pecuniarios.—La Caja de consolidacion de España suspende sus pagos, lo cual contribuye á aumentar los ahogos de la compañía de los *Comerciantes reunidos*.—Auxilios que dá esta compañía al Banco de Francia.—Emite el mismo Banco billetes en demasia, y se ve obligado á suspender sus pagos.—Quiebras numerosas.—Aunque lleno de susto el público, pone su confianza en Napoleon, esperando de él algun hecho grande que restablezca el crédito y la paz.—Continuacion de los sucesos de la guerra.—Situacion de los negocios en Prusia.—La supuesta violacion del territorio prusiano de Anspach da pretextos al partido deseoso de declararse contra la Francia.—Aprovecha esta ocasion el emperador Alejandro para pasar á Berlin.—Precipita á la corte de Prusia en empeños eventuales con la liga.—Tratado de Potsdam.—Partida del conde de Haugwitz al cuartel general francés.—Magnánima resolucion de Napoleon al saber los nuevos peligros que le amenazan.—Precipita su movimiento sobre Viena.—Batalla de Caldiero en Italia.—Marcha el ejército grande atravesando el valle principal del Danubio.—Paso del Inn, del Traun y del Ens.—Napoleon en Linz.—Qué movimiento podian hacer los archiduques Carlos y Juan para contener á Napoleon en su marcha.—Precauciones que éste toma al acercarse á Viena.—Distribucion de sus cuerpos de ejército en ambas márgenes del Danubio y en los Alpes.—Pasan los rusos el Danubio por Krems.—Peligro del cuerpo de ejército de Mortier.—Combate de Dirnstein.—Combate de Davout en Mariazell.—Entrada del ejército francés en Viena.—Son tomados por sorpresa los puentes del Danubio.—Intenta Napoleon aprovechar esta ventaja para cortar la retirada al general Kutusof.—Murat y Lannes pasan á situarse en Hollabrunn.—Déjase engañar Murat por hacerle la propuesta de un armisticio, y da al ejército ruso tiempo de ponerse en salvo.—Napoleon no se presta al armisticio.—Combate



Oct. 1805.

sangriento en Hollabrunn.—Llegada del ejército francés á Brünn.—Acertadas disposiciones de Napoleon para seguir ocupando á Viena, guardarse bien de los archiduques por la parte de los Alpes y Hungría, y por la de Moravia hacer frente á los rusos.—Ocupan Ney el Tirol y Augereau la Suabia.—Caen prisioneros los cuerpos de ejército de Jellachich y de Rohan.—Sale Napoleon para Brünn.—Pruebese á negociar.—Necio orgullo de los principales del ejército ruso.—Fórmase nueva pandilla al lado de Alejandro.—Inspiran al emperador ruso sus allegados la imprudente resolución de dar batalla.—Escoge de antemano Napoleon el terreno en que ha de pelearse.—Batalla de Austerlitz, dada el 2 de diciembre.—Queda destruido el ejército austro-ruso.—Viene el emperador de Austria á ver á Napoleon á su campamento.—Concédese al Austria un armisticio en fé de la promesa que ella presta de hacer la paz en breve.—Empiézase á negociar en Brünn.—Condiciones impuestas por Napoleon.—Quiere el emperador francés los Estados venecianos para dejar completo el reino de Italia, y el Tirol y la Suabia austriaca para aumentos del poder y territorio de la Baviera y de los ducados de Baden y de Wurtemberg.—Enlaces de familia con estas tres casas alemanas.—Resistencia de los plenipotenciarios austriacos á admitir tales condiciones.—Vuelto Napoleon á Viena tiene una larga conferencia con el conde de Haugwitz.—Vuelve á sus proyectos de union con la Prusia, y dále el estado de Hannover, poniéndole por condicion que se ligue en amistad definitiva con la Francia.—Tratado de Viena entre Francia y Prusia.—Sale el conde de Haugwitz para Berlin.—Libre Napoleon de cuidados por parte de la Prusia sube de punto en sus pretensiones relativas al Austria.—Trasládase la negociacion á Presburgo.—Aceptacion de las condiciones impuestas por la Francia y paz de Presburgo.—Salida de Napoleon para Munich.—Casamiento de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera.—Vuelta de Napoleon á París.—Es recibido en triunfo.

Efecto  
que  
producen  
en  
Francia  
las  
noticias  
del  
ejército.

**L**AS noticias llegadas de las orillas del Danubio habían llenado á Francia de satisfaccion, y las recibidas al mismo tiempo de Cádiz de tristeza, pero sin causar admiracion las unas ni las otras, porque de los ejércitos constantemente victoriosos desde el principio de la guerra de la revolucion se esperaba todo linaje de prosperidades, y casi nada de las escuadras durante quince años perseguidas de continua desdicha. Pero no era costumbre dar grande importancia á las consecuencias de los sucesos de la mar, y por el contrario, las prodigiosas victorias alcanzadas en el continente parecian decisivas, viéndose de sus resultas alejadas las hostilidades de las

fronteras, desconcertada la liga en sus comienzos, muy Oct. 1805.  
abreviada la duracion de la guerra, y venir la esperanza de la paz marítima como consecuencia de la continental probable y cercana. Entre tanto, internándose el ejército por el Austria en busca de los rusos daba á preveer nuevos y grandes acaecimientos esperados con suma impaciencia. Por otra parte, la confianza en la superioridad del entendimiento de Napoleon servia de tem-  
plar las ansias de todos.

Bien se habia menester confianza para mantener en pie el crédito quebrantado con duros golpes. Ya va dicho lo bastante en esta historia sobre la situacion de ahogo en que estaba la hacienda del Imperio. Eran las causas de estas necesidades el atraso nacido de la resolucion de Napoleon de hacer frente sin empréstito á los gastos de la guerra, los apuros de la Tesorería española de que participaba la Francia de resultas de las especulaciones de la compañía de los *Comerciantes reunidos*, y estar el ministerio francés llamado del tesoro enteramente entregado á la misma compañía por culpa de un ministro de suma honradez, pero engañado. Al fin, de todo ello habia venido la crisis con mucha anticipacion prevista, y precipitada entre otras cosas por un incidente recién ocurrido. Siendo la corte de Madrid deudora á la compañía de los *Comerciantes reunidos* del subsidio cuyo valor se habia ésta encargado de adelantar, del importe de los cargamentos de granos despachados á diversos puertos de la Península, y de los abastos en víveres hechos para las escuadras en los ejércitos españoles, acababa en su aprieto de recurrir á una providencia fatal, pues viéndose obligada á suspender los pagos de la *Caja de consolidacion*, especie de Banco destinado al servicio

Agrá-  
vanse  
los  
apuros  
de la  
Hacienda  
pública  
y del  
comercio.

La caja  
de  
consoli-  
dacion  
de  
España  
suspende  
sus  
pagos.





Oct. 1805. de la deuda pública, habia dado orden de admitir en la circulacion como dinero el papel llamado vales reales. De resultas de tal determinacion el numerario habia desaparecido. M. Ouvrard que, esperando la hora de cobrar los pesos duros de América que le habia adjudicado la corte de Madrid, tenia por único medio para hacer frente á las atenciones de sus sócios el numerario procedente de la Caja de consolidacion española, se veia ya de súbito parado en sus operaciones. Señaladamente estaban prometidos á M. Desprez cuatro millones de pesos duros que él á su vez habia prometido al Banco de Francia para sacarle los socorros que necesitaba. Con estos millones ya no habia que contar de modo alguno. Sobre las cobranzas que habian de hacerse en Méjico, se habia negociado en Holanda con la casa de Hoppe un empréstito de diez millones, de los cuales se podia esperar que entrasen cuando mas dos en tiempo hábil. Estas dolorosas circunstancias habian aumentado hasta lo sumo los apuros de M. Desprez encargado de las operaciones del tesoro francés, y los de M. Vanlerberghe que tenia á su cargo la provision de víveres; y el ahogo de ambos se habia comunicado al Banco de Francia. Va explicado poco antes en la presente historia cómo estos dos comerciantes hacian que les descontase el Banco, ó ya su propio papel, ó ya las *obligaciones de los receptores generales*, recibiendo estos valores en billetes cuya emision se aumentaba fuera de toda prudencia. Era este un mal que habria tenido pronto remedio si los pesos duros prometidos hubiesen llegado con la prontitud necesaria para reponer en la cantidad debida el fondo de reserva en metálico del Banco, pero habian venido las cosas á punto de no tener este establecimiento en caja

arriba de 1.500,000 francos para hacer frente á 72 Oct. 1805.  
 millones emitidos en billetes, y á veinte millones en  
 depósito de cuentas corrientes, esto es, para representar  
 una suma de 92 millones de valores cuyo pago inme-  
 diato podia de un momento á otro serle exigido. Agra-  
 vaba mucho los peligros de tal situacion una circuns-  
 tancia extraña y recién sabida. M. de Marbois, cediendo  
 á su ilimitada confianza en la compañía, habia con-  
 cedido á esta una facultad privativa, fuera de toda regla,  
 en lo cual no habia visto el ministro desde luego mas  
 que un modo de facilitar el servicio, pero de donde  
 habia venido á nacer un grandísimo abuso. Teniendo en  
 su poder la compañía la mayor parte de las *obligaciones*  
*de los receptores generales* supuesto que las desconta-  
 ba al gobierno, y teniendo asimismo que cobrarse el  
 valor de los servicios de toda clase que estaba haciendo  
 en diversos puntos del territorio del imperio, se veia sin  
 cesar obligada á sacar dinero de las cajas de tesorería, y  
 para mayor comodidad M. Marbois habia mandado á  
 los receptores generales que le entregasen los fondos que  
 fuesen entrando en su posesion con un simple recibo de  
 M. Desprez por resguardo. La compañía habia usado sin  
 demora de la facultad que le era concedida, y mientras por  
 un lado se estaba afanando por proporcionarse dinero en  
 París haciendo que le descontase el Banco las *obligacio-*  
*nes de los receptores generales* de que era poseedora,  
 por otro lado sacaba de las cajas de los mismos em-  
 pleados el dinero destinado á cubrir las mismas obliga-  
 ciones, y el Banco, al vencimiento de estas, remitiendo-  
 las á los receptores generales, solo recibia en pago reci-  
 bos de M. Desprez, de suerte que metia en caja un  
 papel en pago de otro. De este modo habia tenido que

de los  
 Comer-  
 ciantes  
 reuni-  
 dos.

Peligrosa  
 condes-  
 cendencia  
 con que  
 facilita  
 M. de  
 Marbois  
 ciertas  
 operacio-  
 nes  
 á la  
 compa-  
 ñía  
 de los  
 Comer-  
 ciantes  
 reuni-  
 dos.



Oct. 1805. llegar el Banco á emitir crecidísimo número de billetes, teniendo muy escaso fondo de reserva. El principal causante de estos actos de complacencia de que se hacia tan vituperable abuso era un empleado infiel de la oficina de M.-de Marbois, muy de la confianza de su superior al cual engañaba.

Acude  
atropella-  
do al Banco  
el público  
á  
cambiar  
en plata  
los  
billetes  
que  
circulan.

Situacion semejante, mal conocida del mismo ministro y no bien apreciada siquiera por la compañía, la cual cediendo al ímpetu de sus operaciones no media la extension de las en que se habia metido, ni se enteraba de la gravedad de los actos que cometia, se iba descubriendo y haciendo sentir poco á poco por un estado general de escasez. Sobre todo el público, aficionado al metálico y avisado de que escaseaba en el Banco, habia acudido atropelladamente á la caja de este establecimiento á cambiar los billetes en plata. Juntándose los mal intencionados con los medrosos, en breve se hizo general la crisis.

Dáde  
auxilios  
la  
compañía  
de los  
Comer-  
ciantes  
reuni-  
dos.

Agravadas así las circunstancias, vinieron á declararse cosas cuya confesion habia sido largo tiempo diferida, y á ponerse todo patente con no poco general perjuicio. M. Vanlerberghe, á quien no se podia achacar la parte reprehensible de la conducta de la compañía, porque únicamente atendia al comercio de granos, sin saber los embarazos á que le exponian sus consocios, pasó á verse con M. de Marbois, y le declaró que le era imposible hacer frente á un tiempo al servicio de tesorería y al de provisiones, y que, cuando mas, podria continuar desempeñando el segundo. Tampoco le encubrió que la causa principal de sus ahogos era haber dado provisiones á España y no haber recibido hasta entonces su importe. Temeroso M. de Marbois de ver interrumpido el servi-

Oct. 1805.

cio de las provisiones, y alentado por otra parte por algunas palabras del emperador, el cual le habia expresado que estando satisfecho de M. Vanlerberghe deseaba sostenerle, concedió á este asentista un socorro de veinte millones de francos, cargándolos por cuenta de provisiones hechas algun tiempo antes y todavía no pagadas por los ramos de guerra y marina, é hizo este pago devolviendo al interesado veinte millones en pagarés firmados por él mismo con motivo de los servicios que prestaba á la tesorería. Pero no bien habia recibido M. Vanlerberghe este socorro cuando vino á pedir otro, porque tenia tras de sí una multitud de contratistas subalternos que solian fiarle, pero que, faltos ya de crédito con las personas acaudaladas dueñas de dinero, no podian dejarle por mas tiempo sus anticipos. Veíase, pues, M. Vanlerberghe en el último aprieto. Espantado M. de Marbois al saber tales cosas pronto hubo de tener noticia de otras de calidad mas grave. El Banco envió una diputacion al gobierno á enterarle del mal paso en que se veia, porque M. Desprez no enviaba los pesos duros que habia prometido y solicitaba que le hiciesen nuevos descuentos, y la tesorería pedia lo mismo por su parte, al paso que al Banco solo quedaban en caja sobre dos millones no cabales de francos para responder á noventa y dos millones que le exigian. No era fácil acertar con un buen modo de proceder en semejante ocurrencia. M. Desprez por su lado declaraba al ministro que habia consumido enteramente sus recursos, sobre todo negándose á auxiliarle el Banco, y confesaba tambien que la razon de haber caido en tales apuros era el golpe de rechazo recibido de los negocios de España. Hízose por desgracia evidente que M. Vanlerberghe con

Comprometido el Banco por los auxilios que ya habia dado, descubre al gobierno sus apuros.



Oct. 1805. el auxilio de M. Desprez, y éste con el del Banco y la tesorería de Francia llevaban la carga de los negocios enredados de España, la cual habia venido á caer sobre los establecimientos y gobierno franceses de resultas de las temerarias combinaciones de M. Ouvrard.

Convócase un Consejo extraordinario de gobierno.

Era ya tarde para volverse atrás é inútil por otro lado lamentarse. Lo conveniente y necesario era liberarse del peligro en que se estaba, y para el intento sacar de él á los que por su imprudencia se habian comprometido, porque dejarlos perderse era correr el azar de arruinarse con ellos. No vaciló M. de Marbois en la resolucion de sostener á los señores Vanlerberghe y Desprez y obró acertadamente. Pero no podia ya arrojarle á proceder bajo su responsabilidad no mas, y pidió que se juntase el consejo de gobierno el cual en efecto celebró sin demora una sesion, presidiéndole el príncipe José, y asistiendo á él con todos los ministros el príncipe Luis y el archicanciller Cambaceres. Fueron llamados á la misma junta algunos de los empleados superiores en el ramo de hacienda y entre otros M. Mollien, director de la Caja de amortizacion. Tuvo el Consejo deliberaciones prolijas sobre el estado de tan grave negocio. Tras de mucho hablar de generalidades ociosas, se hacia urgente concluir, y estaban todos tímidos y dudosos viendo delante de sí tal y tanta responsabilidad, fuese cual fuese el partido que se abrazase, pues era igualmente peligroso dejar perderse á los contratistas que sostenerlos. El archicanciller Cambaceres, que tenia bastante juicio para comprender todo cuanto requeria la situacion á que se habia venido y bastante influencia con el emperador para persuadirle á consentir en cuanto se le propusiese, logró que prevaleciese la proposicion de socorrer inmediata-

Logra el archicanciller Cambaceres que se resuelva

mente á M. Vanlerberghe con diez millones primero, y con otros tantos mas en seguida, luego que se recibiese del cuartel general la respuesta en aprobacion de lo resuelto. El caso de M. Desprez era para tratado con el Banco, el cual solo podia auxiliarle continuando en hacerle descuentos. Pero se trató de los medios que el mismo establecimiento proponia para remediar el estado exhausto de sus arcas y mantener el crédito de sus billetes, medios sin los cuales se venia á tierra. Nadie discurrió que se pudiese dar á los billetes valor forzado como dinero, así por parecer imposible establecer de nuevo en Francia un papel moneda, como por la no menor imposibilidad de conseguir que aprobase el emperador resolucion semejante. Pero aprobáronse ciertas disposiciones por donde se hubiese menester mas lentitud en el reembolso, y fuese menos rápida la salida del numerario; disposiciones sobre cuyas particularidades y ejecucion quedaron el ministro del tesoro y el prefecto de policía encargados de entenderse con el Banco.

Tuvo M. de Marbois con la junta directiva del Banco reyertas acaloradas. Quejóse, culpándola del modo que habia tenido de manejar sus negocios; reconvencion injustísima, pues si se veia en apuros era por culpa de la tesorería únicamente. Al revés, en sus fondos en papel solo se encontraban pagarés y letras de comercio excelentes, cuyo pago puntual era á la sazón su único recurso efectivo, y aun habia disminuido sus descuentos á los particulares á punto de estar reducido su giro á proposiciones inferiores á las ordinarias. Lo único que tenia el Banco en cantidad desproporcionada era papel de M. Desprez y *obligaciones de receptores generales* que no daban dinero. Así, pues, si algun quebranto tenia era por

Oct. 1805.

dar  
auxilios  
al  
asentista  
de  
provisio-  
nes.

Contes-  
taciones  
de  
la junta  
directiva  
del  
Banco  
de  
Francia  
con M. de  
Marbois.



Oct. 1805. causa del gobierno y no por otra. Pero los banqueros de la junta directiva eran en general personas tan adictas al emperador, en quien miraban con amoroso respeto, si no al guerrero glorioso, cuando menos, al restaurador del orden, que se dejaban tratar por los empleados con un rigor que no sufrirían en el día presente las compañías de especuladores de menos nota. Esto aparte, semejante proceder en ellos era patriotismo mas que servilidad, porque consideraban obligacion imperiosa contribuir al sostenimiento del gobierno del emperador, dictándolo así el bien de la Francia, á la cual solo él mantenía libre de confusion y desórden. No se ofendieron, pues, al llevar reprensiones tan poco merecidas, y dieron muestras de tal celo del servicio de la tesorería que merece servir de ejemplo en casos semejantes. Aprobáronse, pues, las siguientes determinaciones como las mas á propósito para alivio de los males existentes.

Medios  
dis-  
curridos  
para  
estable-  
cer  
el fondo  
de  
reserva  
en  
metálico  
del Banco  
de  
Francia  
y dis-  
minuir  
la salida  
del  
nume-  
rario,

M. de Marbois se encargó de que saliesen en posta á los departamentos vecinos de la capital empleados de su oficina, llevando orden á los pagadores de desprenderse de todos los fondos de que no tuviesen indispensable necesidad para los gastos corrientes de las rentas, ó para las pagas de los empleados, y de que remitiesen estos valores al Banco; medio por el cual se contaba con darle de entrada cinco ó seis millones en numerario. Dióse orden á los receptores generales que no hubiesen dado á M. Desprez todas las sumas entradas en caja, de que las pasasen inmediatamente al Banco. Al mismo tiempo los empleados salidos á esta comision llevaban encargo de cerciorarse de si algunos de los receptores generales usaban ó no de los fondos de tesorería para su personal provecho. Agregáronse á estos medios para ha-

cerse con numerario otros para estorbar que saliese de Oct. 1805. Francia. Como empezasen á perder crédito los billetes acudian las gentes apresuradas á las cajas del Banco á buscar cambio en plata. Aun cuando no hubiesen entrado á la parte en este proceder el agiotaje y la mala intencion, bastaba que perdiesen, como perdian, uno ú dos por ciento los billetes para que lo general de los tenedores exigiese su importe en numerario. Dióse autorizacion al Banco para que no cambiase plata mas que por valor de entre quinientos á seiscientos mil francos de papel cada dia. Esta era la suma en numerario que se necesitaba cuando reinaba la confianza. Tomóse otra precaucion para hacer mas lentos los pagos, y fué contar el dinero. Bien habrian dispensado los que venian en busca de plata semejante formalidad, pues no temian que el Banco engañase al público poniendo en un saco de mil francos una pieza de á cinco de menos. Sin embargo púsose grande esmero en ir contando la moneda. Resolvióse ademas no cambiar mas que un solo billete á una misma persona, y que entrasen las que venian por cambio cada cual á su vez; y, por último, yendo cada dia en aumento la concurrencia, apelóse por último arbitrio á repartir números á los portadores de billetes, á razon de los quinientos ó seiscientos mil francos que habian de pagarse en cada veinte y cuatro horas. Estos números, depositados en las casas de los varios ayuntamientos de París, habian de ser distribuidos por los alcaldes á individuos de quienes fuese notorio que no comerciaban su dinero ni acudian por cambio sino para cubrir necesidades verdaderas.

Con estas providencias á lo menos cesó el bullicio en las cercanías y dentro de las oficinas del Banco, y



Oct. 1805. quedaron reducidos los pagos en plata á satisfacer las necesidades mas urgentes de la poblacion, saliendo tambien burlado en sus maquinaciones el agiotaje que trataba de sacar del Banco las piezas de á cinco francos para hacérselas pagar al público hasta á seis y siete por ciento. Todo ello sin embargo venia á ser real y verdaderamente una suspension de pagos, disimulada bajo el pretexto de irlos haciendo con pausa y orden; paso fatal pero por desgracia inevitable, y no tanto de vituperar en sí, visto el caso á que se habia llegado, cuanto era de reprender la conducta anterior de donde nació necesidad tan dolorosa.

Los empleados idos en comision proporcionaron la entrada en el Banco cuando mas de dos millones. El vencimiento diario de los pagarés y letras traia mas billetes que plata, no haciendo los comerciantes en esta última sus pagos, sino cuando era la suma que tenian que pagar inferior á la de quinientos francos. Resolvió, pues, el Banco comprar en Holanda pesos duros á cualquier precio, y cargar así con parte de las costas de la crisis. Gracias á tal conjunto de arbitrios pronto habrian cesado los grandes ahogos, si no se hubiese presentado de súbito M. Desprez á declararse en mayores necesidades y á solicitar nuevos socorros.

Pide  
nuevos  
auxilios  
la  
compañía  
de los  
Comerciantes  
reunidos,  
y  
se los dá  
el Banco.

Encargado este banquero por su compañía de comercio de dar á la tesorería los fondos necesarios al servicio público y para esto de descontar las *obligaciones de los receptores generales, los bonos á la vista*, y otro papel semejante, habia contraído el empeño de hacer los descuentos á medio por ciento al mes ó dígase á seis por ciento al año; pero no queriendo la gente acaudalada y con dinero en caja hacerle adelantos sino á un uno

por ciento mensual, ó sea doce por ciento anuales, estaba expuesto á quebrantos que habian de arruinarle. A fin de no tener tales quebrantos habia él discurrido un medio, que era dar en prenda ó hipoteca á los prestamistas las *obligaciones y los bonos á la vista*, y tomar dinero sobre ambos valores en vez de descontarlos de segunda mano. Deseosos los especuladores de aprovecharse de sus apuros, habian parado en negarse á renovar esta clase de operaciones, á fin de ponerle en precision de entregar los valores de tesorería y de lograrlos así á vil precio.—«Los apuros de la plaza, escribia M. de Marbois al emperador, sirven de pretexto á muchas gentes para proceder como piratas con los *Comerciantes reunidos*; y personas conozco yo que la echan mucho de patriotas y han sacado de manos del agente de tesorería de un millon á doscientos mil, á un millon y cuatrocientos mil francos, para sacar de esta suma mas provechos.» (*Carta del 28 de setiembre.—Archivo de la secretaria de Estado.*)

M. Desprez, que ya habia recibido un socorro de catorce millones del Banco, queria sacarle treinta inmediatamente, y setenta en el mes de brumario, necesitando por consiguiente una suma total de hasta cien millones. Declarada esta pretension al Banco, causó en él un verdadero terror, dando motivo á que rompiesen en violentas quejas hombres nada dispuestos á hacer suya la causa del gobierno, fuese su situacion la que fuese. Preguntaban éstos quién era M. Desprez y con qué título se reclamaban en su favor sacrificios tan enormes. Ignorábase en el comercio la mancomunidad entre aquel comerciante y la compañía de asentistas que estaba trabajando á la par en servicio de Francia y de España.



Oct. 1805. Pero, aunque ignorasen á punto fijo su situacion, querian obligar al ministro á declararle agente de la tesorería aun cuando fuese solo para tener una fianza mas. Avisado de tal pretension el ministro envió al presidente de la junta directiva del Banco una esquila de su puño, diciéndole, que M. Desprez procedia por interés del tesoro. M. de Marbois, por distraccion, se olvidó de firmar su carta y hubieron de exigirle que la firmase. Consintió en ello, y fué ya imposible dejar de conocer que se trataba en aquel negocio con el mismo emperador, creador del Banco, y salvador y señor de la Francia, cuando pedia que no redujesen á su gobierno al último trance negándole socorros de que tenia necesidad urgente.

Ultimas  
reso-  
luciones  
del  
Banco  
para  
hacer  
frente  
á los  
apuros  
de la  
situacion  
de la  
hacienda  
y del  
comercio.

Venció al cabo á la voz del interés la del patriotismo, debiéndose particularmente la victoria á M. Perregaux, banquero, cuya influencia en todas ocasiones se empleaba en el comun provecho. Resolvióse dar á M. Desprez todos los auxilios necesarios; descontar las obligaciones que servian de tomar prestado sobre prendas, y que se rehuia descontar para excusarse gravísimos quebrantos, y descontarlas á cualquier precio, ya fuesen del Banco, ya de M. Desprez; encargar al mismo de esta operacion como mas capaz que otro alguno de ejecutarla; que los quebrantos fuesen llevados á medias por el Banco y por la compañía; que se comprasen metales preciosos en Amsterdam y en Hamburgo á expensas de ambas partes; y hacer intimacion formal á M. Desprez de que no renovase sus empeños á fin de poner término á situacion semejante. Resolvióse tambien reducir los descuentos que se hacian al comercio, aplicar á la tesorería todos los recursos existentes, y no emitir billetes sino para ella sola. La paga cotidiana de las libranzas del comercio habia traído á la

Oct. 1805.

caja una cantidad considerable de billetes que primero hubo intencion de destruir; y estos fueron puestos de nuevo y sin demora en circulacion para hacer frente á las necesidades de M. Desprez. Hasta excedió mucho á la emision antigua la nueva, que llegó á ser de ochenta millones, sin contar los veinte de las cuentas corrientes. Pero las compras extraordinarias de pesos duros y el descuento efectivo de las obligaciones proporcionaron los quinientos ó seiscientos mil francos al dia necesarios para satisfacer al público, y al cabo hubo motivo de lisonjearse de que seria posible salir de apuros sin abandono del servicio del Estado, y sin causar la quiebra de los contratistas, la cual habria traído consigo la del tesoro.

No fué, con todo, posible impedir las quiebras de comerciantes particulares, que, viniendo unas en pos de otras con rapidez, aumentaron en gran manera la general congoja. La que mas lástima causó fué la de M. Recamier, comerciante de grande y buena fama por su probidad, por la extension de sus giros y negocios y por el lucimiento con que vivia, el cual hubo de arruinarse, siendo víctima de las circunstancias mas que de su conducta en las operaciones de su comercio. Atribuyeron los mal intencionados su desgracia á relaciones pecuniarias con el tesoro que no existian. Siguiéron á la quiebra de M. Recamier otras menos importantes, así en París como en provincias, y causaron una especie de terror pánico. Bajo un gobierno menos firme y poderoso que el de Napoleon, bien podia crisis tal haber tenido funestisimas consecuencias. Pero todos contaban con la fortuna y el superior entendimiento del emperador, y nadie recelaba turbacion del público sosiego, esperándose á cada instante un golpe ruidoso y de brillo que levantase el cré-

Quiebras  
nume-  
rosas  
tanto en  
París  
cuanto  
en los  
departa-  
mentos.



Oct. 1805. dito decaído, de suerte que aun la abominable especie de especuladores, cuyo oficio es agravar las calamidades públicas, fundando sus cálculos en la caída del papel á precios ínfimos, no se atrevia á aventurarse en el juego á la baja por miedo de recibir noticias de victorias de los ejércitos franceses.

Ponen todos la vista en Napoleon de cuyos hechos esperan que ponga feliz término á la crisis.

La vista de todos estaba clavada en el Danubio, en cuyas orillas iba á decidirse cuál seria la suerte de Europa. De allí habian de salir los sucesos que pusiesen término así como á los negocios políticos á los pecuniaros. Esperábase lo que habia de sobrevenir con plena confianza, principalmente despues de haberse visto en pocos dias caer prisionero todo el ejército austriaco, casi sin haber peleado y solo por efecto de diestras maniobras. Sin embargo, una circunstancia ocurrida al seguir las mismas hábiles y felices operaciones acababa de dar márgen á un doloroso disgusto con la Prusia, dando á temer que tuviese un enemigo mas el poder de la Francia. Era el caso á que se hace ahora aquí referencia haber atravesado la provincia prusiana de Anspach el cuerpo de ejército del mariscal Bernadotte.

Desavenencia ocurrida con la Prusia de resultas de haber sido violado su territorio de Anspach.

Napoleon, al dirigir los movimientos de sus columnas sobre el costado del ejército austriaco, no se habia detenido un momento á considerar como una dificultad la de que sus tropas atravesasen las provincias que tenia la Prusia en Franconia. En efecto, con arreglo al convenio de neutralidad estipulado por el gobierno prusiano con las potencias beligerantes durante la guerra anterior, no habian quedado comprendidas las provincias de Anspach y de Bareuth en el territorio neutral de la parte septentrional de Alemania, por la sencillísima razon de que, estando ambas provincias en el camino por donde for-

zosamente habian de ir los ejércitos franceses y austriacos, era casi imposible libertarlas de ser pisadas. Así todo cuanto habia podido exigirse era que no sirviesen de teatro á las hostilidades, sino que fuesen atravesadas con rapidez, y pagando cuanto en ellas se tomase. Si hubiese querido la Prusia que fuesen consideradas de otro modo en la nueva guerra, deberia haberlo declarado. Por otra parte, estando de nuevo recién entrada en tratos sobre contraer alianza con Francia, y habiendo adelantado en este camino á punto de haber prestado oídos al ofrecimiento de darle á Hannover y aun hasta de aceptarle, poco derecho tenia á variar las reglas antiguas de su neutralidad haciéndolas respecto á Francia mas rigorosas que lo eran en 1796. Proceder así habria sido accion inconcebible, y por eso habia guardado en aquel punto un silencio que no podia arrojarse á romper sin falta de decoro, especialmente para declarar en medio de una negociacion de alianza ser con el gobierno francés mas quisquillosa que lo era en tiempos de la mas extremada tibieza. Fuese como fuese, fundándose Napoleon en el convenio antiguo y en una apariencia de amistad en que debia creer, no habia considerado que atravesar sus tropas la provincia de Anspach fuese una violacion del territorio prusiano. Lo que prueba su sinceridad en este punto es que, bien mirado, podia haberse dispensado de valerse de los caminos de aquella provincia, pues estrechando mas sus columnas le habria sido fácil no llegar á la tierra prusiana sin perder muchas probabilidades de envolver al general Mack.

Pero se iba haciendo cada dia mas embarazosa la situacion de la Prusia, puesta entre los dos emperadores Napoleon y Alejandro; aquel ofreciéndole á Hannover y

Situacion  
de los  
ánimos  
en Prusia



Oct. 1805.

en el  
momento  
en que  
fué  
violado  
su  
territorio  
en  
Anspach.

Cómo  
se  
expresan  
en Berlin  
los  
enemigos  
de la  
Francia  
al  
saber que  
habian  
pasado  
por el  
territorio  
de  
Anspach  
los  
franceses.

su alianza, y estotro pidiéndole paso por la Silesia para uno de sus ejércitos, y casi declarándole que le era necesario entrar en la liga por fuerza, sino de buen grado. Llegando á comprender Federico Guillermo lo que de él pretendian entró en un estado de extraordinario desasosiego. Siendo príncipe á quien dominaba, ya la codicia natural del poder prusiano, inclinándole á Napoleon, ya influjos de su córte que le llevaban á darse á la liga, á todos habia hecho promesas, viniendo á parar de resultas á situacion de tal aprieto que no encontraba salida no siendo por una guerra ó con la Rusia ó con la Francia. De ello estaba exasperado hasta el último punto, sintiéndose descontento á la par de los demas y de sí propio, y mirando la guerra con espanto. Indignado, sin embargo, de la violencia con que le amenazaba la Rusia habia ordenado poner en pié de guerra y tener pronto un ejército de 80,000 hombres. Así estaban los negocios, cuando fué sabida en Berlin la supuesta violacion del territorio prusiano, siendo la noticia para el rey de Prusia un nuevo motivo de pesar, porque menoscababa la fuerza de los argumentos que oponia á las pretensiones apremiantes de Alejandro. Sin duda para dar paso franco por la provincia de Anspach á los franceses habia razones que no existian para darle por Silesia á los rusos, pero en momentos de calor y hervor de las pasiones no se atiende á que haya cabal exactitud en los raciocinios; y al saberse en Berlin el paso de los franceses por el territorio de Anspach, se levantó en la córte un clamor diciendo que Napoleon acababa de hacer á la Prusia un ultraje afrentoso, tratándola como solia tratar á Nápoles ó á Baden; que no era posible sufrir tales afrentas sin deshonorarse; que por otra parte si habia

Oct. 1805.

empeño en no entrar en guerra con Napoleon seria preciso declarársela á Alejandro, el cual no toleraria que con él se procediese con tanta parcialidad negándole lo que á su contrario se habia consentido; y que, al cabo, si era fuerza tomar un partido declarado, seria accion muy extraña é indigna del modo de sentir del rey la de ponerse de parte de los opresores de Europa contra sus defensores. A esto añadian que Federico Guillermo siempre habia profesado otras opiniones, ya en Memel, ya despues en desahogos confidenciales con su amigo Alejandro.

Así se decia en voz alta en Berlin, en Potsdam y particularmente en la familia real, en la cual predominaba la reina, impelida de vivas pasiones, hermosa é inquieta.

Federico Guillermo, aunque sinceramente enojado por la violacion del territorio de Anspach, que le quitaba su mejor argumento contra las pretensiones de la Rusia, se portó como suelen hacer las personas falsas de puro débiles, haciendo servir su cólera de recurso, y manifestando un enojo muy superior al que real y verdaderamente sentia. En su conducta con los dos representantes de la Francia, hizo uso de una afectacion ridicula, pues no solo se negó á recibirlos en su presencia sino que por su orden su ministro el señor de Hardenberg se resistió á darles entrada en su gabinete para oir sus explicaciones. Así, pues, los señores de Laforest y Duroc, quedaron en cierta especie de entredicho é incomunicados hasta con el Sr. Lombard, secretario particular que servia de conducto á comunicaciones confidenciales cuando se trataba de las indemnizaciones de Alemania, ó de Hannover. Aun los medianeros secretos

Cólera  
del rey de  
Prusia  
de la cual  
dá  
muestra  
por  
cálculo.



Oct. 1805. empleados de ordinario declararon que en el estado de ira con los franceses á que habia llegado el espíritu del rey, no se atrevían á verse con uno de ellos. Era claro que tanta cólera no pasaba de ser un cálculo, pretendiéndose emplearla en medio de salir del mal paso á que se habia venido, para poder decir al gobierno francés que los empeños con él contraidos por su propia culpa quedaban rotos. Los empeños de que se hablaba tantas veces, renovados y sustituidos á varios proyectos de alianza frustrados, consistían en una promesa formal de que nunca serviría el territorio prusiano de camino á una agresion contra Francia, y de que quedaria asegurado de toda invasion el estado de Hannover. Decíase, pues, que habiendo atravesado los franceses por violencia una provincia de Prusia era conclusion forzosa de su hecho que habia quedado el gobierno prusiano con derecho de conceder paso franco á aquel á quien quisiere; salida encontrada por milagro para escapar á salvo de mil inconvenientes que por todos lados acumulados rodeaban. Determinóse, pues, declarar que, habiendo quedado la Prusia, por haber sido violado su territorio, libertada de todo empeño antes contraido con la Francia, concedia paso franco por Silesia á los rusos en compensacion del que por Anspach se habian abierto los franceses. Intentóse tambien algo mas que salir de un grave aprieto, y se tiró hasta á sacar provecho de lo ocurrido. Tomóse el partido de echarse el ejército prusiano sobre Hannover, donde ya solo quedaban de tropas francesas 6,000 hombres encerrados en la plaza fuerte de Hameln, y de dorar con un especioso pretexto tal invasion, alegando que se habia llevado á efecto para precaverse contra sucesivas violaciones de su territorio, porque venia sobre Hannover un

Cómo  
aprove-  
cha  
el  
gobierno  
prusiano  
lo  
ocurrido  
en  
Anspach  
para  
salir del  
mal paso  
en que  
estaba  
metido.

Pretende  
la  
Prusia  
que  
puede  
conceder  
á  
los rusos  
paso  
franco  
por  
Silesia  
en  
compensacion  
de  
habérsele  
tomado  
para sí  
los  
franceses  
en la  
Franco-  
nia  
prusiana.

ejército anglo-ruso, y con ocuparle se impedía que se pusiese el teatro de las hostilidades en el medio mismo de las provincias prusianas, en las cuales está como encajonado el Estado cuya ocupacion se disponia.

Juntó el rey de Prusia un consejo extraordinario, al cual fueron llamados el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf. Tambien asistió á él el conde de Haugwitz sacado de su retiro para acudir á circunstancias tan graves. Allí quedó resuelto lo que acaba ahora de referirse, pero se dispuso que estuviesen por algunos dias las resoluciones tomadas á modo de envueltas en una nube para infundir mas susto á los dos representantes de la Francia, pues, aunque bien se sabia que no era cosa fácil asustarlos y menos á su soberano, creíase que en hora en que tenia Napoleon sobre sí tantos contrarios podria algo en su espiritu el temor de agregar á su número el poder de la Prusia, haciendo así general la liga como en 1792 lo habia sido.

Los señores de Laforest y Duroc habian estado largo tiempo solicitando, aunque en balde, tener una conferencia con el señor de Hardenberg. Viéronle al cabo, y le encontraron con las apariencias estudiadas de hombre que hace esfuerzos para reprimir su indignacion, de modo que solo pudieron sacar de él entre muchas quejas amargas una sola declaracion, y era la de estar rotos los empeños que con la Francia habia contraído la Prusia, la cual en adelante no obraria guiada por otra consideracion que la de mirar por la propia seguridad. Sucesivamente fué el gobierno prusiano dejando llegar á noticia de ambos negociadores franceses la determinacion tomada de franquear el paso por Silesia á los rusos, y la de que ocupase á Hannover un ejército prusiano, socolor

Oct. 1805.

Modo  
de  
declarar  
al  
gobierno  
francés  
las  
resolu-  
ciones  
tomadas  
por el  
prusiano.



Oct. 1805. de estorbar que penetrase en las entrañas del reino el fuego de la guerra. Parecia que querian decir que bien tocaba á Francia darse por contenta de pagar su desman á tan poco precio.

Empieza  
á  
serenarse  
la  
Prusia  
después  
de haber  
hecho  
gran  
ruido al  
principio.

Poco digno de la probidad del rey, y del poder de la Prusia era proceder semejante. Con todo, después de este primer alboroto, empezó á haber enmienda en los modos, no solo por ser parte del plan formado por el gobierno prusiano irse amansando, sino tambien porque los pasmosos triunfos de Napoleon habian infundido á todos los espíritus serias reflexiones.

Toma  
Alejandro  
la  
determinacion  
de  
pasar  
á Berlin.

De lo que pasaba en Berlin se habia dado noticia á Pulawi, yendo veloces como relámpagos las nuevas. Alejandro, que queria verse con Federico Guillermo antes de los agravios hechos por Francia á Prusia, después tenia harta mas razon para desear la conferencia, abrigando esperanzas de encontrar al rey su amigo muy dispuesto á obedecer á toda clase de influjos. Así que, en vez de citar para las vistas á un lugar donde se partiesen las distancias que habian de andarse por cada uno, hizo Alejandro el viaje por completo, yéndose á Berlin sin demora.

Al saber Federico Guillermo la llegada del Czar á su córte le pesó de haber alborotado tanto, y de haberse con ello traído una visita que le comprometia, aunque le fuese lisonjera. Napoleon empezaba la guerra con golpes tan pronto y duros y tan decisivos que no alentaba á ligarse en amistad con sus contrarios. No era, sin embargo, posible mostrar despego al cariñoso empeño de un príncipe á quien se hacia alarde de profesar una amistad tierna. Diéronse, pues, las órdenes competentes para recibir al emperador ruso con todo el conveniente apa-

rato. Hizo Alejandro su entrada en la capital de Prusia el 25 de octubre entre salvas de artillería, y por entre las filas de la guardia real prusiana. Saliendo á recibirle el rey, como él todavía jóven, abrazóle cordialmente entre aplausos del pueblo de Berlin, que, favorable antes á los franceses, empezaba á dejarse llevar por el impulso que daba la corte, y se indignaba con la alegación mil veces repetida de que Napoleon habia violado el territorio de Anspach por desprecio á la Prusia. Habíase propuesto Alejandro en aquella ocasion hacer gala y uso de sus muchas prendas propias para seducir á fin de atraer á la corte de Berlin á su partido. No dejó de cumplir su propósito, y dió principio á sus conquistas por la de la hermosa reina de Prusia, cuyo afecto le era fácil granjearse, porque siendo de la casa de Mecklemburgo participaba de todas las pasiones de la nobleza alemana contra la revolucion de Francia y el poder de ella nacido. Tratóla Alejandro con cierta especie de culto caballeresco y respetuoso, fácil de interpretar, ya como mero obsequio hecho á su mérito, ya como muestra de afecto todavía mas vivo. Aunque estaba á la sazón Alejandro muy prendado de una señora distinguida de la nobleza rusa, era hombre y príncipe muy propio para aparentar un afecto que tanto le servia para lograr sus fines. Por otro lado en su manifestación nada hacia en ofensa del decoro, ni capaz de dar cuidado al receloso Federico Guillermo. No habia pasado aún dos dias en Berlin, y tenia cautivada toda la corte, la cual celebraba su buena gracia, su entendimiento, y su ardor generoso en pró de la causa de Europa. Habia visitado y adulado á los ancianos, príncipe Enrique, hermano de Federico el Grande, duque de Brunswick y mariscal de

Oct. 1805.

Entrada  
solemne  
de  
Alejan-  
dro  
en Berlin.

Llévase  
Alejandro  
todas  
las  
volunta-  
des  
en la  
corte  
de Berlin.



Oct. 1805. Mollendorf, honrando en sus personas á las cabezas del ejército prusiano. El príncipe Luis, sobrino del rey, joven que se daba á notar por su odio violento á los franceses, así como por su ardiente sed de gloria, ya de antemano dado á la causa de la Rusia, mostraba mas arrebatos en su ardor que lo que antes solia. Sentíase á modo de un ímpetu general que precipitaba á la corte de Prusia á entregarse á Alejandro. Vió Federico Guillermo el efecto que en quienes le rodeaban producía su amigo, y empezó á llenarse de espanto, y á aguardar con ansias vivas y dolorosas las proposiciones que iban á salir de gentes tan entusiasmadas, guardando él silencio entretanto, de miedo de apresurar el momento en que se le declarasen. Ya queda referido que en lo extremo de sus afanes había enviado á llamar al conde de Haugwitz, su consejero antiguo, que por la superioridad que llevaba al príncipe en su entendimiento, sutil y agudo en demasía, á veces le daba inquietud, pero cuya política manera y evasiva siempre propensa á la neutralidad le convenía del todo. Ambos juntos lamentaban que tan fatalmente se hubiesen encaminado las cosas, dirigiéndolas con tal sobra de pasión y falta de concierto el señor de Hardenberg que de resultas estaba como acorralada la Prusia en lugar sin salida. Había sido el señor de Hardenberg en los principios de su carrera amigo y aun criatura del de Haugwitz, pero muy luego empezó á mirarle como á rival con odio lleno de celos; y aun cuando hubiese comenzado siguiendo su política, la cual consistía en mantenerse neutral entre los dos opuestos partidos europeos, beneficiando la mina de la neutralidad para sacarle copioso rendimiento, había hasta en ello procedido con ímpetu y ligereza, echándose ya á un lado ya á otro, siendo

Asustado el rey de Prusia de la impetuosidad de las pasiones de su corte, llama de su retiro al conde de Haugwitz para pedirle consejos.

Oct. 1805.

favorable á los franceses cuando se trataba de hacerle con Hannover, á punto de querer entregarse á ellos completamente, y de resultas de la ocurrencia de Anspach, yéndose con la corriente que venia violenta hasta querer hacer guerra á Francia á medias con la Rusia. Censurando aunque con mesura el señor de Haugwitz á un discípulo ingrato decia que el gobierno habia pecado de demasiado francés algunos meses antes, y que en el momento presente pecaba de demasiado ruso. Pero la dificultad estaba en libertarse de la enredada madeja en que los tenia envueltos Alejandro, é iba haciéndose mayor de hora en hora, no siendo posible vencerla con estar eludiéndola de continuo. Era el tiempo precioso para el emperador de Rusia, porque cada dia que pasaba traia nuevas de haber dado Napoleon un paso mas por las orillas del Danubio, y de haber nacido un peligro mas para el Austria, y para los ejércitos rusos llegados á las márgenes del Inn. Fué, pues, á verse con el rey de Prusia, y al mismo tiempo dispuso que pasase á hablar con el hábil y astuto conde de Haugwitz su ministro de negocios extranjeros. Fácil es deducir de lo que poco antes va dicho el tema que uno y otro explanaron. Insistían, pues, en que la Prusia no podia separarse de la causa de Europa, ni contribuir con su inaccion al triunfo del comun enemigo, por el cual, aun cuando fuese entonces tratada con contemplaciones, y aun estas escasas, si habia de juzgarse por lo que acababa de suceder en Anspach, se veria muy pronto oprimida, cuando libertado de Austria y de Rusia no tuviese ya á quien pedir cuentas. Que si bien era cierto estar muy expuesta la Prusia á los golpes de Napoleon, venia marchando á darle socorro un ejército de 80,000 hombres que solo para auxiliarla se ha-

Lenguaje  
que usa  
Alejandro  
en la  
corte  
de  
Prusia.



Oct. 1805. bia acercado tanto á su territorio. Que el mismo ejército junto en Pulawi, cercano á la frontera de Silesia, era no una amenaza, y sí una atencion generosa de parte de Alejandro, el cual no habia querido precipitar á su amigo en una guerra de gravedad sin ofrecerle medios de arrostrar sus peligros. Que por otra parte Napoleon tenia sobre sí muchos contrarios, y corria gran peligro en las márgenes del Danubio, si mientras los rusos unidos con los austriacos le oponian por su frente un robusto valladar se echaba sobre él la Prusia por Franconia, que estaba á su espalda, pues quedaria así cogido entre dos fuegos, de donde le vendria infaliblemente su ruina. En este caso probabilísimo la libertad comun seria debida á la Prusia, por la cual se haria todo cuanto Napoleon le estaba prometiendo y no pensaba en cumplirle, dándole el complemento de territorio que el enemigo presentaba como cebo á la justa ambicion de la casa de Brandenburgo con darle el estado de Hannover. (En efecto, ya habian escrito á Lóndres para reducir al gobierno inglés á hacer este sacrificio.) Y por último, que harto mas valdria recibir tan hermosa dádiva de manos del legítimo dueño en pago de la salvacion comun, que aceptarla de un usurpador que para recompensar una traicion disponia de los bienes ajenos.

Acude  
á Berlin  
el  
archi-  
duque  
Antonio  
para  
auxiliar  
á  
Alejandro  
en sus  
esfuerzos.

Vino á la par con estas instancias un influjo nuevo que fué presentarse en Berlin el archiduque Antonio, venido con precipitacion de Viena. Traia este príncipe por encargo ponderar el desastre de Ulma y hacer presente los rápidos progresos de los franceses y los peligros de la monarquía austriaca, de tal enormidad que de ellos participaba toda Alemania, y por eso solicitaba con ardor la reconciliacion de las dos

principales potencias alemanas á cualquier precio.

Oct. 1805.

Estaba esta trama diplomática con tal perfeccion urdida que era difícil que en ella no se enredase el desdichado rey de Prusia. Sin embargo, él y el conde de Haugwitz resistían con tesón, como si previesen los reveses que muy pronto habían de caer sobre la monarquía prusiana. Hubo en este negocio muchas conferencias y contestaciones y hasta quejas amargas, porque el rey y su ministro decían que se tiraba á la perdición de la Prusia, y que se la arruinaria, siendo incapaz toda Europa, aun estando unida, de resistir á Napoleon; y que si uno y otro cedían era violentados y á despecho de su razón, prudencia y patriotismo; á lo cual no dejaban de agregar recriminaciones contra el proyecto formado para precipitarlos en la guerra de grado ó por fuerza; proyecto cuyo instrumento había estado destinado á ser el ejército ruso situado en la frontera de Silesia. A esto respondía el emperador Alejandro sacrificando á su ministro el príncipe Czartoryski. Cediendo aquel soberano á su natural inconstancia, tenía ya en mucho á los Dolgorouki, los cuales por todas partes andaban diciendo que el príncipe Czartoryski era un ministro pérfido, traidor á su emperador por volver por el interés de Polonia, de que quería hacerse rey, y resuelto con esta mira á enemistar á la Rusia con la Prusia. Alejandro, falto de firmeza y aliento para ejecutar el plan que le habían propuesto ya en Pulawi, había mirado con terror la idea de ir contra la Francia atropellando á la Prusia, aun cuando fuese á trueco de ceñirse en premio de su temeridad la corona de Polonia. Guiado ahora por el señor de Alopeus, y excitado por los Dolgorouki, decía que habían tratado de que cometiese una falta grave,

Resisten  
en balde  
el rey  
de Prusia  
y  
el conde  
de  
Haugwitz  
á las  
instancias  
de  
Alejan-  
dro.

Achaca  
Alejandro  
á sus  
ministros  
los  
proyectos  
que  
se habían  
formado  
sobre  
usar de  
violencia  
con  
la Prusia.

Comienza  
á haber  
alguna  
tibieza



Nov. 1805. y aun se lo echaba en cara con harto acaloramiento al principe Czartoryski, cuyo carácter grave y severo empezaba á serle molesto, porque con la franqueza de pariente y amigo, y de ministro independiente, á veces culpaba á su soberano de débil y voltario.

entre  
Alejandro  
y amigos  
suyos  
antiguos.

Lógrase  
al cabo  
precipitar  
al rey  
de  
Prusia.

A fuerza, pues, de esmeradas atenciones, de negar lo que se habia intentado ó pretendia, y sobre todo con ayuda de influencias, como las instancias de la reina, las declamaciones del principe Luis y los clamores de los oficiales superiores del ejército prusiano, jóvenes los mas de ellos, vino á conseguirse confundir al rey, vencer al conde de Haugwitz, y hacer que ambos entrasen en los proyectos de la liga. Pero Federico Guillermo, aun viéndose dominado, quiso reservarse un arbitrio para zafarse de nuevos compromisos; y por consejo del conde de Haugwitz abrazó un plan con que podia alucinar un tanto su propia probidad vencida y arrastrada, el cual consistia en presentar un proyecto de mediacion solemne; hipocresía usada en aquellos tiempos por todas las potencias para disfrazar sus intentos de dirigirse contra la Francia. De esta misma fórmula habia pensado la Prusia valerse tres meses antes cuando trataba de aliarse con Napoleon tomando á Hannover en pago, y de ella iba esta vez á valerse tratando de aliarse con Alejandro, y para desdicha y mengua de su honor tambien pidiendo á Hannover en trueco.

Tratado  
de  
Potsdam  
firmado  
en 3 de  
noviembre  
de 1805.

Convínose en que la Prusia, alegando serle imposible vivir en paz y sosiego entre adversarios encarnizados que ni siquiera respetaban su territorio, se decidiese á intervenir para compeler á unos y á otros á avenirse. Bien parecia esto no pasando á mas; pero la cuestion difícil de resolver era cuáles serian las condiciones de

paz que se propusiesen. Ateniéndose la Prusia á los Nov. 1805. tratados que tenia firmados con Napoleon, y en los cuales habia quedado garante del estado presente del Imperio francés en cambio de lo que ella habia recibido en Alemania, nada podia tachársele; pero no tenia la necesaria firmeza para ceñirse á estos límites, que eran los de un proceder liso y llano. Así que, convino en proponer como condiciones de la paz una demarcacion nueva de las posesiones austriacas en Lombardía, con la cual se adelantasen desde las riberas del Adige á las del Mincio, quitando por consiguiente una buena parte al reino de Italia; una indemnizacion para el rey de Cerdeña; y ademas las condiciones de ordinario admitidas por Napoleon mismo para el caso de una pacificacion general, que eran la independencia de Nápoles, Suiza y Holanda. Proceder así era violar formalmente las garantías recíprocas estipuladas por el gobierno prusiano con el francés, no en proyectos de alianza frustrados antes de llevarse á efecto, sino en convenios auténticos firmados cuando se dieron las indemnizaciones en Alemania. Mas que esto deseaban los rusos y los austriacos; pero como sabian que jamás consentiria Napoleon en aceptar tales condiciones, estaban seguros, aún con lo que acababan de conseguir, de precipitar á la Prusia en la guerra.

Otra dificultad habia por la cual pasaban para vencer todos los obstáculos. No queria Federico Guillermo aparecer delante de Napoleon llevando la voz de todos sus enemigos, y particularmente hablando en nombre de la Inglaterra, potencia contra la cual ambos soberanos, en la confianza de la amistad, se habian desahogado en amargas acusaciones. Por esto declaró su deseo de no incluir en la declaracion de mediacion una sola pala-



Nov. 1805. bra relativa á la Gran Bretaña, porque segun decia era su intento mezclarse solo en poner en paz el continente. Tambien consintieron en esto los aliados, persistiendo en estimar que habia en lo ya convenido lo bastante para meterle en la guerra. Por fin, exigió como última precaucion una que era la mas capciosa é importante, cual fué retrasar un mes el plazo en que la Prusia se comprometeria á ponerse en campaña. Por un lado el duque de Brunswick, consultado y atendido sin apelacion en Prusia siempre que se trataba de negocios militares, declaraba que no podia estar pronto el ejército hasta principios de diciembre, y por otro lado el conde de Haugwitz aconsejaba irse con dilaciones hasta ver cómo iban las cosas en las orillas del Danubio entre franceses y rusos. Con un capitan como Napoleon no cabia que tuviesen muchas largas los sucesos, y solo con ganar un mes habia seguridad de salir de embarazos de resultas de algun acaecimiento imprevisto y decisivo. Quedó, pues, dispuesto, que, vencido un mes contado desde el dia en que saliese de Berlin el conde de Haugwitz con el encargo de proponer la mediacion, estaria obligada la Prusia á salir á campaña, si antes no le hubiese dado Napoleon una respuesta satisfactoria. Fácil era añadir algunos dias al plazo del mes propuesto, retrasando bajo diversos pretextos la salida del conde de Haugwitz, y ademas Federico Guillermo fiaba mucho en la prudencia y maña de su negociador para evitar que á las primeras palabras que entre él y Napoleon mediasen se hiciese inevitable é inmediato el rompimiento.

Tales condiciones indignas de la lealtad prusiana, por ser, como es fuerza repetir, contrarias á estipulaciones formales, por las que habia recibido la Prusia en

pago hermosos territorios, y sobre todo ajenas de una amistad que Napoleon debia haber creido sincera, fueron incluidas en una declaracion doble firmada en Potsdam el 3 de noviembre. El texto de esta declaracion, á que ha seguido dándose el título de tratado de Potsdam, nunca ha llegado á darse al público, pero Napoleon algo despues llegó á conocer su contenido. Sin duda el emperador francés habia cometido faltas en sus tratos con la Prusia, pues halagándola y aventajándola mucho, habia desperdiciado mas de una ocasion de encadenarla irrevocablemente, pero la habia colmado de sólidos favores, y en sus relaciones con ella siempre habia procedido con lisura.

Alejandro y Federico Guillermo seguian residiendo en Potsdam. En aquel lindo retiro de Federico el Grande se habian exaltado la imaginacion y pasiones del uno y del otro hasta concluir el nuevo tratado tan contrario á la política y al interés de la Prusia. El hábil conde de Haugwitz le miraba con desconsuelo y pena, y solo se disculpaba consigo mismo de haberle firmado, porque tenia esperanza de eludir sus consecuencias. Atolondrado y confundido el rey, no sabia á dónde se encaminaba. Para acabar de trastornarle el juicio, Alejandro, segun cuentan, de acuerdo con la reina, y, como es tambien probable, llevado de su aficion á escenas de teatral aparato, quiso visitar la bóveda donde en medio de la iglesia protestante de Potsdam están sepultadas las reliquias de Federico el Grande. Allí, en una bóveda abierta bajo un pilar de la iglesia, estrecha, y de sencillez hasta desaliñada, hay dos cajas de madera, una de las cuales contiene lo que fué el cuerpo de Federico Guillermo I, y la otra el polvo del insigne Federico II. Entrado allí

Jura  
Alejandro  
amistad  
eterna  
al rey  
de Prusia  
sobre  
el  
sepulcro  
de  
Federico  
el  
Grande.



Nov. 1805. Alejandro con el rey derramó lágrimas, y cogiendo entre sus brazos á su amigo, como él todavía jóven, le hizo y le pidió sobre el ataud de Federico el Grande un juramento de amistad eterna. Prometiéronse ambos que una misma fuese su causa y una su suerte en todas ocasiones. No mucho despues iba á probarse en Tilsit cuán vano era semejante juramento, no obstante haber sido, segun es de creer, sincero en el momento en que fué prestado.

Contándose en Berlin lo pasado en aquella escena, y divulgándose por toda Europa, se confirmaron las gentes en la opinion de que existia entre los dos monarcas jóvenes estrecha y cordial alianza.

Apresurase la Inglaterra á halagar á la Prusia y le ofrece darle á Holanda en vez de Hannover.

Llegado á Inglaterra el aviso de la mudanza hecha en los negocios de Prusia, y de haberse llevado á feliz término tratos con la misma córte, pareció á aquel gobierno que lo ocurrido era un suceso capital y capaz de decidir la suerte del continente europeo. Púsose en camino sin demora por acuerdo de sus colegas lord Harrowby, ministro de negocios extranjeros, para participar en las empezadas negociaciones. No se detenía el gobierno de Londres en dificultades al tratar con la córte de Berlin, cuya entrada en la liga aceptaba sin reparar á qué precio. Consentía en que ni siquiera se mentase el nombre de la Inglaterra en la negociacion que iba á entablar el conde de Haugwitz en el campamento de Napoleon, y tenia prontos subsidios para el ejército prusiano, no dudando de que en el término de un mes estaria entre los beligerantes. En lo que tocaba á los aumentos de territorio prometidos á la casa de Brandenburgo estaba resuelto á conceder mucho, pero no dependia de la voluntad del ministerio británico darle el

estado de Hannover, patrimonio querido del rey Jorge III. M. Pitt le habria sacrificado de buena gana, porque es comun en los ministros ingleses mirar á Hannover como una carga pesada para Inglaterra; pero mas fácil era lograr del rey Jorge que renunciase á la posesion de los Tres Reinos que á Hannover. En compensacion se ofrecia, un pais que si en verdad no estaba pegado á la monarquía prusiana, era harto mas considerable, no siendo menos que la misma Holanda (1). Así, pues, la misma Holanda, calificada por todas las córtés de esclava de la Francia, y cuya independencia reclamaban con tan ardoroso empeño, iba á ser puesta á los piés de la Prusia para atraer á ésta á la liga y dejar libre á Hannover. A la ilustre nacion holandesa toca juzgar en cuánto debe estimarse la sinceridad del afecto que de ordinario le muestran las potencias europeas.

Todas estas cosas eran otros tantos negocios que arreglar en un tratado ulterior entre los gobiernos de Prusia é Inglaterra. Entre tanto se hacia forzoso sacar del tratado de Potsdam su consecuencia esencial, que era la entrada de la Prusia en la liga. Daban, pues, prisa los austriacos y los rusos para que partiese de Berlin el conde de Haugwitz; y, mientras él hacia sus preparativos, púsose en camino el emperador Alejandro el 5 de noviembre, despues de diez dias de estancia en la capital de Prusia, y se fué á Weimar á ver allí á la gran duquesa su hermana, princesa de mérito superior, que moraba en aquella ciudad, rodeada de los hombres mas señalados en Alemania por las dotes del ingenio; con-

---

(1) El autor hace este aserto fundado en documentos auténticos.

N. DE M. THIERS.



Nov. 1805. **tenta y gozosa con vivir en tan noble trato**, siendo ella misma sobremanera digna de disfrutarle. Fué la separacion de los dos monarcas como habia sido el acto de llegarse á ver en las puertas de Berlin, señalada por abrazos y testimonios de amistad con apariencias por una de las partes de deseo de hacer aquellas demostraciones muy ostensibles. Alejandro se encaminaba al ejército acompañado del empeño y afectos que de ordinario infunden semejantes partidas de los soberanos, saludando todos en él á un héroe en la flor de la juventud, pronto á arrostrar los mayores peligros para el triunfo de la causa comun de los reyes.

Mientras esto pasaba, M. Laforest, ministro plenipotenciario de Francia, y Duroc, gran mariscal del palacio imperial, estaban completamente desatendidos. Continuaba la corte de Prusia tratándolos con frialdad ofensiva. No obstante haberse prometido el mas profundo secreto entre rusos y prusianos en punto á las estipulaciones de Potsdam, no pudiendo los primeros contener su satisfaccion habian dejado traslucir al mundo entero que la Prusia habia contraido con ellos un empeño irrevocable. Fuera de estas demostraciones imprudentes, harto decia su gozo, y, junto con los preparativos militares que veian todos estarse haciendo, y con andar muy afanado el duque viejo de Brunswick de un modo nada conforme á sus años, claro estaba que Alejandro con su presencia en Potsdam habia conseguido un gran triunfo. El señor de Hardenberg, que compartia con el conde de Haugwitz la direccion del ramo de negocios extranjeros, nunca veia á los negociadores franceses, pero el de Haugwitz sí, y con frecuencia. Preguntándole ellos qué importancia debia

darse á las indiscreciones de los rusos, el conde desmentia todas las suposiciones que entre el público corrian, confesando solo la existencia de un proyecto que, segun decia, nada debia tener para ellos de nuevo, pues era el de la mediacion. Como intentasen averiguar de él si la mediacion que se iba á proponer seria armada, lo cual equivalia á impuesta por fuerza, eludia la cuestion diciendo que las instancias que iba á hacer su córte al emperador francés habrian de ser proporcionadas á la urgencia del momento en que se presentasen. Cuando por fin le estrechaban á decir cuáles serian las condiciones de la intentada mediacion, daba por respuesta que serian justas, juiciosas y conformes á la gloria de la Francia, de lo cual habia él dado la mejor prueba con encargarse de hacérselas en persona á Napoleon, no siendo posible que en la vez primera que iba á ponerse delante de varon tan grande, se expusiese á ser recibido con aspereza.

Tales fueron las aclaraciones que pudieron lograr los negociadores en punto á la conducta del gobierno de Berlin. Lo único evidente en ello era estar franqueado el paso por Silesia á los rusos en castigo de que hubiesen pasado los franceses por el territorio de Anspach, y que Hannover iba á ser ocupado por un ejército prusiano. Como tenia la Francia una guarnicion de seis mil hombres en la plaza fuerte de Hameln, el conde de Haugwitz, sin decir si pondrian los suyos sitio á la misma plaza, prometia que se guardaria á los franceses las mayores consideraciones, añadiendo que de ellos esperaban lo mismo.

No viendo ya el mariscal Duroc cosa que pudiese él hacer en Berlin, salió de allí para el cuartel general de su emperador. En la misma época, ó sea á fines de

Sale  
Duroc  
de Berlin  
para  
pasar



Nov. 1805. octubre y principios de noviembre, Napoleon, aniquilado el primer ejército austriaco, se iba preparando á caer sobre los rusos conforme al plan que con anticipacion habia formado.

al  
cuartel  
general  
de  
Napoleon.

Asombro  
de  
Napoleon  
al saber  
lo que  
en Berlin  
pasaba.

Cuando supo lo que pasaba en Berlin se quedó atónito, porque al mandar á sus tropas pasar por el territorio de Anspach habia procedido con la mejor fé posible, y creyendo que en aquella tierra debia seguirse el uso antiguo. Por esto no se figuraba que fuese sincero el enojo de la Prusia, y, al revés, estaba convencido de que era aparente y destinado á dorar las condescendencias hijas de debilidad de aquella corte con los de la liga. Pero nada de cuanto sobre tal negocio podia suponer alcanzaba á hacer mella en su constancia, y en el caso de que ahora se trata acreditó como cuando mas toda la grandeza de su aliento.

Ya está referido cuál era el plan general de sus operaciones. Sabiendo que por cuatro lados iban á embestir sus contrarios al imperio francés; por el Norte por la parte de Hannover, por el Mediodia por la Italia inferior, y por el Oriente por los dos puntos de Lombardia y Baviera, solo á estos dos últimos lugares habia atendido. Dejando á Massena el encargo de resistir en Lombardia, teniendo en ella á raya á los archiduques durante algunas semanas, habia reservado para sí el punto mas importante, que era el de Baviera. Aprovechándose, como va dicho, de la distancia á que estaban los austriacos de los rusos, habia envuelto á los primeros con una marcha de que no se habia visto ejemplo, y enviándolos prisioneros á Francia. Despues iba á dar sobre los segundos, y á llevárselos por delante arrollados hasta Viena. Haciendo este movimiento estaba

libertada de enemigos la Italia superior, y las operaciones preparadas por sus contrarios en las regiones septentrional y meridional de Europa quedaban reducidas á diversiones de casi ninguna cuenta.

Sin embargo la Prusia, podia descomponer gravemente tan bien formado plan si por Franconia ó Bohemia se arrojaba sobre Napoleon, cogiéndole por la espalda cuando fuese cayendo sobre Viena. Un general ordinario, al tener noticia de lo que pasaba en Berlin, se habria parado de súbito, y hasta habria retrocedido para situarse en puesto mas cercano al Rhin, donde no pudiese ser envuelto, y allí con sus fuerzas juntas habria esperado las consecuencias del tratado de Potsdam. Pero con proceder así convertia en ciertos los peligros hasta entonces solo probables, y daba á los dos ejércitos rusos de Kutusof y de Alejandro tiempo para reunirse; al archiduque Carlos el suficiente para pasar de Lombardia á Baviera, y juntar sus fuerzas con las rusas; y á los prusianos espacio y valor para hacerle proposiciones imposibles de aceptar, y para arrojarse á la palestra. Así, en el término de un mes podria ver viniéndole encima 120,000 austriacos, 100,000 rusos y 150,000 prusianos, reunidos en el Palatinado superior ó en Baviera, siendo posible que le oprimiese un golpe de fuerzas tan superiores á las suyas. Persistir con igual teson que en otro cualquier caso en sus propósitos, ó, dígase, seguir adelante, y arrollar y arrinconar en una extremidad de Alemania á los principales ejércitos de la liga, dar oídos á las quejas de la Prusia, ya dentro de Viena, y responder á ellas con triunfos, tal fué su determinacion, en realidad la mas cuerda, aunque en la apariencia fuese la mas temeraria. A esta

Qué  
reso-  
luciones  
inspiran  
á  
Napoleon  
los  
sucesos  
de  
la corte  
de  
Prusia.



Nov. 1805. consideracion debe agregarse que resoluciones de tal grandeza solo sirven para grandes varones, pues hombres ordinarios se perderian al querer llevarlas á efecto; y que ademas requieren para su ejecucion no solo un entendimiento privilegiado, sino ser dueño de una autoridad absoluta, porque para estar en disposicion de poder adelantar, ó retroceder á tiempo, hay que ser centro de todos los movimientos, noticias y determinaciones; que ser general y soberano; que ser Napoleon, en suma, y emperador.

Cómo  
habla  
Napoleon  
al  
gobierno  
prusiano  
despues  
de  
haber  
tomado  
con  
firmeza  
sus  
resolu-  
ciones.

El lenguaje de Napoleon con la Prusia fué conforme á la resolucion que acababa de tomar. Lejos de dar disculpas por haber violado el territorio de Anspach, se contentó con referirse acerca de este punto á convenios anteriores, diciendo que, si estos habian ya perdido su valor, deberian haberle dado aviso de que ya no regian; que dejando tal materia á parte, todo ello era puro pretexto; que, segun veia claro, podian mas que él sus contrarios en Berlin; que, siendo así, era inútil entrar en amistosas explicaciones con un príncipe para el cual su amistad segun parecia no tenia precio alguno; que dejaria al tiempo y á los sucesos el encargo de responder por él, pero que solo en un punto seria inflexible, y este era el de su honor; que nunca sus águilas habian tolerado la menor afrenta; que estando éstas en Hameln, una de las fortalezas de Hannover, las defenderia el general Barbou hasta el último trance, y recibiria socorros antes de caer vencido; que tener contra sí á Europa toda no era para Francia cosa nueva ni capaz de ponerle miedo; y que, en cuanto á él mismo, pronto se presentaria si le llamaban, acudiendo de las riberas del Danubio á las del Elba, y daria motivo á sus nuevos

enemigos, así como le habia dado á los antiguos, de arrepentirse por haber intentado ofender la dignidad de su imperio. Al punto dió al general Barbou la órden siguiente, comunicando su contenido al gobierno prusiano.

AL GENERAL DE DIVISION BARBOU:

*Augsburgo 24 de octubre.*

«Ignoro qué sucesos se preparan, pero sea la que  
»fuere la potencia cuyos ejércitos intenten entrar en  
»Hannover, y aun cuando sea una que no me haya  
»declarado la guerra, debeis hacerle oposicion con las  
»armas. Si no teneis fuerzas bastantes para resistir á un  
»ejército, encerráos en las fortalezas, y á nadie consintais  
»que se ponga á tiro de la artilleria. Ya sabré yo ir á  
»dar socorro á las tropas que se encerrasen en Hameln.  
»Nunca han llevado mis águilas una afrenta. Fio en que  
»los soldados que mandais serán dignos de sus compa-  
»ñeros, y en que sabrán dejar bien puesto su honor,  
»que es la prenda de mas lustre y precio entre cuantas  
»tienen las naciones.

«No entregareis la plaza no siendo por una órden  
»mia personal que os llevará uno de mis ayudantes de  
»campo.

NAPOLEON.»

El emperador francés se habia trasladado de Ulma á Augsburgo, y de esta ciudad á Munich para hacer allí los preparativos de su marcha. Antes de ir en la narracion de esta historia siguiéndole los pasos por el



Nov. 1805. largo y anchuroso valle del Danubio, por donde adelantaba venciendo los obstáculos que le presentaban el invierno y el enemigo, será bien echar una ojeada á Lombardia, donde estaba encargado Massena de tener á raya á los austriacos, mientras Napoleon quitaba la fuerza á su posicion á orillas del Adige con caer él sobre Viena.

Sucesos  
militares  
en Italia.

Plan  
de  
campana  
que habia  
dictado  
Napoleon  
á  
Massena.

Napoleon y Massena conocian á Italia perfectamente, porque ambos habian adquirido allí su gloria. Las instrucciones dadas al segundo por el primero sobre esta campaña eran dignas del uno y del otro (*véase el mapa número 31*). Napoleon, ante todo, habia sentado por regla que cincuenta mil franceses apoyados en un rio nada tenian que temer de ochenta mil enemigos, fuesen quienes fuesen; que en cualquiera caso pedia á su género sobre todo una cosa, y era que defendiese bien el Adige, mientras él internándose en Baviera (que está á la falda septentrional de los Alpes como á la meridional está Lombardia) pasaba mas adelante de la posicion de sus enemigos, y envolviéndolos los compelia á retroceder; que para el intento era necesario mantenerse con las fuerzas juntas hácia la parte superior del rio, con el ala derecha apoyada en los Alpes, segun el ejemplo que él siempre habia dado, llevarse arrollados á los austriacos hasta meterlos en las montañas si se asomaban por las gargantas del Tirol, ó si pasaban por lo inferior del Adige, dejarlos venir y contentarse con irse estrechando hasta tenerlos internados en la region pantanosa del Adige inferior y del Pó desde Legnano á Venecia, y entonces arrojarlos á ellos por su costado y ahogarlos en las lagunas; y que estándose así en fuerza bien compacta en la falda de los Alpes nada habia que temer, ya intentasen acometer los enemigos

por la parte alta ya por la baja del rio; pero que en caso de renunciar los austriacos á la ofensiva, debian tomarla contra ellos los franceses, ganar en una noche el puente de Verona sobre el Adige y proceder en seguida á atacar las alturas de Caldiero. En las campañas de Napoleon habia modelos para todos los modos posibles de gobernarse en aquella parte del teatro de la guerra.

No era Massena hombre que podia titubear entre tomar la ofensiva ó estarse en la defensiva, pues solo la primera clase de guerra convenia á su carácter y á la naturaleza de su talento. A tal grado de confianza habia llegado, que, viéndose al frente de 50,000 franceses, no se creia condenado á seguir solo defendiéndose de 80,000 austriacos aun mandados por el archiduque Cárlos. Por consiguiente en la noche del 17 al 18 de octubre, recibida la noticia de los primeros movimientos del ejército grande, fué á la callada sobre el puente del Castillo Viejo situado dentro de Verona. Sabido es que esta ciudad está dividida por el Adige en dos partes, de las cuales entonces una era de los austriacos y otra de los franceses, estando cortados los puentes que las unian, y defendidas ambas sus entradas respectivas con empalizadas y tapias. Volando por su lado Massena la tapia que le estorbaba el paso al puente del Castillo Viejo, y puesto en la orilla del rio, echó algunos arrojados cazadores en barcas, destinando á parte de ellos á reconocer si estaban ó no minados los machones del puente, y á otra parte á desembarcar en la ribera contrapuesta. Cerciorándose de que no estaban minados los machones, dispuso que se habilitase con vigas un paso harto imperfecto, y echándose al otro lado del Adige pasó todo el dia 18 de octubre peleando con los austriacos,

Nov. 1805.

Primeras  
opera-  
ciones  
de  
Massena.



Nov. 1805. Fué llevada á efecto esta operacion con secreto , vigor y celeridad dignos del primero entre los tenientes de Napoleon en las campañas de Italia. De resultas quedó Massena dueño de ambas márgenes del Adige , pues por una ó por otra orilla podia moverse segun quisiese, y no tenia que temer el paso del rio por parte del enemigo á viva fuerza, estando ya en disposicion de estorbársele por cualquier lugar que le intentase. Pero queria, antes de arrojarle claramente á la ofensiva y de situarse definitivamente en territorio austriaco, recibir de las orillas del Danubio noticias que le pareciesen decisivas.

Pasan  
el  
Adige  
los  
franceses.

Llegáronle estas el 28 de octubre, llenando de alegría y tambien de emulacion al ejército de Italia. Dió de ellas solemne noticia á sus tropas Massena con salvas de artillería , y resolvió ir adelante sin demora. Al siguiente dia, 29 de octubre, echó al otro lado del Adige las tres divisiones de su ejército mandadas por los generales Gardanne, Duhesme y Molitor, arrolló con ellas á los austriacos, y se dilató con sus tropas por el llano llamado de S. Miguel que está entre la fortaleza de Verona y el campo atrincherado de Caldiero. Era su proyecto asaltar tan formidable puesto, aunque tenia en su opósito una fuerza con mucho superior á la suya apoyada en puestos fortísimos naturalmente, y hechos aun mas fuertes por el arte. Sabedor por su lado el archiduque de las extraordinarias ventajas conseguidas por el ejército francés, y presumiendo que pronto habia de verse obligado á retroceder para ir en socorro de Viena, no quiso desocupar aquel terreno como si hubiese sido vencido, sino al revés lograr una ventaja de bulto que le permitiese retirarse con sosiego y gloria tomando el camino que

mas conviniese al interés de la monarquía de su empe- Nov. 1805.  
rador venida á grave peligro.

Iban, pues, los dos adversarios á embestirse con tanta mas violencia, cuanto que estaban uno y otro animados de la misma resolucion de pelear con furioso empeño.

Massena tenia por su frente los últimos collados de los Alpes del Tirol, que vienen á igualarse con el llano en el de Verona, próximo al lugar de Caldiero. A su izquierda estaban las alturas llamadas de Colognola cubiertas de atrincheramientos hechos con regularidad, y armados con numerosa artillería. En el centro y en llano está situado el pueblo de Caldiero, por el cual atraviesa la carretera principal de Lombardía que por el Friul va al Austria. Presentábase en aquel punto el obstáculo de estar el terreno cerrado, y labrado con casas defendidas por gran parte de la infantería austriaca. Por último, hácia su derecha veia Massena dilatarse las rasas y pantanosas orillas del Adige, llenas todas de zanjás ó fosos y de parapetos poblados de cañones. Así, tenia el general francés que ganar con 50,000 hombres un campamento atrincherado cuya izquierda estaba en montañas fortalecidas, por cuyo centro pasaba un camino real lleno de edificios, y cuya derecha descansaba en pantanos y en la margen de un caudaloso rio, todo ello defendido por obras tan acomodadas al terreno, por crecido número de piezas de artillería y por 80,000 soldados. Pero nada infundia desaliento al héroe de Rívoli, Zurich y Génova. Desde la mañana del 30 de octubre adelantó formado en columna por el camino real. Por su izquierda encargó al general Molitor de hacerse dueño con su division de las formidables alturas

Batalla  
de  
Caldiero.



Nov. 1805- de Colognola; tomó á su personal cuidado con las divisiones de Duhesme y Gardanne acometer al enemigo por el centro, siguiendo á lo largo la carretera; y, como juzgase que para desalojar á un enemigo superior en número y posicion era forzoso amenazarle con grave peligro por una de sus alas, dió al general Verdier órden de pasar al último punto de la derecha del ejército francés, de atravesar por allí el Adige con 10,000 hombres, de rodear el ala derecha del archiduque, y de caerle en seguida encima por la espalda. Siendo bien ejecutada esta última operacion, merecia exponer en ella tanta fuerza; pero era accion aventurada la de encomendar un paso de rio á un general subalterno, y los 10,000 hombres mandados á esta empresa, si no eran empleados por la derecha con grande acierto y ventaja, habian de hacer en el centro falta notable y muy sentida.

Al amanecer, cayendo Massena con brio sobre el enemigo le arrolló en todas partes. El general Molitor, uno de los oficiales mas hábiles y firmes del ejército, se adelantó con grande serenidad hasta ponerse al pié de las alturas de Colognola cuyas cuestas primeras ganó á pesar de un fuego espantoso. Mientras estaba ya al principio de éstas y pronto á subirlas el coronel Teste con el regimiento francés de línea número 5, saliendo de los reductos austriacos el conde de Bellegarde con todas sus fuerzas se echó sobre cuerpo de tan flaco poder resuelto á confundirle. Enterándose al momento el general Molitor de cuán grande era el peligro de los suyos, sin contar con el crecido número de sus contrarios, cerró con el general Bellegarde, llevando consigo al regimiento número 6 de línea, única fuerza que tenia á mano. Embistió con tal ímpetu á la columna austriaca que

hubo de sorprenderla y obligarla á detenerse. Entre tanto el coronel Teste se habia entrado en uno de los reductos enemigos y enarbolado en él la bandera del regimiento número 5, á la cual quitó el águila de su remate un cañonazo. Pero corridos los austriacos de que les arrebatase tales posiciones tan corto número de gente, volvieron á acometer y recobraron el reducto. Quedáronse por aquel lado los franceses en frente de los atrincheramientos enemigos, pero sin poder ganarlos, siendo un milagro que á tanto se hubiesen arrojado con tan escasas tropas y que no llevasen una derrota verdadera.

En el centro habia puesto el príncipe Cárlos el grueso de sus fuerzas. Iba á la cabeza de ellas una reserva de granaderos en cuyas filas caminaban á la lid tres archiduques. Ya habian llegado cerca de Caldiero los generales Duhesme y Gardanne, barriendo la carretera y yendo tomando uno á uno los cercados que á sus lados habia. Escogió el archiduque Cárlos aquel momento para tomar la ofensiva, y, rechazando á los enemigos que le venian acometiendo, púsose en marcha por el camino real á la cabeza de la infantería austriaca formada en columna cerrada. Esta, adelantando perenne como en tiempos pasados la famosa de Fontenoy, ya iba dejándose atrás las partidas de tropas francesas esparcidas á derecha ó izquierda del arrecife en las cercas, y podia llegar á apoderarse de Vago, que era apoyo del centro de los franceses como del de los austriacos lo era Caldiero. Pero habia acudido á aquel lugar Massena, y, juntando sus desparramadas divisiones, situó en el mismo camino real y haciendo frente á sus contrarios toda cuanta artillería tenia disponible; mandó

:



Nov. 1805. disparar metralla á boca de jarro sobre los valerosos granaderos austriacos; en seguida hizo que sus tropas embistiesen á bayoneta calada dando con sus contrarios por sus costados; y despues de una encarnizada refriega, en que sin cesar estuvo en medio del fuego como un mero soldado, forzó á la columna austriaca á cejar, llevósela delante hasta traspasar á Caldiero; y ganó terreno hasta entrarse en los primeros atrincheramientos enemigos. Si, en aquellos instantes, cumpliendo enteramente el general Verdier con el encargo que tenia hubiese atacado el Adige, ó aun si hubiese tenido consigo Massena los 10,000 hombres inútilmente enviados á un punto distante por su derecha, se habria hecho dueño del formidable campo de Caldiero. Pero dirigiendo mal el general Verdier sus operaciones habia echado un regimiento de los de su mando á la orilla opuesta del rio sin acertar á darle apoyo, y malogrado completamente la empresa de pasar el Adige. Vinieron las sombras de la noche á separar á los combatientes y á envolver en tinieblas un campo de batalla de los mas ensangrentados entre cuantos hubo en aquellos tiempos.

Bien se habia menester un carácter como el de Massena para emprender y sostener contienda semejante. Los austriacos habian perdido en ella sobre 3,000 hombres entre muertos y heridos y 4,000 prisioneros, subiendo solo á 3,000 de las tres clases la pérdida de los franceses. Vivaquearon los de ambos ejércitos en el campo de batalla, revueltos unos con otros en medio de una confusion espantosa. Pero durante la noche retiró el archiduque sus equipajes y vanguardia, y dió principio á su movimiento de retirada al dia siguiente, entreteniéndolo á los franceses con su retaguardia, y sacrificando

Retirase  
el  
archi-  
duque  
Cárlos.

para retirarse con seguridad cabal un cuerpo de 5,000 Nov. 1805.  
hombres mandado por el general Hillinger, que bajó de las alturas para inquietar á Verona por la espalda del ejército francés, mientras seguia el de los suyos caminando á su nuevo destino. No tuvo el general Hillinger tiempo para volverse, hecha la demostracion que se le mandó, la cual llevó mas lejos que debia; y cayó prisionero con todo el cuerpo de su mando. Así, en tres dias habia quitado Massena al enemigo entre 11 y 12,000 hombres, 8,000 de ellos prisioneros y los otros 3,000 ó muertos ó por heridas puestos fuera de combate.

Emprendió inmediatamente el general francés dar alcance al archiduque llevándole de cerca acosado; pero el príncipe austriaco tenia en su favor que mandaba los mejores soldados del Austria en número de 70,000 hombres, y ademas su experiencia, su habilidad, el invierno y estar salidos de madre los rios cuyos puentes cortaba al irse retirando. Massena no podia lisonjearse de causarle un trágico revés; pero le daba harto que hacer con irle siguiendo y no dejarle facilidad para maniobrar, segun le acomodase, contra el ejército francés de Alemania.

Asi, quedaba llevada á cumplimiento esta otra parte del plan de Napoleon tan puntualmente cuanto la primera, porque, echado sobre el Austria el archiduque Carlos se veía obligado á ir retirándose á dar auxilio á la capital de su soberano, amenazada de caer en manos del enemigo.

Napoleon no habia perdido un instante en Munich para dar las disposiciones que necesitaba. Tenia suma priesa de pasar el Inn, de vencer á los rusos, y de concertar sus maquinaciones en Berlin con nuevos triun-

Persigue  
Massena  
con vigor  
á los  
austriacos  
por el  
Friul.

Marcha  
de  
Napoleon  
atravesando  
á  
Baviera.



Nov. 1805.

Del  
ejército  
ruso.Del  
general  
Kutusof.De los  
generales  
Bagra-  
tion,  
Doctorow  
y  
Milora-  
dovich.

fos iguales á los de Ulma en lo prontos. El cuerpo del general Kutusof que tenia delante de sí apenas constaba de 50,000 hombres á su entrada en campaña, aunque segun las promesas del gobierno ruso debia ser mas numeroso. Este cuerpo en su marcha de Moravia á Baviera se habia dejado en el camino de 5 á 6,000 rezagados y enfermos; pero estaba reforzado con el cuerpo de ejército austriaco de Kienmayer que habia escapado del desastre de Ulma antes de quedar cercada esta plaza. El conde de Meerfeld habia agregado algunas tropas á las de Kienmayer y tomado el mando de todas juntas. El total del ejército ascendia como á 65,000 soldados entre rusos y austriacos; corto poder para salvar la monarquía del emperador de Austria contra 150,000 franceses, de los cuales 100,000 venian marchando en una sola masa. Mandaba el ejército austro-ruso el general Kutusof, hombre anciano, que habia perdido la vista de un ojo de resultas de una herida en la cabeza, gordísimo, perezoso, disoluto y ansioso de riqueza, pero inteligente, tan agudo de entendimiento cuanto boto era de cuerpo; feliz en la guerra, diestro en la corte; y dotado de bastante habilidad para mandar en una situacion en que eran necesarias prudencia y buena fortuna. Los generales que servian á sus órdenes eran medianos, salvo tres, el príncipe Bagration y los generales Doctorow y Miloradovich. El príncipe Bagration era un georgiano en quien la experiencia suplía la falta que le hacia la instruccion primera, y que de continuo iba encargado ya en la vanguardia ya en la retaguardia de las operaciones mas difíciles. El general Doctorow era un oficial juicioso, modesto, instruido y firme. El general Miloradovich era natural de Serbia, de valor brillante; pero hombre absolutamente destituido

de conocimientos militares, y de costumbres sumamente desarregladas en que se hermanaban con todos los vicios de la civilizacion todos los de la barbarie. El carácter de los soldados rusos correspondia bastante al de sus generales, siendo de un valor feroz y mal dirigido. Eran su artillería pesada y su caballería mediana. En total, generales, oficiales y soldados componian un ejército ignorante, pero en alto grado temible por su ciego celo. En tiempos posteriores han aprendido los rusos el arte de la guerra haciéndosela á los franceses, y empezado á juntar con el desnudo la ciencia.

El general Kutusof habia estado ignorante hasta la última hora del desastre de Ulma, porque el archiduque Fernando y el general Mack solo le estaban participando ventajas. No llegó á saberse la verdad sino á la llegada del general Mack, que vino en persona á dar parte de la destruccion del principal ejército austriaco. Perdiendo entonces Kutusof, no sin razon, la esperanza de salvar á Viena, no disimuló al emperador Francisco, que habia venido al cuartel general ruso, que le era forzoso sacrificar su capital. El tambien queria salir lo mas pronto posible del peligro que le amenazaba, pasando á la orilla izquierda del Danubio para juntarse con las reservas rusas que venian por Bohemia y Moravia. Pero el emperador Francisco y sus consejeros tenian empeño en no hacer el sacrificio de Viena hasta llegar al postrer trance, y se lisonjeaban de que, deteniendo á Napoleon en su marcha por todos cuantos medios presenta la guerra defensiva, podia darse al archiduque Carlos tiempo de pasar al Austria y á los cuerpos de reserva rusos de llegar al Danubio, con lo cual, juntándose todas las tropas aliadas podrian dar una batalla que acaso serviria

Em-  
prende  
el  
general  
Kutusof  
su  
retirada  
con mas  
lentitud  
que  
la que  
deseaba,  
á fin de  
acceder  
á los  
deseos  
del  
empe-  
rador  
de  
Austria.



Nov. 1805. de salvar la capital y la monarquía. Conformándose el general Kutusof á los deseos del principal aliado de su soberano, prometió oponer á los franceses vigorosa resistencia, si bien no á punto de trabar con ellos una batalla general, y resolvió para detenerlos en su movimiento aprovecharse de todos los rios tributarios del Danubio que vienen á desaguar en él desde los Alpes. Para lograr este intento, bastaba con cortar los puentes y con situar numerosos cuerpos de retaguardia en ciertos lugares por donde los franceses intentasen forzar el paso de los mismos rios; empresa difícil la de hacer estos pasos en estacion en que todas las corrientes venian violentas como torrentes y cargadas de grandes carámbanos de hielo.

De qué modo dispone Napoleon su marcha para atravesar el valle del Danubio.

Encárgase á Ney conquistar el Tirol.

Napoleon habia dispuesto su marcha del modo siguiente. Estaba reducido á caminar entre el Danubio y la cordillera de los Alpes por lugares ceñidos por un lado por el rio, y por el otro por las sierras. (*Véase el mapa ním. 31*). Ir adelantando con un ejército numeroso por tan estrecho camino, traia consigo dificultades para el sustento, y peligros en la marcha, porque ademas del archiduque Cárlos, que podia pasar de Lombardia á Baviera y arrojarle sobre el ejército francés, por un costado estaba cercano en el Tirol el archiduque Juan con veinte y cinco mil hombres. Napoleon, pues, tomó la juiciosa precaucion de encargar de la conquista del Tirol al mariscal Ney, á quien mandó salir de Ulma, para irse rio arriba por Kempten, á fin de penetrar en el lugar, cuya conquista se le encomendaba, de modo que dejase cortadas en dos mitades las tropas esparramadas en aquella region extensa. Habia de echar el mariscal las que estuviesen á su derecha sobre el Voralberg y el

Nov. 1805.

lago de Constanza, á donde iba llegando el cuerpo del ejército del mariscal Augereau, despues de haber atravesado toda Francia desde Brest hasta Huninga. Ney, privado de la division de Dupont que habia contribuido con Murat á dar alcance al archiduque Fernando, estaba reducido á mandar poco mas que 10,000 hombres. Pero Napoleon, fiando mucho en su vigor y contando con los 14,000 hombres que Augereau traia, creia que llevaba fuerzas bastantes para la tarea de que le encargaba. Ocupado el Tirol, destinaba á Bernadotte á penetrar en el pais de Salzburgo. Mandó á éste que se encaminase desde Munich hácia el Inn, y le fuese á pasar ó por Wasserburgo ó por Rosenheim, y al general Marmont que le apoyase. Así, Napoleon se aseguraba dos ventajas, la una quedar enteramente cubierto por la parte de los Alpes, y la otra ser dueño del Inn en lo alto de su corriente, lo cual estorbaria á los austro-rusos defenderle mas abajo contra el grueso del ejército francés. En cuanto á él, con los cuerpos de los mariscales Davout, Soult y Lannes, y con la reserva de caballería y su guardia se puso de frente junto á la gran barrera del Inn, con intencion de atravesarla desde Mühldorf hasta Braunau (*Véase el mapa número 15*). Murat tenia órden de salir el 26 de octubre con los dragones de los generales Walther y Beaumont, la caballería pesada del general de Hautpoul y un tren de puente, para caer directamente sobre Mühldorf, siguiendo la gran carretera de Munich, pasando por Hohenlinden, y atravesando así los campos inmortalizados por Moreau. El mariscal Soult habia de apoyarle llevando de atraso una marcha. El mariscal Davout tomó el camino de la izquierda por Freisingen, Dorfen y Neu-Oettingen. Lannes, que tam-

Van los  
cuerpos  
de  
ejército  
de  
Marmont  
Y  
Bernadotte  
hácia  
el pais  
de  
Salzburgo  
con el  
objeto,  
asi de  
apoyar  
á Ney,  
como  
de cubrir  
por un  
costado  
al  
ejército  
grande  
en su  
marcha.



Nov. 1805. bien habia ido con Murat en persecucion del archiduque Fernando, hubo de ir todavia mas á la izquierda que Davout por Landshut, Vilsbiburgo, y Braunau. Por fin la division de Dupont, ya muy adelantada, siguiendo el mismo camino, bajó por la ribera del Danubio para ir á apoderarse de Passau. Napoleon con su guardia siguió á Murat y á Soult por el camino principal de Munich.

Antes de salir Napoleon de Augsburgo, arregló allí un sistema de precauciones, al cual como se verá atendió mas y mas segun fué haciéndose mayor la escala de sus operaciones, punto en que nunca hubo antes ni ha habido despues quien le iguale en cuanto á lo extenso de su prevision y lo activo de sus cuidados. Este sistema de precauciones tenia por objeto crearse en su línea de operaciones puntos de apoyo que igualmente le sirviesen para si adelantaba ó para si retrocedia, en caso de verse reducido á abrazar este último partido; y los cuales, sobre la ventaja de oponer al enemigo cierta fuerza, tambien habian de tener la de encerrar abastos inmensos de todo género, utilisimos á un ejército que vá adelante, é indispensables á uno que se retira. Escogió en Baviera, á orillas del Lech, la ciudad de Augsburgo, que tenia algunos medios de defenderse, y tambien los recursos propios de una poblacion numerosa. Mandó hacer allí los trabajos necesarios para dejar la ciudad al abrigo de un golpe súbito y violento, y dispuso que se hiciesen acopios de grano, de ganados, de paños, de zapatos y de municiones, y sobre todo que se estableciesen hospitales. Mandó hacer piezas de paño y zapatos en Nuremberg, Ratisbona y Munich, pagándolo todo, exigiendo pronto despacho, y dando orden

de que todo lo trabajado se juntase en Augsburgo. Vi- Nov. 1805.  
niendo á ser esta ciudad el punto principal en el camino  
que habia de seguir el ejército, tenian que pasar por  
allí todos los cuerpos para proveerse de lo que les hacia  
falta. Tomadas estas precauciones, se puso Napoleon en  
camino para seguir á los cuerpos de su ejército, que le  
llevaban una ó dos marchas de delantera.

Los movimientos de su ejército se ejecutaron segun  
él lo habia dispuesto. El 26 de octubre se iba adelan-  
tando todo completo hácia el Inn. Los austro-rusos no  
habian dejado intacto un solo puente. Pero en todas  
partes, arrojándose los soldados sobre los barcos que  
encontraban, se metian en ellos, y en partidas numero-  
sas pasaban, despreciando el fuego de fusilería y de me-  
tralla, hasta compeler á los contrarios á desocupar la  
ribera opuesta, y hasta preparar la rehabilitacion de los  
puentes, en raro lugar destruidos del todo por los ene-  
migos á causa de la precipitacion de su retirada. Ber-  
nadotte, tropezando con pocos obstáculos, pasó el Inn  
el 28 de octubre por Wasserburgo. Los mariscales Soult,  
Murat y Davout, le pasaron por Mühldorf y Neu-OEttingen.  
Lannes se dirigió hácia Braunau, y encontrándose  
con el puente cortado, envió un destacamento á la otra  
orilla, valiéndose para ello de algunos barcos que habia  
cogido. Pasó el destacamento el rio, y se presentó á las  
puertas de Braunau. Fué grande el asombro de los sol-  
dados franceses al ver que les era abierta una plaza en  
cabal estado de defensa, completamente armada, y pro-  
vista de recursos considerables. Hiciéronse desde luego  
con la ciudad, y de tan extraño hecho se coligió que el  
enemigo se retiraba con una precipitacion que tenia  
mucho de desorden.

Paso  
del  
Inn.





Nov. 1805.

Es  
ocupada  
Braunau.

Gozoso Napoleon de tan importante conquista, acudió apresurado en persona á Braunau para cerciorarse por sus ojos de su fortaleza, y para ver el partido que de ella podia sacarse. Cuando la hubo examinado bien, mandó trasladar allí gran parte de los acopios que habia determinado hacer en Augsburgo, juzgando á Braunau preferible para el uso á que la destinaba. Dejó tambien en ella una guarnicion, y entregó su mando á su ayudante de campo Lauriston, recién vuelto de la campaña marítima que habia hecho yendo con el almirante Villeneuve. No era esto solamente dar al general Lauriston el mero mando de una plaza, sino uno que comprendia el encargo de asegurar por su espalda todo el ejército. Los heridos, las municiones, los víveres, los socorros que llegasen de Francia, y los prisioneros que allí se enviasen, todo habia de pasar por Braunau, vigilando en ello el general que la gobernaba.

Del 29 al 30 de octubre estaban los franceses pasando el Inn, dejada atrás toda Baviera, y el Austria superior invadida, y el ejército era una carga, no ya para los aliados de Francia, sino para los Estados hereditarios de la casa imperial de Alemania. Seguian su marcha las tropas cubriéndole para defenderlas de un movimiento de los archiduques, Bernadotte y Marmont en Salzburgo y Ney en el Tirol. (*Véanse los mapas números 14 y 31*). Desde el Inn hasta Traun se vá como siempre por aquel pais con el Danubio á la izquierda y los Alpes á la derecha. Es hermosísima aquella region, y muy parecida á Lombardía, pero algo menos alegre y blando el clima por estar al Norte de los Alpes en vez de estar al Mediodía, y seria el suelo liso como una tabla si no se levantase como de súbito en medio de ella un monte bastante alto

Carácter  
del  
pais  
situado  
entre  
los rios  
Inn  
y Traun.

llamado el Hausruck, que es un pico enteramente separado de las sierras de los Alpes, y seria una isla si estuviesen sus contornos bañados de agua; pero, pasado el monte de Hausruck, ya solo hay delante un llano con cortísimas bajadas y subidas, y poblado de árboles, que se dilata hasta las orillas del Traun y lleva el nombre de llano de Wels. El Traun corre sobre greba y entre hermoso arbolado, hasta desaguar en el Danubio cerca de Lintz; ciudad capital de la provincia, considerada militarmente de importancia no inferior á la de Ulma, y por este motivo defendida, despues de las últimas grandes guerras, por fortificaciones hechas segun un sistema nuevo.

Napoleon envió á Lannes por Efferding sobre Lintz, y á los mariscales Davout y Soult por el camino de Ried y Lambach sobre Wels, cosidos á la falda del Hausruck. Iba, como de costumbre, delante Murat con su caballería; y seguia la guardia con el cuartel general. En tanto, receloso Napoleon de que pudiese el enemigo escoger el llano de Wels por campo de batalla, ordenó á Marmont que dejase á Bernadotte en Salzburgo, y en seguida que cayese sobre el grueso del ejército francés, faldeando el Hausruck por la espalda, y siguiendo el camino de Straswalchen y Wocklabruck sobre Wels, de modo que estuviese pronto á dar por el costado á los austro-rusos si querian pararse á presentar batalla.

El regimiento francés, 1.º de cazadores á caballo los alcanzó delante de Ried, embistió valerosamente, y los arrolló. Fueron los franceses en seguida sobre Lambach que los aliados aparentaron intencion de defender únicamente para tomar tiempo de mirar por la salvacion



Nov. 1805. de sus equipajes. Davout logró alcanzarlos, y tuvo con ellos un brillante combate de retaguardia, pero en ningún lugar se los encontró preparados á una batalla verdadera. Cubriéronse los austro-rusos con el antemural del Traun, pasándole por Wels. Entraron los franceses en Lintz sin disparar un tiro. Aunque los austriacos se habian valido del Danubio para llevarse por él lo contenido en sus principales almacenes, todavía dejaron á sus contrarios recursos de muy alto precio. Napoleon pasó á sentar sus reales en Lintz el dia 5 de noviembre.

Paso  
del  
Traun.

Entrada  
en  
Lintz.

Nuevas  
disposi-  
ciones  
de  
Napoleon  
para  
asegurar  
su  
marcha.

Establecido Napoleon en esta ciudad, trasladó los cuerpos de su ejército de las márgenes del Traun á las del Ens, cosa fácil, porque el terreno medianero entre los dos rios recién nombrados tributarios del Danubio, no presenta á la vista posicion alguna de que sus enemigos pudiesen tener tentaciones de hacer uso, siendo al revés aquella tierra una mesa llana atravesada é interrumpida por barrancos y bosques, y con dos collados, uno de los cuales es necesario subir cuando se pasa el Traun, y otro atrás que hay que bajar cuando se intenta pasar el Ens. No habiéndole defendido los austro-rusos por el lado del primer rio mal podian pensar en defenderle por el del segundo, pues allí habrian estado enteramente dominados. Fué, pues, pasado el Ens sin tropiezo.

Napoleon, sentado su cuartel general en Lintz, y puesta su vanguardia junto al Ens, dió nuevas disposiciones para continuar su marcha ofensiva llevada á efecto como va dicho por un lugar estrecho entre el Danubio y los Alpes. La dificultad de continuar adelantando formada una larga columna, cuya cola con trabajo podia venir á dar socorro á la cabeza si caia

sobre ella el enemigo, y siempre con exposicion al peligro de un ataque por el costado si de súbito abandonaban los archiduques á Italia para pasar á Austria, recibia grande aumento de la circunstancia de ir escaseando los víveres, porque los rusos ó se tragaban, ó destruian cuanto encontraban, y todo ello dictaba á los franceses tomar grandes precauciones antes de llegar á Viena.

El mayor inconveniente de la marcha sobre la capital de Austria era ciertamente la probabilidad que habia de que se apareciesen de repente en masa los austriacos. Los ejércitos beligerantes que contendian en Austria y Lombardía iban caminando de Poniente á Levante; el de Napoleon con el de Kutusof por el lado del Norte de los Alpes, y por el del Mediodia de los mismos montes, el del archiduque Carlos con el de Massena (*Véase el mapa núm. 31*). Casi no era posible que el archidnque Carlos, escapándose encubierto de la presencia de Massena, dejándole á la vista una mera retaguardia para engañarle, si entrase por medio de los Alpes, recogiese de paso á su hermano el archiduque Juan con el cuerpo ocupado en la defensa del Tirol, y penetrase en Baviera, ó para juntar sus tropas con las austro-rusas detrás de una de las posiciones defensivas que suele haber á orillas del Danubio, ó únicamente para arrojarle sobre el ejército de sus contrarios por un costado; pero aun siendo esto hasta algun punto posible, distaba mucho de ser probable. El archiduque Carlos tenia dos caminos en que escoger; uno que pasando por el Tirol y yendo por Verona, Trento é Inspruck, le llevase á ponerse al otro lado del Inn, y el segundo, mas distante, que por la Carintia y Styria, pasando las poblaciones de Tarvis, Leoben y Lilienfeld, le llevase

Peligro de que rompiendo por los Alpes los archiduques Carlos y Juan cayesen sobre un costado del ejército francés.



Nov. 1805. al conocido puesto de San Polten delante de Viena. En lo relativo al primer camino, suponiendo que el archiduque se hubiese determinado á tomarle en el momento mismo en que capituló Mack, que fué el 20 de octubre, no sabiendo este suceso los franceses en Verona hasta el 28, ni pudiendo haberle sabido los austriacos antes del 25 ó 26, y, suponiendo tambien que antes de salir de Italia no quisiese el archiduque dar una batalla ó un combate para sostener al ejército francés, habria necesitado desde el 25 hasta el 28 para atravesar el Tirol y ponerse sobre el Inn que iba atravesando Napoleon en los dias 28 y 29, siendo pues claro que tenia muy poco tiempo para hacer tan larga marcha. Tocante al camino por Styria, que podria haber tomado despues de la batalla de Caldiero, habria tenido que atravesar el Friul, la Carintia y la Styria, y que andar cien leguas por los Alpes desde el 30 de octubre, dia de la batalla, hasta el 6 ó 7 de noviembre, que eran los en que Napoleon, pasando el Ens, se arrojaba mas adelante; y tambien para tal operacion faltaba tiempo al general austriaco. Pero, si no podia el archiduque Carlos adelantarse á Napoleon, llegando á una de las posiciones defensivas sobre el Danubio, y oponiéndole en ella 150,000 austriacos y rusos reunidos, bien podia, sin adelantarse á su contrario, sino al revés, dejando á éste la delantera, atravesar las sierras de los Alpes para hacer prueba de un ataque de costado al ejército grande. Sin duda, con tropas acostumbradas á vencer, preparadas á atrevidas empresas, y capaces de abrirse paso en cualquiera accion se podia ensayar semejante tentativa, y causar un desconcierto repentino y grave en la marcha de Napoleon, y quizá mudar hasta la faz de los sucesos; pero

habia de ser á trueco de correr el peligro de encerrarse entre dos ejércitos, el de Massena y el de Napoleon, como algunos años antes habia sucedido á Souwarow en el monte de San Gotardo. Tal resolucion habria sido arrojadisima, y de aquellas que no aventura quien dispone de un ejército que es el último recurso de una monarquía.

Napoleon, sin embargo, procedió como si hubiese sido probable tal resolucion por parte de su contrario. La única posicion en que podian situarse los enemigos para cubrir á Viena, ya estuviese Kutusof con solo su ejército, ya se hubiesen juntado con él los archiduques, era la de San Polten. Esta es muy conocida. (*Véanse los mapas números 31 y 32*). Ciñendo los Alpes de Styria al Danubio por su derecha, le impelen hácia el Norte desde Molk hasta Krems, y forman un estribo saliente que se llama el Kahlenberg, el cual viene á rematar en la misma ribera del rio á punto de no dejar casi terreno por donde pueda pasarse. Cubriendo el Kahlenberg con su mole la ciudad de Viena, hay que atravesarle por donde tiene mas anchura para llegar á la capital de Austria. Delante de este estribo, á media subida está una posicion que se extiende bastante, á la cual da nombre el vecino pueblo de San Polten, siendo sitio donde podria dar una batalla con ventaja un ejército austriaco que se fuese retirando. Del camino real que va de Italia á Viena se desprende un ramal que por Lilienfeld vá á pasar cerca de San Polten, y por el cual podrian haber venido los archiduques. El puente de Krems sobre el Danubio, larguísimo y de madera, mantenía abierta comunicacion entre aquel punto y las dos riberas del rio, permitiendo á los cuerpos de reserva

Posicion  
de  
S. Polten  
delante  
de Viena.  
Precau-  
ciones  
que toma  
Napoleon  
para  
acercarse  
á ella.



Nov. 1805. rusos y austriacos pasar allí desde Bohemia. Por consiguiente parecia á Napoleon el lugar mas propio para encontrar en él juntas las fuerzas aliadas, si era posible que delante de Viena se juntasen á esperarle. Al acercarse á aquel puente, tomó, pues, todas cuantas precauciones podian esperarse de un general en quien iban, mas que en otro alguno de los grandes capitanes conocidos, á la par, el cálculo y la osadía. Como llevase á la derecha el cuerpo de ejército del general Marmont, determinó enviarle á Leoben por un camino carretero que vá á este lugar desde Lintz atravesando por la Styria. Llevaba encargo el general Marmont, si sabia que se viniesen acercando los archiduques, de replegarse sobre el ejército grande hasta pasar á servirle de punta de su ala derecha, ó, en caso de que los mismos príncipes pasasen en derechura del Friul á Hungría, de situarse en el mismo Leoben para enlazarse con Massena. Entre el camino que iba á tomar Marmont, y el grande cercano al Danubio que llevaba el grueso del ejército, habia otro de sierra, el cual pasando por Waidhofen y San Gaming venia á caer á Lilienfeld, allende la posicion de San Polten, facilitando por esto á un enemigo el rodearla y envolverla. Allá envió Napoleon el cuerpo de ejército del mariscal Davout. El de Bernadotte no era necesario en Salzburgo estando ocupado por Ney el Tirol, por lo cual le ordenó Napoleon acercarse al centro del ejército, mandando los bávaros al cuerpo de Ney; cosa á éstos muy grata, por ser la posesion del Tirol objeto de su ambicion ardiente y perenne. Guardó para tenerlos consigo y embestir directamente la posicion de San Polten los cuerpos de los mariscales Soult, Lannes y Bernadotte, y ade-

Vá  
el cuerpo  
de  
ejército  
del  
general  
Marmont  
á Leoben.

Recibe  
orden  
el cuerpo  
del  
mariscal  
Davout  
de ir  
por San  
Gaming  
á  
Lilienfeld.

Vuelve  
al centro  
del  
ejército  
el cuerpo  
mandado  
por el  
mariscal  
Bernadotte.

mas la caballería de Murat y su guardia, con lo cual Nov. 1805.  
 tenia lo suficiente, habiendo sido enviado el cuerpo de  
 Davout á rodear la posicion y envolverla.

No satisfecho con esto Napoleon quiso tomar algunas precauciones relativamente á la orilla izquierda del Danubio, la cual tenia muy desatendida, yendo hasta entonces únicamente por la derecha. Habia oido hablar de haber juntado tropas en Bohemia el archiduque Fernando que se escapó de Ulma con algunos miles de ginetes, y tambien de que se iba aproximando el segundo ejército ruso, trayéndole Alejandro en persona á Moravia. Habia, pues, necesidad de guardarse por aquel lado. Napoleon, que habia enviado á Passau la division de Dupont, le mandó adelantarse por la orilla izquierda del Danubio, yendo de continuo emparejada con el ejército y cuidando de hacer reconocimientos en los caminos que iban á Bohemia á fin de averiguar lo que por allí pasaba. Los holandeses, que se habian separado de Marmont, recibieron orden de pasar á juntarse con la division de Dupont; pero, no juzgando Napoleon suficientes estas fuerzas, separó la division de Gazan del cuerpo de ejército del mariscal Lannes, y la agregó á las tropas que iban por la ribera opuesta del rio, dando al mariscal Mortier el mando de todas estas fuerzas. Tambien, para no dejar separadas de las que seguian por la orilla derecha á las trasladadas á la izquierda, discurrió formar de barcos cogidos en los rios Inn, Traun, Ens, y Danubio, á modo de una escuadrilla numerosa, y en ella puso víveres, municiones, y toda la gente del ejército rendida de cansancio, para que, bajando por el último rio á la par con el ejército, hubiese posibilidad de echar en el término de una hora, ya á la derecha, ya á

Rednense  
 en la  
 orilla  
 izquierda  
 del  
 Danubio  
 las  
 divisiones  
 de  
 Dupont  
 y de  
 Gazan,  
 bajo  
 el mando  
 del  
 mariscal  
 Mortier.

Fórmase  
 en el  
 Danubio  
 una  
 escua-  
 drilla  
 para  
 llevar  
 en comu-  
 nicacion  
 entre sí  
 las  
 columnas  
 por  
 ambas  
 riberas.



Nov. 1805. la izquierda, diez mil hombres, por lo cual servia la escuadrilla de enlazar una con otra ambas riberas, y de ser medio de comunicacion y de transporte. Dió el mando de esta escuadrilla al capitán Lostanges, oficial del cuerpo de marinos de la guardia.

Con tal conjunto de precauciones proveyó Napoleon remedio á los inconvenientes de una marcha ofensiva llevada á efecto por un camino angosto y largo encajonado entre los Alpes y el Danubio. Así pues, tenia en las cumbres mismas de los Alpes el cuerpo de Marmont, al promediar su altura al de Davout, y á la falda, y á lo largo de la orilla del rio los de Soult, Lannes y Bernadotte con la caballería de Murat y la guardia; en la contrapuesta ribera el cuerpo de Mortier; y en la corriente de las aguas una escuadrilla, por la cual se enlazasen los que iban por las márgenes diferentes, y que asimismo le sirviese de llevar todo cuanto acarreado por tierra era embarazoso. Con tan respetable aspecto se aproximó á Viena.

Llega  
M. de  
Giulay  
á Lintz  
con la  
propuesta  
de un  
armisticio.

En el punto mismo en que iba á salir de Lintz llegó á su cuartel general un emisario del emperador de Alemania. Era el recién llegado el general Giulay, uno de los oficiales hechos prisioneros en Ulma, puesto poco antes en libertad, el cual, habiendo oído á Napoleon hablar de sus deseos de paz, habia dado noticia de esta circunstancia á su soberano, no sin hacer en su ánimo algun efecto. Enviábale el emperador Francisco á proponer un armisticio. No se explicaba el general Giulay con claridad, pero claro dejaba ver ser su deseo que se detuviese Napoleon antes de entrar en Viena, sin que á trueco de tal pretension ofreciese seguridad alguna de una paz cercana con condiciones admisibles. Bien

consentia el emperador francés en entrar en tratos para la paz sin la menor demora, y entendiéndose con un plenipotenciario competentemente acreditado y autorizado para consentir en los sacrificios necesarios, pero conceder un armisticio sin alguna seguridad de conseguir lo que debia dársele en compensacion de la guerra era dar al segundo ejército ruso tiempo para juntarse con el primero, y á los archiduques el necesario para reunirse con los rusos al pié de las murallas de Viena. No era Napoleon capaz de cometer falta semejante. Declaró, pues, que á las mismas puertas de Viena se detendria sin traspasarlas, con tal que se llegasen á él trayéndole proposiciones de paz sinceras, pero que, no siendo así, iria en derechura á lograr su propósito, que era hacerse dueño de la capital del imperio de Alemania. M. de Giulay alegaba que su gobierno tenia necesidad de entenderse con el emperador Alejandro antes de señalar de fijo condiciones que pudiesen ser aceptadas por todas las potencias beligerantes. Respondió Napoleon que el emperador Francisco puesto en gran peligro haria mal en sujetar sus resoluciones á las del emperador Alejandro, que ninguno corria, siendo mas propio que atendiese á la salvacion de su trono y pueblos, y que para ello se aviniese con la Francia, dejando al cuidado del ejército francés la empresa de enviar á los rusos de vuelta á su tierra. No dijo mas el emperador francés, no declarando cuáles condiciones podrian satisfacerle, pero á pesar de su reserva sabian todos que queria para sí los Estados venecianos, los cuales eran el complemento del reino de Italia; pues si bien no habia emprendido una guerra para adquirirlos, una vez suscitada esta por el Austria, natural era que él pretendiese

Nov. 1805.

Niégase  
Napoleon  
á  
dar oídos  
á  
propuesta  
alguna  
de  
armisti-  
cio  
á que no  
siga una  
negocia-  
cion  
formal  
para  
hacer  
la paz.



Nov. 1805. tan legítima paga de sus victorias. Dejando esto aparte, entregó á M. de Giulay una carta para el emperador Francisco, suave y atenta, si bien bastante clara en cuanto á las condiciones de paz que únicamente aceptaria.

Visita  
del  
elector  
de  
Baviera  
á  
Napoleon.

Tambien recibió Napoleon antes de partir de Lintz una visita del elector de Baviera, el cual, no habiendo podido alcanzarle en Munich, le habia seguido hasta allí para verle y expresarle su agradecimiento, admiracion y alegría, así como sus esperanzas de aumentos de grandeza.

Combate  
de  
Amstet-  
ten.

El emperador francés no habia pasado en Lintz mas que tres dias; cabalmente lo necesario para dar órdenes á sus tropas. Pero los cuerpos de su ejército no habian parado de marchar, y despues de haber atravesado el Inn en los dias 28 y 29 de octubre, el Traun en el 31 y el Ens en el 4 y 5 de noviembre, en este último dia iban cayendo sobre Amstetten y San Polten. En Amstetten quisieron los rusos empeñar un combate de retaguardia para ganar el tiempo bastante á poner en salvo sus equipajes. Atravesaba el camino real de Viena por un pinar, en una de cuyas cañadas tomaron posicion los rusos, donde quedaba libre algun espacio á derecha ó izquierda de la carretera. En este trozo de terreno despejado y delante de él estaba la artillería rusa, sirviéndole de apoyo su caballería, y mas atrás quedaba situado lo mejor de su infantería respaldada al arbolado. Desembocando en el camino Murat y Lannes con los dragones y los granaderos de Oudinot vieron estas disposiciones de sus contrarios. Era la vez primera que estos generales se encontraban con los rusos y tenian prisa de enseñarles cómo peleaban los franceses. Echaron los dragones y cazadores á galope por la carretera á apoderarse

de la artillería y á acabar con la caballería enemiga. Pronto los valerosos ginetes franceses, despreciando el fuego de metralla, se hicieron dueños de las piezas, acuchillaron á la caballería, y dejaron despejado el terreno. Pero tenian aún que desbaratar la infantería respaldada á los pinares. Tomaron á su cargo este empeño los granaderos de Oudinot, y, despues de hacer y recibir un vivísimo fuego de fusilería, fueron á bayoneta calada sobre los rusos. Estos, manifestando valor nada comun, lucharon cuerpo á cuerpo, y por largo tiempo siguieron aprovechándose de lo espeso del arbolado para mantenerse en su resistencia. Al cabo los forzaron los granaderos franceses en su posicion, y aun los pusieron en desordenada fuga, habiéndoles muerto, ó herido, ó tomado prisioneros como unos mil hombres.

Murat y Lannes, prosiguiendo juntos su camino, el primero con su caballería siempre alentada y diligente, aunque rendida de cansancio, y el segundo con sus terribles granaderos, continuaron en la persecucion del enemigo en los dias 6, 7 y 8 de noviembre sin poder alcanzarle en parte alguna.—Los rusos (escribia Lannes á Napoleon) van huyendo con mas priesa que la nuestra al perseguirlos; no se pararán una vez sola para pelear esos miserables.—Llegados el príncipe y el mariscal el dia 8 delante de San Polten se encontraron con sus adversarios formados en batalla presentándoles denodado continente, y como resueltos á entrar en formal pelea. Los dos generales de la retaguardia francesa, no obstante el ardor de que iban consumidos, no osaron arrojarse á la ventura de una batalla, sin presenciirla su emperador ó mandarla. Por otro lado, tampoco eran dueños de lo que para empeñar una campal se necesi-

Llegados  
Murat  
y Lannes  
delante  
de  
S. Polten  
se  
encuen-  
tran  
alli con el  
enemigo  
formado  
en  
batalla.



Nov. 1805.

Resuél-  
vense  
á  
aguardar  
al  
empera-  
dor  
Napoleon  
antes  
de  
empren-  
der  
cosa  
alguna.

Quedaron pues las opuestas tropas frente á frente todo el dia 8. Estaban los franceses cercanos á la hermosa abadía de Mölk, rica fábrica y posesion asentada en un lugar escarpado de la márgen del Danubio, y que dominaba el espacioso cauce del rio con sus soberbias cúpulas y torres, presentando uno de los mas vistosos aspectos entre cuantos hay en el mundo. Estaba aquel edificio reservado para servir de cuartel general al emperador Napoleon, y encerraba ademas recursos copiosos, especialmente para la asistencia de los enfermos y heridos.

Murat se alojó en la quinta de Mittrau, posesion del conde de Montecuculli. Allí recibió varios avisos informándole de que no tenian intencion los rusos de hacer frente á los franceses en San Polten. Efectivamente, acababan de tomar una resolucion importante. Despues de haber detenido á sus contrarios en su marcha, ya cortándoles los puentes, ya empuñando combates de retaguardia, y habiendo ya accedido al deseo del emperador de Austria, cuyo empeño habia sido que por todo el mas tiempo posible se disputase á los invasores el paso por el camino real de Viena, creyeron que habian hecho harto, y miraron por su seguridad propia. Pasaron de nuevo el Danubio por Krems en el paraje donde el rio, terminado su recodo hácia el Norte, vuelve á correr hácia el Oriente. (*Véase el mapa núm. 52.*) El motivo que los impelió á tomar esta determinacion fué haber sabido que parte del ejército francés habia pasado á la orilla izquierda del Danubio. Podian temer en efecto que, haciendo Napoleon una maniobra imprevista y echando á la ribera opuesta el grueso de sus fuerzas, les cortase el camino de Bohemia y de Moravia. Por eso se

Pasan  
los rusos  
el  
Danubio  
por  
Krems  
para  
retirarse  
por la  
opuesta  
orilla  
hácia  
su  
principal  
ejército.

pusieron de la otra parte del rio por Krems, cuyo puente quemaron no bien le hubieron pasado, porque, estando apenas empezadas á hacer las obras que habrian hecho posible defenderle y aun asegurarse su posicion exclusiva, no tenian otro recurso que destruirle. Efectuaron su paso en el dia 9, dejando en todo el archiducado de Austria horribles señales de su presencia. Iban saqueando, destrozando, y hasta matando, en suma, portándose como verdaderos bárbaros, á punto de que los habitantes de aquella tierra al ver venir los franceses, casi los miraban como á libertadores. Tampoco seguian respecto á los austriacos una conducta de amigos, pues por el contrario los trataban con arrogancia desmedida, echándoles en cara con afectacion los reveses de la campaña. Llegó á ser sobre este punto el lenguaje de los oficiales y generales rusos de una altanería ofensiva, y nada merecida por los maltratados austriacos, los cuales, si no igualaban en firmeza á la infantería rusa, en las demas calidades militares eran muy superiores á sus aliados.

Estando asi muy mal entre sí austriacos y rusos, se separaron de los segundos los primeros para contribuir á la defensa de los puentes de Viena, y el conde de Meerfeld con su cuerpo de ejército se retiró por el camino de Steyer á Leoben. Iban en su seguimiento el mariscal Marmont por el camino de Waidhofen á Leoben y el mariscal Davout por el de San Gering á Lilienfeld. Quedaba, pues, de recurso á los franceses el que va en derechura á Viena, faltándoles solo dos marchas para ponerse á las puertas de la capital de Austria, sin contrario alguno que pudiese disputarles la entrada en su recinto.

Grande hubo de ser para Murat la tentacion que se



NOV. 1805.

Marcha  
precipi-  
tada  
de Murat  
sobre  
Viena.

le vino, y difícil era que resistiese á su ardiente deseo de arrojarle delante y presentar á la capital de Viena su persona, que gustaba de lucir en primer lugar, así en las revistas como los peligros. Hasta entonces nunca habian entrado ejércitos venidos del Occidente en aquella antigua metrópoli del imperio germánico. Moreau en 1800 y el general Bonaparte en 1797 habian firmado armisticios estando ya cercanos á avistarla. Solamente los turcos habian llegado á ponerse al pié de sus muros, pero sin lograr abrirse sus puertas. No resistió Murat á la tentacion, y del 10 al 11 fué sobre Viena, estrechando á los mariscales Soult y Lannes á que le siguiesen apresurados. Guardóse con todo de intentar la entrada, y se paró en Burkersdorf, situado en el desfiladero montuoso del Kahlenberg y á dos leguas de la ciudad á que se encaminaba.

Era esta precipitacion inútil, y la accion toda de Murat peligrosa, porque la imprevista mudanza recién vista en la marcha de los enemigos bien merecia detenerse á esperar órdenes de Napoleon; y por otra parte no dejaba de ser yerro adelantarse demasiado al cuerpo del mariscal Mortier, y á la escuadrilla destinada á mantenerse en comunicacion constante con lo demas del ejército, y echarse á correr á ciegas, metido entre los rusos que habian pasado al otro lado del Danubio y los austriacos arrinconados hácia las montañas.

Peligro  
del  
cuerpo  
del  
mariscal  
Mortier  
puesto  
en la  
orilla  
izquierda  
del  
Danubio.

En efecto, en aquella hora amenazaba una refriega al mariscal Mortier situado en la orilla izquierda del Danubio y llegado cerca del Rhin, y que tenia delante de sí á los rusos trasladados á la misma ribera por el puente de Krems. Con todo, el peligro del mariscal en aquel momento no debia achacarse á Murat, aunque éste contribuyó á cau-

sarle y mas todavía á agravarle por haber ido con precipitacion sobre Viena, sino á un descuido casi nunca visto en las operaciones militares dirigidas por Napoleon; pero, en este caso, descuido evidente, porque hay momentos en que falla la vigilancia mas continua é infatigable.

Distraido el emperador de los franceses con mil atenciones habia faltado á uno de sus hábitos mas invariables, que era el de asegurarse siempre de que habian sido ejecutadas sus órdenes despues de haberlas dado. Habia mandado en general que se juntasen en un solo cuerpo las divisiones de Gazan, Dupont y Dumonceau, y que se formase una escuadrilla cuyo mando tuviese el capitan Lostanges, á fin de tener en comunicacion las columnas que iban por la izquierda del rio con las que seguian por la derecha; y, dadas estas disposiciones, habia confiado en demasía en los que mandaban á sus órdenes, seguro de que harian concordar bien todo cuanto él habia dispuesto. Murat habia ido con priesa excesiva; Mortier, ó ya le llevase consigo el movimiento de Murat, ó ya no hubiese dado al general Dupont instrucciones bastante precisas, habia dejado á una marcha de distancia á la division de Gazan que llevaba consigo de las de Dupont y Dumonceau que habian de alcanzarle; y la escuadrilla, hallando dificultades para reunirse, se habia quedado muy atrasada.

Sin embargo, Napoleon, advirtiéndole con prontitud las faltas cometidas, acudió apresurado á Mölk, y, adviniendo antes de saberlo que estaba en peligro el cuerpo del mariscal Mortier, mandó detenerse al del mariscal Soult que Murat llamaba tras sí, y envió á Murat y á Lannes ayudantes de campo ordenándoles ir mas des-



Nov. 1805.

pacio en sus movimientos. No solo temia lo que pudiese suceder al cuerpo situado en la ribera izquierda del Danubio, sino tambien que padeciese algun revés su vanguardia, la cual se habia internado con imprudencia por los desfiladeros de Kahlenberg.

En ningun caso como en los de la guerra llevan las faltas tan pronto su castigo, porque en ninguna otra cosa humana vienen con tal rapidez tras de las causas los efectos. Los rusos, guiados en el territorio austriaco por el coronel Schmidt, oficial del estado mayor de Austria, de mérito superior, pronto se enteraron de que una division francesa estaba casi separada de los suyos en la orilla izquierda del Danubio, y resolvieron caer sobre ella y acabarla. Dándoles ánimo y confianza estar destruido el puente de Krems, y por esto imposibilitado el ejército francés de dar socorro á la division expuesta, no viéndose en el rio número de barcos bastantes á suplir la falta del puente, se detuvieron para alcanzar un triunfo que hubo de parecerlos fácil. La division de Gazan constaba apenas de 5,000 hombres, y los rusos tenian allí juntos cerca de 40,000, á pesar de haberse separado de ellos los austriacos. Favorecia el terreno sus proyectos, porque corre el Danubio por aquel lugar entre orillas escarpadas, yendo estrechado por un lado por los montes de Bohemia y por el opuesto por los Alpes de Styria. Desde Dirnstein á Stein y á Krems el camino de la ribera izquierda, angosto y en muchos lugares cortado en peña viva, va encajonado entre el rio y los vecinos montes que á este dominan. Es allí sobre manera difícil el acarreo en mulas. Así el mariscal Mortier, que iba siguiendo aquel camino con la division de Gazan, habia puesto en barcos la única batería que con-

sigio llevaba. Los caballos, llevados del diestro, iban por la orilla á pié levantado. Nov. 1805.

El 11 de noviembre, mientras Murat por la orilla derecha se arrojaba precipitado hasta llegar á las puertas de Viena, Mortier por la izquierda habia rebasado á Dirnstein, lugar en que están las ruinas del castillo donde estuvo preso Ricardo, Corazon de Leon. En el mismo punto de Dirnstein se desvian un poco del rio los cerros, y dejan espacio entre su falda y la corriente. Ya por alli el camino, ya un tanto hundido en el mismo terreno, ya algo levantado, formando una calzada. La division francesa que iba por aquellos lugares descubrió el humo que despedia el recién quemado puente de Krems, donde aún no estaba apagado el fuego. Pronto reconoció á los rusos, y receló que todos ellos habrian pasado el Danubio por el abrasado puente. Aquellas tropas, sin pensar mucho en lo que delante se les aparecia, y llevadas del ardor que entonces animaba á todo el ejército, no discurrieron otra cosa que hubiesen de hacer sino proseguir en su camino y pelear con sus contrarios. Asi lo mandó Mortier, siendo al instante puntualmente obedecido. Un oficial de artillería llamado Fabvier, llegado despues á ser general y hombre famoso, que entonces tenia el mando de la batería aneja á la division de Gazan, mandó desembarcar sus piezas y las situó en posicion. Los rusos cayeron formados en columna cerrada sobre la primera division francesa. El fuego de la artillería hacia cruel destrozo en sus columnas, por lo cual se arrojaron sobre los cañones resueltos á ganarlos; pero la infantería de los regimientos franceses 100 y 103 defendió las piezas con extremado denuedo. Trabóse en aquel lugar estrecho una lid encarnizadisima

Combate  
de  
Dirnstein.



Nov. 1805. en que fueron tomados los cañones y recobrados inmediatamente, y en el momento de ser arrebatados á los rusos disparados sobre ellos casi á boca de jarro, causándoles mortandad horrorosa. Situados los franceses en las menores quiebras del terreno hacian un fuego de tiradores no menos temible que el de su artillería. Medio dia duró la refriega en aquel punto, y, juzgando por el número de heridos encontrados en él al dia siguiente, hubo de tener el enemigo pérdida considerable. Hicieron los franceses 1,500 prisioneros y quedaron dueños del terreno en que habian combatido, creyendo posible tomar en él algun descanso.

Se habia llegado peleando hasta Stein. El regimiento francés, 4.<sup>o</sup> de ligeros, situado en partidas sueltas en las alturas que dominan la madre del rio, seguia desde allí un tiroteo muy vivo, y que iba siéndolo mas á cada instante. Pronto se supo la causa, difícil de adivinar al principio. Los rusos habian dado vuelta á las alturas, y con dos columnas, cuya fuerza era de 12 á 15,000 hombres, habian caido sobre la espalda de la division de Gazan, y apoderándose de Dirnstein, pueblo atravesado por la misma division en aquella mañana. Estaban, pues, los franceses de la division de Gazan envueltos y cortados de la de Dupont que se habia quedado atrás una marcha. Tampoco aparecia parte alguna de la escuadrilla en el Danubio, y por consiguiente habia levisima esperanza de salvarse. Ibase acercando la noche, y era la situacion horrorosa, no habiendo duda de que tenia la division por contrario un ejército entero, y en tal extremo á todos evidente no pasó por la imaginacion de oficiales ó soldados capitular, siendo la única alternativa que se presentó á la idea de aquella gente

Extremado peligro de la division de Gazan, y noble conducta de la misma y del mariscal Mortier que la mandaba.

valerosa la de morir ó salir salvos y libres; ¡tan heroico era el espíritu que á aquel ejército animaba! El mariscal Mortier, acorde en su modo de pensar con sus soldados, estaba resuelto, antes que entregar á los rusos su espada de mariscal, á dejar allí la vida. Ordenó, pues, marchar en columna cerrada, y á bayoneta calada abrirse paso, retrocediendo sobre Dirnstein, donde la division de Dupont habia de venir á juntarse con sus tropas. Era ya de noche, y entre tinieblas volvió á empezar la lid trabada en la mañana anterior con los rusos, pero en direccion opuesta. Volvióse á pelear cuerpo á cuerpo en aquella angostura, estando tan cerca unos de otros los combatientes, que con frecuencia se asian por el pescuezo. Fué ganando terreno hácia Dirnstein en tan reñida pelea; pero á pesar de su esfuerzo, los franceses, despues de haber roto varias de las masas de sus enemigos, desesperaban de poder llegar al fin propuesto, y de abrirse definitivamente un camino que, alguna vez, por instantes abierto, estaba de continuo volviendo á cerrarse. Algunos oficiales de Mortier, no divisando ya posibilidad de salvarse, le propusieron que se embarcase solo, libertando á lo menos su persona de caer en manos de los rusos, para no dejarles tan señalado trofeo como seria tener prisionero un mariscal de Francia.—No, respondió el ilustre mariscal, no hay quien se separe de gente tan valerosa. Con ella es preciso salvarse ó perecer.—Siguió, pues, allí, espada en mano, peleando al frente de sus granaderos, y embistiendo reiteradas veces á sus contrarios, á fin de entrar en Dirnstein, cuando de pronto sonó por la espalda del pueblo un fuego violentísimo. Revivió al momento la esperanza, porque casi no cabia duda de que la division de Dupont habia llegado. En efecto,



Nov. 1805.

Llegando  
apresu-  
rada  
la  
division  
de  
Dupont  
salva  
á la de  
Gazan.

aquella esforzada division, despues de haber estado marchando todo el dia, sabiendo en el camino la peligrosa situacion del mariscal Mortier acudia á darle socorro. El general Marchand con el regimiento 9.<sup>o</sup> de ligeros, sostenido por los de línea 96 y 32, que tanto se habian señalado en Haslach, se internó en aquella angostura, yendo parte de su gente adelante en derechura hácia Dirnstein por la carretera, y echando otra parte hácia arriba por las quebradas que bajaban de los montes para arrollar por allí hasta las alturas á los rusos. Trabóse en aquellos desfiladeros una pelea no menos brava y sangrienta que la que estaban sustentando los soldados de la division de Gazan en el mismo instante. Por fin, el 9.<sup>o</sup> de ligeros logró llegar á Dirnstein, donde entró por un lado mientras penetraba el mariscal Mortier por el otro opuesto. Juntáronse las dos columnas francesas, y conociéronse á la luz del fuego, abrazándose unos á otros los soldados rebosando en júbilo al verse libertados de tal desastre.

Por ambas partes habia sido cruel la pérdida; mas no así la gloria; siendo grande la de los franceses, que en número de 5,000 habian resistido á mas de 30,000 rusos, y salvado el honor de su bandera abriéndose paso. Hechos de esta clase deben ser repetidos para que sirvan de ejemplo á las naciones, porque demuestran que soldados resueltos á morir, sobre poder siempre salvar su honor, logran á menudo salvar su libertad y vida.

El mariscal Mortier encontró otra vez en Dirnstein los 1,500 prisioneros que habia hecho en la mañana anterior. Los rusos perdieron, entre muertos, heridos y prisioneros, cerca de 4,000 hombres, en cuyo número

estaba el coronel Schmidt, pérdida de las mas sensibles Nov, 1805.  
que podian experimentar, y que pronto tuvieron motivo de llorar amargamente. Los franceses tuvieron fuera de combate 3,000 hombres entre muertos y heridos, habiendo perdido la division de Gazan la mitad de su fuerza.

Cuando Napoleon, que estaba en Molk, supo las resultas del encuentro que acaba de referirse, recobró el sosiego que habia perdido, porque habia llegado á temer que toda la division de Gazan quedase destruida. Sintió extremada satisfaccion por la conducta del mariscal Mortier y de sus tropas, y envió á las dos divisiones de Gazan y de Dupont los mas lucidos premios, llamándolas á ambas á la orilla derecha del Danubio para darles descanso y auxilio á sus heridos, y destinando á Bernadotte con los suyos á reemplazarlas en la orilla izquierda. Pero desahogó su enojo en Murat, culpándole por el desconcierto que habia habido en la marcha general de las diversas columnas de ejército. Era Napoleon, por su condicion natural, indulgente; pero por su juicio, severo. Preferia al valor de mas brillo uno de mas sencillez, firme y reflexivo, aunque empleaba el de una y de otra clase, segun se le presentaba en sus ejércitos la naturaleza. De ordinario era riguroso con Murat, porque gustaba poco de su ligereza, ostentacion y ambicion inquieta, si bien hacia justicia á su excelente índole (1)

Dura  
repre-  
sion  
de  
Napoleon  
á Murat  
con  
motivo  
del  
peligro  
que  
habia  
corrido  
Mortier.

(1) Por fuerza ha de admirar á los españoles ver calificado de hombre de buena índole ó tiernas entrañas al para ellos feroz Murat, disponedor de las atrocidades cometidas el dos de mayo. Pero en la jurisprudencia del ejército francés, que para M. Thiers es justa y sagrada, era rebelde quien resistia á los suyos, y lícito dar muerte á los rebeldes, y necio escrúpulo el de averiguar en prolijo proceso si eran ó no culpados aquellos á quienes trataban los dominadores de castigar para que sirviese de escarmiento su tragedia. Así Murat hubo de ser menos cruel que otros: solo que, como M. Thiers, no juzgaba crueldad quitar la vida á unos pocos extranjeros.



IV. 1805. y á su brillante bizzaría. Escribióle una carta durísima. — «Primo mio, le decia, no puedo aprobar vuestro modo »de marchar. Vais adelante como un calavera, y no »pesais las órdenes que os comunico. Los rusos, en vez »de cubrir á Viena, han vuelto á pasar el Danubio por »Krems. Esta circunstancia extraordinaria deberia ha- »beros hecho entender que no podiais hacer cosa alguna »sin recibir nuevas instrucciones... Sin saber qué pro- »yectos puede tener el enemigo, ni conocer cuál era mi »voluntad en esta mudanza de las cosas, vais á encajar »un ejército sobre Viena... En nada habeis mirado sino »en la pobre gloria de entrar en Viena... Solo hay gloria »verdadera donde hay peligro. No le hay en entrar en »una capital indefensa.» (Mölk, 11 de noviembre).

En este momento expiaba Murat las culpas ajenas, así como las propias. Sin duda habia ido con excesiva precipitacion; pero, aun cuando se hubiese quedado delante de Krems sin puentes ni barcos, poco socorro podria haber dado á Mortier, cuyo peligro habia nacido principalmente de haber quedado muy distantes entre sí las divisiones de Dupont y Gazan, y muy atrasada la escuadrilla. Murat llevó la reprension con suma pena. Noticioso Napoleon por su ayudante de campo Bertrand del pesar que tenia su cuñado, enmendó con palabras cariñosas el efecto de su reprension severa.

Napoleon  
provecha  
la marcha  
precipi-  
tada  
de Murat  
mandán-  
dole  
tomar los  
puentes  
del  
Danubio.

Queriendo Napoleon sin demora sacar partido aun de la misma falta de Murat, le mandó, supuesto que ya estaba á vista de Viena, no que entrase en la ciudad, si no que se situase al pié de sus murallas, y recorriendo por fuera su recinto, se apoderase del puente grande del Danubio que está fuera de los arrabales. Una vez ocupado el puente, mandaba Napoleon que con la mayor

presteza posible fuesen adelante sus tropas por el camino de Moravia, á fin de anticiparse á los rusos en llegar al punto donde se junta con la gran carretera de Olmütz la que viene de Krems. Haciéndose dueños del puente, y yendo con velocidad, era posible cortar al general Kutusof su retirada hácia Moravia, y aun hacerle llevar un revés de tanto desastre como el que el general Mack habia padecido. Murat tenia, pues, ante sí una ocasion de reparar sus yerros, y se dió prisa á aprovecharla.

Era, sin embargo, poco creible que hubiesen los austriacos cometido la falta de dejar intactos los puentes de Viena, con cuya posicion serian los franceses dueños de ambas orillas del rio, ó que habiéndolos dejado intactos no lo tuviesen todo preparado para inutilizarlos á la señal primera. Así que, era muy dudoso el logro de la operacion que el emperador francés deseaba mas que mandaba.

Los austriacos habian renunciado al intento de defender á Viena. Tiene la hermosa y extensa capital de Austria un recinto regular amurallado, el mismo que sirvió de defensa contra los turcos en 1683; pero como, andando el tiempo no pudiese seguir ceñida á sus antiguos estrechos límites, y como al rededor de estos se hubiesen levantado vastos arrabales, hízose una muralla de poca altura en forma de estrella que encerrase todo el terreno poblado de edificios. Todo ello era obra poco capaz de defensa, siendo fácil de ganar la muralla que cubre á los arrabales, y no mas difícil, una vez apoderados de estos, obligar al cuerpo de la ciudad á entregarse con solo hacerle fuego con algunos obuses. El emperador Francisco habia encargado al conde de Würbna, hombre juicioso y conciliador, que recibiese á



Nov. 1805. los franceses, y con ellos se concertase para que fuese ocupada la capital en paz y sosiego. Pero tambien estaba resuelto á disputar á los enemigos el paso del rio.

Viena está asentada á alguna, bien que corta, distancia del Danubio, el cual corre á la izquierda de la ciudad, formándose entre sus brazos islas pobladas de arbolado. Atravesaba los varios brazos del rio un puente largo de madera, sirviendo de comunicacion de una á otra orilla. Los austriacos tenian hacinados materiales combustibles bajo la tablazon del puente, y estaban prontos á abrasarle, no bien se pusiesen los franceses á la vista. Manteníanse en tanto en la ribera izquierda con su artillería asestada y un cuerpo de entre 7 ú 8,000 hombres, mandados por el conde de Auersberg.

Murat se habia acercado mucho al puente, sin entrar en la ciudad, cosa fácil por la naturaleza de aquel terreno. En el mismo momento corria por todas partes la voz de que iba á celebrarse un armisticio. Llegado Napoleon al castillo de Schoenbrunn, que por aquel camino real está delante de Viena, habia recibido allí una diputacion del vecindario de la ciudad, el cual se acogia á su clemencia. Habia tratado á los diputados con las contemplaciones debidas á un pueblo de excelente natural, y que es obligacion de las naciones civilizadas guardarse mutuamente. Tambien habia recibido á M. de Giulay, que venia á reiterar las propuestas hechas en Lintz, y aparentado darle oidos. De ello habia resultado propagarse con velocidad la idea de un armisticio que podia venir á parar en la paz. Napoleon, al mismo tiempo, habia enviado al general Bertrand á que reiterase á Murat y á Lannes la orden de hacerse dueños de los puentes si fuese posible. Ni Murat ni Lannes habian menester ser

Tómanse  
por  
sorpresa  
los  
puentes  
de Viena.

espoleados. Tenian á los granaderos de Oudinot apostados en las frondosas arboledas linderas á la corriente del Danubio, y ambos en persona, asistidos de algunos ayudantes, se habian adelantado hasta la misma cabeza del puente, á donde tambien habian acudido por su lado el general Bertrand y el coronel Dode de la Brunerie, oficial de ingenieros.

Cerraba aquella cabeza de puente una barrera de maderos que fué pronto derribada. Detrás, y á algun trecho, estaba de centinela un húsar, que disparó su carabina y dió á huir á galope. Diéronle alcance los franceses, recorrieron la línea larga y retorcida de puentecillos echados sobre los varios brazos del rio, y llegaron al puente grande echado sobre el brazo principal de la corriente. Allí, en vez de vigas, solo se veia una capa de haces de fagina echados sobre la tablazon. En el mismo instante preséntase un sargento de artillería austriaco, mecha en mano; arrójase á él el coronel Dode, cógele, y le detiene en el momento en que iba á prender fuego á los combustibles preparados debajo de los arcos. Llegan así los franceses á la otra orilla, entran en conversacion con los artilleros austriacos diciéndoles que está firmado un armisticio ó próximo á firmarse, y tambien negociándose la paz, y muestran deseo de hablar con el general que mandaba aquellas tropas.

Cogidos de sorpresa los austriacos titubean, y llevan al general Bertrand donde está el conde de Auersberg. Mientras esto pasaba, iba adelantando por mandado de Murat una compañía de granaderos, no siendo posible divisarla, gracias á los grandes árboles que hay junto al rio, y á las revueltas del camino que ya va por puentes, ya por islas llenas de bosque. Esperando la llegada de los



Nov. 1805. que se habian adelantado no paraban de hablar con los austriacos estando á la misma boca de sus cañones. Asoma de repente la columna de granaderos largo tiempo oculta á la vista. Descubriéndola los austriacos empiezan á creerse burlados, y se preparan á hacer fuego. Lannes y Murat, con los oficiales que los acompañan, se arrojan á los artilleros, siguen hablándoles, logran que otra vez vacilen, y, entreteniéndolos, dan tiempo á que la columna llegue. Entonces abalánzanse los granaderos franceses á los cañones, se apoderan de ellos, y desarmar á los artilleros austriacos.

Venia entretanto el conde de Auersberg en compañía del general Bertrand y del coronel Dode. Fué para él cruel sorpresa ver el puente caido en poder de los franceses y gran fuerza de estos ya junta en la orilla izquierda del Danubio. Quedábanle aún algunos miles de soldados de infantería para disputar lo que le habian ganado. Pero le repitieron todas las relaciones con que habian antes detenido en su resistencia á los encargados de guardar el puente y aun le persuadieron á que debia retirarse á algun trecho del rio con sus tropas. Por otro lado venian llegando á cada instante mas franceses, y recurrir á la fuerza era ya cosa inútil, pasado el tiempo de emplearla. Alejóse, pues, de aquel lugar el conde de Auersberg, turbado y confundido, como si, segun las apariencias, no pudiese entender lo que acababa de pasarle.

Por medio de tal hecho de astucia hermanada con arrojo, al cual da realce el inaudito valor de los que la intentaron y llevaron á feliz remate, cayeron en poder del ejército francés los puentes de Viena. Cuatro años despues, por faltar aquellos puentes, costó el paso del

Danubio sangrientas lides que estuvieron á punto de ser funestas á Napoleon y á la Francia.

Fué extremado el gozo del emperador francés al tener noticia de tan feliz acontecimiento. Ya no pensó mas en reñir á Murat y al contrario le mandó partir sin tardanza con los cuerpos de caballería de la reserva y los de Lannes y Soult para ir por el camino de Stockerau á Hollabrunn á cortar la retirada al general Kutusof.

Despachadas estas órdenes, dedicó su principal cuidado á la policía de Viena y á la ocupacion militar de la misma ciudad. Era para él hermoso triunfo entrar en aquella capital antigua del imperio de Alemania, donde nunca habia puesto el pié como vencedor contrario alguno. En verdad, en los dos siglos anteriores, si bien habia habido guerras grandes y reñidas, y perder y ganar de batallas memorables, no se habia visto á un conquistador enarbolando su bandera en la capital de un Estado poderoso, haciéndose necesario retroceder á la historia de los tiempos de grandes conquistas para hallar ejemplos de tales sucesos en la guerra.

Quedóse Napoleon residiendo en el castillo ó palacio imperial de Schoenbrunn. Dió el gobierno de la ciudad de Viena al general Clarke, y dejó á la milicia urbana el cuidado de conservar el público sosiego. Mandó guardar la mas rígida disciplina, y fué obedecido, no consintiendo que se tocase á otra propiedad que á la pública, como las cajas del gobierno y los parques. El grande de Viena encerraba inmensas riquezas: 100,000 fusiles, 2,000 piezas de artillería, y municiones de todas clases en abundancia. Habia motivo de admirarse de que el emperador Francisco no le hubiese mandado desocupar llevándose su contenido por el Danubio. Echóse



Nov. 1805. mano de todo cuanto en él habia para provecho del ejército vencedor.

Napoleon en seguida distribuyó de tal manera sus fuerzas que tenia bien guardada la capital y no menos bien observado el camino de los Alpes, por donde podian llegar los austriacos muy en breve; el de Hungría por donde era tambien posible que viniesen algo despues; y por último, el de Moravia, lugar por donde estaban los rusos con crecida fuerza.

Llegada  
del  
mariscal  
Marmont  
á Leoben  
y  
combate  
del  
mariscal  
Davout  
en  
Mariazell.

Queda dicho que habia enviado por el camino real que va á Leoben al mariscal Marmont á hacerse dueño del paso de los Alpes, y al mariscal Davout por el camino de San Gaming para envolver la posicion de San Polten. El conde de Meerfeld, con la fuerza mayor del ejército austriaco separado del ruso, tambien habia echado por la gran carretera de Leoben, y, viéndose perseguido por el general Marmont, se habia retirado por un puerto muy elevado del camino de San Gaming por donde caminaba el mariscal Davout. Iba éste trepando trabajosamente entre los hielos y nieves de un invierno precoz por las montañas mas escarpadas, y, gracias al celo de los soldados y al vigoroso aliento de los oficiales, habia logrado superar todos los obstáculos, cuando cerca de Mariazell, en el camino real de Leoben á San Polten por Lilienfeld, tropezó con el cuerpo del general Meerfeld que venia huyendo del general Marmont. Al momento se trabó entre los franceses y austriacos un combate de la clase de los que habia dado Massena en los Alpes en la pasada guerra. El mariscal Davout arrolló á sus contrarios, les hizo cuatro mil prisioneros, obligó á los demas á recogerse desordenados á las montañas, y en seguida fué á caer sobre Viena. El general Marmont, llegado á

Leoben casi sin disparar un tiro, se detuvo allí y es- Nov. 1805.  
peró nuevas órdenes de su emperador.

No eran menos favorables á los franceses los sucesos en el Tirol y en Italia. El mariscal Ney, encargado de invadir el Tirol despues de la toma de Ulma, con acierto y felicidad habia escogido para penetrar en aquella region el desembocadero de Scharnitz que es la *Porta-Claudia* de los antiguos. Era este un paso de los mas intransitables de aquella sierra; pero tenia la ventaja de que llevaba en derechura á Inspruck en medio de las tropas desparramadas de los austriacos, que, esperando poco ser allí acometidos, se habian esparcido desde el lago de Constanza hasta las fuentes del Drave. Apenas tenia el mariscal Ney 9 ó 10,000 hombres; pero todos soldados intrépidos como su caudillo, con los cuales podia acometerse la mas atrevida empresa. Mandóles escalar en el mes de noviembre los puertos mas elevados de los Alpes, despreciando los peñascos que sobre sus cabezas arrojaban los habitantes, porque los tirolese, apasionadamente adictos á la casa de Austria, no querian ser puestos bajo la dominacion de Baviera, de lo cual estaban amenazados. Pasó por encima de los atrincheramientos de Scharnitz, entró en Inspruck, y dispersó los austriacos que encontró delante atónitos de su venida, echando á unos al Vorarlberg y á otros al Tirol italiano. El general Jellachich y el principe de Rohan fueron echados hácia el Vorarlberg y de allí hácia el lago de Constanza por el mismo camino por donde llegaba á la sazón Augereau. Como si hubiese decretado la suerte que no hubiese de escaparse de manos de los franceses una sola reliquia del ejército vencido en Ulma, el general Jellachich, que al tiempo de entregarse

Conquista  
del Tirol  
por el  
mariscal  
Ney.



Nov. 1805. en Memmingen habia logrado libertarse del mariscal Soult que le perseguia, vino á dar con el cuerpo de Augereau, y, no viendo la menor posibilidad de salvarse, rindió las armas con una division de 6,000 hombres. El príncipe de Rohan menos adelantado hácia el Voralberg tuvo tiempo de volver atrás, y, haciendo una marcha atrevidísima á través de los acantonamientos de las tropas francesas, que despues de la toma de Inspruck guardaban con descuido el Brenner, burló la vigilancia de Loison uno de los generales de division del cuerpo de ejército del mariscal Ney; pasó cerca de Botzen casi á vista de sus contrarios; y vino á caer sobre Verona y Venecia, cuando por allí Massena iba siguiendo por la retaguardia al archiduque Cárlos. Massena habia encargado al general Saint-Cyr que con las tropas traídas de Nápoles bloquease á Venecia donde habia dejado una guarnicion crecida el archiduque que se retiraba. Admirado el general Saint-Cyr de la aparicion de un cuerpo enemigo por la espalda de Massena, cuando éste ya estaba al otro lado de los Alpes Julianos, acudió con la mayor diligencia y envolvió al príncipe de Rohan, el cual así como el general Jellachich se vió obligado á entregar las armas. El general Saint-Cyr hizo cerca de 5,000 prisioneros.

Desamparan los dos archiduques al Tirol y á Italia para pasar á Hungría.

En tanto el archiduque Cárlos proseguia su trabajosa retirada á lo largo del Friul y allende los Alpes Julianos. Su hermano, el archiduque Juan, pasando del Tirol italiano á Carinthia, iba por las entrañas de los Alpes en línea enteramente paralela. Desesperando con razon los archiduques de poder llegar á tiempo oportuno á una de las posiciones defensivas del Danubio, y juzgando loca temeridad echarse sobre Na-

poleon por un costado, se habian resuelto á reunirse en Laybach, viniendo uno por Villach y otro por Udina, para encaminarse en seguida juntos á Hungría. Allí podrian con toda seguridad reunirse con los rusos que estaban ocupando la Moravia, y, efectuada la reunion, tomar otra vez la ofensiva, con tal que ninguna falta hubiese causado reveses á los ejércitos aliados, y si aun quedaba á los dos emperadores de Alemania y Rusia aliento bastante para proseguir la empezada contienda.

El general Marmont, situado delante de Leoben, en las cumbres de los collados que separan el valle del Danubio del del Drave, veia con despecho pasar desfilando casi á su vista las tropas del archiduque Juan, y estaba consumido de impaciencia de entrar con ellas en combate; pero seguia enfrenado en su ardor por una orden formal y precisa que le dictaba ceñirse á guardar los desfiladeros de los Alpes.

Massena, despues de haber ido en seguimiento del archiduque Carlos hasta los Alpes Julianos, se habia parado á su falda, creyendo que no debia meterse en Hungría tras de los archiduques, y, puesto en comunicacion con el general Marmont, aguardaba órdenes de su emperador.

Todos estos movimientos habian sido llevados á efecto cumplido hácia mediados de noviembre, al mismo tiempo poco mas ó menos que el ejército grande ejecutaba su marcha sobre Viena. Por cierto, quien hubiese discurrido un plan en el sosiego de su estudio con las facultades que abundan al trazar proyectos sobre un mapa, no habria podido disponerlo todo con mas des- embarazo y acierto. En seis semanas el ejército francés, pasando el Rhin y el Danubio, é interponiéndose á los

Carácter  
de las  
opera-  
ciones  
que  
acababa  
de  
ejecutar  
Napoleon  
en el  
término  
de dos  
meses.



Nov. 1805. austriacos situados en Suabia, y á los rusos que venian acercándose al Inn, habia envuelto á los primeros, compelido á los segundos á retirarse hácia la parte inferior del Danubio, ocupado el Tirol, cogiéndole de sorpresa con un cuerpo destacado de corto poder, y en seguida entrado en Viena y puéstose á la espalda de la posicion de los archiduques en Italia; con lo cual estos últimos se habian visto reducidos á ir á buscar refugio en Hungría. En ninguna parte presenta á la observacion la historia espectáculo semejante al portento de un ejército crecido yendo en veinte dias desde las riberas del Océano á las del Rhin, y en cuarenta de las orillas de este rio á Viena. Y, siendo así que el diseminar las fuerzas, accion peligrosísima en la guerra, casi siempre causa reveses, se habia visto en este caso á cuerpos sueltos enviados á grande distancia lograr sin correr peligro el fin á que habian sido destinados, porque en el centro una fuerza poderosa, dando á tiempo golpes contundentes á los principales cuerpos de tropas del enemigo, habia comunicado un impulso á que todo cedia, sin dejar por su espalda ó costados mas que las resultas de sus hazañas, fáciles de aprovechar; de modo que la aparente dispersion de las tropas, en realidad, no venia á ser mas que una hábil distribucion de las acciones accesorias de la principal, dispuesto todo ello con exactitud maravillosa. Pero, despues de haber admirado el arte profundo é incomparable que pasma por su misma sencillez, fuerza es admirar asimismo en el modo de llevar adelante las operaciones una condicion, faltando la cual, puede convertirse en peligro hasta la combinacion mas hábil; y es tal vigor de ánimo en los soldados, oficiales y generales subalternos, que, cuando se veian cogidos de sorpresa

Nov. 1805.

por un accidente imprevisto, con sus brios y fortaleza acertaban, como hicieron los soldados del general Dupont en Haslach, los del mariscal Mortier en Dirns-  
tein, y los del mariscal Ney en Elchingen, á dar al pen-  
samiento supremo por que iban todos gobernados tiempo  
de acudir á su socorro, y de remediar las consecuen-  
cias de errores inevitables aun en las operaciones mejor  
dirigidas. Bien vendria repetir aquí lo dicho antes en la  
presente historia, y es que á soldados valientes es nece-  
sario un gran capitan, así como que puede poco un gran  
capitan si no tiene valerosos soldados, por lo cual debe  
ser comun al uno y á los otros la gloria, como lo es el  
mérito de las hazañas que acometen y llevan á feliz  
remate.

Llegado Napoleon á Viena no queria seguir allí ali-  
mentándose con la gloria vana de estar ocupando la  
capital del Imperio Germánico, sino que, al revés, esta-  
ba resuelto á poner pronto fin á la guerra. Bien pueden  
tener razon quienes le echan en cara que en su carrera  
abusó alguna vez de la fortuna, pero no habrá quien  
pueda culparle como á Anibal de no haber sabido apro-  
vechar la victoria, ó de haberse adormecido en las deli-  
cias de Cápuá. Preparóse, pues, á ir sobre los rusos, á  
fin de vencerlos en Moravia antes de que tuviesen tiem-  
po de juntar sus fuerzas con las de los archiduques. Estos,  
por otra parte, el 15 de noviembre no habian pasado de  
Laybach. Tenian por consiguiente que dar un rodeo gran-  
dísimo para llegar á Hungría, que atravesarla luego, y  
que entrar por las cercanías de Olmütz en Moravia; todo  
lo cual componia una distancia de ciento y cincuenta le-  
guas, necesitándose para andarla mas de veinte dias.  
Napoleon en aquel tiempo estaba ya en Viena, y solo



Nov. 1805. tenia cuarenta leguas que andar para ponerse en Brünn, capital de la Moravia.

Distribu-  
cion  
de los  
diversos  
cuerpos  
del  
ejército  
francés  
al  
rededor  
de Viena  
y en el  
camino  
de  
Moravia.

Mandó que se le acercase el general Marmont, que situado en Leoben estaba á demasiada distancia, y le señaló una posicion un poco mas atrás en las mismas cumbres de los Alpes de Styria para guardar el camino real que viene de Italia á Viena. Dictóle, pues, que, en caso de que intentasen los archiduques revolver por aquellos lugares, cortase los puentes y los caminos, disposicion que entre montañas dá á un cuerpo poco numeroso poder bastante para tener algun tiempo á raya á un enemigo superior en fuerzas. Prohibióle que se dejase llevar del deseo de pelear, á no ser que á ello se viese absolutamente forzado. Dispuso que Massena se acercase al general Marmont, quedando el uno con el otro en comunicacion inmediata. Las tropas capitaneadas por Massena tomaron desde entonces el título de cuerpo 8.º del ejército grande. Situó tambien Napoleon el cuerpo de ejército del mariscal Davout en los contornos de Viena, poniendo de sus divisiones la del general Gudin detrás de la capital de Austria hácia Neustadt (*véase el mapa número 32*), de forma que en breve tiempo pudiese darse la mano con Marmont, la del general Friant en direccion de Presburgo y observacion de los desembocaderos de Hungría, y la del general Bissou, pasada á ser de Caffarelli, delante de Viena en el camino de Moravia. Las divisiones de Dupont y Gazan quedaron acuarteladas dentro de la misma Viena para reponerse de sus heridas y fatigas. Por último, los mariscales Soult y Lannes y el príncipe Murat marcharon hácia Moravia, mientras el mariscal Bernadotte, pasado el Danubio por Krems, seguia las pisadas del general

Kutusof y se preparaba á juntarse por el mismo camino por donde iba el general su contrario con los tres cuerpos franceses que habian de pelear con los rusos.

Así Napoleon en Viena, puesto como en medio de una tela con habilidad tendida á su alrededor, podia acudir donde quiera que el menor movimiento diese señal de estar presente el enemigo. Si intentaban algo los archiduques por la parte de Italia, Massena y Marmont enlazados uno con otro les harian frente respaldándose á los Alpes de Styria. (*Véase el mapa número 52*), y Napoleon, enviando el cuerpo de Davout hácia Neustadt, tenia fuerzas bastantes para sostenerlos. Si se presentaban los archiduques por Presburgo, del lado de Hungría, podia Napoleon enviar contra ellos el cuerpo de ejército de Davout por completo; algo despues el de Marmont, que estando en Neustadt no distaba de allí mucho; y aun, si de tanto hubiese necesidad, acudir él en persona con el grueso de sus fuerzas. Por fin, si era necesario hacer frente á los rusos en Moravia, podia en el término de tres dias juntar con los cuerpos de Soult, Lannes y Murat que allí ya estaban el de Davout, fácil de mover de Viena, y el de Bernadotte, no menos fácil de traer de Bohemia donde habia entrado. Estaba, pues, por donde quiera en buen continente, cumpliendo en grado superior con las condiciones del arte de la guerra, por él definido un dia en conversacion con sus generales en los términos siguientes: EL ARTE DE DIVIDIRSE PARA SUSTENTARSE, Y DE CONCENTRARSE PARA PELEAR. No cabe definicion mejor de los preceptos del arte tremenda, que ya destruye imperios, ya los funda, así como no ha habido quien los ponga en práctica con mas acierto y fortuna.



Nov. 1803.

Napoleon se habia dado priesa á aprovecharse de la toma de los puentes de Viena para echar allende el Danubio al príncipe Murat y á los mariscales Soult y Lannes, llevado de la esperanza de que cortarian la retirada al general Kutusof, anticipándosele en llegar á Hollabrunn, donde habia de entrar en el camino de Moravia el mismo general, que, como á su tiempo queda dicho, habia pasado por Krems el rio. Ibase encaminando el ruso á Moravia y no á Bohemia, porque el segundo ejército de sus compatriotas habia venido sobre Olmütz, lugar fronterizo de Moravia y de Galitzia. Mientras adelantaba hácia Hollabrunn, llevando delante al príncipe Bagration, quedóse de repente sorprendido y consternado al saber que estaban ya los franceses en el camino real que él se proponia tomar, cierto con esto de estar cortado de los suyos. Entonces armó á Murat el lazo en que el príncipe francés habia cogido á los austriacos para ganarles los puentes del Danubio. Tenia á su lado al general Vintzingerode, el mismo que negociando en Viena habia ajustado todas las condiciones del plan de la pendiente campaña. Despachóle al lado de Murat á entretener á éste con invenciones iguales á las de que él se habia servido para engañar al conde de Auersberg, las cuales consistian en decir que estaban en Schoenbrunn negociadores tratando de la paz y próximos á firmarla, en consecuencia de lo cual le proponia un armisticio, cuya principal condicion era pararse unos y otros en el terreno que estaban ocupando, de modo que no causase mudanza alguna en su situacion respectiva la suspension de las operaciones, y obligándose asimismo, en caso de volverse á las hostilidades, á darse aviso seis horas antes del rompimiento. Murat, lisonjeado con

Engaño  
fingiéndose  
un  
armisticio  
en  
Hollabrunn.

Logran  
los rusos  
engañar  
á Murat  
con la  
ficción  
del  
armisticio  
como  
habia él  
engañado  
al conde  
de  
Auersberg  
en el  
puente  
de Viena.

mucha maña por el general Vintzingerode, y por otra parte teniendo en mucho la honra que le cabria de ser el primer conducto para la llegada de la paz, aceptó el armisticio, salva la aprobacion de su emperador. Débese agregar á lo dicho, para hablar en justicia, que contribuyó en gran manera á llevarle á dar un paso tan en falso una consideracion de no liviano peso. Aún no habia llegado el cuerpo del mariscal Soult, y teniendo él consigo solamente su caballería y los granaderos de Oudinot, temia no ser sus fuerzas bastantes para cerrar el paso á los rusos. Por esto envió al cuartel general un ayudante de campo á llevar el proyecto de armisticio.

Al dia siguiente hubo visitas del uno al otro opuesto ejército. Vino á ver á Murat el príncipe Bagration, y le dió muestras de muy esmeradas consideraciones, así como de curiosidad de conocer á los generales franceses, y especialmente al ilustre mariscal Lannes. Este hombre, sencillísimo en sus modos y tratos, y no por eso falto de cortesía militar, dijo al príncipe Bagration que si él hubiese estado solo, en aquella misma hora estarían uno y otro ocupados en pelear en vez de estarlo en hacerse mútuos cumplimientos. En aquel momento en efecto, el ejército ruso, tapándose con la retaguardia de Bagration que afectaba estarse inmóvil, se habia puesto en marcha con velocidad detrás de aquel telon y vuéltose al camino de Moravia. Así Murat, burlado á su vez, daba al enemigo desquite de la burla que él le habia hecho en los puentes de Viena (1).

---

(1) *Al príncipe Murat:*

Cuartel general de Schœnbrunn 25 de brumario, año de XIV (16 de noviembre de 1805)  
á las 8 de la mañana.

Imposible me es encontrar términos para expresar mi descontento. No teneis otro mando que el de mi vanguardia, y careceis de derecho



Nov. 1805.

Muy en breve llegó el general Lemarrois, ayudante de campo del emperador francés, trayendo á Murat una severísima reprension por la falta que habia cometido, y dándole, asi como al mariscal Lannes, orden de atacar inmediatamente, fuese la que fuese la hora en que recibiesen aquel precepto. Lannes, sin embargo, cuidó de enviar al príncipe Bagration un oficial, dándole aviso de las órdenes que acababa de recibir. Diéronse sin tardanza disposiciones para la pelea. El príncipe Bagration tenia consigo de 7 á 8000 hombres, y queriendo cubrir hasta lo último el movimiento de Kutusof, tomó la noble resolucion de dejarse hacer pedazos antes que ceder terreno. Lannes le echó encima sus granaderos. La única disposicion posible entre aquellas fuerzas contrarias era la de dos líneas de infantería desplegadas frente á frente y embistiéndose en terreno un tanto quebrado. Hubo durante algun tiempo de una á otra parte un fuego de fusilería muy vivo y mortífero, al cual siguió acometerse á bayoneta calada; y, lo que es raro en la guerra, aquellas dos masas de infantería se fueron resueltas la una para la otra, sin que una de ellas cediese antes de llegar á tocarse con la enemiga. Hubo, pues, una refriega cuerpo á cuerpo en que los granaderos de Oudi-

---

para hacer un armisticio sin orden mia. Me haceis perder el fruto de una campaña. Romped el armisticio al momento é id sobre el enemigo. Le dareis á entender que el general que ha firmado la capitulacion no tenia derecho de hacer tal cosa, y que solo le tiene entre ellos el emperador de Rusia.

Con todo eso, si ratificase el emperador de Rusia ese convenio tambien le ratificaria yo, pero todo ello es una treta: marchad y destruid al ejército ruso; estais en situacion de poderle tomar sus bagajes y artillería. El ayudante de campo del emperador de Rusia es un..... Los oficiales nada son cuando no tienen poderes: éste no los tenia. Los austriacos se han dejado burlar para el paso del puente de Viena, y vos dejais que os burle un ayudante de campo del emperador.....

N. DE M. THIERS.

not desbarataron á los de infantería de Bagration des- Nov. 1805.  
trozándolos completamente. Siguióse disputarse los com-  
batientes en medio de la noche y á la luz de las llamas  
la incendiada aldea de Schoengraben, que paró en que-  
dar en poder de los franceses. Portáronse los rusos va-  
lerosísimamente, perdiendo en aquella ocasion cerca de  
la mitad de su retaguardia, ó sea sobre 3000 hombres,  
de los cuales quedaron tendidos en el campo de batalla  
mas de 1500. El principe Bagration se habia acreditado  
por lo resuelto y bizarro de digno émulo del mariscal  
Mortier en Dirnstein. Dióse el sangriento combate que  
acaba de referirse en 16. de noviembre.

En los dias siguientes fueron adelantando los fran-  
ceses y haciendo prisioneros á cada paso; y por fin, el  
19 entraron en la ciudad de Brunn, capital de Moravia.  
Encontróse la plaza armada y copiosamente abastecida  
de todo. Los enemigos no habian siquiera pensado en  
defenderla. Así dejaban á Napoleon dueño de un puesto  
importante, desde el cual dominaba á toda Moravia, y  
podia mas á su sabor observar los movimientos de los  
rusos y esperarlos.

Napoleon, al tener noticia del último combate, dis-  
puso trasladarse á Brunn, porque, sabiendo por noticias  
venidas de Italia el rodeo que iban dando los archiduques  
por Hungría, adivinaba que habria de habérselas prin-  
cipalmente con los rusos. Hizo algunas leves variaciones  
en la distribucion del cuerpo del mariscal Davout por  
los contornos de Viena. Mandó á la division de Gudin  
ir hácia Presburgo, no estimándola ya necesaria en el  
camino de Styria por haberse retirado los archiduques.  
Retiró la division de Friant del mismo cuerpo de ejér-  
cito delante de Viena por el camino de Moravia. La

Entrada  
del  
ejército  
francés  
en  
Brunn.



Nov. 1805. division de Bisson (que por algun tiempo fué de Caffarelli), quedó separada del cuerpo de Davout, y pasó á Brunn para reemplazar en el cuerpo de Lannes á la division de Gazan que se habia quedado en Viena.

Traslada  
Napoleon  
su  
cuartel  
general  
á  
Brunn,  
capital  
de  
Moravia.

Nueva  
embajada  
de los  
señores  
de  
Giulay  
y conde  
de  
Stadion  
al cuartel  
general  
francés  
para  
tratar  
de la paz.

Llegado Napoleon á Brunn, estableció allí su cuartel general el dia 20 de noviembre. El general Giulay vino á visitarle de nuevo, acompañándole esta vez el conde de Stadion, y siendo su encargo hablar de la paz con mas formalidad que en sus anteriores embajadas. Napoleon declaró á ambos que tenia vivo deseo de soltar las armas y volverse á Francia; pero no los dejó ignorantes de las condiciones con que consentiria en hacerlo. No se avendria ya (dijo) á que, siguiendo dividida Italia entre Francia y Austria, continuase siendo entre una y otra motivo de desconfianzas y de guerra. La queria para sí toda hasta el Isonzo, esto es, exigia que le dejaran los Estados venecianos, única parte de la Italia que aún no habia hecho suya. Nada claro dijo sobre lo que tendria que pedir para sus aliados los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Baden; pero declaró en términos generales que era necesario dejar mejorada y asegurada la situacion de estos principes en Alemania, y terminar todas las cuestiones todavía pendientes entre ellos y el emperador desde el arreglo nuevo de la constitucion germánica hecho en 1805. Los señores de Stadion y de Giulay alzaron el grito quejándose de la dureza de tales condiciones. Pero Napoleon no dió muestras de la menor disposicion á rebajar de ellas cosa alguna, y hasta les dió á entender que, dado él sin otra distraccion á los cuidados de la guerra, no tenia gusto en conservar á su lado negociadores, los cuales, bien mirado, solo venian á ser espías militares cuyo oficio era acechar sus

movimientos. Convidólos, pues, á pasar á Viena á verse Nov. 1805. con M. de Talleyrand, recién llegado entonces á la misma ciudad, porque Napoleon, sin hacer gran caso de las aficiones de su ministro, que no la tenia ni al trabajo ni á las fatigas de los campamentos y cuarteles generales, le habia mandado venir primero á Estrasburgo, despues á Munich, y novísimamente á Viena. Dábale por principal encargo seguir los tratos y las conversaciones interminables que siempre en las negociaciones preceden á las resultas sérias y verdaderas.

Remite  
Napoleon  
á los  
señores  
de Giulay  
y de  
Stadion  
á Viena  
á que allí  
se vean  
con  
M. de  
Talley-  
rand.

Durante las conferencias que habia tenido Napoleon con los dos negociadores austriacos, uno de estos, no acertando á contenerse, habia soltado una palabra imprudente, de la cual resultaba claramente que la Prusia estaba unida por un tratado con la Rusia y el Austria. Bien le habian avisado desde Berlin de algo semejante; pero no tan preciso y evidente como lo que venia á saber en aquel momento. Inspiróle tal descubrimiento sérias reflexiones, y aun se inclinó á la paz, mas que antes lo estaba, pero sin llegar á desistir de sus pretensiones esenciales. Seguir á los rusos hasta allende los términos de Moravia, esto es, hasta Polonia, por ningun título podia convenirle, porque, haciéndolo, se exponia á que los archiduques le cortasen la comunicacion con Viena. Por consiguiente resolvió esperar la llegada del conde de Haugwitz, y la manifestacion ulterior de los proyectos militares de los rusos. Estaba igualmente pronto, ó á avenirse con sus contrarios, si éstos le proponian condiciones que le pareciesen dignas de ser aceptadas, ó á cortar con el golpe de una gran batalla el nudo gordiano de la liga, si le proporcionaban ocasion favorable de hacerlo faltas de sus enemigos. Dejó, pues, pasar algunos



Nov. 1805. dias, empleando su ocio en estudiar con extremada atencion, y hacer que estudiasen sus generales el terreno en que se encontraban, donde sospechaba por cierta cosa, como aviso de secreto presentimiento, que tal vez habria de dar una batalla decisiva. Al mismo tiempo, daba descanso á sus tropas agobiadas de fatiga, padeciendo frios y á veces hambres, y que en tres meses habian caminado cerca de quinientas leguas. Así, abundaban los claros en las filas de sus soldados, si bien no era comun verse entre ellos tantos rezagados como en otro ejército cualquiera. Habia sin embargo de baja casi la quinta parte de los que entraron en campaña, lo cual convendrán los que entienden de las cosas de la milicia en que era muy poco despues de tales trabajos y marchas. Esto aparte, no bien descansaba el ejército en algun punto, cuando se iban llenando los huecos en las filas, gracias al celo de que daban muestras los rezagados acudiendo á sus cuerpos luego que les era posible.

Júntanse  
en  
Olmütz  
los  
emperadores  
de  
Alemania  
y  
de Rusia.

Fuerza  
del  
ejército  
austro-  
ruso  
reunido  
en  
Olmütz.

Por su parte los emperadores de Rusia y de Alemania juntos en Olmütz empleaban el tiempo en deliberar acerca de la conducta que habrian de seguir. El general Kutusof, despues de una campaña en que nada habia hecho y poco padecido, llevando solo algunas derrotas su retaguardia, solo traia consigo poco mas de 30,000 hombres ya habituados á pelear, pero rendidos de cansancio. Habia, pues, perdido de 12 á 15,000 hombres entre muertos, heridos, prisioneros ó estropeados. Alejandro, con el cuerpo de ejército de Buxhoewden y la guardia imperial rusa traia 40,000 hombres, viniendo á ser de 75,000 el total del ejército ruso. Quince mil austriacos formados de las reliquias de los cuerpos de

Kienmayer y de Meerfeld, así como de una hermosa division de caballería, completaban el ejército austro-ruso bajo los muros de Olmütz, y le daban una fuerza total de 90,000 hombres (1).

Aquí vendrá bien notar cuán sacadas de quicio eran entonces las pretensiones de la Rusia en Europa puestas en cotejo con el estado real y verdadero de sus fuerzas. Quería ella mantener en el fiel la balanza entre las varias potencias, y solo podia presentar en los campos de batalla en que se estaba decidiendo la suerte del mundo las fuerzas siguientes: de 45 á 50,000 hombres venidos al mando de Kutusof; otros 40,000, mandados por Buxhoevden, con los que venia el gran duque Constantino, y 10,000 bajo el general Essen; agregando á lo cual 15,000 que estaban en el Norte unidos con los suecos é ingleses, y 10,000 que se estaban preparando á desembarcar en Nápoles, resultará un guarismo total de 125,000 hombres real y verdaderamente empleados en esta guerra; ó 100,000 cuando mas, si ha de darse crédito á las relaciones de los rusos despues de su vencimiento. El Austria habia juntado mas de 200,000; la Prusia podia presentar en línea 150,000, y la Francia tenia 300,000 ella sola. Entiéndase que no se habla aquí de los soldados puestos en los estados de fuerza, de los cuales hay que rebajar cerca de la mitad, sino de los que están presentes en el dia de una batalla. No obstante ser los rusos firmísimos soldados de infantería, con

---

(1) Los rusos, despues de su derrota, han supuesto muy inferior el número de sus fuerzas. Napoleon le supone muy superior en sus boletines. Despues de haber confrontado el autor de esta historia gran número de testimonios y de estados auténticos, ha venido á parar en dar al número que va aquí expresado en el texto, teniendo su aserto por el mas exacto.



Nov. 1805. 100,000 hombres valientes é ignorantes no mas era arrogancia temeraria la pretension de predominar en Europa.

Grande  
escasez  
en las  
provin-  
cias  
orientales  
del  
Austria,  
y priva-  
ciones  
del  
ejército  
austro-  
ruso  
en  
Olmütz.

Los rusos, que siempre trataban con desprecio á sus aliados los austriacos, apellidando cobardes á los soldados y rudos á los oficiales, continuaban haciendo horribles estragos en la tierra que pisaban. Estaban afligidas por una escasez suma las provincias orientales de la monarquía austriaca, de suerte que en Olmütz faltaba hasta lo necesario, y los rusos se proporcionaban víveres, no con la buena maña del soldado francés, agudo y diestro en merodear y rara vez cruel (1), sino con la brutalidad de salvajes. Extendian sus robos por varias leguas á la redonda, talando y devastando completamente la region que ocupaban. La disciplina, entre ellos de ordinario tan dura, padecia con su conducta notable detrimento, mostrándose las tropas nada satisfechas de su emperador.

Cae el  
empera-  
dor  
de  
Rusia  
bajo  
nuevas  
influen-  
cias.

Estaba, pues, el ejército austro-ruso harto mal dispuesto para que en él pudiesen tomarse juiciosas determinaciones. A la general inquietud y estar todos como mal hallados se agregaba la ligereza de la gente joven para impeler á obrar sin cuidarse de qué manera, y á mudar de situacion, aun cuando fuese solo por el gusto de la mudanza. Ya va dicho poco antes que el emperador Alejandro iba empezando á obedecer á nuevas influencias, estando descontento del sesgo dado á sus negocios, por no parecerle que llevaba buen camino la guerra, á pesar de las adulaciones hechas á su persona en Berlin por una pandilla cortesana, y achacando de buena gana, y á uso de príncipes á sus ministros las

(1) Otra cosa dicen alemanes y españoles.

resultas de una política hija de su propia voluntad, pero que no sabia él sostener con perseverancia, único medio de enmendarla en lo que tenia de viciosa. Lo que habia pasado en Berlin acababa de confirmarle mas en sus disposiciones, porque decia que, si hubiese dado oídos á sus amigos, habria cometido faltas de suma gravedad, pues, persistiendo en violentar á la Prusia, la habria arrojado él mismo en los brazos de Napoleon, cuando por el contrario, valiéndose de su habilidad personal, acababa de convencer á la corte prusiana haciéndole contraer empeños equivalentes á una declaracion de guerra á la Francia. Así el emperador, aunque tan jóven, ya no queria consejos, creyéndose mas hábil que sus consejeros todos. El príncipe Adan Czartoryski, hombre honrado, grave, de vivas pasiones, aunque en las apariencias frio, y pasado á ser, como antes va dicho, censor incómodo de las flaquezas y volteriedad de su soberano, sustentaba una opinion que habia de hacerle perder completamente la gracia del señor á quien estaba sirviendo. Decia, pues, que el emperador nada tenia que hacer en el ejército, no estando allí en su lugar, porque, no habiendo servido en la milicia, mal podia saber el modo de ejercer el mando, por lo cual su presencia en el campamento en medio de una corte de mozos ligeros, ignorantes y presuntuosos, sobre hacer vana la autoridad de los generales, les quitaria juntamente la responsabilidad de sus acciones. Que en una guerra hecha por todos con alguna aprension, los que mandaban las tropas nada apetecian tanto como no tener dictámen propio; no tomar sobre sí cosa alguna; y dejar que todo lo gobernase una pandilla de mancebos atolondrados, con lo cual no serian ellos responsables de las derrotas

El  
príncipe  
Czarto-  
ryski  
aconseja  
en balde  
al  
empera-  
dor  
Alejandro  
que no se  
presente  
en el  
ejército.



Nov. 1805. que esperaban. Que así estaria mandado el ejército del modo peor imaginable estándolo por una corte. Que, por otro lado, la guerra iba á traer la pérdida de muchas batallas, y que por eso para sostenerla se habia menester constancia, la cual dependia de la grandeza de los medios que con acierto se preparasen para acreditarla. Que por todo ello, en suma, se hacia necesario dejar á los generales haciendo el oficio que les correspondia de gobernar las tropas, é irse el príncipe á hacer el suyo al centro de su gobierno, manteniendo al público alentado y firme, y dirigiendo los negocios con vigor y aplicacion, para dar á los ejércitos los recursos indispensables á dilatar la contienda, único medio si ya no de vencer, de hacer varia la fortuna.

No cabia expresar pensamientos ni mas sensatos ni mas desabridos para el emperador Alejandro. Este habia probado á representar un gran papel político en Europa, y todavia no lo habia conseguido á su gusto. Veíase precipitado en una guerra que le habria llenado de terror, sino comunicase á su ánimo alguna fortaleza la consideracion de estar muy distante su imperio. Necesitaba atolondrarse con el tumulto de los campamentos, y, para acallar las reconvenciones de su propia razon, oírse llamar en Berlin, Dresde, Weimar y Viena el salvador de los reyes. Por otra parte, tambien estaba como preguntándose á sí mismo sino tendria probabilidad de adquirir lustre en los campos de batalla; si con su natural ingenio no tendria en la guerra mas acierto que los generales viejos, cuya experiencia tenia en poco, alentándole á despreciarla jóvenes imprudentes; en fin, si no podria ganar alguna parte en la gloria de las armas tan preciada de los reyes y á la sazón exclusivamente

otorgada por la fortuna á un hombre solo y con él Nov. 1805.  
solamente á la nacion que gobernaba.

Confirmaba á Alejandro en estas ideas la pandilla de militares que le tenian rodeado, de la cual era cabeza el príncipe Dolgorouki. Estas gentes, para hacerse dueñas del ánimo del emperador, querian llevarle al ejército, y procuraban persuadirle de que tenia las calidades propias para mandarle; de que con presentarse mudaria la suerte de la guerra; de que al verle creceria al doble el valor de los soldados arrebatándolos de entusiasmo su monarca; de que sus generales eran hombres rutineros y faltos de brios y fortaleza; y de que Napoleon, si bien habia triunfado de la timidez y ciencia añeja de sus enemigos, no triunfaria con tanta facilidad de una nobleza compuesta de jóvenes, entendida, de apasionado celo, y guiada por un emperador adorado. Los mismos guerreros en la profesion militar tan noveles se atrevian á decir que en Dirnstein y Hollabrunn los franceses habian quedado vencidos; que los austriacos eran cobardes, y solo valientes los rusos; y que, si Alejandro venia á animar á éstos con su presencia, quedaria detenido Napoleon en la carrera de su prosperidad arrogante y poco merecida.

El astuto Kutusof con alguna timidez se aventuraba á decir que no eran enteramente las cosas del modo que se representaban; pero, siendo demasiado servil para sustentar valerosamente su dictámen, se guardaba bien de contradecir á los nuevos dueños de la privanza con su emperador, y aun tenia la ruindad de tolerar insultos á su experiencia de soldado viejo. El intrépido Bagration, el vicioso pero valiente Miloradovich, y el juicioso Doctorow eran oficiales cuyos pareceres merecian

El príncipe Dolgorouki trata de persuadir á Alejandro que debe presentarse al frente de su ejército.

Debilidad de Kutusof, que no tiene ánimo para desaprobare los malos consejos que dan algunos á Alejandro.



Nov. 1805. alguna consideracion; pero de ellos no se hacia aprecio.

El único que tenia autoridad verdadera sobre los militares jóvenes que tenian rodeado á Alejandro, era un aleman, el general Weirother, consejero del archiduque Juan en Hohenlinden.

En el siglo último, desde que Federico de Prusia en la batalla de Leuthen desbarató al ejército austriaco, cayendo sobre él por una de sus alas, se habia inventado la teórica del orden oblicuo, en la cual Federico nunca pensó (1); y era costumbre atribuir á la práctica de la misma teórica todas las victorias de aquel varon esclarecido. Desde que el general Bonaparte se habia mostrado tan superior en las combinaciones sublimes del arte de la guerra, habiéndosele visto tantas veces sorprender y envolver á los generales que le hacian frente, otros comentadores se habian dado á suponer que consistia toda la ciencia de las batallas en cierta maniobra de que no cesaban de hablar, la cual era la de envolver al enemigo rodeándole. Jactábanse de haber intentado una ciencia nueva, á la cual habian puesto un nombre á la sazón nuevo, que era el de estrategia; y andaban solícitos brindando con ella á los príncipes que querian dejarse dirigir por sus consejos. El aleman Weirother habia persuadido á los amigos de Alejandro de que habia acertado con un plan de los mas bellos y seguros que

Influencia  
del jefe  
del  
estado  
mayor  
Weirother.

(1) Es difícil saber en qué funda M. Thiers su aserto sobre que Federico II de Prusia jamás pensó en el orden oblicuo. Guibert, en el elogio del mismo rey, afirma lo contrario, y aun se funda en que el monarca prusiano, estudioso como se sabe y apasionado á la clásica antigüedad, imitó la maniobra de Epaminondas en Leuctres, aplicándola á la guerra moderna. Guibert es autor cuyo concepto está muy decaído, y el de M. Thiers en negocios del arte militar es muy alto. Sin embargo, hablando de Federico el Grande, la autoridad de *Guibert* es de peso. Este nunca habló de estrategia, llamando movimientos de táctica á las operaciones del rey de Prusia.

podian imaginarse para acabar con Napoleon, consis- Nov. 1805.  
tiendo su proyecto en una gran maniobra, con la cual quedaria envuelto por un lado el emperador de los franceses, cortándole el camino de Viena, de que resultaria ser arrojado á Bohemia, derrotado, y separado para siempre de las fuerzas que tenia en Austria é Italia.

Alejandro, en cuyo ánimo cualquiera cosa hacia vivo efecto, se dejó llevar del todo por estas ideas y dominar enteramente por el influjo de los Dolgorouki, y así no mostraba la menor inclinacion á atender al príncipe Czartoryski, cuando éste le aconsejaba volverse á Petersburgo para gobernar desde allí su imperio en vez de quedarse á dar batallas en Moravia.

En medio de aquella inquietud de ánimos, y de aquel rebullir de la corte de Rusia llena de jóvenes, nadie pensaba en el emperador de Alemania, no haciéndose al parecer caso alguno ni de su ejército ni de su persona. Del primero decian los rusos que en Ulma habia comprometido la suerte de la guerra pendiente, y del segundo que, pues habian acudido á su socorro, debia tenerse por muy feliz con verse así socorrido y no meterse en cosa alguna de las que se estaban tratando. En pocas se metia, en efecto, y no hacia el menor esfuerzo para resistir á aquel torrente de presuncion, esperando ver perderse nuevas batallas; contando únicamente en su favor con el tiempo, si con algo contaba entonces; y apreciando, aunque callase, en su valor debido el loco orgullo de sus aliados. El emperador Francisco, hombre sencillo, y en la apariencia de poco valor, tenia las dos grandes calidades de su gobierno, sutileza y constancia.

Fácil es adivinar de qué modo se trataria entre sus

Situacion  
del  
empera-  
dor  
de  
Alemania  
en el  
campan-  
to  
de  
Olmütz.





Nov. 1805. los entendimientos vanos la grave cuestion que se iba á resolver; á saber, si habia ó no de darse batalla á Napoleon. En las pinturas inmortales de sucesos que ha dejado á los modernos la antigüedad, ni aun aquella que representa á la juvenil aristocracia romana violentando con su loca presuncion la prudencia de Pompeyo, y forzándole á dar la batalla de Farsalia excede en lo grande ó en lo instructiva á la de lo que estaba pasando en Olmütz en 1805, al lado del emperador Alejandro. Todos, grandes y chicos, habian formado su opinion sobre si habia de buscarse ó evitarse la batalla, y todos la declaraban. La pandilla de que era cabeza Dolgorouki no tenia dudas ni vacilaciones. Decia que no dar batalla seria una cobardía, y tambien una falta insigne. Que en primer lugar el ejército no podia ya vivir en Olmütz donde estaba pereciendo de miseria y entregándose al desmayo. Que, con estarse allí, quedaba abandonado á Napoleon el honor de las armas, y con él las tres cuartas partes de los Estados austriacos, y todos los recursos en que estos abundaban; cuando, por el contrario, con ir adelante, iba á recobrarse de un solo golpe medios de sustento, la confianza, y el ascendiente de la ofensiva, siempre tan poderoso. Que, por otra parte, era evidente que habia llegado el momento de trocar los papeles, pues Napoleon, de ordinario tan pronto, y tan duro cuando iba en persecucion de sus enemigos, se habia parado de repente, titubeando, y como intimidado, porque habiéndose establecido en Brunn no se atrevia á venir hácia Olmütz al encuentro del ejército ruso; naciendo su prudencia de que se acordaba de Dirnstein y de Hollabrunn, y de que en su ejército, como en él, estaba menoscabada la firmeza.

Diversidad de pareceres sobre si se debía ó no dar batalla.

Que se sabia, sin caber de ello duda, que el ejército Nov. 1805. francés, rendido por las pasadas fatigas, estaba reducido á la mitad de su número, dado todo al descontento, y oyéndose en él continuas murmuraciones.

Tales cosas decian aquellos jóvenes con increíble atrevimiento. Algunos hombres prudentes, señalándose entre todos el principe Czartoryski, no de mas edad que los Dolgorouki, pero sí de harta mas reflexion, oponian á las razones que acaban aqui de declararse otras en corto número y muy sencillas, que deberian haber tenido un peso preponderante en ánimos no completamente descaminados por la mas singular ceguera. Aun estimando en poco, decian, á aquellos soldados franceses, que al cabo habian quedado dueños del campo de batalla en Dirnstein, así como en Hollabrunn, y delante de los cuales habian ido sus contrarios continuamente retrocediendo desde Munich hasta Olmütz; aun teniendo en casi nada á aquel general vencedor de todos los de Europa, y, sino el mayor entre los vivos, cuando menos el mas experimentado, porque habia mandado en cien batallas, y los que entonces se le presentaban por adversarios, no habian tenido el mando ni en una siquiera; en suma, aun despreciando tales tropas y tal caudillo, habia dos razones perentorias para no precipitarse. De ellas la primera y mas evidente era que, aguardando algunos dias mas, habria vencido el plazo de un mes estipulado con la Prusia, la cual se veria obligada á declararse, siendo muy de recelar que, con dar antes una gran batalla y perderla, se le proporcionase ocasion de zafarse de los compromisos contraidos; cuando, por el contrario, dejando correr el mes hasta su terminacion, entrarian en

Objec-  
ciones.  
de  
algunos  
hombres  
cuerdos  
contra  
la idea  
de dar  
batalla.



Nov. 1805. Bohemia ciento y cincuenta mil prusianos, y Napoleón se vería obligado á retroceder, sin que hubiese necesidad de correr con él el azar de una campal pelea. La segunda razón para diferir era que, dando algún tiempo á los archiduques, llegarían éstos de Hungría con 80,000 austriacos, y entonces sería bien entrar en combate con Napoleón, á cuyas fuerzas llevarían sus enemigos la ventaja de ser dos, y acaso de ser tres contra uno. Difícil era sin duda hallar sustento en Olmütz; pero, aun siendo cierto que no pudiese vivirse allí todavía algunos días, sería lo mas acertado pasar á Hungría en busca de los archiduques, habiendo seguridad de encontrar allí pan y 80,000 mil hombres de refuerzo. Aumentando así las distancias que tenía que andar Napoleón se le opondría el obstáculo mas temible de todos. De esta última verdad daba claro testimonio la inmovilidad del conquistador francés desde que estaba ocupando á Brunn, pues, si no pasaba adelante, no era porque tuviese miedo, siendo solo propio de militares sin experiencia achacar miedo á hombre semejante, sino que seguía quieto por parecerle ya excesiva la distancia que había recorrido. Efectivamente estaba ya á cuarenta leguas mas allá de una capital, no la de su Imperio, sino conquistada por sus armas, y alejándose de ella sentía como que aun caída en su poder se estaba estremeciendo de coraje y celo de la causa de su soberano.

Resuél-  
vese  
entre  
los  
aliados  
dar  
batalla,  
y sale  
de  
Olmütz

A tales razones ninguna valedera había que oponer, pero en entendimientos preocupados poco efecto hace la calidad de las razones, sirviendo las que desagradan si son evidentes de causar, en vez de persuasión, enojo. Resolvieron, pues, los consejeros de Alejandro que era forzoso dar batalla. Prestóse á ello por

Nov. 1805.

su parte el emperador Francisco, el cual, teniendo que ganarlo todo de que se decidiese pronto la cuestion pendiente, porque su pais padecia horribles perjuicios de resultas de la guerra, veia sin sentimiento á los rusos ir á probarse contra los franceses y á ponerse en situacion de ser á su vez juzgados. Tomó, pues, el ejército aliado el partido de dejar su posicion en Olmütz, donde estaba muy bien situado, y donde podia con facilidad haber rechazado á un enemigo que le atacase aun siéndole muy superior en número, para venir á atacar á Napoleon en la posicion de Brunn que él habia estado estudiando con cuidado durante no pocos dias.

su  
ejército  
para ir  
sobre  
Brunn.

Marcharon los aliados en cinco columnas por el camino que va de Olmütz á Brunn, á fin de acercarse al ejército francés, y, llegados á Wischau el 18 de noviembre, á una jornada de Brunn, sorprendieron á una vanguardia de caballería y á un corto destacamento de infantería situados por el mariscal Soult en aquel pueblo. En envolver á estas fuerzas fueron empleados hasta tres mil caballos, y luego un batallon de infantería, con todo lo cual se logró penetrar en el mismo Wischau, y hacer allí prisioneros como unos cien franceses. Tuvo la principal parte en esta hazaña el ayudante de campo Dolgorouki, y asistió á ella el emperador Alejandro, al cual persuadieron sus allegados de que aquella escaramuza era la guerra, y de que, con verle presente, el valor de sus soldados habia crecido al doble. La corta ventaja conseguida acabó de trastornar las cabezas de los jóvenes que ocupaban puestos superiores en el ejército ruso, y desde aquel punto vino á ser irrevocable la resolucion de dar batalla. Fueron muy mal recibidas nuevas reflexiones que se aventuró á hacer

Es cogido  
por  
sorpresa  
en  
Wischau  
un desta-  
camento  
francés.

Acaba  
de  
trastornar  
las  
cabezas  
de los  
jóvenes



Nov. 1805. el príncipe Czartoryski. El general Kutusof, en cuyo nombre iba á darse la batalla, ya no mandaba en el ejército, y tenia la vituperable flaqueza de aceptar como suyas propias resoluciones que desaprobaba. Convínose en que se atacase á Napoleon en su posicion de Brunn, siguiendo en las operaciones el plan que diese el general Weirother. Adelantaron una marcha mas los aliados, y vinieron á ponerse delante del castillo ó quinta de Austerlitz.

Napoleon, que para adivinar los proyectos de sus enemigos tenia singular sagacidad, vió bien que los coligados buscaban venir con él á una batalla decisiva, de lo cual quedó muy satisfecho. Dábanle, con todo, no poco cuidado los proyectos de la Prusia, que noticias recién recibidas de Berlin le representaban como definitivamente hostiles, confirmándole en esta opinion los movimientos del ejército prusiano que venia adelantando hácia Bohemia. No tenia tiempo que perder, siéndole necesario, ó aniquilar á sus contrarios en una batalla, ó hacer la paz; y, aunque de las resultas de la primera tuviese pocas dudas, veia cierta seguridad en la segunda. Los austriacos le propusieron la paz con alguna apariencia de sinceridad, pero siempre refiriéndose en cuanto á las condiciones, á lo que quisiese la Rusia. Napoleon deseaba saber lo que pasaba por la mente á Alejandro, para lo cual envió al cuartel general ruso á su ayudante de campo el general Savary, dándole por encargo hacer cumplimientos á aquel monarca, trabar con él conversacion, y averiguar á punto fijo cuáles eran sus deseos é intenciones.

Púsose en camino inmediatamente el general Savary, y se presentó como parlamentario en los puestos

que  
rodean  
á  
Alejandro  
la ligera  
ventaja  
conse-  
guida.

Napoleon  
trasluce  
los  
intentos  
de los  
generales  
rusos,  
y les  
adivina  
la  
intencion  
que  
tienen  
de darle  
batalla.

Antes  
de  
remitir  
Napoleon  
la suerte  
de la  
guerra  
á la  
de una  
batalla  
decisiva,  
envia  
al general  
Savary  
á verse  
con el  
empera-  
dor  
Alejan-  
dro.

avanzados del enemigo, costándole algun trabajo llegar Nov. 1805. á ponerse en presencia del emperador Alejandro. Mientras estaba esperando el momento de serle presentado, pudo formar juicio de las disposiciones de aquella nobleza moscovita compuesta de jóvenes, de su loca ceguedad, y de su deseo de asistir á una gran batalla, no pretendiendo ni prometiéndose menos que vencer á los franceses y llevárselos hasta las fronteras de Francia arrollados. Oyó el general Savary aquellas palabras con mucho sosiego; y penetró al fin hasta donde estaba el emperador ruso, al cual habló segun le habia encargado su soberano, siendo por él recibido con modos afables y corteses, pero eludiendo entrar en la cuestion pendiente, y manifestándose poco enterado de los azares que presentaba aquella guerra. Al recibir Alejandro reiteradas seguridades de que Napoleon estaba animado de disposiciones muy pacíficas, quiso saber con qué condiciones seria posible la paz. A esto no pudo dar respuesta el general Savary, el cual se ciñó á instar al emperador ruso á que enviase al cuartel general francés uno de sus ayudantes de campo para conferenciar con Napoleon, afirmando que de hacerlo así sacaria resultados sobremanera satisfactorias. Despues de largas conversaciones, en las cuales el general Savary por exceso de celo dijo mas que lo que llevaba encargo de decir, Alejandro dispuso que le acompañase en su vuelta el mismo principe Dolgorouki, el personaje principal de la recién formada pandilla, que competia con los señores Czartoryski, Strogonoff y Nowosiltzoff por la privanza con el Czar su soberano. No obstante ser el principe Dolgorouki uno de los declamadores mas ardientes entre los principales personajes del ejército ruso, no dejó de



Nov. 1805. sentir satisfaccion extraordinaria por ir á desempeñar una comision ante el emperador de los franceses. Salió, pues, en compañía del general Savary, y fué presentado á Napoleon en el momento en que éste acababa de visitar sus puestos avanzados, sin que en su traje ó en cuanto le rodeaba llevase cosa capaz de infundir en un entendimiento vulgar asombro ó respeto. Napoleon oyó á aquel mancebo falto de tino y mesura, el cual, habiendo recogido de aquí y de allí algunas ideas con que se alimentaba el gobierno ruso dadas ya á conocer en la presente historia, al dar razon de un proyecto de nuevo equilibrio europeo, las expresó sin comedimiento ni oportunidad, diciendo ser forzoso que la Francia se desprendiese de la Italia si queria la paz inmediatamente, y que, si preferia proseguir la guerra y en ella no tenia favorable la fortuna, habria al cabo de venir á ceder la Bélgica, la Saboya y el Piamonte, para que puestas al rededor de ella sirviesen de barreras que la ciñesen y tuviesen á raya. Estas ideas manifestadas con poquísima habilidad parecieron á Napoleon una peticion formal de que restituyese inmediatamente la Bélgica cedida á Francia por mas de un tratado, y causaron en él vivo y profundo enojo, si bien acertó á contenerle, creyendo impropio de su dignidad darle salida en presencia de negociador semejante. Contentóse con despedir secamente al enviado ruso, diciéndole que la discordancia actual de la política del uno y del otro imperio era para resuelta de otro modo que en conferencias diplomáticas. Napoleon estaba exasperado, y se entregó todo al pensamiento de dar una batalla tal que fuese furiosa.

El emperador francés, despues de la sorpresa de

Embajada  
del jóven  
Dolgo-  
rouki  
á  
Napoleon  
y malas  
resultas  
que esta  
tuvo.

Dic. 1805.

Wischau, habia echado su ejército algo atrás, y situádole en una posición maravillosamente escogida para dar en ella una batalla. Dejaba ver por entonces en sus movimientos cierta vacilación que formaba contraste con su acostumbrada osadía. Juntándose esta circunstancia con el paso dado por el general Savary, contribuyó mas á exaltar los débiles entendimientos de los que predominaban entre los principales del ejército ruso. Al rededor de Alejandro sonó recio y unánime el clamor de guerra, diciéndose que Napoleon iba retrocediendo hasta estar en completa retirada, y que era necesario caer sobre él, y confundirle.

Por otra parte los soldados franceses, en quienes abundaba agudo y claro discurso, se enteraron bien de que iban á tener formal combate con los rusos, y de ello concibieron alegría muy subida. Así por las dos partes opuestas estaban preparados para una batalla decisiva los ánimos y las cosas.

Prepáranse ambas partes á una batalla decisiva.

Napoleon, con el tino militar que era prenda natural de su entendimiento y que ademas estaba en él muy perfeccionado por la experiencia, habia escogido de entre todas las posiciones que podia haber tomado en los contornos de Brunn la que debia darle mas considerables ventajas en la hipótesis de ser atacado, hipótesis pasada á ser certidumbre.

Las sierras de Moravia que enlazan las de Bohemia con las de Hungría (*véase el mapa número 32*) van bajando sucesivamente segun se acercan al Danubio, de modo que, á orillas del rio, el terreno de Moravia es ya una llanura espaciosa. En las cercanías de Brunn, capital de la provincia, no tienen ya los montes mas altura que la de lomas algo considerables, las cuales es-

Posición escogida por Napoleon para dar batalla entre Brunn y Austerlitz.



Dic. 1805. **tán pobladas de pinos verdinegros. Deténidas las aguas que de allí manan por falta de buena corriente, forman numerosos charcos y van á caer por diversos raudales al rio Moravia (ó March), y por éste al Danubio.**

Todos estos caracteres están juntos en la posicion que media entre Brunn y Austerlitz hecha para siempre célebre por una de las mas ínclitas hazañas de Napoleon. (*Véase el mapa número 33*). El camino real de Moravia que va de Viena á Brunn sigue en línea recta hácia el Norte, y luego, para ir de Brunn á Olmütz, tuerce de pronto á la derecha, ó dígase hácia el Oriente, formando un ángulo recto con su direccion primera. En este ángulo está comprendida la posicion de que acaba de hablarse. Empieza á la izquierda hácia el camino de Olmütz en alturas cuajadas de pinares; dilátase despues á la derecha oblicuando hácia la carretera de Viena, y, despues de ir allanando poco á poco, remata en charcos donde en el invierno está el agua bastante honda. Corre á lo largo y por delante de esta posicion un riachuelo sin nombre conocido en la geografia, pero que en parte de su corriente lleva el de Goldbach puesto por las gentes de aquella comarca, y cuyas aguas atraviesan los pueblecillos de Girzikowitz, Puntowitz, Kobelnitz, Sokolnitz y Telnitz, y, ya formando pantanos, ya encajonándose en canales, va á desaparecer en los charcos de que acaba de hacerse mencion llamados los de Satschan y Menitz.

Concentrado Napoleon con todas sus fuerzas en este terreno, apoyándose por un costado en las colinas arboladas de la Moravia y particularmente en un mogote redondo al cual los soldados del ejército de Egipto dieron en llamar el Santon, y por el otro costado en los

charcos de Satschan y de Menitz, y cubriendo así con su ala izquierda el camino de Olmütz y con su derecha el de Viena, estaba bien situado para recibir con ventaja una batalla defensiva. Sin embargo, no queria reducirse á defenderse, siendo en él costumbre la pretension de alcanzar mayores ventajas que la de rechazar á sus contrarios. Se habia hecho cargo, como si los hubiese leído, de los proyectos con prolijidad extendidos por el general Weirother. No teniendo los austrosos la menor probabilidad de quitarle el punto de apoyo que á su izquierda tenia en lomas altas y pobladas de maleza, por fuerza habian de tener tentacion de envolverle por su derecha, que no llegaba enteramente á tocar á los charcos, y de cortar el camino de Viena. Bien habia motivo para alucinarse con tan halagüeña esperanza, porque, perdido por Napoleon este camino, quedaba sin otro recurso que el de retirarse á Bohemia, al paso que sus demas fuerzas aventuradas por el lado de Viena se verian reducidas á irse separadas y rio arriba por el valle del Danubio, de suerte que, partido así en dos trozos el ejército francés, saldria condenado á una retirada excéntrica, peligrosa y hasta funestísima si tropezaba con los prusianos en el camino.

Napoleon comprendió muy bien que este debia ser el plan de sus enemigos, y así, despues de haber concentrado su ejército hácia su izquierda y las alturas, dejó hácia su derecha, ó digase hácia Sokolnitz, Telnitz y los charcos un espacio que apenas ocupó con tropas, convidando con esto á los rusos á abundar en sus ideas. Pero no era allí cabalmente donde les tenia preparado el golpe mortal, sino en frente de él, donde



Dic. 1805. se le presentaba una disposicion del terreno de que esperaba sacar un partido decisivo.

Allende el arroyo que corria por frente de la posicion de los franceses, y enteramente contrapuesta á la izquierda de éstos, habia á modo de un llano, pero con ligeras bajadas y subidas, atravesado por la carretera de Olmütz, y mas allá, y delante del centro del mismo ejército, iba subiendo sucesivamente la tierra hasta formar frontera á la derecha de Napoleon una mesa llamada la de Pratzen, por llamarse así una aldea situada á media subida en lo hondo de una quebrada. Terminaba la mesa por la derecha en cuevas empinadas que iban á parar á los charcos, y por la espalda se iba allanando poco á poco hácia Austerlitz, castillo ó quinta que aparecia algo distante.

Proyecto  
que  
inspira  
á  
Napoleon  
la  
natura-  
leza  
del  
terreno  
en que  
se le  
prepara  
una  
batalla.

Descubriáanse en aquellos lugares fuerzas considerables, reluciendo en ellos de noche una multitud de hogueras, y descubriéndose allí mismo de dia gran movimiento de gente de á pié y de á caballo. A tal aspecto ya no dudó Napoleon de cuáles fuesen los proyectos de los austro-rusos (1), siendo á sus ojos evidente que intentaban bajar de la posicion que estaban ocupando, atravesar el riachuelo de Goldbach entre los charcos y el ala derecha del ejército francés, y cortar á éste el camino de

---

(1) Acaba de salir á luz traducida al francés una obra escrita en idioma ruso por el señor Leon de Narischkine, la cual contiene un crecido número de asertos inexactos, no obstante estar el autor en el caso de haber recibido noticias veraces. Dice esta obra que Napoleon, antes de la batalla de Austerlitz, tuvo á su vista el plan formado por el general Weirother. Esto es una equivocacion. No podria ser que hubiesen dado comunicacion del plan al emperador francés, á no ser que habiendo sido comunicado con alguna anticipacion á los que mandaban los varios cuerpos, hubiese por esto corrido peligro de divulgarse. Poco despues se verá en esta obra, por lo que dice un testigo presencial, que no fué comunicado el plan de la batalla á los que mandaban los cuerpos hasta entrar la noche anterior al dia de la refriega. Esto

Viena. Pero, siendo así, estaba resuelto á tomar la ofensiva, á atravesar el riachuelo por los pueblecillos de Girzikowitz y Puntowitz, á trepar á la mesa de Pratzen cuando la desocupasen los rusos, y á mantenerse dueño de esta altura. Con lograr este intento dejaba ya cortado en dos trozos el ejército contrario, echando una parte de él á la izquierda á la llanura atravesada por el camino de Olmütz, y la otra parte á la derecha y á los charcos, con lo cual por fuerza saldria la batalla funestísima á los austro-rusos. Pero para lograr tal fin era forzoso que los enemigos no cometiesen la falta prevista solo á medias; y para que la cometiesen completa sirvió mantenerse Napoleon como prudente y hasta como tímido, excitando de este modo su confianza necia.

El emperador francés arregló á estas ideas sus disposiciones (*véase el mapa número 32*). Esperando desde dos dias antes ser atacado habia ordenado á Bernadotte salir de Iglau, lugar fronterizo de Bohemia, dejar allí la division bávara que consigo tenia, y venirse hácia Brunn á marchas forzadas. Al mariscal Davout habia dado orden de echar la division de Friant y tam-

Ordenes  
dadas  
por  
Napoleon  
para  
traer  
al campo  
de batalla  
todas  
las  
fuerzas  
de que  
podia  
disponer.

aparte, todas las particularidades en las órdenes y correspondencia sobre estas operaciones prueban que Napoleon previó el plan del enemigo y no que le supo. Estando resuelto el autor de esta historia á esquivar toda clase de disputas (\*) con otros autores contemporáneos se ciñe á enmendar este yerro, y no trata de otros muchos contenidos en la misma obra á que se refiere, cuyo mérito por otra parte conoce y confiesa, pareciéndole aun imparcial hasta cierto punto.

N. DE M. THIERS.

(\*) Mal preparado se presenta el autor á hacer justicia á aquellos á quienes se la ha negado. Cómodo es su propósito, y, si bien es cierto que responder á todos cuantos le impugnasen de puro embarazoso vendria á ser imposible, no es menos cierto que su resolucion es en alto grado vituperable. Con ella prueba que su obra no es mas que un alegado bien hecho en defensa de su héroe y de su patria, donde no hay lugar á que la parte contraria se defienda.

N. DE A. A. G.



Dic. 1805. bien si fuese posible la de Gudin hácia la abadía de Gross-Raigern situada en el camino de Viena á Brunn, emparejando con los estanques. A consecuencia de estas órdenes se habia puesto en marcha Bernadotte y habia llegado á su destino en todo el dia 1.<sup>o</sup> de diciembre. El general Friant, único avisado á tiempo, porque el general Gudin estaba mas distante hácia Presburgo, se habia puesto en camino, y en 48 horas habia andado las 36 leguas que dista Viena de Gross-Raigern. Caíansele en el camino los soldados rendidos de cansancio; pero figurándoseles al menor ruido que oían cañonazos, se levantaban con ardor para acudir á dar auxilio á sus compañeros, suponiéndolos empeñados en una batalla sangrienta. El 1.<sup>o</sup> de diciembre por la noche estaban vivaqueando con un frio rigoroso en Gross-Raigern á legua y media del campo destinado á serlo de batalla. No se ha visto antes ó despues ejecutar tropa de infantería una marcha tan asombrosa, porque fué de 18 leguas cada dia en dos seguidos.

Marcha  
rápida  
de la  
division  
de  
Friant.

El 1.<sup>o</sup> de diciembre, reforzado Napoleon con el cuerpo de ejército de Bernadotte y con la division de Friant, podia contar con 65 ó 70,000 hombres presentes en las filas contra 90,000 entre rusos y austriacos tambien de servicio efectivo en la batalla.

Distribucion  
de los  
diversos  
cuerpos  
del  
ejército  
francés  
en el  
campo  
de batalla  
de  
Austerlitz.

A su ala á izquierda puso á Lannes, en cuyo cuerpo de ejército estaba en lugar de la division de Gazan la de Caffarelli, con la cual y con la de Suchet tenia encargo el mariscal de ocupar el camino de Olmütz y de pelear en la llanura interrumpida por leves cuestas que se extiende por ambos lados de la calzada. (*Véase el mapa numero 33*). Napoleon le dió ademas la caballería de Murat, en que estaban comprendidos los coraceros de

los generales de Hautpoul y Nansouty, los dragones de los generales Walther y Beaumont, y los cazadores de los generales Milhaud y Kellermann. Lo llano del terreno le llevaba á preveer que habria allí una recia lid de caballería. En el mogote llamado el Santon que dominaba el vecino terreno y en cuya cima estaba una capilla llamada de Bosenitz, situó el regimiento de tropas ligeras número 17 mandado por el general Claparede, con diez y ocho piezas de artillería, haciéndole prestar juramento de defender aquel punto hasta quedar hecho pedazos. Era en efecto el mogote el punto de apoyo del ala izquierda de los franceses.

En el centro, detrás del riachuelo de Goldbach, puso las divisiones de Vandamme y de Saint-Hilaire correspondientes al cuerpo de ejército del mariscal Soult, á las cuales tenian destinadas á atravesar aquella corriente por los pueblecillos de Girzikowitz y Puntowitz, y á apoderarse de la mesa de Pratzen cuando llegase el momento de hacerlo. Algo mas allá, detrás del pantano de Kobelnitz y del castillo ó quinta de Sokolnitz, colocó la tercera division del cuerpo de ejército del mariscal Soult que era la del general Legrand, reforzándola con dos batallones de tiradores, llamado el uno de cazadores del Pó y el otro de cazadores corsos, y con alguna fuerza de caballería ligera mandada por el general Margaron. Tenia encargo esta division de no situar mas fuerzas que el regimiento de línea número 3.º y los cazadores corsos en Telnitz, punto el mas cercano á los charcos y el mismo á que Napoleon deseaba atraer á los rusos. Bastante mas atrás, y como á legua y media, estaba la division de Friant en Gross-Raigern.

Aunque disponia Napoleon de diez divisiones de



Dic. 1805. infantería, solo presentó seis de ellas en línea, y detrás de los mariscales Lannes y Soult dejó de reserva los granaderos de Oudinot para esta ocasion separados del cuerpo de Lannes, todo el cuerpo de Bernadotte compuesto de las divisiones de Drouet y Rivaud, y por fin, la guardia imperial. Así, tenia á mano una fuerza de veinte y cinco mil hombres para descargar su golpe donde quiera que de ello hubiese necesidad, y particularmente sobre las alturas de Pratzen, á fin de tomarlas á viva fuerza si los rusos no las dejaban bastante despobladas de tropas. El mismo vivaqueó en medio de esta reserva.

Dadas estas disposiciones, llevó la confianza á punto de dar noticia de ellas á su ejército en una proclama, en toda la cual se representa la grandeza de los sucesos que se estaban preparando. Su texto es como sigue, segun fué leida á las tropas en la noche anterior al dia de la batalla.

#### «SOLDADOS:

Proclama  
de  
Napoleon  
á sus  
soldados  
en la  
noche  
antes  
del dia  
de la  
batalla  
de  
Auster-  
litz.

»El ejército ruso se os pone delante para vengar al  
»austriaco de Ulma. Sus batallones son los mismos que  
»habeis vencido en Hollabrunn y que desde entonces  
»habeis estado de continuo persiguiendo hasta estos  
»lugares.

»Las posiciones que ocupamos son formidables, y  
»mientras marcharen á envolverme por mi derecha me  
»presentarán su costado.

»Soldados, yo mismo dirigiré vuestros batallones.  
»Me mantendré lejos de la pelea, si con vuestro acos-  
»tumbrado valor poneis en desórden y confusion las fi-  
»las enemigas. Pero, si por un momento estuviese du-

»dosa la victoria, veríais á vuestro emperador exponerse  
»á los primeros golpes, porque no es posible que ande  
»incierto el triunfo, particularmente en este dia en que  
»está interesado el honor de la infantería francesa que  
»tanto importa al de la nacion toda.

»Que nadie so color de llevarse los heridos deje un  
»claro en las filas; y esté cada cual bien penetrado del  
»pensamiento de que es forzoso vencer á esos asalaria-  
»dos de la Inglaterra animados de tan violento odio con-  
»tra nuestra nacion. Esta victoria dará fin á la campaña,  
»y podremos entrar en nuestros cuarteles de invierno,  
»donde se juntarán con el nuestro los nuevos ejércitos  
»que se están formando en Francia, y entonces la paz  
»que hiciere será digna de mi pueblo, de vosotros y de  
»mi mismo.

NAPOLEON.»

En aquel mismo dia dió audiencia al conde de Haugwitz, llegado por fin al cuartel general francés, y vió en su conversacion cariñosa toda la falsía de la córte de Prusia, por donde conoció mas que antes cuán necesario le era alcanzar una brillante victoria. Recibió con sumo agasajo al enviado prusiano, y le dijo que al dia siguiente iba á dar una batalla; que despues le volveria á ver si antes no se le llevaba una bala de cañon; y que entonces seria tiempo de entenderse con la córte de Berlin. Propúsole que aquella misma noche saliese para Viena, y le dirigió á M. de Talleyrand, dando encargo de que en su camino atravesase por el campo de batalla de Hollabrunn donde se presentaba á la vista un espectáculo horroroso.—Bueno es, escribia á M. de Talleyrand, que ese prusiano sepa por el testimonio de sus



Dic. 1805. propios ojos de qué modo hacemos la guerra.—

Va  
Napoleon  
á ver  
á sus  
soldados  
en la  
noche  
anterior  
á la  
batalla.  
De qué  
modo es  
recibido.

Pasada la tarde en el vivac con sus mariscales, quiso ver á sus soldados y juzgar por sí propio de la disposicion de sus ánimos. Era la primer noche del 1.º de diciembre, dia víspera del aniversario de su coronacion. Singular era la coincidencia de estas fechas y no buscada por Napoleon, pues admitia la batalla y no la presentaba. Estaba la noche fria y oscura.

Los primeros soldados que le descubrieron, deseosos de alumbrarle, recogieron la paja en que estaban tendidos, y, formándola en manojos, hicieron con ella como hachas de viento encendidas colocadas á la punta de sus fusiles. En pocos minutos el ejemplo dado fué seguido por todo el ejército, y vióse brillar en toda la espaciosa posicion de los franceses tan singular especie de luminarias. Los soldados seguian los pasos de Napoleon entre aclamaciones de *viva el emperador!* prometiéndole acreditarse al dia siguiente de dignos de él y de sí mismos. Reinaba vivo entusiasmo en todas las filas, preparándose las tropas á la pelea, como conviene para ir á las lides, con el alma llena de contento y de confianza.

Napoleon se retiró para dejar á sus soldados algunas horas de descanso, y se recogió á su tienda á esperar allí el amanecer de un dia que habia de ser de los mas insignes de su vida, y de los mas señalados en la historia.

Aquellas luces y aclamaciones fueron vistas y oidas con facilidad desde las alturas ocupadas por el ejército ruso, en el cual habian dado motivo á aciagos presentimientos en la mente de un corto número de oficiales juiciosos, que se preguntaban entre sí si eran aquellas señas que veian salidas de un ejército abatido y dispuesto á retirarse.

Entretanto los que tenían los principales mandos en el ejército ruso, juntos en la habitación del general Kutusof en la aldea de Kreznowitz, estaban recibiendo las instrucciones para el día siguiente. El viejo Kutusof estaba profundamente dormido y el general Weirother con un mapa de aquella comarca extendido á la vista de los que le veían seguía leyendo con énfasis una como memoria donde estaba contenido todo el plan de la próxima batalla (1). Este plan va ya explicado al referir las disposiciones dadas por Napoleon. El ala derecha de los rusos mandada por el príncipe Bagration, haciendo frente á la derecha de los franceses, había de adelantar contra Lannes por ambos lados de la carretera de Olmütz, de hacerse dueño del mogote llamado el Santon y de ir sobre Brunn en derechura. La caballería, reunida en una sola masa entre el cuerpo de Bagration y el centro del ejército ruso, había de unir á éste con el ala izquierda, y de ocupar para ello el mismo llano donde

El general Weirother comunica sus planes á los generales rusos en la noche antes del día de la batalla.

(1) Parece conveniente al autor de esta historia citar aquí en seguida un fragmento de unas memorias manuscritas del general Langeron, testigo ocular de los sucesos aquí narrados, pues mandaba entonces un cuerpo de ejército ruso.

Dice este oficial lo que sigue:

«Ya queda dicho que el 19 de noviembre (1.º de diciembre) no llegaron á su destino nuestras columnas hasta cerca de las diez de la noche.

«A eso de las once todos cuantos mandaban columnas, menos el príncipe Bagration que estaba á demasiada distancia, recibimos orden de pasar á Kreznowitz á casa del general Kutusof á fin de oír leer las disposiciones dadas para la batalla del día siguiente.

«A la una de la madrugada, estando ya todos reunidos, llegó el general Weirother, y extendió en una gran mesa un mapa enorme y muy exacto de las cercanías de Brunn y de Austerlitz, y nos leyó sus disposiciones con acento alto y tono jactancioso, que declaraban cuán intimamente persuadido estaba de su propio mérito y de nuestra incapacidad. Parecía un rector de colegio dando lección á estudiantes jóvenes. Estudiantes éramos quizás real y verdaderamente; pero él distaba mucho de ser buen profesor. Kutusof, sentado y medio dormido cuando llegamos á su habitación, paró en dormirse del todo antes que saliésemos de su cuarto. Buxhoevden, puesto de pie, estaba oyendo atento y de



Dic. 1805. Napoleon habia colocado á Murat. El grueso del ejército, compuesto de cuatro columnas mandadas por los generales Doctorow, Langeron, Pribyschewski y Kollowrath y por entonces situado en las alturas de Pratzen, tenia orden de bajar de allí, de atravesar el riachuelo pantanoso de que ya aquí antes se ha hablado, de tomar á Telnitz, Sokolnitz y Kobelnitz, de rodear por la derecha á los franceses, y de ponerse á su espalda para cortarles el camino de Viena. A todos estos cuerpos estaba señalado por punto en que habian de concurrir y juntarse el pié de las murallas de Brunn. El gran duque Constantino, con la guardia rusa cuya fuerza era de entre 9 y 10,000 hombres, habia de salir de Austerlitz al rayar el alba para venir á situarse de reserva detrás del centro del ejército aliado.

Cuando el general Weirother acabó de leer su memoria, estando presentes los que mandaban cuerpos del ejército ruso de los cuales uno solo, que era el gene-

---

seguro sin entender palabra. Miloradovich callaba, Pribyschewski estaba algo atrás de los otros, y solo Doctorow examinaba el mapa con atencion. Cuando paró de hablar Weirother, yo fui el único que rompió el silencio y le dije:—«Mi general, muy bueno está todo eso, pero si los enemigos se nos anticipan y nos atacan cerca de Pratzen, ¿qué haremos?—No está previsto ese caso, me respondió; pero es conocida la audacia de Bonaparte. Si hubiese podido atacarnos hoy lo habria hecho.—¿Con que le creéis sin fuerzas? le dije.—Mucho darle es suponerle 40,000 hombres.—Pues en ese caso camina á su perdicion esperando á que le ataquemos; pero yo le tengo por demasiado hábil para ser imprudente, porque si, segun intentais y creéis, le cortamos de Viena, no tiene otra retirada que irse por las sierras de Bohemia; pero yo le supongo otro proyecto. Ha apagado sus hogueras y en su campamento se oye mucho estrépito.—Eso es que, ó se retira, ó muda de posicion; pero aun suponiendo que tome la de Turas, nos excusa mucha molestia, y las disposiciones dadas deben seguir sin variarse.»—

«Entonces despertó Kutusof, y nos despidió, mandándonos á cada cual dejar allí un ayudante que copiase las disposiciones que iba á traducir del alemán al ruso el teniente coronel Toll, del estado mayor. Seria entonces como las tres de la madrugada, y solo recibimos las copias de las famosas disposiciones cerca de las ocho, y ya puestos en marcha.»

N. DE M. THIERS,



General del.

Chanson sc.

RETOUR DE L'ILE D'ELBE





ral Doctorow, oia con atencion, y otro que era el gene- Dic. 1805.  
ral Langeron únicamente estaba dispuesto á contradecirle,  
hubo de llevar de parte de este último algunas objecio-  
nes. Era Langeron un emigrado francés al servicio de  
los enemigos de su patria; pero, como fuese á la par  
buen oficial y crítico descontentadizo, preguntó al general  
Weirother si todo sucederia como estaba escrito, y se  
mostró muy dispuesto por su parte á dudar de que así  
fuese. El general Weirother por ningun título creyó  
admisible otra idea que la que corria entre los oficiales  
superiores del ejército ruso, á saber; que Napoleon iba de  
retirada, y que en este caso las instrucciones dadas eran  
excelentes. Pero el general Kutusof cortó toda disputa  
mandando irse á sus puestos á los encargados del mando  
de los cuerpos, y que á todos fuese comunicada copia  
de las mismas instrucciones. Bien sabia aquel general,  
como viejo y experto, lo que valia semejante modo de  
concebir y arreglar el plan de las batallas, y sin em-  
bargo dejaba ir las cosas segun iban, sin reparar en  
que procediendo así se obraba á su nombre.

Desde las cuatro de la mañana estaba Napoleon  
fuera de su tienda, salido á juzgar por sus propios ojos  
si los rusos cometian la falta á que él con tanta maña  
los habia inducido. Bajó hasta el pueblecillo de Pun-  
towitz, situado en la orilla del riachuelo que separaba  
á ambos ejércitos, y divisó casi apagadas las hogueras  
de los rusos en las alturas de Pratzen. Oíase muy claro  
rodar los cañones y las pisadas de los caballos, todo  
ello dando señas de venir marchando los rusos de iz-  
quierda á derecha hácia los charcos, esto es, al mis-  
mo lugar á que él deseaba que se encaminasen. Fué gran-  
de su gozo al ver probada su prevision tan certera, y vol-

Batalla  
de  
Auster-  
litz  
dada  
el 2 de  
diciem-  
bre  
de 1805.

Saló  
Napoleon  
de  
su tienda  
antes  
de  
amanecer  
á  
observar



Dic. 1805. vió á situarse en el terreno alto donde habia vivaqueado,  
 desde el cual abarcaba con la vista toda la extension del  
 campo de batalla. Estaban á su lado puestos á caballo  
 sus mariscales. Empezaba á amanecer, y una niebla de  
 las de invierno cubria el campo en cuanto alcanzaba la  
 vista, sin que se divisase sino las partes mas altas del  
 terreno, que asomaban con apariencias de islas en un  
 mar formado por la neblina. Estaban ya en movimiento  
 los varios cuerpos del ejército francés, yendo bajando de  
 la posicion que habian ocupado durante la noche para  
 atravesar el riachuelo que los separaba de los rusos;  
 pero se detenian en el fondo, donde los encubria la os-  
 curidad y los contenian las órdenes del emperador, hasta  
 la llegada del momento oportuno para trabar la re-  
 friega.

Ya sonaba un fuego vivísimo del extremo de la li-  
 nea hácia los charcos. Ibase poniendo en claro el mo-  
 vimiento de los rusos contra el ala derecha de los fran-  
 ceses. El mariscal Davout habia salido apresurado á  
 encaminar la division de Friant desde Gross-Raigern  
 sobre Telnitz, y á dar auxilio al tercero de línea y á los  
 cazadores corsos, sobre los cuales iba á caer una parte  
 considerable del ejército enemigo. Los mariscales Lan-  
 nes y Soult y el príncipe Murat con sus ayudantes  
 rodeand al emperador, estaban esperando la orden de  
 dar principio á la lid por el centro y la izquierda. Na-  
 poleon contenia su ardor; siendo su intento que por la  
 derecha de su ejército llevasen á remate los rusos la  
 falta que estaban cometiendo, de suerte que no pudiesen  
 volver de los lodazales donde á ojos vistos iban penetran-  
 do. Salió por fin el sol, y disipando la niebla inundó  
 con su resplandor aquel espacioso campo de batalla. Era

este el sol de Austerlitz, sol, cuya memoria tan á menu- Dic. 1805.  
do recordada á la generacion presente sin duda alguna  
jamás será olvidada por las edades venideras. Ibanse  
despoblando de tropas las alturas de Pratzen, porque,  
ejecutando los rusos el plan dispuesto, habian bajado al  
cauce del Goldbach para hacerse dueños de los pueblos  
de Telnitz y Sokolnitz, situados á lo largo de la már-  
gen de aquel riachuelo. Entonces Napoleon dió la señal  
de acometer, y sus mariscales arrancaron á galope para  
ir á ponerse al frente de sus varios cuerpos de ejército.

Las tres columnas rusas encargadas de tomar á Tel-  
nitz y á Sokolnitz se habian puesto en movimiento á  
las siete de la mañana, yendo bajo el mando inmediato  
y respectivo de los generales Doctorow, Langeron y  
Pribyschewski, todos ellos obedientes á su superior el ge-  
neral Buxhoewden, oficial mediano y perezoso, enso-  
berbecido con su valimiento cortesano debido á un  
casamiento palaciego, y con tan corta autoridad en el  
mando de la izquierda del ejército ruso cuanta era la  
del general Kutusof en el ejército todo. Iba Buxhoew-  
den en persona con la columna del general Doctorow  
que formaba la extremidad de la línea rusa por su iz-  
quierda, y á la cual [tocaba empezar la pelea. El ge-  
neral ruso atendia poco á las otras columnas, no cui-  
dando de concertarlas en sus diversos movimientos, lo  
cual era gran fortuna para los franceses, pues, si hubie-  
sen sus contrarios obrado con union y caido todos á  
una en gran fuerza sobre Telnitz y Sokolnitz, no ha-  
biendo llegado todavía á aquel punto la division de  
Friant, podrian los rusos haber ganado mucho terreno  
por la derecha del ejército francés y adelantarse harto  
mas que lo que á sus enemigos convenia consentirles.

Asoma  
el sol  
á dar luz  
al campo  
de batalla  
de  
Auster-  
litz.  
Da  
Napoleon  
la señal  
de trabar  
la  
batalla.

Marchan  
tres  
columnas  
rusas  
encarga-  
das  
de dar  
vuelta  
al  
ejército  
francés,  
y  
envol-  
verle  
por el  
lado  
de las  
lagunas.



Dic. 1805.

Viva  
resisten-  
cia  
de los  
cazadores  
corsos  
á la  
columna  
de  
Docto-  
row.

La columna de Doctorow habia vivaqueado como las demas de su ejército en lo alto de la mesa de Prätzen. A la falda de aquella altura, y en la hondonada cenagosa que la separaba de la derecha de los franceses, estaba una aldea llamada Augezd, y en ella una vanguardia compuesta de cinco batallones y catorce escuadrones austriacos, y mandada por el general Kienmayer (*véase el mapa número 33*). Esta vanguardia tenia orden de dejar despejado el llano entre Augezd y Telnitz mientras bajaba de las alturas la columna de Doctorow. Ansiosos los austriacos de enseñar á los rusos que no les eran inferiores peleando, se echaron sobre el pueblo de Telnitz con resolucion denodada. A un tiempo tenian que atravesar el riachuelo, cuyo raudal por allí corre entre zanjas, y que trepar por una altura cubierta de viñedos y caseríos. En el mismo lugar tenian los franceses, ademas de su regimiento 3.<sup>o</sup> de línea, el batallon de cazadores corsos emboscado en las quiebras del terreno; cuerpo de diestros tiradores, los cuales apuntando con serenidad á los húsares que contra ellos venian delanteros, les mataron ó hirieron un crecido número, y recibiendo de la misma manera al regimiento de infantería de Szeckler, en media hora dejaron tendida en el campo á buena parte de los que le formaban. Cansados los austriacos de pelea tan mortífera, y que tan poco daba de sí, asaltaron el lugar de Telnitz con sus cinco batallones juntos, pero no lograron entrarle, gracias á la firmeza del regimiento francés 3.<sup>o</sup> de línea que los recibió con el vigor de tropa ya probada. Mientras así se consumia en inútiles esfuerzos la vanguardia de Kienmayer, la columna de Doctorow, compuesta de veinte y cuatro batallones, y man-

dada por el general Buxhoevden, apareció despues de haberse hecho desear mas de una hora, y vino á ayudar á los austriacos á apoderarse de Telnitz, que ya no era bastante á defender el regimiento 3.<sup>o</sup> de linea. Atravesaron los austro-rusos la madre del riachuelo, y el general Kienmayer lanzó sus catorce escuadrones al llano situado mas allá de Telnitz contra la caballería ligera del general Margaron. Esta, si bien sostuvo con valor varias cargas, no pudo con todo resistir á golpe tal de caballería como el que le venia encima. No habiendo llegado todavía de Gross-Raigern la division de Friant, capitaneada por el mariscal Davout, quedó el ala derecha de los franceses con los enemigos enteramente á su costado, y casi á su espalda. Pero el general Buxhoevden, despues de haber tardado tanto, se vió obligado á su vez á esperar á la segunda columna de los suyos, mandada por el general Langeron. Esta última se habia detenido por un accidente singular, el cual fué que, habiendo la gran fuerza de caballería destinada á ocupar el llano situado á la derecha de los rusos y á la izquierda de los franceses entendido mal la órden que le dictaba ocupar aquel punto, habia venido á colocarse en el mismo Pratzen en medio del vivac de la columna de Langeron, y luego, conocido su yerro, para pasar al lugar á donde debia ir, habia atravesado por las columnas de Langeron y de Pribyschewski cortándolas, y siéndoles de estorbo y larga detencion en su marcha. Llegado al cabo el general Langeron delante de Sokolnitz emprendió tomar el pueblo, pero en estas demoras habia acudido presuroso allí el general Friant con su division, compuesta de cinco regimientos de infantería y de seis de dragones. El de esta arma francés, núm. 1.<sup>o</sup>, agre-

Dic. 1805.

Logra  
atravesar  
el  
Goldbach  
la  
columna  
de  
Docto-  
row.

Llegada  
de la  
division  
de Friant  
á Telnitz,  
donde  
recobra  
la aldea  
ya  
perdida.



Dic. 1805. gado en aquel día á la division de Bourcier, fué enca-  
minado á trote largo á Telnitz. Ya los austro-rusos,  
vencedores en aquel punto, empezaban á dejarse atrás  
el Goldbach y á envolver al 3.<sup>o</sup> de línea, así como á la  
caballería ligera de Margaron, cuando los dragones del  
regimiento núm. 1.<sup>o</sup>, estando ya cercanos al enemigo,  
arrancaron á galope y arrollaron sobre Telnitz, obligán-  
dolos á meterse en él á todos cuantos enemigos de allí  
habian salido ó iban desembocando. Llegando los genera-  
les Friant y Heudelet con la primera brigada de su divi-  
sion, compuesta del núm. 108 de línea y de los cazadores  
del 15 de ligeros, entraron en Telnitz á bayoneta calada,  
echaron del pueblo á los austriacos y rusos, los arrolla-  
ron, y se los llevaron revueltos allende las zanjas que  
sirven de cauce al Goldbach, y quedaron dueños del  
terreno despues de haberle cubierto todo de muertos y  
heridos. Por desgracia la niebla, aunque disipada casi  
por todos lados, reinaba todavía en las hondonadas ce-  
nagosas, y tenia envuelto á Telnitz en una como espesa  
nube. El regimiento francés 26 de ligeros de la divi-  
sion de Legrand, que habia venido á dar auxilio al 3.<sup>o</sup>  
de línea, divisando confusamente un conjunto de tropas  
al otro lado del riachuelo, y no pudiendo distinguir el  
color de sus uniformes, hizo fuego al 108 creyendo ha-  
cérselo al enemigo. Este daño inesperado causó algun  
desórden en el 108, que se hizo atrás temeroso de estar  
envuelto. Aprovechando esta circunstancia los rusos y  
austriacos, cuya fuerza en aquel punto era de veinte y  
nueve batallones, otra vez tomaron la ofensiva y recha-  
zaron de Telnitz la brigada de Heudelet, mientras el ge-  
neral Langeron llegando con doce batallones rusos á la  
aldea de Sokolnitz, situada sobre el Goldbach algo mas

arriba de Telnitz , habia conseguido entrarla. Entonces las dos columnas rusas de Doctorow y de Langeron empezaron á desembocar de Telnitz la una y de Sokolnitz la otra. Al mismo tiempo la columna del general Pribyschewski habia asaltado y tomado el castillo de Sokolnitz, que está por encima del pueblo del mismo nombre. Viendo esto el general Friant, que en aquella jornada, como en otras muchas , se portó como héroe, lanza al general Bourcier con sus seis regimientos de dragones sobre la columna de Doctorow en el instante mismo en que esta se estaba desplegando mas allá de Telnitz. Calan bayoneta los rusos á los dragones franceses, los cuales, sin embargo, repitiendo una y muchas veces furibundas cargas, les impiden que se extiendan, y dan auxilio á la brigada de Heudelet que le seguia haciendo frente. En seguida el general Friant se pone á la cabeza de la brigada de Lochet, compuesta de los regimientos 48 y 111 de línea, y cae sobre la columna de Langeron que ya habia dejado atrás la aldea de Sokolnitz , arrollándola hasta ella , metiéndola dentro , entrando en su seguimiento, lanzándola, y echándola al otro lado del Goldbach á algun trecho. Ganado el pueblo de Sokolnitz , encomienda el general Friant su custodia y defensa al regimiento número 48, y con su tercera brigada, que era la de Kister, compuesta del núm. 33 de línea y el 15 de ligeros , va adelante á disputar á la columna de Pribyschewski la posesion del castillo igual en nombre á la aldea. Consigue tambien arrollar á las tropas de Pribyschewski, pero mientras que sigue trabado con ella en dura refriega delante del castillo , la columna de Langeron vuelve á asaltar el pueblo y está cerca de acabar con el 48, que se recoge á las casas, y desde ellas resiste con admirable

Dic. 1805.

Conducta  
heróica  
del  
general  
Friant  
y de su  
division.



Dic. 1805. denuedo. Vuelve allá el general Friant y saca de su peligro al 48. Corriendo sin cesar este valeroso general, y con él su ilustre superior el mariscal Davout, de uno á otro punto por la línea del Goldbach con tanto calor disputada, pelean con 35,000 rusos, no teniendo ellos mas que de 7 á 8,000 infantes y sobre 2,800 ginetes. En efecto, la division de Friant, de resultas de la marcha de treinta y seis leguas que habia ejecutado en dos dias, estaba reducida á contar, cuando mas, 6,000 hombres, y con agregársele el 3.<sup>o</sup> de línea presentaba al enemigo entre 7 y 8,000 combatientes. Pero como le iban llegando á cada momento rezagados que acudian al estampido de los cañonazos, se llenaban sucesivamente los claros que las balas enemigas dejaban hechos en las filas.

Ataca  
el  
mariscal  
Sout  
con su  
cuerpo  
de  
ejército  
la mesa  
de  
Pratzen,  
que es  
el centro  
de la  
posicion  
de los  
rusos.

Durante esta refriega encarnizada hácia el ala izquierda del ejército francés, el mariscal Sout por el centro habia asaltado el puesto de cuya posesion dependia la suerte de la batalla. A una señal dada por Napoleon, formadas en columnas cerradas las dos divisiones de Vandamme y de Saint-Hilaire con paso veloz habian subido las cuestas que llevaban á la mesa de Pratzen (*véase el mapa número 33*). La division de Vandamme habia torcido á la izquierda del lugarcillo de Pratzen, y la de Saint-Hilaire á la derecha del mismo, el cual está encajonado á bastante hondura en un barranco que va á rematar en la orilla del riachuelo de Goldbach cerca de Puntowitz. Mientras seguian adelantando los franceses, el centro del ejército enemigo compuesto de la infantería austriaca de Kollowrath y de la rusa de Miloradovich, y cuya fuerza era de veinte y siete batallones, mandados directamente por el general

Kutusof y por los dos emperadores, habia venido á Die. 1805. desplegarse en la mesa de Pratzen para ocupar en ella el lugar desocupado por las tres columnas que, mandadas por Buxhoevden, habian bajado á las hondonadas de los charcos. Los soldados franceses, sin responder al fuego de fusilería que estaban sufriendo, proseguian trepando á la altura, admirando con su viveza, desahogo, y resolucion, á los generales enemigos, que esperaban haberlos encontrado puestos en retirada (1).

Llegados á la aldea de Pratzen los franceses la pasaron sin pararse. Sigue mas adelante el general Morand al frente del 10 de ligeros, y va á formar los suyos en lo alto de las mesas. Iba en pos de él el general Thiebault (2) con su brigada, compuesta de los regimientos números 14 y 36 de línea, y en el camino recibe de súbito y por su espalda una descarga de fusilería disparada por dos batallones rusos escondidos en el barranco, en cuyo fondo está situado el pueblo de Pratzen. Entonces el general Thiebault manda hacer alto por breves instantes, devuelve á quema-ropa el fuego que ha recibido, y métese en el lugar con un batallon de sus tropas, con el cual pone en desordenada huida á los rusos dueños de la aldea, volviéndose en seguida á dar apoyo al general Morand desplegado en la altura. Por su lado la brigada de Varé, segunda de la division de Saint-Hilaire,

---

(1) El principe Czartoryski, que estaba entre los dos emperadores, hizo notar al emperador Alejandro cuán vivos y resueltos venian los franceses subiendo la cuesta que lleva á la mesa, sin responder al fuego de los rusos. Conmovido al advertirlo el monarca ruso, sintió que le faltaba la confianza que hasta entonces habia tenido, y concibió á aquel aspecto un presentimiento, el cual le duró tanto cuanto duró la jornada.

N. DE M. THIERS.

(2) El mismo que acaba de morir.

N. DE M. THIERS.



Dic. 1805. pasando por la izquierda del mismo pueblo, viene á formarse frontera al enemigo, mientras Vandamme con su division, dilatándose todavia mas á la izquierda, se sitúa al lado de un mogote pequeño llamado Stari-Winobradi que domina toda la mesa de Pratzen. En este mogote habian colocado los rusos cinco batallones acompañados de numerosa artillería.

La infantería austriaca de Kollowrath y la rusa de Miloradovich estaban formadas en dos líneas. El mariscal Soult, sin perder tiempo, echa adelante las divisiones de Saint-Hilaire y de Vandamme. El general Thiebault, que con su brigada formaba la derecha de la division de Saint-Hilaire, tenia consigo una batería de doce piezas. Cárgalas de bala rasa, y tambien de metralla, y rompe un fuego mortífero contra la infantería que le estaba opuesta, el cual, siendo vivo y certero, pronto pone en desórden las filas de los austriacos, obligándolos primero á cejar, y despues á arrojar-se en confuso tropel hácia la bajada de la espalda de la mesa. En este momento llega veloz Vandamme al enemigo que delante de sí tenia. Su esforzada infantería se adelanta serena, se pára, dispara á los rusos varias descargas que les hacen cruel destrozo, y luego, calando bayonetas, abalánzase á cerrar con ellos, hecho lo cual les arrolla la primera fila revolviéndola con la segunda, y se las lleva ambas juntas en huida por la espalda de la mesa abajo, haciéndose dueño de su artillería que le dejan abandonada. Al hacer este movimiento Vandamme habia dejado á su izquierda el mogote de Stari-Winobradi, defendido por varios batallones rusos y cuajado todo de artillería. Vuelve á él y manda al general Schiner que le envuelva con el 24 de ligeros, trepando á su altura Vandamme mismo con

el 4.º de línea; y, no obstante el fuego que de arriba abajo recibe, llega á lo alto del mogote, atropella y derriba á los rusos que le guardaban, y se apodera de sus cañones.

Así, en menos de una hora, las dos divisiones del cuerpo del mariscal Soult se habian enseñoreado de la mesa de Pratzen, é iban persiguiendo á los rusos y austriacos arrollados y revueltos por la cuesta abajo de la misma altura que mira al castillo ó quinta de Austerlitz.

Los dos emperadores de Alemania y de Rusia, testigos de esta rápida refriega, en vano se esforzaban para detener á sus soldados fugitivos, viéndose desatendidos en medio de tanta confusion, donde bien podia ya ver Alejandro que en circunstancias tales la presencia de un soberano dista mucho de valer lo que la de un general hábil. Miloradovich, siempre brillante en el mayor peligro, paseaba á caballo aquel campo de batalla surcado por las balas de cañon, y procuraba detener á los que huían y volverlos á la pelea. El general Kutusof, herido de una bala de fusil en un carrillo, veía realizado el desastre que habia previsto, sin haber tenido bastante entereza para estorbarle. Habíase dado prisa á llamar á sí la guardia imperial rusa, que habia vivaqueado delante de Austerlitz, para reunir detrás de ella su centro desbaratado. Si hubiese sido capaz de resoluciones atinadas y prontas este general del ejército austro-ruso, cuyo mérito se reducía á mucha sutileza encubierta con no menor indolencia, bien estaba en ocasion de acudir apresurado á su ala izquierda en aquel momento entrada en batalla con la derecha de sus enemigos; de sacar las tres columnas de Buxhoewden de las hondonadas cenagosas en que estaban sumergidas; de traérselas á la mesa de



Dic. 1805. Pratzen, y de intentar con 50,000 hombres juntos hacer un esfuerzo decisivo para recobrar una posicion, perdida la cual, iba su ejército á quedar cortado en dos trozos. Aun cuando obrando así no hubiese conseguido su intento, á lo menos se habria retirado en buen orden sobre Austerlitz por un camino seguro, sin haber dejado su ala izquierda pegada á un abismo. Pero, contentándose con remediar el mal inmediato de que era testigo ocular, reduciase á reunir su centro á espaldas de la guardia imperial rusa, compuesta de entre 9 y 10,000 hombres; mientras Napoleon, clavando de continuo la vista en la mesa de Pratzen, mandaba á dar apoyo al mariscal Soult, ya victorioso, el cuerpo de ejército de Bernadotte, su guardia imperial y los granaderos de Oudinot, todo lo cual componia 25,000 hombres escogidos.

Mientras el ala derecha francesa disputaba así á los rusos la línea de Goldbach, y el centro de los primeros quitaba al de los segundos la mesa de Pratzen, Lannes y Murat por la izquierda del ejército francés habian trabado reñida pelea con el príncipe Bagration y toda la caballería austro-rusa. (*Véase el mapa número 35*).

Lannes, con las divisiones de Suchet y Caffarelli desplegadas á ambos lados de la carretera de Olmütz, tenia orden de hacerse adelante en derecha. A la izquierda del camino, allí mismo donde se levantaba el Santon, acercándose el terreno á las lomas arboladas de Moravia, era muy quebrado, y ya montuoso, ya cortado por barrancos profundos. En aquel lugar estaba situada la division de Suchet. A la derecha el terreno algo mas llano iba á unirse por cuestas bastante suaves á la

mesa de Pratzen. Por este lado iba Caffarelli protegido por la caballería de Murat contra el grueso de la austro-rusa.

Esperábase ver en aquel punto una como batalla al modo de las dadas en Egipto, porque se descubrian ochenta y dos escuadrones de rusos y austriacos formados en dos líneas y gobernados por el príncipe Juan de Lichtenstein. Por este motivo, las divisiones de Suchet y Caffarelli presentaban á sus contrarios varios batallones desplegados, y por detrás en los huecos otros formados en columna cerrada, cuyo destino era apoyar y flanquear á los primeros. La artillería estaba repartida por el frente de ambas divisiones, y la caballería ligera del general Kellermann con las divisiones de dragones á la derecha en el llano, quedando la caballería pesada de Nansouty y de Hautpoul detrás de reserva. Puesto Lannes en órden que tanto respeto imponia, movióse, no bien oyó cañonazos, hácia Pratzen, y atravesó á paso regular, como podria haberlo hecho en un campo donde estuviesen sus tropas haciendo ejercicio, aquella llanura iluminada por un sol de invierno claro y hermoso.

El príncipe Juan de Lichtenstein habia tardado mucho de resultas de la equivocacion que habia llevado á la caballería austro-rusa á correr inútilmente de derecha á izquierda del campo de batalla. En su ausencia, la guardia imperial de Alejandro habia llenado el claro que quedaba entre el centro del ala derecha del ejército aliado. Llegado por fin á su puesto el de Lichtenstein, vió el movimiento del cuerpo de Lannes, y lanzó sobre la division de Caffarelli los uhlanos del gran duque Constantino. Arrójanse aquellos atrevidos ginetes á la division francesa, delante de la cual estaba situado Keller-



Dic. 1805. mann con su brigada de caballería ligera. Juzgando Kellermann, oficial de los mas hábiles en su arma, que caeria arrollado sobre la infantería de su propio ejército, y tal vez la desbarataria, si recibia inmóvil la temible acometida de sus contrarios, replegó sus escuadrones, y, metiéndolos por los claros de los batallones de Caffarelli, pasó á formarlos de nuevo á la izquierda, quedándose allí en espera á aprovechar una ocasion favorable para dar una carga. Echados á galope los uhlanos no encuentran ya á la caballería ligera francesa á que iban á acometer, y en lugar de ella dan con una línea de infantería inmóvil, que, sin siquiera formarse en cuadro, los recibe con un fuego mortífero de fusilería. Caen en un momento derribados al frente de la division cuatrocientos de aquellos ginetes, y queda mortalmente herido el general ruso Essen peleando á su cabeza, mientras los demas se hacen unos á la derecha y otros á la izquierda desparramados. Aprovechando tan oportuno momento Kellermann, que habia vuelto á formar sus escuadrones á la izquierda de Caffarelli, cae sobre los uhlanos, y acuchilla de ellos á un número crecido. El principe Juan de Lichtenstein envia una parte nueva de sus escuadrones á dar socorro á los uhlanos. Pónense á su vez en movimiento las divisiones de dragones franceses, y van sobre la caballería enemiga, de modo que por algunos instantes presenta á la vista el campo una horrorosa refriega donde lidian cuerpo á cuerpo los combatientes. Disípase al fin aquella nube de caballos y ginetes, y, volviéndose unos y otros por su respectivo lado á su línea de batalla, dejan el terreno cubierto de muertos y heridos, de los cuales es muy superior el número de los rusos y austriacos. Adelantan entonces las dos masas de infantería

francesa con paso firme y mesurado á ponerse en el terreno recién desocupado por la caballería. Opónenles los rusos cuarenta bocas de fuego que vomitan una granizada de balas, granadas y metralla. Una descarga derriba por entero á la banda de tambores del primer regimiento de la division de Caffarelli. Corresponden los franceses á tan duro cañoneo con el fuego de toda su artillería. En aquel pelear á cañonazos una bala de cañon acierta al general Valhubert en un muslo y se le quiebra. Van á llevársele algunos soldados.—Quedáos en vuestro puesto, les dice, que yo sabré morir solo; no está bien que por un hombre falten seis.—Encaminanse en seguida los franceses á la aldea de Blaziowitz, situada á la derecha del llano, donde empieza á subir el terreno hácia Pratzen. Este pueblo, como todos los de aquellas cercanías, está metido en un barranco á mucha hondura, y solo se distinguia por las llamas que le estaban abrasando. En la misma mañana le habia ocupado un destacamento de la guardia imperial rusa que allí seguia esperando la llegada de la caballería del príncipe de Lichtenstein. Lannes dá orden al regimiento núm. 13 de ligeros de que tome el pueblo, y el coronel Castex que le mandaba, se adelanta con el primer batallon formado en columna de ataque, y al llegar á la aldea cae muerto de un balazo de fusil que le acierta en la frente. Abalánzase furioso el batallon y venga la muerte de su coronel á bayonetazos. Queda tomado Blaziowitz, donde hacen los vencedores algunos centenares de prisioneros, á los cuales envían á su espalda.

En la otra ala del cuerpo de ejército de Lannes, los rusos capitaneados por el príncipe Bagration procuraban hacerse dueños del cerro á que habian dado el pom-



Dic. 1805. bre de Santon los soldados franceses. Habian bajado á un valle que linda con la falda del mismo montecillo, y ocupado la aldea de Bosenitz, allí mismo situada, y seguian correspondiéndose inútilmente á balazos con la numerosa artillería de que estaba guarnecida la altura. Pero no pensaban en arrostrar la fusilería del regimiento francés 17 de línea, demasiado bien situado para que hubiese quien se arrojase á llegarle muy cerca.

El príncipe Bagration habia formado el resto de su infantería en la carretera de Olmütz, frente á frente con la division de Suchet, y compelido á retroceder se iba retirando pausadamente delante del cuerpo de Lannes, el cual seguia su camino sin precipitacion, imponiendo respeto con su union y continente, y sin cesar ganando terreno.

Tomado Blaziowitz, manda Lannes apoderarse de Holubitz y Kruch, pueblos situados á lo largo de la carretera de Olmütz, ganados los cuales, llega á dar con la infantería de Bagration. En este mismo instante rompe la línea formada por sus divisiones, y echa la de Suchet en direccion oblicua á su izquierda, y la de Caffarelli de un modo semejante á su derecha. Con este movimiento divergente separa á la infantería de Bagration de la caballería del príncipe de Lichtenstein, echando á la primera á la izquierda de la carretera de Olmütz, y á la segunda á la derecha hácia la subida á la mesa de Pratzen.

Entonces la caballería de los aliados se resuelve á hacer la última tentativa, y cae entera sobre la division de Caffarelli, que la recibe con su sólita firmeza, teniéndola á raya con el fuego de su fusilería. Los numerosos

escuadrones de Lichtenstein se dispersan al principio, pero, reuniéndolos sus oficiales, vuelven á embestir á los batallones franceses. Por órden de Lannes los coraceros de los generales de Hautpoul y Nansouty, que seguian á la infantería de Caffarelli, desfilan por detrás de las filas de esta á trote largo, fórmanse á su derecha, despliegan allí en batalla, y arrancan á galope hácia el enemigo. Tiembla la tierra con las pisadas de aquellos 4000 caballos montados por hombres cargados de hierro. Precipítanse los coraceros, espada en mano, sobre el grueso de los escuadrones austro-rusos vuelto á formarse. Con su choque derriban aquel cuerpo y le desbaratan, y, desordenando á los que le componen, los obligan á ir huyendo hácia Austerlitz, donde se retiran para no volver á presentarse en toda la jornada.

Mientras esto pasaba, la division de Suchet habia llegado á dar con la infantería del príncipe Bagration, y despues de haber hecho á los rusos el fuego reposado y certero que solian ejecutar con maestría las tropas francesas, no menos instruidas que aguerridas, habia ido sobre ellos á bayoneta calada. Cediendo los rusos al ímpetu de los batallones de sus contrarios se habian hecho atrás, pero sin desbaratarse ni rendirse, formando un confuso monton erizado de fusiles, que los vencedores se veian reducidos á ir empujando hácia adelante sin poderle hacer prisionero. Lannes, libertado ya de los ochenta y dos escuadrones del príncipe de Lichtenstein, se habia dado priesa á traer á su lado la caballería pesada del general de Hautpoul desde la derecha á la izquierda de aquel llano, y la habia arrojado sobre los rusos para acabar de compelerlos á retirarse. Iban los coraceros franceses por todos lados persiguiendo á aquellos obsti-



Dic. 1805. nados soldados de infantería, que se retiraban formados en pelotones numerosos, y, no obstante su firmeza, obligaron á soltar las armas á algunos miles de su número.

Así, por la izquierda del ejército francés Lannes acababa de dar por sí solo una verdadera batalla. Habia hecho á sus enemigos 4000 prisioneros. Al rededor de él estaba cubierto el suelo con 2000 muertos ó heridos entre rusos y austriacos.

Pero en la mesa de Pratzen se habia renovado la pelea entre el centro de los austro-rusos y el cuerpo del ejército del mariscal Soult, reforzado con todos los de reserva que Napoleon en persona traia consigo á la batalla. El general Kutusof, en vez de pensar, como poco antes vá dicho, en llamar á su lado á las tres columnas de Doctorow, Langeron y Pribyschewski, ya metidas en la hondonada, solo habia pensado en reunir las tropas de su centro á la espalda de la guardia imperial rusa. Unicamente la brigada de Kamenski del cuerpo de Langeron, viendo por su espalda un fuego muy vivo, se habia parado, y en seguida retrocedido de motu proprio para volver á subir á la mesa de Pratzen. Avisado de ello el general Langeron habia venido á ponerse al frente de aquella brigada, dejando en Sokolnitz el resto de su columna.

Grave  
peligro  
que corre  
la  
brigada  
del  
general  
Thie-  
bault,  
y modo  
noble  
con que  
se porta.

Los franceses, al renovarse así la pelea por el centro, iban á trabar la lid con la brigada de Kamenski, con la infantería de Kollowrath y de Miloradovich, y con la guardia imperial rusa. La brigada de Thiebault, que ocupaba el punto extremo en la derecha del cuerpo del ejército del mariscal Soult, y que estaba separada de la brigada de Varé por el pueblo de Pratzen, se hallaba en medio de una linea de fuegos en escuadra, porque

tenia delante la línea de los austriacos vuelta á formar, Dic. 1805. y por la derecha parte de las tropas de Langeron. Esta brigada, compuesta del núm. 10 de ligeros, y de los de línea 14 y 36, iba á verse expuesta por un momento á gravísimo peligro. Cuando estaba desplegando y formando por su parte una escuadra para hacer frente al enemigo, Labadie, ayudante del núm. 36, temeroso de que su batallón, recibiendo un fuego de fusilería y metralla á treinta pasos, perdiese la acostumbrada firmeza y se desordenase en su movimiento, cogió la bandera, y poniéndose él mismo de guía,—soldados, exclamó: hé aquí la línea porque habeis de formaros en batalla.—Despliega el batallón con serenidad completa; imitanle los demas; sitúase como debe la brigada; y durante algunos instantes correspóndese con el enemigo con un fuego mortífero á medio tiro. No obstante su valor, estos tres regimientos pronto habrían caído destrozados entre aquella porción de fuegos que se atravesaban si se hubiese alargado la pelea. El general Saint-Hilaire, admirado del ejército por su valor de caballero antiguo, estaba hablando con los generales Thiebault y Morand discutiendo qué partido sería mejor tomar, cuando el coronel Pouzet del núm. 10, le dijo:—General, vamos adelante y á bayoneta calada, ó estamos perdidos.—Sí, adelante, responde el general Saint-Hilaire.—Calan al momento bayoneta los franceses, échanse por la derecha sobre los rusos de Kamenski, y por el frente sobre los austriacos de Kollowrath, y arrollan á los primeros hasta arrojarlos á la hondonada de Sokolnitz y Telnitz, y á los segundos hasta precipitarlos cuesta abajo por la espalda de la mesa de Pratzen hácia el camino de Austerlitz.

Mientras que la brigada de Thiebault por algun tiem-



Dic. 1805. po desamparada y sola salia de su peligro con tanta felicidad y valentía, la brigada de Varé y la division de Vandamme situadas al otro lado del pueblo de Pratzen con harto menos trabajo habian rechazado á los austrosos cuando renovaban su acometida, y echádoslos pronto á la falda de la mesa, á donde en balde se esforzaban por subir de nuevo. En el ardor que precipitaba á aquellas tropas, el primer batallon del 4.<sup>o</sup> de línea de la division de Vandamme se fué mas allá de lo debido, dando alcance á los rusos por terrenos en cuesta y cubiertos de viñedos. El gran duque Constantino, notándolo, envió al momento contra ellos alguna fuerza de la caballería de la guardia imperial, la cual, cogiendo al batallon enredado en las viñas, le desbarató antes que pudiese formarse en cuadro. En tal confusion, cayó muerto el abanderado del regimiento; tuvo igual suerte uu sargento que fué á recoger el águila; y un soldado que la tomó de manos de éste último quedó fuera de combate; no pudiendo impedirse que los soldados de Constantino se llevasen aquel trofeo.

Napoleon, que habia venido á reforzar el centro de su ejército con la infantería de su guardia imperial, todo el cuerpo del ejército de Bernadotte y los granaderos de Oudinot, vió desde la altura en que se habia situado la refriega y derrota de aquel batallon.—Allí hay desórden, dice á Rapp, y es necesario remediarle.—Al punto mismo Rapp, al frente de los mamelucos y cazadores á caballo de la guardia, vuela á dar socorro al batallon malparado. Síguele el mariscal Bessieres con los granaderos de á caballo, y adelántase en segunda línea la division de Drouet del cuerpo de ejército de Bernadotte, compuesta de los regimientos números 94 y 95 y 27

Combate  
de  
caballe-  
ría  
entre  
las dos  
guardias  
imperia-  
les  
francesa  
y rusa.

de ligeros, gobernada por el coronel Gerard, ayudante de campo del mariscal y oficial denodadísimo, para oponerse á la infantería de la guardia imperial rusa.

Rapp, al presentarse con sus ginetes, atrae á sí á la caballería enemiga que estaba acuchillando á los soldados de infantería franceses tendidos en el suelo, y que va sobre él con cuatro piezas de artillería volante. A pesar de una descarga á metralla, arrójase Rapp á la caballería imperial rusa y la rompe, y, siguiéndola, pasa mas allá del terreno que cubria el batallon del número 4 con sus despojos. Al momento los soldados que quedaban sanos del batallon se levantan y vuelven á formar para vengarse del daño recibido. Llegado Rapp á las mismas líneas de la guardia rusa, recibe segunda carga de la caballería contraria, dándola esta vez los caballeros guardias de Alejandro, que caen sobre él gobernados por su coronel el príncipe Repnin. El valeroso Morland, coronel del regimiento de cazadores de la guardia imperial francesa, cae muerto; los de su regimiento retroceden. Pero en aquel instante llegan á galope á dar socorro á Rapp los granaderos de á caballo franceses, mandados por el mariscal Bessieres, ginetes soberbios, montados en caballos poderosos, y llenos de ansioso deseo de medir su esfuerzo con el de los caballeros guardias de Alejandro. Trábase entre éstos y aquellos una refriega que dura algunos minutos. La infantería de la guardia rusa, presenciando tan recia pelea, no se atreve á disparar temerosa de hacer destrozo en los suyos. Al cabo los granaderos á caballo de Napoleon, soldados viejos, probados en cien batallas, triunfan de los bisoños ginetes de Alejandro, y los desbaratan, despues de haber dejado tendido buen número de ellos en el



Dic. 1805. suelo ; hecho lo cual vuélvense victoriosos al lado de su soberano.

Napoleon , que estaba viendo el combate , quedó gozosísimo de que así hubiese sido castigada la jactancia juvenil de la nobleza rusa. Rodeado de su estado mayor recibió á Rapp , que volvía herido , teñido de sangre , y trayendo consigo al príncipe Repnin prisionero , y le dió muestras de su satisfaccion muy señaladas. Entre tanto los tres regimientos de la division de Drouet , gobernados por el coronel Gerard , habían arrollado á la infantería de la guardia rusa sobre la aldea de Kreznowitz y tomado el pueblo y hecho muchos prisioneros. Era la una de la tarde , y ya estaba alcanzada la victoria , porque siendo Lannes y Murat dueños del llano de la izquierda de su ejército , y estando el mariscal Soult apoyado por toda la reserva enseñoreado de la mesa de Pratzen , lo único que quedaba que hacer á los franceses era revolver hácia su derecha , y precipitar en los charcos á las tres columnas rusas de Buxhoeuden , tan en balde empeñadas en cortarles el camino de Viena. Entonces Napoleon , dejando el cuerpo de Bernadotte en la mesa de Pratzen , y haciéndose á la derecha con el cuerpo del mariscal Soult , su guardia y los granaderos de Oudinot , quiso coger por su propia mano el fruto de sus profundas combinaciones , y fué por el camino mismo que habían seguido las tres columnas de Buxhoeuden al bajar de la misma mesa á acometerlas por la espalda. Tiempo era de que llegase , porque el mariscal Davout y su segundo el general Friant , sin parar de ir y venir apresurados de Kobelnitz á Telnitz para impedir á los rusos que pasasen el Goldbach , iban al cabo á quedar deshechos. El valeroso

Napoleon  
después  
de  
dejar  
asegu-  
rada  
su  
posicion  
en  
lo alto de  
la mesa  
de  
Pratzen  
revuelve  
á la  
derecha  
para dar  
fin á la  
batalla.

Dic. 1805.

general Friant habia perdido cuatro caballos de los que montaba en aquel dia. Cuando ya estaba haciendo los últimos esfuerzos, aparece de repente Napoleon al frente de tremendas fuerzas. Empieza entonces una confusion horrorosa entre los rusos, sorprendidos y desesperados. La columna de Pribyschewski entera, y la mitad de la de Langeron, que se habia quedado delante de Sokolnitz, se ven cortadas y sin esperanza alguna de salvacion, pues los franceses venian por su espalda por el camino por que ellos mismos en aquella mañana habian venido. Las dos columnas rusas se dispersan, viniendo parte de ellas á caer prisioneras en Sokolnitz, yendo otra parte á buscar refugio hácia Kobelnitz, donde queda envuelta cerca de los pantanos del mismo nombre, y metiéndose otra parte tercera hácia Brunn, donde, rodeada, se ve obligada á entregar las armas al lado del camino de Viena, en el mismo lugar donde habian dispuesto reunirse los rusos despues de haber alcanzado, como se prometian, la victoria.

Horroroso  
desastre  
de  
las tres  
columnas  
mandadas  
por el  
general  
Bux-  
hoewden,  
cogidas  
entre dos  
fuegos,  
y precipi-  
tadas  
en las  
lagunas.

El general Langeron, con las destrozadas reliquias de la brigada de Kamenski y algunos batallones que habia retirado de Sokolnitz antes del desastre, se habia refugiado hácia Telnitz y los charcos, muy cerca del lugar donde estaba Buxhoewden con la columna de Doctorow. El inepto general que mandaba el ala derecha del ejército ruso, muy ufano de haber disputado con veinte y nueve batallones y veinte y dos escuadrones la posesion del pueblo de Telnitz á cinco ó seis batallones franceses, estaba quieto esperando las resultas de ventajas ganadas por las columnas de Langeron y Pribyschewski. En su rostro, si ha de darse crédito á un testigo ocular, se veian señales claras de los excesos á



Dic. 1805. que tenia por costumbre entregarse. Llegado á él Langeron, cuéntale con calor lo que estaba pasando.—En todas partes estais viendo enemigos, le responde brutalmente Buxhoewden.—Pues vos, le replica Langeron, no estais en estado de verlos en parte alguna.—Pero en aquel instante asoma el cuerpo del mariscal Soult por la cuesta que de la mesa baja á las lagunas y se dirige hácia la columna de Doctorow para arrojarla contra los charcos. No cabe ya duda del peligro. Buxhoewden, con cuatro regimientos que habia tenido la impericia de dejar ociosos á su lado, procura volverse al camino por donde habia venido, y que atravesaba por la aldea de Augezd entre la falda de la mesa de Prätzen y la laguna de Satschan. Pasa allí apresurado, ordenando al general Doctorow salvarse como mejor pueda. Agrégasele Langeron con las reliquias de su columna. Buxhoewden atraviesa á Augezd en el mismo momento en que va llegando al pueblo por otro lado la division de Vandamme bajando de la altura. Recibe al general ruso en su huida el fuego de los franceses, pero logra ponerse en salvamento con parte de sus tropas, dejando á otra parte mayor acompañada de las reliquias de Langeron, cortada por la division de Vandamme, dueña ya de Augezd. Entonces toda aquella gente junta se echa hácia los charcos helados, y trata de abrirse por ellos camino; pero, ablandado el hielo que sirve de contra á las aguas por el calor de un hermoso dia, mal puede resistir el peso de hombres, caballos y cañones, y, quebrándose en algunos puntos, anega á los rusos que están encima, al paso que, siguiendo entero por otros, da un asilo á los fugitivos que por su espalda corren numerosos y atropellados.

Napoleon, llegado á la cuesta de la mesa de Pratzen por la parte de los charcos, ve el desórden que él por su parte habia con tanto acierto preparado. Manda á una batería de la guardia disparar á bala rasa á las partes de hielo que aún se conservan enteras, dando con ello complemento á la ruina de los desdichados que allí habian encontrado asilo, de los cuales perecen dos mil anegados en el agua y lodo.

Perecen  
algunos  
miles  
de  
rusos  
bajo el  
hielo  
que-  
brado.

Entre el ejército francés y aquellos charcos inaccesibles quedaba aún el grueso de la desventurada columna de Doctorow, de la cual una parte acaba de escaparse con Buxhoevden, y otra de anegarse bajo los hielos rotos. Puesto el general Doctorow en tan cruel situacion, pórtase con noble aliento, y, como el terreno al tocar á las lagunas fuese levantándose de tal modo que daba cierta especie de apoyo, respáldase allí, y forma delante sus tropas en tres líneas, poniendo la caballería en la primera, la artillería en la segunda, y en la tercera la infantería. Allí formado, presentó á los franceses firme continente, y entretanto envió á algunos de sus escuadrones á buscar salida entre el charco de Satschan y el de Menitz.

Conducta  
llena  
de honor  
del  
general  
Doc-  
torow.

En este terreno se trabó la última, y una muy dura pelea. Los dragones de la division de Beaumont, sacados de las tropas de Murat, y traídos de la izquierda á la derecha de los franceses, embisten á la caballería austriaca de Kienmayer, que, despues de haber cumplido con su obligacion, se retira bajo el amparo de la artillería rusa. Los soldados de ella, inmóviles al lado de sus piezas, disparan numerosa metralla á los dragones, que en vano se esfuerzan á quitárselas. A su vez la infantería del mariscal Soult va sobre aquella ar-



Dic. 1805. *tillería, y, aguantando su fuego á quema-ropa, se hace dueño de ella, y arrolla á la rusa sobre Telnitz. Entra en este mismo pueblo por su lado el mariscal Davout con la division de Friant. Ya con esto no queda á los rusos lugar por donde huir, salvo un paso angosto entre Telnitz y los chareos. Precipitanse por allí los unos en desórden y confusion, y perecen como los que habian caido allí poco antes. Otros logran retirarse por un camino que descubren entre los charcos de Satschan y de Menitz. Persíguelos por aquella calzada la caballería francesa molestándolos y acosándolos cuando se van retirando. La tierra arcillosa de aquella comarca, cuya capa de hielo habia convertido el calor del sol de aquel dia en lodo espeso, se hunde con las pisadas de los caballos y soldados. Atáscase la artillería rusa, cuyos caballos, mas á propósito para carrera que para tiro, no pudiendo sacar del atolladero las piezas, las abandonan. Los ginetes franceses hacen en medio de aquella desordenada fuga tres mil prisioneros, y toman gran número de cañones.—Ya habia yo visto (exclamó el general Langeron, uno de los que representaban principal papel en tan horrible lance), algunas batallas perdidas, pero no podia formarme idea de derrota semejante.—*

Destruc-  
cion  
de parte  
de la  
columna  
de  
Doc-  
torow.

En efecto, desde la una á la otra ala del ejército ruso solo quedaba en órden el cuerpo del príncipe Bagration, al cual no se habia atrevido á perseguir Lannes, ignorante de lo que á la derecha de su ejército estaba sucediendo. Todos los demas estaban en confusion espantosa, lanzando feroces alaridos, y saqueando los pueblos esparcidos por su término por ver si en ellos podian hallar algo para su sustento. Los dos empera-

Dic. 1805.

dores de Alemania y Rusia iban huyendo del campo de batalla, donde oían á los franceses aclamar á su emperador con altos vivas. Caminaba Alejandro sumergido en profundo abatimiento. El emperador Francisco, mas sereno, llevaba hartó mejor su desventura, teniendo á lo menos en la comun adversidad un consuelo, el cual era que no podían decir ya los rusos que consistía toda la gloria de Napoleon en la cobardía de los austriacos. Corrian atravesando veloces en su fuga ambos soberanos los campos de Moravia en medio de profundas tinieblas, separados de su servidumbre, y expuestos á un insulto de la barbarie de sus propios soldados. El emperador de Alemania, viéndolo todo perdido, se determinó á enviar al príncipe Juan de Lichtenstein á verse con Napoleon, y pedirle un armisticio, con la promesa de firmar con él la paz dentro de pocos dias, y con encargo de hacer saber al emperador francés que su soberano deseaba tener con él vistas en los puestos avanzados.

El príncipe Juan, que habia cumplido honrosamente con su obligacion en la recién dada batalla, podia presentarse al vencedor con decoro. Pasó con diligencia al cuartel general francés. Napoleon victorioso estaba ocupado en recorrer el campo de batalla, y dando disposiciones de recoger los heridos. No queria descansar antes de haber dado á sus soldados la cariñosa asistencia á que tenían tan justo derecho. Ellos por su parte, obedientes á sus mandatos, se mantenían todos en sus puestos prontos á cargar con los heridos, cuyo número era considerable. Estaba cubierto de ellos el suelo por espacio de mas de tres leguas; pero mas que de otros, de cadáveres de rusos. Era en verdad vista horrorosa la de aquel campo de batalla; pero, con todo, hacia poco

Huida  
de  
los dos  
emperadores  
de  
Alemania  
y Rusia.

Sale el  
príncipe  
Juan  
de  
Lichtenstein,  
enviado  
por su  
soberano  
en  
la misma  
noche  
del  
dia de la  
batalla,  
á ver á  
Napoleon  
y pedirle  
un  
armisticio  
y la paz.



Dic. 1805. efecto en los ánimos de los franceses, casi todos ellos soldados viejos de los dias de la revolucion, acostumbrados al horror de la guerra, y á mirar las heridas y la muerte como naturales resultas de las batallas, y cosa de poco valer en el gozo de la victoria. Estaban embriagados de contento, y poblaban el aire de aclamaciones estrepitosas cuando descubrian la gran comitiva de oficiales que declaraba ir allí Napoleon. Fué verdaderamente en triunfo el emperador francés á su vuelta á su cuartel general, que estaba en la casa de postas de Posoritz.

Aquella alma, destinada á que algun dia viniesen los mas amargos dolores á suceder á gozos tan vivos, estaba regalándose en los mismos instantes con pensar en su victoria tan magnífica y tan merecida, porque si suelen ser los triunfos en la guerra puro favor del acaso, el que acababa de conseguir el ejército francés era fruto y premio de combinaciones admirables. En efecto, adivinando Napoleon con la prevision de un entendimiento superior que los rusos intentarían cortarle el camino de Viena, y que para lograr su intento se irían á poner entre él y los charcos, con sus disposiciones los habia alentado á venir á aquel lugar, y luego, debilitando su ala derecha y reforzando su centro, se habia arrojado con el grueso de su ejército sobre las alturas de Pratzen muy abandonadas por sus contrarios, cortando á éstos en dos trozos, y precipitando á parte de ellos en un abismo del cual les habia sido imposible encontrar salida. La mayor parte de las tropas francesas dejadas de reserva casi ninguna parte habia tenido en la lid, por ser tanta la fuerza que á sus operaciones daba lo atinado de los pensamientos de su capitan, y tanto asi-

mismo el valor de ellas que permitia á quien las gobernaba presentarlas en número muy inferior á hacer frente al enemigo. Puede decirse que en Austerlitz de 65,000 franceses de que constaba el ejército, solo 40, ó 45,000 cuando mas, habian entrado en batalla, porque el cuerpo de Bernadotte, los granaderos de Oudinot y la guardia imperial solo habian disparado y recibido algunas descargas, de modo que 45,000 franceses habian vencido á 90,000 austro-rusos.

Eran crecidísimas las ventajas conseguidas, pues los aliados habian perdido 15,000 hombres entre muertos en la pelea, heridos y ahogados, cerca de 20,000 prisioneros, de los cuales ocho eran generales y diez coroneles, 180 bocas de fuego y una cantidad inmensa de caballos, carros de artillería y bagajes, grave pérdida para el enemigo é insignes trofeos para los franceses. Estos últimos tenian que llorar á cerca de 7,000 hombres, así muertos como heridos.

Napoleon, vuelto á su cuartel general de Posoritz, recibió allí al príncipe Juan de Lichtenstein haciéndole el acogimiento propio de un vencedor lleno de cortesía, y convino en tener vistas con el emperador de Alemania de allí á dos dias en los puestos avanzados de uno y otro ejército; pero sin conceder armisticio hasta que el mismo emperador se hubiese visto y hablado con el de Francia.

Al dia siguiente, trasladando Napoleon su cuartel general á Austerlitz, castillo ó quinta de que era dueña la familia de Kaunitz, allí se estableció y dispuso dar el nombre de aquella posesion á la batalla, á la cual llamaban ya los soldados batalla de los tres emperadores, y que despues ha conservado y conserva el nombre puesto por el capitan inmortal que la ganó, nom-

Dic. 1805.

Ventajas  
materia-  
les  
sacadas  
de la  
batalla  
de  
Auster-  
litz.

Consiente  
Napoleon  
en  
tener  
vistas  
con el  
empera-  
dor  
de  
Alema-  
nia.

Establé-  
cese  
Napoleon  
en la  
quinta  
de  
Auster-  
litz,  
y dá por  
nombre  
el de



esta  
posesion  
á la  
batalla  
del 2  
de  
diciem-  
bre.

Dic. 1805. bre que llevará en los siglos venideros. El emperador francés dirigió á sus soldados la proclama que sigue:

*Austerlitz 12 de frimario.*

### SOLDADOS:

«Estoy satisfecho de vosotros: en la jornada de »Austerlitz habeis justificado todo cuanto de vuestra »intrepidez me prometia. Habeis dado á vuestras águilas »gloria inmortal. Un ejército de 100,000 hombres man- »dados por los emperadores de Rusia y Austria (1) ha »sido en menos de cuatro horas ó cortado ó desbara- »tado. Lo que se ha escapado de vuestros aceros se ha »anegado en las lagunas.

»Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia »imperial de Rusia, ciento y veinte piezas de artillería, »veinte generales y mas de 30,000 prisioneros (2) son las

(1) El autor sule llamar emperador de Austria al monarca que tomó despues y sigue llevando este título; pero que en el tiempo de que ahora habla la presente historia era emperador de Alemania todavía, y de Austria solo se llamaba archiduque. Alguna vez enmienda M. Thiers su yerro, y otras no. En la traduccion presente va casi siempre enmendado, aun no estándolo en el original; pero por inadvertencia en alguna ocasion subsiste el yerro. En el caso presente el historiador francés copia una proclama de Napoleon, y la copia íntegra segun afirma. El documento no está á mano del traductor y así no puede decir si M. Thiers le varia en algo. Es singular, con todo, que en ella se de ya al emperador Francisco el título de emperador de Austria en vez del de Alemania. Acaso quiso Napoleon dar á entender que pensaba despojarle de su dignidad y poder en el cuerpo antiguo del imperio germánico.

N. DE A. A. G.

(2) Aún no era conocido (\*) el número cabal y exacto de los prisioneros.

N. DE M. THIERS.

(\*) No está mala la oficiosa disculpa de las mentiras de las proclamas y de los boletines de Napoleon con que se anticipa aquí M. Thiers á probables cargos á su héroe, no ignorando el historiador que *mentir como un boletín* era en los días del Imperio expresion comun entre sus paisanos. El mismo M. Thiers confiesa que eran ocho los generales prisioneros y cerca de 20,000 el total de los cautivados por los franceses. Sin embargo, Napoleon dobla nada menos, ó diciéndolo con propiedad mas que dobla, el número de los primeros harto mas fácil de averiguar que el de los segundos.

N. DE A. A. G.

»resultas de esta jornada para siempre célebre. Esa infan-  
 »tería tan ponderada, siendo en número superior, no ha  
 »podido resistir á vuestro embate, y de hoy en adelante  
 »no teneis ya rivales que temer. Así en dos meses esta  
 »tercera liga ha quedado vencida y disuelta. La paz no  
 »puede ya estar lejana; pero, segun lo he dejado pro-  
 »metido á mi pueblo antes de pasar el Rhin, no la haré  
 »sino tal que nos dé fianzas abonadas y asegure recom-  
 »pensas á nuestros aliados.

»Soldados: cuando estuviere llevado á cabo todo  
 »cuanto es necesario para asegurar la dicha y prosperi-  
 »dad de nuestra patria, os volveré á Francia; allí sereis  
 »objeto de mi mas tierna solicitud. Mi pueblo os vol-  
 »verá á ver con júbilo y os bastará decir: estaba en la  
 »batalla de Austerlitz, para que os respondan: hé ahí  
 »un valiente.

NAPOLÉON. »

Era forzoso seguir al enemigo, el cual, segun decian todos los partes recibidos, iba en derrota completa. Napoleon, engañado por Murat, creia que el ejército fugitivo habia tomado el camino de Olmütz, y habia enviado hácia aquel lugar su caballería con el cuerpo de Lannes. Pero al dia siguiente 3 de diciembre supo por noticias mas exactas averiguadas y traídas por el general Thiard, que los enemigos seguian el camino de Hungría hácia el rio Morava. Napoleon se dió prisa á encaminar sus columnas sobre Nasiedlowitz y Goeding. (*Véase el mapa número 32.*) El mariscal Davout, re-  
 forzado con habérsele reunido toda la division de Friant, y haber llegado á ponerse en la línea la de Gudin, no habia perdido tiempo, gracias á estar situado mas cerca

Equivócase Murat en punto al camino que llevaban los enemigos en su retirada, y los persigue por la carretera de Olmütz.





**Dic. 1805.** del camino de Hungría. Púsose, pues, en persecucion de los rusos y les iba apretando muy de cerca. Quería alcanzarlos antes que pasasen el Morava, y tal vez cogérles parte de su ejército. Habiendo marchado todo el día tres, llegó á ponerse el cuatro por la mañana á la vista de Goeding próximo á dar con el ejército fugitivo. En Goeding reinaba la mayor confusion posible. Algo mas allá estaba un palacio del emperador de Alemania, el de Holitsch, donde habian buscado asilo los dos soberanos aliados, y donde no era menor la inquietud que en el pueblo vecino. Los oficiales rusos seguian hablando del modo mas indecoroso relativamente á los austriacos, á quienes achacaban la comun derrota, como sino debiesen atribuirla á su propia presuncion, á la ineptia de sus generales, y á la ligereza de su gobierno. Por otra parte, era injusticia hablar así, porque los austriacos no se habian portado peor que los rusos en el campo de batalla.

Conocido  
el camino  
que  
siguen  
los  
fugitivos  
rusos,  
sale el  
cuerpo  
del  
mariscal  
Davout,  
encar-  
gado  
de  
perse-  
guirlos  
sobre las  
orillas  
del  
Morava.

Los dos monarcas vencidos empezaban á tratarse mutuamente con tibieza. Sin embargo, el emperador Francisco quiso ponerse de acuerdo con el emperador Alejandro antes de pasar á las vistas con Napoleon, segun entre ambos estaba convenido. Uno y otro soberano concurrieron en el parecer de que era forzoso pedir un armisticio y la paz, porque habia llegado á ser imposible proseguir en la contienda. Alejandro, sin confesarlo, deseaba ser puesto en salvo muy pronto con su ejército de las consecuencias de un alcance impetuoso como el que de Napoleon podia temerse. Tocante á las condiciones dejaba á su aliado que las arreglase á su gusto, pues, siendo el emperador Francisco aquel á cuya costa habia de terminarse la guerra, las condiciones

con que habia de firmarse la paz eran de su competencia exclusiva. Algunos dias antes, el mismo Alejandro, que pretendia ser árbitro de Europa, habia dicho que á él tambien competia entender en las condiciones del ajuste; pero su orgullo habia bajado mucho en el punto de sus pretensiones desde la jornada del 2 de diciembre.

Salió, pues, el emperador Francisco para Nasiedlowitz, pueblo situado á mitad del camino entre su residencia y la quinta de Austerlitz, y allí cerca del molino de Paleny, entre Nasiedlowitz y Urschitz, en medio de los puestos avanzados franceses y austriacos, encontró á Napoleon esperándole delante de una hoguera de campaña que sus soldados le habian encendido. Habia tenido el emperador francés la política de ser el primero en llegar, y salió á recibir al de Alemania hasta el estribo de su coche, al apearse del cual le dió un abrazo. Alentado el monarca austriaco por el acogimiento que encontraba en su omnipotente enemigo, tuvo con él una larga conversacion, durante la cual se mantenian á algun trecho los principales oficiales de ambos ejércitos, mirando con viva curiosidad aquel espectáculo extraordinario, donde el sucesor de los Césares vencido pedia la paz al soldado coronado, á quien la revolucion francesa habia encaramado á la cumbre de las grandezas humanas.

Vistas  
de  
Napoleon  
y del  
empera-  
dor  
de  
Alemania  
en los  
puntos  
avanza-  
dos  
de uno y  
otro  
ejército.

Napoleon pidió al emperador Francisco que le dispensase porque le recibia en lugar tan humilde.—Estos, le dijo, son los palacios que V. M. me obliga á habitar desde tres meses á esta parte.—Bien prueba á V. M. esta residencia, tanto, que no le queda derecho á quejarse de mí, porque á ella le haya traído.—Recayó en seguida la conversacion en la situacion de los negocios



Dic. 1805. mirada en conjunto, pretendiendo Napoleon haber sido precipitado en aquella guerra muy contra su gusto en el momento en que menos lo esperaba, y cuando estaba exclusivamente atendiendo á la expedicion contra Inglaterra, y afirmando el emperador de Alemania que no habia sido movido á tomar las armas por otra cosa que por los hechos y proyectos del gobierno francés relativos á Italia. Napoleon declaró que estaba pronto á firmar la paz con las condiciones ya expresadas al señor de Giulay, excusándose declararlas de nuevo. El emperador Francisco, sin entrar en explicaciones sobre esta materia, quiso saber á qué estaba dispuesto Napoleon relativamente al ejército ruso. Napoleon pidió primero que el emperador Francisco hiciese su causa aparte de la de Alejandro, y que el ejército ruso se retirase á marchas regulares de los Estados austriacos, prometiendo, á condicion de que así se hiciese, conceder un armisticio. En cuanto á la paz con Rusia añadió que era negocio para arreglado despues, supuesto que á él únicamente competia.—Créame V. M., dijo Napoleon al emperador Francisco, no confunda su causa con la del emperador Alejandro. Solamente la Rusia puede hacer en el dia de hoy en Europa una guerra de capricho. Siendo vencida, se retira á sus páramos, y deja á V. M. pagar con sus provincias las costas de la guerra.—

Las agudas expresiones de Napoleon expresaban con sumo acierto la situacion de los negocios en Europa en las relaciones del grande Imperio Moscovita y lo demas del continente. El emperador Francisco dió al francés palabra, como hombre de honor y soberano, de no volver á empezar la guerra, y sobre todo, de no ceder otra vez á sugestiones de potencias que nada tenían

Aviéndose  
Napoleon  
á hacer  
un  
armis-  
ticio

que perder en la contienda; y convino en un armisticio para sí y para el emperador Alejandro, siendo la condicion de la tregua que se retirasen los rusos á jornadas regulares, y que el gobierno austriaco habia de enviar sin demora á Brunn negociadores encargados de firmar una paz con Francia sin participacion de otra alguna potencia.

Dic. 1805.  
con el  
empera-  
dor  
de  
Alema-  
nia,  
y le exige  
que sin  
demora  
se retire  
el ejército  
ruso á  
jornadas  
regula-  
res,

Separáronse los dos emperadores dándose reiteradas muestras mútuas de cordial afecto. Napoleon dejó en su coche al monarca á quien acababa de llamar hermano, y montó otra vez á caballo para volverse á Austerlitz.

El general Savary salió enviado á suspender la marcha del cuerpo de Davout. Pasó primero á Holitsch en la comitiva del emperador Francisco para saber si accedia á las condiciones propuestas el emperador Alejandro, á quien vió, encontrando á su lado las cosas harto mudadas de como estaban cuando habia ido á su cuartel general á desempeñar una comision pocos dias antes.—Vuestro amo, le dijo Alejandro, ha dado pruebas de ser muy grande. Conozco y confieso todo el poder de su superior entendimiento, y por lo que á mí toca me retiro, supuesto que se dá por satisfecho mi aliado.—El general Savary habló algun tiempo con el Czar de la última batalla, y le explicó cómo el ejército francés, inferior en número al ruso, habia, no obstante, aparecido superior en todos los puntos, gracias al arte de maniobrar que entendia Napoleon en superior grado. Añadió con cortesía, que con la experiencia Alejandro llegaria á su vez á ser hábil capitan, pero que en el arte difícil de la guerra nadie era maestro en el primer dia. Dichas estas lisonjas al monarca vencido, salió el general francés



Dic. 1805. para Goeding á detener al mariscal Davout, el cual habia desechado todas cuantas propuestas de treguas se le habian hecho, y estaba pronto á caer sobre las reliquias del ejército ruso. En vano habia sido asegurar al mariscal en nombre del mismo emperador de Rusia que se estaba negociando un armisticio entre Napoleon y el emperador de Alemania, porque Davout no queria á precio alguno dejar que se le fuese su presa. Pero el general Savary le detuvo con una orden formal de Napoleon. Los tiros entonces disparados fueron los últimos de la inmortal campaña cuyos sucesos acaban de referirse. Separáronse las tropas de cada nacion para pasar respectivamente á cuarteles de invierno á esperar allí lo que determinasen los negociadores de las potencias beligerantes.

Napoleon pasó de su residencia en Austerlitz á la de Brunn, donde habia mandado venir á M. de Talleyrand para arreglar las condiciones de la paz que ya no podia ser dudosa, pues el Austria habia agotado todos sus recursos, y la Rusia, dominada por urgente deseo de conseguir un armisticio, iba á toda priesa recogiendo su ejército á Polonia. Al paso que la guerra de la primera liga habia durado cinco años, y dos solamente la de la segunda, la suscitada por la tercera solo llevaba de duracion tres meses, y estaba como concluida; tan irresistible habia llegado á ser el poder de la Francia revolucionaria concentrado en la mano de un hombre solo, y tan hábil y pronto era este hombre en descargar sus golpes sobre aquellos á quienes los asestaba! Efectivamente habian venido á suceder las cosas segun las habia trazado de antemano Napoleon desde su despacho privado en Boloña. Habia hecho prisionero al ejército

austriaco en Ulma, casi sin disparar un tiro, y habia desbaratado completamente á los rusos en Austerlitz, libertándose de enemigos en Italia con solo el efecto de su marcha ofensiva sobre Viena, y reducido á meros actos de imprudencia las agresiones hechas contra su poder por Hannover y Nápoles. Esta última, señaladamente despues de la batalla de Austerlitz, no era mas que una locura, aciaga para la casa de Borbon. Europa toda estaba á los piés de Napoleon, y la Prusia, por un momento precipitada en la liga, iba á quedar puesta á merced del gran capitan, á quien habia ofendido y engañado.

III. Necesitábase, sin embargo, suma habilidad para aquellos tratos, porque, si se cobraban de su terror los enemigos de los franceses, y, abusando de los empeños que habian forzado á la Prusia á contraer, la obligaban á intervenir en las negociaciones, bien podian las potencias ligadas, siendo tres contra una, disputar las condiciones de la paz, y privar al vencedor de buena parte de las ventajas de la victoria. Por esta razon habia dispuesto Napoleon que fuesen las conferencias en Brunn y lejos del conde de Haugwitz, al cual habia enviado á Viena, y compelido á estarse en aquella capital, donde estaba citado para entrar con él en ajustes.

IV. Mientras estaba aún pendiente la guerra, los señores de Giulay y de Stadion habian tenido en Viena algunas conversaciones con M. de Talleyrand, y pedidole que se abriese una negociacion en comun, siendo en ella partes la Rusia y el Austria, y mediadora la Prusia. Desde que llegó á aquella ciudad el conde de Haugwitz le habian dicho con modos corteses, pero apremiándole, que ejecutase por su parte lo convenido en Potsdam,

Dispone  
Napoleon  
que las  
negociaciones  
para la  
paz se  
celebren  
en  
Brunn.

Intentan  
los  
negociadores  
austriacos  
comprender  
en la  
negociacion  
á la  
Prusia,



Dic. 1805. juzgando con acierto que, viéndose comprendida la Prusia  
 en la negociacion, se hallaria obligada, ó á declararse  
 en favor de las condiciones de paz con ella convenidas  
 en el citado tratado, ó á tomar parte en la guerra. El  
 de Haugwitz se habia resistido á entablar por su parte  
 los tratos de este modo, fundando su negativa en la  
 naturaleza de su embajada, pues venia obligado, no á  
 ser parte en un congreso, si no á tratar con Napoleon  
 directamente para traerle á prestarse á las ideas del  
 gobierno prusiano. Dejando aparte su resistencia, M. de  
 Tayllerand habia dado un corte á tales pretensiones,  
 declarando que solo al Austria admitiria á una negocia-  
 cion que se empezase. Participó esta resolucion de su  
 gobierno en Viena en el mismo dia 2 de diciembre  
 cuando se estaba dando la batalla de Austerlitz.

Por  
 desearlo  
 así  
 Napo-  
 leon,  
 va de  
 negocia-  
 dor  
 austriaco  
 para  
 ajustar  
 la paz  
 en lugar  
 del conde  
 de  
 Stadion,  
 el  
 principe  
 Juan  
 de  
 Lich-  
 tenstein.

Ganada la batalla, y pedido y concedido el armis-  
 ticio por el vencedor en su mismo campamento, la ne-  
 gociacion por separado venia á ser condicion previamente  
 aceptada. Así Napoleon, segun acaba aquí de referirse,  
 exigió que inmediatamente se abriesen las conferencias  
 en Brunn con M. de Talleyrand, y asimismo hizo saber,  
 que si admitia al señor de Giulay por negociador de la  
 otra parte contratante, no así al conde de Stadion, antes  
 embajador de Austria en Rusia, muy lleno de los pro-  
 yectos de la liga, y que por la índole misma de su  
 entendimiento suscitaba dificultades que de continuo se  
 estaban renovando. Indicó que deseaba por negocia-  
 dor del Austria al príncipe Juan de Lichtenstein, el  
 cual le habia agradado con sus modales francos y mili-  
 tares. Dióse priesa el gobierno austriaco á enviar á este  
 príncipe á Brunn en compañía del señor de Giulay.  
 Como el emperador Francisco seguia en Holitsch, era

fácil comunicarse con él en pocas horas, y entenderse con bastante prontitud sobre los puntos que diesen margen á contestaciones. Quedó, pues, abierta la negociacion en Brunn entre los Sres. de Talleyrand, de Giulay y de Lichtenstein. Napoleon, determinadas ya las disposiciones fundamentales del ajuste, se proponia pasar en seguida á Viena para sacar al conde de Haugwitz una confesion de las debilidades y falsedades de la Prusia, y hacerle pagar la pena de todas ellas.

Pero cuáles habrian de ser los artículos fundamentales de la paz era negocio que estaban tratando detenidamente en Brunn Napoleon y M. de Talleyrand en conversaciones frecuentes y profundas.

Era peligroso aquel momento, siéndolo de prueba para la prudencia de Napoleon, porque, habiendo salido vencedor en tres meses de una liga poderosa, y visto huir ante sus soldados, aun cuando eran inferiores en número, á los mas afamados del continente, de temer era que concibiese una idea exagerada de su poderío hasta mirar con desprecio todo linaje de resistencia que pudiese hacérsele en Europa. Cuando era cónsul, y estaba deseoso de conciliarse á los franceses y á los extranjeros, dentro de Francia usaba contemplaciones con los diversos bandos, y fuera habia logrado avenirse con el Austria, venciéndola; con la Rusia, halagándola hábilmente; con la Prusia, presentándole con maña el cebo de las indemnizaciones de Alemania; y con la Inglaterra, reduciéndola á quedar desamparada y sola; y así habia puesto en paz el mundo de un modo casi milagroso, manifestando la habilidad mas admirable en el mundo, la de la fuerza, acertando á dominarse y contenerse. Pero tambien, de allí á poco, irritado de la ingra-

Dic. 1805.

Abrense  
las  
conferen-  
cias  
en  
Brunn.

Convie-  
nen  
entre sí  
Napoleon  
y M. de  
Talley-  
rand  
en punto  
á las  
condicio-  
nes  
de la  
paz.



Dic. 1805. titud de las parcialidades políticas, habia roto en el modo de tratarlas todo freno, hasta dar á una de ellas un golpe cruel en la persona del duque de Enghien; y asimismo por otro lado, lleno de ira por las provocaciones de la Inglaterra, hijas de su celosa envidia, habia llegado á tirarle el guante, que fué recogido por su contrario, y á juntar cuantos medios caben en lo humano para confundir á su enemigo. En la ocasion de que ahora se va tratando, habiéndole distraido de su contienda con Inglaterra varias potencias del continente sin bastante motivo, y habiéndose atraído derrotas que eran verdaderos desastres, bien se debia recelar que con estos sus nuevos contrarios como con los antiguos despreciase contemplaciones indispensables hasta á quien dispone de una fuerza prepotente, y en las cuales consiste todo el arte de la política. Bien podia ser que á nadie en el mundo tuviese en mucho un hombre que en cualquiera ocasion era capaz de sacar sucesos como las jornadas de Marengo ó Austerlitz, del caudal de su superior entendimiento, ó del valor de sus soldados.

M. de Talleyrand, de cuyo carácter, así como del papel que representó reinando Napoleon, va ya dicho lo suficiente en la presente historia, probó tambien en estas circunstancias con varios esfuerzos á moderar á su soberano, pero sacó de cuanto hizo poco fruto. Como era hombre mas aficionado á agradar que á contradecir, y como en punto á la política europea se guiaba por sus inclinaciones mas que por sus opiniones, patrocinando sin cesar al Austria, y haciendo malos oficios á la Prusia, por seguir una tradicion añeja del gobierno de Versalles, habia venido á ser sospechoso de complacencia con la primera y de aversion á la segunda; y no tenia con su

soberano el crédito de que podria disfrutar un hombre de entendimiento firme cuyas resoluciones fuesen hijas del convencimiento. Esto aparte, en la ocasion de que ahora se trata, como en otras anteriores, si no tuvo el mérito de lograr que prevaleciesen resoluciones moderadas, tuvo el de darlas por consejo. Dic. 1805.

Los siguientes fueron los dados por M. de Talleyrand, el dia despues de la batalla de Austerlitz al vencedor de Europa engreido y embriagado con su triunfo.

En su entender era justo y necesario ser con el Austria moderados y generosos, porque, disminuido considerablemente en los dos últimos siglos el poder de aquella potencia, merecia mucho menos que antes ser mirada con celos. Al revés, una potencia nueva debia dar principalmente cuidados al poder francés, la cual era la Rusia, y contra ésta era el Austria una barrera útil en vez de seguir siendo peligrosa á otros Estados. El Austria, compuesto vasto de pueblos entre sí extraños, como eran los austriacos, esclavones, húngaros, bohemios é italianos, podria con facilidad quebrarse en varias partes, si se debilitaba la ya débil fuerza que mantenian unidos los elementos heterogéneos de que constaba su conjunto, y sus fragmentos habrian de tirar á agregarse á la Rusia mas que á la Francia. Bueno seria por consiguiente detenerse en los golpes que se daban al poder austriaco, y hasta darle compensacion por las pérdidas nuevas á que se le iba á sujetar dándosela de un modo provechoso á toda Europa, lo cual era, no solamente posible, sino tambien muy hacedero.

M. de Talleyrand proponia una combinacion ingeniosa, si bien prematura en el estado de Europa en aquellos dias, siendo la de dar al Austria las orillas del

Opinion  
de M. de  
Talley-  
rand  
sobre las  
condicio-  
nes  
que  
seria bien  
proponer  
al  
Austria.



Dic. 1805. Danubio ó dígase la Valaquia y la Moldavia, provincias superiores en valor á la misma Italia, propias para consolar al gobierno austriaco de sus pérdidas, el efecto de cuya posesion seria indisponerle con la Rusia y hacerle respecto á ella antemural del imperio Otomano, como ya lo habia sido contra éste de Europa entera; y que, poseidas algun tiempo, habrian de desavenir á su dueño con la Inglaterra despues de haberle malquistado con la Rusia, y de hacerle desde entonces aliado forzoso de la Francia.

En cuanto á la Prusia, no habia para qué molestarle por ella, y, sí, motivo para tratarla como mas acomodase, siendo sin disputa su gobierno el de una corte falsa y medrosa, con la cual seria locura contar en caso alguno. Por esto seria desatino que tratando de complacerla se diesen nuevos motivos de sentimiento al Austria, única aliada con que debia contar Francia en lo venidero.

Tal fué el parecer de M. de Talleyrand en esta ocasion importante. El consejo de tener miramientos con el Austria, de consolarla y aun de resarcirla de sus pérdidas con equivalentes bien escogidos, era acertadísimo, porque la verdadera política de Napoleon debia haber sido vencer y usar de contemplaciones con los vencidos al dia siguiente de la victoria. Pero el consejo de tratar á la Prusia con ligereza era funesto, y nacia de una política equivocada, segun antes en la presente historia queda indicado. Por cierto, habria sido de desear que fuese posible dar las provincias del Danubio al Austria, y, aun hacérselas considerar como suficiente resarcimiento de lo que en Italia habia perdido, pero es muy dudoso que hubiese accedido el gobierno austriaco á combinacion semejante, porque con ser dueño

de la Valaquia y de la Moldavia quedaba en dependencia de la Francia, y separado de la amistad con la Rusia y la Inglaterra. Dudoso es asimismo que en aquella época pudiese hacerse una reparticion del territorio europeo con el desahogo con que se hizo dos años despues en Tilsit. Pero fuese como fuese, queriendo dominar á toda Italia era fuerza conformarse á tener á la Austria por enemiga, por muchos miramientos que con ella se guardasen, supuesto lo cual, segun vamos de una vez advertido, indisputada Francia con Inglaterra por su deseo de serle igual en los mares, y con Rusia por el de disputarle la supremacia en el continente, y no pudiendo sacar partido alguno de España desconcertada y débil, solo tenia por aliada á la Prusia; vacilante en verdad, pero mas por los escrúpulos de su soberano que por la falsía de su gobierno; sin interés alguno que al del poder francés se opusiese, pues aún no era dueña de las provincias linderas del Rhin; ya comprometida en el sistema de la revolucion europea por estar en posesion de cuantiosísimos bienes eclesiásticos recibidos de manos de Napoleon; y cuyo principal anhelo era recibir nuevas dádivas, estando pronta á aceptar cualesquiera Estados, aun cuando para siempre le encadenasen á la politica de las potencias que se los concediesen.

Era, pues, una grave equivocacion, no la idea de usar de contemplaciones con el Austria, sino la de suponer posible granjeársela por verdadera amiga, y tan buena, que ya no hubiese peligro en maltratar ó desairar á la Prusia.

Napoleon no participaba de los errores de M. de Talleyrand; pero cometia otros no menos graves arre-



Dic. 1805.

Miras  
que  
tiene  
Napoleon  
en punto  
á la  
nueva  
paz del  
conti-  
nente.

batado por su pasion de predominar, excitada ya en su ánimo por el odio de sus enemigos y los triunfos prodigiosos de sus ejércitos hasta un punto allende todo límite razonable.

No era él quien habia buscado una guerra con las potencias del continente, sino estas al contrario quienes se la habian declarado distrayéndole de su empresa contra la Gran Bretaña. Por esto, en su entender, á los que habian dado principio á la contienda, y ademas dejándose vencer, tocaba llevar las consecuencias de los sucesos ocurridos. Queria, pues, conseguir que en la paz se le diese á Italia completa; esto es, que se completase lo que allí poseia, dándole los Estados venecianos que antes habian cabido en suerte al Austria, y que ademas quedasen definitivamente resueltas, en provecho de sus aliados los soberanos de Baviera, Baden y Wurtemberg, las cuestiones relativas al territorio de Alemania.

Quiere  
para sí  
Napoleon  
los  
Estados  
venecia-  
nos  
y toda  
Italia,  
hasta los  
Alpes  
Julianos.

En estos dos puntos estaba Napoleon inflexiblemente resuelto, y en estarlo acertaba. Le hacian falta Venecia, el Friul, la Istria y la Dalmacia, en suma la Italia hasta los Alpes Julianos, y el mar Adriático con una y otra parte de sus opuestas riberas, todo lo cual le aseguraba influencia en las cosas del Imperio Otomano. En cuanto á Alemania queria encerrar al Austria dentro de sus fronteras naturales que eran los rios Inn y Salza, despojándola de sus posesiones en Suabia, conocidas con el nombre de AUSTRIA ANTERIOR, las cuales le servian de medio para molestar á los Estados alemanes aliados de Francia y de hacer, cuando así le convenia, preparativos de guerra en la parte superior del Danubio. Tambien queria quitarle la comunicacion entre el Tirol y el lago de Constanza y toda Suiza, esto es, el Vorarl-

berg. (*Véase el mapa núm. 28*). Hasta intentaba, si era posible, arrebatarle el Tirol que le daba la posesion de los Alpes y paso seguro á Italia en todas ocasiones. Era esta última pretension muy difícil de conseguir, por ser el Tirol posesion antigua del Austria, y no menos mirada con cariño que como de precio subido mirando á su interés. Todo ello obligaria al Austria á sujetarse á una pérdida de cerca de 4 millones de súbditos, de 24 que tenia, y á un desfalco de 15 millones de florines de los 103 millones que tenia de renta, lo cual era exigirle cruelisimos sacrificios.

Propó-  
nese  
despojar  
al  
Austria  
de sus  
posesion-  
es  
en  
Suabia,  
y  
tambien  
del  
Tirol.

Dic. 1805.

Proponíase Napoleon, con todo cuanto iba á quitar al poder austriaco en Alemania, completar el patrimonio de los tres Estados alemanes de Baviera, Baden y Wurtemberg que habian sido sus auxiliares en aquella guerra. Era su intencion proporcionarse por medio de estos tres Estados constante influjo en la Dieta germánica y camino á las márgenes del Danubio, así como dejar probada, de un modo que á todos diese golpe, cuán provechosa era su alianza á quienes la abrazaban.

Tambien llevaba intencion de resolver en provecho de los mismos príncipes sus aliados la cuestion de la nobleza llamada inmediata, y de abolirla, por ser institucion que creaba enemigos domésticos á los príncipes en cuyos Estados estaba asentada. Aspiraba tambien á resolver todas las cuestiones de señorío, suprimiendo por este medio gran cantidad de derechos de especie feudal, los cuales eran de mucha sujecion y no menos gravámen para los Estados de Alemania.

Era, por último, otro de los propósitos de Napoleon, para hacer firme y duradero el vínculo que le ligase con los tres príncipes de la Alemania meridional, agregar al

Quiere  
Napoleon  
con los  
sacrifi-



Dic. 1805. lazo de los beneficios el del matrimonio. Necesitaba,  
 cios  
 que  
 obligaba  
 á hacer  
 al  
 Austria,  
 propor-  
 cionar  
 aumentos  
 de  
 grandeza  
 á los  
 príncipes  
 de la  
 Alemania  
 meridio-  
 nal,  
 y  
 contraer  
 con  
 ellos  
 alianzas  
 de  
 familia.

ademas, principes y princesas que casar con los de su propia dinastía, y hacia cuenta con que encontraria en Alemania el objeto de su deseo, hermanando así la influencia de las alianzas de familia con la ventaja de establecer en clase de príncipes á los suyos.

El príncipe Eugenio de Beauharnais era persona á quien profesaba tierno cariño. Háblele hecho virey de Italia, y andaba buscándole consorte. Habia puesto la vista en la hija del elector de Baviera, princesa notable y digna del esposo á quien la destinaba, y como reservaba para la misma Baviera la mayor parte de los despojos del Austria, determinacion harto justificada por la situacion y los peligros del electorado, queria que tan rica dádiva sirviese al príncipe francés como de dote.

Pero la princesa Augusta estaba prometida al heredero del ducado de Baden, y su madre, la electriz de Baviera, violenta enemiga de la Francia, alegaba este empeño contraido para libertarse de una alianza que le repugnaba. El general Thiard, que habia contraido relaciones amistosas en las córtes inferiores de Alemania cuando estaba sirviendo en el ejército de Condé, habia sido enviado á Munich y á Baden para allanar los obstáculos que se oponian á los enlaces proyectados. Siendo este oficial diestro negociador, habíase valido de la condesa de Hochberg, unida en matrimonio morganático (1) con el elector reinante de Baden, la cual necesitaba de la Francia para lograr el reconocimiento de la legitimidad

(1) Llámase casamiento morganático en Alemania al que está contraido entre personas desiguales en esfera, y sujeta á los consortes y á su descendencia á ciertas incapacidades legales. Tambien se suele llamar matrimonio con la mano izquierda.

de sus hijos, y, empleando el influjo de esta señora, habia conseguido de la corte del elector que diese un paso difícil de dar, cual era desistir de toda pretension á la mano de la princesa Augusta de Baviera. Esto logrado, quedaban el elector y la electriz de Baviera enteramente faltos de un pretexto que alegar para oponerse á un enlace que les daba por dote al Tirol con una parte de Suabia.

No era este el único matrimonio con familia de príncipes de Alemania á que Napoleon tuviese puesta la mira. El heredero del ducado de Baden, á quien acababan de dejar sin la princesa Augusta de Baviera, destinada á ser su mujer, quedaba soltero. Napoleon le destinaba á la señorita Estefanía de Beauharnais, de buena y graciosa presencia y no inferior talento, á quien queria dar el título de princesa imperial. Encargó tambien al general Thiard concluir el ajuste de este otro matrimonio. Por fin, el duque viejo de Wurtemberg tenia una hija llamada la princesa Catalina, en quien posteriores desdichas han dado realce á sus nobles prendas. Con esta señora queria Napoleon casar á su hermano Gerónimo; pero habia un obstáculo que hasta entonces no habia sido posible vencer, porque el destinado á tal enlace se habia casado en América sin estar autorizado á ello por su familia, y, así, fué forzoso esperar en lo tocante al último establecimiento de que se ha hablado. A los aumentos de territorio que Napoleon habia dispuesto dar á las casas de Baviera, Wurtemberg y de Baden, habia resuelto agregar el título de rey para los mismos príncipes, dejándolos en el lugar que antes ocupaban en la Confederacion germánica.

Tales son las ventajas que tenia pensado Napoleon

Piensa  
Napoleon  
en otros  
enlaces  
con las  
casas  
de  
Baden  
y de  
Wurtem-  
berg.



Die. 1203. sacar de sus últimas victorias. Pretender quedarse con toda Italia era en él deseo natural y consiguiente. Buscar en las posesiones austriacas en Suabia medios de aumentos para los príncipes sus aliados era cosa bien discurrida porque se echaba al Austria detrás del Inn, y se mostraba ser útil la alianza de la Francia. Quitar al Austria el Vorarlberg para dárselo á la Baviera, era tambien acto juicioso, porque con él se la alejaba de la Suiza. Pero quitarle el Tirol, si bien era cosa bien meditada por lo relativo á Italia, venia á ser llenarla de resentimientos implacables y acumulados, y reducirla á una desesperacion que, si por el pronto quedaba encubierta, tarde ó temprano forzosamente habia de dar muestras de sí, y tambien obligaba desde luego, y mas que antes, al gobierno francés á una politica moderada y cauta, y á tener habilidad para encontrar aliados y conservarlos, supuesto que hacia su enemiga irreconciliable á la potencia principal del continente. Resolver la cuestion de la nobleza inmediata y otras varias de origen ó naturaleza feudal podia ser simplificar de un modo provechoso el órden interior de Alemania. Pero dar un aumento extraordinario de grandeza á los príncipes de Baviera, Baden y Wurtemberg, y unirlos con Francia en lazo estrecho, á punto de hacerlos sospechosos en Alemania, era ponerlos en equívoca y mala situacion, de la cual algun dia habian de tener tentaciones de salir, siendo infieles á su patrono; y era tambien convertir en contrarios á los príncipes alemanes no favorecidos, ofender de un modo nuevo al Austria, ya de tantos ajada y lastimada, y, lo peor de todo, disgustar á la misma Prusia; y por último, era mezclarse en las cosas de Alemania harto mas que lo debido y conve-

niente, y prepararse á celos de parte de los grandes é ingratitud de la de los pequeños. Debía no haber olvidado Napoleon que le habia sido necesario apuntar cañones á las puertas de Stuttgard para conseguir que le fuesen abiertas, y pensar que, entonces mismo, tenia que valerse de persona extraña y de mujer para lograr un matrimonio de la condescendencia de la corte de Baden, y casi sacar por fuerza al elector de Baviera su hija, pidiéndosela y obteniéndola solo con llevar al hacer la peticion las llaves del Tirol en una mano, y en la otra amenazando la espada de la Francia.

Se excedia, pues, Napoleon de la verdadera medida de la politica francesa en Alemania, creándose, aliados separados en demasía del sistema de su nacion, y poco seguros por no serlo la situacion en que quedaban. Pero es difícil guardar mesura en la victoria, y ademas Napoleon era monarca novel, y excelente cabeza de familia, y por uno y otro motivo queria alianzas y lucidos enlaces matrimoniales.

Tales fueron las ideas que sirvieron de fundamento á las instrucciones dejadas á M. de Talleyrand para la negociacion entablada con los señores de Giulay y de Lichtenstein. A ellas agregó una condicion en provecho de su ejército, objeto de su amor y cuidado, no menos que lo eran sus hermanos y sobrinas, pues pidió cien millones de francos para hacer con ellos dotaciones, no solo para los oficiales superiores de sus tropas, sino para las viudas y los hijos de los que habian muerto peleando. Sin perder tiempo firmó tres tratados de alianza con Baden, Wurtemberg y Baviera. Al duque de Baden dió á Ortenau y parte de Brisgau, con varios pueblos situados en las riberas del lago de Constanza, territorio que

Napoleon,  
ademas  
de  
todos los  
sacrificios  
de  
territorio  
que  
obliga  
á hacer  
al  
Austria,  
le saca  
una  
contribucion  
de  
cien  
millones  
de  
francos  
en  
provecho  
del  
ejército  
francés.



Dic. 1805. tenia hasta 113,000 habitantes, y que daba cerca de una cuarta parte de aumento á los Estados de aquel á quien se hacia la dádiva. Dió á la casa de Wurtemberg lo que quedaba de Brisgau, y partes muy considerables de la Suabia, en lo cual iban comprendidos 183,000 habitantes, con lo que subió á mas de la cuarta parte que tenia, y á ser de cerca de un millon de almas la poblacion de aquel principado. A la Baviera por fin dió por aumento el Vorarlberg, los obispados de Eichstaedt y de Passau, poco antes adjudicados al elector de Salzburgo, toda la Suabia austriaca, y la ciudad y el obispado de Augsburgo, tierras en que habia un millon de habitantes, con lo que habia de pasar de ser dos hasta contar tres millones el Estado de Baviera, que adquiria un tercio mas de poblacion y posesiones. No consentia el estado de las negociaciones con el Austria que se hablase aún de agregarle el Tirol.

Tratados  
de  
alianza  
firmados  
inmediatamente  
con  
Baden,  
Wurtemberg  
y  
Baviera.

Fueron ademas dados á estos principes todos los derechos de soberanos sobre la nobleza inmediata, y quedaron libres del señorío feudal que pretendia tener el emperador de Alemania sobre ciertas partes de su territorio.

Teniendo el elector de Baden la modestia de rehusar admitir el título de rey, por considerarle demasiado alto para lo que eran sus rentas, quedóse sin otro dictado que el de elector, pero los de Baviera y Wurtemberg se titularon reyes desde luego.

En pago de estas ventajas, los tres principes se obligaron á entrar á medias con la Francia en cualquiera guerra que ésta intentase para mantenerse en el estado que tenia; ó en el que iba á resultar de la paz próxima á concluirse con el Austria. La Francia, por su parte,

contraia el empeño de tomar las armas siempre que fuese necesario para mantenerlos en su situacion nueva.

Fueron firmados estos tratados en los dias 10, 12 y 20 de diciembre. El general Thiard los llevaba consigo con los poderes competentes para firmarlos al salir á negociar los casamientos proyectados.

Así, se habia dispuesto de antemano, y sin ponerse de acuerdo con el Austria, de parte de los Estados correspondientes á esta potencia. Pero daban poco cuidado las consecuencias á que se exponian obrando de este modo los contratantes.

Napoleon, despues de haber atendido á sus heridos y de haber encaminado á Viena de ellos á lo menos los que podian ser transportados á tal distancia, así como despues de haber enviado hácia Francia los prisioneros hechos y cañones tomados al enemigo, salió de Brunn, dejando á M. de Talleyrand el encargo de disputar con los señores de Giulay y de Lichtenstein las condiciones determinadas. Tenia grande impaciencia de tener en Viena una conversacion larga con el conde de Haugwitz para enterarse por completo de las secretas intenciones del gobierno de Prusia.

M. de Talleyrand entró inmediatamente en conferencia con los dos negociadores austriacos. Estos levantaron alto clamor de queja al oir las pretensiones del ministro francés, y sin embargo todavia nada se les habia dicho acerca del Tirol, y sí únicamente del deseo de dejar al Austria lejana de Italia y de Suiza para dar un corte definitivo á todas las causas de rivalidad y de guerra con la Francia.

Los señores de Lichtenstein y de Giulay dieron á conocer por su parte las condiciones en que estaba pronta

Vuelta  
de  
Napoleon  
á  
Viena.

Conferen-  
cias  
en Brunn  
entre  
M. de  
Talley-  
rand  
y los  
negocia-  
dores  
austria-  
cos.



Dic. 1805. á consentir el Austria. Bien veia el gobierno de esta potencia que habian ya acabado para él los Estados venecianos y sus posesiones en Suabia, así como que estaban resueltas contra su deseo é interés las pretensiones de litigio que tenia con los príncipes alemanes. Consentia, pues, en ceder á Venecia y toda la tierra firme hasta el Isonzo, pero queria quedarse con la Istria y la Albania, y aun hacerse con Ragusa, como desembocaderos necesarios de Hungría. Ademas estas tierras eran las últimas reliquias de las adquisiciones hechas reinando el emperador Francisco, el cual por cuidado de su honor tenia empeño en conservarlas.

En cuanto al Tirol, estaba el Austria casi resuelta á abandonarle, pero traspasándole al que era elector de Salzburgo, esto es, al archiduque Fernando, á quien en 1803 se habia dado en resarcimiento de la Toscana el obispado de Salzburgo y el prebostazgo de Berchtols-gaden, siendo ademas necesario dejar al mismo archiduque el Vorarlberg, Lindau y las riberas del lago de Constanza, en calidad de dependencias del Tirol.

Conforme á este ajuste habria ganado el Austria á Salzburgo, y quedándose con el Tirol y el Vorarlberg en la persona de uno de sus archiduques.

Fuera de esto, consentia en ceder las posesiones que tenia en Suabia, y ademas á Ortenau, á Brisgau y los obispados de Eichstaedt y de Passau. Pero pedia para los príncipes de su casa que perdiesen estas posesiones un resarcimiento considerable, el cual por fuerza ha de parecer singularmente discurrido, y que por otra parte prueba de qué afectos estaban animados los unos respecto á los otros los que eran parte de la liga europea, pues pedia para sí el Estado de Hannover.

Deseos  
del  
Austria  
relativa-  
mente  
á las  
condicio-  
nes  
de la paz  
que iba  
á  
cele-  
brarse.

Pide  
el  
Austria  
que se dé  
el Estado  
de  
Hannover  
á uno  
de sus  
archidu-  
ques.

De este modo pretendia el Austria para uno de sus archiduques el patrimonio del rey de Inglaterra cuando tanto se vituperaba en Napoleon habérsele ofrecido á la Prusia, y en esta haberle aceptado, si bien la misma Rusia no mucho antes habia propuesto á la Prusia dársele con tal que se separase de la amistad de la Francia.

Lleno de gozo M. de Talleyrand de ver asomar tan codiciosos, deseos, al oírlos declarar no aparentó escandalizarse, y prometió dar parte de lo que se pretendia á Napoleon.

Por último, en cuanto á los cien millones de contribucion, declaraba el Austria serle imposible pagar ni siquiera diez, segun estaba exhausta de recursos. En compensacion de tan crecida suma ofrecia entregar el acopio inmenso de armas y municiones que habia en los Estados venecianos, y que habria tenido derecho de recoger si no hubiese estipulado dejársele al nuevo dueño.

Despues de empeñadas contestaciones, pero que solo duraron tres ó cuatro dias, porque por todas las partes contratantes habia gran deseo de concluir, se convino en que el mismo principe de Lichtenstein pasase al palacio del emperador Francisco en Holitsch, á fin de proporcionarse nuevas instrucciones, no autorizándole las que tenia á suscribir á los sacrificios que exigia Napoleon.

Hasta su vuelta habia de estarse en Brunn M. de Talleyrand. Grave falta era en los austriacos perder tiempo, porque lo que estaba á la sazón pasando en Viena entre Napoleon y el conde de Haugwitz, iba á empeorar su situacion notablemente.

M. de Talleyrand, que desde Brunn estaba en cor-

Al cabo de largas contestaciones, no pudiendo avenirse los negociadores, sale el principe de Lichtenstein para Holitsch á tomar nuevas instrucciones.



Dic. 1805. correspondencia diaria con Viena, habia hecho saber á Napoleon que no se hallaba aún próximo á avenirse con los negociadores austriacos. La resistencia de éstos, que si venia á juntarse con la del gobierno prusiano merecia sería atencion, era para Napoleon cosa que le causaba sumo disgusto. Se iban acercando á Presburgo los archiduques seguidos de cien mil hombres. Tambien se iban juntando las tropas prusianas en Sajonia y Franconia, y adelantando los anglo-rusos por Hannover. No asustaban estas circunstancias juntas al vencedor de Austerlitz, y estaba pronto, si fuese necesario, á derrotar á los archiduques cerca de Presburgo, y á caer en seguida sobre la Prusia por Bohemia, pero con obrar así comenzaria otra vez á jugar un juego peligroso contra toda Europa unida ya entera en liga, y no era cordura exponerse á tanto por algunas leguas cuadradas de mas ó de menos. Aunque la política de Napoleon era la propia de un vencedor omnipotente, no por eso le dispensaba de portarse con maña. Con la Prusia debia procurar hacer prueba de su habilidad, porque, aprovechándose del terror que en ella habian infundido los últimos acaecimientos de la guerra, podia desprenderla de la liga, unirla con Francia, y agregar á la victoria de Austerlitz otra diplomática no menos decisiva. Por lo mismo tenia suma impaciencia de verse con el conde de Haugwitz y hablarle luego.

Motivos  
de  
Napoleon  
para  
entrar  
en  
explica-  
ciones  
con  
la  
Prusia.

El conde de Haugwitz, que habia venido á dictar condiciones á Napoleon con la engañosa apariencia de una mediacion oficiosa, le encontraba triunfante y casi señor de Europa entera. Sin embargo, no cabe duda de que con entereza, union y constancia, todavía era posible hacer frente al emperador de los franceses. Pero

la Rusia de un orgullo demente habia caido en la pos-  
tracion propia de los vencidos ; el Austria derribada  
yacía á las plantas de su vencedor ; y la Prusia solo de  
pensar en la guerra temblaba, sin contar con que, des-  
confiando ya unos de otros los coligados, tenian entre  
sí poco trato. El conde de Haugwitz estaba de continuo  
y exclusivamente en la embajada francesa, llevando la  
lisonja al extremo de tener puesta diariamente en  
Viena la banda de la Legion de Honor (1), y hablar  
con admiracion de Austerlitz, y del superior entendi-  
miento de Napoleon, con todo lo cual mostraba cuánta  
inquiétude tenia, al parecer, pensando en el acogimiento  
que le esperaba.

Llegado Napoleon el 13 de diciembre á Viena, en  
aquella misma noche mandó llamar á Schoenbrunn al  
conde de Haugwitz, y, venido que fué, le dió au-  
diencia en el despacho de Maria Teresa. Aún no estaba  
informado de todo cuanto habia sucedido en Potsdam,  
pero sabia ya sobre ello algo mas que cuando se habia  
visto con el negociador prusiano en Brunn en el dia  
víspera de la batalla de Austerlitz. Tenia ya noticia de  
la existencia de un tratado firmado en 3 de noviembre,  
en el cual se obligaba la Prusia eventualmente á ser parte  
en la liga. Era el emperador francés vivo y violento de  
condicion, y fácil en ararse, pero solia con frecuencia  
fingirse mas colérico que lo que real y verdaderamente  
estaba. En esta ocasion trataba de intimidar á aquel con  
quien hablaba, y echó en cara con extremada violencia  
al señor de Haugwitz que, siendo él un ministro apasio-

Vistas  
de  
Napoleon  
y  
del  
conde  
de  
Haug-  
witz.

(1) El mismo M. de Tayllerand es quien cuenta estas particulari-  
dades en una de las cartas que escribe á Napoleon.



Dic. 1805. nado á la paz, y que habia puesto su gloria en el sistema de neutralidad, y aun intentado convertir ésta en un proyecto de alianza con Francia, hubiese tenido la debilidad de ligar á su gobierno en Potsdam con los de Rusia y Austria, contrayendo con ellas alianzas, cuyo paradero forzoso habia de ser la guerra. Quejóse amargamente de la doblez de la corte prusiana, de las vacilaciones del rey, y del predominio que en aquel gobierno tenian las mujeres, dando á entender que, libertado ya de los enemigos que poco antes tenia sobre sí, era dueño de hacer respecto á la Prusia lo que mas le acomodase. En seguida le preguntó con vehemencia qué venia á ser al cabo lo que deseaba el gobierno prusiano, y cuál sistema se proponia seguir, exigiendo al parecer sobre tan graves cuestiones respuestas claras, categóricas é inmediatas.

El señor de Haugwitz, aunque al principio se turbó, se repuso de su turbacion muy en breve, porque tenia tanta serenidad cuanta agudeza. En medio de aquella cólera tan estrepitosa hubo de columbrar que Napoleon deseaba reconciliarse con la Prusia, y que, rompiendo ésta muy pronto los lazos con que se habia unido con la liga, consentiria en aplacarse aquel vencedor, al parecer, tan airado.

Dió, pues, el negociador prusiano explicaciones diestras, especiosas y cariñosas en punto á las circunstancias que habian dominado á la Prusia y precipitádola; y, sin faltar al decoro, descubrió quiénes eran los que habian tenido la debilidad de dejarse avasallar por cosas puramente accidentales hasta separarse del sistema que á su patria verdaderamente convenia, y paró en insinuar con harta claridad que, si queria Napoleon, todo tendria

pronto remedio, y hasta que la alianza con su gobierno, tantas veces malograda, podia ser fruto instantáneo de una reconciliacion inmediata.

Echando Napoleon una mirada penetrante de su mente á la del conde de Haugwitz, conoció que los prusianos tenian vivo deseo de hacer nueva mudanza volviendo á serle amigos. A todos los golpes que ya habia dado á las potencias de Europa tuvo singular placer en agregar uno de profunda malicia, y discurrió ofrecer al señor de Haugwitz al mismo momento el proyecto que Duroc habia ido encargado de presentar en Berlin, esto es, la alianza formal de la Prusia con la Francia, con la condicion tantas veces renovada de dar á la primera el Estado de Hannover. Mucha tentativa era esta en menoscabo del honor del gobiernó prusiano, porque, al fin, lo que le proponia Napoleon era que renunciase, como bien puede decirse recibiendo paga, á los vinculos recién formados solemnemente sobre el sepulcro de Federico el Grande, y que, despues de haberse pasado en Potsdam del partido de la Francia al contrario en pro de la Europa, se pasase del partido este al opuesto en pro de la Francia. Napoleon no titubeó, y al hacer tal propuesta tuvo por largo rato clavada la vista en el conde de Haugwitz.

El ministro prusiano no dió muestras de indignarse ni de admirarse, sino, al revés, de recibir con sumo gozo la comision de llevar de Viena, en vez de una declaracion de guerra, á Hannover por regalo, y ademas la alianza con la Francia, que era su sistema predilecto. Forzoso es aquí advertir, en disculpa del señor de Haugwitz, que, habiendo éste salido de Berlin en una hora en que se esperaba que Napoleon no llegaria siquiera



Dic. 1805. á Viena, habia visto, aun supuestas así las cosas, al duque de Brunswick y al mariscal de Mollendorf inquietos en punto á las consecuencias que traeria una guerra con Francia, é insistiendo en que no se declarase hasta fines de diciembre. Pero, habiendo el emperador francés héchose dueño de Viena, y dado un golpe tremendo á los coligados en Austerlitz, cuando todavía no era mas que el 13 de diciembre, bien debia temer el de Haugwitz que el vencedor se arrojase impetuosamente sobre Bohemia, y cayese sobre Berlin como un rayo, y hubo de reputar grande fortuna dar por paradero un aumento de territorio á una situacion que amenazaba ir á parar en un desastre. En punto á la fidelidad con los otros aliados, el prusiano los trataba al modo que ellos entre sí. Por otra parte es fuerza achacar la conducta del conde de Haugwitz en Viena, no tanto á él cuanto á los que en su ausencia habian puesto á la Prusia en un aprieto de que no habia salido. Por esto aceptó el conde sin demora la oferta de Napoleon.

Este, satisfecho de ver tan bien recibida su idea, dijo al de Haugwitz: —Pues bueno, es cosa resuelta, y se os dará á Hannover. En pago me dareis algunas porcioncillas de territorio que me hacen falta, y firmareis con la Francia un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Pero cuando llegueis á Berlin habeis de imponer silencio á las pandillas, y de tratarlas con el desprecio que merecen, hasta lograr que predomine la politica del ministerio á la de la corte. —Aludian estas expresiones de Napoleon á la reina, al príncipe Luis y á los que á ambos andaban cercanos. Mandó despues á Duroc que se viese con el conde de Haugwitz, y con él extendiese inmediatamente el proyecto del tratado.

Dic. 1805.

Apenas habia quedado concluido este ajuste , cuando gozoso por demas Napoleon de su obra escribió á M. de Talleyrand para mandarle que á nada diese resolucion definitiva en Brunn , sino que diese largas por algunos dias á la negociacion , porque estaba seguro de concluir satisfactoriamente sus negocios con la Prusia , á la cual acababa de ganar á precio de darle á Hannover , no teniendo en adelante que mirar con cuidado ni las amenazas de los anglo-rusos á Holanda , ni los movimientos de los archiduques por la parte de Hungría. Añadióle que ya queria perentoriamente el Tirol , y la contribucion de guerra con mas empeño que antes ; y que , por otra parte , debia salir de Brunn y trasladarse á Viena , porque en la primera ciudad se seguia la negociacion muy lejos de su persona , y él la queria mas cerca , como por ejemplo , en Presburgo.

Libertado  
ya  
Napoleon  
de la  
Prusia,  
manda  
á M. de  
Talley-  
rand  
que  
exija al  
Austria  
que ceda  
el Tirol.

El 13 de diciembre fué cuando vió Napoleon al conde de Haugwitz. El tratado con Prusia fué extendido el 14 y firmado el 15 en Schoenbrunn. Las principales condiciones de este tratado eran las siguientes :

Tratado  
de  
Schoen-  
brunn  
ajustado  
con la  
Prusia.

Considerando la Francia á Hannover como conquista suya propia la traspasaba á la Prusia , la cual en pago cedia á Baviera el marquesado de Anspach , esto es , la provincia misma que tan difícil era no atravesar siguiéndose una guerra con el Austria. Además cedia á Francia el principado de Neufchatel y el ducado de Cleves , en que estaba comprendida la plaza fuerte de Wesel. Una y otra potencia salian recíprocamente garantes de sus posesiones todas , lo cual significa que la Prusia lo era de que conservaria la Francia los límites que á la sazón tenia con sus nuevas adquisiciones en Italia , así como de que se mantendrian en firmeza los arreglos nueva-



Dic. 1805. mente hechos en Alemania, al paso que la Francia lo era de que se conservaria la Prusia tal cual era con lo que habia ganado en 1803, y con lo que iba á ganar haciendo suyo á Hannover.

Era este verdaderamente un tratado de alianza ofensiva y defensiva, y ademas llevaba el título formal de serlo, título á que se habia hecho oposicion al proyectarse tratados anteriores.

Napoleon habia exigido que le diesen á Neufchatel, á Cleves, y sobre todo á Anspach, con el cual iba á hacer un cambio con Baviera, contando en su lugar el ducado de Berg, á fin de tener él dotaciones que repartir entre sus mas fieles y preciados servidores. Para Prusia eran estos sacrificios cortos, y para él medios preciosos que usar como recompensas, porque ya en sus vastos designios no queria ser grande sino sublimando á alguna grandeza á todo cuanto le rodeaba, así á sus ministros y generales como á sus parientes. Era tal negociacion golpe magistral, porque cubria de vergüenza á los coligados, y tambien ponia al Austria á merced de Napoleon, á lo que se añadia, siendo lo mejor de todo, que aseguraba á Francia la alianza de la Prusia, para ella la única apetecible y posible, pero contenia un grave empeño, cual era el arrebatarse el Estado de Hannover al rey de Inglaterra; empeño que en algun tiempo podria llegar á ser muy oneroso, pues era de temer que estorbare la conclusion de la paz marítima, si dentro de mas ó menos breve término por la fuerza de las circunstancias venia á ser hacedera.

Napoleon escribió al punto mismo de estar recién concluido el tratado á M. de Talleyrand, participándole haberle firmado con la Prusia, y ordenándole salir

de Brunn en caso de que no aceptasen los austriacos las condiciones que tenia intento de imponerles. Dic. 1805.

M. de Talleyrand, cuyo anhelo era que la paz se acabase de ajustar, y á quien repugnaba mucho tratar con tanta dureza al Austria, tuvo de todo esto gran sentimiento. Los negociadores austriacos quedaron aterrados. Traian de Holitsch nuevas concesiones, pero ni con mucho tan latas cuanto las que ya les exigian. Supieron que la Prusia, por hacerse con Hannover, exponia al Austria á perder el Tirol, y así, á pesar del peligro que habia en andarse con nuevas dilaciones, de donde acaso tendria el emperador francés ocasion de salir con pretensiones nuevas, peligro que con ahinco procuró darles á conocer M. de Talleyrand, se creyeron obligados á referirse sobre todo ello á su soberano.

Separáronse, pues, los que estaban negociando en Brunn, citándose para seguir en Presburgo. Habíase ademas hecho la estancia en Brunn mal sana por exhalarse vapores nocivos de una tierra cubierta de cadáveres, y de los hospitales de la ciudad llenos de heridos y enfermos.

Volvió M. de Talleyrand á Viena, y allí encontró á Napoleon dispuesto á volver á la guerra si sus contrarios no cedian. En efecto, habia mandado al general Songis reparar la parte material de la artillería aumentándola en todo á expensas del parque de Viena. Hasta envió una reprension dura á su ministro de policía Fouché porque habia dejado que todos diesen la paz por cierta demasiado pronto.

Habia contribuido á encenderle mas una circunstancia recién ocurrida. Acababa él de recibir noticias de lo que estaba pasando en Nápoles. Aquel gobierno insen-

Sepáranse los negociadores reunidos en Brunn, citándose para Presburgo.



Dic. 1805. sato, despues de haber pactado con la Francia (si bien es verdad que por consejo de la Rusia) quedarse neutral, de repente, desembozándose y mostrando sus intentos, habia tomado las armas, porque al saber la reina Carolina el combate de Trafalgar y los empeños contraidos por la Prusia, habia reputado á Napoleon perdido; y se habia resuelto á llamar en su favor á los rusos. Así el 19 de noviembre, una escuadra de poca fuerza con transportes habia echado á tierra en la costa de Nápoles de 10 á 12,000 rusos y 6,000 ingleses. A este ejército anglo-ruso se habia comprometido la corte de Nápoles á agregar 40,000 napolitanos. Consistia el proyecto de los aliados en sublevar á toda Italia á espaldas de los franceses mientras estaba Massena á la falda de los Alpes Julianos, y Napoleon casi en las fronteras de lo que antes era Polonia. La corte napolitana, donde predominaban los emigrados de Francia, tenia la locura comun en ellos de creer cierto lo que deseaban y proceder como si lo fuese.

Acaeci-  
mientos  
de  
Nápoles.

Súbita  
violacion  
del  
tratado  
de  
neutrali-  
dad  
ajustado  
por  
Nápoles  
con la  
Francia.

Cuando supo Napoleon tan escandaloso quebrantamiento de la fé jurada, sintió por un lado ira y por otro gozo. Tomó desde luego su partido, el cual fué que pagase la reina de Nápoles con perder su corona la pena de la conducta que acababa de seguir, pensando que con esto quedaba vacante un trono, donde vendria muy bien sentar á uno de la familia de Bonaparte. Nadie en Europa podria tachar de injusticia el acto de poder soberano que depusiese á aquella rama de la familia de Borbon, y por lo tocante á sus protectores naturales, la Rusia y el Austria, no era ocasion de guardarles miramientos.

Sin embargo, en Brumm los negociadores austriacos

habian procurado que en el próximo tratado de paz se pusiese algun artículo que amparase á la córte de Nápoles, de cuya intencion secreta, entonces ignorada por Napoleon, eran sabedores. Pero, llegando el emperador francés á tener noticia de lo ocurrido, dió orden formal á M. de Talleyrand de que á nada diese oídos sobre tal punto.—Seria yo muy ruin (dijo) si tolerase los ultrajes de esa cuitada córte de Nápoles. Ya sabeis con cuánta generosidad me he portado con ella, pero esto es ya negocio concluido, y la reina Carolina no reinará mas en Italia. Suceda lo que sucediere no hay que hablar de Nápoles en el tratado. Así es mi voluntad absoluta. —

Los negociadores estaban aguardando á M. de Talleyrand en Presburgo, y él habia pasado allá en breve. Seguíase, pues, negociando en los puestos avanzados de los dos ejércitos. Los archiduques se habian acercado á Presburgo, donde estaban á dos marchas de Viena. Napoleon habia reunido en esta ciudad la mayor parte de sus tropas, y tambien habia traído allí á Massena, el cual habia venido por el camino de Styria. Hallábanse cerca de 200,000 franceses concentrados en los contornos de la capital de Austria. Napoleon extremadamente animado estaba resuelto á romper de nuevo las hostilidades. Pero habria sido gran locura en la córte de Viena prestarse á renovar la contienda, sobre todo cuando ya la habia abandonado la Prusia, y cuando habia caído en el mayor abatimiento el gobierno ruso. Así, el austriaco, por grandes que fuesen los sacrificios que se le exigieren, aunque al principio aparentase resistir con indignacion, estaba determinado á hacerlos.

Convínose, pues, en que se desprendiese el Austria

Dic. 1805.

Resuelve  
Napoleon  
que  
queden  
depuestos  
del  
trono  
los  
Borbones  
de  
Nápoles.

Confór-  
mase  
el  
Austria



**Dic. 1805.** del Estado de Venecia con sus provincias llamadas de tierra firme, como son el Friul, la Istria y la Dalmacia. Así pasarian á ser de Francia Trieste y las bocas del Cattaro, territorios que habrian de agregarse al reino de Italia. Estipulóse de nuevo la separacion de las coronas de Francia y de Italia, pero con tan vagas expresiones, que quedaba Napoleon con facultades de aplazar la separacion hasta la hora de la paz general, ó hasta la de su muerte.

á las  
condicio-  
nes  
que  
le dicta  
Napo-  
leon.

Hácese  
Napoleon  
con toda  
Italia,  
y con la  
Istria  
y Dalma-  
cia.

Consigue  
la  
Baviera  
hacerse  
con el  
Tirol.

Es trasla-  
dado  
á  
Wurtz-  
burgo  
el  
archidu-  
que  
Fer-  
nando.

La Baviera lograba el Tirol, constante objeto de su deseo, dándosele así la parte alemana como la italiana. En recompensa el Austria recibia los principados de Salzburgo y de Berchtolsgaden, dados en 1803 al archiduque Fernando, antes gran duque de Toscana, á quien tambien resarcia de sus pérdidas la Baviera, cediéndole el principado eclesiástico de Wurtzburgo, que tambien habia recibido en 1803 de resultas de las secularizaciones.

Así quedaba mejor conformado el territorio del Austria, pero con perder el Tirol perdia su gobierno del todo su influjo en Suiza é Italia, y tambien dejaba de estar bajo su influencia inmediata el archiduque Fernando trasladado á Franconia. El Estado que á este principe se concedia no era ya como antes un anejo de la monarquía austriaca.

A esta indemnizacion sacada del pais de Salzburgo se agregaba en favor del Austria la secularizacion de los bienes de la órden Teutónica, los cuales habian de ser convertidos en posesiones hereditarias en cabeza de aquel de los archiduques que por el mismo gobierno fuese elegido para gozarlas. Consistia la importancia de estos bienes en una poblacion de ciento y veinte mil habitan-

tes y una renta de ciento y cincuenta mil florines. Dio. 1805.

Conservábase al archiduque Fernando el título de elector con un voto en el colegio de los mismos, y pasaba del principado de Salzburgo al de Wurtzburgo.

El Austria reconocia por reyes á los nuevos de Baviera y Wurtemberg, y consentia en que fuesen iguales las prerogativas de los soberanos de Baden, Wurtemberg y Baviera sobre la nobleza inmediata de sus Estados á la que ejercia el emperador de Alemania en los suyos sobre la misma clase. Esto equivalia á suprimir tal clase de nobleza en los tres Estados de que se trataba, pues siendo completo el poder que sobre ella tenia el emperador, venia á serlo en el mismo grado el que á los tres principes se conferia.

Por fin, la Cancillería imperial renunciaba á todo derecho de origen feudal sobre los tres Estados favorecidos por la Francia.

Sin embargo, sobre todo esto quedaba formalmente reservada la aprobacion de la Dieta. Por tales medios hacia la Francia una mudanza hasta social en una parte notable de Alemania, pues en ella daba mas robustez y unidad al poder en provecho del soberano de cada territorio, y acababa con toda dependencia feudal de potestad extraña. Asimismo llevaba adelante el sistema de secularizaciones, porque, acabando el orden teutónico, acababa con el uno de los dos principados eclesiásticos todavía subsistentes, y quedaba solo el del príncipe archicanciller elector eclesiástico de Ratisbona. Conforme esta secularizacion á otras hechas anteriormente, venia á hacerse en provecho de una de las cortes principales de Alemania.

Llévase  
á  
remate  
en  
los tres  
Estados  
de  
Baden,  
Wurtem-  
berg  
y  
Baviera,  
la  
mudanza  
politica  
empezada  
en  
1803.

El Austria, excluida definitivamente de Italia, y



Dic. 1805. despojada con perder al Tirol de puestos dominantes de que era dueña en los Alpes, echada detrás del Inn, y privada de todo territorio adelantado en Suabia, así como de los lazos feudales con que hasta cierto grado tenia sujetos á los Estados de la Alemania meridional, habia padecido enorme detrimento, así en lo material como en la consideracion política. Como algo antes vá dicho en la presente historia, de veinte y cuatro millones de súbditos que tenia perdía cuatro, y de ciento y tres millones de florines de renta hasta quince.

Estaba bien imaginado el tratado para el futuro sosiego de Italia y de Alemania. Una sola tacha podia ponérsele, y era que salia en él demasiado maltratado el vencido para que pudiese someterse con sinceridad. Tocaba á Napoleon, á fuerza de prudencia y juicio, y de miramientos con sus aliados, dejar al Austria falta de esperanza y de medios de rebelarse contra los fallos contrarios de la fortuna.

En el momento de firmar semejante tratado seguian titubeando los plenipotenciarios austriacos, y aun haciendo resistencia en dos puntos, que eran la contribucion de guerra de cien millones y el abandono de Nápoles. Napoleon habia rebajado á cincuenta millones la contribucion que exigia, haciéndose cargo de que ya habia tomado crecidas sumas de las cajas de la Austria; pero de Nápoles no consentia que le hablasen por titulo alguno.

Discurrióse para vencerle dar un paso meramente de cortesía, que era enviarle al archiduque Carlos, príncipe cuyo carácter y talento tenia él en alta estima y honra, y con quien hasta entonces no se habia visto. Pidiéronle que le admitiese á su presencia en Viena, en lo cual

Dic. 1805.

consintió él de muy buena gana, si bien resuelto á no ceder cosa alguna. Habíanse persuadido los austriacos de que si aquel príncipe, uno de los primeros generales de Europa, exponía en persona á Napoleon los recursos que aún conservaba la monarquía austriaca, y le declaraba lo que pensaba y sentía el ejército, pronto á sacrificarse por no admitir un tratado que era en humillacion de su patria, juntando con tan nobles protestas instancias hechas con habilidad, tal vez conmoveria y ablandaria al vencedor. Así es que, insistiendo M. de Talleyrand con los negociadores austriacos en que firmasen pronto el tratado, respondieron que serian y merecerian ser acusados de haber procedido como traidores á su patria si daban su firma antes de las vistas que iba á haber de Napoleon con el archiduque.

No obstante, habiendo M. de Talleyrand aventurándose á rebajar todavía diez millones de la contribucion de guerra pedida, firmaron los negociadores del Austria el 26 de diciembre el tratado de Presburgo, uno de los mas gloriosos entre cuantos hizo en su vida Napoleon, y ciertamente el mejor pensado de todos; porque si en ocasiones ulteriores adquirió la Francia mas dilatados territorios, hubo de ganarlos en ajustes menos gratos á lo general de Europa, y por lo mismo menos duraderos. Los plenipotenciarios del Austria hubieron de ceñirse á recomendar en una carta firmada por todos ellos á la generosidad del vencedor la familia reinante en Nápoles. En cuanto á la visita del archiduque á Napoleon, no tuvo efecto hasta el 27, en que el príncipe austriaco vió al emperador francés, fué recibido por él con las consideraciones debidas á su esfera y á su gloria; habló con él de cosas de arte militar, conversacion muy natural entre

Pasa  
á ver  
á  
Napoleon  
el  
archidu-  
que  
Carlos.

Firmase  
el  
tratado  
de paz  
de  
Pres-  
burgo,  
el  
dia 26  
de  
diciem-  
bre  
de  
1805.



Dic. 1805. dos capitanes de tanto mérito; y se retiró en seguida, sin que de los negocios de uno y otro Imperio hubiese dicho una sola palabra.

Disposi-  
ciones  
dadas  
por  
Napoleon  
antes  
de salir  
de  
Viena.

Napoleon lo dispuso todo para salir del Austria inmediatamente. Mandó llevarse por el Danubio las dos mil piezas de artillería y los cien mil fusiles cogidos en el parque de Viena, y envió ciento y cincuenta piezas de la misma artillería á Palma-Nova á fin de armar bien esta importante plaza que dominaba los Estados venecianos de tierra firme. Arregló cómo habian de retirarse sus soldados, de modo que lo hiciesen á jornadas cortas, porque no queria que se volviesen como habian venido, esto es, á carrera. Diéronse en los lugares del camino las disposiciones necesarias para que viviesen en abundancia las tropas. Repartió tambien el emperador dos millones de gratificacion á sus oficiales de todos grados, á fin de que cada uno de ellos pudiese gozar inmediatamente de los frutos de la victoria. Berthier quedó con el encargo de cuidar del ejército en su vuelta á entrar en el territorio francés. Las tropas francesas habian de salir de Viena en el término de cinco dias, y de ponerse al otro lado del Inn en el de veinte. Estipulóse que quedase en poder de los franceses la plaza de Braunau hasta haberse completado el pago de la contribucion de cuarenta millones.

Pasa  
Napoleon  
á  
Munich.

Hechas estas cosas, partióse Napoleon á Munich, donde fué recibido con arrebatado aplauso. Los bávaros, que algun dia habian de desampararle viéndole vencido, y de reducir al ejército francés á salvarse atropellándolos en Hanau, entonces llenaban de aclamaciones y hasta acosaban con ardiente curiosidad al conquistador que los habia salvado de la invasion de los extranjeros,

Dic. 1805.

Asiste  
Napoleon  
en  
Munich  
á  
las bodas  
de  
Eugenio  
de  
Beauharnais  
con la  
princesa  
Augusta.

hecho de su Estado un reino, y enriquecidole con los despojos del Austria vencida. Napoleon, despues de haber asistido al matrimonio de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta, y recreándose en la felicidad de su hijo adoptivo, á quien amaba, y en ser admirado de los pueblos ansiosos de verle, y aun adulado por su enemiga la electriz de Baviera, se puso en camino para París, donde le esperaban testimonios del entusiasmo de la Francia.

Una campaña de tres meses, en vez de una guerra de algunos años, como á su salida se temia; vencido y desarmado el continente; llevado el Imperio francés á limites que nunca deberia despues haber traspasado; aumentos maravillosos de gloria al ejército; estar como por milagro restablecido el crédito publico y con este el de los particulares; y presentarse á la vista de la nacion francesa nuevas perspectivas de sosiego y prosperidad, rigiéndola un gobierno poderoso y respetado del mundo entero, eran cosas que el pueblo francés agradecia á Napoleon y por las cuales le daba muestras de su agradecimiento con vivas al emperador mil veces repetidos. Oyó él estas aclamaciones en el mismo Estrasburgo al pasar el Rhin, y no cesó de estarlas oyendo en todas partes hasta su llegada á París, donde entró el 26 de enero de 1806. Era su vuelta igual á la anterior desde Marengo, viniendo en efecto á ser la batalla de Austerlitz para el Imperio lo que habia sido la de Marengo para el Consulado. Marengo habia dado firmeza á la potestad consular puesta en manos de Napoleon, y Austerlitz le aseguraba la corona imperial en las sienes. Marengo en un dia habia sacado á la Francia de una situacion de grave peligro para ponerla en otra de tranquili-



Dic. 1805. dad y grandeza; y Austerlitz, deshaciendo tambien en su dia una liga formidable, no daba de sí menores ventajas. Para las personas dadas á meditar y serenas, si alguna habia capaz de conservar serenidad á vista de tales acaecimientos, solo quedaba entonces un motivo de temor, que era el de los efectos de la notoria inconstancia de la fortuna, ó, lo que es mas temible todavía, de la flaqueza de la mente humana; siendo no poco comun conllevarse la desgracia sin abatirse, y rarísimo llevarse la prosperidad sin cometer faltas enormes.

#### FIN DEL LIBRO XXIII.

## LIBRO XXIV.

### CONFEDERACION DEL RHIN.

Vuelta de Napoleon á París.—Alborozo público.—Distribucion de las banderas tomadas al enemigo.—Decreto del Senado mandando erigir un monumento triunfal.—Napoleon dedica sus primeras atenciones al estado de la Hacienda.—Resulta la compañía de los *Comerciantes reunidos* con un débito á la Tesorería de una suma de ciento y cuarenta y un millones.—Napoleon descontento de M. de Marbois le separa de su destino poniendo en su lugar á M. Mollien.—Restablecimiento del crédito.—Fórmase un tesoro de los tributos sacados en las tierras conquistadas.—Ordenes relativas á la vuelta del ejército, á la ocupacion de Dalmacia, y á la conquista de Nápoles.—Continuacion de los negocios de Prusia.—Ratificase el tratado de Schœnbrunn con ciertas reservas.—Nueva embajada del conde de Haugwitz á Napoleon.—Hácese de nuevo el tratado de Schœnbrunn en París; pero con algunas obligaciones mas y algunas ventajas menos para la Prusia.—Sale enviado á Berlin el señor de Lucchesini á explicar la razon de estas nuevas mudanzas.—Queda por fin ratificado el tratado de Schœnbrunn, pasado á llamarse de París, y vuélvese el conde de Haugwitz á Prusia.—Predominio de la Francia.—Entrada de José Bonaparte en Nápoles.—Ocupacion de Venecia por los franceses.—Demórase la entrega de la Dalmacia.—Detiénese el ejército francés en el Inn esperando á que sea entregada Dalmacia y repárese por las provincias ocupadas mas capaces de darle sustento.—Padecimientos de los países ocupados.—Situacion de la corte de Prusia despues de la vuelta del conde de Haugwitz á Berlin.—Va el duque de Brunswick enviado á San Petersburgo para dar allí explicaciones de la conducta del gobierno prusiano.—Estado de la corte de Rusia.—Disposicion de ánimo de Alejandro despues de la batalla de Austerlitz.—Recibimiento hecho al duque de Brunswick.—Inútiles esfuerzos de la Prusia para lograr que la Rusia y la Inglaterra aprueben la ocupacion de Hannover.—Declara la guerra Inglaterra á Prusia.—



Enero. 1806.

Muerte de M. Pitt y subida de M. Fox al ministerio.—Esperanzas de paz.—Entáblanse tratos entre M. Fox y M. de Talleyrand.—Va enviado lord Yarmouth á París en calidad de negociador confidencial.—Disposiciones fundamentales de una paz marítima.—Los empleados austriacos en las Bocas del Cattaro en vez de entregar aquel distrito á los franceses le entregan á los rusos.—Amenazas de Napoleón á la corte de Viena.—Envía la Rusia al Sr. de Oubril á París con encargo de impedir un movimiento del ejército francés contra el Austria y de proponer la paz.—Lord Yarmouth y el Sr. de Oubril, negocian á un tiempo en París.—Posibilidad de una paz general.—Cálculo de Napoleón encaminado á dar largas á la negociacion pendiente.—Sistema del Imperio francés.—Créanse reyes vasallos, y grandes duques y duques.—Es José rey de Nápoles, así como Luis de Holanda.—Disolucion del Imperio germánico.—Confederacion del Rin.—Movimiento del ejército francés.—Gobierno interior de Francia.—Obras públicas.—De la columna de la plaza de Vendome, del Louvre, de la calle Imperial y del arco de la Estrella.—Caminos y canales.—Consejo de Estado.—Creacion de la Universidad.—Propuesto de 1806.—Restablecimiento de la contribucion de la sal.—Nuevo sistema de tesoreria.—Nueva planta del Banco de Francia.—Continuacion de las negociaciones con Rusia é Inglaterra.—Tratado de paz entre Francia y Rusia, firmado el 20 de julio por el Sr. de Oubril.—Con haberse firmado este tratado se determina lord Yarmouth á presentar sus poderes.—Va lord Lauderdale de adjunto á lord Yarmouth.—Dificultades de la negociacion con Inglaterra.—Algunas indiscreciones cometidas por los negociadores ingleses tocante á la restitucion de Hannover causan en Berlin viva inquietud.—Voces falsas que exaltan los ánimos en la corte de Prusia.—Nuevos impetus de ira y esperanza en Berlin, y resolucion de apelar á las armas.—Pasma y desconfianza de Napoleón.—Niégase la Rusia á ratificar el tratado firmado por el Sr. de Oubril, y propone condiciones nuevas.—Napoleón no quiere admitirlas.—Encaminanse las cosas generalmente á la guerra.—Pide el rey de Prusia que se retire el ejército francés.—Responde Napoleón á esta pretension con la de que se retire el prusiano.—Prolongado silencio por ambas partes.—Salen uno y otro soberano, cada cual por su lado, para su ejército.—Queda declarada la guerra entre Prusia y Francia.

Vuelta  
de  
Napoleón  
á  
París.

**M**IENTRAS se detenía Napoleón algunos dias en Munich á celebrar las bodas de Eugenio de Beauharnais y de la princesa Augusta de Baviera, y pasaba un dia en Stuttgart y otro en Carlsruhe para recibir parabienes de sus nuevos aliados y llevar á remate alianzas de familia, le esperaba con vivísima impaciencia el pueblo de París, ansioso de darle testimonios de su júbilo y admiracion. Francia toda profundamente satisfecha del estado y giro de los negocios públicos, aunque sin tomar ya en ellos parte alguna,

tenia apariencias de haber recobrado la viveza de afectos de los dias primeros de su revolucion para aplaudir las maravillosas hazañas de sus ejércitos y del varon que la gobernaba. Napoleon, que hermanaba con su portentosa capacidad para hacer cosas grandes el arte de aumentarles el valor, habia enviado delante de sí las banderas ganadas al enemigo. Habia dispuesto su distribucion con suma habilidad, repartiéndolas entre el Senado, el Tribunado, la ciudad de Paris y la catedral de Nuestra Señora, donde habia celebrado su coronacion, dando cincuenta y cuatro al primero, ocho al segundo, otras tantas á la tercera, y á la iglesia cincuenta. Durante la recien concluida campaña no habia cesado de dar al Senado parte de todos los sucesos de la guerra, y, firmada la paz, se habia dado priesa á comunicarle por medio de un mensaje el tratado de Presburgo. Así pagaba con continuas atenciones la confianza que merecia al cuerpo superior del Estado, y tambien obraba conforme á su política, pues mantenia en elevada esfera á los antiguos autores de la revolucion, á los cuales separaba de buena gana de sus puestos la generacion nueva siempre que en las elecciones encontraba modo de hacerlo. Era aquella gente la aristocracia de Napoleon, el cual se prometia llegarla á fundir con la antigua, y lo iba haciendo poco á poco.

Las banderas de los vencidos enemigos atravesaron á Paris el 1.º de enero de 1806, y fueron paseadas en triunfo por las calles de la capital para depositarlas bajo las bóvedas de los edificios destinados á contenerlas. Habia acudido á presenciar tan lucido espectáculo numerosísimo gentío.

Hasta el mismo juicioso é impasible Cambaceres

Distribucion de las banderas ganadas al enemigo entre el Senado, el Tribunado, la ciudad de Paris, y la catedral de Nuestra Señora.

Ceremonia de la entrega de las banderas.



Ener. 1806. dice en sus memorias escritas con suma gravedad que rayaba en frenesí el alborozo del pueblo en aquellos momentos. Y mal cabia que no fuese sumo el júbilo, pues nunca hubo para causarle motivo igual al que daban las cosas que acababan de verse. Cuatrocientos mil rusos, suecos, ingleses y austriacos encaminándose á caer sobre la Francia desde todos los puntos del horizonte y prometiéndoles juntarse con ellos doscientos mil prusianos; y verse de súbito ponerse en movimiento desde las costas del Océano ciento y cincuenta mil franceses, y atravesar en dos meses gran parte del continente europeo; haciendo prisionero sin dar una batalla al primer ejército que se les puso delante; yendo venciendo á los otros en combates repetidos hasta entrar en la capital del antiguo imperio de Alemania, atónita de tales sucesos; traspasando á Viena y pasando á las fronteras de Polonia á desbaratar en una gran batalla el lazo de la liga; lanzando á sus helados llanos á los rusos vencidos, y encadenando en sus fronteras á los prusianos turbados; terminadas en tres meses las angustias de una guerra la cual habia habido motivo de temer que fuese larga; restablecida de una manera repentina é inesperada la paz del continente, y esperándose con fundada razon la de los mares; y, de resultas de todo esto, presentarse señales de futura prosperidad á la Francia llena de gozo y de leite y hecha cabeza de todas las naciones, venia á ser todo ello un conjunto de maravillas propias para causar orgullo y contento, y con la cual hay razon de repetir que ningunas otras en cualquiera tiempo podian compararse. Y como entonces nadie preveia el fin demasiado cercano de tales grandezas, ni acertaba á descubrir entre la fecundidad del entendimiento privilegiado que las produ-

cia el ardor excesivo que habia de ponerlas en peligro hasta llevarlas á su perdicion, gozaban todos los franceses de la pública felicidad sin la menor mezcla de sentimientos aciagos. Ener. 1806.

Los hombres que tienen mas particular interés en la prosperidad material de los Estados, esto es, los comerciantes y la gente acaudalada, no sentian menos viva satisfaccion que los demas entre sus compatriotas. Los de esfera superior en el comercio, que en la victoria celebraban la probabilidad del próximo restablecimiento de la paz, veian con singular contento acabarse en un dia los ahogos del crédito del Estado y del de los particulares, y presentarse motivos de esperar la renovacion del profundo sosiego de que durante el Consulado habia estado por espacio de cinco años disfrutando la Francia. El Senado, recibidas las banderas que le estaban destinadas, dió un decreto mandando levantar un monumento triunfal á Napoleon el Grande. Conforme al deseo que sobre lo mismo manifestó el Tribunado habia de ser el monumento dispuesto una columna con la estatua de Napoleon en su cima. Declaróse el dia de su cumpleaños fiesta nacional, y resolvióse tambien que en una de las plazas de la capital se labrase un grande edificio donde habia de estar depositada, entre una coleccion de obras de escultura y pintura dedicadas á conmemorar la gloria de los ejércitos franceses la espada que llevaba ceñida en la batalla de Austerlitz su emperador victorioso.

Las banderas destinadas á la catedral de Nuestra Señora fueron entregadas al clero de la iglesia metropolitana por la autoridad municipal de Paris. «Esas banderas, dijo el venerable arzobispo de la diócesis, pendientes

Manda  
el  
Senado  
erigir  
un  
monu-  
mento  
triumfal  
á la  
gloria  
de  
Napoleon  
y del  
ejército  
francés.



Ener. 1806. de la bóveda de nuestra basilica, servirán á nuestros nietos mas apartados de testimonio de los esfuerzos de Europa toda armada en nuestro daño, de los ínclitos hechos de nuestros soldados, del patrocinio dispensado á la Francia, de las prodigiosas victorias de nuestro invencible emperador, y de cómo ofrece á Dios en homenaje las señales de sus triunfos.»

En medio de satisfaccion tan universal y profunda hizo Napoleon su nueva entrada en París acompañado de la emperatriz su consorte. Deseosos los principales directores del Banco de que la venida del emperador fuese señal de la pública prosperidad, habian aguardado al dia vispera de su llegada para volver á pagar los billetes en dinero. Desde que habian sido sabidos los últimos sucesos de la guerra, la confianza que iba reviviendo habia traído á las cajas abundante cantidad de numerario. Ya no quedaba rastro de las transitorias congojas y dudas del mes de diciembre.

En Napoleon la alegría de sus triunfos nunca servia de que parase en el trabajo; siendo su alma infatigable capaz de trabajar y de gozar su felicidad á un tiempo mismo. Habia llegado el 26 de enero por la tarde y ya el 27 por la mañana estaba dedicado á las atenciones del gobierno. El archicanciller Cambaceres fué el primer personaje del Imperio con quien habló largo en aquel mismo dia. Despues de dar algunos instantes al gusto de recibir parabienes de su parte, y de notar confundida su prudencia con los prodigios de la última guerra, le habló de los apuros de la Hacienda venidos á terminarse con tanta prontitud y tan feliz fortuna. Tenia él, con razon, grande confianza en la exactitud y equidad de los informes que le daba el archicanciller Cambaceres, y

Llegado  
Napoleon  
á  
París,  
sin  
demora  
toma á su  
cargo  
la  
direccion  
de los  
negocios.

Dedica  
Napoleon  
sus  
primeras  
atencio-  
nes  
á la  
hacienda  
pública.

queria oírle antes que á otra persona cualquiera. Estaba enojadísimo con M. de Marbois, cuya gravedad siempre le habia impuesto respeto, por lo cual le reputaba incapaz de ligereza en el manejo de los negocios. Distaba mucho de tener sospechas en punto á la probidad, grande sin duda, de este ministro; pero no podia perdonarle que hubiese entregado todos los recursos de la Tesorería á aventureros especuladores, y estaba resuelto á dar muestras de sumo rigor en aquel negocio. El archicanciller consiguió sosegarle y demostrarle que en vez de dar providencias rigurosas valia mas que entrase en tratos con los *Comerciantes reunidos*, y lograrse de ellos que entregasen todos sus valores para liquidar con el menor quebranto posible sus cuentas tan extrañas.

Napoleon convocó al momento un consejo en las Tullerías, y dispuso que le presentasen un informe circunstanciado sobre las operaciones de la compañía que le parecían todavía muy oscuras. Llamó allí á todos los ministros, y tambien á M. Mollien, director de la Caja de amortizacion, cuyo desempeño de su cargo aprobaba, y en quien suponía harto mas que en M. de Marbois la destreza necesaria para el manejo de cuantiosos fondos. Tambien mandó comparecer en las Tullerías á los señores Desprez, Vanlerberghe y Ouvrard, y al empleado á quien acusaban de haber engañado al ministro del Tesoro.

Amedrentáronse todos los concurrentes de ver al emperador, el cual no encubria su enojo. M. de Marbois emprendió la lectura de un largo informe que tenia extendido sobre la materia de que se trataba. Apenas habia leído una parte de su trabajo, cuando, interrumpiéndole Napoleon, le dijo:—Veo lo que hay en este

Enér. 1806.  
Celebrase  
en las  
Tullerías  
un  
consejo  
de  
Hacienda  
sobre  
el  
negocio  
de los  
*Comerciantes  
reunidos*.



Ener. 1806. *negocio.* La compañía de los *Comerciantes reunidos* ha querido ocurrir á los negocios de Francia y de España con los fondos de la Tesorería francesa y los del Banco. Y como España nada tenia que dar mas que promesas de pesos duros, con el dinero francés se ha satisfecho á las necesidades de ambos Estados. España me debia dar un subsidio, y soy yo quien ha pagado á ella uno. Ahora es fuerza que los señores Desprez, Vanlerberghe y Ouvrard me entreguen todo cuanto tienen, y que la España pague á mí y á ellos lo que nos debe, ó sino encerraré á esos señores en Vincennes y enviaré un ejército á Madrid.—

Severidad de Napoleon con M. de Marbois, al cual quita la direccion del Tesoro.

Napoleon se mostró con M. de Marbois frio y severo.—Estimo vuestro carácter, le dijo, pero os habeis dejado burlar por gente de la cual os habia yo dado por aviso que debiais guardaros. Les habeis entregado todos los valores de la tesorería, en cuyo empleo debiais haber invigilado con mas esmero. Con sentimiento me veo obligado á separaros de la direccion del Tesoro, porque, visto lo que ha sucedido, no es posible dejarla por mas tiempo en vuestras manos.—En seguida mandó comparecer ante sí á los sócios de la compañía, á quienes habia dado orden de venir á las Tullerías. Los señores Vanlerberghe y Desprez, aunque menos reprehensibles, estaban anegados en lágrimas. M. Ouvrard, que habia comprometido á la compañía con sus especulaciones aventuradas, estaba del todo sereno, y aun se esforzó á persuadir á Napoleon que debia permitirle á él mismo liquidar sus complicadissimas cuentas de las operaciones en que habia metido á sus sócios, prometiendo ademas traer crecidissimas sumas de dinero de Méjico por las vías de Inglaterra y de Holanda, sumas con mucho

superiores á las que la Francia habia adelantado. Ener. 1806.

Es probable, en efecto, que habria él hecho esta liquidacion mejor que otra persona alguna, pero estaba Napoleon demasiado enojado, y por otra parte tenia mucha priesa en cuanto á libertarse de los especuladores para fiarse en tales promesas. Puso, pues, á M. Ouvrard y á sus sócios en la dura alternativa de sujetarse á un proceso criminal, ó de entregarle inmediatamente todo cuanto poseian en víveres, libranzas ú otro papel negociable, bienes raices, y prendas sobre España. Todos ellos se resignaron á tan cruel sacrificio.

Para ellos la liquidacion habia de ser una ruina, pero á tanto se habian expuesto con haber abusado de los recursos de la Tesorería. El mas digno de lástima era M. Vanlerberghe, el cual, sin meterse en las especulaciones de sus sócios, se habia ceñido á hacer activa y honradamente en toda Europa el comercio de granos para el servicio de los ejércitos franceses (1).

Despedido el consejo, detuvo Napoleon á M. Mollien, y sin esperar de su parte ni observacion ni consentimiento, le dijo:—Hoy prestareis juramento en calidad de ministro del Tesoro.—Intimidado M. Mollien, aunque no sin quedar lisonjeado por tal muestra de confianza, titubeaba sobre la respuesta que daria.—¿Será por acaso que no tengais ganas de ser ministro? añadió Napoleon; y en aquel mismo dia le exigió el juramento.

(1) Esta relacion va sacada de las mejores y mas auténticas fuentes: primero de las memorias del príncipe Cambaceres; despues de las del señor conde Mollien, aún no dadas á luz; obra de mucho entretenimiento y enseñanza; y por último, del archivo de Tesorería. Todos los documentos de esta causa han estado en manos del autor de la presente historia, el cual los ha leído con atencion prolija, particularmente un informe largo y muy curioso que extendió el ministro del Tesoro para el emperador. Aquí nada va dicho que no esté fundado en pruebas de oficio é incontestables.

Exige  
Napoleon  
de los  
señores  
Desprez,  
Vanler-  
berghe  
y  
Ouvrard,  
que le  
entre-  
guen  
todo  
cuanto  
tienen,

Da  
Napoleon  
á M.  
Mollien  
el  
minis-  
terio  
del  
Tesoro.



Ene. 1806.

Era forzoso salir de los apuros de todas clases causados por la compañía de los *Comerciantes reunidos*. M. de Marbois habia ya sacado de manos de la misma compañía el servicio del Tesoro y puéstole por algunos dias á cargo de M. Desprez, el cual desde entonces habia continuado haciéndole por cuenta del Estado. Por fin, acababa de confiar el mismo servicio á los receptores generales con condiciones moderadas, pero por muy corto plazo. Hasta entonces nada habia determinado en punto á qué partido definitivo seria bueno tomar en aquel negocio, estando solo resuelto no encargar mas á meros especuladores, por juiciosos y honrados que fuesen, de servicio tan considerable é importante cuanto lo era la negociacion general de los valores de la Tesorería.

El servicio de que se trata, segun queda dicho, consistia en negociar las *obligaciones de los receptores generales*, los *bonos á la vista* y las *cortas de leña*, valores que todos eran á plazo, y á doce, quince, y diez y ocho meses vistos. Hasta la formacion de la compañía de los *Comerciantes reunidos*, las operaciones sobre estos valores se reducian á descuentos de ellos, parciales y determinados, por cantidades de 20 ó 30 millones á un tiempo. En cambio de las mismas libranzas se recibian inmediatamente los fondos procedentes del descuento. Poco á poco, y segun iba creciendo la necesidad, que pronto suple la falta de confianza, habia sido sucesivamente abandonado este servicio por entero á una sola compañía, quedando en cierto modo á discrecion de esta el ministerio del Tesoro, y llevándose este impulso á punto de poner á disposicion de la misma los fondos de los que tenian que dar cuentas al Estado. Si se hubiese reducido el negocio á dar á la compañía cantidades deter-

minadas de papel por sumas equivalentes de numerario, Ener. 1806.  
dejando á ésta percibir en la hora de su vencimiento el valor de los libramientos al contado, no se habria verificado la confusion entre los negocios del Estado y los de ella misma. Pero se habia abandonado á los *Comerciantes reunidos* hasta cuatrocientos setenta millones de *obligaciones de receptores generales, de bonos á la vista y de libramientos de aduanas* que ellos habian logrado que les descontasen así el Banco como banqueros particulares, franceses y extranjeros. Al mismo tiempo, para mayor comodidad, habian quedado autorizados á tomar en derecho en las cajas de los receptores generales todos los fondos que en ellas entraban, salvo lo que dispusiese un reglamento ulterior; de suerte que el Banco, como se ha visto poco há, cuando acudió á presentarse con el papel que habia descontado y vencido, no habia encontrado en caja mas que recibos de M. Desprez, que atestiguaban que él mismo habia ya cobrado. Ni se habia reducido el negocio á tan extrañas facilidades. Cuando M. Desprez, obrando en nombre de los *Comerciantes reunidos*, descontaba los libramientos de tesorería, daba su valor, no en plata, sino en un papel que le habian permitido introducir, y conocido con el nombre de *bonos de M. Desprez*. De modo que la compañía habia tenido facultad de llenar de estos bonos las cajas del Estado y las del Banco, usando un papel de circulacion con ayuda del cual habia hecho frente por algun tiempo á sus especulaciones, así con Francia como con España.

El verdadero yerro de M. de Marbois habia sido prestarse á esta confusion de negocios, por la cual habia llegado á ser imposible distinguir el haber del Estado del de la compañía. Agréguese á esta complacencia, ya





Ener. 1806. casi un abuso, la infidelidad de un empleado, dueño él solo de los secretos del ministerio, y que habia engañado á M. de Marbois ponderándole la necesidad que se tenia de los *Comerciantes reunidos*, y quedará explicada la increíble operacion de hacienda de que se sigue hablando. El empleado infiel habia sido cohechado en un millon que Napoleon le hizo devolver y echar en el fondo comun de los valores entregados por la compañía. Era tal y tanto el terror que Napoleon infundia, que todos se daban prisa á confesarlo y restituirlo todo.

Pero si, ha de hacerse justicia á cada cual, fuerza es decir que al emperador mismo cabia una parte de las culpas cometidas en esta circunstancia, por haberse él obstinado en dejar á M. de Marbois agobiado bajo el peso de cargas enormes, y por haber diferido sobrado tiempo la creacion de recursos extraordinarios. En efecto, habia sido forzoso que M. de Marbois proveyese á cubrir el primer atraso procedente de los presupuestos anteriores y de la insolvencia de la España, la cual, no pagando su subsidio, era causa de un nuevo déficit de cincuenta millones de francos (sobre 190.000.000 de rs.) Bajo el peso de estas diversas cargas, un ministro íntegro, pero muy poco hábil, habia venido á ser esclavo de hombres aventurados, los cuales le hacian algunos servicios, y aun podrian haberlos hecho muy grandes, si hubiesen formado sus cálculos con cabal exactitud; porque, efectivamente, estribaban sus especulaciones en un fundamento real y verdadero, que era el de existir de cierto los pesos duros americanos en las cajas de los vireyes y capitanes generales de la España ultramarina. Pero estos caudales no podian venir á Europa con la facilidad que se figuraba M. Ouvrard, y esto habia cau-

sado los apuros del tesoro y la ruina de la compañía. Ener. 1806.

Lo que prueba la confusion á que se habia ido á parar es que hubo grande dificultad para señalar la cuota del débito de la compañía al tesoro. Suponíase primero que era de setenta y tres millones de francos, y, hecho nuevo exámen, se creyó que ascendia á ochenta y cuatro millones, hasta que al cabo, queriendo M. Mollien al entrar al desempeño de su cargo que constase con todo rigor la situacion de la hacienda, descubrió que la compañía habia llegado á apoderarse de la suma de ciento cuarenta y un millones, de la cual era deudora al Estado.

Véase de qué partidas se componia tan enorme suma. Los *Comerciantes reunidos* habian percibido directamente en las cajas de los receptores generales hasta cincuenta y cinco millones á un tiempo, y de resultados de diversas restituciones, habia quedado reducida á veinte y tres millones su deuda á estos dependientes responsables del gobierno en el dia de la catástrofe. Habia en caja setenta y tres millones de *bonos de M. Desprez*, especie de moneda que daba este mismo particular en lugar de plata, y la cual corria mientras se habia mantenido su crédito sostenido por el Banco, pero ya habia llegado á ser un papel sin valor alguno. La compañía debia ademas catorce millones por libramientos del cajero central. (En otra parte de esta historia va hablado de este papel discurrido para facilitar el movimiento de fondos entre París y las provincias.) Estos catorce millones tomados del ministerio del Tesoro no habian sido pagados ni en bonos de M. Desprez ni en otros valores. El mismo M. Desprez personalmente durante los pocos dias que habia prestado su servicio particular era deudor

Váse  
ava-  
luando  
nueva-  
mente  
el débito  
de la  
compañía  
del  
Tesoro,  
y  
resulta  
ser  
primero  
de  
setenta  
y tres,  
luego  
de  
ochenta  
y cuatro,  
y al fin  
de  
ciento  
y  
cuarenta  
y un  
millones.



Ener. 1806. de 17 millones. Por fin, entre el papel negociable dado por la compañía á la tesorería para diversos pagos que habian de hacerse á alguna distancia, habia trece ó catorce millones de papel de muy mala especie. Estas cinco cantidades diferentes de veinte y tres millones tomados directamente á los receptores generales, de setenta y tres en *bonos de Desprez* que nada valian, de catorce en libramientos del cajero central, por lo cual no se habia dado el debido equivalente, de diez y siete millones de un débito personal de M. Desprez, y de catorce millones de letras de cambio protestadas, sumadas componian los ciento cuarenta y un millones del débito total de la compañía.

Haber  
de la  
compañía  
de los  
Comer-  
ciantes  
reuni-  
dos,  
Y  
medios  
que tenía  
de  
asegurar  
al Estado  
el  
reem-  
bolso  
de su  
deuda.

Sin embargo, el Estado no habia de perder una suma tan cuantiosa; porque, segun acaba de decirse, las operaciones de la compañía estaban fundadas en algo real y verdadero que era el comercio de pesos duros, habiendo faltado solo la exactitud cabal á sus cálculos. Habia hecho suministros á los ejércitos franceses y á las escuadras por una suma de cuarenta millones. La casa de Hope habia comprado el valor de diez millones en los citados famosos pesos duros americanos, y en aquel momento estaba haciendo remesas de su importe á París. Tenia ademas en su poder la compañía fincas, lanas de España, granos, y algunos buenos créditos; todo lo cual ascendia como á unos treinta millones. Estos diversos valores componian, pues, un haber de ochenta millones, faltando solo sesenta para saldar la deuda. El equivalente de esta suma existia real y verdaderamente en las papeleras de la compañía en créditos contra España.

Napoleon, despues de haber obligado á los *Comer-  
ciantes reunidos* á que le entregasen todo euanto tenían,

exigió que la tesorería francesa se pusiese respecto á España en el lugar que habia ocupado la compañía. Dió encargo á M. Mollien de tratar con un agente particular del Príncipe de la Paz, llamado D. Eugenio Izquierdo, el cual estaba en París habia ya algun tiempo, y hacia las veces de embajador harto mas que los señores de Azara y Gravina, que solo en el título desempeñaban la embajada. La corte de Madrid no podia negar cosa que le pidiese el vencedor de Austerlitz, y, por otra parte, era real y verdaderamente deudora á la compañía y por consiguiente á la misma Francia. Enablóse pues con ella una negociacion para asegurar el reembolso de los sesenta millones de francos, que no solo representaba el subsidio por ella prometido y no del todo pagado, sino tambien los suministros hechos á sus ejércitos y escuadras, y los granos enviados á su poblacion toda.

Debía pues la tesorería francesa ser reembolsada por entero, gracias á los cuarenta millones de suministros anteriores, á los diez que iban á llegar de Holanda, á las existencias de provisiones en los almacenes, á las fincas embargadas y á los empeños que iba á contraer la España, que la casa de Hope ofrecia anticipar en parte. Quedaba sin embargo por llenar un hueco doble procedente de los atrasos antiguos de los presupuestos, cuyo valor se ha estimado en ochenta ó noventa millones, y de los recursos consumidos por la compañía para su propio uso. Pero todo habia llegado á ser fácil por las victorias de Napoleon y por la paz que de ellas habia venido. Los que tenian caudales á mano y los habian adelantado á la compañía llevándole medio por ciento al mes (ó dígase diez y ocho al año) para descontar los valores de tesorería, se brindaban á tomarlos á tres cuar-

Ener. 1806.

Restable-  
cido  
el crédito  
por  
Napo-  
leon,  
facilita  
todas las  
operacio-  
nes  
de  
Hacienda.

Agrégase  
al  
crédito  
el  
recurso  
material  
de las  
contribu-  
ciones  
de  
guerra.



Ener. 1806. tos por ciento, y pronto iban á disputárselos á medio por ciento, esto es, á seis por ciento al año. El Banco, que habia recogido parte de los billetes que tenia en circulacion no bien hubo concluido con M. Desprez, y el cual, por otra parte, veia entrar en abundancia en su caja los metales mandados comprar en toda Europa en las horas del grande apuro, estaba en situacion de descontar cuanto se le pidiese á un rédito moderado, aunque para él bastante ventajoso. No obstante haberse enajenado de antemano para uso de la compañía cierta cantidad de papel negociable de tesorería correspondiente á 1806, la mayor parte del de este año estaba intacta, é iba á ser descontada con muy buenas condiciones. Pero la victoria no solo habia proporcionado crédito en materia de interés á Napoleon, sino que le habia dado asimismo riquezas efectivas, porque habia impuesto al Austria una contribucion de cuarenta millones, agregando á los cuales treinta que habia percibido directamente de las cajas del mismo gobierno, podian ser avaluados en setenta los provechos en dinero que la guerra le habia dejado. Veinte millones de esta suma habian sido gastados para mantenimiento del ejército en los lugares en que estaba, pero descargando de este peso á la tesorería, con la cual se proponia Napoleon hacer un arreglo, cuya índole y disposiciones serán aquí explicadas muy en breve. Quedaban aún cincuenta millones, que iban llegando, parte de ellos en oro y plata en los carros de la artillería, y otra parte en buenas letras de cambio sobre Francfort, Leipzig, Hamburgo y Bremen. La guarnicion de Hameln, que habia de volver á Francia por haber sido cedido el Estado de Hannover á Prusia, tenia en cargo de traerse consigo todos los efectos y pertrechos

ingleses cogidos en aquel Electorado, y el producto de las letras de cambio vencidas y cobradas en Hamburgo y Bremen. A la ciudad de Francfort habian echado los franceses una contribucion de cuatro millones de francos que supliese por el contingente que debia haber dado á ejemplo de Baden, Wurtemberg y Baviera. Ibase pues á percibir, ademas de otros valores considerables, crecidas cantidades de metales preciosos, de modo que, en punto á numerario como en lo demas, venia á suceder la abundancia á una escasez momentánea nacida de los sinceros temores de los comerciantes y del afectado susto de los agiotistas.

Napoleon, en cuya mente superior predominaba la habilidad de ponerlo todo en orden, nunca queria dejar á las cosas la índole de interinas ó casuales, y tiraba de continuo á hacer de todo instituciones duraderas, por lo cual habia resuelto crear un establecimiento digno y útil fundado en los legítimos provechos sacados de sus victorias. Habia, pues, resuelto hacer con las contribuciones de guerra un tesoro del ejército, al cual no habia de tocar por motivo alguno del mundo, ni aun siquiera para su uso propio, porque el presupuesto de su casa imperial, manejado con orden admirable, alcanzaba á cubrir todos los gastos de una corte magnífica, y hasta á formar un tesoro particular del soberano (1). De este tesoro del ejército se proponia sacar dotaciones para sus generales, oficiales y soldados, y aun para las viudas é hijos de los de todas las clases de su ejército, no queriendo disfrutar él solo del fruto de sus victorias, sino

---

(1) Mal principio de economías, que no debia dejar de censurar el historiador.



Ener. 1806. que todos cuantos servian á la Francia y cooperaban al logro de los grandes intentos de su emperador adquiriesen, no solo gloria, sino asimismo conveniencias, de suerte que, habiendo llegado á fuerza de heroismo á no tener cuidado alguno de su propia vida en las lides, tampoco le tuviesen en punto á la suerte de sus familias. Encontrando pues en la fecundidad inagotable de su ingenio el arte de multiplicar la utilidad de las cosas, habia discurrido una combinacion por la cual el tesoro del ejército venia á ser provechoso cuanto á éste mismo á la hacienda pública. Lo que particularmente habia hecho falta al gobierno francés hasta entonces era un prestamista que le adelantase dinero con razonables condiciones. El prestamista deseado habia de ser el tesoro del ejército, cuyas relaciones con el Estado iba á arreglar el emperador por sí mismo. El ejército estaba próximo á cobrar cincuenta millones en oro y plata, y ademas veinte que le debia el presupuesto de atrasos de sueldos, á que se agregaba el crecido valor de los pertrechos de guerra que con sus esfuerzos habia ganado. Los carros de la artillería traian de Viena cien mil fusiles y dos mil cañones y obuses. El conjunto del producto de las contribuciones y del valor de los efectos militares era una suma de cerca de ochenta millones de francos, que fueron declarados propiedad del ejército, de la cual podia éste hacer préstamos al Estado. Mandó Napoleon que todo cuanto era disponible en esta suma fuese entregado á la Caja de amortizacion, la cual habia de abrir una cuenta separada y de emplear la cantidad de que se trata, ó ya en descontar *obligaciones de receptores generales, bonos á la vista y libramientos de aduanas*, cuando los que tenian dinero á mano exigiesen mas de seis por

Destínase  
el  
tesoro  
del  
ejército  
á  
propor-  
cionar  
dotacio-  
nes  
á los  
militares,  
y  
caudales  
á la  
tesorería  
general  
a un  
rédito  
mode-  
rado.

ciento por adelantarle, ó ya en comprar bienes nacionales cuando viniesen á ínfimo precio, ó ya, por fin, en tomar rentas públicas si le acomodaba hacer un empréstito para cubrir con él los atrasos.

Esta combinacion traia, pues, consigo doble ventaja, porque proporcionaba al ejército un interés ventajoso á su capital, y al gobierno los caudales que hubiese menester sin tomarlos á rédito usurario.

Napoleon dió tambien varias providencias importantes usando de los fondos que á su disposicion tenia. Consistia la una en juntar sobre unos doce millones en numerario en Estrasburgo, por si fuese necesario emprender nueva campaña, pues si bien el Austria habia firmado la paz, la Rusia ni siquiera habia empezado á negociarla; la Prusia no habia enviado todavía la ratificacion del tratado de Schoenbrunn; y la Inglaterra no aslojaba en la actividad de sus maquinaciones diplomáticas. Ordenó ademas á la Caja de amortizacion que- darse con algunos millones de fondo de reserva, dejando ignorado cuántos eran, para darles salida y empleo de repente siempre que los especuladores quisiesen sacar ganancias enormes. Pensaba que la tesorería debia tomar á su cargo esta especie de gastos como la toman los gobiernos, teniendo depósitos de granos para remedio en las épocas de grande escasez, y que los réditos que se perdiesen atesorando de este modo vendrian á ser un sacrificio útil, y por ningun título digno de ser sentido. Por último, como la moneda extranjera que iba entrando en Francia necesitaba ser fundida de nuevo para convertirse en francesa, la repartió entre las varias casas de moneda de su Imperio á proporcion de la escasez de numerario que en cada lugar habia.

Disposi-  
ciones  
dadas  
por  
Napoleon  
usando  
de los  
fondos  
que  
tiene  
en su  
poder.



Enero. 1806.

Terminadas estas primeras disposiciones, nacidas de las necesidades de aquel momento, dispuso Napoleon que sin demora se tratase de variar la planta y el arreglo de la tesorería, y de dar nuevo reglamento al Banco de Francia, encargando de ambas cosas á M. Mollien, ya ministro del tesoro. M. Gaudin que conservaba el despacho de Hacienda, pues debe tenerse presente que en aquella época eran dos ministerios distintos el de Hacienda y el del Tesoro, recibió orden de presentar un plan general para liquidacion de los atrasos, y para dejar definitivamente igualados los gastos y los ingresos, haciendo dos suposiciones, una para tiempo de paz y otra para el de guerra, aun cuando para ello fuese necesario recurrir á imponer nuevas contribuciones.

Ordenes  
dadas  
para la  
vuelta  
del  
ejército  
á  
Francia.

Habiendo así atendido Napoleon á la hacienda pública, convirtió su atencion á la vuelta del ejército á Francia, disponiendo que viniese pausadamente sin andar mas que cuatro leguas al dia. Habia mandado que los enfermos y heridos se detuviesen hasta la primavera en los lugares donde hubiesen recibido la primera asistencia, y que quedasen á su lado oficiales con encargo de cuidar de su cura, sacando para este objeto de las cajas del ejército las cantidades de que necesitasen. Habia dejado á Berthier en Munich comisionado para atender á todos estos particulares y ejercer cierta superintendencia en los cambios de territorio entre los príncipes de Alemania, obra en todos tiempos de dificultad suma. Para este último objeto habia de obrar Berthier de concierto con M. Otto, representante de Francia en la corte de Baviera.

Dáse  
orden  
á Massena

Napoleon pensó en seguida en invadir el reino de Nápoles. Massena, con 40,000 hombres sacados de

Lombardía, recibió orden de ir sobre aquel reino atra-  
 vesando á Toscana y la region mas al mediodia del Es-  
 tado romano, sin dar oidos á proposicion alguna de paz  
 ó treguas. Dudoso Napoleon en punto á si José, su her-  
 mano, que ya no habia admitido el vireinato de Italia,  
 aceptaria la corona de las Dos Sicilias, le envió con  
 Massena, pero solo dándole el título de lugarteniente  
 general del emperador, y sin el mando del ejército pri-  
 vativamente encomendado al mariscal, porque el empe-  
 rador francés, si bien solia sacrificar á las pretensiones  
 y al interés de su familia el de la politica, no sacrificaba  
 á sus parientes con igual facilidad la suerte de las operacio-  
 nes militares. Pero el mismo José, no bien le hubiese dado  
 Massena entrada en Nápoles, tenia orden de apoderarse  
 del gobierno civil de aquel reino, y de empezar á ejer-  
 cer en él en toda su latitud la potestad régia.

El general Molitor recibió al mismo tiempo orden  
 de pasar á Dalmacia, siguiéndole con sus fuerzas el ge-  
 neral Marmont y dándole apoyo. A este último se dió  
 por encargo recibir de manos de los austriacos á Vene-  
 cia y el Estado veneciano. El príncipe Eugenio tambien  
 tenia mandamiento de trasladarse á Venecia para go-  
 bernar allí las provincias recién conquistadas, sin agre-  
 garlas todavía al reino de Italia, en el cual sin embargo  
 habian de ser incorporadas dentro de algun tiempo.  
 Antes de resolver definitivamente esta incorporacion, se  
 proponia Napoleon concluir con los representantes del  
 reino de Italia varios arreglos á los cuales habria servido  
 de estorbo la agregacion inmediata de las nuevas con-  
 quistas.

Por último, queriendo Napoleon exaltar los ánimos  
 de sus soldados y comunicar esta exaltacion á Francia

de  
 ir sobre  
 Nápoles  
 con  
 cuarenta  
 mil  
 hombres.

Dispó-  
 nese  
 llevar  
 á efecto  
 la  
 ocupa-  
 cion  
 de los  
 Estados  
 venecia-  
 nos  
 y de  
 Dalma-  
 cia.



Ener. 1806. toda, dispuso que el ejército grande viniese junto á París á ser allí objeto de un magnífico festejo que harían las autoridades de la capital para obsequiarle. No cabía en lo posible mejor modo de figurar la idea de la nación festejando al ejército, que el de encargar á los ciudadanos de París dar una fiesta á los valientes soldados de Austerlitz.

Sigue  
la  
relacion  
de los  
negocios  
diplomá-  
ticos.

Mientras así atendía Napoleon al gobierno de su dilatado Imperio, poniendo los cuidados de la paz en seguida de los de la guerra, no quitaba la vista de las resultas de los tratados de Presburgo y de Schoenbrunn. La Prusia particularmente tenia que ratificar un tratado para ella muy imprevisto, pues el conde de Haugwitz, ido á Viena á dictar condiciones, se habia, por el contrario, sujetado á las que le fueron propuestas, y, en vez de violentar á Napoleon, habia vuelto con un tratado de alianza ofensiva y defensiva hecho con él, si bien en verdad compensado este revés con una riquísima dádiva, cual era la del Estado de Hannover.

De qué  
modo es  
recibido  
en  
Berlin  
el  
tratado  
de  
Schoen-  
brunn.

Difícil es figurarse cuál fué el asombro de toda Europa, y cuán diversos afectos de contento y de pesar, de codicia satisfecha y de confusion, experimentó la Prusia al saberse el tratado de Schoenbrunn. Ya se habia dejado columbrar al público de Berlin que unas veces la Francia y otras la Rusia ofrecian á su rey el electorado de Hannover, el cual, sobre ser muy ventajoso para la Prusia, porque le redondeaba su territorio muy mal conformado, le era provechoso porque le aseguraba la dominacion de los rios Elba y Weser, y asimismo un influjo preponderante en las ciudades anseáticas de Bremen y Hamburgo. La misma oferta tantas veces anunciada habia llegado á ser una adquisicion realizada y una certidumbre, lo cual

era grande motivo de satisfaccion para un pais señalado por ser de los mas ambiciosos de toda Europa. Pero, en compensacion de tan rica dádiva, la conducta de la córte de Prusia iba á ser para ella un acto que redundaria en su confusion, y, diciéndolo claro, en su vergüenza, pues, habiendo cedido contra su gusto á las instancias de la liga, habia contraido el empeño de ser de ella parte, si en el término de un mes no aceptaba Napoleon la mediacion prusiana y se sujetaba á las condiciones de paz que pretendian dictarle; empeño equivalente al de declararle la guerra; y de súbito, hallando en Moravia á Napoleon, no ya en ahogos, sino vencedor y omnipotente, se habia pasado á su lado, aceptado su alianza, y recibido de su mano el mejor despojo de todos los de la liga; el Estado de Hannover, patrimonio antiguo de los reyes de Inglaterra.

Fuerza es decir que la idea del honor seria cosa acabada en el mundo si acciones tales no llevasen por castigo una reprobacion bien visible, y estrepitosamente expresada. Así es que la nacion prusiana, para hacerle la justicia que se le debe, sintió cuán vituperable era semejante conducta, y, no obstante lo rico de la dádiva que le traia el conde de Haugwitz, la recibió llena el alma de pena y pintada la humillacion en el semblante. Sin embargo, habria pasado y borrádose la vergüenza de la mente de los prusianos, no dejando lugar á otro pensamiento que el placer de gozar de su nueva adquisicion, si no hubiesen venido otros afectos á mezclarse con los remordimientos, y á emponzoñar la satisfaccion que debian haber experimentado. Aunque miraban los prusianos á los austriacos con vivos y profundos celos, al verlos de tal modo derrotados sentian que ellos tambien

La nacion prusiana, no obstante verse satisfecha en su ambicion, se muestra corrida de la conducta de su gobierno.



Ener. 1806. eran alemanes, y como éstos todos no miran con menos celos á los franceses que los rusos ó los ingleses, contemplaban con pena los triunfos extraordinarios de la Francia. Comenzaba, pues, á despertárseles el patriotismo en favor de los austriacos, y, juntándose este afecto con los remordimientos, infundia en la nacion prusiana profundo disgusto. De todas las clases del pueblo el ejército era la que manifestaba estas disposiciones mas á las claras. El ejército en Prusia no es como en Austria impasible, sino que, al revés, retrata las pasiones de la nacion con extremada viveza y fidelidad, representándola harto mas que suelen representarla los de otros Estados de Europa, salvo el francés; y en aquella hora representaba á una nacion cuya opinion se habia separado ya mucho de la de su soberano. El ejército prusiano, que experimentaba en alto grado los afectos del patriotismo aleman, y que por algunos momentos se habia prometido que iba á serle abierta la carrera de las lides, y la veia de súbito cerrada por un acto difícil de justificar, vituperaba á su gobierno sin el menor miramiento. La aristocracia alemana, viendo arruinado el Imperio germánico por la paz de Presburgo, y sacrificada la causa de la nobleza inmediata á los soberanos de Baviera, Wurtemberg y Baden; y teniendo por otra parte por suyos todos los grados superiores de la milicia, contribuia mucho á excitar el descontento en el ejército, y venia á expresar el que reinaba á Berlin y á Potsdam ponderándole en gran manera. Manifestábanse principalmente estas pasiones al lado de la reina, cuya corte particular habian convertido en un lugar de oposicion estrepitosa. El príncipe Luis, que era quien dominaba á aquella pandilla, daba mas que antes suelta á declamaciones caballerescas. No

está conseguido todo cuanto es de apetecer para la alianza Ener. 1806.

de dos Estados cuando el interés del uno está de acuerdo con el del otro, siendo necesario que lo esté igualmente el amor propio de ambos; cosa de muy difícil logro. Los prusianos eran entonces el único pueblo de Europa cuya política era posible avenir con la de Francia; pero el gobierno francés necesitaba guardar muchas contemplaciones al orgullo excesivo de aquellos herederos de Federico el Grande, y, por desgracia, la conducta de su gobierno, débil, equívoca, y á veces hasta pérfida, no le hacia acreedor á la consideracion que exigia la vidriosa delicadeza de la nacion á cuya cabeza estaba.

Napoleon, al cabo de seis años de relaciones con la Prusia que ningun buen fruto habian producido, se habia acostumbrado á no tener con ella contemplacion alguna. Acababa de probarlo con haber atravesado una de sus provincias, si bien autorizado á hacerlo por ejemplos anteriores, sin darle siquiera aviso de su intento. Acababa de probarlo mas todavía con darse por muy poco ofendido de sus agravios, á punto tal, que, despues de saber el convenio de Potsdam, en vez de mostrarle su indignacion, para lo cual tenia harto motivo, le daba á Hannover, tratándola como buena solamente para comprada. Tal proceder era mirado por los prusianos como afrentoso, y con justicia.

Es propio de la conciencia humana sentir las reconociones merecidas, principalmente si quien debe hacerlas las calla. Por esto creian en Prusia que Napoleon habia dicho de ella todo aquello que por la conducta de su gobierno estaba expuesta á que se dijese. Afirmaban en Berlin que, hablando el emperador francés con los negociadores austriacos, cuando éstos se ostentaban se-



Ener. 1806. gueros de que les daba fuerza el apoyo de la Prusia, les habia respondido: —La Prusia! está á merced de quien mas le dé, y ese seré yo, y la pondré de mi parte.— Quizá habia pensado esto, y aun se lo habia dicho á M. de Talleyrand, pero, segun él mismo afirmaba, no á los austriacos. Fuese lo que fuese, en Berlin citaban el dicho como cierto. El yerro principal de la Prusia en todo ello era no haber merecido las consideraciones que pretendia que se le guardasen, y la falta de Napoleon era no tenérselas, no obstante no haberlas ella merecido. Sucede con los aliados lo que con los amigos, que es no ser posible tenerlos sin contemplarlos en su orgullo así como en su interés, y sin sujetarse, al ver sus culpas, y aun al sentir las vivamente, á no cometer en lo relativo á ellos otras iguales.

Aunque volvía el conde de Haugwitz á su patria con las manos llenas, fué, pues, recibido con varios y encontrados afectos; por la corte con ira, por el rey con dolor, por el público con mezcla de contento y confusion, y por nadie con satisfaccion completa. Por lo que toca al mismo de Haugwitz, se presentaba delante de todos sus jueces sin el menor empacho. Traia de Schoenbrunn lo que él habia aconsejado invariablemente que se hiciese, esto es, el engrandecimiento de la Prusia fundado en una alianza con la Francia. Era su única culpa haberse doblegado por breves momentos á la fuerza de las circunstancias, lo cual le exponia al feo contraste de presentarse como firmante del tratado de Schoenbrunn, despues de haber firmado un mes antes el de Potsdam. Pero estas circunstancias eran consecuencia de la conducta del torpe sucesor, é ingrato discípulo de Haugwitz, el señor de Hardenberg, el cual las habia causado, en-

redando de tal manera los negocios de la Prusia en pocos meses de tiempo, que la habia puesto en situacion de no poder salir de apuros si no por medio de contradicciones chocantes. Por otro lado, si el conde de Haugwitz se habia dejado llevar por breves instantes por el torrente, se habia ido con él menos que otra persona alguna, y, al cabo, acababa de salvar á la Prusia de la ruina en que habia estado á pique de caer despeñada. Tampoco es de olvidar, que, si bien obraron todos en Potsdam seducidos por Alejandro, allí mismo se recomendó al de Haugwitz que no precipitase á la Prusia en la guerra hasta fines de diciembre, y que él, en el dia 2 del mismo, habia encontrado victorioso é irresistible á aquel á quien le habian enviado á dominar ó á declarar la guerra. Habíase, pues, visto el negociador en la alternativa de escoger entre lanzarse á una contienda funesta, ó contradecirse, recibiendo por ello una ruin paga, y en tal aprieto difícil era acertar con buena salida. Por otra parte, decia él, nada se habia comprometido, pues, fundándose en lo extraordinario, ó digase en lo imprevisto de la situacion en que se encontró, solo habia contraído con Napoleon empeños condicionales, sujetándolos mas expresamente que lo que es costumbre á la ratificacion de su gobierno. Estaban, pues, las cosas en su sér antiguo, y si habia todo el arrojio de que se blasonaba, y toda la vidriosa delicadeza en punto á honor, y el corto cuidado comparativo del interés de que se hacia gala, bien podia no ratificarse el tratado de Schoenbrunn. De esto mismo habia el negociador avisado á Napoleon, declarándole, que, pues trataba sin tener para ello las competentes instrucciones, lo hacia sin comprometerse formalmente. Fácil era, pues, todavía elegir entre Hannover y una

Lenguaje  
del conde  
de  
Haugwitz  
al llegar  
á  
Berlin,



Ener. 1806. guerra con Napoleon. Era por consiguiente la situacion la misma que en Schoenbrunn, solo que él habia ganado un mes de respiro, plazo cabalmente declarado necesario para tener el ejército prusiano en buen orden y estado de emprender la campaña.—

Así se expresaba el conde de Haugwitz, sacando de quicio las cosas solo en un punto, que era decir que se habia visto en la alternativa de aceptar á Hannover, ó declarar la guerra. Bien habria podido, sin embargo, reconciliar á la Prusia con Napoleon, sin que tomase la primera á Hannover. Verdad es que habria desconfiado el emperador francés de una reconciliacion á medias, y que la desconfianza y la guerra distaban entre sí muy poco.

Los enemigos del señor de Haugwitz le echaban algo mas en cara, pues decian que, si hubiese estado en Viena á menos distancia de los negociadores austriacos, haciendo con ellos causa comun, podria haber resistido mas á Napoleon, y no abandonar tan ostensiblemente la causa general de Europa abrazada en el tratado de Potsdam, ó hacer que, en caso de abandonarse, se hiciese puestos todos de acuerdo. Pero esto suponía una negociacion colectiva, á lo cual se prestaba tan poco Napoleon, que insistir en exigirla de él habria sido ir á parar á la guerra por otro camino. La guerra, pues, y nada mas, y de cualquier modo, y con un contrario tremendo y esa antes de vencer el plazo señalado para terminar en los dias últimos de diciembre, contra el bien conocido deseo del rey, y contra el interés claro y positivo de la Prusia, era, segun pretendia el conde de Haugwitz, lo que en Schoenbrunn se le habia puesto delante.

Para otros era, pues, el apuro de aquella situacion Ener. 1806. harto mayor que para él, que por otro lado era hombre de imperturbable firmeza y serenidad, de suma vanidad y agudeza, y en fin de dotes bastantes á servirle de sosten, puesto cara á cara con sus adversarios, aun habiendo tenido las culpas que no tenia.

Así el conde, sin desconcertarse por los clamores que al rededor de él resonaban, y sin insistir siquiera en que fuese aprobado el tratado, como podria haber hecho un negociador apegado á la obra que era su trabajo, no paraba de repetir que el gobierno estaba en plena libertad y que podia escoger; pero entendiendo que habia de ser ó Hannover ó la guerra. Cargaba tambien sobre hombros ajenos la responsabilidad de las contradicciones de la politica prusiana, y reclamaba para sí el lauro de haber puesto otra vez á su pais en el camino de que en ningun caso deberia haberse desviado. Dichoso habria sido este ministro si se hubiese mantenido firme en el punto en que se ponía, y si él mismo poco despues no hubiese echado á perder su propia causa y la general situacion con inconsecuencias que le trajeron su ruina, y estuvieron cerca de causar la de su patria.

Los exaltados, sinceros, ó que aparentaban serlo, de la corte de Berlin, decian que la dádiva de Hannover era un presente pérfido que valdria á la Prusia una guerra eterna con Inglaterra, y le acarrearía la ruina de su comercio, y que ademas era favor comprado dando por la nueva adquisicion hermosas provincias ya desde largos años agregadas á la monarquía, como eran las de Cleves, Anspach y Neufchatel; y pretendian que con ceder estos tres distritos, cuya poblacion era de 300,000 almas, para ganar un Estado que tenia 900,000, se habia hecho



Ener. 1806. un trato gravoso. Quien les hubiese dado oídos creeria que si se hubiese logrado á Hannover sin dar en cambio á Neufchatel, Anspach y Cleves, ó si con aquel Estado se hubiese adquirido algo mas y mejor, como, por ejemplo, una de las ciudades anseáticas, nada habria habido que afeár en el trato. Siendo la desercion tan bien pagada bien merecia hacerla; pero Hannover valia poco mas que nada cuando ya estaba adquirido. Y en cualquier caso (añadian) lo hecho era deshorrar á la Prusia, cubrirla de infamia á vista de toda Europa! y entregar la patria comun, Alemania, á los extranjeros! Mas especiosas eran estas últimas razones, á las cuales, sin embargo, se podia responder que harto peor se habia procedido al hacer la particion de Polonia, y casi tan mal al repartir pocos años antes las indemnizaciones germánicas, y, esto no obstante, contra tales cosas no se habia alzado un solo grito de escándalo.

Opinion  
de la  
gente  
juiciosa  
de  
Berlin.

Las gentes moderadas, que estaban mezcladas en crecido número con los hombres ricos de la clase alta del estado llano de Berlin, sin repetir semejantes declamaciones, temian que perdiese el comercio prusiano por las represalias que habria de tomar la Inglaterra; sentian el desconcepto de la Prusia; y veian con verdadera pena triunfar los ejércitos franceses de los alemanes; pero sobre todas las cosas miraban con terror una guerra con Francia.

Cómo  
pensaba  
el rey  
de  
Prusia  
en  
el caso  
en  
que se  
veia,

Este era el parecer del rey, el cual, teniendo pensamientos y afectos de buen aleman, amante de su patria y moderado, andaba titubeando entre encontradas consideraciones. Consumiase de pena pensando en la falta que habia cometido en Potsdam, de cuyas resultas habia venido á verse en la necesidad de ser inconsecuente

de un modo el mas deshonoroso, única objeccion que podia ponerse á admitir el bello regalo que Napoleon le hacia. Ademas, si bien era hombre de valor personal, temia á la guerra, mirándola como la mayor desdicha del mundo, porque en ella preveia la ruina del tesoro de Federico el Grande, locamente derrochado por su padre, repuesto por él con esmero, y ya un tanto menoscabado para proveer al recien hecho armamento; y preveia, sobretodo, con la sagacidad que suele ser compañera del miedo, la ruina de su monarquía.

Federico Guillermo suplicaba al conde de Haugwitz que le ilustrase con sus luces, y el conde le repetia sin cesar, no acertando á decirle otra cosa, que le era forzoso escoger entre Hannover y la guerra; que en su sentir una contienda con Napoleon traeria consigo un grandísimo desastre; que, dijesen las gentes cuanto quisiesen, no eran inferiores al ejército prusiano el austriaco y el ruso; y que en la campaña no saldria mejor librado aquel que éstos, y aun tal vez saldria peor, porque estaba menos aguerrido.

Juntóse un consejo al cual fueron llamados los principales personajes del reino, los señores de Haugwitz, de Hardenberg y de Schullembourg y los dos representantes mas ilustres del ejército, el mariscal de Mollendorf y el duque de Brunswick. Fué de mucho empeño el debate, aunque en él no se dió entrada á pasiones de cortesanos, y, haciendo fuerza el eterno argumento del de Haugwitz sobre que no era posible dejar de aceptar á Hannover á no declarar la guerra, vino á pasarse en tomar por partido un término medio, esto es, en lo peor posible. Resolvióse aceptar el tratado enmendándole en algo. Opúsose con calor á esta resolucion el

Consejo  
extraor-  
dinario  
á que  
asisten  
los  
principa-  
les  
perso-  
najes  
políticos  
y  
militares  
de  
Prusia.



Ener. 1806. conde de Haugwitz diciendo que él habia aprovechado bien las circunstancias en Schoenbrunn y conseguido de Napoleon lo que por segunda vez no seria fácil recabar; que el emperador francés veria en las enmiendas que se hiciesen un triunfo nuevo de la parcialidad contraria á la Francia; que vendria á parar en no hacer cuenta con la alianza de Prusia; que se portaria conforme á esta idea; y que, considerándose libertado de empeños por una ratificacion dada con reservas, pondria á la Prusia en nueva alternativa de la guerra ó de aceptar condiciones peores que las ya logradas.

Apruébase el tratado de Schoenbrunn, pero con enmiendas.

No se atendió á estas razones del conde. Insistióse en que con las enmiendas, buenas ó malas, quedaria en salvo el honor de la Prusia, pues probarian que no firmaba ella tratados dictándoselos Napoleon. Con razon de tan corto valor se alucinaron gentes que necesitaban engañarse á sí mismas, y quedó aprobado el tratado haciendo en él diversas alteraciones.

De qué naturaleza eran las enmiendas hechas al tratado en Berlin.

La primera que se hizo declaraba bien los pensamientos de los que las proponian, y cuál era la naturaleza de su apuro. Borróse del tratado la expresion que le calificaba de ser de alianza ofensiva y defensiva contraida con la Francia, lo cual se borró para poder presentarse con menos confusion delante de la Rusia. Añadiéronse ciertos comentarios que explicaban en cuáles casos se creeria el gobierno prusiano obligado á hacer causa comun con el francés. Pidióse que este último diese aclaraciones sobre los proyectos finales que tenia para el arreglo de las cosas de Italia, pues que estas habian de ser comprendidas en las de que estipulaba el tratado de Schoenbrunn que los dos gobiernos saldrian recíprocamente garantes; siendo nacido este empeño del deseo que habia de no

dar aprobacion formal á lo que iba á consumarse en Ener. 1806.  
Nápoles, esto es, á la caida del trono de los Borbones,  
clientes y protegidos de la Rusia.

Estas enmiendas significaban que, obligada la Prusia á hacer suya propia la política de la Francia, no queria entrar en ella con franqueza, y sobre todo no queria comprometerse abrazándola hasta el punto de no poder dar razon satisfactoria en abono de su conducta en las córtes de San Petersburgo y Viena. Era esta intencion demasiado visible para que no fuese interpretada en Paris de un modo nada favorable. A estas aclaraciones fueron agregadas otras todavía menos honrosas á quien las proponia. Bien es verdad que á estas no se dió entrada expresa en el nuevo tratado; pero se encargó al señor de Haugwitz que las propusiese de palabra. Habia deseo, aunque se ganase á Hannover, de no perder á Anspach, única cesion de alguna importancia entre las que Napoleon exigia, y provincia por otra parte que era el patrimonio de la casa de Brandenburgo en Franconia. Tambien se codiciaba la agregacion á Prusia de las ciudades anseáticas, conquista preciosa por ser ellas de tanta importancia comercial. Por estos medios, satisficiéndose hasta el colmo la ansiosa ambicion de la nacion prusiana, habia confianza de ahogar en ella la voz del honor y de desarmar la opinion del público excitada contra la Francia.

Hecho esto, llamó el gobierno prusiano á M. de Laforest, ministro plenipotenciario de Francia en Berlin, y en clase de tal encargado del cange de las ratificaciones. Conocia éste demasiado á su soberano para arrojarse á ratificar un tratado en que se habian hecho tales enmiendas. Lo primero que hizo fué negarse á la ratifi-

Va el  
conde  
de  
Haug-  
witz  
de  
nuevo  
enviado  
á lograr  
de  
Napoleon



Enero. 1806.

que  
apruebe  
las  
enmien-  
das  
hechas  
al tratado  
de  
Schoen-  
brunn.

cacion; pero, haciéndosele instancias vivísimas, y representándole el conde de Haugwitz con mucha fuerza cuán necesario era encadenar á aquella corte para salvarla de sus mudanzas continuas y libertarla de dar oídos á las sugerencias de los enemigos de la Francia, al cabo hubo de consentir en ratificar el tratado alterado *sub spe rati*; precaucion que se estila en la diplomacia cuando se intenta dejar en reserva la voluntad del soberano del firmante.

Era, pues, necesario volver á París para lograr que fuesen aprobadas las nuevas tergiversaciones de la corte de Prusia. Como al parecer el conde de Haugwitz tenia buena suerte con Napoleon, hubo de estimarse oportuno disputarle á Francia á conjurar la tormenta que se preveia. Resistióse el conde por algun tiempo á tomar á su cargo tal embajada; pero rogóle el rey que fuese con tanto empeño, que hubo de resignarse á pasar á París á arrostrar por segunda vez el enojo del negociador coronado y victorioso con quien ya habia tratado en Schoenbrunn. Partió, pues, cuidando de que fuesen delante de él palabras melifluas y obsequiosas en grado sumo para proporcionarse acogimiento menos duro que el que debia recelar como mas probable.

Al saber  
Napoleon  
lo  
que habia  
pasado  
en  
Berlín,  
desespera  
entera-  
mente  
de la  
alianza  
prusiana.

Al saber Napoleon estas nuevas miserias de la política prusiana, vió en ellas lo que era razon ver; nuevas debilidades con sus enemigos, ó nuevos esfuerzos para ponerse bien con ellos, dejándose proporcionada una ocasion de hacer todavía con la amistad francesa algunas ganancias. Sintió el emperador francés todavía menos consideracion que antes á política tan torcida, lo cual fué grave desdicha para Prusia y para Francia, porque desesperó enteramente desde aquella época de la alianza

con el gobierno prusiano. Agréguese á esto que , ha-  
 biéndole llegado la hora de la reflexion, estaba pesaroso  
 de lo que habia concedido en Schoenbrunn. En efecto,  
 la dádiva de Hannover habia sido hecha con sobrada  
 precipitacion , no porque no fuese bien pensado po-  
 nerle en manos de la Prusia , donde estaba mejor que  
 en otra cualquiera parte; pero disponer definitivamente  
 de él era hacer mas encarnizada la contienda con Ingla-  
 terra, añadiendo á lo inconciliable del interés de la una  
 con el de la otra potencia en los mares una imposibi-  
 lidad igual de conciliarlos en el continente, porque el  
 rey viejo Jorge III habria sacrificado las mas ricas colo-  
 nias de Inglaterra antes que su patrimonio en Alemania.  
 Sin duda, si se suponía que la Inglaterra habia de seguir  
 siendo implacable , sin poder ser traída á la amistad , á  
 no ser domada por la fuerza, razon habia para arrojarse  
 con ella á todo , y estaba muy bien empleado Hanno-  
 ver estándolo para cimentar una alianza poderosa y  
 sincera capaz de hacer imposible nuevas ligas contra  
 Francia en el continente. Pero ninguna de estas supo-  
 siciones parecia en aquel momento fundada. Sabíase  
 que era grande y general el desaliento en Inglaterra;  
 estar cercano á la muerte M. Pitt ; ser probable la su-  
 bida al ministerio de M. Fox, y que de ello naciese una  
 mudanza inmediata de sistema. Así al saber Napoleon  
 los últimos actos de la Prusia se sintió inclinado á re-  
 ponerlo todo en lo relativo á ella en su sér antiguo,  
 restituyéndole á Anspach , Cleves y Neufchatel, y qui-  
 tándole á Hannover para quedarse con él de reserva. En  
 el punto á que habian llegado las cosas, fuese por culpa  
 de los sucesos ó de los hombres, lo mejor que podia  
 hacerse efectivamente era volver ambos Estados á rela-

Enero. 1806.

Lo  
 primero  
 á  
 que está  
 dispuesto  
 Napo-  
 leon,  
 es á  
 devolver  
 á la corte  
 de Berlin  
 lo que le  
 ha dado,  
 á  
 recogerle  
 lo  
 que le ha  
 cedido,  
 y á  
 renunciar



Feb. 1806. ciones pacíficas, pero no de íntima amistad, recogiendo cada cual lo que al otro habia cedido. Recobrando el  
 á  
 toda clase de  
 intimidad  
 con ella.  
 emperador francés á Hannover tendria en su mano un medio de tratar de paz con la Inglaterra y de aprovechar la ocasion única que iba á presentarse de terminar una guerra funesta, causa permanente de la general.

Instru-  
 ciones  
 dadas por  
 Napoleon  
 á M. de  
 Talley-  
 rand.

Esta fué su primera idea, y de desear era que á ella se hubiese atendido. Arregló á este pensamiento las instrucciones que dió á M. de Talleyrand, y quiso que le pintasen al conde de Haugwitz como mas airado que lo que verdaderamente estaba del atrevimiento con que respecto al gobierno francés se procedia, declarándose completamente libertado de todo empeño, y en situacion de poder, ó recoger para sí el Estado de Hannover y hacerle prenda de una paz con Inglaterra, ó de entregarle todo de nuevo á la Prusia para concluir con ella un tratado mas extenso y duradero (1).

---

(1) Bien viene citar la carta siguiente que pinta de una manera cabal y exacta el modo de pensar de Napoleon en esta circunstancia.

A M. DE TALLEYRAND :

*París 4 de febrero de 1806.*

El ministerio en Inglaterra ha variado del todo despues que ha muerto M. Pitt, y M. Fox tiene el despacho de negocios extranjeros: deseo que me presenteis esta noche una nota conforme á la idea que sigue:

«El infrascrito ministro de negocios extranjeros ha recibido órden de S. M. el emperador de hacer saber al señor de Haugwitz en la primera conferencia que tengan, que S. M. no puede mirar como subsistente el tratado concluido en Viena, por no haber sido ratificado dentro del término prescrito, y que S. M. no reconoce en potencia alguna, y menos que en otra en la Prusia, porque ha enseñado la experiencia que es necesario hablar claro y sin rodeos, derecho de modificar ó interpretar segun convenga á su interés los diferentes artículos de un tratado: que no es cangear ratificaciones hacer dos textos diferentes de un mismo tratado, y que parece mayor esta irregularidad si se toman en consideracion las tres ó cuatro páginas de una como memoria puesta por apéndice á las ratificaciones de la Prusia; que M. de Laforest, ministro de S. M., encargado de cangear las ratificaciones habria cometido una culpa si no hubiese hecho presente á la Prusia cuán irregular era su

El señor de Haugwitz llegó el 1.º de febrero á Paris. Dió grandes muestras, tratando ya con M. de Tayllerand, ya con el emperador, de las artes de que era dueño, grandes ciertamente; ponderando los ahogos de su gobierno puesto entre la Francia y la Europa, ligada contra el poder francés, y si inclinado casi siempre á la primera, á veces precipitado á unirse con la segunda por pasiones de cortesanos, fáciles de comprender y aun de disculpar; representando al mismo gobierno obligado á volverse atrás trabajosamente de la falta cometida en Potsdam, y con necesidad para hacerlo de ser sostenido y alentado por las atenciones que le mostrase el francés; y pintándose á sí mismo como el hombre que únicamente batallaba en Berlin

Feb. 1806.

El conde  
de  
Haug-  
witz,  
á fuerza  
de arte,  
trae  
otra vez  
á  
Napoleon  
á la idea  
de  
unirse  
con la  
Prusia.

proceder, pero que no había aceptado el cange sino poniendo por condicion la aprobacion del emperador.

»Tiene, pues, el infrascrito encargo de declarar que S. M. no le aprueba, por la consideracion de la fidelidad con que deben ejecutarse los tratados.

•Pero al mismo tiempo tiene el infrascrito encargo de declarar que S. M. sigue deseoso de que se terminen amistosamente las desavenencias ocurridas en estas últimas circunstancias entre la Francia y la Prusia, y de que subsista como en tiempos pasados la amistad antigua que entre ellas ha habido; y aun desea que subsista entre uno y otro pais el tratado de alianza ofensiva y defensiva, si es compatible con otros empeños sostenidos por la Prusia, y que asegure su union venidera.»

Esta nota, que habreis de presentarme esta noche, ha de ser entregada mañana en la conferencia, y sea bajo el pretexto que fuere, no os dejo con facultad para dejar de entregarla.

Ya comprendéis que esto lleva dos objetos: uno el de dejarme desahogado para poder hacer una paz con Inglaterra, si se confirman de aqui á pocos dias las noticias que he recibido, y otro el de poder concluir con la Prusia un tratado sobre mas espaciosos fundamentos.

En la redaccion habeis de ser severo y claro, pero de viva voz añadiréis todas las modificaciones, y los calmantes y las ilusiones que sirvan de hacer creer al señor de Haugwitz que todo ello es hijo de mi carácter; y que estoy picado de la forma usada, pero con todo bien dispuesto aun en lo relativo á la Prusia. Mi parecer es que en las circunstancias actuales, si es de veras que M. Fox es ministro de negocios extranjeros, no nos es posible hacer cesion de Hannover á la Prusia sino haciéndola como parte de un gran sistema tal que pueda con seguridad libertarnos del temor de una continuacion de hostilidades.

N. DE M. THIERS.



Feb. 1806. para traer á la Prusia á la amistad con la Francia, por lo cual tenia derecho á que Napoleon, mostrándose benévolo, le ayudase; y, en fin, diciendo y obrando con tanta habilidad que el emperador francés por fin cedió hasta consentir por desgracia en renovar el tratado de Schoenbrunn, pero haciéndole con condiciones algo más onerosas para la Prusia que las que acababa de desechar el rey Federico Guillermo.

Lenguaje  
de  
Napoleon  
hablando  
con  
el conde  
de  
Haug-  
witz.

—No quiero violentaros, dijo Napoleon al conde de Haugwitz, y sigo ofreciándoos reponer las cosas en su anterior estado, esto es, recoger yo á Hannover, y devolveros á Anspach, Cleves y Neufchatel. Pero si entramos en tratos, y otra vez os cedo á Hannover, no os le habré de ceder con las mismas condiciones que antes; y exigiré además que me prometais haceros aliados fieles de la Francia. Si la Prusia queda franca y públicamente de mi parte, ya no tengo que temer que caiga sobre mí una liga europea, y, sin esta, pronto acabaré con la Inglaterra. Pero necesito nada menos que una certidumbre de lograr mi deseo para daros á Hannover y quedar convencido de que al haceros tal dádiva obro con cordura.—

Tenia razon Napoleon, menos en un punto, que era en querer que pagase la Prusia á Hannover con nuevas compensaciones, pues, al revés, valia mas cedérsele con condiciones sobremanera ventajosas, porque solo son buenos aliados los que están completamente satisfechos. El conde de Haugwitz, que tenia sincero deseo de unir á la Prusia con la Francia, prometió á Napoleon todo cuanto éste quiso, y se lo prometió con todas las apariencias de la buena fé mas completa. Añadió á sus promesas insinuaciones hechas con mucha maña sobre que Napoleon habia tratado á la Prusia con ligereza

excesiva, y sobre que era necesario tener consideracio- Feb. 1806.  
nes á la dignidad del rey, tanto por lo relativo á su  
persona, siendo él hombre, aunque tímido, vidrioso é  
irascible, cuanto por lo tocante á la nacion y al ejército,  
que hacian una misma su causa con la de su monarca,  
y llevaban muy á mal todo lo que tuviese apariencias de  
faltarle al debido miramiento. Decia el conde que seña-  
ladamente la violacion del territorio de Anspach habia  
producido en este punto un efecto dolorosísimo, hasta  
hacer que todo el pueblo prusiano fuese á medias con la  
corte en los impetus de que habia nacido el tratado de  
Potsdam, tan digno de ser llorado.

Tales reflexiones eran justas, y hacian grande efecto.  
Pero si la Prusia necesitaba ser tratada con contempla-  
ciones, Napoleon necesitaba estar satisfecho de ella para  
sentirse inclinado á tenérselas, y habia menester sentir  
estimacion para aparentarla. Era esta dificultad doble  
una que hasta entonces no se habia logrado vencer, y  
que se consiguiese mejor vencerla despues de una recon-  
ciliacion nueva venia á ser por desgracia muy dudoso.

Extendióse segundo tratado mas explicito que el pri-  
mero, pero que ceñia mas á la Prusia. Dióse á esta el  
Estado de Hannover, pero poniéndole por condicion que  
le ocupase inmediatamente y con el título de su sobe-  
rana. De esta dádiva habia de ser precio una obliga-  
cion nueva y grave, que era la de cerrar á los ingleses los  
rios Weser y Elba, y cerrárselos con no menos rigor que  
el con que se los habian cerrado los franceses cuando se  
hicieron dueños del mismo Estado. En cambio de este fa-  
vor renovaba la Prusia las cesiones que habia hecho en  
Schoenbrunn, desprendiéndose del principado de Ans-  
pach en Franconia, de los restos del ducado de Cleves.

Condicio-  
nes  
del  
nuevo  
tratado  
con la  
Prusia.



Feb. 1806. situados á la derecha del Rhin , y del principado de Neufchatel , que forma uno de los cantones de Suiza. Suprimíase esta segunda vez en provecho del rey de Baviera una condicion ventajosa prometida en Schoenbrunn en el primer tratado al rey de Prusia. Segun lo antes estipulado, el principado de Bareuth, en Franconia , contiguo al de Anspach , y conservado á la Prusia, habia de recibir limites mas regulares que los que tenia, para lo cual habia de tomar del de Anspach una encartacion que contenia 20,000 habitantes. En el nuevo pacto nada se decia ya de esta encartacion. Por último, se daba aumento á las obligaciones impuestas á la Prusia, forzándola á salir garante, no solo de la integridad del Imperio francés tal cual era , esto es , con lo que acababa de agregársele en Alemania é Italia , sino tambien de un modo explicito de lo que iba á resultar de la guerra recien comenzada contra Nápoles , esto es , de la caida de la casa de Borbon , y del á la sazón presunto establecimiento de una rama de la familia de Bonaparte en el trono de las Dos Sicilias. De cuantas condiciones nuevas se imponian á la Prusia era ciertamente esta la mas desabrida , porque ponía al rey respecto al emperador Alejandro en situacion mas apurada que en otra ocasion alguna , habiéndose declarado la potencia rusa protectora de los Borbones de Nápoles.

Inútil es decir que ambos Estados se declaraban reciprocamente garantes de sus posesiones, y que la Francia prometia á la Prusia el apoyo de sus armas para afianzarla en el goce de sus adquisiciones pasadas y presentes , incluyendo en ellas á Hannover.

. Firmóse este segundo tratado el día 15 de febrero.

Así, pues, lo que habia ganado la Prusia con intentar

hacer variaciones en el tratado de Schoenbrunn era que-  
 dar privada de algunas tierras que antes habian de agre-  
 garse á Bareuth, verse constituida á hacer una cosa para  
 ella peligrosísima, como era cerrar el paso de los rios  
 Elba y Weser, y por último estar obligada á dar pública  
 aprobacion al acto que iba entonces á consumarse en  
 Nápoles. Lo único que le habia resultado, diciéndolo  
 en dos palabras, era cargar con algunas obligaciones  
 mas, y tener algunos provechos menos.

No habia podido hacer cosa mejor el conde de Haug-  
 witz, no siendo ello posible, á no reponerlas todas en su  
 anterior estado, lo cual ciertamente habria sido de pre-  
 ferir, porque con hacerlo se habrian excusado los empeños  
 embarazosos de una alianza remendada y poco sincera,  
 aunque á costa de perder el lucro y lustre de una impor-  
 tante conquista, muy á propósito para dorar en aquel  
 momento la ruindad de la política prusiana. Fuese  
 como fuese, el de Haugwitz no queria llevar consigo á  
 Berlin tan lastimoso fruto de las tergiversaciones de su  
 córte, y resolvió enviar allá al señor de Lucchesini, mi-  
 nistro plenipotenciario de Prusia en París, no convi-  
 niendo al conde solicitar la aprobacion de una obra  
 echada á perder, ni tomar sobre sí la responsabilidad  
 de lo que en punto al nuevo tratado iba á resolverse.  
 Al revés, queria dejar á su rey, á sus colegas, en el  
 ministerio, y á la familia real, que con excesiva indis-  
 crecion intervenia en los negocios de Estado, el cuidado  
 de escoger entre el tratado de Schoenbrunn mucho peor  
 que antes era y una guerra, porque ya entonces era evi-  
 dente que, llegando Napoleon á lo sumo del enojo con  
 recibir nueva negativa de ratificacion, si no rompía in-  
 mediatamente en guerra para castigar á quienes desecha-

Feb. 1806.

Envia  
 el conde  
 de  
 Haug-  
 witz  
 al señor  
 de Luc-  
 chesini  
 á Berlin  
 á llevar  
 allá el  
 tratado,  
 y  
 quedase  
 él  
 en París.



Feb. 1806. ban su alianza, trataria á la Prusia de tal manera en todos cuantos arreglos se hiciesen en Europa, que entrar en hostilidades con él vendria á ser inevitable dentro de muy breve plazo.

Envió, pues, el de Haugwitz á Berlin al señor de Lucchesini, de quien era superior, y quedóse él por algunos dias en París haciendo sus veces de ministro plenipotenciario. Encargóle que llevase el tratado á su córte, y le hiciese una pintura fiel y cabal del estado de las cosas en Francia, poniéndole presente cuáles eran las verdaderas disposiciones de Napoleon, próximo á hacerse, segun el trato que recibiese, ó ya un aliado sincero y poderoso, aunque molesto por lo inquieto y acometedor de nuevas empresas, ó ya un enemigo formidable, viéndose reducido á mirar á la Prusia como otra Austria. No dió el conde al señor de Lucchesini encargo de solicitar en nombre de su superior la aprobacion del nuevo tratado, porque ya nada anhelaba, estando cansadísimo de una tarea llegada á ser por demas ingrata, y harto de cargar con una responsabilidad acompañada de continuas contradicciones.

Quedóse, pues, en París muy bien tratado por Napoleon y estudiando con curiosidad á varon tan extraordinario, así como persuadiéndose á cada hora mas de que era acertada su propia política, y de que Prusia y Francia se perjudicaban grave y mutuamente en su interés presente y venidero, porque no daban con el modo de avenirse.

Sucesos  
de  
Nápoles.  
Marcha  
del  
ejército  
francés.

En otras cosas todo en Europa salia á medida del deseo del vencedor de Austerlitz. El ejército que habia enviado á Nápoles, en la apariencia al mando de José Napoleon, y en realidad al de Massena, iba en de-

rechura á su objeto. La reina de Nápoles, esforzándose una vez mas á conjurar la tormenta formada por sus propios yerros, estaba implorando en su favor el auxilio de todas las córtés de Europa, y habia diputado primero al cardenal Ruffo y luego al príncipe heredero de la corona á presentarse á José y hacer la prueba de celebrar con él un tratado, fuesen las que fuesen las condiciones. Trabado José por los preceptos terminantes de su hermano se negó á oír al cardenal Ruffo, y recibió las instancias del príncipe Fernando con la consideracion debida, pero no se detuvo un instante en su marcha sobre Nápoles. El ejército francés, compuesto de 40,000 hombres, pasó el Garigliano el 8 de febrero, y siguió adelante dividido en tres cuerpos, de los cuales el de la derecha, mandado por el general Reynier, fué á bloquear á Gaeta; el del centro, gobernado por el mariscal Massena, se encaminó á Cápua; y el de la izquierda, á las órdenes del general Saint-Cyr, pasó por la Apulia y los Abruzzos al golfo de Tarento. Al saber su venida los ingleses se embarcaron con tal precipitacion que estuvieron á punto de dejar en peligro á sus aliados los rusos. Los primeros se recogieron á Sicilia y los segundos á Corfú. La corte de Nápoles se refugió á Palermo, no sin haber antes dejado limpias de dinero las cajas públicas, sin exceptuar la del Banco. El príncipe real, con las mejores tropas que quedaban del ejército, se metió por las Calabrias. Fueron diputados dos señores de los principales de Nápoles á tratar de la entrega de la capital. Firmóse para hacerla un convenio, y José, seguido del cuerpo de Massena, se puso á la vista de Nápoles, donde entró el 15 de febrero sin turbacion del público sosiego,

Evacuacion  
de  
Nápoles  
y  
retirada  
de la  
corte  
á  
Sicilia,



Feb. 1806. no habiéndole opuesto la poblacion de los lazzarones resistencia alguna.

Resisten-  
cia  
de la  
plaza  
fuerte  
de  
Gaeta.

La plaza fuerte de Gaeta, no obstante estar comprendida en el convenio hecho en Cápua, no fué entregada por el príncipe de Hesse-Philippstadt que la gobernaba, el cual por el contrario se declaró resuelto á defenderla hasta el último trance. Permitia en efecto hacer larga resistencia la fuerza de aquella plaza, especie de Gibraltar, que está pegada al continente de Italia solo por un istmo. Hizose dueño de las posiciones de afuera de la ciudad el general Reynier con notable atrevimiento, y atendió con esmero á encerrar y apretar dentro de los muros á sus contrarios, mientras le llegaban los pertrechos necesarios para emprender el sitio conforme á las reglas del arte.

Dificulta-  
des  
que se  
presentan  
á José  
en  
Nápoles.

José, aunque ya dueño de Nápoles, no habia pasado del principio de las dificultades que tenia que vencer. Aunque no llevaba todavía otro titulo que el de lugarteniente de Napoleon, no dejaba de ser en concepto de todos el rey señalado para empuñar el cetro de aquel reino. En las cajas públicas no habia un solo ducado; y habian sido arrebatadas todas las municiones militares, é ídose los principales empleados siguiendo al gobierno. Hacíase forzoso crear á un tiempo gobierno y hacienda. José era hombre de seso y condicion suave, pero carecia totalmente de la actividad prodigiosa de que estaba dotado su hermano Napoleon, y de la cual tenia grande necesidad para formar un gobierno en el Estado cuya posesion habia adquirido.

Es José  
bien  
recibido  
por la

Puso, con todo, manos á la obra. Los principales señores napolitanos, mas ilustrados que lo demas de sus compatricios, como sucede en paises de escasa cultura,

Feb. 1806.

principal  
nobleza  
napoli-  
tana.

habian sido tratados muy mal por la reina, que los tachaba de ser inclinados á ideas liberales, y los mantenía llenos de temor á los lazzarones; vulgo ignorante y fanático que amenazaba ella de continuo soltar contra la clase superior, lo cual hacen con frecuencia los reyes que buscan por apoyo al pueblo contra los grandes cuando en éstos asoma indocilidad á sus preceptos. Dieron, pues, los grandes buen acogimiento al gobierno nuevo, por el cual se prometian ser regidos de un modo juicioso, haciéndose prudentes reformas y dispensándose igual proteccion á todas las clases. Viéndolos José bien dispuestos se dedicó mas á granjearse su favor, y contruvo á los lazzarones amenazándolos con que haria en ellos rigurosas justicias. Por otra parte, solo con oír nombrar á Massena temblaban los malcontentos y deseosos de alborotos. Un temporal récio habia echado dentro de la bahía de Nápoles á una corbeta napolitana con varios buques de transporte donde iban embarcadas algunas municiones, y cantidades de bastante cuantía, que por este medio cayeron en poder de los franceses (1). Púsose el competente armamento en los fuertes, echáronse contribuciones, y se estableció una policía, nombrándose para dirigirla á un corso, el señor Salicetti, hombre muy hábil, enviado á Nápoles por el emperador francés. José pidió ademas á su hermano algunos auxilios en dinero para pasar con ellos los primeros dias de su dominacion.

Eugenio, virey de la Italia superior, habia recibido de manos del Austria los Estados venecianos. Habia en-

Ocupacion  
de los

(1) El texto francés dice que se recobraron estas municiones. Aquí se ha corregido, porque nunca habian sido de los franceses; solo que M. Thiers supone que les tocaban de derecho, si no de hecho.



Feb. 1806. trado en Venecia y sido allí recibido con grande satisfaccion por los habitantes de aquella reina antigua de los mares, á quienes parecia que en algo era un resarcimiento de la pérdida de la independenciamiento de su patria que fuese esta agregada á un reino de Italia fundado en sanos é ilustrados principios. El cuerpo de ejército del general Marmont, que habia bajado á Italia de los Alpes Styrios, habia pasado á las orillas del Isonzo, donde se quedaba de reserva, pronto á penetrar en Dalmacia si fuese necesario agregar nuevas fuerzas á las allí enviadas.

Ocupacion de la Dalmacia.

El general Molitor con su division habia ido con velocidad hácia Dalmacia para hacerse dueño de una provincia cuya conquista estimaba en mucho Napoleon por estar tan cercana al imperio turco. Llegó el general francés pronto á Zara, capital de Dalmacia, y la ocupó; pero aun tenia que andar un espacio dilatado de costa antes de ponerse en el célebre distrito de las Bocas del Cattaro, posicion la mas al mediodía en la ribera del Adriático, y asimismo la mas importante, á la cual se daba Molitor priesa á llegar para contener con el terror de su venida á los Montenegrinos, gente desde mucho tiempo antes puesta á sueldo y devocion de la Rusia.

Empeño apresurado de la corte de Austria en cumplir el tratado de Presburgo para dar priesa á la

A pesar de todo esto, la corte de Viena, deseosa con ansia de ver fuera de sus Estados el ejército francés, estaba dispuesta á ejecutar con fidelidad el tratado de Presburgo. Apurados los recursos del gobierno austriaco en la recién terminada guerra, la tercera que habia sustentado desde la época de la revolucion de Francia, y aterrada de los golpes que habia llevado en Ulma y Austerlitz, si bien no renunciaba á la esperanza de cobrar algún dia de su postracion y remediar sus males; por entonces estaba resuelta á poner un tanto en

órden su Hacienda, y á dejar pasar algunos años antes de tentar de nuevo á la fortuna en las lides. El archiduque Cárlos, vuelto á ser ministro de la Guerra, estaba encargado de buscar nuevo sistema de órden y arreglo en la milicia austriaca, por donde, sin disminuirse demasiado la fuerza del ejército, se proporcionase hacer los ahorros que ya no era posible diferir. Dábase, pues, priesa aquel gobierno á cumplir puntualmente lo pactado en el último tratado de paz, y á pagar, ó en metálico ó en letras de cambio, la contribucion de cuarenta millones de francos que le habian impuesto, ayudando hasta á que se llevasen los vencedores los cañones y fusiles cogidos en Viena, para que la retirada de los ejércitos franceses se efectuase en breve de un modo cumplido. El 1.º de marzo era el dia señalado para que acabasen de salir de Austria los franceses evacuando á Braunau.

Feb. 1806.

retirada  
de los  
ejércitos  
franceses.

Napoleon, que habia dejado á Berthier en Munich para que allí cuidase de la vuelta del ejército á Francia, siendo su deseo que volviese pausadamente y con toda comodidad, habia dictado al general, fiel ejecutor de su voluntad, que se detuviese en Braunau, y que no entregase esta ciudad hasta despues de haber recibido la noticia positiva de que estaban las Bocas del Cattaro en poder de los franceses. Tambien habia situado al mariscal Ney con su cuerpo de ejército en la tierra de Salzburgo, para que allí viviese todo cuanto tiempo fuese posible á costa de una provincia destinada á ser del Austria. Habia puesto el cuerpo de ejército del mariscal Soult á orillas del Inn, ocupándolas ambas á dos en el archiducado de Austria y en Baviera, y viviendo á expensas del uno y del otro Estado. Por último, como

Comienza  
á  
retirarse  
hácia  
Francia  
el  
ejército  
francés.



Feb. 1806. fuesen demasiado gravosos á Baviera los cuerpos de los mariscales Davout, Lannes y Bernadotte, empezando ya á cansar demasiado á aquellos habitantes, habian sido encaminados á los territorios recién cedidos á los príncipes alemanes aliados del Imperio francés; y, no habiendo término señalado para la entrega de las mismas tierras, la cual dependia de arreglos que darian margen á litigios, habia pretexto fundado para detenerse en aquellos lugares algun tiempo. Fueron, pues, trasladados el cuerpo de ejército mandado por el mariscal Bernadotte á la provincia de Anspach, cedida por la Prusia á Baviera, donde tenia campo espacioso por que extenderse y donde encontrar su sustento, y el mandado por el mariscal Davout al obispado de Aichstedt y al principado de Oettingen. Repartióse la caballería entre estos diferentes cuerpos. Los que no tenian bastante anchura para encontrar sustento disfrutaban del permiso de extenderse por las tierras de los príncipes pequeños de Suabia, cuya existencia habia dejado problemático el tratado de Presburgo al exigir que se hiciesen en la constitucion germánica nuevas variaciones. Las tropas de Lannes, repartidas entre las mandadas por el mariscal Mortier, y las que lo estaban por el general Oudinot, se acantonaron en Suabia. Los granaderos de Oudinot se encaminaron, atravesando á Suiza, al principado de Neufchatel, del cual estaban destinados á tomar posesion. Por último, el cuerpo de ejército de Augereau, reforzado por la division de Dupont y por la bátava del general Dumonceau, quedó acantonado cerca de Francfort, desde donde estaba pronto á caer sobre la Prusia, si los últimos ajustes que con ésta se celebrasen no produ-

jesen una amistad cordial y definitiva con la Francia. Feb. 1806.

Todos estos cuerpos estaban en el mejor estado posible. Empezaban ya á sentir los beneficios del descanso que se les habia dado, y se reponian de sus bajas con la llegada de nuevos conscriptos ó quintos, que sin cesar estaban viniendo de las orillas del Rhin, donde se habían juntado los depósitos mandados por los mariscales Kellermann y Lefebvre. Estaban los soldados franceses entonces, si cabe, mas aptos para la guerra que antes de empezar la última campaña, y singularmente ufanos de sus recién alcanzados triunfos. Con los pueblos alemanes se mostraban humanos, aunque por otra parte hacian demasiado ruido, y se jactaban con exceso de sus proezas; pero, no bien se les pasaba el alboroto, eran de buen trato hasta lo sumo, y formaban extraño contraste con los alemanes sus auxiliares, que eran harto mas duros con sus mismos compatriotas. Por desgracia, Napoleon, por un espíritu de economía útil á su ejército, pero perjudicial á su política, entregaba á sus soldados solo una parte de sus sueldos y les guardaba otra, en provecho de ellos, y para entregársela despues cuando volviesen á Francia. Exigia que sus raciones les fuesen dadas por los paises en que estaban acantonados, en lugar de la parte de sueldos que les tenia reservada, y esto era para los habitantes de aquellas tierras una carga pesadísima. Si les hubiesen sido pagadas estas provisiones, la estancia de las tropas francesas habria sido una ventaja en vez de ser un gravámen, y la Alemania, que sabia que su venida á pisar aquel suelo era consecuencia de las faltas de la liga, no habria mirado á todo cuanto era francés sino con buen afecto. Era, pues, aquel ahorro de los sueldos cosa muy mal pensada, y el

Brillante  
estado  
del  
ejército  
francés.

Conducta  
de los  
soldados  
franceses  
en  
Alema-  
nia.

Padeci-  
mientos  
de los  
paises  
ocupados  
por  
tropas  
france-  
sas,  
sin que  
sea por  
culpa  
de éstas.



Feb. 1806, provecho que de él resultaba al ejército valia poco puesto en cotejo con los inconvenientes que nacia de causar graves padecimientos á los paises ocupados. Napoleon tambien detenia á los suyos el importe de los vestuarios, pensando darlos nuevos á sus tropas luego que pasasen el Rhin y fuesen á participar de las fiestas que les tenia preparadas. Ellos en este punto eran del mismo parecer que su emperador, y se conformaban con alegría á llevar su vestuario raído, y á recibir poco dinero, diciendo que á su vuelta á Francia tendrian ropa nueva y ahorros copiosos de que disponer.

Dejando esto aparte, si los pueblos se quejaban de la estancia de las tropas francesas, no así los príncipes, de los cuales muchos habian venido á parar en rogarles que viniesen, como quien pide un gran favor, no habiendo cosa que pueda compararse á las tropelías y rapiñas á que se arrojaban los gobiernos alemanes, particularmente los que eran dueños de alguna fuerza. El rey de Baviera y el gran duque de Baden se habian echado sobre los bienes de la nobleza inmediata, y, aunque éstos procedian sin asomo de contemplacion, todavía su apresuramiento merecia ser calificado de humanidad puesto en cotejo con la violencia del rey de Wurtemberg, el cual llevaba su codicia á punto de invadir las posesiones feudales y sujetarlas, haciendo como antes en Francia cuando gritaban: «Guerra á los palacios y paz á las chozas.» Entraban sus tropas en los dominios de los príncipes encartados en su reino, so pretexto de apoderarse de los bienes de la nobleza inmediata. Aunque no tenia derecho el rey de Wurtemberg á tomar mas que una parte corta del territorio de Brisgau, cuya mayor parte estaba destinada á la casa de Baden, le ocupó

Rapiñas  
y  
violencias  
cometidas  
por los  
gobiernos  
alemanes  
con la  
nobleza  
inmediata.

casi todo, y, á no ser por los franceses, habrian venido Feb. 1806.  
á las manos las tropas wurtemberguesas con las badesas.

Napoleon habia nombrado á M. Otto ministro plenipotenciario de Francia en Baviera, y á Berthier mayor general de su ejército grande por jueces árbitros de las discordias que preveia entre los príncipes alemanes, así los grandes como los pequeños. Estos últimos habian acudido todos á Munich, á donde, al parecer, habia trasladado su asiento la Dieta de Ratisbona, y allí imploraban justicia de la Francia, y aun pedian la presencia en sus tierras de tropas francesas, no obstante serles muy gravosas. Por todos lados asomaban contestaciones de dificultosísimo ajuste, y á las cuales era imposible dar terminacion, no fundiendo en nuevo molde la Constitucion germánica. Entre tanto los soldados de Napoleon guardaban los lugares hechos objeto de litigio, y al fallo árbitro de Francia y de sus ministros quedaba remitido todo. Fuera de esto, Napoleon no se servia de las contestaciones de que ahora se habla para tomarlas por pretexto de detener sus tropas en Alemania, pues, al contrario, tenia impaciencia de traerlas á Francia, y de juntar en Paris su ejército, rodeando con él su persona, para lo cual solo esperaba hasta saber la ocupacion de toda Dalmacia, y la respuesta definitiva de la corte de Prusia á sus proposiciones.

Obligado ya el gobierno prusiano á tomar nueva y final determinacion sobre el tratado de Schoenbrunn, variado al fin se resolvió á aceptarle, aunque con las mudanzas que se le habian hecho en Berlin y en Paris resultaba serle menos ventajoso, y vino á recibir con vergüenza exterior é interior convencimiento de su ingratitude la dádiva de Hannover, que en otros momentos

Resolu-  
cion  
definitiva  
de la  
corte  
de  
Prusia.



Feb. 1806. le habria colmado de gozo. Ya en efecto no le quedaba otro partido que el de aceptar las proposiciones de la Francia, ó resignarse á entrar pronto en la guerra; guerra anhelada con jactancia por el ejército prusiano, pero mirada por personajes superiores de la milicia, y muy particularmente por el rey, como una prueba que habria de ser funesta en sus resultas.

Si hubiese de haberse elegido la guerra, habria sido lo conveniente resolverse á empezarla cuando iba saliendo Napoleon de Ulma para internarse en el largo valle del Danubio, y entonces caer sobre su ejército por la espalda cuando le llamaban á Moravia concentrados junto á Olmütz los austro-rusos. Pero el ejército prusiano no estaba pronto en aquella hora, y cuando llegó á verse con Napoleon el conde de Haugwitz era ya muy tarde. Mas lo era despues, y en el tiempo de que se va ahora tratando, cuando juntos ya los franceses en Suabia y en Franconia no tenian mas que un paso que andar para invadir la Prusia, y cuando los rusos estaban en Polonia y los austriacos habian soltado enteramente las armas.

Vuelta  
del conde  
de  
Haug-  
witz  
á Berlin.

La única resolucion, pues, ya posible, era aceptar la dádiva de Hannover con las condiciones que la Francia al hacérsela le exigia. Era con todo aquel un medio singular de dar principio á una alianza íntima. Al cabo, el tratado de 15 de febrero fué ratificado el 24 del mismo mes. Volvió el señor de Lucchesini inmediatamente á París con las ratificaciones. Por su parte el conde de Haugwitz se puso en camino de vuelta á Berlin, completamente satisfecho del tratamiento personal que de Napoleon habia recibido, y prometiendo á éste de nuevo que le seria fiel aliada la Prusia, pero esperando pasar por pruebas muy dolorosas á vista de todas las

Feb. 1806.

dificultades á la sazón tan generales y graves en Alemania, y particularmente al ver á los príncipes inferiores del mismo país postrados á las plantas de la Francia, para salvarse de las exacciones con que los abrumaban otros de su esfera mas poderosos ó mas favorecidos. Vuelto el conde de Haugwitz á Berlin encontró al rey muy pesaroso por su situación, y muy acongojado por las contradicciones que experimentaba de los de su corte, mas exaltados y destemplados que antes. Llegó la audacia de los malcontentos á punto de haber una noche roto á pedradas las vidrieras de la casa del conde algunos alborotadores, siendo fama generalmente tenida por cosa cierta que eran gentes del ejército los culpados, y aun hubo quien afirmase, si bien faltando á la verdad, que eran agentes del príncipe Luis. Hizo afectado alarde el ministro de tratar con desprecio tales demostraciones, de poca significación entre pueblos libres donde se consiente á la muchedumbre hacer semejantes excesos mirados con menosprecio, pero extrañas y graves en una monarquía absoluta, y mas siendo al ejército al que se achacaban. Consideró el rey estos desmanes como cosa seria, y anunció en público que estaba determinado á tratar con rigor á los delincuentes. Expidió órdenes formales para la averiguación de quiénes habian sido los culpados, pero no dió con ellos la policía, ó por no poder, ó por ser hasta cierto punto su cómplice. Llevado el rey al extremo dió muestras de entereza y resolución, con lo cual impuso respeto á los malcontentos, y particularmente á la reina, haciendo entender á ésta que ya habia él tomado su partido, dictándosele el cuidado de la salvación de la monarquía, y que era necesario que todos cuantos le rodeaban se portasen de una manera conforme á la

Estado  
de Berlin  
en el  
momento  
en que  
volvió  
allí  
el conde  
de  
Haug-  
witz.

Insultos  
que  
se hacen  
al señor  
de  
Haug-  
witz.

Da por  
breves  
instantes  
Federico  
Gui-  
llermo  
muestras  
de rigor  
contra  
los mal-  
conten-  
tos.



Feb. 1806. política abrazada por su gobierno. La reina, á pesar de sus opiniones, muy dada á mirar por el bien del rey su consorte, calló, y desde entonces la corte toda presentó un aspecto decoroso.

Retirada  
y aura  
popular  
del señor  
de  
Harden-  
berg.

Salió en los mismos dias del ministerio el señor de Hardenberg, personaje llegado á ser el ídolo de los que estaban á la sazón opuestos al tratado. Este ministro habia sido criatura del conde de Haugwitz, su partidario é imitador, y el mas ardoroso en pregonar las excelencias de la alianza francesa, particularmente en 1805 cuando Napoleon desde el campamento de Boloña ofrecia dar el mismo Estado de Hannover á la Prusia, mirando en aquella hora como la gloria mas alta asegurar á su patria tal aumento de grandeza, y quejándose con los ministros franceses de que titubease tanto el rey, el cual, en su sentir, andaba demasiado lento en punto á unirse con la Francia. Desde entonces, visto el malogramiento del mismo designio, se habia arrojado con el ímpetu de un carácter incapaz de moderacion en brazos de la Rusia, y, como no supo convertirse de este error, declamaba en apasionados altos acentos contra la Francia. Informado Napoleon de su conducta, habia cometido, tocante á este ministro, una falta que renovó en otras varias ocasiones, que fué la de hablar de él en sus boletines, haciendo en ellos una alusion ofensiva á un ministro prusiano comprado por el oro de los ingleses. Era injusta esta imputacion, porque no estaba el señor de Hardenberg cohechado por el gobierno británico, así como no lo estaba por la Francia el conde de Haugwitz (1);

(1) Debía añadir el historiador que fué muy general creencia, aun cuando fuese injusta, que el de Haugwitz estaba á devocion y sueldo de Francia.

y, sobre ser injusta, pecaba de indecente, puesta en un documento de oficio, y olia demasiado á licencia de un soldado vencedor. Así, el insulto recibido de un extranjero habia valido al de Hardenberg el aura popular de que en grado superior gozaba en aquellas horas. Concedióle el rey que se retirase, dándole testimonios de consideracion, aunque notables, no bastantes para quitar á su retirada el carácter de perdimiento de la gracia de su soberano.

Pero mientras Federico Guillermo separaba así de su lado al señor de Hardenberg, ponía por segundo al conde de Haugwitz un personaje que no valía mas que el ministro caído, siendo el agraciado el señor de Keller, á quien miraba como suyo el partido de los cortesanos, y que se preciaba de estar de celador del mismo á cuyo lado servía. Con tal nombramiento se tiraba á dar satisfaccion á la parcialidad enemiga de la Francia, porque suele en los gobiernos absolutos haber necesidad de ceder á la oposicion, ni mas ni menos que en los libres. Hacía aún mas Federico Guillermo, que era procurar seguir bien con la Rusia y explicarle, conservando su honra, las inconsecuencias en que á impulsos del interés habia incurrido.

Desde el día de la batalla de Austerlitz andaba la corte de Berlín muy parca en sus comunicaciones con la de San Petersburgo. Después de las baladronadas de Potsdam tenía la Rusia motivos para estar corrida de su derrota, así como la Prusia de su modo de cumplir el juramento hecho sobre la tumba de Federico el Grande. Era, pues, en aquellos momentos el silencio la única relacion decorosa entre una y otra corte. Sin embargo, la Rusia le habia roto ya una vez para declarar que

Feb. 1806.

Relaciones  
de la  
Prusia  
con la  
Rusia  
desde  
el día  
de la  
batalla  
de  
Auster-  
litz,



Feb. 1806. ponía sus fuerzas á disposicion de la Prusia, si, divulgándose el tratado de Potsdam, nacia de ello una guerra. Hecho esto habia callado, y la Prusia igualmente.

Emba-  
jada  
del duque  
de  
Brunswick  
á San  
Peters-  
burgo  
á  
dar razon  
de la  
conducta  
de la  
Prusia.

Qué  
habia  
de decir  
el duque  
de  
Brunswick  
en San  
Peters-  
burgo.

Al cabo era fuerza venir á parar en explicaciones. Rogó el rey de Prusia con empeño al duque viejo de Brunswick que fuese á San Petersburgo á oponer su gloria á las reconvenções que no podia dejar de atraer á su gobierno la conducta seguida por él en Schoenbrunn y continuada en París. Aquel respetable príncipe, dado con el mayor celo al servicio de la casa de Brandenburgo, emprendió, pues, el viaje á Prusia á pesar de sus muchos años. No llevaba encargo de declarar con franqueza que al fin el gobierno prusiano habia abrazado la alianza con la Francia; cosa difícil de decir, pero sin embargo preferible á una continuacion de promesas y protestas ambiguas y harto funestas; sino, al revés, iba á decir que si la Prusia habia tomado á Hannover lo habia hecho para no dejarle en poder de los franceses, y para excusarse el dolor y peligro de ver á estos atornando parte de la Alemania septentrional; que, al aceptar la palabra alianza en el tratado con Napoleon, habia obrado solo para evitar la guerra, sin que intentase con ello decir mas que neutralidad; que manteniéndose la Prusia neutral servia mejor á unos y á otros; y que ni ella ni la Rusia tenian cosa alguna que ganar en la guerra; por lo cual el persistir obstinadamente en un sistema de enemistad encarnizada al gobierno francés era favorecer á Inglaterra en su monopolio comercial, y acaso tambien á Napoleon en sus proyectos de dominar en el continente.

De este modo habia de expresarse el duque de Brunswick en San Petersburgo.

Feb. 1806.

Forzoso se hace volver á hablar del emperador de Rusia, joven precipitado en la guerra por impulsos de su vanidad y contra los consejos secretos de su razon, y que en Austerlitz habia hecho lastimoso aprendizaje de la profesion de las armas. Poco habia dado Alejandro que decir de él al mundo en el término de los tres meses últimos, los cuales habia pasado ocultando el desdoro de su vencimiento en las apartadas tierras de su imperio.

Qué pasaba en Rusia desde el tiempo de la batalla de Austerlitz.

Habíase levantado en Rusia un clamor general contra la pandilla de mancebos que, segun la voz comun, gobernando el imperio le ponian en graves peligros. Los mismos jóvenes, colocados algunos de ellos en el ejército y otros en el ministerio, estaban entre sí en continuas disputas. El partido de los Dolgorouki acusaba al de Czartoryski de haberlo perdido todo por haber seguido una conducta errada con la Prusia, queriendo violentarla, y causándole desvío en vez de atraérsela, de lo cual habia venido su resistencia á entrar en la liga que habia sido la perdicion de los aliados. Achacábase esta conducta á un particular interés, que era el de quitar á la Prusia sus provincias polacas, y constituir de nuevo el reino de Polonia; sueño funesto, é ilusion en favor de la cual el príncipe Czartoryski á ojos vistas estaba hasta siendo traidor á Alejandro.

Con harta mas razon sustentaban el príncipe Czartoryski y sus amigos que los verdaderos autores de los reveses padecidos por la Rusia eran los militares incapaces y presuntuosos, que no habian querido aguardar en Olmütz á que venciese el plazo en que la Prusia se habia obligado á ser parte en la guerra, y que habian resuelto prematuramente dar batalla, y oponer la experiencia de sus veinte y cinco años de edad á la ciencia



Feb. 1806. del capitán mas consumado de las edades modernas.

Los rusos viejos muy descontentos culpaban á los de ambos partidos de aquella gente moza, de modo que Alejandro, acusado de dejarse gobernar, ya por los unos, ya por los otros, habia llegado á ser entonces para sus súbditos objeto de consideracion muy escasa.

En los dias primeros despues de su derrota habia estado muy desalentado, y, si no le hubiese vuelto mas de una vez al conocimiento de lo que de él requería su propia dignidad el príncipe Czartoryski, habria puesto patente la profunda postracion de su espíritu harto mas que lo debido. Aunque el príncipe Czartoryski participaba bastante de la inexperiencia comun en los jóvenes que á la sazón gobernaban el imperio ruso, tenia con todo formalidad y firmeza en sus intentos. Era, en verdad, el autor principal del sistema de juicio de árbitro en los negocios de Europa para poner el cual en planta se habia resuelto primero la Rusia á declararse contra el poder francés; pero este mismo sistema, que abrazado y tenido por los políticos rusos era, bien mirado, solo una máscara la cual encubria la ambicion de aquel Estado, era en el príncipe polaco un pensamiento creído y seguido con candor y franqueza. Por lo mismo deseaba que Alejandro persistiese en él, y, ciertamente, si era presuncion grandísima en gente de tan poca edad la pretension de regir y poner en orden á Europa, particularmente cuando las potencias mas poderosas estaban contendiendo por el señorío, mayor ligereza habia en abandonar de súbito una empresa acometida con temeridad extremada.

El príncipe Czartoryski habia hecho al emperador Alejandro, como él joven, poco antes su amigo; y que

ya empezaba á convertirse en su señor, representaciones nobles y respetuosas, que habrian redundado en grande honra de un ministro en un estado libre, y que mas le honraban todavia en uno donde resistir á la potestad suprema es sacrificio nada comun y destinado á no ser siquiera conocido. Recordando el príncipe al emperador sus dudas y debilidad, le decia «que el Austria estaba abatida y llena de odio á su vencedor, y la Prusia dividida en dos partidos, pero próxima á ceder al afecto de patriotismo aleman que en ella dominaba; que, usando de contemplaciones con ambas potencias, debia dejarse llegar el momento en que una y otra estuviesen en estado de pasar á las obras; que entretanto, como la Rusia por su situacion se hallaba fuera del alcance del poder francés, podia mantenerse por cierto tiempo ni del todo en paz ni enteramente en guerra, puesta á la espera de las circunstancias segun ellas le consintiesen, ya tomar otra vez las armas, ya tratar con condiciones ventajosas; y que, mientras el caso llegaba, no debia el gobierno ruso aflojar su union con la Inglaterra, medio por el cual obligaria á Napoleon á darle lo que le era debido.»

Conociendo profundamente Alejandro la grandeza de Napoleon desde que se habia visto con él al frente del campo de batalla de Austerlitz, respondia al príncipe Czartoryski:—Cuando intentamos luchar con ese hombre somos niños que quieren luchar con un gigante.—Y á esto añadia, que sin tener de su parte á la Prusia era imposible renovar la guerra, porque sin ella no habia la menor probabilidad de seguir la contienda con alguna ventaja.—Habia Alejandro concebido singular aprecio al ejército prusiano solo por el motivo de que aún no



Feb. 1806. habia sido derrotado por Napoleon. Era, en efecto, en aquellos dias el ejército de Prusia la ilusion y las esperanzas de toda Europa. Con él estaba pronto Alejandro á emprender nueva campaña, y sin él no. De Inglaterra no esperaba entonces el emperador muy eficaz auxilio, pues temia que, despues de muerto M. Pitt, cuyo fin se daba por seguro y cercano, y sucediéndole en el ministerio M. Fox, lo cual no se tenia por menos cierto, se extinguiria el odio á la Francia, si no en la mente de los ingleses, en los actos de su política. Con todo eso, las reflexiones del principe Czartoryski, estimulando en Alejandro el orgullo, le habian levantado el ánimo caido, de modo que estaba resuelto, antes de rendir la espada á Napoleon, á hacer que la esperase. Pero las lecciones de su censor de poca edad, aun siéndole provechosas, le eran importunas á punto que habia llegado al de buscar en los personajes viejos de su imperio alguna persona de corta capacidad y larga condescendencia, la cual con su experiencia antigua cubriese y con sumision puntualmente ejecutase lo que la voluntad personal de su soberano disponia. Ya decian que empezaba á dar su privanza al general de Budberg.

No por eso dejó de seguir con puntualidad los consejos dados por el príncipe Czartoryski para su conducta. Entabló de nuevo relaciones con el Austria, aparentándose por una y otra parte olvido de la tibieza que habia reinado en Holitsch, y manifestando la corte rusa á la austriaca grande lástima por sus desdichas, y gran consideracion al poder que aún le quedaba, á punto de encargarse de negociar en Londres que se le pagase un año de subsidios á pesar de que solo habia sido de tres meses la duracion de la guerra. Evitó tambien Alejan-

Marz. 1806

dro hacer cosa que pudiese ofender á la Prusia, aunque se guardó bien de aprobar sus actos. Hacia fines de marzo llegó el duque de Brunswick á Rusia. Fué muy bien recibido y colmado de halagos, hechos al parecer á su persona, á su edad, y á su gloria militar, y de ninguna manera á la corte de que era representante. Menos grato acogimiento encontró el nuevo embajador cuando empezó á hablar de negocios políticos. Dijéronle que no era posible llevar á bien que la Prusia hubiese aceptado á Hannover como dádiva del enemigo de Europa; que, por otra parte, la paz hecha por el gobierno prusiano con el francés era engañosa, nada firme, y sin trazas de durar; y que muy en breve se veria la Prusia obligada á tomar una resolucion, que por demasiado tiempo habia dilatado, desenvainando al cabo la espada de Federico el Grande.

—Entonces, dijo el emperador Alejandro al duque de Brunswick, serviré yo á vuestras órdenes, y tendré á gloria aprender el arte de la guerra en vuestra escuela.—

Entretanto, probóse á entablar con el anciano duque una negociacion, destinada, segun es de presumir, á quedar sepultada en profundo secreto. Pretextando que no cumpliria fielmente la Francia las condiciones de la recien hecha alianza, propúsose á la Prusia que hiciese otra segunda y eventual con la Rusia, por la que, si venia á estar la primera descontenta de su aliado francés, pudiese recurrir á su aliado ruso; caso en el qual tendria á su disposicion todas las fuerzas del imperio moscovita. Esto que á la Prusia ofrecian los rusos era nada menos que convidarla á ser pérfida y traidora con la Francia, pero, como el duque de Brunswick quería

Abrese una negociacion reservada con el duque viejo de Brunswick,

con la Rusia, recatadamente con el duque de Brunswick.





Marz. 1806 dejar en San Petersburgo los ánimos dispuestos en favor de su corte, consintió, no en contraer empeño tal como el que se le exigía, para el cual no llevaba ni podía llevar autorizacion, sino en proponer al monarca prusiano que le contrajese. Convínose en dejar abierta esta negociacion y en que se siguiese con reserva, reca-tándose del conde de Haugwitz, y siguiéndola por medio del señor de Hardenberg; ministro en la apariencia caido en desgracia, y empleado, no obstante, en tratar por debajo de cuerda el negocio mas importante entre todos los de la monarquía prusiana.

Mani-  
fiesto  
de la  
Prusia  
al pueblo  
de  
Hannover  
y á la  
Gran  
Bretaña.

Mientras procuraba así la Prusia disculpar su conducta á la Rusia, tambien andaba procurando disculparse en Lóndres de haber ocupado á Hannover. No cabia cosa mas singular que el manifesto que dió al pueblo hannoveriano al hacerle suyo, ó que los despachos enviados con este motivo á la corte de la Gran Bretaña. Decia el rey de Prusia á sus nuevos súbditos, los de Hannover, que con dolor tomaba posesion de aquel Estado, comprando el apropiársele con un amargo sacrificio como el de sus provincias linderas del Rhin y las de Franconia y Suiza; todo lo cual hacia por afianzar la paz en Alemania y excusar á Hannover la presencia de ejércitos extranjeros.

Despues de haber hablado á los que iban á ser sus súbditos en lenguaje tan falto de grandeza y dignidad, decia al gobierno británico que no quitaba el Estado de Hannover al rey de Inglaterra, pues le recibia de Napoleon por quien habia sido conquistado, y aun añadia que le tomaba muy á su pesar, y como dado por fuerza, á trueco de ceder otras provincias cuya pérdida sentia en alto grado, y que todo ello era parte de las

resultas de la última guerra imprudente; muy desaprobada por la Prusia; emprendida contra su dictámen expreso; y cuyas consecuencias debian achacarse á sí propios los que por ellas padecian, porque, combatiendo fuera de propósito con la Francia, se habia creado un poder colosal que quitaba á unos para dar á otros, haciendo violencia á aquellos á quienes favorecia con sus dones y asimismo á aquellos á quienes despojaba.

La Inglaterra no se dió por satisfecha con semejantes razones, á las cuales y á los hechos que las motivaban respondió con un manifiesto donde colmaba de invectivas á la corte de Prusia, declarándola miserablemente caída bajo el yugo de Napoleon, indigna de ser oida en su propia defensa, y tan despreciable por lo codiciosa cuanto por lo sumisa. Sin embargo, el gobierno británico, á fin de no aparecer á la vista de la nacion inglesa cargando con un enemigo mas solo por un interés privativo de la familia real, dijo que habria sufrido la nueva invasion de Hannover como inevitable consecuencia de la guerra en el continente si la Prusia se hubiese contentado con ocuparle; pero que, con haber agregado el gobierno prusiano á la ocupacion el acto de cerrar los rios, habia procedido como enemigo de la Inglaterra y hecho un gravísimo perjuicio á su comercio; por lo cual le declaraba la guerra. Siguióse dar orden á todos los buques de la marina real británica de hostilizar á la bandera prusiana. Hubo de ser esta determinacion causa de graves molestias y daños para la Alemania, porque los buques que navegaban en el Báltico solian cubrirse con aquella bandera, mas respetada que otra por los dominadores de los mares.

Declaracion  
de guerra  
de la  
Inglaterra  
á la  
Prusia.

El ascendiente cobrado por Napoleon en la batalla



Marz. 1806

Muerte  
de  
M. Pitt.

de Marengo fué causa de que se aviniese con él la Inglaterra; y el que acababa de cobrar en la de Austerlitz por segunda vez producía el mismo efecto, porque las victorias de los ejércitos franceses eran un medio seguro, aunque no directo, de dejar sin fuerzas á su poderosa enemiga. La primera de las citadas victorias contribuyó á que se retirase del ministerio M. Pitt; la segunda le trajo la muerte. El gran ministro inglés, vuelto á serlo en agosto de 1803, solo dos años pasó en este su segundo ó tercer ministerio, y los pasó lleno de las mayores amarguras. Había vuelto al ministerio sin que le acompañasen lord Grenville ó M. Windham, sus colegas anteriores de mas fama, y sin M. Fox, con quien en la oposicion se habia unido, y habia tenido por contrarios en el Parlamento á sus amigos antiguos y nuevos, y en Europa á Napoleon, hecho emperador y todavía mas poderoso que en los primeros años de su carrera; y si habia logrado que al acento de su voz conocida por toda Europa se respondiese llamando al arma, formándose tercera liga, y desviándose el ejército francés de amenazar á Dover para ir sobre Viena; disuelta en Austerlitz esta alianza, veía el ministro británico burlados sus proyectos, y en libertad Napoleon para volver á Bolonia á dar otra vez motivo á temores y vivas ansias en la Gran Bretaña.

Allí en efecto estaban los ánimos de todos poseidos por la idea de que volveria el emperador francés á las costas del canal de la Mancha. Bien es verdad que seguía tomándose en cuenta la enorme dificultad que habia para que atravesase el mar; pero empezábase á temer que nada fuese imposible á varon tan extraordinario, ante quien cedía y temblaba el universo, pasándose

de aquí á pensar si, para ser dueño de una isla mas, era razon exponerse á tales peligros un Estado señor ya de la Italia entera, del Cabo de Buena-Esperanza y de Malta, y de tal manera que habia seguridad de no poder ser arrojado de estas posesiones. Decíanse entre sí los ingleses que el combate de Trafalgar habia asegurado á su nacion la superioridad completa en los mares, pero que el continente europeo era ya de Napoleon, el cual iba á cerrársele á sus enemigos por todas sus salidas; que, al cabo, el continente de Europa era el mundo, no siendo posible vivir separado de su trato eternamente; y que las mayores victorias navales no podrian impedir que, aprovechándose un dia el dominador de la Francia de una de las ocasiones que dan el mar y el tiempo, saliese de las dilatadas tierras sujetas á su dominacion á invadir á Inglaterra. Estaba, pues, generalmente desacreditado entre los ingleses juiciosos el sistema de una guerra á todo trance; el cual vino despues á tener felices resultas, pero cuyos peligros eran graves y grandísimos puestos en cotejo con las ventajas que podrian resultar de persistir obstinadamente en la contienda.

Como los hombres son esclavos de la fortuna, y suelen tomar por eternos sus caprichos, aun siendo hijos de circunstancias transitorias, era mirado entonces por sus compatriotas con cruel injusticia M. Pitt, olvidándose los servicios que en un término de mas de veinte años habia hecho á su patria, y á cuánta grandeza la habian remontado su patriotismo ardiente, y su elocuencia y tino en los debates del Parlamento con que por tantos años habia tenido adicta y sumisa á la cámara de los Comunes. Reputábanle vencido y como á tal le trataban. Sus contrarios se burlaban de su política y de las resul-

Efectos  
de la  
batalla  
de  
Auster-  
litz  
en  
Ingla-  
terra,  
é  
injusticia  
con que  
tratan  
á M. Pitt  
sus  
contem-  
poráneos.



Marz. 1806 tas que esta habia dado de si, achacándole las faltas del general Mack, la precipitacion de los austriacos en salir á campaña sin esperar á los rusos, y la de éstos en dar batalla sin esperar á los prusianos; todo lo cual suponian nacido de la furiosa impaciencia del ministro inglés, afectando grande lástima y empeño en la suerte del Austria, y atribuyendo á errores del gobierno británico la perdicion de una potencia en quien debia ver la Inglaterra su única verdadera amiga.

Sin embargo, M. Pitt no habia conocido el plan de campaña y solo habia tenido parte en la formacion de la liga, siendo él quien la habia llevado á efecto, y quien con ello habia deshecho la expedicion de Boloña; acto importante no mirado entonces con el debido agradecimiento.

Una circunstancia singular habia hecho mas doloroso para los ingleses el efecto de la última victoria de Napoleon. Poco despues de dada la batalla de Austerlitz, así como habia sucedido recien dada la de Marengo, corrió la voz, antes de llegar noticia cabal y exacta de la verdad, de que habia perdido Napoleon una gran batalla y en ella veinte y siete mil hombres y toda su artillería. Pero pronto llegaron nuevas mas verídicas, y las gentes de la oposicion, traduciendo é imprimiendo los boletines franceses, hasta los enviaron á repartir á las puertas de las casas del primer ministro y del embajador de Rusia.

Así, para gozar Napoleon de toda su gloria, no habria tenido que hacer mas que pasar el estrecho y oir lo que al otro lado del mar decian de él, de su superior entendimiento, y de su fortuna. ¡Tristes vicisitudes del mundo! Las injusticias de que era víctima M. Pitt en aquellos dias habian de repetirse algo despues con

Napoleon, llegando á ser harto mayores y manifestadas con pasion mas violenta, en proporcion á la superior grandeza de su mente y de su destino. Marz. 1806

Veinte y cinco años de continuo batallar en el Parlamento en contiendas que gastan y consumen á la par las fuerzas mentales y corporales habian acabado con la salud de M. Pitt, y una enfermedad hereditaria, pasada á ser mortal á fuerza de trabajo y de fatigas, y tambien por sus últimos sinsabores, habia sido causa de su temprana muerte acaecida el 23 de enero de 1806. Habia muerto el famoso ministro inglés de edad de cuarenta y siete años, habiendo gobernado á su patria por espacio de mas de veinte, con poder no inferior al que puede ejercer un privado en una monarquía absoluta; y sin embargo vivia en un estado libre, no disfrutaba de verdadera privanza con su rey, y tenia que ganar los votos del congreso mas independiente de la tierra.

Si es comun admirar á ministros que en gobiernos absolutos saben tener dominados y sujetos por largo tiempo á un príncipe débil y á una corte mudable, hasta reinar en nombre de su señor sobre un pueblo sumiso, harto mayor es sin duda la admiracion con que se debe mirar á un hombre que ejerce veinte años la autoridad suprema sobre una nacion libre. Sin duda alguna son caprichosas las cortes, pero no lo son menos los grandes cuerpos deliberantes. Todos los caprichos de la opinion popular excitados por los numerosos estímulos de los papeles diarios, se reflejan y retratan en un parlamento, donde cobran la autoridad de la soberanía nacional, viniendo á componer una voluntad mudable, ya servil, ya despótica, la cual es necesario que cautive quien pre-

Carácter  
y suerte  
de  
M. Pitt.



Marz. 1806 **tenda** dominar y guiar aquella multitud de cabezas que pretenden ejercer el mando. Necesítase para gobernar cuerpo semejante ademas del arte de la lisonja que en las Córtes dá el triunfo á quien le ejerce, el arte tan diferente de la elocuencia, unas veces vulgar, y otras sublime, y siempre indispensable para llamar la atencion de muchos hombres juntos; y es asimismo necesario lo que no es arte sino don natural, la valentía y firmeza de carácter con que se consigue arrostrar y tener á raya las pasiones embravecidas. M. Pitt tenia en grado superior todas estas prendas, así las naturales como las que se adquieren. Nunca en los tiempos modernos se ha conocido quien sepa guiar con igual habilidad un cuerpo numeroso. Fué en él comun, estando expuesto durante la cuarta parte de un siglo á la impetuosa vehemencia de M. Fox y á los punzantes sarcasmos de M. Sheridan, mantenerse frio, con serenidad imperturbable y hablar á tiempo, con acierto y mesura, y cuando con la voz estrepitosa de sus adversarios venia á juntarse la de los sucesos, harto mas poderosa, y la revolucion de Francia, desconcertando sin cesar los cálculos de los mas hábiles políticos y mas experimentados generales de Europa, le puso por obstáculo en su camino batallas como las de Fleurus, Zurich ó Marengo, siempre supo contener y dominar con la firmeza y tino de sus respuestas los ánimos en el parlamento británico, aun estando fuertemente conmovidos. En esto principalmente fué grande M. Pitt porque, segun va dicho en esta historia, ni tuvo un talento de los que crean, ordenan y arreglan las cosas, ni novedad ó profundidad en sus conocimientos políticos. Si se exceptuan algunas mejoras en el sistema de hacienda, cuyo mérito fué y todavía es disputa-

do, nada nuevo ó útil dió á Inglaterra, y ademas se en-  
gañó con frecuencia en punto á las fuerzas relativas de  
las potencias europeas y al giro que llevaban los sucesos;  
pero hermanó con el talento de un eminente orador po-  
lítico, un amor ardiente á su patria y un odio á la revo-  
lucion francesa el mas apasionado. Aun los entendimien-  
tos de superior esfera necesitan tener vivas pasiones  
para llegar á ser poderosos. Representando M. Pitt en In-  
glaterra á la aristocracia, y no particularmente á la de la  
nobleza, sino mas que á esta á la del comercio, que con  
larga mano le franqueó sus tesoros en préstamos, resis-  
tió á la grandeza de la Francia y al contagio de los des-  
órdenes demagógicos con perseverancia incontrastable,  
y mantuvo en su patria el orden sin causar á la libertad  
detrimento. Dejó á Inglaterra ciertamente cargada de  
deudas, pero señora de los mares y de la India. Usó y  
abusó de las fuerzas de la nacion británica, pero la hi-  
zo la segunda en el mundo cuando murió, para que ocho  
años despues de su muerte fuese la primera. De poco  
valdrian las fuerzas de las naciones sino les sirviesen de  
procurar dominarse unas á otras. Las dominaciones vas-  
tas son cosa cuyo secreto está entre los arcanos de la  
Providencia. Lo que es un hombre de mente superior á  
una nacion, lo es una nacion poderosa al linaje huma-  
no, siendo propio de estas civilizar al mundo, darle luz,  
y hacerle caminar con mas rapidez por toda especie de  
caminos. Lo único que debe aconsejarse á los pueblos  
es que usen á la par que de la fuerza de la prudencia  
que dá á los fuertes el triunfo, y de la justicia que le  
hace honroso.

M. Pitt, tan afortunado en los diez y ocho años prime-  
ros de su carrera, fué muy desdichado en los últimos dias



Marz. 1806 de su vida. Quedaron, pues, vengados los franceses de aquel su cruel enemigo, quien hubo de creerlos para siempre victoriosos y de dudar del acierto de su propia política mirando con temor la suerte venidera de su patria. A uno de sus sucesores mas medianos, á lord Castlereagh, estaba guardado el disfrutar de los desastres de la Francia.

En medio de ser objeto de las acusaciones mas diversas y violentas tuvo M. Pitt la buena suerte de no ver su integridad siquiera puesta en duda. Vivió de sus sueldos y emolumentos que eran considerables, y, sin ser pobre, pasó por serlo. Al darse la noticia de su muerte un diputado de los de la mayoría antigua ministerial propuso que el Estado pagase sus deudas. Presentada esta proposicion en el parlamento y recibida con respeto, tuvo por contrarios á los que habiendo sido amigos del ministro difunto habian pasado á ser sus enemigos, y señaladamente á M. Windham, que por tanto tiempo habia sido su colega en el ministerio. Su noble antagonista M. Fox se opuso á la misma proposicion, pero lo hizo con sentimiento.—Venero, exclamó con un acento que conmovió á toda la cámara de los Comunes, al varon ilustre antes mi adversario, y reputo la gloria de mi vida haber sido llamado alguna vez su rival, pero durante veinte años he estado desaprobando su conducta política, y mal pensaria de mí la generacion presente si me viese aprobar una proposicion cuya índole es ser el último y mas visible obsequio á una política que hé creído y todavía creo funesta para mi patria.—Todos entendieron el sentido del voto de M. Fox, y unánimemente aplaudieron su lenguaje.

Algunos dias despues presentándose la proposicion

misma con nuevo carácter, votó la cámara de los Co-  
munes por unanimidad cincuenta mil libras esterlinas  
(cerca de cinco millones de reales) para pagar las deu-  
das de M. Pitt. Resolvió tambien que fuese sepultado  
en Westminster.

M. Pitt dejaba vacantes los cargos de primer lord  
de la tesorería, de canciller del echiquier de lord go-  
bernador de los cinco puertos, y de gran maestro de la  
universidad de Cambridge, con algunos otros destinos  
de corta importancia.

Grandes dificultades presentaba el hecho de nom-  
brarle sucesor, no en estos varios cargos, aunque se los  
disputaba la ambicion de numerosos pretendientes, sino  
en el puesto de primer ministro bien á propósito para  
infundir terror, cuando estaba la Inglaterra frente á  
frente con Napoleon vencedor de la liga europea. Cuan-  
do se renovó la guerra con Francia en 1803, al ver la  
debilidad del ministerio de Addington que á la sazón  
gobernaba, se habia apoderado de los ánimos de los in-  
gleses una idea, que era la de juntar en un ministerio  
todos los hombres de mayor talento, aun siendo de en-  
contradas opiniones como eran los señores Pitt y Fox,  
para hacer frente á los azares y peligros de la contienda  
que de nuevo iba á empezar con Bonaparte. La oposi-  
cion en que se concertaron Pitt y Fox contra el ministe-  
rio de Addington allanó el camino á semejante apeteci-  
da reunion de talentos. Quiso efectuarla M. Pitt, pero no  
con el empeño bastante para vencer á Jorje III. Entró,  
pues, en el ministerio sin M. Fox, y, como por via de com-  
pensacion, tambien entró sin llevar consigo sus amigos  
mas firmes y ardorosos en la defensa del antiguo sistema  
tory, como eran lord Grenville y M. Windham á quie-

Dificul-  
tad  
de  
hallar  
un  
sucesor  
á M. Pitt.



Marz. 1806 nes juzgaba demasiado violentos para tenerlos otra vez por colegas.

Estos, dejados fuera del ministerio por M. Pitt, se habian ido poco á poco arrimando á M. Fox por el camino de la oposicion, aunque por la índole de sus opiniones mas distaban de éste que M. Pitt mismo. Sin embargo, haber seguido juntos dos años las contiendas parlamentarias habia contribuido á avenirlos entre sí, y ya en poco estaban discordes cuando murió su ilustre adversario. La opinion casi general clamaba porque formasen unidos un ministerio, reemplazando con la liga de sus talentos al gran ministro que acababa de perderse, á fin de, ó probar á hacer la paz, sacando para ello partido de las relaciones amistosas de M. Fox con Napoleon, ó seguir la guerra con el conocido vigor de un Grenville ó de un Windham sino se lograba avenirse con la Francia.

Si, en 1803, Jorje III habia tomado por ministro á M. Pitt de quien gustaba poco para libertarse de tomar á M. Fox á quien queria todavía menos, despues de la muerte del primero de estos personajes se veia reducido á someterse al imperio de la opinion, y de poner juntos en un ministerio á lord Grenville, á M. Fox, al señor Windham y á los amigos de unos y otros. Lord Grenville fué nombrado primer lord de la tesorería, que quiere decir primer ministro; M. Windham tuvo el cargo que constantemente habia tenido de director de las cosas de la guerra; M. Fox el despacho de negocios extranjeros, y M. Gray el destino de primer lord del almirantazgo. Repartiéronse los demas ramos entre los amigos de estos personajes políticos, pero de tal manera que contaba M. Fox en el ministerio con mayor número de votos que sus colegas antes de otras opiniones.

Un ministerio compuesto de este modo logró en el Marz. 1806 parlamento gran mayoría, á pesar de la guerra que le hacian los colegas de M. Pitt ya separados del mando como eran lord Castlereagh y M. Canning. Atendieron desde luego los ministros á dos objetos esenciales, que era dar buena planta y arreglo al ejército, y ponerse en relaciones con Francia.

En cuanto á lo primero no era posible dejar al ejército en el estado en que estaba desde 1803, esto es, compuesto de una fuerza regular insuficiente y de trescientos mil voluntarios tan costosos quanto mal disciplinados. Era aquella planta como hecha con urgencia, y discurrida para hacer frente á los peligros de un momento. M. Windham, que nunca habia parado de burlarse de los voluntarios, sustentando que nada grande podia hacerse no siendo con tropas regulares, lo cual le dió ocasion de hablar en términos magníficos de alabanza del ejército francés, estaba menos que otra persona alguna en situacion de mantener las cosas en el pié en que las habia encontrado. Propuso, pues, una providencia, que en cierto modo era dar sus licencias absolutas á los voluntarios, pero disimuladamente, y ciertas mudanzas en las tropas de línea que harian mas fácil su aumento. Sabido es que el ejército inglés, como todos los de mercenarios, se forma de gente voluntaria que se engancha. Pero los enganches eran por vida, y esto hacia muy difícil el reemplazo. M. Windham propuso mudar los enganches, haciéndolos solo por un término de siete á veinte años, y agregar á esto un notable aumento de sueldo á las tropas. Así contribuyó á dar una planta de mas fuerza al ejército inglés, pero hubo de pugnar contra la preocupacion del miedo que á todas las naciones

Nuevo  
orden  
y arreglo  
dado  
al  
ejército  
inglés  
por el  
ministe-  
rio  
de lord  
Grenville  
y los  
señores  
Fox  
y  
Wind-  
ham.



Marz. 1806 libres inspiran los ejércitos permanentes, contra el favor en que estaban con el público los voluntarios, y contra el interés de algunos, nacido de la formacion de estos cuerpos para los cuales se habia creado una oficialidad que era forzoso disolver al acabarlos. Los adversarios de M. Windham se esforzaron á ponerle en contradiccion con su nuevo colega M. Fox, el cual, participando de las preocupaciones populares de su partido, dias antes habia manifestado inclinarse á la institucion de los voluntarios prefiriéndolos á las tropas regulares. A pesar de todos estos obstáculos, salió aprobado el proyecto ministerial. Votóse un aumento crecido del ejército que, hasta llevar del todo á ejecucion el nuevo sistema, habia de componerse de doscientos y sesenta y siete mil hombres, de los cuales setenta y cinco mil habian de ser de milicias; y ciento y noventa y dos mil de tropa de línea repartidos en los tres reinos y en las colonias. Por aquel año ascendió el presupuesto total á ochenta y tres millones de libras esterlinas, ó, dígase, sobre ocho mil millones de reales de vellon, en la cual suma mas de tres mil y quinientos millones de reales eran de contribuciones, y lo restante de cerca de cuatro mil y quinientos millones de empréstitos hechos en el año.

Con estos poderosos recursos en su mano queria presentarse la Inglaterra delante de Napoleon para negociar. Las gentes esperaban de M. Fox, de su situacion, y de la bienquerencia que habia reinado en sus relaciones con el primer cónsul pasado á ser emperador, facilidades para entablar tratos que llevasen á la paz como no podia tenerlas otro hombre alguno. Dióle ocasion de hacer lo que de él se esperaba una casualidad afortunada, como debida por la Providencia á tan hon-

Marz. 1806

rado político; y tuvo la ocasion tanto de natural cuanto de decorosa. Juzgando un malvado ruin que era el nuevo ministerio inglés lo que el anterior, (1) habiendo logrado entrada hasta verse con M. Fox le propuso asesinar á Napoleon. Indignado el ministro inglés de tal proyecto mandó echar mano á aquel hombre y llevarle preso. Al momento escribió con este motivo á M. de Talleyrand una carta pensada y escrita con suma nobleza, donde le denunciaba la odiosa proposicion que acababan de hacerle y ponía á disposicion del gobierno francés toda clase de medios para perseguir á su autor, é impedir el delito, si fuese formal el infame proyecto. Napoleon recibió con conmocion, como debia, tan generoso proceder, y mandó á M. de Talleyrand dar á M. Fox la respuesta de que su accion era digna.

« He elevado, escribió al ministro inglés M. de Talleyrand, á conocimiento de S. M. la carta de V. E. » Conozco en eso, exclamó el emperador, los principios » de honor y virtud que siempre han animado á M. » Fox.—Dadle gracias de mi parte, añadió, y decidle » que, ya sea que la política de su soberano sea causa » de que prosigamos largo tiempo en guerra, ya sea que » termine tan pronto cuanto es de apetecer para ambas » naciones una contienda inútil al linaje humano, me » alegro del nuevo carácter que ha tomado la guerra » con este paso, el cual es pronóstico de lo que puede

Con motivo de presentarse á M. Fox un asesino ofreciendo matar á Napoleon, se proporcióna al ministro inglés una ocasion de entrar en correspondencia con el gobierno francés.

Cartéanse M. Fox y M. de Talleyrand.

(1) Aquí cede M. Thiers á una preocupacion revolucionaria é imperial vulgar y añeja, que supone á M. Pitt de continuo ocupado en asalariar asesinos. Tiempo era de dejarse de tanta credulidad. Fuera de esto, fué general opinion haber sido el asesino de quien ahora se trata, hombre echadizo para dar margen á una correspondencia amistosa entre el gobierno inglés y el de Francia.



Marz. 1806 » esperarse de un gobierno , cuyos principios me con-  
 » plazco en apreciar, juzgándolos como los de M. Fox,  
 » uno de los hombres mas á propósito para sentir en  
 » todas las cosas lo que es hermoso y verdaderamente  
 » grande.»

Nada mas decia M. de Talleyrand, pero con lo que decia habia lo bastante para seguir tratos entablados con tanta nobleza. M. Fox respondió al momento á su carta con otra franca y cordial, donde, sin rodeos ni arterías diplomáticas, brindaba con la paz con condiciones seguras y honrosas, y por medios á la par pronto y sencillos. Los fundamentos en que estribaba el tratado de Amiens estaban ya en sentir de M. Fox muy mudados, y lo estaban de resultas de las ventajas alcanzadas por Francia é Inglaterra en los dos elementos que eran teatro ordinario de sus triunfos. Era, pues, forzoso buscar condiciones nuevas, que en nada lastimasen el orgullo de una ú otra de las dos naciones, y que diesen á Europa abonadas fianzas de paz y seguridad en lo venidero. Estas condiciones, si querian ponerse en la razon ambas partes, no eran difíciles de encontrar. Con arreglo á los tratados anteriores, la Inglaterra no podia negociar aparte de la Rusia, pero, mientras se consultaba á esta bien podia confiarse á personas intermedias escogidas, el cuidado de ir examinando el vario interés de las potencias beligerantes y preparando el medio de avenir el de unas con el de otras. M. Fox ofrecia nombrar al momento las personas á quienes habia de darse este encargo y el lugar en que habrian de reunirse.

Ofrece  
 M. Fox  
 franca-  
 mente  
 hacer  
 la paz.

Recibe  
 inmedia-  
 tamente  
 con sumo  
 gusto

Esta propuesta llenó de contento á Napoleon, que en verdad estaba deseoso de reconciliarse con la Gran Bretaña, porque de esta salian, como las corrientes de sus

manantiales, todas las guerras, y habia pocos medios directos de vencerla, salvo uno solo muy decisivo, pero peligrosísimo y solo para él practicable, que era el del desembarco. Tuvo, pues, vivo gozo por la franca proposicion que se le hacia, la cual recibió con apresurado empeño.

Marz. 1806

Napoleon  
las  
proposi-  
ciones  
de  
M. Fox.

Sin explicarse acerca de las condiciones de la paz, dió á entender en su respuesta que trataba de disputar poco á la Inglaterra las conquistas que esta habia hecho, como la antigua de Malta que no habia devuelto, y la del Cabo de que se habia hecho dueña despues; que por su parte la Francia habia dicho cuanto tenia que decir á la Europa en el tratado de Presburgo al cual se atenia sin pretender otra cosa alguna; y que los fundamentos de la paz por lo mismo eran fáciles de señalar, sino tenia la Inglaterra intentos particulares, y en que no era posible satisfacerla, en punto al interés de su comercio. El emperador está persuadido, decia M. de Talleyrand, de que la verdadera causa de haberse roto la paz de Amiens no es otra que haberse negado el gobierno francés á concluir un tratado de comercio; pero habreis de tener entendido que, si bien no se resistirá á hacer en este punto algunas concesiones, si son posibles, no admitirá tratado alguno que perjudique á la industria francesa; porque está dispuesto á protegerla con todos los derechos protectores ó las prohibiciones que puedan ser favorables á que tome vuelo; y pide la libertad de hacer en su Imperio todo cuanto quiera ó estime útil, sin que una nacion rival tenga derecho de quejarse de ello ó extrañarlo.

Primera  
indica-  
cion  
de los  
articulos  
funda-  
mentales  
de la paz.

En cuanto á la intervencion de la Rusia en el tratado de paz, Napoleon declaraba positivamente que no la consentia, pues, siendo el principio fundamental de su

No quiere  
Napoleon  
consentir  
en una



Abr. 1806. diplomacia hacer un tratado particular con cada potencia, principio tan justo en sí cuanto discurrido con habilidad, y habiendo siempre la Europa empleado contra Francia el medio de ligarse en su daño, seria faltar á su propósito y favorecer las ligas admitir las negociaciones hechas de mancomun, porque, obrando así, quedaba en buen lugar la condicion esencial del cuerpo de toda alianza que es la que prohíbe á sus miembros tratar cada cual de por sí con la potencia con que están en guerra. Napoleon, que en sus campañas procuraba encontrarse con sus enemigos separados unos de otros para irlos sucesivamente venciendo, buscaba, como es natural, en la diplomacia el modo de encontrarlos en la misma situacion, y por esto habia respondido con negativa absoluta á todas cuantas ofertas de negociar colectivamente habia recibido, procediendo en esto con razon, aunque bien podia hacer una excepcion de esta regla que se habia propuesto para su conducta en caso de tener M. Fox contraidos empeños que no le consintiesen negociar sin hacerlo unido con la Rusia. Napoleon, despues de haber sentado por principio el de entablar una negociacion separada, envió á decir que estaba pronto á escoger por lugar donde habian de seguirse los tratos, no á Amiens que recordaba los fundamentos de una paz en que ya no debia pensarse, sino á Lila, á la cual convendría enviar sin demora un ministro plenipotenciario.

Insiste  
M. Fox  
en una  
negociacion  
que  
comprende  
á Rusia  
é  
Inglaterra.

M. Fox respondió al punto mismo que la primera condicion sentada de comun acuerdo al entablarse los tratos preliminares pendientes era que la paz hubiese de ser igualmente decorosa á ambas naciones, y que no podia serlo para Inglaterra si negociaba sin la Rusia, porque habia contraido formal empeño en un artículo

de un tratado (que era el que habia constituido la liga de 1805) de no hacer la paz no obrando de acuerdo con las potencias sus aliadas. En sentir de M. Fox, esta obligacion era absoluta y no podia ser eludida, á lo cual añadia el ministro inglés que si tenia la Francia por principio no autorizar las ligas con su modo de negociar, tambien la Inglaterra tenia por uno de los suyos principales no dejarse excluir del continente, prestándose á que se la separase de los aliados que en él tenia; punto en el cual eran tan recelosos los ingleses cuanto podian serlo los franceses en materia de alianzas á ellos contrarias. M. Fox, que acompañaba cada una de sus cartas de oficio con otra particular al ministro francés llena de candor y franqueza, ejemplo que por su parte seguia M. de Talleyrand, concluia la última suya diciendo que tal vez iba á acabarse la negociacion por haber tropezado con un obstáculo insuperable, de lo cual le pesaba sinceramente, pero que, á lo menos, tenia confianza de que seguiria la guerra con hidalguía y de un modo digno de los dos grandes pueblos que la estaban sustentando. A esto agregaba las siguientes notables palabras. «Agradezco en sumo grado, como debo, las corteses expresiones con que ha favorecido mi persona el varon esclarecido á quien servís... Inútil es dolerse en balde, pero si pudiese él ver con los mismos ojos con que yo la veo la verdadera gloria que tendria derecho á adquirir haciendo una paz moderada y justa; cuánta felicidad no resultaria de ello á Francia y á Europa entera!

Lóndres, 22 de abril de 1806.»

C. J. Fox.

En medio de una contienda encarnizada, y aun bien puede decirse feroz, y al recordarse las sangrientas es-



Abr. 1806. cenas que las señalaron, descansa de buena gana, y se recrea el espíritu al pensar en estas relaciones nobles y afectuosas, á que por un breve instante dió vida entre las dos naciones principales del orbe un hombre honrado, y generoso á la par que elocuente, y con esta idea se llena el alma de mil sentimientos, los cuales son por lo que vino á pasar dolorosos á punto de no admitir consuelo.

Esfu-  
er-  
zos  
de M. de  
Tal-  
ley-  
rand  
para  
vencer  
los  
obs-  
táculos  
que  
amen-  
azan  
detener  
la  
negocia-  
cion  
y aun  
cortarla  
en sus  
princi-  
pios.

El lenguaje de M. Fox conmovió un tanto á Napoleon que tenia sincero deseo de la paz. M. de Talleyrand, aunque se engañase tocante al sistema de las alianzas convenientes á Francia, nunca se equivocaba sobre el punto de la política del dia en que se estaba esencialmente convenido; y ni un solo instante cesaba de creer que, en el grado de grandeza á que habia llegado su patria, era la paz lo que principalmente debia apetecerse. Para declarar este pensamiento suyo, tenia un valor de que casi siempre carecia, y por esto instaba con calor á Napoleon á que aprovechase para avenirse con la Gran Bretaña la ocasion única que proporcionaba estar M. Fox en el ministerio. Por otra parte, era oido sin disgusto, no estando Napoleon menos dispuesto que él á aprovechar una ocasion tan feliz cuanto inesperada.

Propor-  
cionan  
las  
mismas  
circuns-  
tancias  
un medio  
de  
vencer  
el  
obs-  
táculo

Tambien las circunstancias se prestaban al vencimiento del obstáculo que tenia apariencias de cortar la negociacion en su primer momento. Habia mas de un motivo para creer, por informes que llegaban del duque de Brunswick y del cónsul de Francia en San Petersburgo, que inquieto Alejandro en punto á las consecuencias de la guerra, y desconfiado del gobierno británico por no recibir de él comunicacion alguna, así

Abr. 1806.

como receloso de las intenciones personales de M. Fox, deseaba el restablecimiento de la paz por su parte. El cónsul de Francia habia enviado á París al canceller del consulado para enterar á su gobierno de lo que él habia sabido, de suerte que todo al parecer daba márgen á esperanzas de abrir una negociacion directa con la Rusia. Siendo así, ya no podria insistir M. Fox en que se abrazase por principio el de una negociacion colectiva, pues la Rusia misma habia dado el ejemplo de renunciar á semejante idea.

que  
impide la  
negocia-  
cion.

Resolvióse, pues, proseguir en el trato entablado con M. Fox, y para él sirvió de intermedio una persona que se presentó á serlo por una casualidad afortunada. Las palabras generosas de M. Fox, y las que se le habian dicho en respuesta, habian sido seguidas de hechos que no lo eran menos. Desde que por orden de Napoleon habian sido arrestados los ingleses residentes en Francia, al romperse la paz de Amiens, en represalia del apresamiento de buques franceses, seguian detenidos en Verdun muchos señores de los principales de Inglaterra. M. Fox habia pedido que varios de ellos tuviesen permiso de volver á su patria, quedando obligados por su palabra de honor á considerarse prisioneros. A todas cuantas pretensiones de esta clase habia hecho habia respondido el gobierno francés favorablemente y con prontitud, y si bien el ministro inglés no se habia atrevido á insistir en todas estas peticiones con igual empeño, sino al revés puéstolas por orden segun el mayor ó menor grado de su deseo de favorecer á aquellos por quienes abogaba, Napoleon habia querido concederle la libertad de todos aquellos para los cuales la pidió, y los ingleses nombrados por M. Fox habian

Restitu-  
cion  
reciproca  
de  
prisione-  
ros.



Abr. 1806. recibido licencia de volverse á Inglaterra sin excepcion alguna. Correspondiendo M. Fox á tan hidalgo proceder habia escogido para darles libertad y vuelto á Francia á los prisioneros de guerra de mas distincion hechos en el combate de Trafalgar, como eran el desdichado Villeneuve, el capitan Lucas, heróico comandante del navío *Temible*, y otros varios, en número igual al de los ingleses vueltos á sus hogares.

Lord  
Yar-  
mouth,  
uno de  
los  
prisione-  
ros  
puestos  
en  
libertad,  
va  
enviado  
á M. Fox  
á fin de  
que siga  
la  
negocia-  
cion  
empeza-  
da.

Entre los prisioneros devueltos á M. Fox estaba uno de los señores de Inglaterra mas señalados por su riqueza é ingenio, (1) que era lord Yarmouth, despues marqués de Hartford, tory declarado, pero, con todo eso, íntimo amigo de M. Fox, y ardoroso y firme partidario de la paz, porque le permitia vivir y divertirse en el continente, de lo cual le privaba la guerra. Este señor, todavía mozo, estaba en relacion con la gente de mas brillo de la juventud de Paris de cuyo modo alegre de vivir participaba, y era muy conocido de M. de Talleyrand, hombre muy aficionado á la nobleza inglesa, y especialmente á los de ella que se señalaban por tener talento, firmeza, y un tanto de desarreglo en sus costumbres. Como supiese que lord Yarmouth era muy particular amigo de M. Fox, y dignísimo de la confianza de ambos gobiernos, le mandó llamar, y le declaró que el emperador deseaba sinceramente la paz; que para lograrla seria bien prescindir del aparato de las formas diplomáticas y entenderse con franqueza sobre las con-

---

(1) Mucho favorece M. Thiers á este personaje. Lord Yarmouth pasaba por fino y cabal caballero, pero no por ingenio privilegiado. Así cometió torpezas, preciosas para el historiador francés, porque á Inglaterra fueron perjudiciales.

diciones admisibles por entrambas partes ; que estas condiciones no podian ser dificiles de encontrar, supuesto que ya no queria la Francia disputar á la Inglaterra la posesion de sus principales conquistas, como eran Malta y el Cabo de Buena-Esperanza, reduciéndose desde entonces lo que podria dar motivo á contestaciones á algunas islas de importancia corta; que la Francia, en lo que le tocaba, declaraba su deseo inmediatamente y sin rebozo, siendo su intencion, ademas de conservar su territorio natural ceñido por los limites del Rhin y los Alpes, que ya nadie podia pensar en disputarle, quedarse con toda Italia, incluso el reino de Nápoles y con sus alianzas en Alemania, y restituir su independencia á la Suiza y la Holanda no bien se firmase la paz; que por consiguiente no quedaba obstáculo grave á una reconciliacion inmediata entre una y otra potencia, siendo de suponer que ambas estuviesen dispuestas á concederse mútua y finalmente las cosas que acababan de anunciarse; que, en punto á las dificultades nacidas de la forma que habria de darse á la negociacion haciéndola colectiva ó separada, poco podria tardarse en hallarle salida, gracias á la inclinacion manifestada por la Rusia á tratar directamente con la Francia.

Habia un objeto capital del cual nada se dijo claro, pero, si, se dejó entender que al fin se diria lo que se tenia pensado en secreto, diciéndolo de tal modo que la familia real de Inglaterra quedase cumplidamente satisfecha. Era este objeto el electorado de Hannover.

Napoleon estaba efectivamente resuelto á restituirle á Jorge III, y lo que en su ánimo habia provocado una resolucion de tanta gravedad era la conducta novísima de la Prusia. El lenguaje hipócrita del gobierno prusia-

Condi-  
ciones  
propues-  
tas  
á Lord  
Yar-  
mouth  
como  
recipre-  
camente  
admi-  
sibles.

Guárdase  
silencio  
en punto  
á  
Hanno-  
ver.

Razones  
que  
desvian á  
Napoleon  
de la  
Prusia y



Abr. 1806. no en sus manifiestos, donde procuraba aparecer á los ojos de los hannoverianos é ingleses como una potencia oprimida, constreñida á aceptar un hermoso Estado por haberle puesto un puñal al pecho, le habia arrebatado de ira, de modo que, al leer el manifiesto de que se trata, quiso sin la menor dilacion hacer trizas el tratado del 15 de febrero y forzar á la Prusia á reponer las cosas en su sér antiguo, y, si no hubiese sido por las reflexiones que le hizo M. de Talleyrand, y por las que con el tiempo le vinieron á la mente, habria dado un golpe ruidoso. Otra circunstancia mas reciente habia contribuido á desviarle del todo de la amistad de la Prusia, y era haberse hecho públicas las negociaciones de 1805, por parte de lord Castlereagh y de otros colegas de éste en el ministerio disuelto, cuya cabeza habia sido Mr. Pitt, los cuales, empeñados en desagraviar la fama de su ilustre caudillo, demostraron que no habia tenido parte alguna en las operaciones de la última campaña, y sí una grandísima en la formacion de la liga de 1805, de que habia venido á Inglaterra su salvacion por haber sido causa de levantarse el campamento de Boloña. Pero para defender la memoria de M. Pitt sus amigos habian comprometido á la mayor parte de los gobiernos europeos. Así se lo habia echado en cara M. Fox desde su puesto en la cámara de los Comunes con extremada vehemencia, atribuyéndoles la alteracion de las relaciones de Inglaterra con las potencias europeas. Habíase en efecto levantado un clamor general contra los políticos ingleses en los gobiernos que se veian delatados á la Francia por haberse publicado con tanta imprudencia sus tratos. En el caso de que se va ahora hablando, habia sido puesta del todo en claro la conducta de la

le  
disponen  
à restituir  
el  
electora-  
do de  
Hanno-  
ver  
al rey de  
Ingla-  
terra.

Prusia de un modo que debia serle muy desabrido, divulgándose sus hipócritas y novísimas declaraciones á la Inglaterra en punto á Hannover, y las esperanzas que antes y despues de los sucesos de Potsdam habia dado á la liga. Napoleon, sin quejarse, habia mandado insertar en el *Monitor* aquellos documentos, dejando á cada cual el cuidado de adivinar qué debia él pensar de semejante conducta.

Pero en lo relativo á la Prusia tenia ya Napoleon su opinion bien formada. No creia que mereciese que por guardarle consideraciones se prosiguiese la contienda con Inglaterra, y estaba resuelto á devolver á esta el Estado de Hannover, ofreciendo á la primera en compensacion una de dos cosas; ó un equivalente de lo que le habia dado y quitaba tomado en Alemania, ó restituírle lo que de ella habia recibido, esto es, á Anspach, Cleves y Neufchatel. Aquí recogia el gobierno de Berlin lo que habia sembrado, y no encontraba en otros mas fidelidad que de la de que él habia dado muestras. Y con todo, aun estaba Napoleon ignorante de la negociacion secreta entablada con la Rusia á la cual servian de conductos el duque de Brunswick y el señor de Hardenberg.

Sin explicarse completamente el gobierno francés dió á entender á lord Yarmouth que no seria estorbo para hacer la paz la cuestion de Hannover, oido lo cual salió él para Inglaterra, prometiendo volver pronto á declarar las intenciones de M. Fox.

Un suceso singular, que durante algunos dias dió á las cosas grandes apariencias de terminar en renovarse la guerra, contribuyó por el contrario á encaminarlas á la paz precipitando en sus resoluciones al gobierno ruso. Las tropas francesas encargadas de ocupar á Dalmacia

Muda por breves dias el aspecto de las cosas un accidente imprevisto.



Abr. 1806. se habian dado priesa á ir sobre el distrito de las Bocas del Cattaro para libertarle del peligro que le amenazaba.

Por una infidelidad de un empleado austriaco es entregado á los rusos el distrito de las Bocas del Cattaro.

Los Montenegrios, cuyo obispo y caudillos principales vivian de dádivas que les hacia la Rusia, se habian alborotado mucho al saber que se acercaban los franceses y habian llamado en su favor al almirante Siniavin, el que habia llevado de Corfú á Nápoles, y traídose de vuelta de Nápoles á Corfú las tropas rusas á las cuales estaba encomendado invadir las regiones meridionales de Italia.

Avisado este almirante de que se le presentaba ocasion de hacerse dueño de las Bocas del Cattaro se habia apresurado á embarcar algunos centenares de rusos, y, juntándolos con una gavilla de Montenegrios bajados de sus sierras, presentándose con estas tropas delante de los fuertes de aquel distrito, un oficial austriaco que mandaba las guarniciones de los mismos, y un comisario encargado por el Austria de entregarlos á los franceses, declarándose violentados por fuerza mayor, los pusieron en poder de los rusos. Era vano pretexto alegar que se cedia á fuerza mayor, porque en los fuertes de las Bocas del Cattaro habia dos batallones austriacos muy capaces de defenderlos aun contra un ejército regular y dueño de los recursos necesarios para seguir un sitio, de los cuales los rusos venian faltos. Fué este acto de perfidia principalmente obra del marqués de Ghisilieri, comisario del Austria, italiano por demas astuto, que despues fué reprehendido por su gobierno, y hasta procesado por su desleal proceder.

Enojo de Napoleon al saber que las Bocas del

Cuando llegó á París la noticia de este hecho comunicada por correo extraordinario, entró Napoleon en viva cólera porque tenia infinito empeño en hacerse con las Bocas del Cattaro, no tanto por las ventajas de su

situacion para la guerra marítima, no obstante ser ellas muy reales y verdaderas, cuanto á causa de estar aquellos lugares tan cercanos á Turquía, en la cual quien fuese dueño de ellos podia ejercer poderoso influjo, ya protegiendo, ya reprimiendo. Pero desahogó especialmente su ira sobre el gobierno de Viena, porque él era el obligado á entregarle todo el territorio de Dalmacia, y debia ser considerado su detentor, pues debiéndole dar, no lo verificaba. Estaba á la sazón el cuerpo de ejército del mariscal Soult próximo á pasar el Inn de vuelta á Baviera y á desocupar á Braunau. Mandóle Napoleon que se detuviese en la ribera del rio, y que otra vez artillase y preparase á Braunau, estableciéndose en esta ciudad y haciéndola una verdadera plaza de armas. Al mismo tiempo, declaró al Austria que las tropas francesas iban á volver atrás; que estaba pronto á dar orden de detener á los prisioneros austriacos puestos ya en camino de regreso á su patria; y que, si era necesario, llevaria las cosas á punto hasta de renovar las hostilidades, á menos que le diesen una de las dos satisfacciones siguientes: ó entregarle inmediatamente las Bocas del Cattaro, ó poner á su disposicion alguna fuerza militar austriaca que fuese unida con los franceses á quitar el mismo distrito á los rusos.

De estas alternativas mas le acomodaba lo segundo propuesto que lo primero, pues con aquello lograria enemistar al Austria con la Rusia.

Cuando llegaron á Viena estas declaraciones hechas en el tono perentorio en que solia hacer las suyas Napoleon, causaron en la corte austriaca una consternacion verdadera. Ninguna parte tenia aquel gobierno en la infidelidad cometida por el empleado de inferior esfera que

Abr. 1806.

Cattaro  
habian  
sido  
dadas á  
los rusos.

Suspende  
Napoleon  
la  
evacuacion  
del  
Austria,  
y ocupa  
otra vez  
la plaza  
de  
Braunau.



Abr. 1806. de él dependia, el cual habia obrado sin órdenes que arreglasen su conducta, y creyendo que con proceder con perfidia contra los franceses daria gusto á su gobierno. Al momento escribió el de Viena al de San Petersburgo dando parte al emperador Alejandro de los nuevos peligros á que el Austria estaba expuesta, y declarándole que, no queriendo por título alguno ver otra vez á los franceses en Viena, antes que esto se sujetaria á la dolorosa necesidad de hacer guerra á los rusos para arrojarlos de las Bocas del Cattaro.

El almirante Siniavin, ya hecho dueño de las Bocas del Cattaro, tambien habia procedido sin orden para tomarlas así como el marqués de Ghisilieri al habérselas entregado. Sintió mucho Alejandro ver en tal apuro á su aliado el emperador Francisco, de donde le resultaba á él estar en mala situacion, costándole trabajo devolver lo que habian tomado los suyos, y no atreviéndose á quedarse con ello entre manos. Cada dia estaba mas molestado por los jóvenes de su privanza, que con vehemencia le instaban á que perseverase en su conducta, y por otra parte miraba con suma inquietud que estuviesen entabladas negociaciones entre Napoleon y la Inglaterra, y, si bien esta última potencia habia roto ya el silencio que habia guardado durante la caida del ministerio antiguo y formacion del nuevo, continuaba él desconfiando de sus aliados, y se inclinaba á seguir el ejemplo general y á buscar una reconciliacion con la Francia. Por lo mismo aprovechó la ocasion de haber ocupado fuercas rusas las Bocas del Cattaro, la cual mas parecia propia para encender la guerra que para traer la paz, y la empleó como motivo de abrir una negociacion pacifica. Estaba á su lado el señor de Oubril, antes secre-

La toma  
de las  
Bocas del  
Cattaro  
por  
tropas  
rusas,  
viene á  
ser  
ocasion

tario de la legacion de Rusia en París, y que habia desempeñado su cargo á satisfaccion del uno y del otro gobierno, habiendo ademas adquirido la ventaja de enterarse perfectamente del estado de la Francia. Este, pues, recibió encargo de pasar á Viena y de pedir allí pasaporte para París, siendo el pretexto ostensible de su viaje que iba á tratar de la suerte de los prisioneros rusos, y la verdadera comision que llevaba la de hablar sobre el negocio de las Bocas del Cattaro y comprenderle en un arreglo ó ajuste general de las cuestiones que tenian desavenidos á los gobiernos francés y ruso. Tenia el señor de Oubril orden de dilatar todo cuanto fuese posible la restitution de las Bocas del Cattaro; pero de entregarlas, si no veia otro medio de impedir la renovacion de las hostilidades entre Francia y Austria, y especialmente de proporcionar el restablecimiento de la paz entre los dos imperios francés y moscovita. Esta paz (segun le decian) parecia decorosa si en ella lograrse algo, aun cuando fuese muy poco, en favor de los dos monarcas patrocinados de ordinario por la Rusia que eran el rey de Nápoles y el de Cerdeña ó Piamonte, porque, fuera de esto, los dos imperios nada tenian que disputarse, reduciéndose la guerra que se hacian á una competencia por adquirir influjo predominante en Europa. El señor de Oubril antes de su partida habló extensamente con el emperador Alejandro, y vió claro que su soberano se inclinaba notablemente á la paz harto mas que el ministerio ruso, el cual por otra parte estaba vacilante y casi á punto de dar su dimision. Salió, pues, el embajador con inclinacion al lado á que su señor propendia. Llevaba consigo poderes dobles; limitados unos, y completos otros, que abrazaban todas cuantas

Abr. 1806.

de una  
negocia-  
cion  
entre  
Rusia y  
Francia.

Embaja-  
da  
del Sr. de  
Oubril  
á París.



Abr. 1806. cuestiones podrian presentarse á ser resueltas; y llevaba orden de ponerse de concierto con el negociador inglés en punto á las condiciones de la paz , pero sin exigir negociacion colectiva , desvaneciendo con esto de hecho la dificultad opuesta á los tratos entre la Francia é Inglaterra.

El señor de Oubril pasó á Viena, y con presentarse allí volvió el perdido sosiego al emperador Francisco que estaba lleno de temor, ó de ver otra vez á los franceses en sus Estados, ó de tener que pasar á hostilidades con los rusos. Esto último le asustaba harto menos que lo primero ; por lo cual habia mandado un cuerpo austriaco á las Bocas del Cattaro con orden de dar auxilio á las tropas francesas si llegase á ser necesario. El señor de Oubril le alentó, enseñándole sus poderes, y pidió para sí pasaportes por el conducto del conde de Rasomousky á fin de llegar á París lo mas pronto posible. Napoleon quiso que se respondiese sin demora y favorablemente á la peticion del señor de Oubril ; pero al mismo tiempo atendió á dejar bien distinto el negocio de las Bocas del Cattaro de la negociacion relativa al restablecimiento de la paz. El primero, segun envió á decir, no podia ya ser objeto de tratos , supuesto que se trataba de un empeño contraido por el Austria y no llevado á efecto, en lo cual nada tenia que ver la Rusia. Tocante al restablecimiento de la paz estaba pronto el gobierno francés á dar oidos con la mejor voluntad posible á las proposiciones del señor de Oubril , porque francamente tenia deseos de terminar una guerra, sin objeto, así como sin interés, para entrambos imperios. Fueron sin demora despachados á Viena los pasaportes para el enviado ruso.

Veia, pues, Napoleon delante de sí al Austria



FRÉDÉRIC AUGUSTE

Roi de Saxe





exhausta de resultas de tres guerras, tratando de evitar nuevas hostilidades con la Francia; á la Rusia disgustada de una contienda emprendida con sobrada ligereza y resuelta á no proseguirla; á la Inglaterra satisfecha de sus victorias en los mares, y no creyendo acertado exponerse ótra vez á alguna expedicion formidable; y por fin á la Prusia desconceptuada, ya sin el menor valor á los ojos de las gentes todas; y el mundo entero en este estado deseoso de conservar la paz ó de conseguirla, si bien es cierto que con condiciones hasta entonces todavía no claramente definidas, pero tales que al cabo, fuesen como fuesen, habrian de dejar á Francia en superior esfera y como la primera potencia del orbe.

Miraba Napoleon con vivo placer situacion semejante, y no tenia el menor deseo de exponerla á mudanzas, aun cuando fuese para conseguir nuevas victorias. Pero estaba meditando varios proyectos con el intento de que dimanasen natural é inmediatamente del tratado de Presburgo, teniéndolos por tan generalmente previstos, que, solo con la condicion de llevarlos sin demora á cumplido efecto, confiaba en que lograria comprenderlos en los dos tratados de paz que estaba negociando á la par con Rusia y con Inglaterra. Entonces su Imperio, tal cual él le tenia concebido en la prodigiosa capacidad de su mente, quedaria constituido de una manera definitiva con aceptacion de toda Europa. Conseguidas estas ventajas, miraba la paz como remate y afianzamiento de su obra, como galardón debido de sus trabajos y de los de su pueblo, y como cumplimiento de lo que con mas placer y viveza anhelaba. Al cabo, segun él mismo habia enviado á decir á M. Fox, era hombre, y distaba mucho de ser insensible al encanto

Abr. 1806.

Magnífica  
situacion  
de  
Napo-  
leon  
en 1806,  
siendo  
dueño de  
hacer la  
paz con  
todas las  
poten-  
cias.



Abr. 1806. de una vida sosegada. Con su índole vária y en todo poderosa se hallaba tan dispuesto á disfrutar del regalo de la paz y de la gloria de las artes de utilidad y recreo, cuanto á trasladarse otra vez á los campos de batalla para pasar noches al raso sobre nieves entre las filas de sus soldados.

Vuelve  
lord  
Yar-  
mouth  
á Paris  
siendo  
portador  
de las  
condicio-  
nes de la  
Inglaterra.

Lord Yarmouth habia vuelto de Lóndres, siendo portador de una carta particular de M. Fox, la cual daba testimonio de que el enviado disfrutaba de toda la confianza del ministro, y de que podia hablársele sin reserva. Añadia á esto que el lord Yarmouth recibiria poderes no bien se viese esperanza fundada de avenirse ambos gobiernos. Entonces M. de Talleyrand le habia enterado de las comunicaciones entabladas con la Rusia, probándole con ello cuán inútil era reclamar una negociacion colectiva, supuesto que la misma Rusia se prestaba á una negociacion separada. En lo relativo á la pretension de Inglaterra de no ser excluida de los negocios del continente, ofreció M. de Talleyrand á lord Yarmouth *que de oficio se reconociese un derecho igual en una y otra potencia de intervenir en los negocios continentales y marítimos, y de salir en todos ellos garantes* (1). Así dejaba de ser cuestion disputable la de la negociacion por separado, y cesaban de presentar dificultades insuperables las condiciones de la paz. La Inglaterra queria conservar á Malta y al Cabo de Buena Esperanza, y aun manifestaba deseo de quedarse con los establecimientos franceses en la India como eran Chander-nagor y Pondichery, con las islas francesas de Tabago y Santa Lucía, y especialmente con la colonia holandesa

(1) Así está en el texto del despacho,

de Surinam, situada en el continente americano. De estas varias posesiones solo Surinam era digna de consideracion, porque Pondichery era una reliquia vana del poder antiguo de la Francia en la India, y Tabago y Santa Lucía no tenian bastante valor para negadas con justo motivo á quien las pretendiese. En punto á Surinam no mostraba la Inglaterra absoluto empeño. En cuanto á las conquistas hechas por los franceses en el continente no ponía reparo la Gran Bretaña á dejárselas todas, sin exceptuar á Génova, Venecia, la Dalmacia y Nápoles. Solo en dar á Sicilia habia dificultad. Explicándose sobre ello en confianza lord Yarmouth, decia que estaban ya todos cansados de patrocinar á los Borbones de Nápoles, á un rey necio y á una reina loca; que, sin embargo, si quedaba siendo de ellos de hecho la isla de Sicilia, la cual hasta entonces no habia sido conquistada por José, habria necesidad de pedir que se los conservase en su posesion; pero que esta seria una cuestion que dependeria de las operaciones militares que se estaban siguiendo. Aun en caso de que fuesen despojados de la Sicilia, añadía lord Yarmouth que seria forzoso encontrarles una indemnizacion en cualquiera parte. Entendíase que en pago de tantas condescendencias seria devuelto al rey de Inglaterra el electorado de Hannover. Pero por ambas partes se dejaba esto en reserva, sin hacer formal declaracion de ello.

Era, pues, la única dificultad grave determinar de quién habia de ser la isla de Sicilia, y aun esto podia arreglarse si era conquistada inmediatamente la isla, dando por su pérdida una indemnizacion por mezquina que fuese. Fueron enviados los pasaportes al señor de Oubril, sin saberse qué pretensiones traía, pero creyén-



Apr. 1806. dose que no debian ser muy diferentes de las de la Inglaterra.

Quiere  
Napo-  
leon  
dar  
largas á  
la  
negocia-  
cion,  
á fin de  
tener  
tiempo  
de llevar  
á  
cumplido  
efecto  
varios  
proyec-  
tos  
que  
habia  
concebi-  
do,  
y de  
hacer  
que los  
apruebe  
la  
Europa á  
titulo de  
ser  
hechos  
consuma-  
dos.

Vasto  
sistema  
del  
Imperio  
francés  
que  
habia de  
estar  
compues-  
to  
de  
Estados  
vasallos  
entre  
reinos,  
principa-  
dos,  
grandes  
ducados,  
y  
ducados,

Napoleon veia claramente que, no precipitando las negociaciones, y por el contrario acelerando la ejecucion de sus proyectos lograria dos de sus propósitos; uno constituir un imperio segun queria, y otro hacer que en la paz general quedase reconocido y confirmado su establecimiento.

Desde su subida al trono, prefiriendo el titulo de emperador al de rey, habia discurrido un vasto sistema de imperio con reyes como vasallos de él en cierto modo dependientes, haciendo una imitacion del imperio germánico, imperio tan venido á menos que solo en el nombre vivia, despertando su caida tentaciones de reemplazarle en Europa. Las últimas victorias de Napoleon le habian exaltado la imaginacion á punto de que no pensaba en menos que en restaurar el imperio de Occidente, ciñéndose él su corona, y restableciéndole de este modo en provecho de la Francia. Cuáles habian de ser las nuevas coronas estaba ya determinado, y que las llevasen los de la familia de Bonaparte. Eugenio de Beauharnais, adoptado por su hijo, y casado con la princesa real de Baviera, era ya virey de Italia, vireinato que comprendia la mas importante mitad de la península italiana, supuesto que se extendia desde Toscana hasta los Alpes Julianos. José, hermano mayor de Napoleon, estaba nombrado rey de Nápoles, de suerte que solo quedaba entregarle á Sicilia para que tuviese por suyo uno de los mejores reinos entre los de segundo orden. La Holanda, la cual tropezaba con graves dificultades para gobernarse como república, estaba puesta en dependencia de Napoleon, quien creia lo mejor hacerla

Abr. 1806.

parte del sistema de su imperio, constituyéndola en reino cuyo trono ocupase su hermano Luis. Con esto se contaban tres reinos, los de Italia, Nápoles y Holanda, que habian de estar bajo el señorío del emperador francés. A veces, cuando extendia á mas los pensamientos, á modo de sueños, de su grandeza, pensaba en España y Portugal, que todos los dias le estaban dando señales de enemistad, encubierta la de aquella (1) y patente la de estotra. Pero esto quedaba todavía fuera y distante del espacioso horizonte que en su mente abarcaba, y era preciso que le obligase la Europa á dar otro golpe de ruido y lustre como el de Austerlitz para que se arrojase á lanzar completamente á la casa de Borbon de los tronos de que aún era dueña. Ciertó es, con todo, que la idea de expelerla de ellos empezaba á hacerse sistemática allá en su pensamiento. Desde que, en fuerza de las circunstancias, tuvo que destronar á los Borbones de Nápoles, consideraba destinada la familia de Bonaparte á sustituirse á la de Borbon en el s6lio de los Estados del Mediodía de Europa.

En la vasta gerarquía de Estados vasallos dependientes del imperio francés, queria que hubiese segunda y tercera esfera, compuestas de ducados grandes y pequeños, remedo de los feudos del imperio antiguo de Alemania. Ya habia constituido en provecho de su hermana mayor Elisa el ducado de Luca, al cual se proponia dar aumento agregándole el principado de Massa que desprenderia del reino de Italia. Tambien proyectaba crear otro de Guastala, separándole del mismo reino.

Reino  
de  
Italia.Reino  
de  
Nápoles.Reino  
de  
Holanda.Ducado  
de  
Luca.Ducado  
de  
Guastala.

(1) ¡Buena enemistad la de España, que estaba sacrificando á Francia su marina, su hacienda, su gloria y su dicha! Trata M. Thiers de justificar á Napoleon en 1808.



Abr. 1806. Eran de muy corto valor tales desmembraciones cotejadas con la magnífica agregacion de los Estados venecianos. Napoleon acababa de conseguir de la Prusia el principado de Neufchatel, el margraviato de Anspach, y los restos del ducado de Cleves. Habia dado á Baviera el territorio de Anspach para tomar en trueco el ducado de Berg, lindo distrito, situado en la orilla derecha del Rhin, algo mas abajo de Colonia, y en el cual estaba comprendida la importante plaza de Wesel.—Estrasburgo, Maguncia, y Wesel (decia Napoleon) son *las tres bridas* del Rhin.—

Habia ademas en la Italia superior el Estado de Parma y Plasencia, y en el reino de Nápoles los principados de Ponte-Corvo y Benevento, feudos por los cuales andaban en litigio el rey de las Dos Sicilias y el Papa, que tambien en aquella hora estaba dando al emperador francés motivos de gravísimo descontento. Pio VII no habia sacado de París todas las satisfacciones que se prometia. Si bien habia salido muy lisonjeado de las atenciones que con él tuvo Napoleon, veíase burlado en sus esperanzas de lograr resarcimiento en territorio del que la Sede Romana habia perdido. Ademas estar ya invadida toda Italia por los franceses, cuya dominacion se dilatava desde los Alpes Julianos hasta el estrecho del Faro de Messina, le parecia llevar consigo la pérdida completa de la independencian de los Estados Romanos. De esto último estaba desesperado, y lo manifestaba por todos cuantos medios podia. No queria poner en órden la Iglesia de Alemania, privada de prelados y cabildos desde la época de las secularizaciones. No aprobaba cosa alguna de lo resuelto en los negocios religiosos del reino de Italia. Con motivo de haber contraido matrimonio

Abr. 1806.

en los Estados-Unidos Gerónimo Bonaparte con una señora protestante, y de estar resuelto Napoleon á dar este enlace por nulo, oponia á esto último el Pontífice una resistencia poco sincera pero terca, usando así, á falta de armas temporales de las espirituales. Napoleon le habia enviado á decir que se tenia por señor de toda Italia, inclusa Roma, y que no toleraria en aquella region á enemigo alguno, aun siéndolo encubierto, sino que seguiria el ejemplo de los príncipes, que, manteniéndose fieles á la Iglesia, habian sabido dominarla, pues él para la Romana era un segundo Cárlo Magno, porque la habia restablecido en su imperio, y como otro Cárlo Magno queria ser tratado. Entretanto, para dar pruebas de su disgusto, se echó sobre Ponte-Corvo y Benevento. Este fué el deplorable principio de una desavenencia funesta que por entonces juzgó Napoleon posible contener dentro de ciertos límites señalados á su gusto, y mirando por el interés de la religion y del imperio.

Así, ademas de algunos tronos que tenia que dar, era dueño de los Estados de Luca, Guastala, Benevento, Ponte-Corvo, Plasencia, Parma, Neufchatel y Berg para repartirlos entre sus hermanas y sus mas fieles servidores, con título ya de principados, ya de ducados. Dando reinos como era el de Nápoles á José, y aumentos de territorio como era la dádiva de los Estados venecianos á Eugenio, pensaba en crear ademas como unos veinte ducados menores, así para sus generales como para sus mejores servidores en la carrera civil, los cuales habian de formar tercer esfera en la gerarquía imperial, recompensándose así á los hombres á quienes debian él su trono y Francia su grandeza.

Desde que ciñéndose Napoleon las sienes con la

Créanse  
ducados  
de  
inferior  
valor  
en los  
Estados  
venecia-  
nos  
y  
el reino  
de  
Nápoles.



Abr. 1806. corona imperial se habia adjudicado á sí mismo el premio de las maravillosas hazañas llevadas á cima por la generacion presente, habia dado suelta y vuelo á los deseos de los compañeros de su gloria que tambien aspiraban á lograr el galardón de sus trabajos. Por desgracia, ya no imitaban en lo sóbrios á los generales de la república, y á menudo se tomaban mas que lo que su señor se apresuraba á darles. Acababan de hacerse en Italia, y señaladamente en los Estados venecianos, dolorosas exacciones, que Napoleon habia procurado reprimir con rigor sumo, llegando con vigilancia increíble, á fuerza de averiguar, á descubrir el secreto de tales excesos, llamando ante sí á los que se habian arrojado á cometerlos, y sacándoles una confesion del valor de lo que se habian apropiado, incluso el general en jefe, el cual habia tenido que pagar á la caja del ejército una cantidad considerable.

Pero no queria él imponer á sus generales la obligacion de una integridad rigida sin dar recompensa á su heroismo.—Decidles, escribió á Eugenio y á José, á cuyas órdenes estaban sirviendo muchos de los oficiales cuya conducta acababa de ser un tanto castigada, que á todos daré mucho mas que lo que podrian ellos tomarse por su mano; que lo que ellos se tomasen los cubriria de ignominia, y lo que yo les diere los colmará de gloria, dando inmortal testimonio de la que se han ganado; y que, pagándose por sí, vejarian á mis pueblos y harian á Francia objeto de las maldiciones de los vencidos, al paso que, recibiendo de mí lo que con mi prevision he allegado, á nadie despojarán ni acarrearán perjuicios. Que esperen, añadió, y se verán ricos y honrados, sin tenerse que abochornar de rapiña alguna.—

Así, como bien se vé, con sus conceptos en la apariencia mas vanos iban mezcladas ideas profundas. Estaba resuelto á satisfacer en sus generales el deseo de pompas y regalo, pero encaminándole á buscar nobles recompensas legítimamente ganadas. En tiempo del Consulado, cuando todo tenia aún forma republicana, habia discurrido la órden de la Legion de Honor. Ya que todo cuanto le rodeaba iba vistiendo los arreos de la monarquía, y él creciendo portentosamente á ojos vistas, queria que con él creciesen sus allegados. Por eso meditaba crear reyes, grandes duques, duques, condes y barones. M. de Talleyrand, constante encarecedor de las ventajas de semejantes creaciones, habia trabajado mucho en la grande obra de Napoleon, y hablándole del asunto de que ahora se trata tanto cuanto del arreglo nuevo de Europa, que estaba encargado al ministro negociar en Presburgo. Entrambos tenian concebido un vasto sistema de grandes vasallos, que contuviese duques, grandes duques y reyes bajo el señorío del emperador; teniendo los agraciados no títulos vanos, sino principales verdaderos, ya en dominios territoriales, ya en pingües rentas.

Los reyes nuevos, para que hubiese mas conformidad entre el novel imperio francés y el antiguo de Alemania, habian de conservar en los tronos que fuesen á ocupar su calidad de grandes dignidades imperiales, continuando José siendo grande elector, Luis condestable, Eugenio archicanciller de Estado, y Murat grande almirante, aunque pasasen á ser reyes ó grandes duques. Entretanto habrian de hacer las veces de éstos, en sus ausencias, un vice-gran elector, un vice-condestable, y así por el mismo tenor, con lo cual se multiplicarian los



**Abr. 1206.** cargos que habria que repartir. Los reyes, que siguiesen siendo dignidades del imperio francés, habrian de venir con frecuencia á hacer residencia en Francia, donde habrian de tener en el Louvre un establecimiento propio de reyes destinado á sus personas. Tambien formarían como un consejo de familia imperial, en el cual desempeñarian ciertos cargos especiales cuando fuese menor de edad el heredero del trono, y aun tendrian la prerogativa de elegir el emperador si llegase á extinguirse la línea de varon, como á veces sucede en las familias reinantes.

Proyecto  
secreto  
de  
restable-  
cer  
el  
Imperio  
de  
Occi-  
dente.

Quedaba así completa la semejanza del nuevo imperio con el germánico, y, como este último se iba desquiciando y desmoronando, y aun estaba expuesto á desaparecer con solo que así fuese la voluntad de Napoleon, el francés estaba pronto á ocupar el lugar vacante en Europa. Así podia volver á ser el imperio de los Francos lo que habia sido en tiempo de Cárlo Magno, esto es, el imperio de Occidente, y aun tomar de él hasta el título. Este era el último anhelo de la ambicion gigante de Napoleon, y lo único que no llegó á convertir en realidad, aunque por conseguirlo causó duros tormentos al mundo, originándosele quizá de ello su propia ruina. M. de Talleyrand, que, si bien de continuo aconsejaba la paz, solia lisonjear las pasiones productoras de nuevas guerras, ponía con frecuencia á los ojos de Napoleon la idea de ser emperador de Occidente, sabiendo cuán viva y profunda conmocion producía en su ánimo tal imágen, pues cada vez que de este asunto le hablaba le veía centellear los ojos con el fuego de la ambicion á la par que con la lumbre de un entendimiento de superior clase. Poseído con todo Napoleon

de cierto empacho, así como cuando estaba en vísperas de apoderarse de la potestad suprema, no se atrevía á declarar á cuánto se dilataba su deseo. El archicanciller Cambaceres, con quien se franqueaba mas porque estaba seguro de su reserva completa, estaba enterado á medias de su secreto anhelo, pero se habia guardado de fomentarle tales pensamientos, porque en él lo extremado de la adhesion nunca acallaba la voz consejera de la prudencia. Era sin embargo evidente que, encumbrado aquel varon sin par á la cima de las grandezas humanas, y llegado al punto de donde no pasaron ni Alejandro, ni César, ni Cárlo Magno, deseaba con la viveza de su espíritu inquieto é insaciable tomar el título de emperador de Occidente, que durante mil años no habia sido llevado por soberano alguno en el mundo.

Entre los pueblos del Mediodía y Occidente de la Europa, sean franceses, ó italianos, ó españoles, hijos todos ellos de la cultura romana, existe cierta conformidad en condicion, costumbres é interés, y á veces en territorio, que no se encuentra allende el canal de la Mancha, ó pasado el Rhin, ó el círculo formado por los Alpes, ó dígase entre los ingleses y alemanes. Parece como que esta conformidad les indica una alianza natural entre sí, idea llevada á cumplimiento hasta cierto punto con haber juntado la familia de Borbon bajo los cetros empuñados por príncipes de su familia á Francia, á España, á Nápoles, á Parma, y á veces á Milan y á Florencia. Si era esto lo que apetecía Napoleon; si, siendo señor de la Francia, dilatados sus términos hasta las bocas del Mosa y del Rhin, y las cumbres de los Alpes, y dueño tambien de Italia entera, con posibilidad de serlo pronto de España, solo aspiraba á constituir



Abr. 1806. de nuevo la estrecha union de los pueblos, de origen latino, dándole la forma de imperio de Occidente, simbólica y por las memorias que despertaba sublime; aunque algo se violentaba para lograr tan altos fines la índole de las cosas, al cabo la violencia no llegaba á dejarlo todo forzado. Poníase en lugar de la familia de Borbon la de Bonaparte para que reinase de un modo mas cabal en la extension de tierras que habia aspirado á dominar aquella antigua estirpe de reyes, haciendo que los nuevos monarcas estuviesen unidos con la cabeza de su linaje por el simple lazo de reconocimiento de su señorío, sin que perdiese nacion alguna de las del Mediodia su independencian por una cosa que solo servia de dar mas robustez á la haz formada de todas ellas juntas. Con la superioridad mental de Napoleon, y trasladando éste á la política la prudencia que en las cosas de la guerra manifestaba, y alargándose mucho su reinado, quizá no era este concepto imposible de pasar á ser realidad. Pero la naturaleza de las cosas, que siempre se venga con rigor de los que la desconocen, quedaba violentada hasta con locura, cuando Napoleon, en su ambicion, cesaba de respetar el límite del Rhin, y cuando queria juntar Germanos con Galos, someter pueblos del Norte á otros del Mediodia, y establecer príncipes franceses en Alemania, á pesar de una antipatía invencible de las costumbres de los pueblos y de las de los personajes destinados á regirlos, apareciendo con esto á la vista del mundo la fantasma de la monarquía universal en todos tiempos temida y abominada por la Europa entera, y á la cual tendrá razon de oponerse con teson violento, aunque tal vez llegará el dia en que á ella haya de sujetarse, tomando por señores á los pueblos del

Norte, despues de haberse resistido á llevar el yugo de los de Occidente. Ahr. 1806.

Una cadena eslabonada de hechos imprevistos hasta para la gigante y perspicaz ambicion de Napoleon, estaba en aquellos mismos dias causando la disolucion del imperio germánico, é iba á dejar vacante el hermoso título de emperador de Alemania, que en la cabeza de los sucesores de Cárlo Magno se habia sustituido al título de emperador de Occidente. Era este un nuevo y fatal incentivo á los proyectos que estaba alimentando Napoleon en su mente sin atreverse todavía á manifestarlos.

Pensando Napoleon en los últimos tratados que habia hecho con el Austria en recompensar á sus tres aliados de la Alemania meridional los príncipes de Baviera, de Wurtemberg y de Baden, y en cortar todo motivo de disgusto entre ellos y el soberano cabeza del Imperio, acabando de resolver ciertas cuestiones que en 1803 habian quedado pendientes, habia fallado, sin recelarse que así lo hacia, la próxima disolucion del imperio antiguo de Alemania. De este modo, sirviendo de instrumento puesto por la Providencia, involuntario á veces y casi nunca conocido, para llevar adelante la revolucion de Francia, á la cual tocaba mudar la faz del mundo, habia preparado, siendo inocente de su accion, una de las mayores reformas en el estado de Europa.

No puede haberse olvidado cómo en 1803 fué llamada la Francia á entrometerse en el gobierno interior de Alemania, y cómo los príncipes despojados del total ó de parte de sus Estados por haber venido á ser, en virtud de cesiones, territorio francés el de la orilla izquierda del Rhin, habian resuelto resarcirse de sus pérdidas



Abr. 1806. secularizando los principados eclesiásticos, si bien, no pudiendo ponerse de acuerdo sobre el modo de repartírselos, habian recurrido á Napoleon pidiéndole favor para que dirigiese la particion, haciéndola con la equidad y valentia sin las cuales era empresa imposible. La Prusia y el Austria habian recibido de las propias manos del dominador de la Francia los bienes de la Iglesia, con un solo disgusto, que era no recibirlos en mayor número. La supresion de los principados eclesiásticos habia traido consigo mudanzas en los tres colegios que componian la Dieta. En punto al de los electores, las partes se habian entendido entre sí, pero no en lo relativo al de los príncipes, donde pretendia el Austria que hubiese un número de votos de católicos superior al que le habia sido concedido. Habianse entendido sobre el colegio de las ciudades, reduciendo el número de éstas á seis, y acabando casi enteramente con su influjo. Nada se habia determinado tocante al nuevo órden y arreglo que convenia poner en los círculos, cuyo oficio era mantener el respeto á las leyes en cada grande provincia de Alemania, ó sobre el órden y arreglo en materias religiosas, venido á ser necesario por haber quedado suprimidas varias sedes episcopales, y retardado indefinidamente por la mala voluntad del Papa. Por fin, no estaba resuelta la grave cuestion de la nobleza llamada inmediata, porque en ella estaba interesada toda la aristocracia alemana, y con especialidad el gobierno de Austria, siendo los nobles inmediatos vasallos dependientes del Imperio é independientes de los príncipes territoriales, y haciendo al emperador una cantidad considerable de servicios, de los que no era el menor autorizarle á reclutar gente para su ejército en sus tierras,

Cansadas las potencias mediadoras, Francia y Rusia, de una mediacion prolija, y distrayéndoles la atencion á otros puntos varios sucesos, apenas habian alzado mano en aquel negocio, dejando á Alemania á medio reformar, cuando este desgraciado pais habia caido en el mayor desconcierto y desórden. El Austria, so color de un supuesto derecho, habia usurpado las dependencias de los bienes eclesiásticos dados por via de indemnizacion, y privado á los príncipes indemnizados de una parte notable de lo que les era debido. Los mismos príncipes, por su parte, habian tirado á apropiarse los bienes de la nobleza inmediata, y aprovechándose para el intento de las incertidumbres del último receso.

Habiendo la guerra de 1805 traído otra vez á Napoleon allende la ribera derecha del Rhin, se habia él valido de la ocasion para resolver en provecho de los príncipes, sus aliados, las cuestiones todavia pendientes, y así habia creado en Baden, Wurtemberg y Baviera, cierta disonancia con lo demas de Alemania; pero de la codicia de los mismos aliados de la Francia habian nacido dificultades, cuyo efecto se sentia en la Alemania entera. El rey de Wurtemberg, sin sujetarse á freno ni regla, habia usurpado las tierras de la nobleza inmediata, así las que tenian calidad de tales, como las que no la tenian, aun siendo de los mismos dueños. Habia arrogádose derechos muy superiores á los de un soberano del territorio, y apoderádose de castillos y haciendas de la nobleza, como si fuese su verdadero propietario. Todos cuantos derechos de origen feudal habia pretendido el Austria ejercer en Suabia, y que tenian un alcance peligroso porque los hacia arbitrarios, los tomó para sí, y se tituló dueño de ellos en virtud de haberse

Abr. 1806.

Entran  
de nuevo  
en  
Alema-  
nia  
el  
desórden  
y  
descon-  
cierto  
de  
resultas  
del  
tratado  
de  
Pres-  
burgo.



Abr. 1806. hecho con la posesion de ciertas cabezas de partido feudales de resultas de la particion de la Suabia austriaca, y empezó á hacer uso de los mismos derechos con mas rigor que el que solia usar la misma cancillería de Viena. Las casas de Baden y de Baviera, instigadas con empeño por el mismo príncipe, y autorizándose con su ejemplo, cometian idénticos excesos en los lugares á que su poder se extendia. Habia sido llevado el desprecio de la justicia y del buen derecho á punto de haber penetrado los tres príncipes en territorios de otros inferiores, pero soberanos, encartados en sus Estados, dando por pretexto que entraban allí á buscar dominios de la nobleza inmediata, que en ningun caso podrian pertenecerles, pues, suponiendo que hubiesen de ser de otros que de los mismos nobles inmediatos, debian considerarse, cuando mas, traspasados al príncipe soberano del cual inmediatamente dependian.

Napoleon habia dado encargo á M. Otto, su ministro plenipotenciario en Munich, en calidad de juez árbitro, y á Berthier en calidad de ser quien mandaba la fuerza ejecutiva, de que arreglasen entre Baden, Wurtemberg y Baviera, todas cuantas contestaciones naciesen de la particion de los territorios austriacos de Suabia.

Descomposicion total de la Dieta, con lo cual queda abolido el gobierno federal de Alemania.

Yéndose complicando las dificultades, habia Napoleon agregado á sus dos primeros comisionados otro tercero, que era el general Clarke, á fin de que los ayudase á desenmarañar aquella enredada madeja. Unos y otros tenian poca esperanza de conseguirlo. Los príncipes á quienes se habia violentado habian recurrido ante todo á la Dieta de Ratisbona, pero faltos los ministros en la Dieta de valor y de autoridad, desde que ya no le daba ni ésta ni aquel el Austria, se declaraban sin poder alguno á

vista del desórden que por donde quiera crecia. El Abr. 1806. Austria misma los habia reducido á tal flaqueza de fuerzas, segun ellos alegaban quejándose, con haberse negado á autorizar toda deliberacion formal mientras no quedase constituido de nuevo á su gusto el colegio de los príncipes, y no tuviesen entrada en él los votos de católicos en el número que el emperador de Alemania pretendia. Ya la misma potencia, vencida definitivamente, y solo atenta á su propia salvacion, llevaba á remate el hecho de acabar con la Dieta, dejándole ver que no se contaba ni se contaria desde entonces con ella para acto alguno eficaz. Era, pues, la Dieta un cuerpo difunto, ó, si vivo, solo conservado para recibir las comunicaciones que se le hacian, y acusar el recibo, pero sin deliberar sobre materia de cualquiera clase.

A vista de tales cosas los príncipes soberanos menores, los nobles inmediatos expuestos á todo linaje de usurpaciones, las ciudades libres reducidas de seis á cinco por haber sido dada Augsburgo al rey de Baviera, y los principes eclesiásticos, cuyas pensiones no les eran ya pagadas, habian acudido á Munich, implorando la proteccion de la Francia por el conducto de los señores Otto, Berthier y Clarke. Indignados éstos por los actos de opresion de que eran testigos, al principio formaron á modo de un congreso para conciliar el interés de los unos con el de los otros, y juntamente impedir que á la sombra del patrocinio de la Francia se cometiesen iniquidades. M. Otto habia concebido un proyecto de ajuste que habria de presentar el gobierno francés á los principales opresores, que eran los soberanos de Baviera, Baden y Wurtemberg, pero pronto quedó convencido de que no estaba haciendo menos que un



Apr. 1806. plan nuevo de constitucion germánica. Ademas los agentes del rey de Wurtemberg, cuando les fué presentado el proyecto del plenipotenciario francés, rompieron en estre-pitosas quejas, declarando que nunca consentiria su soberano en las concesiones que se le proponian. Parecia en verdad que aquel príncipe, recién elevado á ser rey, cuyos Estados habian tenido notable aumento, y cuyas prerogativas de soberano se habian duplicado, se quejaba de ser despojado de lo suyo por la Francia porque ésta le pedia que tuviese algun respeto á las propiedades, y algunos miramientos de buen vecino con los suyos pobres en fuerzas. No sabiendo ya qué hacer M. Otto, remitió á París todo el negocio; las reclamaciones, los reclamantes, y los proyectos de arreglo que habia discurrido con la mira á hacer justicia. Esta remision fué á fines de marzo.

Los  
príncipes  
alema-  
nes,  
oprimi-  
dos  
de  
nuevo,  
recurren  
á la  
Francia.

Desde entonces opresos y opresores vinieron á quedar á los piés del trono de Napoleon, con lo cual se hacia evidente que el cetro de Cárlo Magno habia pasado de manos de los Germanos á las de los Francos. Esto habia dicho y escrito de todos los modos posibles el príncipe archicanciller, único elector eclesiástico conservado por Napoleon, y trasladado, como en otro lugar de esta historia va referido, de Maguncia á Ratisbona. Este príncipe, de quien tambien en otra parte queda dicho que era amable de condicion, pero veleidoso, y muy inclinado á gastar, así como á buscar quién tenia la prepotencia, no cesaba de suplicar á Napoleon que empuñase el cetro de Germania, y por cierto, entre cuantos repitieron á su oido el nombre peligroso de Cárlo Magno, él fué de los principales.—Sois Cárlo Magno, le decia; sed, pues, señor, regulador y salvador de Alemania.—

Si agradaba tanto al emperador francés oír apareado con su nombre el del famoso emperador antiguo de Occidente, no era porque halagase en grado superior su orgullo ser comparado con Cárlo Magno, pues en Alejandro y César tenia émulos mas dignos de su superioridad mental, sino porque era particularmente grato á su ambicion, y cuadraba mas con sus proyectos relativos á la suerte futura de Europa. Por otra parte, no tanto era él quien queria que le llamasen así, cuanto los que recurrian á su poder apelaban á llamarle de un modo que le era lisonjero. Cuando la Iglesia queria algo de él, le decia:—Sois Cárlo Magno; dadnos, pues, lo que él nos dió.— Cuando los príncipes inferiores de todos los Estados se sentian opresos, le decian:—Sois Cárlo Magno; protegédnos como él nos habria protegido.—

No faltaban, pues, quienes le hubiesen inspirado ideas que habria tardado en concebir su ambicion, si hubiese sido perezosa en sus deseos. Pero su ambicion entonces corria parejas con las necesidades de los pueblos que con él trataban.

En todos tiempos, los príncipes de Alemania, ademas de estar unidos por el lazo de la confederacion germánica, autoridad legal, y de ellos generalmente reconocida, habian formado ligas particulares para defensa de algun interés ó derecho que era comun á varios de su número. Lo que todavía quedaba de estas ligas recurria á Napoleon rogándole que interviniese en su provecho, así en calidad de autor y garante del acto de mediacion de 1803, como en la de firmante y ejecutor del tratado de Presburgo. Unos le proponian formar nuevas ligas bajo su proteccion y otros hacer una nueva constitucion germánica bajo su cetro imperial. Los prin-

Abr. 1806.



Abr. 1806. cipes cuyas posesiones estaban invadidas, los nobles inmediatos que se veian despojados de sus tierras, y las ciudades libres amenazadas de perder su libertad é independencia proponian planes diferentes, pero todos estaban prontos, á trueco de encontrar proteccion, á sujetarse al que se aprobase.

Plan  
de una  
nueva  
confede-  
racion  
germá-  
nica  
discur-  
rido  
por el  
elector  
de  
Ratis-  
bona,  
príncipe  
archican-  
ciller  
del  
Imperio  
de  
Alema-  
nia.

El príncipe archicanciller, temeroso de que su electorado eclesiástico, único salvado del naufragio, se perdiese en la nueva borrasca que habia sobrevenido, discurrió, para dejarle en salvamento, un plan, que fué formar nueva confederacion germánica, de cuyas deliberaciones tuviese él la presidencia, y que comprendiese á todos los Estados alemanes, excepto á Prusia y Austria. Para interesar á Napoleon en que crease este nuevo cuerpo ó poder, discurrió dos medios; consistiendo el primero en crear un electorado anejo al ducado de Berg, del cual se sabia que habia de ser de Murat, y el segundo en nombrar un coadyutor para el arzobispado de Ratisbona, y escogerle en la familia imperial de Bonaparte. Siendo este coadyutor señalado para suceder en la Sede arzobispal de Ratisbona, y ser futuro archicanciller de la confederacion, con su nombramiento quedaba bajo el poder de Napoleon la nueva Dieta. La persona de la familia imperial de Francia destinada al cargo de coadyutor era el cardenal Fesch, arzobispo de Leon y embajador en Roma, señalándole ser el único de su linaje de la profesion eclesiástica (1).

(1) El siguiente es el curioso documento que fué remitido con este otivo á Napoleon.

*Ratisbona 19 de abril de 1806.*

SEÑOR:

La mente superior de Napoleon no se reduce á crear la felicidad de la Francia, sino que la Providencia concede un varon sin par al universo. La estimable nacion germánica gime en las desgracias del

Abr. 1806.

El archicanciller, sin esperar á que su plan fuese propuesto, examinado y aprobado, teniendo gran priesa de asegurarse la conservacion de su Silla episcopal por medio de una adopcion que hiciese imposible suprimirla, á menos que Napoleon quisiese causar perjuicio al interés de su familia, cosa nada fácil, porque ella no lo consentiria, ni él le exigiria tal sacrificio; y sin consultar á persona alguna, con grande asombro de los Estados sus compañeros, escogió al cardenal Fesch para coadyutor del arzobispado de Ratisbona, y escribió á Napoleon una carta de oficio, donde le participaba este nombramiento.

El  
príncipe  
archi-  
canciller,  
arzobispo  
de  
Ratis-  
bona,  
sin  
consultar  
á persona  
alguna,  
escoge  
por  
coad-  
yutor  
al  
cardenal  
Fesch.

desórden político y religioso: sed, señor, regenerador de su Constitucion. Hé aqui lo que lleva á desear el estado presente de las cosas. Que el duque de Cleves sea elector; que cobre los derechos de paso en toda la orilla derecha del Rhin; que el cardenal Fesch sea mi coadyutor, y que las rentas señaladas sobre los productos de los mismos derechos de paso del Rhin á doce Estados del Imperio se saquen de cualquiera otra parte. V. M. imperial y real juzgará en su sublimidad si conviene al bien general llevar á ejecucion estas ideas. Si en esto me descarría algun error (\*) ideológico, á lo menos mi interior me dá testimonio de la pureza de mis intenciones.

Quedo con un afecto inviolable, y el mas profundo respeto, señor, de V. M. imperial y real el mas humilde y apasionado admirador,

CARLOS, ELECTOR ARCHICANCELLER.

La nacion germánica necesita regenerar su Constitucion, porque la mayor parte de sus leyes no contiene mas que palabras sin sentido desde que los tribunales, los círculos y la Dieta del Imperio carecen de los medios necesarios para amparar los derechos de propiedad y seguridad personal de los individuos que componen la nacion, no pudiendo por consiguiente las instituciones antiguas proteger á los oprimidos de los atentados del poder arbitrario y de la codicia. Tal situacion lo es de desgobernio y de descontento porque llevan los pueblos las cargas del estado social sin disfrutar de sus principales ventajas; suerte tristísima para una nacion profundamente estimable por su lealtad, su industria y su vigor primitivo. La Constitucion germánica no puede ser regenerada sino por un varon que sea cabeza de un Imperio, y éste dotado de un gran carácter, tal que restituya su fuerza á las leyes, concentrando en sus manos la potestad ejecutiva. Los Estados del Imperio disfrutarán mejor de sus dominios cuando los deseos de los pueblos estuvieren declarados y examinados en la Dieta,

(\*) El traductor no puede verter esto en castellano sin dejarle la singularidades que en el original francés tiene.

N. DE A. A.





Abr. 1806.

Napoleon no tenia razon alguna de querer bien al cardenal Fesch, hombre vano y terco, y no el menos inquieto y molesto entre todos los de su parentela, y tenia muy poco deseo de ponerle por cabeza del Imperio germánico. Sin embargo, toleró sin decir cosa alguna tan singular nombramiento, en el cual veia un síntoma evidente de la disposicion de los principes alemanes oprimidos á poner en sus manos el nuevo cetro imperial.

Forma  
Napoleon  
el  
proyecto  
de una  
confede-  
racion  
del  
Rhin.

No queria Napoleon en aquel momento arrebatarse el de Alemania al principe cabeza de la casa de Austria, empresa que le parecia demasiado grande para acometida entonces, aunque desde el dia de su victoria en Austerlitz pocas cosas habia que le infundiesen susto.

puestos los tribunales en mejor planta y órden, y administrada la justicia de una manera mas eficaz. S. M. el emperador de Austria, Francisco II, seria un individuo particular respetable por sus dotes personales, pero de hecho el cetro imperial de Alemania se le va yendo de entre las manos, porque ahora tiene contra sí el mayor número de votos en la Dieta, y porque ha faltado á su capitulacion ocupando á Baviera, trayendo á los rusos á Alemania, y desmembrando el Imperio para pagar con partes de éste faltas cometidas al sustentar contiendas particulares de su casa. *Ojalá sea emperador de Oriente para resistir á los rusos, y resucite el Imperio de Occidente en el emperador Napoleon, tal cual era, imperando Cárlo Magno, esto es, componiéndole Italia, Francia y Alemania!* Parece muy posible que los males del actual desórden den á sentir al mayor número de los electores la necesidad de semejante regeneracion, así como los de tiempos antiguos escogieron por emperador á Rodolfo de Habsburgo despues de las turbulencias del grande interregno. El archicanciller cuenta con medios muy escasos, pero á lo menos tiene una intencion pura cuando se promete todo de las luces del emperador Napoleon, señaladamente en los objetos que pueden dar cuidado á la Alemania meridional, mas particularmente adicta á este monarca. La regeneracion de la Constitucion germánica ha sido objeto del constante anhelo del elector archicanciller, el cual nada pide para sí, ni, dándole algo, lo aceptaria; pero piensa que si pudiese S. M., el emperador Napoleon, venir en persona todos los años durante algunas semanas á verse en Maguncia ó en otro lugar con los principes que le son amigos, las semillas de la regeneracion germánica brotarian y darian fruto muy pronto. M. de Hedouville merece completa confianza al elector archicanciller, á quien será de suma satisfaccion que tenga á bien exponer estas ideas en toda su pureza á S. M. el emperador de los franceses y á su ministro M. de Talleyrand.

CARLOS, ELECTOR ARCHICANCELLER.

N. DE M. THIERS.

Pero conocia todo lo que podia atreverse á emprender en aquella hora en Alemania, y sobre lo que le convenia hacer tenia ya un propósito fijo. Por lo pronto queria desquiciar el Imperio germánico, y debilitarle de modo que solo el francés brillase en Occidente. Luego, queria juntar á los príncipes de la Alemania meridional, cuyos Estados estaban situados por las orillas del Rhin en Franconia, Suabia y Baviera, y formar con ellos una confederacion de que él fuese protector con el título de tal claro y explicito. La nueva confederacion habia de declarar rotos los lazos que antes unian con el Imperio germánico á quienes la formaban. En cuanto á los demas príncipes de Alemania, ó habrian de seguir en la confederacion antigua teniendo por cabeza al Austria, ó, lo que era mas probable, de separarse de ella, é irse ligando á su gusto, con la Prusia unos y con el Austria otros. Entonces el Imperio francés, teniendo bajo su formal señorío los reinos de Italia, Nápoles y Holanda, y acaso algun dia la Península española, y bajo su protectorado á la Alemania meridional, encerraria en sí, poco mas ó menos, los Estados que habian obedecido á Cárlo Magno, y ocuparia el lugar del Imperio antiguo de Occidente. Darle despues este título no pasaria de ser una mudanza de palabra, si bien grave por los celos que causaria en Europa, pero fácil de llevar á efecto en un dia de victoria ó en una negociacion hecha con buena fortuna.

Para llevar á ejecucion tal proyecto poco habia que hacer, porque los reyes de Baviera y Wurtemberg y el gran duque de Baden tenian entonces tratos pendientes en París para llegar de cualquiera manera á dar forma y buen orden á la situacion de sus Estados, aumentados



Abr. 1806. en verdad, pero todavía con inciertos límites y forma.

Otros muchos príncipes pedían ser comprendidos bajo cualquiera título ó condicion en el nuevo sistema federativo, ya previsto ó deseado como inevitable. Ser parte de él era vivir, y no serlo era perecer. No era, pues, necesario á la Francia negociar con otros príncipes que con los de Baden, Wurtemberg y Baviera, y aun con éstos tuvo Napoleon cuidado de no consultarlos sino hasta cierto punto, dejando á todos los demas excluidos de la negociacion entablada. Proponíase presentar el tratado concluido á los príncipes á quienes se creyese oportuno conservar, y admitirlos á firmarle pura y simplemente. La nueva confederacion habia de llevar el título de Confederacion del Rhin, y Napoleon el de su protector.

M. de Talleyrand tuvo encargo, unido con un oficial de secretaria de grande habilidad, llamado M. de Labesnardiere, de extender el proyecto de la nueva confederacion y de someterle en seguida á la aprobacion del emperador su soberano (1).

De este modo, segun se ve, se eslabonaron los hechos que dos veces llevaron á la Francia á intervenir en los negocios de Alemania. En la ocasion primera amenazando al Imperio germánico con un desórden completo la particion de los bienes eclesiásticos, vinieron los mismos interesados á pedir á Napoleon que por sí hiciese las particiones, agregándoles las mudanzas en la Constitucion del Imperio que de las primeras forzosa-

---

(1) Del mismo M. de Labesnardiere, único confidente del hecho de esta creacion importante, ha sabido el autor de esta historia el pormenor de lo que aquí refiere, que por otra parte está apoyado en muchos documentos auténticos.

mente dimanaban. En la segunda ocasion, llamado el Abr. 1806. emperador francés de las riberas del Océano á las del Danubio por haber invadido los austriacos á Baviera, y obligado á buscarse y conservar aliados en la Alemania meridional, dándoles recompensas y engrandecimiento, y al mismo tiempo enfrenándolos cuando querian abusar de su alianza, se vió tambien precisado á intervenir para dejar en buena y ordenada situacion á los príncipes alemanes, en cuya suerte, por razones geográficas, ó dígase de inmediata vecindad, debia tomar la Francia particular empeño.

Si en todo cuanto hizo Napoleon en este caso obró guiado por mira alguna personal, fué por la de dejar vacante un título augusto disolviendo el Imperio germánico para no dejar otro que el francés llamando la atencion de los pueblos todos. Sin embargo, las causas esenciales de su intervencion fueron las violencias de los potentados fuertes, los clamores de los débiles, y un deseo doble muy disculpable, de reprimir injusticias cometidas autorizándose con su nombre, y de reformar la Alemania de un modo conforme á lo que le enseñaba la luz de su natural juicio, supuesto que no podia excusarse de variarla.

No por esto dejó de ser yerro grave en Napoleon haberse excedido de ciertos limites al intervenir en los negocios de los alemanes. Querer ejercer una influencia predominante en la parte meridional de Europa, en Italia ó en España, era conforme á la política francesa en todos tiempos, y por desmedida que fuese esta ambicion bien podian abonar su grandeza victorias sin par brillantes. Pero querer dilatar el poder francés por la parte septentrional de Europa, ó dígase por Alemania,



Abr. 12 06. era llevar la desesperacion secreta del Austria al último punto, y dar á la Prusia una clase de celos que hasta entonces no le habia infundido la Francia; siendo tambien tomar esta á su cargo la resolucion de las dificultades que naciesen de las desavenencias que entre si habian de tener principes inferiores; pasar por apoyo y cómplice de los opresores quien estaba defendiendo á los opresos; y hacerse contrarios á los no favorecidos sin granjearse del todo la amistad de los que lo eran, porque éstos, aun ya en aquella hora, se expresaban de modo que bien dejaban ver cuán capaces serian, despues de haberse enriquecido por medio de la Francia, de volvésele contrarios á fin de comprar de otros la conservacion de lo que habian adquirido. Y en lo tocante al auxilio que daban las tropas de aquellas potencias aliadas, era esto un engaño peligroso, porque inducia á considerar como auxiliares á soldados prontos en alguna ocasion á volverse traidores. Lo que era todavía mayor yerro era mudar las combinaciones antiguas de Alemania que movian á la Prusia á mirar con celos eternos al Austria y por consiguiente á la Francia como amiga, y que hacian á todos los principes del Imperio germánico, constantes en mirarse entre sí con envidiosa rivalidad, clientes de la política francesa que estaban sin cesar buscando su apoyo. Todo cuanto convenia al gobierno francés hacer en Alemania era aumentar en algo la influencia de la Prusia y disminuir en igual proporcion la del Austria, lo cual era bastante para un siglo, siendo todo lo demas confusion y trastorno de la política europea, en vez de útil, funesto. Si se llevaban las mudanzas á punto de hacer á la Prusia omnipotente en el Imperio, únicamente se lograba mudar el objeto de que venia el

peligro trasladando á Berlin el enemigo que siempre habia tenido la Francia en Viena; y si se llevaban al extremo de anonadar juntamente á Prusia y Austria, con ello se excitaba indignacion en la Alemania entera; y en lo tocante á los Estados pequeños todo cuanto se excediese de ser una justa proteccion á ciertos principes de segundo orden como los de Baviera, Baden y Wurtemberg de ordinario aliados de la Francia, y todo cuanto pasase á mas que una razonable recompensa dada á éstos despues de una guerra en pago de su alianza, era una intervencion peligrosa en los negocios ajenos, un aceptar gratuito de embarazos nacidos de interés otro que el propio, y, con el aspecto de una violacion de la independendencia extranjera, un engaño insigne. Quedaba todavía una falta mas grave que cometer, la cual era fundar reinos franceses en Alemania. Napoleon no habia llegado todavía al grado de poder y de desatino que le llevó á este yerro. La antigua Constitucion germánica variada por el receso de 1803, con algunas alteraciones mas descuidadas en la época que acaba de citarse, y mudando un tanto los influjos antiguos solo en la proporcion debida, era lo que entonces convenia á la Alemania, á la Europa y á la Francia. Esta se arrojó á mayor empresa, mas todavía para bien de la Alemania que para el suyo propio, consiguiendo solo inspirar odio enconado á los franceses en los alemanes, los cuales esperaron la hora en que sus vecinos se iban retirando para disparar por la espalda á sus soldados confundidos por el número de sus enemigos. Así se pagan los yerros (1).

---

(1) Sí, es verdad, así se pagan los yerros; pero tambien debe decirse que estos yerros eran tambien culpas. Chistoso es decir que obraba Napoleon en provecho de la Alemania. Lo que hacia era tirar á satisfa-



Abr. 1806.

Napoleon, dejando á los señores de Talleyrand y de Labesnardiere arreglar en secreto los artículos particulares del nuevo plan de confederacion germánica con los ministros de Baden, Wurtemberg y Baviera, habia empezado á proceder á la ejecucion de su plan general, sobretodo en lo relativo á Italia y á Holanda, á fin de que los negociadores ingleses y rusos, tratando con él por separado, encontrasen resoluciones ya llevadas á cumplimiento é irrevocables en punto á las coronas que intentaba dar á su familia.

Relaciones  
personales  
de  
Napoleon  
con su  
familia.

La de Nápoles como vá dicho estaba destinada á José, y la de Holanda á Luis. Con crear estos reyes satisfacía Napoleon juntamente sus afectos naturales al paso que llevaba á ejecucion un cálculo de su política. Era hombre no solamente grande sino tambien bueno, y en su amor á los suyos á veces hasta débil, y no siempre era bien pagado por su bondad, porque no hay en el mundo gentes que exijan tanto como las de una familia subida á mucho de poco. Así, no habia uno solo de sus parientes que, aun reconociéndole por el vencedor de Rívoli, de las Pirámides y de Austerlitz, y por el fundador de la grandeza de los Bonapartes, no creyese con todo haber contribuido en algo á su elevacion, y no se mirase como tratado con injusticia y dureza y de un modo inferior á lo debido á sus merecimientos. Su madre, repitiendo sin cesar que le habia llevado en sus entrañas, se quejaba de que no le hacian bastantes obsequios y rendimientos, y era con todo de las mujeres de su

---

cer su insaciable ambicion, con lo cual, oprimiendo duramente á los alemanes, les inspiró un justo odio, cuyos efectos hubo de sentir á su tiempo.

N. DE A. A. G.

familia la mas modesta y menos desvanecida con su fortuna. Luciano Bonaparte blasonaba de haber contribuido á poner la corona en las sienes de su hermano, por haber sido el único que no perdió la serenidad en el 18 de brumario, y decia que vivia desterrado en pago de tanto servicio. José, el de mejor índole de todos y el mas sensato, alegando ser hermano mayor, decia que le faltaban á la deferencia debida á la calidad de primogénito, y por otra parte propendia á figurarse que los tratados de Luneville y Amiens y el del concordato, que Napoleon le habia dado encargo de firmar por pura complacencia y en detrimento de M. de Talleyrand, eran obra de su habilidad personal tanto cuanto de los grandes hechos de su hermano. Luis, enfermizo, lleno de desconfianzas y de orgullo, preciándose mucho de virtuoso y siendo en verdad honrado, se suponía sacrificado á hacer un papel infame, cual era el de servir de capa, casándose con Hortensia de Beauharnais, al trato amoroso de esta señora con Napoleon; calumnia odiosa inventada por los emigrados y difundida en mil libelos de que Luis cometia la falta de mostrarse sentido en términos de dar á creer que él mismo la tenia por acusacion fundada. Así pues, cada cual se creia víctima en cierto modo y mal pagado por la parte que habia tenido en el engrandecimiento de su hermano. Las hermanas de Napoleon, si bien no se atrevian á tener tan subidas pretensiones, con todo le molestaban con perpetua inquietud, turbando con sus rivalidades, y á veces con su descontento la paz de su alma, atenta á mayores cuidados. Carolina estaba sin cesar pretendiendo para Murat, el cual, aun siendo por demas ligero, á lo menos pagaba con adhesion llena de celo los beneficios de su



Abr. 1806. cuñado á punto que no permitia entonces augurar su conducta posterior, si bien es cierto que de una ligereza suma es razon esperar cualquier desatino. Elisa, la hermana mayor, trasladada á ser duquesa de Luca, donde aspiraba á la gloria personal de gobernar bien un Estado pequeño, acertando en efecto á gobernarle perfectamente, deseaba aumentos á su ducado.

De toda esta parentela Gerónimo, como el mas jóven, y Paulina, como la mas distraida en devaneos, estaban exentos de las pretensiones, de los piques rencorosos y de los celos que turbaban la paz interior de la familia imperial. Gerónimo, cuyos desarreglos en su mocedad habian provocado con frecuencia la severidad de Napoleon, miraba á éste mas como á padre que como á hermano, y recibia sus beneficios con el alma llena de agradecimiento puro de toda mezcla. Paulina, entregada á los deleites, al modo de una princesa de la familia de los Césares romanos, y hermosa como una estatua antigua de Venus, solo buscaba en la grandeza de su hermano modo de satisfacer sus desarregladas aficiones, y no apetecia título superior al de princesa Borghese que llevaba, por haberse casado de segundas nupcias con el poseedor de este título, siendo inclinada á preferir en la riqueza una fuente de placeres á la satisfaccion que dá la grandeza al orgullo; y ademas era tan extremada en el amor á su hermano, que, cuando éste salia á campaña, el archi-canciller Cambaceres, á cuyo cargo estaba gobernar á la par la familia reinante y el Estado, se veia obligado á enviarle noticias del ejército en el instante mismo en que él las recibia, porque la menor dilacion causaba á aquella hermana apasionada padecimientos crueles.

El temor de que les prefiriesen los hijos de la familia de Beauharnais, llevaba á todos los Bonapartes á ser enemigos de Josefina. Ni aun en esto tenian contemplaciones con los afectos de Napoleon, sino que, al revés, le atormentaban de mil maneras. La temprana grandeza de Eugenio, subido á ser virey del hermoso reino de Italia y destinado á heredar este mismo trono, le causaba singular envidia, sin atender á que habia sido ofrecida esta corona á José, el cual no la habia querido, porque, llevándola, quedaba en sujecion demasiado inmediata al poder del emperador de los franceses, y porque, segun decia, deseaba reinar con independencia. A su tiempo se verá hasta qué punto el anhelo de ser reyes independientes, comun á todos los príncipes de la nueva familia imperial, juntándose con las propensiones de los pueblos en que fueron destinados á reinar, habia de suscitar tropiezos al gobierno de Napoleon, siendo nuevas causas de desdicha entre las que cayeron sobre la Francia.

Entre todos los de esta familia iban, pues, á distribuirse los reinos y ducados de creacion novel. La corona de Nápoles ponía á José en una situacion donde era notorio que gozaba de bastante independencia, y era, por otra parte, joya bastante rica para ser aceptada con gusto. Cosa es que pasma tener que hacer uso de tales palabras para expresar con qué afectos recibian tan hermosos reinos personajes nacidos á grande distancia, no solo del trono, sino hasta de la grandeza que deben algunos individuos particulares á una ilustre cuna, ó á una riqueza crecida. Pero una de las singularidades del espectáculo fantástico que presentan á la vista así la revolucion francesa como el varon extraordinario que se puso á su

Dáse  
la  
corona  
de  
Nápoles  
á  
José  
Bona-  
parte.



Abr. 1806. frente, es la de ver dudas, negativas, y casi desdenes propios de una hartura anticipada manifestados al ofrecerse ricas coronas por hombres que en sus primeros años mal podian esperar ceñirse las sienes con diademas. Napoleon, que habia visto á José resistirse con cierto desden, ya á ser presidente del Senado, ya á encargarse del vireinato de Italia, dudaba de que su hermano aceptase el trono de Nápoles, y, al enviarle allí, solo le habia dado el título de su lugarteniente (1). Despues cerciorándose de que aceptaria el trono habia puesto su nombramiento en los decretos que iba á presentar al Senado.

Dáse  
á Luis  
Bona-  
parte  
la corona  
de  
Holanda.

En cuanto á la Holanda habia destinado á reinar en ella á Luis, quien poco despues vino á contar á la Europa, en un libro que es una acusacion contra su hermano, hasta qué punto se sintió ofendido de no ser consultado en la disposicion que le daba un trono. En efecto, Napoleon, sin atender á Luis, cuya voluntad no le parecia un obstáculo para vencido, ó aun para previsto, habia man-

(1) Van en seguida citadas unas cartas que declaran cómo daba Napoleon coronas y cómo las recibian los agraciados.

AL MINISTRO DE LA GUERRA:

*Munich, 5 de enero de 1806.*

Despachad al general Berthier, vuestro hermano, con el decreto que nombra al principe José comandante del ejército de Nápoles. Ha de guardar profunda reserva, y, soio cuando el principe llegáre, ha de entregarle el decreto. Digo que guarde el secreto mas profundo, porque no estoy seguro de que vaya allá el principe José y en este punto es preciso que nada se sepa.

AL PRINCIPE JOSÉ:

*Stuttgart, 19 de enero de 1806.*

Es mi intencion que en los dias primeros de febrero entreis en el reino de Nápoles, y que en todo el mes sepa yo que están plantadas mis águilas en los muros de la misma capital. No habeis de conceder suspension de armas, ni capitulacion. Es mi intencion que los Borbones concluyan de reinar en Nápoles, en cuyo trono quiero sentar á un principe de mi familia; á vos en primer lugar, si os conviene, y, si no os conviene, á otro.

Os reitero el encargo de no dividir vuestras fuerzas; de que todo

dado llamar á algunos personajes de los principales de Holanda y señaladamente al almirante Verhuel, valeroso y hábil comandante de la escuadrilla, para que dispusiese á su nacion á renunciar por fin á su antiguo gobierno republicano y á hacerse monarquía. Es parte singular en el gran cuadro que en la presente obra se va pintando la vista de la revolucion francesa, la cual habiendo empezado por querer convertir todos los reinos en repúblicas, habia venido á parar en dedicarse á convertir las repúblicas mas antiguas en reinos; singular inclinacion que llevaban las cosas, de que ya habian dado señalada muestra haber pasado los Estados republicanos de Venecia y Génova á ser provincias de varias monarquías, y quedar embebidas las ciudades libres de Alemania en diversos principados, y de que la nueva dignidad real que se creaba en Holanda era el fenómeno último y mas notable. La Holanda, despues de haberse echado en brazos de la Francia para libertarse de la dominacion

Abr. 1806.

---

vuestro ejército pase el Apenino, y de que vuestros tres cuerpos de ejército se encaminen á Nápoles, de suerte que puedan estar juntos en un dia en el mismo campo de batalla.

Dejad un general, depósitos, provisiones y algunos artilleros en Ancona para defenderla. Tomada Nápoles, caerán como por sí propias las extremidades del reino, quedando cogido por la espalda todo cuanto estuviere en los Abbruzzos, y habeis de enviar una division á Tarento, y otra hacia las costas de Sicilia para dar remate á la conquista del Estado napolitano.

Es mi intencion dejar á vuestras órdenes en el reino de Nápoles, durante el año, hasta que yo hubiere dado nuevas disposiciones, catorce regimientos de infanteria francesa enteramente completos en pie de campaña, y doce de caballeria francesa, tambien completos.

Del pais habeis de sacar víveres, vestuarios, remontas y todo cuanto fuere necesario, de manera que no me cueste un sueldo. Mis tropas del reino de Italia no han de quedarse en Nápoles mas tiempo que el que juzgareis necesario, y despues se volverán á su anterior destino.

Levantareis una legión napolitana, donde no admitireis por oficiales ni soldados mas que á napolitanos, tomándolos de las gentes del pais que quisieren abrazar mi causa.

N. DE M. THIERS.



Abr. 1806. de los stathouders, estaba descontenta de verse condenada á guerra perpétua, y faltaba al agradecimiento debido á Napoleon, el cual habia hecho en Amiens y cada dia estaba renovando los mayores esfuerzos para asegurarle la restitucion de sus colonias. Los holandeses, medio ingleses por su religion, por sus costumbres y por su espíritu mercantil, aunque enemigos de la Inglaterra por tener interés contrario al de esta en los mares, no tenian el menor afecto al gobierno de Napoleon, ni gusto á su politica ceñida á los negocios del continente, y habrian mirado con harto mas placer la menor ventaja naval que la mas brillante victoria en batallas terrestres. Tambien daban muestras de mirar con bastante desdeñoso desvío el gobierno semi-monárquico que Napoleon los habia inducido á aceptar, cuando establecia un personaje á modo de primer cónsul al frente del gobierno de todos los paises sujetos al influjo de la Francia. El gran pensionario de Holanda, que era el señor de Schimmelpenninck, buen ciudadano y hombre de honor, á los ojos de los holandeses no era otra cosa que un prefecto francés encargado de despojarlos de lo suyo, porque les pedia contribuciones y empréstitos para hacer frente á los gastos de la guerra. El poco gusto con que era mirado el gobierno de un gran pensionario era, pues, lo único que en aquel pais facilitaba el logro del deseo de que aceptase un rey. No obstante estar los holandeses acometidos del cansancio y de la postracion que á los fines de las revoluciones pone á los pueblos en el estado de mirarlo todo con indiferencia, tenian cierto dolor al ver que les quitaban su gobierno republicano. Sin embargo, como les asegurasen que les dejarian sus leyes, y especialmente las municipales; como oyesen hacer grandes elogios de

Luis Bonaparte, celebrándose en él lo arreglado de sus costumbres, su inclinacion á la economía, y lo independiente de su carácter; y, como suelen los hombres resignarse á disgustos muy de antemano previstos, los principales representantes del pueblo holandés hubieron de conformarse á que los sujetasen á un monarca. Hízose un tratado que arreglase como de potencia á potencia las nuevas relaciones de Holanda con Francia. Abr. 1806.

Las provincias venecianas, no incorporadas por Napoleon inmediatamente en el reino de Italia, porque para hacerlo quiso con desahogo enterarse de sus recursos á fin de usar de ellos en conformidad á sus designios, lo fueron al fin, inclusa la Dalmacia, solo con la condicion de que se desmembrasen del mismo reino el principado de Massa para dársele á la princesa Elisa como aumento á su ducado de Lúca, y el ducado de Guastala para entregársele á la princesa Paulina Borghese, la cual nada habia recibido todavía de la munificencia de su hermano, y que, no queriendo la dádiva que le hacian, otra vez dió el ducado al reino de Italia, vendiéndosele en algunos millones.

Era esta quizá ocasion de pensar en el papa y en la causa real y verdadera de su descontento. En un momento en que venia á estar Italia á modo de torta de los reyes (1) partida con el filo de un sable y distribuida, era cosa fácil dar su parte á San Pedro, y procurar conci-

Agregacion de los Estados venecianos al reino de Italia.

Malógrase una ocasion de conciliarse al papa.

(1) Alude aquí el historiador con una alegoría ó comparacion de estilo llano, al uso comun en Francia é Inglaterra de hacer, en el día de la fiesta de la Adoracion de los Reyes, una gran torta, ó llámese bizcocho, en el cual se mete una haba pequeña; y, al partirse, aquel á quien toca en suerte la haba es proclamado rey del convite, y como tal actúa. Pónese aquí esta noticia, por ser posible que haya entre los lectores quien no la sepa, y por consiguiente no entienda la alusion del original francés.



Abr. 1806. liarse con algunas ventajas temporales á la potestad espiritual, con la cual son siempre dolorosas las disputas hasta en los tiempos presentes de fé mas tibia, potestad mas temible cuando está opresa que cuando ella oprime. Los nuevos monarcas deberian habersedado por muy contentos con recibir sus Estados hasta con una provincia menos, y Pio VII, resarcido de sus pérdidas, se habria inclinado á llevar con mas paciencia verse cercado completamente por el poder francés, como lo estaba desde que José se habia establecido en Nápoles. De cualquier modo, Napoleon tenia todavía á Parma y Plasencia para hacer con este ducado una dádiva, y en nada podia emplearla mejor que en consolar á la córte romana. Pero Napoleon empezaba á tener en corta estima cualesquiera resistencias físicas ó morales desde la hora de su triunfo en Austerlitz. Estaba por demas descontento del papa y de sus maquinaciones hostiles contra el nuevo rey de Nápoles, y se sentia mas dispuesto á cercenar que á acrecentar el patrimonio de San Pedro. Por otra parte, tenia en reserva á Parma y Plasencia para hacer de este ducado un uso provechoso, pues pensaba en dárselo por via de indemnizacion á alguno de los príncipes patrocinados por Rusia ó por Inglaterra, como eran los soberanos de Nápoles y del Piamonte; reyes antiguos destronados á quienes queria arrojar algun pobre bocado de la rica mesa á que estaban sentados los reyes nuevos. Este pensamiento era por cierto atinado, pero no remediaba la falta de dejar al papa descontento y próximo á romper de un modo estrepitoso, cuando habria sido fácil satisfacerle sin grave perjuicio de los reinos recién instituidos.

Era necesario dotar bien á Murat, marido de Carolina Bonaparte, el cual, á lo menos, habia merecido por

distribu-  
yendo  
con mas  
acierto  
los  
nuevos  
Estados  
de  
Italia.

Abr. 1806.

Es  
nom-  
brado  
Murat  
gran  
duque  
de  
Berg.

sus hechos en la guerra lo que iba á hacerse por él por razon de parentesco. Este tambien tenia sus pretensiones, si bien lo eran mas de su mujer que suyas propias. Napoleon habia pensado darles el principado de Neufchatel que ni uno ni otro de entrambos consortes habia querido. El archi-canciller Cambaceres, que de ordinario era mediador entre Napoleon y su familia, con la paciencia conciliadora que aplaca enojos reciprocos y dá oidos á todo sin contar mas que lo que es bueno para contado, sirvió de confidente del vivo disgusto de Murat y Carolina, que se estimaban tratados con una desigualdad afrentosa. Napoleon, entonces, pensó en darles el ducado de Berg, cedido á Francia por Baviera en cambio de Anspach, y agregarle el de Cleves; hermoso pais muy bien situado en la orilla derecha del Rhin, cuya poblacion era hasta de trescientos y veinte mil habitantes, y cuyo producto, pagados todos los gastos del gobierno, no bajaba de cuatrocientos mil florines de renta y que permitia á su poseedor mantener dos regimientos, y podia granjearle cierta importancia en la nueva confederacion germánica. La fértil imaginacion de Murat y de su mujer no dejó efectivamente de ver deleitosas visiones de hacer un papel muy considerable al cual daria dignidad exterior algun gran título renovado de los del Sacro-Romano Imperio.

Así quedaba bien provista la familia reinante. Pero los hermanos de Napoleon de uno y otro sexo no eran las únicas personas á quienes mirase él con cariño. Quedaban aún sus principales conmlitones y colaboradores en sus trabajos civiles, y su natural bondad, acorde en esto con su política, se complacia en pagar la sangre de los unos y las vigiliass de los otros. Quería que fuesen pacientes, laboriosos y llenos de probidad, y para eso



Abr. 1806. pensaba que debía darles buenas recompensas. Ver en los semblantes de sus servidores una sonrisa, no de agradecimiento, con el cual contaba poco, sino de satisfaccion, era para aquella alma noble uno de los mayores regalos.

Consultó al archicanciller Cambaceres sobre la distribucion de las nuevas mercedes, y éste, viendo que por grande que fuese el botin que habia que repartir, era todavía mayor el cúmulo de servicios que era justo pagar, ó el de ambiciones que se hacia necesario satisfacer, adivinó los apuros de Napoleon, y empezó por hacerlos cesar en lo relativo á su persona, rogándole que no pensase en él para conferirle uno de los ducados nuevos. Nadie como él sabia que, llegada una persona á cierto grado de encumbramiento en su fortuna, vale mas mantenerse en su puesto que subir; de modo que un Imperio cuya política hubiese dirigido hombre tan juicioso, al paso que dirigiese Napoleon su gobierno y sus ejércitos, se habria conservado siendo el mayor de todos los Estados despues de haber llegado á serlo. Solo á una cosa aspiraba el archicanciller, y era á mantenerse en su actual grandeza, pareciéndole preferible la certidumbre de conservarla á la adquisicion de los mas ricos ducados (1). Habia él logrado esta certidumbre apetecida en la ocasion que vá en seguida á referirse. En un momento, al ver que exigia Napoleon de los reyes nuevos que conservasen sus dignidades del Imperio francés, hubo de temer Cambaceres que su emperador tuviese intencion

---

(1) Es cosa que mueve á risa, si ya no á ira, ver lo que en esta historia se celebra como virtud. Las alabanzas que dá M. Thiers á Cambaceres, no encubriendo los motivos en que las funda, por fuerza han de parecer singulares á lectores desprecupados.

de tener exclusivamente reyes revestidos de las primeras dignidades imperiales, y que el título de archicanciller que llevaba, así como el de architesorero que era á la sazón el del príncipe Lebrun, pasasen pronto á ser de uno de los monarcas recién creados, ó que iban á crearse. Resuelto á enterarse de cómo pensaba Napoleon en este punto, le dijo:—Cuando tengais un rey pronto á recibir el título de archicanciller, avisadme, y haré dimision de él al momento.—No tengais cuidado, le respondió Napoleon, porque para ese cargo he menester un letrado, y vos seguireis siempre desempeñándole.—En efecto, entre las testas coronadas que en los pasados tiempos componian el imperio germánico, habia habido tres puestos para meros prelados, que eran los electores de Maguncia, Tréveris y Colonia. Así, pues, en medio de los reyes, que eran dignidades de su imperio, tenia á bien Napoleon tener reservado un lugar para el primero y mas grave magistrado de su tiempo, cuyo destino era que diese entrada en sus consejos á la prudencia y sabiduría, las cuales no siempre suelen estar donde van los reyes.

No se necesitaba mas para dar plena satisfaccion al prudente archicanciller, quien, desde entonces, no pidiendo favor alguno para sí, ayudó con mucho provecho á Napoleon en la difícil reparticion de mercedes que tenia todavía que llevar á cabo. Ambos se pusieron de acuerdo en punto al primer personaje á quien debia darse una crecida recompensa, siendo éste Berthier, entre todos los generales tenientes de Napoleon el mas aplicado, el mas exacto, y quizá el mas aventajado en luces y conocimientos; constante en estar á su lado en los peligros de las lides; y que llevaba sin la menor apa-



Abr. 1806.

Es  
creado  
Berthier  
príncipe  
de  
Neufcha-  
tel.

Es  
creado  
M. de  
Talley-  
rand  
príncipe  
de  
Bene-  
vento.

Es  
creado  
Bernadotte  
príncipe  
de Ponte-  
Corvo.

riencia de cansancio una vida cuyos azares no eran superiores á la grandeza de su aliento, pero cuyas fatigas empezaban ya á no ser de su gusto. Tuvo Napoleon verdadero placer en poderle dar un galardón por sus servicios. Dióle, pues, el principado de Neufchatel, que le ponía en clase de príncipe soberano.

Uno de sus servidores, que era M. de Talleyrand, ocupaba á los ojos de Europa lugar mas alto que otro alguno, y servía á su soberano harto mas por su arte al tratar con los ministros extranjeros, y por la finura suma de sus modales, que por sus luces en los consejos, donde sin embargo tenía el mérito de ser abogado constante de una política moderada. Napoleon no le quería, y aun le miraba con desconfianza, pero sentía pesar de verle descontento, como lo estaba, desde la hora en que no había sido comprendido en el número de las grandes dignidades. Para resarcirle de este desaire le confirió el emperador francés el hermoso principado de Benevento, uno de los dos de que acababa de ser despojado el Papa por estar encartados en el reino de Nápoles.

También quedó á disposición de Napoleon el principado de Ponte-Corvo, igualmente encartado en el reino de Nápoles, y como el anterior arrebatado á la Sede romana. Quiso darle al mariscal Bernadotte, persona que ningún (1) servicio considerable había hecho, y que tenía dispuesto en su alma serle traidor, pero que era cuñado de José Bonaparte, y en verdad hubo menester violentarse para conceder esta dignidad, pero al fin se

(1) Buen exceso de pasión es decir que nada había hecho Bernadotte para merecer premios.

resolvió á concedérsela por razones de deudo, y por ol- Abr 1806.  
vidar agravios.

Muy poco era dar recompensas á tres ó cuatro de sus servidores, si no hubiese pensado Napoleon en los demas superiores en número y en merecimientos, exceptuando á Berthier, de los que solian estar á su lado, y que ahora estaban aguardando su parte de los frutos de la victoria. Tocante á éstos procedió por medio de una institucion imaginada con habilidad suma. Al dar reinos los dió á los reyes nuevos con la condicion de que hubiesen de instituirse en ellos ducados con cuantiosas rentas, entregándole para el intento cierta parte de los bienes del patrimonio de cada Estado. Así, al agregar los Estados venecianos al reino de Italia, lo hizo con la reserva de que en ellos se creasen doce ducados con los títulos, segun siguen: de Dalmacia, de Istria, de Friul, de Cadore, de Belluno, de Conegliano, de Treviso, de Feltre, de Bassano, de Vicenza, de Padua, y de Rovigo. Estos ducados no habian de dar á sus poseedores poder alguno, pero sí una dotacion anual sacada de la décimaquinta parte de la renta del pais, dejada en reserva. Dando el reino de Nápoles á José, tambien le puso por condicion reservar en él seis feudos, de los cuales eran parte los dos ya citados principados de Benevento y Ponte-Corvo, y que se completaban con los cuatro ducados de Gaeta, Otranto, Tarento y Reggio. Al agregar el principado de Massa al de Lucca, estipuló Napoleon que se crease un ducado de Massa. Instituyó otros tres en los Estados de Parma y Plasencia, dando uno de ellos al architesorero Lebrun. Entre todos los títulos aquí recien citados figuran los que vinieron en breve á serlo de los mas ilustres servidores del Impe-

Creacion  
de los  
ducados  
de  
Dalma-  
cia,  
de Istria,  
de Friul,  
de  
Cadore,  
de  
Belluno,  
de  
Cone-  
gliano,  
de  
Treviso,  
de Feltre,  
de  
Bassano,  
de  
Vicenza,  
de  
Pádua,  
de  
Rovigo,  
de Gaeta,  
de  
Otranto,  
de  
Tarento,  
de  
Reggio,  
de Massa,  
de  
Plasencia  
y otros.



Abr. 1806. rio, y que todavía son llevados por sus hijos, último y vivo testimonio de la pasada grandeza francesa. Todos estos ducados fueron instituidos con las mismas condiciones que los doce creados en el Estado veneciano; sin poder alguno, pero sí con parte en la décimaquinta de las rentas públicas. Quería Napoleon que hubiese recompensas para cada grado de servicios, y se adjudicó en cada cual de los países de que acaba aquí de hablarse buena parte de bienes nacionales y de rentas, para hacer con todo ello dotaciones. Así se aseguró el valor de treinta millones de francos en bienes nacionales en los Estados de Venecia, y una inscripcion de renta de un millon y doscientos mil francos en el gran libro de la deuda del reino de Italia. Con el mismo objeto se quedó como en reserva con los bienes nacionales de los Estados de Parma y Plasencia; con una renta de un millon en el reino de Nápoles, y con cuatro millones de bienes nacionales en los principados de Lucca y de Massa. El total, que venia á componer veinte y dos ducados, treinta y cuatro millones de francos en bienes nacionales, y en rentas unos dos millones y cuatrocientos mil, junto con el tesoro del ejército, ya subido á ser de setenta millones, producto de una primera contribucion de guerra, y destinado á tener acrecentamiento con nuevas victorias, habia de servir de constituir dotaciones para militares de todos los grados, desde los soldados rasos hasta los mariscales. Tambien á los empleados en la carrera civil habia de caber su parte en estas dotaciones. Ya asimismo habia meditado y formado Napoleon con M. de Talleyrand un proyecto para dar nueva vida á la nobleza, no pareciéndole para ello bastantes la Legion de Honor y los ducados, y proponiéndose ademas crear

condes y barones, porque creia necesarias estas distinciones sociales, y queria que al tiempo mismo que él se elevasen todos, cada cual en proporcion á sus merecimientos. Pero pensaba corregir lo vano de semejantes títulos de dos modos: obligando á que se comprasen con grandes servicios, y dotándolos con pingües rentas que asegurasen la suerte venidera de las familias agraciadas.

Fuéronse presentando sucesivamente al Senado estas varias resoluciones á fin de que quedasen convertidas en artículos de las constituciones del Imperio en los meses de marzo, abril y junio.

El 15 de marzo del mismo año de 1806, fué proclamado Murat gran duque de Berg y de Cleves. En 30 del mismo mes y año se hicieron las proclamaciones de José, rey de Nápoles y de Sicilia, de Paulina Borghese, duquesa de Guastalla, y de Berthier, príncipe de Neufchatel. Solo en 5 de junio, porque las negociaciones con los holandeses trajeron consigo alguna demora, fueron proclamados Luis, rey de Holanda, M. de Talleyrand, príncipe de Benevento, y Bernadotte príncipe de Ponte-Corvo. Bien podian decirse renovados los tiempos de la grandeza romana, en que un solo decreto del Senado daba ó quitaba coronas.

Fué término de esta série de actos extraordinarios la creacion definitiva de la nueva confederacion del Rhin. La negociacion para formarla habia sido llevada adelante en secreto entre M. de Talleyrand y los ministros plenipotenciarios de Baviera, Baden y Wurtemberg. Al notar la visible inquietud de los príncipes alemanes, columbraban todos que otra vez iba á variarse la constitucion de Alemania. Aquellos que por la situacion



Jun. 1806. geográfica de sus Estados podian ser comprendidos en la nueva confederacion suplicaban que en ella se les diese entrada á fin de conservar su existencia. Los que habian de quedar siéndole linderos procuraban averiguar el secreto de su constitucion para saber cuáles habian de ser sus relaciones con aquella potencia nueva, y aun solicitaban agregársele consiguiendo á la par algunas ventajas. El Austria, que desde algun tiempo antes miraba ya el Imperio de Alemania como disuelto, pues que de él no sacaba ventaja alguna, miraba el espectáculo de lo que sucedia con aparente indiferencia. Por el contrario, la Prusia, viendo en la caida de la antigua confederacion germánica una mudanza de la mayor entidad, y deseosa de compartir, cuando menos, con la Francia el poder imperial arrebatado á la casa de Austria, y de tener por sus clientes á los Estados de la Alemania septentrional, mientras el gobierno francés convertia los de la meridional en suyos, estaba en acecho para enterarse de lo que se preparaba. El modo que habia empleado para tomar posesion de Hannover, y sus despachos publicados en Londres, habian infundido en Napoleon tal tibieza tocante á su suerte, que ya ni siquiera se tomaba el trabajo de darle aviso de cosas que no debian haberse llevado á ejecucion sin ponerse con ella préviamente de acuerdo. Por otra parte, sobre verse el gobierno prusiano desatendido al tratarse de los negocios de Alemania que lo eran suyos propios, llegaban á sus oidos y al del público de sus Estados mil rumores de que iban á hacerse nuevas particiones de territorio, en las cuales despojarian á la Prusia de algunas provincias para darle otras inferiores á las que le quitasen.

Dos príncipes alemanes, tan antiguo el uno cuanto

Inaccion  
del  
Austria  
en  
estas  
circuns-  
tancias.

Esfuerzos  
de la  
Prusia  
para  
tener  
alguna  
parte  
en la  
forma-  
cion  
de una  
Alemania  
nueva.

El  
descon-  
tento  
que  
habia  
causado  
á

Napoleon  
el  
gobierno  
prusiano,  
es causa  
de que  
sea este  
excluido  
de todas  
las  
negocia-  
ciones  
sobre  
el estado  
futuro  
de  
Alema-  
nia.

nuevo era el otro, daban origen á todos estos rumores con su ambicion impaciente. Era el primero de ellos el elector de Hesse-Cassel, príncipe astuto y avaro, rico por los productos que le daban sus minas y tambien la sangre de sus súbditos, siendo en él costumbre venderlos á príncipes extranjeros, el cual procuraba guardar consideraciones con la Inglaterra donde tenia colocados muchos caudales; con la Prusia, por ser su vecina y por estar él sirviendo en clase de general en el ejército prusiano; y por último con la Francia que estaba en aquella hora labrando ó derribando el edificio de la grandeza de todas las casas soberanas. No habia astucia de que no se valiese este príncipe tratando con M. de Talleyrand para lograr ser comprendido en los nuevos arreglos, siéndolo tambien con ventaja. Así ofrecia agregarse á la confederacion proyectada, y poner por consiguiente bajo el influjo francés uno de los Estados mas importantes de Alemania, como es el de Hesse, pero poniendo para ello una condicion, la cual era que se le entregase una gran parte del territorio perteneciente á la casa de Hesse-Darmstadt, á la cual detestaba con odio de rama directa á la colateral muy frecuente en las grandes familias alemanas. Insistia mucho sobre este asunto, y sobre él habia propuesto un plan muy extenso y circunstanciado. Al mismo tiempo escribia al rey de Prusia, delatándole lo que se estaba tratando en París, y diciéndole que se habia preparado una confederacion por la cual quedaria la Prusia sin influjo, ni mas ni menos que la Austria, y que estaban empleando con él todo linaje de medios para lograr que fuese parte de la nueva liga.

Murat, recién hecho príncipe aleman, daba que sentir por otro camino, pues, no contento con ser dueño

Jun. 1806.

Imprudencias del gran duque de Berg, y perfidia del elector de Hesse-Cassel en el negocio de la nueva confederacion germánica.



Jun. 1806. del hermoso ducado de Berg, que, como va dicho, contenia trescientas mil almas de poblacion, y le producía cuatrocientos mil florines de renta, y daba medios de mantener dos regimientos, poniendo en sus manos la importante plaza de Wessel, queria, cuando menos, pasar á ser igual á los soberanos de Wurtemberg ó de Baden; y para conseguirlo deseaba que le formasen en Westfalia un Estado con un millon de habitantes. Puesta en esto la mira, estaba acosando á M. de Talleyrand, el cual, muy diligente en sus deseos de complacer á los de la familia imperial de Napoleon, discurria proyectos sobre proyectos para componerle un territorio, para lo que, como era natural, se presentaban buenos materiales en los Estados prusianos con Munster, Osnabruck y la Frisia occidental. Verdad es que se trataba de dar en cambio á la misma potencia las ciudades anseáticas, que le servirían de cumplido resarcimiento, sino en territorio, á lo menos en riqueza é importancia.

Todos estos planes, dispuestos sin dar de ellos conocimiento á Napoleon, no fueron por él aprobados cuando llegaron á su noticia. No tomaba tan á pechos satisfacer la ambicion de Murat que quisiese desmembrar nuevamente algunos Estados de Alemania, y, sobretudo estaba resuelto á no incorporar las ciudades anseáticas en potencia alguna de Europa de mas que mediana grandeza. Ya, de resultas de sus últimas combinaciones, habia desaparecido Augsburgo é iba á desaparecer Nuremberg, ciudades por donde comerciaban los franceses con las regiones central y meridional de Alemania. Pasaba en efecto el comercio francés con los pueblos del Norte por Hamburgo, Bremen y Lubeck, y Napoleon se habria guardado bien de sacrificar ciudades en cuya indepen-

dencia estaban interesadas Francia y Europa. Los vinos y licores franceses penetraban en Alemania y Rusia bajo la bandera neutral de las ciudades anseáticas, y bajo la misma venian de retorno materiales de construccion naval y aun á veces granos, cuando se necesitaban estos en Francia de resultas de malas cosechas. Encerrar aquellas ciudades con las aduanas de un Estado grande habria sido poner trabas al comercio francés y al de ellas mismas. Bastaba ya con privarse de Nuremberg y Augsburgo, que enviaban á Francia mercería y quincalla para llevarse de retorno vinos, géneros tejidos, y frutos ultramarinos, y esparcirlos en seguida por toda la parte meridional de Alemania.

Firmemente resuelto Napoleon á no sacrificar las ciudades anseáticas desechaba toda combinacion encaminada á darlas á un Estado cualquiera grande ó pequeño. No favorecia, pues, á Murat en sus proyectos, y, en cuanto al elector de Hesse, le aborrecia como á un príncipe falso, ansioso, y su enemigo encarnizado, aunque encubriese serlo con capa de indiferencia; y se proponia en la primera ocasion favorable darle el pago de su malquerencia á la Francia, no queriendo por consiguiente ponerse trabas en cosa que á este elector fuese relativa con darle entrada en la confederacion que se estaba formando, pues hacerlo equivaldria á imposibilitar un proyecto eventual de donde habia de venir la ruina del mismo príncipe, bastante cercana y no menos merecida. Si fuese fuerza restituir el Estado de Hannover al rey de Inglaterra, se hacia necesario encontrar con qué resarcir á la Prusia, y Napoleon estaba determinado á ofrecerle el Estado de Hesse, el cual habria ella recibido ciertamente con gusto, supuesto que habia aceptado el



Julio 1806. de Hannover y los principados eclesiásticos, y que habria tomado tambien las ciudades anseáticas que diariamente estaba pidiendo. Este proyecto, que siguió siendo un secreto para la diplomacia europea, y con el cual se daba la paga merecida á las continuas tramas de la casa de Hesse-Cassel con los enemigos de la Francia, fué causa, no conocida entonces, de haberse negado el emperador francés á complacer al mismo elector en sus instancias hechas para ser admitido en la confederacion nueva, y de la mentirosa fidelidad que se jactó él de haber guardado á la Prusia en una ocasion que se presentó muy en breve.

Conclu-  
sion  
del  
tratado  
que  
consti-  
tua  
la  
confede-  
racion  
del Rhin.

Ajustado ya todo con los soberanos de Baden, Wurtemberg y Baviera, únicos consultados en estos puntos, fué dado á firmar el tratado á los otros príncipes que, por rogarlo así, quedaron comprendidos en la nueva confederacion, pero sin pedirles parecer respecto al acto que la constituia. Llevó por fecha este tratado la de 12 de julio, siendo lo en él dispuesto como sigue.

Título  
de  
la nueva  
confede-  
racion.

La nueva confederacion habia de llevar un título restricto y escogido con acierto, llamándose *Confederacion del Rhin*; título que excluia la pretension de comprender á la Alemania entera y que se aplicaba exclusivamente á los Estados vecinos de Francia y unidos con ella por relaciones de interés incontestables. Así quedaba algo enmendado con el título lo vicioso de la institucion. Los príncipes firmantes formaban una confederacion bajo la presidencia del príncipe archi-canciller y bajo el protectorado del emperador de los franceses. Cualquiera contestacion que entre ellos ocurriese habia de ser resuelta por una Dieta, cuyo asiento seria en Francfort y compuesta solo de dos colegios, llamado

Empeños  
que  
contraian  
los  
confede-  
rados.

el uno de reyes y el otro de príncipes. El primer colegio Julio 1806. correspondia al antiguo de los electores, el cual ya nada significaria no habiendo emperador de Alemania que elegir; y el segundo, por su título y por su sér, era el mismo antiguo de los príncipes. No quedaba ya colegio correspondiente al que era en tiempos pasados de las ciudades.

Los príncipes confederados quedaban en estado perpetuo de alianza ofensiva y defensiva con Francia, y cualquiera guerra en que entrasen, ya ésta, ya la confederacion, habia de ser comun á entrambas. La Francia habia de dar á la liga doscientos mil hombres, y la Confederacion sesenta y tres mil, repartidos estos últimos del modo siguiente: treinta mil Baviera, doce mil Wurtemberg, ocho mil el gran ducado de Baden, cinco mil el gran ducado de Berg, cuatro mil el principado de Hesse-Darmstadt, y por último el conjunto de los Estados pequeños cuatro mil entre todos. Por muerte del príncipe archi-canciller, el emperador de los franceses tenia derecho de nombrarle sucesor.

Los confederados se declaraban separados para siempre del Imperio germánico, y de ello habian de hacer declaracion inmediata y solemne en la Dieta de Ratisbona. En cuanto á las relaciones que entre sí tuviesen, y á los negocios puramente alemanes, habian de regirse por leyes que se harian en la Dieta de Francfort, la cual quedaba convocada para deliberar sin tardanza sobre este objeto.

En un artículo especial se daba á todas las casas de príncipes soberanos de Alemania facultad de adherirse, con el tiempo, al mismo tratado, pero con la condicion de que no pretendiesen mas que dar á él su adhesion pura y sencilla.



Julio 1806.

Qué  
príncipes  
compo-  
nian  
la  
Confede-  
racion  
del  
Rhin.

Por entonces quedaba compuesta la Confederacion del Rhin de los reyes de Baviera y de Wurtemberg, del príncipe archi-canciller, de los grandes duques de Baden, de Berg, y de Hesse-Darmstadt, de los duques de Nassau-Usingen, y de Nassau-Weilburgo, y de los príncipes de Hohenzollern-Hechingen, de Hohenzollern-Sigmaringen, de Salm-Salm, de Salm-Kirburgo, de Isemburgo, de Aremberg, de Lichtenstein y de la Leyen.

Dábase entrada en la nueva confederacion á los Hohenzollern, y á los Salm por haber residido largo tiempo en Francia algunos de los individuos de estas dos ilustres familias, y porque daban muestras de mirar por el interés de la potencia francesa con leal celo. El principe de Lichtenstein lograba ser admitido, conservando su calidad de príncipe reinante, no obstante ser tambien príncipe austriaco, porque habia firmado el tratado de Presburgo. Respecto al principado de este personaje y al de otros, cuyos Estados se les conservaban, habia habido por parte de no pocos ardiente ansia codiciosa de tomarlos, á lo cual se habia opuesto la Francia.

Suerte  
de los  
príncipes  
mediati-  
zados.

Abarcaba en sus términos la Confederacion del Rhin, considerada geográficamente, los territorios situados entre los rios Sieg, Lahn, Mein, Necker, Danubio superior, Isar, é Inn, ó dígase los paises de Nassau y Baden, la Franconia, la Suabia, el Palatinado alto y la Baviera. Todos cuantos príncipes tenian sus dominios encerrados en los limites de estas tierras, si no estaban nombrados en el acto constitutivo, perdian por ello la calidad de príncipes reinantes, y quedaban mediatizados, expresion tomada del derecho antiguo de Alemania, cuyo significado era que un príncipe dejaba de depender in-

mediatamente del soberano cabeza del imperio para pasar Julio 1806.  
á solo depender de él mediatemente, y que por consiguiente caia bajo la autoridad del soberano del territorio donde estaban encartadas sus tierras, viendo de resultas desaparecer su soberanía.

Los príncipes y condes *mediatizados* conservaban ciertos derechos llamados de príncipes, y solo perdian los de soberanos, los cuales se traspasaban al príncipe de quien venian á ser súbditos. Los derechos soberanos traspasados eran los de legislacion, de jurisdiccion suprema, de alta policia, y de contribuciones en dinero y sangre. La justicia inferior y media, el cuidado de los montes y plantíos, los derechos de pesca, caza, pastos, y laboreo, y beneficio de minas, y otros de naturaleza feudal, sin contar el de propiedad personal, componian el conjunto de prerogativas que no perdian los *mediatizados*.

Conservaban éstos tambien la facultad de no ser juzgados sino por sus pares, á los cuales daba la calificacion de *austregues* ó *austregos* la antigua Constitucion alemana.

La nobleza inmediata quedaba definitivamente incorporada en los Estados á que correspondian sus tierras.

Los *mediatizados* reducidos del estado de príncipes reinantes al de súbditos privilegiados eran bastante numerosos, y lo habrian sido mas, á no ser por la intervencion de la Francia. Estaban incluidos en este número los príncipes de Fustemberg dados al servicio del Austria, los de Hohenlohe igualmente adictos á la Prusia; el príncipe de la Tour y Taxis que perdia el monopolio de las postas alemanas, cuyo goce tenia, y los príncipes de Loevenstein-Wertheim, de Linange, de Loos, de

Queda  
definitivamente  
suprimida  
la  
nobleza  
inmediata.



Julio 1806. Schwartzemberg, de Solms, y de Wittgenstein-Berleburgo, con algunos mas de su clase. La casa de Nassau-Fulde, que era la de los antes stathouders de Holanda, perdía algunas partes de sus dominios porque lindaba su territorio con el ocupado por los de la nueva confederacion. La corte de Berlin, dejando aparte las graves inquietudes que debía causarle una confederacion de la clase de la acabada de formar en el territorio germánico, tenía en ella dos causas de desabrimiento personal; por las pérdidas que su establecimiento irrogaba á las casas de los príncipes de Nassau-Fulde y de la Tour y Taxis, de cuyo cercano parentesco con la familia real de Prusia va hecha mencion en la presente historia.

A estas disposiciones fundamentales añadía el tratado las particiones de territorio necesarias para poner entre sí de acuerdo á los soberanos de Wurtemberg, Baden y Baviera, co-partícipes inconciliables en los despojos compuestos por la Suabia austriaca, por los dominios de la nobleza inmediata y por los Estados pertenecientes á los príncipes *mediatizados*.

Trasládase el archicanciller de Alemania de ser arzobispo y príncipe titular de la ciudad de Ratisbona, á serlo de la de Francfort,

La ciudad libre de Nuremberg, cuya suerte no se acertaba ya á determinar, estando dividida en bandos de un estado llano revoltoso que la traía inquieta, y una nobleza de patricios que la arruinaba administrando su patrimonio público á un costo enorme, fué dada á la Baviera, siéndolo igualmente la ciudad de Ratisbona en pago de algunas tierras del Tirol que cedió la misma potencia al reino de Italia. El príncipe archicanciller tuvo en la ciudad de Francfort y en su territorio rica compensacion de lo que con quitarle á Ratisbona perdía. En Francfort era donde habian de celebrarse las sesiones de la nueva Dieta,

Este célebre tratado de la Confederacion del Rhin Julio 1806.

acabó con el antiguo imperio germánico, cuya existencia se habia dilatado mil y seis años, desde que fué regido por Cárlo-Magno coronado en el año de 800, hasta que dejó de serlo por Francisco II desposeido en 1806. En la nueva obra estaba el modelo con arreglo al cual habia de constituirse la Alemania moderna, siendo para esta una reforma política y social, y poniendo por lo pronto bajo el influjo transitorio de la Francia á los Estados de la parte meridional de Alemania, al paso que dejaba á los de la septentrional sueltos entre los protectores á que tuviesen á bien acogerse.

Carácter  
político  
y  
social  
de  
la nueva  
Confede-  
racion  
del  
Rhin.

El mismo tratado publicado el 12 de julio con grande aparato á nadie causó asombro, siendo á la vista de todos el complemento del sistema europeo de Napoleon, al cual, puesta ya bajo su señorío imperial la parte meridional de Europa donde habia asentado reyes de su familia, y habiéndose acogido los príncipes del Rhin á su patrocinio, declarándole su protector, ya para ser emperador de Occidente solo faltaba tomar de tal el título expreso.

Haciase necesario dar formal anuncio de las resultas de los nuevos tratos á las partes interesadas, siéndolo la Dieta de Ratisbona, el emperador de Austria y el rey de Prusia. La declaracion á la primera era cosa sencilla, reduciéndose á notificarle que no se reconoceria su autoridad en adelante. Al emperador de Austria fué enviada una nota, donde, sin dictarle la conducta que debia seguir, aunque previendo bien cuál seria, se le hablaba del imperio germánico como de una institucion añeja y gastada al modo que estaba la república de Venecia; empujado ya á desmoronarse por todos lados sin poder dar

De qué  
modo  
fué dado  
anuncio  
de haber  
sido  
creada  
la nueva  
Confede-  
racion  
del Rhin,  
al  
Austria,  
á la  
Prusia,  
y á todas  
las partes  
en ello  
interesadas.



Julio 1806. amparo á los Estados débiles ni aumento de influjo á los fuertes; nada correspondiente á las necesidades de los tiempos, ni á la proporcion que unas respecto á otras tenían las potencias alemanas; y, por último, que ya no daba á los soberanos de la casa de Austria otro título que el vano é inútil de emperador de Alemania; título que el príncipe cabeza actual de la misma casa habia conocido estar ya caduco al proclamarse emperador de Austria, con lo cual quedaba la córte de Viena libre de toda dependencia de las casas electorales. En la misma nota se daban señales de esperar, aunque así no se pidiese, que el emperador Francisco renunciase un título, que iba ya á no ser reconocido de hecho en Alemania en la parte considerable de ella abarcada por la Confederacion del Rhin, y que tampoco lo seria por la Francia desde aquella hora.

Para dar  
compensa-  
cion  
á la  
Prusia  
de que se  
hubiese  
creado  
la  
Confede-  
racion  
del Rhin,  
se la  
convida  
á que  
forme en  
Alemania  
una  
Confede-  
racion  
del  
Norte.

En cuanto á la Prusia le daban el parabien porque quedase suelta de los lazos del imperio germánico de ordinario sujeto al Austria; y, para resarcirla el gobierno francés de lo que perdía con poner él bajo su dependencia la Alemania meridional, se la convidaba á poner la septentrional bajo la suya de igual modo. «El emperador Napoleon, escribia el gobierno francés, verá sin sentimiento, y hasta con gusto, que ponga la Prusia bajo su influencia á todos los Estados de la parte septentrional de Alemania formándose con ellos una confederacion semejante á la del Rhin.» No se indicaba cuáles habian de ser estos príncipes, y, por consiguiente, á ninguno de ellos se excluía, pero claro estaba que no podian ser crecidos en número ni superiores en importancia. Podrian ser los de Hesse-Cassel; los de Sajonia en sus diversas ramas; las dos casas de Mecklemburgo y otros del Norte

que seria inútil citar aquí por sus nombres. Prometiase Julio 1806. no poner el menor obstáculo á una confederacion de esta clase.

En medio de esto, Napoleon no se habia atrevido á tanto sin tomar precauciones vigorosas y ostensibles. Invigilando con su s3lita actividad en lo que pasaba en Nápoles, Venecia y Dalmacia, y sin aflojar un punto en los cuidados con que se dedicaba á la gobernacion de su Imperio, habia atendido á poner su ejército grande en un pié formidable. Este, esparcido como queda dicho por Baviera, Franconia y Suabia, y puesto en buenos acantonamientos, estaba descansado y pronto á emprender nueva marcha, ya hubiese de volver á caer sobre la Austria por Baviera, ya tuviese 3rden de arrojar-se sobre la Prusia por Franconia y Sajonia. Napoleon habia incorporado en sus filas los dos cuerpos de reserva formados en Estrasburgo y Maguncia, al mando de los dos mariscales senadores Kellermann y Lefebvre, dándole con esto un aumento de unos cuarenta mil hombres, gente que contaba ya un año de servicio y estaba perfectamente disciplinada, instruida y preparada á la fatiga, y de la cual alguna parte, correspondiente á las reservas de los años anteriores, habia llegado á la edad de la verdadera robustez, esto es, á los veinte y cuatro ó veinte y cinco años. El ejército, de resultas de la última campaña, habia tenido de baja como unos veinte mil hombres, pero de éstos sobre la cuarta parte habia vuelto á hacer servicio, y se hallaba por consiguiente, gracias al recibido refuerzo, aumentado y rejuvenecido. Aprovechándose Napoleon de que no pocas de sus tropas vivian á costa de los extranjer0s, habia hecho subir á cuatrocientos y cincuenta mil hombres el total de las fuerzas de la Francia,

Precan-  
ciones  
tomadas  
por  
Napoleon  
para que  
nadie  
piense  
en  
resistir  
á sus  
grandes  
proyec-  
tos.

Formida-  
ble  
aspecto  
del  
ejército  
grande.

Fuerza  
efectiva  
de  
las tropas  
francesas  
dentro  
y fuera  
de  
Francia.



Julio 1806. de los cuales tenia ciento cincuenta y dos mil en el interior, comprendiendo en este número los gendarmes, veteranos, inválidos y soldados de los depósitos, cuarenta mil en Nápoles, cincuenta mil en Lombardía, veinte mil en Dalmacia, seis mil en Holanda, doce mil en el campamento de Boloña, y ciento y setenta mil en el ejército grande. Estos últimos, reunidos en una sola masa, puestos en pié completo de guerra, y divididos en treinta mil ginetes, diez mil artilleros y ciento y treinta mil infantes, habian llegado al grado mas alto de perfeccion á que es posible subir, en fuerza de su disciplina y de su conocimiento y práctica de la guerra, gobernados por el mayor capitan del mundo. Bien será tener presente que de este ejército habian sido enviados el general Marmont con algunas fuerzas á Dalmacia, y los holandeses á Holanda, y que los bávaros se habian ya separado de sus filas, lo cual da razon de que no fuese mas numeroso despues de habérsele agregado los cuerpos de reserva.

Espera  
Napoleon  
en  
situacion  
formida-  
ble  
el efecto  
que en  
Berlin  
y Viena  
habia  
de  
producir  
el  
conjunto  
de sus  
nuevos  
proyec-  
tos.

En situacion tan respetable bien podia Napoleon esperar sin inquietud los efectos que produjesen en Berlin y en Viena el conjunto de sus proyectos, y las resultas de las negociaciones entabladas en París con la Inglaterra y la Rusia.

Por otra parte, no se sentia inclinado á continuar la guerra si á ello no le compelian para llevar á cumplido efecto sus designios. Al revés, tenia impaciencia de llamar á su lado á sus soldados, trayéndolos á la fiesta magnífica que habia de dar la ciudad de París al ejército grande. Era idea atinada y noble la de que obsequiase con festejos á aquel ejército heróico la ilustre capital que con tanta fuerza siente y declara todos los pensamientos y afectos del pueblo francés; y la cual, si no

los siente de un modo mas vivo que lo demas de la po-  
blacion de su patria , á lo menos los expresa con mas  
prontitud y energía, gracias al poder que dá á los hom-  
bres vivir juntos en crecido número, y á la costumbre  
de los habitantes de París de anticiparse á sus compa-  
tricios en todo, y de llevar en todas las ocasiones la voz  
por su patria.

Siendo Napoleon inclinado á la grandeza por su  
propio natural, y asimismo por sus triunfos que daban  
vuelo á su imaginacion, y la sublimaban, en medio de  
las vastas y multiplicadas negociaciones que tenia pen-  
dientes y de llamarle la atencion los negocios de sus ejér-  
citos, dilatados desde Nápoles á la Iliria, desde Iliria á  
Alemania, y desde Alemania á Holanda, se entregaba  
con ardorosa aficion á dar vida á monumentos inmorta-  
les de las artes y de utilidad pública. Habiendo visitado  
en los cortos ócios que le dejaba la guerra casi todos  
los lugares de la capital de Francia, no habia reparado  
en uno siquiera sin concebir al punto mismo algun pen-  
samiento grande, moral ó útil, muchos de los cuales  
se ven hoy llevados á ejecucion en el terreno de París.  
Habia pasado á ver la abadía de San Dionisio, y, en-  
contrando aquella iglesia antigua lastimosamente estro-  
peada, especialmente de resultas de haber sido violadas  
las régias sepulturas que contenia, dispuso por un de-  
creto la reparacion de monumento tan venerable, resol-  
viendo que se levantasen en él cuatro capillas sepulcrales,  
de ellas tres para los reyes de las primeras dinastías, y  
una para los príncipes de la propia suya; y que, en lugar  
de las dispersas reliquias de los reyes cuyas tumbas  
habian sido profanadas, se pusiesen en los sepulcros en  
que antes estaban contenidas mármoles donde estuviesen

De la  
magni-  
fica  
fiesta que  
habia  
de dar  
la ciudad  
de París  
al  
ejército  
grande.

Trabajos  
de  
obras,  
de  
artes,  
y de  
utilidad  
pública.

Restau-  
racion  
de  
la iglesia  
de San  
Dionisio.

Julio 1806.



Julio 1806. entallados respectivamente sus nombres. Tambien instituyó allí un cabildo de diez obispos ancianos para que elevasen al cielo perpétuas preces en el mismo asilo fúnebre de las varias estirpes de príncipes que habian llevado el cetro de Francia.

Despues de haber visitado á Santa Genoveva, mandó concluir la construccion de tan hermoso templo, y devolverle al culto divino, pero conservándole el destino que le habia dado la Asamblea constituyente, que era el de contener las reliquias de los varones ilustres de la Francia. Al cabildo metropolitano de París aumentado habia de corresponder ir todos los dias á celebrar los oficios divinos en aquella nueva iglesia.

De la  
creacion  
de la  
columna  
de  
la plaza  
de  
Vandoma  
á  
imitacion  
de la  
de  
Trajano.

El Senado, á propuesta del Tribunado, habia resuelto que se erigiese un monumento triunfal conmemorador de las conseguidas victorias. Napoleon, despues de desechar varios planes, adoptó la idea de levantar en la plaza mas hermosa de París una columna de bronce semejante en forma y dimensiones á la Trajana, y dedicada al ejército grande, donde en un larguísimo bajo relieve que diese vueltas enroscado á su magnifico fuste, se representasen los ínclitos hechos de la campaña de 1805. Resolvióse tambien que sirviese de material en esta obra el bronce de la artilleria tomada al enemigo, y que sobre su chapitel fuese puesta la estatua de Napoleon adornado con sus vestiduras imperiales. Esta es la columna de la plaza de Vandoma, á cuyo pié pasan las generaciones presentes y pasarán las venideras, siendo y debiendo ser para todas ellas motivo de emulacion generosa mientras conservaren amor á la gloria de su patria, y de eterno baldon si algun dia fuesen capaces de perder su afecto á tal nombre.

Julio 1806.

Napoleon formó despues el proyecto de erigir un arco triunfal en la plaza de Carrousel, el mismo que, llevado á ejecucion, hoy existe. Era este arco parte de un plan de dar remate á las obras de los palacios del Louvre y de las Tullerías. Proponíase juntar ambos en uno que vendria á ser el mayor conocido en parte alguna del orbe. Un dia, puesto en el portal del Louvre, y mirando al lado á que está la casa de ayuntamiento, concibió la idea de una calle inmensa con los edificios todos uniformes, é igual en anchura á la de la Paz, y que llegase hasta la barrera del trono, de modo que descubriese la vista por un lado hasta los Campos Eliseos; y por el opuesto hasta los árboles primeros del bosque de Vincennes. El nombre destinado á esta calle era el de *calle Imperial*. Habia largo tiempo que estaba decretado edificar un monumento en el lugar que antes ocupaba la destruida Bastilla. Quería Napoleon que allí se hiciese un arco triunfal bastante espacioso para dar paso por su arco de en medio á la gran calle proyectada, y situado donde esta misma habria de ser cortada por el canal de San Martin. Habiendo declarado los arquitectos cosa imposible la construccion de tal obra sobre semejante basa, resolvió Napoleon mudar de sitio para levantar el proyectado arco, y situarle en el lugar ó plaza de árboles de la Estrella para que hiciese frente á las Tullerías, y fuese uno de los puntos extremos de la inmensa línea de comunicacion que queria dejar abierta en la capital de su Imperio. La generacion presente ha llevado á remate la mayor parte de los monumentos que Napoleon no tuvo tiempo de concluir; pero ni ha acabado el Louvre ni hecho la magnífica calle por él proyectada (1).

Del arco  
triunfal  
de  
la plaza  
del  
Carrou-  
sel.

Propó-  
nese  
Napoleon  
acabar  
los  
palacios  
del  
Louvre  
y  
de las  
Tullerías.

Proyéc-  
tase  
hacer  
una  
gran calle  
que vaya  
desde las  
Tullerías  
á la  
barrera  
del Trono  
y  
se llame  
calle  
Imperial.

Proyecto  
de  
construir  
el arco  
de la  
Estrella.

(1) ¿Le habria acabado Napoleon? Parece dudoso. M. Thiers, que



Julio 1806.

Abrense  
nuevas  
fuentes  
en  
París.

No redujo el emperador su atencion al bien de la ciudad de París á obras de mero ornato. Parecióle indigno de la prosperidad del Imperio que su capital careciese de agua estando atravesada por un rio caudaloso y cristalino. Las fuentes no estaban abiertas mas que de dia, y él dispuso que inmediatamente se trabajase en las bombas de la Catedral, del Puente Nuevo, de Chaillot y del Gros-Caillou (guijarro grande) para que corriese el agua, sin parar ni aun de noche. Mandó ademas hacer quince fuentes nuevas, en que estaba comprendida la lindisima llamada hoy del Castillo ó palacio de agua. En el término de dos meses fué llevada á cumplida ejecucion gran parte de estas órdenes, y estaba el agua manando de dia y de noche de las sesenta y cinco fuentes antiguas. En los lugares donde habian de estar las mandadas hacer de nuevo, unos postes ó guardacantones provisionales despedian de sí agua en tanto que se hacia la obra de las fuentes. De la tesorería pública salieron los fondos necesarios para este gasto.

Proyéctase  
hacer  
el puente  
de piedra  
que  
despues  
se ha  
llamado  
de Jena.

Napoleon mandó continuar los muelles (quais) (1) calles de la orilla del Sena, y resolvió que el puente que en frente del jardin botánico se estaba á la sazón construyendo llevase el glorioso nombre de Austerlitz. Habiendo, en fin, advertido un dia cuando estaba viendo el Campo de Marte para disponer el plan de las fiestas preparadas, que era indispensable en aquel punto una comunicacion

---

ha sido ministro, por fuerza ha de conocer la dificultad de llevar á ejecucion y remate tales proyectos. No todo lo que se concibe puede hacerse, y por eso es de alabar solo lo que se hace.

N. DE A. A. G.

(1) El traductor no encuentra otro nombre apropiado á los *quais*, que son calles y muelles.

N. DE A. A. G.

entre ambas opuestas orillas del Sena, mandó echar allí Julio 1806.  
un puente labrado de piedra que habia de ser el mas hermoso de la capital, y que se llamó despues el de Jena, nombre que conserva todavía.

Los departamentos mas distantes de su Imperio tambien participaron de los efectos de su munificencia. En el mismo año de 1806 decretó la formacion de un canal desde el Ródano al Rhin, y de otro desde el Rhin al Escalda, y mandó hacer estudios y planes para abrir uno desde Nantes á Brest. Dedicó fondos á continuar los de Ourcq, San Quintin y Borgoña. Mandó construir un gran camino de hasta sesenta leguas de largo, que fuese de Metz á Maguncia atravesando el valle de el Mosela. Mandó empezar la carretera de Roanne á Leon, donde está la bajada de Tarare, casi igual en lo hermosa á la del Simplon, y el célebre arrecife de la Cornisa (1) que va de Niza á Génova, pegado á un costado del Apennino entre el mar y las cumbres de esta sierra. Tambien cuidó de continuar el camino del Simplon ya casi concluido; los de Mont-Cenis y Monte Genevre; y, finalmente, el que va por la misma orilla del Rhin. Ordenó asimismo Napoleon hacer nuevos trabajos en el arsenal de Amberes.

Parecia que la victoria daba fecundidad á su mente, porque la mayor parte de las grandes cosas que creó tienen por fecha este año memorable, puesto entre la primera mitad de su carrera, época hermosa de su vida, cuando casi siempre fueron guiados sus pasos por la cordura y la mas elevada prudencia; y la segunda mitad,

---

(1) Llámase la Cornisa, porque forma como una cornisa en la á modo de pared formada por los montes, que alli son un peñon tajado sobre el mar.



Julio 1806. á la par extraordinaria y lastimosa, en que, exaltándose por demas la cabeza con sus triunfos, se arrojó á traspasar todos los límites de lo posible hasta parar en despeñarse en un abismo.

El Cuerpo Legislativo estaba junto, é iba con suma paz aprobando los proyectos discurridos por Napoleon y examinados en el Consejo de Estado. No se veian ya en los cuerpos deliberantes los tumultuosos debates y lances de los dias de la Revolucion, ni las discusiones de un parlamento libre: veíase, sí, un congreso que por voto de confianza daba su aprobacion á varios proyectos, sabiendo que estaban bien imaginados y no menos bien extendidos.

Preséntase el Código de procedimientos en lo civil, y queda aprobado.

Fuële presentado aquel mismo año el Código de procedimientos en lo civil que arreglaba los de los tribunales, atendiendo á la nueva forma de éstos y á la mayor sencillez dada á las leyes; obra que era fruto de largas conferencias entre los tribunos y los consejeros de Estado, presididos y dirigidos por el archicanciller Cambaceres; y que fué aprobada sin dificultad, estando de antemano en las discusiones preparatorias á que acaba de hacerse referencia terminadas las contestaciones de que era susceptible.

Mudan-  
zas  
en la  
planta  
y  
el orden  
del  
Consejo  
de  
Estado,  
y  
creacion  
de los  
empleos

Perfeccionóse tambien notablemente en su planta y arreglo el Consejo de Estado. Este cuerpo hasta entonces solia examinar los proyectos de ley y tratar de los actos superiores en importancia del gobierno, como habian sido el Concordato, la coronacion, el viaje del Papa á París, y la grave cuestion diplomática de los preliminares de San Julian no ratificados por el Austria; y, estando iniciado en todos los negocios de Estado, mas era un Consejo de gobierno general que de la gobernacion in-

terior, á que se dá el nombre de administracion en Julio 1806. nuestros dias. Pero á cada hora era menos comun tener que tratarse allí cuestiones de tan elevada esfera, y, sí, en su lugar otras meramente gubernativas, ó dígase administrativas, é iba creciendo el número segun andaba el tiempo y el Imperio se dilataba. Los consejeros de Estado, personajes de la primera nota, y casi iguales á los ministros, eran demasiado elevados en gerarquía y cortos en número para encargarse de todos los relatos ó informes que se hacia necesario extender. Al paso que se acrecentaba el número de negocios, y que éstos, en lugar de traer carácter político le tenian exclusivamente gubernativo ó administrativo, se manifestaba necesidad de formar sugetos que pudiesen ocupar bien los destinos del Consejo de Estado, ó dígase, de crear una escala para subir á tan alto puesto, y sobre todo, de emplear á los jóvenes de elevada esfera, á quienes queria Napoleon traer á su servicio por todas las carreras á un tiempo, así por la militar como por la civil. Habiendo tratado de esto con el archicanciller, creó los empleos de los llamados *maitres des requêtes* (maestros de peticiones) (1), que ocupaban un lugar intermedio entre los auditores y los consejeros de Estado, estando á su cargo hacer el mayor número de informes ó de relatos, y dándoseles facultad de deliberar sobre las cuestiones en que habian hecho de relatores, así como un sueldo proporcionado

de  
*maitres*  
*des*  
*requêtes*  
(maestros  
de  
peticio-  
nes.)

(1) La traduccion no satisface al traductor, pero no dá con buen modo para expresar la voz *maitres des requêtes*. El empleo no era nuevo, sino renovado de la antigua monarquía, ó si no lo era el empleo, lo era el nombre. En las licencias para imprimir libros, expedidas por los reyes de Francia, se expresa ir dirigidas «á sus amados y fieles consejeros, las gentes que forman los tribunales de su parlamento, y maestros de peticiones de la Casa Real:» «*á nos aimés et féaux conseillers les gens tenants nos cours de parlement, maitres des requêtes ordinaires de notre Hotel, etc., etc.*»



Julio 1806. á la importancia de sus destinos. Los señores Portalis, hijo, Molé y Pasquier, muy jóvenes todavía, fueron nombrados inmediatamente para servir estos nuevos cargos, indicando su nombramiento cuál era la utilidad y cuál la intencion de aquel proyecto. Mirábase con afición el mérito de aquellos cuyo nombre renovaba memorias de personajes de tiempos pasados, aunque sin tener en menos el de otros cuyo nombre, fuera de sus servicios personales, nada decia.

Pasa  
al  
Consejo  
de  
Estado  
el  
conoci-  
miento  
de todos  
los tratos  
que  
tienen  
los  
particu-  
lares  
con el  
gobierno.

A innovacion tan juiciosa, que vino á ser un plantel de hombres hábiles en materia de gobernacion, añadió Napoleon al momento otra mejora ó mudanza. Hasta entonces no habia jurisdiccion especial que entendiese en los tratos de los particulares con el Estado, ya fuesen aquellos los que se encargaban de la ejecucion de obras públicas, los asentistas ú otros que contraian empeños pecuniarios. El negocio de la compañía de los *Comerciantes reunidos* descubrió la falta que hacia semejante jurisdiccion, porque no sabiendo Napoleon ante quién llevar aquel asunto, por un momento hubo de pensar en remitirle á exámen y fallo al Cuerpo Legislativo. A los tribunales no era posible dar jurisdiccion en semejantes negocios, así porque para resolverlos son necesarios conocimientos especiales, como porque para lo mismo se requiere cierto espíritu gubernativo mas que judicial. Por esta causa se dió conocimiento al Consejo de Estado de todos los tratos pecuniarios hechos con el gobierno, siendo este el principal origen de la jurisdiccion en lo contencioso que al mismo cuerpo vino á darse. Por eso fueron instituidos al mismo tiempo abogados del Consejo encargados de defender en alegatos escritos el interés de los que fuesen llama-

dos á comparecer ante aquella jurisdiccion nueva. Julio 1806.

Napoleon añadió á todas estas nuevas creaciones otra, acaso la mejor de su reinado, la cual fué la Universidad de Francia. Ya va dicho muy atrás en la presente historia qué sistema de educacion adoptó en 1802, cuando echó los cimientos de la nueva sociedad francesa. En medio de la generacion vieja convertida por la revolucion en enemiga de lo presente, y dividida en dos partes, de las cuales una echaba de menos y lloraba el sistema antiguo, y otra, sin querer volver á éste, miraba con disgusto el nuevo, se propuso formar por medio de la educacion una generacion jóven, obra de las instituciones modernas, y que á ellas pudiese acomodarse. Habia establecido Napoleon, segun antes en su lugar se dijo, en vez de las escuelas centrales, que eran cursos públicos á los cuales asistian los jóvenes residentes con sus propias familias ó en otras casas particulares á oir profesores que, segun su propio capricho ó los de los tiempos daban enseñanza, y harto mas en las ciencias físicas que en las letras, establecimientos de casas donde viviendo y comiendo juntos los jóvenes recibian del Estado instruccion y crianza, recobrando en sus estudios las letras el lugar que nunca debian haber perdido, sin que por esto perdiesen las ciencias el que habian ganado. Previendo el emperador francés que las preocupaciones y la mala voluntad de sus contrarios levantarían contra las fundaciones que acababa de hacer, habia creado seis mil bolsas y compuesto así, por ejercicio de su propia autoridad (pero usándola para hacer un beneficio) el número de los que habian de poblar los nuevos colegios bautizados con el nombre de Liceos. De éstos, unos abiertos nuevamente y otros casas antiguas de educacion

Creacion  
de la  
Universi-  
dad.



Julio 1806. Buen éxito de las nuevas casas de educacion establecidas con el título de Liceos. pasadas á nueva forma, todos juntos presentaban ya en 1806 á la vista el espectáculo de establecimientos donde reinaban el orden y las buenas costumbres y se hacian sanos estudios. Eran en número hasta veinte y nueve, y Napoleon queria aumentarlos hasta subirlos al de ciento. Trescientas y diez escuelas de segundo orden establecidas por los concejos de los pueblos, y como otras tantas de la misma clase abiertas por individuos particulares, si bien con obligacion las primeras de atenerse á las reglas observadas en los Liceos, y las segundas de enviar á ellos sus discípulos, eran el complemento del conjunto de los establecimientos nuevos de enseñanza. Este sistema habia tenido el mejor éxito imaginable. Bien es verdad que los que tenian casas particulares de educacion, y los padres y cabezas de familia aferrados en sus rancias preocupaciones, así como los clérigos llenos de la idea de que volverian á tener en sus manos privativamente la educacion pública, decian mil calumnias de los liceos, suponiendo que en ellos solamente se enseñaban las matemáticas, porque el gobierno solo aspiraba á formar militares, y que estaban en los mismos establecimientos desatendido el estudio de la religion y pervertidas las costumbres. Nada de esto era cierto, pues, al revés, habia tenido el emperador intencion expresa de volver á su lustre las letras, y habia logrado su propósito, y en cuanto á la religion tambien era enseñada en los liceos por capellanes con toda la formalidad con que habia podido conseguir establecerlos el autor del Concordato, y con tan buen fruto quanto consentia la índole de los tiempos, al paso que con vivir una vida dura y casi militar y estar en continuo ejercicio se libertaban los jóvenes de pasiones precoces, de modo

que en lo relativo á costumbres hacian ciertamente ven- Julio 1806.  
taja los liceos á las casas particulares.

Dejando esto aparte, á pesar de las murmuraciones de los interesados, y de los desabridos parciales del tiempo antiguo, los establecimientos de que se va ahora aquí hablando habian hecho rápidos progresos. Atraídos á ellos los jóvenes por el beneficio de las bolsas y por la confianza de los padres de familia, comenzaban á acudir á poblarlos en número crecido.

Pero, en sentir de Napoleon, esta obra apenas estaba en sus comienzos, porque era lo de menos tener discípulos, necesitándose particularmente profesores, y crear para las escuelas un cuerpo de maestros. Era esta una gran cuestion en que habia puesto su atencion el emperador francés con la firmeza de juicio y resolucion con que en todo procedia. A su entender no debia pensarse en poner otra vez la educacion á cargo del clero. Habia restablecido el culto, y procedido al restablecerle con el profundo convencimiento de que toda sociedad ha menester una religion, no como un medio mas de gobernarla, sino para debida satisfaccion de las necesidades mas nobles que en el alma humana se contienen. Esto no obstante, no queria fiar á los clérigos la formacion de la sociedad nueva, porque ellos, con su amor á lo pasado, su odio á lo presente y su miedo á lo venidero, por fuerza habian de continuar infundiendo á los jóvenes las dolorosas pasiones de las generaciones que se iban extinguiendo, y la juventud, por el contrario, debe formarse tomando por modelo á la sociedad en que está destinada á vivir, y está bien que encuentre en un colegio el espíritu de las familias, y en estas el de la sociedad, aunque con costumbres mas puras y arre-

Napo-  
leon,  
creadas  
ya  
las casas  
de  
ense-  
ñanza,  
quiere,  
para dar  
comple-  
mento  
á su  
sistema,  
formar  
un  
cuerpo  
de  
maes-  
tros.



Julio 1806. gladas, y trabajo mas constante. En suma, un colegio ha de ser la misma sociedad, pero mejorada; porque, si hay diferencia entre ésta y aquel, y si oyen los muchachos hablar de otro modo que á sus padres á sus maestros, celebrando los unos lo que los otros vituperan, nace de ello un doloroso contraste que los perturba el espíritu, y los lleva á despreciar á los maestros si tienen en ellos mas confianza que en sus padres, y á éstos si miran á aquellos con mas aprecio. Entonces se pasa la segunda parte de la vida en descreer lo aprendido en los años de la primera. La misma religion, siendo impuesta con afectacion en vez de ser profesada con respeto á los ojos de la juventud, no viene á ser mas que un yugo del cual se da priesa á sacudirse el hombre cuando se ve gozando de su libertad, así como se sacude de todos cuantos yugos ha llevado en el colegio. Estas consideraciones desviaron á Napoleon de la idea de entregar al clero la juventud francesa para que la educase. Una razon mas acabó de determinarle, y fué que, no siendo á propósito el clero católico para educar judios ó protestantes, no podia bajo los clérigos darse educacion comun á los de todas las religiones juntos en uno, componiendo con ellos un conjunto de personas mozas, ilustradas, tolerantes, amantes de su patria, aptas para todas las carreras, en suma, tales cuales debian ser para formar la nueva generacion de la nueva Francia.

Sin embargo, si el clero no tenia las calidades necesarias para la tarea de dirigir la educacion general, tenia algunas de altísimo precio, y de las cuales debia el gobierno valerse. Era indispensable una vida arreglada, laboriosa y sóbria en los encargados de educar

á la juventud, no debiendo darse tal encargo á los primeros que se presentasen, hombres formados por la casualidad é hijos de una sociedad dada á deleites y devaneos; pero era posible tambien dar ciertas calidades de los clérigos á algunos seglares. Así creia á lo menos Napoleon y la experiencia ha probado que no se engañaba. Tiene la vida estudiosa mucha analogía con la religiosa, siendo como esta compatible con un arreglo sumo en las costumbres y un pasar mediano. Napoleon creia que con buenos reglamentos era posible crear un cuerpo de maestros, los cuales, á pesar de no ser libres, tuviesen al dedicarse á la enseñanza de la juventud aplicacion, persistencia y constancia de vocacion no inferiores á las del clero. Todos los años hay en las generaciones que llegan á la edad adulta, así como las mieses que anualmente crecen en la tierra y llegan á madurar, una porcion de cabezas jóvenes que cobran aficion al estudio siendo de familias pobres. Juntar estas partes en una, y sujetándolas á pruebas preparatorias y á una comun disciplina, atraerlas presentándoles el aliciente de una carrera modesta, pero segura; y conservarlas en la que hubiesen elegido, era el problema que en este punto era necesario resolver; y Napoleon no le miraba como insoluble, porque tenia fé en lo que se llama espíritu de cuerpo, y le miraba así mismo con gusto, siendo una de las palabras que con mas frecuencia repetia, por expresarse en ella una de las ideas que mas á menudo se le venian á la imaginacion, que la sociedad estaba hecha polvo. Natural era pensar y sentir así al poner la vista en un pais donde no habia quedado ni nobleza, ni clero, ni parlamento, ni cuerpos colegiados ó gremiales de clase alguna. Solia decir de continuo á los hombres de la revolucion:—Fuerza es



Julio 1806. que sepais constituïros si quereis defenderos, pues ya veis cómo se defienden los sacerdotes y los nobles emigrados, animándolos el último aliento de los grandes cuerpos de la nobleza y clero destruidos. — Por eso queria entregar á un cuerpo que tuviese vida y supiese defenderse el cuidado de educar á las generaciones futuras. Esto resolvió, esto hizo, y salió bien de su empeño.

Napoleon estableció la Universidad sentándola en los principios siguientes. Habia de haber una educacion especial para los hombres destinados á ser profesores, y exámenes preparatorios antes de adquirir la clase de tales, y los que fuesen examinados y aprobados pasaban á ser miembros de un cuerpo crecido, sin cuya sentencia no podian encontrar tropiezos en su carrera ni ser de ella arrojados, yendo adelantando en el curso de los años y segun fuesen sus merecimientos. Habia de ser cabeza de este cuerpo un consejo superior compuesto de los profesores que mas se señalasen por su talento y habilidad, á los cuales tocaria aplicar las reglas dadas para la enseñanza y dirigirlas. Por fin habia de quedar conferido exclusivamente el privilegio de la educacion pública á esta nueva institucion, dotándola con rentas sobre el Estado, con lo cual irian hermanados en ella el vigor y teson que dá lo llamado espíritu de cuerpo con el empeño que en defender su propiedad tienden los hombres todos. Con arreglo é estas ideas dispuso Napoleon que se formase la planta de la nueva Universidad; pero, como era hombre de demasiada experiencia para mandar que todas estas disposiciones fuesen parte de una ley, usando con extremado saber y tino de la pública confianza que le permitia hacer leyes en términos muy generales é

irlas despues particularizando y completando en decre- Julio 1806.  
 tos, segun le iba dando luces y consejos la experiencia, dió  
 encargo á M. Fourcroy, director de la Instruccion pú-  
 blica á las órdenes del ministro del Interior, de extender  
 un proyecto de ley compuesto de tres artículos sola-  
 mente. En el primero se exponia que se formase con el  
 nombre de *Universidad imperial* un cuerpo de enseñanza  
 á cuyo cargo estuviese la educacion pública en todo el  
 Imperio; en el segundo, que los miembros del mismo  
 cuerpo hubiesen de contraer en calidad de tales obliga-  
 ciones civiles, especiales y temporales, haciendo uso de  
 la palabra temporal para desterrar toda idea de votos  
 religiosos; y por fin, en el tercero, que habria de ser  
 convertida en ley en la legislatura de 1810 la planta  
 del mismo cuerpo enmendada segun aconsejase la expe-  
 riencia. Solo obrando con tal latitud y desahogo es  
 posible hacer cosas grandes.

Ley  
 constitu-  
 tiva  
 de la  
 Universi-  
 dad.

Este proyecto presentado al Cuerpo Legislativo el 6 de  
 mayo, quedó aprobado, como lo eran todos, con confian-  
 za y sin que de él se hablase. Malo seria aprobar así  
 las leyes, lo cual solo merece celebrarse tratándose de  
 varon tal como Napoleon, de actos como los suyos, y,  
 lo que es todavía de mayor peso, de situacion como la de  
 Francia en aquella hora.

La corta y aprovechada legislatura de 1806 termi-  
 nó con aprobarse las leyes sobre la Hacienda. Miraba á  
 esta Napoleon con razon sobrada como no menos indis-  
 pensable fundamento de la grandeza de un Imperio que  
 el ejército mismo. Los anteriores ahogos, aunque ya pa-  
 sados, servian de importante aviso de que era necesario al-  
 fin venir á determinar un sistema completo de Hacienda;  
 poner á la par los ingresos con los gastos, y establecer

Termi-  
 nan  
 las  
 sesiones  
 del  
 Cuerpo  
 Legisla-  
 tivo  
 en 1806,  
 con  
 presen-  
 tarle  
 las leyes  
 de  
 presu-  
 puestos.





Julio 1806. en la tesorería una forma de servicio que dispensase de recurrir á especuladores.

En lo relativo á tener los recursos necesarios para hacer frente á los gastos de la guerra, persistia Napoleon en no querer contraer empréstitos. En efecto, á pesar de la prosperidad de que bajo su gobierno disfrutaba Francia, nunca habia subido la renta de cinco por ciento á valer mas que sesenta. Si se hubiese anunciado que iba á hacerse un empréstito, habria bajado el valor de la deuda, segun es probable, hasta cincuenta, con lo cual habria llevado el Estado la carga de pagar perpétuamente diez por ciento por las cantidades que entonces tomase prestadas. Repugnaba á Napoleon valerse de medio semejante. Erale sin embargo forzoso llenar el déficit de los últimos presupuestos. y poner definitivamente los ingresos en proporcion con los gastos de la guerra, habiendo venido á ser desde quince años hasta entonces el estado ordinario de la Francia el de seguirla, cuando no por tierra, en los mares. Atrevida empresa por cierto, y tal que nunca se ha conseguido llevarla felizmente á cabo, es la de proveer á los gastos de una porfiada contienda solo con las contribuciones permanentes. Napoleon no habia renunciado al empeño de vencer tanta dificultad; y tuvo valor de proponer al pueblo francés, ó, diciéndolo con mas propiedad, de echarle encima las cargas que habian de dar medios de venir á tal paradero.

Los atrasos de los últimos presupuestos podian cubrirse con sesenta millones de francos, descontando de ello la deuda contraida con la Caja de amortizacion, la cual consistia, como en esta historia va dicho, en fianzas de que el gobierno habia dispuesto, y en productos de ventas de bienes nacionales que la tesorería habia consu-

Julio 1806.

mido para su uso, no obstante ser de aquella caja. Habia pues necesidad de encontrar sesenta millones con que cubrir el déficit, y ademas lo necesario para el pago de la deuda contraida con la amortizacion, y para ocurrir á los gastos de un presupuesto anual, que, segun la experiencia de 1806, no habria de bajar de setecientos millones de francos durante la guerra, ó, incluyendo los gastos de recaudacion, de ochocientos y veinte.

Los siguientes fueron los medios discurridos para el intento propuesto.

Habíase advertido que la Caja de amortizacion habia vendido con gran ventaja los bienes cuya enajenacion habia sido puesta á su cargo por via de ensayo. Así, en lugar de vender para darle su producto los setenta millones que le adjudicaba la ley de ventos, del año IX, para resarcirla de las rentas creadas en la misma época, y cuyo precio le era debido á razon de diez millones al año, se le habian entregado las mismas fincas. En cuanto á las fianzas que se le debian reembolsar, estaba resuelto pagárselas del mismo modo, esto es en fincas, dejándola facultada para venderlas con las necesarias precauciones; facultad de que ya habia hecho ella tan atinado y feliz uso. Esta misma observacion servia al emperador, de quien era el invento de semejante modo de liquidar, para encontrar medio de hacer el pago de los sesenta millones de atrasos.

Habia dotado al Senado, á la Legion de Honor, á la Instruccion pública y algunos establecimientos mas con lo que quedaba de bienes nacionales, siendo su intencion al proceder así libertar las fincas de ser derrochadas en malas ventas. Pero por una parte acababa de descubrirse que podian venderse con ventaja encargán-

Liquidacion  
de los  
atrasos.

Quita  
Napoleon  
á los  
cuerpos  
principales  
del  
Estado  
los  
bienes



Julio 1806. dose de ello la Caja de amortizacion, y por la otra se notaba en el sistema de dotaciones el vicio inherente á conservar bienes amortizados, cuya suerte constantemente es ser administrados mal y dar escasos productos. Napoleon resolvió sacar de nuevo estos bienes de manos del Senado y de la Legion de Honor, y dar á estos establecimientos un equivalente con crear para ello tres millones de rentas de cinco por ciento que figurasen un capital de sesenta millones. Si, con emitir nuevas rentas para el público, corrían los fondos el peligro de una baja inmediata, con crearlas en calidad de dotaciones de cuerpos permanentes que no podrian venderlas carecerian de los inconvenientes anejos á los empréstitos, pues no menoscababan notablemente el precio de los fondos públicos, y ademas daban á los establecimientos á los cuales eran entregadas una ventaja, asegurándoles una renta de cinco por ciento en vez de un dos y medio ó tres, que era todo el rendimiento de los bienes nacionales. Estos bienes, traspasados despues á la Caja de amortizacion que habia de irlos vendiendo poco á poco, proporcionarian los sesenta millones que hacian falta.

Verdad es que estos sesenta millones habian de encontrarse sin la menor demora para cubrir con ellos los atrasos de los anteriores presupuestos. Discurrióse para el intento crear libramientos (1) provisionales con un interés de seis á siete por ciento segun la época en que hubiesen de ser pagados, cuyo vencimiento fuese un término prefijo, pagaderos en la Caja de amortizacion á

---

(1) Si bien se mira, esta creacion de rentas era un empréstito, mejor ó peor hecho, pero empréstito al cabo. Napoleon en materia de crédito entendia poco. Despreciaba la ciencia de la economia política, en lo cual su historiador se le acerca.

razon de un millon al mes desde el primero de julio de Julio 1806. 1806, hasta el mismo dia y mes del año 1811, y que tuviesen por hipoteca el capital de la misma caja, la cual, con lo que ya poseia y lo que iba á adquirir, tendria ciento y treinta millones en bienes nacionales, y hermanaba con la posesion de este caudal en bienes raices la calidad de gozar de un crédito bien asentado.

Estos libramientos, con un interés ventajoso, pero no usurario, y pagaderos en términos prefijos y no distantes, no podian perder tanto cuanto la renta, porque su vencimiento mensual asegurado durante cinco años forzosamente habia de contribuir á darles valor, estando ciertos los tenedores de ir cobrando mes por mes el de su capital hasta recibirle por entero. Esta es una combinacion que despues ha salido bien en varias ocasiones, con lo cual está probado ser excelente.

Consistia pues el modo resuelto para liquidar los atrasos en recoger sus bienes á los cuerpos principales del Estado, en dar á estos en lugar de lo que se les quitaba rentas de las cuales sacaban la ventaja de lograr mayor producto, y en confiar la venta de los bienes recogidos á la Caja de amortizacion que podia venderlos con ventaja en cinco años, y realizar anticipadamente sus valores por medio de pagarés de vencimiento prefijo, los cuales mal podian perder mucho, siendo reembolsados los tenedores con seguridad y en término poco distante, y dando además un interés de seis á siete por ciento.

La única dificultad en esta combinacion, dificultad por otra parte poco grave, era que la suma de las rentas que componian la deuda pública iba á ser de cincuenta y un millones en vez de cincuenta, número prescripto



Julio 1806. en las leyes anteriores. Pero tal quebrantamiento de la ley era de corta importancia, y, ademas, quedaba cubierto con disponer un modo de amortizacion mas rápido para el millon excedente.

Modo  
de cubrir  
los gastos  
de los  
presu-  
puestos  
futuros,  
asi para  
tiempo  
de paz,  
como  
para el de  
guerra.

Declara-  
cion  
atrevida  
hecha  
al Cuerpo  
Legisla-  
tivo  
en punto  
á las  
neces-  
dades  
del  
Estado,  
tanto  
para la  
paz,  
cuanto  
para la  
guerra.

Quedaba aún que determinar el modo de cubrir los presupuestos futuros buscando ingresos suficientes, ya para el tiempo de paz, ya para el de guerra. Napoleon hizo al Cuerpo Legislativo y á toda Europa una declaracion atrevida y al mismo tiempo juiciosísima mirada por el aspecto de la hacienda del Estado. Consistia esta declaracion en decir que deseaba la paz porque, segun la altiva expresion de que se valia, habia agotado *la gloria militar*, y que habia dado pruebas de su deseo concediendo la paz á la Austria y estando en aquella misma hora próximo á concluir la con la Rusia y ocupado en negociar la con la Inglaterra; y porque, habiendo las potencias todas contraido la costumbre de considerar las paces como treguas que bien podian romper cuando para hacerlo le diesen una señal desde Londres, se hacia necesario, hasta que se lograra reducir las á respetar sus empeños y á resignarse á la grandeza de la Francia; que estuviese esta preparada á llevar las cargas de la guerra mientras hubiese necesidad de seguirla; pues si la Gran Bretaña hacia frente á tales gastos con empréstitos, y no procedia mal mientras tenia en sus manos semejante recurso, la Francia debia cubrir sus atenciones de otro modo, y con los medios que le eran propios, lo cual queria decir con contribuciones; recurso harto mas firme y duradero y exento de gravámen para el tiempo futuro. En consecuencia de esta declaracion, decia el emperador francés que necesitaba de seiscientos millones para tiempo de paz, y de setecientos para el de

guerra, suma que, agregándole los gastos de recaudacion, ascendia á setecientos veinte millones en el caso primero y á ochocientos y veinte en el segundo. En el presupuesto del único año que aquel gobierno habia pasado en paz ó dígase el de 1802, habia sido posible reducir los gastos á quinientos millones. Pero desde aquella época, con haberse aumentado la deuda, tomado mas vuelo los trabajos de utilidad pública, dotándose al clero de resultas del concordato, y restableciéndose la monarquía, lo cual llevaba consigo crearse un presupuesto de la casa imperial; los gastos fijos del Estado de paz habian subido hasta seiscientos millones. Los ingresos ordinarios daban mucho mas que esta suma. En cuanto á los gastos [del estado de guerra, la cual estaba resuelto el gobierno á sustentar mientras le fuese necesario, de sus resultas subia el presupuesto de gastos á setecientos millones. A este precio se podia dar al año ciento y treinta millones á la marina, y sobre trescientos al ejército, con lo que se tendria cincuenta navíos armados y cuatrocientos y cincuenta mil hombres constantemente prontos á ponerse en campaña. En esta situacion estaba la Francia capaz de arrostrar cualesquiera peligros. Ahora, pues, sin abusar de las propias fuerzas, podia cargar con este peso, porque sus rentas ordinarias daban arriba de seiscientos millones. El reino de Italia proporcionaba asimismo treinta millones para el ejército francés que cuidaba de su seguridad, y sacar sesenta ó setenta mas á la Francia por medio de contribuciones ordinarias era cosa nada difícil.

Hecha esta declaracion atrevida, tuvo Napoleon valor de recurrir sin rebozo al gran medio de las contribuciones indirectas, que ya habia restablecido en el

Aumén-  
tanse  
las  
contribu-



Julio 1806. pais sujeto á su gobierno, y de dar nacimiento á un nuevo manantial de ingresos útil y abundante como el que mas, y sin otro inconveniente que el de gravar á la generalidad del pueblo, pero ligeramente. Era esta fuente nueva de productos la contribucion de la sal. Por consiguiente, propuso, ademas del derecho de inventario sobre los líquidos, el cual se cobraba al propietario en el momento en que éste se desprendia de ellos, otro derecho sobre el mismo género en el comercio por mayor y en la venta al menudeo, para lo cual habia de ponerse un resguardo que invigilase en el paso de los líquidos por los caminos, y cuyos empleados tuviesen facultad de entrar en las casas y tiendas de los tratantes en vino para registrarlas. Las contribuciones indirectas, cuyo rendimiento era ya superior á veinte y cinco millones, habrian de dar mas de cincuenta de resultas del aumento que asi tenian.

En cuanto á la contribucion de la sal, iba unido su restablecimiento con la supresion de otro derecho llegado á ser insufrible para el pueblo francés, como era el pago de portazgos en los caminos. Cuadraba tan poco este pago con las costumbres francesas, y era de tanta molestia para la agricultura, que su abolicion habia sido pedida por todos los consejos generales de departamentos. Por otro lado, solo daba quince millones; con lo cual no bastaba para cubrir los gastos de conservar los caminos del Imperio, necesitándose que el Estado diese para ello un suplemento de diez millones anuales, sin conseguir poner los caminos en el estado que era de apeteacer, pues para tenerlos en uno conveniente se avaluaba que habia necesidad de gastar, cuando menos, treinta y cinco millones. Proponiendo pues una contri-

bucion sobre la sal muy ligera, pues era solo de dos décimas partes de franco por quilógramo (dígase dos sueldos ó sobre catorce maravedises españoles por libra) contribucion que habia de cobrarse por los empleados mismos del resguardo en las salinas, situadas casi todas en la frontera y cercadas y vigiladas por los mismos guardas, bien era de esperar un producto de treinta y cinco millones, que alcanzaria á cubrir los gastos necesarios para poner en verdadero estado de perfeccion las carreteras, y ademas seria un alivio de diez millones en las cargas de la tesorería. Nada tenia que ver este nuevo tributo con las gabelas de los tiempos antiguos, desigualmente repartidas, y mas gravosas por el mal modo de cobrarlas, de suerte que hacian subir el precio de la sal hasta ser de catorce sueldos (sobre ciento y ocho maravedises ó mas de tres reales de vellon) por libra, precio para los pobres exorbitante.

Con el producto de estas nuevas contribuciones, que cada año habia de ir teniendo aumentos, y apelando á algunos recursos accidentales que permitiesen esperar á que llegasen á su debido valor los ingresos ordinarios, iba á verse la Francia en estado de llevar bien la guerra mientras durase, y de que, cuando concluyese, pudiesen sentir los beneficios de la paz los pueblos del Imperio con disminuirse la contribucion sobre bienes raices única verdaderamente gravosa.

Con crear estas contribuciones nuevas llevaba Napoleon á remate el restablecimiento de la hacienda del gobierno francés, anunciada de resultas de haber sido suprimidas, en 1789, las contribuciones indirectas, y presentaba á la vista de toda la Europa un espectáculo propio para infundir desaliento á los contrarios de la



Julio 1806. Francia, la cual aparecia con cincuenta navíos y cuatrocientos y cincuenta mil hombres mantenidos sin hacer empréstitos por todo el tiempo que durase la guerra.

Queda fijado el presupuesto de gastos de 1806, en setecientos millones, y comprendidos los gastos de recaudacion, en ochocientos y veinte.

Determinóse pues que fuese el presupuesto de gastos de setecientos millones, y el de ingresos igual, subiendo con los gastos de recaudacion lo que se cobraba á ochocientos y veinte. Una circunstancia accidental, que fué haber vuelto por entonces á uso el calendario gregoriano, empezando desde el 1.º de enero de 1806, fué causa de que figurase el mismo presupuesto ser de novecientos millones, en vez de setecientos, por componerse aquel año económico de quince meses en lugar de doce. En efecto, concluidas las cuentas del año anterior que era el XIII de la república en 21 de setiembre de 1805 hasta llegar al 1.º de enero de 1806 habia que agregar tres meses, con lo cual existia el aumento á que se ha hecho referencia, así en los gastos é ingresos como en la duracion del año.

Nueva planta de la Tesorería y del Banco de Francia.

Aun estaba por hacer otro trabajo necesario que era dar nueva planta y buen arreglo á la Tesorería y al Banco de Francia. Ilustrado sobre estos puntos Napoleon por los recien pasados sucesos quiso hacer reformas en el uno y en la otra.

Muchas veces va dicho en la presente obra que el valor de las contribuciones entraba en tesorería en forma de obligaciones á plazo ó de bonos á la vista, estos y aquellas con la firma de los receptores generales, y que mes á mes se cobraban en las cajas de estos empleados. El descuento de este papel daba dinero cuando habia necesidad de anticipar los gastos á los vencimientos. Habia probado mal abandonar tales descuentos á una compañía. Por esto acababa de encomendarse otra vez

el hacerlos á una agencia de los receptores generales, Julio 1806. que seguia sus operaciones en París en nombre del cuerpo compuesto por todos ellos. Desde que estaba restaurado el crédito, abundaban capitales, y podian los receptores generales proporcionar al Estado, descontando sus propios pagarés, todos los fondos que necesitase. Sin embargo, se estuvo tratando largo tiempo delante de Napoleon en el Consejo de Hacienda si convendria dar el derecho privativo de hacer este servicio al Banco, cuyo poder era muy superior al que en caso alguno podria tener la agencia de los receptores generales. Napoleon, en primer lugar, juzgó que para hacer tal servicio no estaba el Banco dotado de la fuerza suficiente, y por esto resolvió duplicarle el capital, haciendo que subiesen las acciones á noventa mil de cuarenta y cinco que antes eran, lo cual, siendo á mil francos cada accion, le daba un capital de noventa millones. Resolvió ademas darle planta monárquica, convirtiendo al presidente electivo que de él era cabeza en un gobernador nombrado por el emperador para que dirigiese el establecimiento, mirando así por el interés de la tesorería como por el de los comerciantes; poner en su junta directiva tres receptores generales para ligarla mas con el gobierno; y, por último, abolir las disposiciones en virtud de las cuales se hacian los descuentos á proporcion del número de acciones de que eran tenedores los que presentaban en papel, sustituyéndoles otras mas juiciosas que consistian en proporcionar los descuentos al crédito conocido de los comerciantes que los solicitaban. Estas mudanzas propuestas en una ley fueron aprobadas por el Cuerpo Legislativo; y el Banco, con el nuevo reglamento, hecho con habilidad, ha llegado á ser uno de los esta-



Julio 1806. blecimientos de mas solidez entre todos los del universo, al cual se ha visto en época novísima dar auxilio al mismo Banco de Inglaterra, y pasar, en medio de las mayores tragedias políticas, sin sentir sus efectos.

Aun despues de dar así aumento y fuerza al Banco de Francia no quiso Napoleon encomendarle de un modo definitivo, y para todos los casos, el servicio de la tesorería. Pensaba, sí, en valerse, cuando lo necesitase, y en ciertas ocasiones, del nuevo poder que al mismo establecimiento habia asegurado para descontar cantidades mas ó menos crecidas de *obligaciones de receptores generales* ó de *bonos á la vista*, pero no podia determinarse á dejarle ser el cajero del tesoro, porque veia en él una compañía de comerciantes, á los cuales, aun estando presididos por un gobernador nombrado por él, consideraba como gentes fuera de la dependencia del gobierno, no queriendo, segun decia, fiarles el secreto de sus operaciones militares con descubrirles el de las de Hacienda.—Quiero, añadia, poder mover un cuerpo de tropas sin que lo sepa el Banco, y lo sabria si viniese á conocer que necesito dinero.—

Por otro lado, mandó hacer un ensayo, pero ensayo y no mas, de un modo nuevo de que pagasen al gobierno los que manejaban sus fondos. Aunque el sistema de lo llamado *obligaciones* habia sido de grandísimo servicio no era el último punto de la perfeccion en materia de cobranza, pues solia suceder con frecuencia que tuviesen los receptores generales crecidas cantidades en caja esperando al vencimiento de las mismas *obligaciones*. Era sistema mas sencillo y seguro el de una simple cuenta corriente entre el Estado y los que le eran pecuniariamente responsables por manejarle los

fondos, medio por el cual todo valor entrado en caja de los mismos empleados pertenecía á la tesorería ó redituaba un tanto por ciento en provecho de la misma, así como los valores que salían devengaban rédito á los que los habían tenido en su poder, no estorbando este nuevo modo de proceder que siguiesen disfrutando los receptores generales de las ventajas que se habia creido necesario concederles. Pero, antes de esto, se hacia indispensable tener un sistema de llevar las cuentas que no diese lugar á equivocaciones, é introducir en las de la tesorería las de partida doble, usadas generalmente en el comercio. M. Mollien fué quien propuso la idea de las cuentas corrientes, y tambien la de llevarlas en partida doble. Consintió en ello Napoleon prontamente y con empeño, pero quiso que se hiciese prueba de este sistema con algunos receptores generales para juzgar de su mérito á la luz de la experiencia.

Tales fueron los trabajos de Napoleon en la parte civil durante este año memorable de 1806; el de mas lustre del Imperio, así como el de 1802 fué el de mas lustre entre los del Consulado; años bien aprovechados ambos, habiendo sido en uno y otro constituida la Francia; en 1802 para ser república sujeta á una dictadura, y en 1806 para ser un grande Imperio federativo. En este último año fundó Napoleon de una vez monarquías vasallas de la suya, con cuyas coronas ciñó las sienes de sus hermanos; ducados para sus generales y fieles servidores, y ricas dotaciones para sus soldados, á lo cual agregó acabar con el Imperio germánico, y dejar solo el francés llenando con su brillo y poder el Occidente. Continuó en materias de caminos, puentes y canales trabajos ya empezados, y emprendió otros



Julio 1806. de mayor importancia, como los canales del Ródano al Rhin, y de éste al Escalda, y los caminos de la Cornisa, de Tarare y de Metz á Maguncia. Proyectó los grandes monumentos de la capital, la columna de la plaza de Vandoma, el arco de la Estrella, las obras para acabar la construccion del Louvre, la calle que habia de llamarse Imperial, y las principales fuentes de París. Empezó la restauracion de San Dionisio, mandó acabar el panteon, promulgó el Código de procedimientos en lo civil, perfeccionó el orden y arreglo del Consejo de Estado, creó la Universidad, y liquidó definitivamente los atrasos de la Hacienda pública; dió complemento al sistema tributario y planta nueva al Banco de Francia, y preparó un sistema nuevo para la tesorería francesa. Todo esto, emprendido en enero de 1806, ya en julio del mismo año estaba terminado. Nunca ha visto el mundo cabeza humana concebir cosas en tanto número, y tan vastas y profundas, y llevarlas á ejecucion en tan corto tiempo. Bien es verdad que en este instante va la presente historia llegando á la cumbre de la gloria y prosperidad del glorioso reinado de que trata: cumbre de una elevacion sin par, y de la cual puede decirse, teniendo á la vista el cuadro completo de todas las grandezas humanas, que ninguna la ha excedido, si acaso alguna la ha igualado.

Por desgracia, el mismo año incomparable, en vez de terminarse, como era de esperar, entre las dulzuras de la paz, vino á concluir entre los males de la guerra, en parte por culpa de los gobiernos europeos, y en parte por la de Napoleon, y tambien de resultas del golpe cruel que acabó con la vida de M. Fox en el año mismo en que habia fallecido M. Pitt.

Julio 1806.

Las negociaciones entabladas con Rusia é Inglaterra habian continuado en medio de los trabajos de todas clases de que acaba de darse cuenta. Lord Yarmouth, con quien adrede se habia dado largas á estos tratos, no habia pasado adelante de sus proposiciones primeras, reducidas á que conservase Inglaterra casi todas sus conquistas ultramarinas, y dejase á Francia las suyas en el continente, salvo el Estado de Hannover, y á que se tratase de dar una indemnizacion por su reino perdido al rey de Nápoles, no haciendo alto al parecer ni en la Confederacion del Rhin ni en los reyes novísimamente creados. Napoleon, que ya no tenia motivo para diferir el término de las negociaciones porque habia llevado á cabo sus principales proyectos, daba prisa á lord Yarmouth á que pidiese y lograse recibir sus plenos poderes á fin de llegar á la conclusion del trato pendiente. El negociador inglés los habia al cabo recibido, pero con orden de no presentarlos sino cuando divisase ser posible avenirse con la Francia, y no hasta despues de haberse entendido con el plenipotenciario ruso.

El señor de Oubril habia llegado á París en junio con plenos poderes en debida forma y con instrucciones, donde en primer lugar se le mandaba ganar tiempo en punto al negocio de las Bocas del Cattaro, excusando de este modo al Austria haber de valerse de la fuerza de las armas, segun se le amenazaba, para ponerlas en manos de los franceses, y en segundo lugar terminar todas las desavenencias existentes con un tratado de paz, si accedia la Francia á ello con condiciones que dejasen ilesa la dignidad del imperio ruso. Una circunstancia habia confirmado al señor de Oubril en la idea de terminar las negociaciones ajustando la paz.

Continúan las negociaciones entabladas con Rusia é Inglaterra.

A qué punto se habia llegado en los tratos con lord Yarmouth.

Llegada á París del señor de Oubril, encargado de negociar por parte de la Rusia.



**Julio 1806.** Mientras venia de camino se habia mudado el ministerio ruso, porque, insistiendo el príncipe Czartoryski y sus amigos en que estrechase su emperador su union con la Gran Bretaña, no solo para proseguir la guerra, sino para entrar con mas ventaja en los tratos, cansado Alejandro de oir tan repetidas representaciones, y temeroso de contraer empeños muy apretados con el gobierno inglés, habia por fin aceptado una dimision hecha muchas veces, y puesto en lugar del príncipe Czartoryski al general de Budberg, en tiempos antiguos ayo del emperador y amigo de la emperatriz madre, y hombre incapaz, por el temple de su condicion ó por su deseo, de resistir á la voluntad de su soberano. El señor de Oubril, habiendo notado que su emperador se inclinaba á la paz mas que sus ministros, hubo de creerse autorizado á tirar á ajustarla, vista la mudanza ocurrida en su gobierno.

M. de Talleyrand tuvo poco que afanarse para persuadir al señor de Oubril cuando le sostenia que entre el imperio francés y ruso no habia interés alguno contrario y grave que fuese necesario examinar hasta conciliar uno con otro, habiendo solo que resolver una cuestion de influjo tocante á dos ó tres potencias menores, á las cuales habia tomado la Rusia bajo su patrocinio. Pero en lo relativo á estas últimas, la Rusia, vencida en Austerlitz, y poco dispuesta á emprender nueva campaña, visto que el Austria habia rendido las armas, y la Prusia puéstose en dependencia del gobierno francés, al paso que la Inglaterra daba muestras de estar cansada de la contienda, mal podia presentarse subida de punto en sus pretensiones, y solo queria salvar su orgullo de un duro desaire. Así estaba pronta á

Julio 1806.

consentir en las mudanzas hechas en Alemania y en la agregacion de Génova, y de los Estados venecianos al reino de Italia, y aun á callar en punto á la conquista de Nápoles, porque estaba justificado el excesivo rigor de Napoleon con el gobierno napolitano por la circunstancia de haberse visto acometido por él de súbito después de una promesa de ser neutral hecha en formal convenio. Sin embargo, con el rey de Cerdeña, príncipe del Piamonte, y con los Borbones de Nápoles, tenia la Rusia empeños contraidos por escrito, y no podia dispensarse de pedir para ellos algo, fuese lo que fuese. Si bien los compromisos relativos al Piamonte por lo antiguos empezaban á prescribir, los contraidos con la reina Carolina, llevados hasta causar su perdicion, eran demasiado recientes y auténticos para que fuese posible dejar de intervenir á favor de la corte napolitana.

Esta, pues, era la cuestion difícil de resolver entre los señores de Talleyrand y de Oubril. El negociador ruso se manifestaba deseoso de procurar alguna indemnizacion, por corta que fuese, al soberano del Piamonte, de asegurar la posesion de Sicilia á los Borbones de Nápoles, y de insertar en el tratado que hubiese de hacerse ciertas frases que diesen á la Rusia una apariencia de intervenir con propia y general honra y provecho en los negocios de Europa. Aunque Napoleon al principio solo queria hacer un tratado seco y desnudo, que solo tuviese apariencias de serlo pura y simplemente de paz entre uno y otro Imperio, á fin de que constase de un modo auténtico que no concedia á la Rusia la influencia que ésta pretendia arrogarse, hubo de renunciar á tan duro proyecto al ver posible hacer inmediatamente la paz

A qué  
viene  
á quedar  
reducida  
la  
negocia-  
cion  
entre  
Rusia  
y  
Francia.



Julio 1806. con el gobierno ruso, de donde se seguiria de rechazo verse la Inglaterra forzada á tratar con condiciones mas razonables. Permitió, pues, Napoleon á M. de Talleyrand que concediese á la Rusia todas cuantas apariencias de influjo creyese ella necesarias para dejar á salvo su decoro. Asi recibió autorizacion el ministro francés para que en el tratado patente fuesen Rusia y Francia á la par garantes de la evacuacion de Alemania por los franceses, de la integridad del Imperio Otomano, y de la independencia de la república de Ragusa, y que en el mismo tratado prometiese la Francia sus buenos oficios para reconciliar á la Prusia con la Suecia, y asimismo aceptase las de la Rusia para el restablecimiento de la paz entre la Francia y la Gran Bretaña. Daba esta condescendencia márgen bastante para extender un tratado de significacion superior á la del que Napoleon pensaba hacer al principio, y por consiguiente mucho mas lisonjero á la soberbia moscovita. Pero era necesario dar alguna indemnizacion á los soberanos del Piamonte y de Nápoles. En cuanto al primero, se negó á ello Napoleon de un modo tan absoluto, que fué fuerza renunciar á la pretension de darle un resarcimiento. En lo tocante á Nápoles, tampoco consintió por título alguno en ceder la isla de Sicilia, y, al revés, exigió que fuese restituida al reino de Nápoles, de que José era ya dueño. A fuerza de buscar una combinacion que conciliase las opuestas pretensiones, acertóse á discutir un término medio, el cual fué dar en posesion al príncipe real de Nápoles las islas Baleares, y á sus padres, los reyes destronados, una indemnizacion en dinero por el trono perdido. Bien es cierto que las islas Baleares eran de España, pero Napoleon tenia con que dar á esta potencia un equivalente aumentando el reducido reino

Siendo la principal dificultad en la negociacion pendiente de qué modo se había

de Etruria (1), con agregarle algun fragmento de los duca-  
dos de Parma y Plasencia. Ademas tenia una razon exce-  
lente y muy moral que hacer valer en la corte de Madrid,  
y era que el príncipe real de Nápoles habia pasado á ser  
yerno de Carlos IV, en el dia mismo en que una princesa,  
su hermana, se habia casado con el príncipe de Asturias.  
Para complemento de tan buenas razones, tenia Napo-  
leon la fuerza (2), y por lo mismo se hallaba en situacion  
de poder contraer un empeño formal relativamente á las  
Balears.

Julio 1806.  
de  
resarcir  
de sus  
pérdidas  
á los  
Borbones  
de  
Nápoles,  
discúr-  
rese  
darles  
las islas  
Balears.

Discurrida esta combinacion, era necesario concluir  
el tratado. El señor de Oubril se habia puesto en comu-  
nicacion con lord Yarmouth, el cual hacia profesion de  
muy buen afecto á la Francia, pero, con todo, reputaba  
debilidad conceder todo cuanto M. de Talleyrand exigia,  
y, siendo como era buen inglés, deseaba que quedase la  
isla de Sicilia en poder de la reina Carolina, en cuyas  
manos estaba como si estuviese en las de la misma In-  
glaterra. Por eso no paraba de insistir en que el señor  
de Oubril dilatase la resistencia de la Rusia.

---

(1) La insolencia con que habla el historiador de este proyecto de  
robo hecho por Napoleon á una potencia con la cual estaba aliado es  
pasmosa, pero ajustada á las reglas de moral que en esta historia se  
sustentan. Ni es mala idea la de que fuese compensacion para España de  
la desmembracion de su monarquia que á un príncipe extranjero, aunque  
emparentado con la real familia, se diesen aumentos de territorio allá  
en otras tierras. Sin duda lo que se dá á una familia de reyes es, en  
concepto de M. Thiers, ventaja á la nacion sobre que reina uno de la  
misma familia. Poco liberal doctrina es esta. Pero lo que importa es  
ver canonizado un robo inicuo por un político de nuestros dias. Bien  
es cierto que M. Thiers en 1840, segun él dijo despues, sin duda para  
seguir las huellas de Napoleon, pensó en robar las mismas Balears á  
España, tambien aliada de Francia en esta época segunda.

N. DE A. A. G.

(2) Ese, sí, era su derecho. El mismo tiene en los caminos el ban-  
dolero sobre el indefenso caminante. Esto es muy moral en M. Thiers  
como lo era en su héroe.

N. DE A. A. G.



Julio 1806.

Pero M. de Talleyrand tenia un recurso, cuya idea le dió Napoleon y del cual se valió con habilidad, que fué amenazar al Austria con caer sobre ella inmediatamente sino eran entregadas á la Francia las Bocas del Cattaro. Napoleon, segun poco antes queda dicho, tenia gran empeño en poseerlas, porque están muy bien situadas en el mar Adriático y particularmente por hallarse tan cercanas á la frontera de Turquía. Por lo mismo estaba muy resuelto á exigir que se le diesen, y amenazaba con tanta mas facilidad cuanto que estaba determinado á pasar de las palabras á las obras. Para esto no tenia que dar mas que un paso, por que sus tropas estaban situadas sobre la ribera del Inn, y eran dueñas de Braunau. Por consiguiente, M. de Talleyrand declaró ya al señor de Oubril que se hacia forzoso llevar á término la negociacion y firmar la paz, una de cuyas condiciones habia de ser la entrega de las Bocas del Cattaro, ó, de lo contrario, salir de París, despues de lo cual castigaria el emperador francés con duro rigor al Austria, á menos de que esta hiciese de mancomun con la Francia esfuerzos para recobrar el distrito con tal falta de fé entregado á los rusos.

Intimidado el señor de Oubril con declaracion tan perentoria, dió parte al lord Yarmouth del apuro en que se veia, diciéndole que tenia encargado en sus instrucciones salvar al Austria de una violencia inmediata, y que estaba resuelto á obrar en conformidad á estas órdenes; que por otra parte nada se ganaba en esperar, habiéndoselas con un personaje de la condicion de Napoleon, el cual cada dia cometia un nuevo atrevimiento, siendo despues forzoso pasar por sus actos arrojados sino se queria romper en nueva guerra; que si se hubiese

negociado la paz antes del mes de abril no habria sido proclamado José Bonaparte rey de Nápoles, ni, sino se hubiesen diferido los tratos hasta entrado el mes de junio, habria llegado Luis Bonaparte á ser rey de Holanda; y, en suma, que por no haber tratado formalmente la paz hasta el mes de julio, no habia podido estorbarse la dissolution del Imperio de Alemania. Tomó, pues, el señor de Oubril su partido; y el 20 de julio, á pesar de las instancias de lord Yarmouth, firmó un tratado de paz con la Francia.

Firmase  
el  
tratado  
de paz  
entre  
Francia  
y Rusia  
el 20  
de julio.

En los artículos patentes de este tratado quedaron estipuladas, segun va ya indicado que lo serian, la evacuacion de Alemania, la independendencia de la república de Ragusa, y la integridad del Imperio turco. En los mismos artículos se comprometieron las dos potencias contratantes á hacer uso de sus buenos oficios para poner término á desavenencias ocurridas entre la Prusia y la Suecia; y la Francia aceptó formalmente las de la Rusia para el restablecimiento de la paz con Inglaterra; cosas todas que conservaban al poder ruso las apariencias de grande influjo de que queria no quedar despojado. Prometiéndose de nuevo declarar la independendencia de las siete islas Jónicas y proceder á la evacuacion inmediata de las Bocas del Cattaro. En los artículos secretos fueron concedidas al príncipe heredero de la corona de Nápoles las islas Baleares, pero poniéndole por condicion que no hubiese de permitir la entrada en ellas á los ingleses en tiempo de guerra; se aseguró una pension á sus padres destronados; y se estipuló que conservase la Suecia la Pomerania sueca en los arreglos que habian de hacerse entre esta potencia y la Prusia.

Semejante tratado en la situacion en que estaba la



Julio 1806. Europa merecia ser aceptado por la Rusia, si ya no era que, por empeño en favorecer á la reíma de Nápoles, preferia aquella potencia continuar la guerra, de la cual solo podia sacar reveses.

El señor de Oubril, concluido el tratado, salió en seguida para San Petersburgo á llevarle y á solicitar de su gobierno que le ratificase. Iba muy satisfecho de haber desempeñado muy bien su encargo, porque, aun cuando su córte desaprobaba la paz que él habia firmado, á lo menos se habia conseguido demorar mes y medio la violencia de que estaba amenazada el Austria. Mirada por este lado la paz, habia fundamento para calificarla de una no firmada con sinceridad completa.

M. de Talleyrand, tras de haber logrado del señor de Oubril que firme la paz, consigue de lord Yarmouth que presente sus poderes.

M. de Talleyrand ya solo tenia que habérselas con lord Yarmouth, muy debilitado desde la hora en que el señor de Oubril habia cedido. Acertó el ministro francés á aprovechar las ventajas logradas y á sacar partido del tratado hecho con la Rusia para obligar á lord Yarmouth á presentar sus plenos poderes, á lo cual se habia resistido hasta entonces. Díjole M. de Talleyrand que era imposible proseguir representando á modo de una comedia, pues tal parecia el hecho de un negociador acreditado que no queria enseñar sus poderes; y que, si diferia por mas tiempo el presentarlos, habria fundado motivo para creer que no los tenia, siendo su estancia en París encaminada á engañar y á ganar tiempo hasta el invierno para estorbar á la Francia proceder contra Inglaterra, ó contra otros de sus enemigos. Cuáles fuesen estos últimos no se indicaba, pero ciertos movimientos de tropas hácia Bayona daban que recelar que fuese Portugal uno de ellos. M. de Talleyrand añadia que era necesario tomar un partido inmediatamente, ó salir de

Paris sin dar á la negociacion un carácter formal con la <sup>Julio 1806.</sup> presentacion de poderes, porque habian llegado las cosas á punto de haberse despertado desconfianza en la Prusia, la cual exigia del gobierno de Francia una declaracion que la asegurase en la posesion de Hannover; que no queriendo perder tal aliado el gobierno francés, estaba pronto á hacer la declaracion pedida, y esto, una vez hecho, no podria revocarse; que en tal caso, ó seria eterna la guerra, ó vendria forzosamente á hacerse la paz sin devolver al rey de Inglaterra su Estado de Hannover; y que, por otra parte, nada se ganaria con nuevas dilaciones, pues dentro de dos ó tres meses acaso seria fuerza consentir en la conquista de Portugal por los franceses, como se habia consentido en la de Nápoles.

Vencido lord Yarmouth por tan poderosas razones, y por la circunstancia de haber firmado la paz el señor de Oubril, así como por amor á la paz misma, aun sin contar con la ambicion natural de estampar su nombre en documento semejante, hubo por fin de resolverse á presentar sus poderes. Esta era la primera ventaja que anhelaba alcanzar M. de Talleyrand, y así se apresuró á que el paso del negociador inglés fuese uno sin remedio, nombrando en seguida un plenipotenciario francés que con él entrase en públicos tratos. Escogió para esto Napoleon al general Clarke y le dió poderes formales y patentes. Así desde aquel momento, que fué en el dia 22 de julio, quedó la negociacion abierta de oficio.

Viéronse y conferenciaron el general Clarke y lord Yarmouth, y, salvo en el negocio de Sicilia, pronto se pusieron de acuerdo. Concedia la Francia á la parte contraria que conservase á Malta, el Cabo de Buena Espe-

Abrese  
de oficio  
la  
negocia-  
cion  
entre  
Francia  
é  
Ingla-  
terra.

Es  
nom-  
brado  
plenipo-  
tenciario  
de la  
Francia  
el  
general  
Clarke.



**Júlio 1806.** ranza y sus conquistas en la India, pero insistia en que se le devolviesen sus depósitos de Pondichery y Chandernagor, consintiendo en poner límites al número de tropas que allí podria mantener, é igualmente pedia la restitution de Santa Lucía y de Tabago, pero en lo que ponía mas empeño era en la devolucion á los holandeses de su colonia antigua de Surinam punto en el cual no eran las instrucciones del plenipotenciario inglés perentorias. La dificultad mas grave seguía siendo la de Sicilia, que lord Yarmouth no estaba formalmente autorizado á ceder, especialmente para recibir en compensacion cosa de tan corto valor como eran las islas Baleares. Napoleon queria que fuese la isla de Sicilia de su hermano José por razones de grandísimo peso, pues creía que, continuando la reina Carolina en su trono en Palermo, seria eterna la guerra entre las dos partes componentes del ya dividido reino antiguo de las Dos Sicilias, y siempre estaria excitándose por bajo de cuerda contra sus dominadores á los calabreses, á lo que se agregaría otra consideracion todavía de mayor gravedad, y era que, no pudiendo la reina Carolina encerrada en Palermo mantenerse en su isla sino con el auxilio constante de los ingleses, la entregaria á la dominacion de éstos en un todo. Así dejar á Sicilia en poder de los Borbones equivaldria á dejarla en el de los ingleses, consecuencia fatal para el interés de otras naciones en el Mediterráneo.

Sigue  
siendo  
cuestion  
insoluble  
la de la  
posesion  
de  
Sicilia.

Lord Yarmouth, por su parte, á pesar de su deseo de concluir el tratado, no se atrevia á hacerlo. Pero pronto vino nuevo obstáculo á entorpecer los efectos de su buena voluntad.

Sabedor el gobierno británico de la conducta del señor de Oubril se llenó de enojo y se dió prisa á en-

viar correos á San Petersburgo á quejarse de que el negociador ruso hubiese abandonado al inglés. No contentándose con esto, reprendió á lord Yarmouth su propio negociador porque hubiese presentado tan pronto sus poderes, y, temeroso de que por su amistad personal con los diplomáticos franceses se dejase llevar de ímpetus peligrosos, nombró para agregarle á la negociacion á lord Lauderdale, señor wigh, pero personaje de condicion dura y desabrida (1). Salió sin demora por orden de su gobierno de Inglaterra este segundo plenipotenciario, llevando consigo instrucciones muy precisas, pero que, sin embargo, daban en punto al negocio de Sicilia mas latitud que la que tenia lord Yarmouth. Lord Lauderdale era un diplomático exacto y prolijo en la observancia de ciertas formalidades, y traia orden de exigir que se señalase un punto fundamental á la negociacion, y que fuese el señalado el *uti possidetis*; con el cual quedaban amparadas las conquistas ultramarinas de los ingleses y tambien la isla de Sicilia todavia no conquistada por José Bonaparte. Ciertamente es que, sentando la negociacion en este fundamento, quedaba excluida de ella en el principio la restitution de Hannover. Pero sobre este electorado no habia disputa, por haber declarado constantemente los ingleses que no sufririan siquiera una contestacion respecto á la devolucion del mismo Estado al rey de la Gran Bretaña. Admitido este principio fundamental, lord Lauderdale traia encargo de declarar que no trataba su go-

Julio 1806.

Viene  
lord  
Lauder-  
dale  
agregado  
á lord  
Yar-  
mouth  
para  
conti-  
nuar  
la  
negocia-  
cion  
entre  
Ingla-  
terra  
y  
Francia.

Instruc-  
ciones  
de que es  
portador  
lord  
Lauder-  
dale.

(1) Lord Lauderdale, no solo era wigh, sino de los que fieles á la amistad política con Fox, aun en los dias mas atroces de la revolucion francesa, habian opinado por la paz con Francia. Sin embargo, no podia allanarse á lo que Napoleon exigia en 1806, como tampoco Fox, que, si hubiese vivido, habria continuado la guerra.



Julio 1806. bierno de aplicar el *uti possidetis* de un modo absoluto, sobre todo en lo relativo á Sicilia, y que podria aún cederse esta isla dando á sus poseedores una compensacion suficiente. De este modo un sacrificio en Dalmacia unido á la cesion de las islas Baleares podia procurar un medio de avenirse.

Es  
agregado  
como  
plenipo-  
tenciario  
francés  
al  
general  
Clarke,  
M. de  
Champ-  
pagny.

Lord Lauderdale llegó á París sin detenerse. Siendo wigh era por consiguiente mas amigo que contrario de la paz, pero llevaba por consejo el de que se guardase de ser cautivado por los artificiosos halagos de M. de Talleyrand, á los cuales se recelaba que no habia sido ó era capaz de resistir lord Yarmouth.

Lord Lauderdale fué recibido con modos atentos y tibios, porque en París se columbraba que venia á servir de correctivo á la conducta de lord Yarmouth, á quien se suponía demasiado dócil. Napoleon, en contraposicion á la venida de lord Lauderdale, nombró por segundo negociador francés á M. de Champagny, quedando desde entonces dos plenipotenciarios contra dos; por parte de Francia los señores Clarke, y de Champagny, y los lores Yarmouth y Lauderdale por la de Inglaterra.

Dificul-  
tad  
en las  
fórmulas  
suscitada  
por lord  
Lauder-  
dale,  
la cual  
se allana  
con  
mútuas  
explica-  
ciones  
amisto-  
sas.

No bien entró lord Lauderdale en este congreso, cuando dió principio á sus tareas, pasando una nota larga y absoluta, donde recapitulaba la negociacion confidencial y oficial, y pedia que antes de pasar adelante quedase sentado por principio el *uti possidetis*. Napoleon deseaba sincera y francamente la paz, y creía tenerla segura, luego que hubo reducido al señor de Oubril á firmar el tratado de 20 de julio, pero, con todo, era desacierto provocar su condicion vidriosa y nada sufrida. Así, por primera señal de su descontento, mandó diferir la respuesta á los negociadores ingleses. No por

esto se dió lord Lauderdale por vencido, y al revés, Julio 1806. reiteró su declaracion. Entonces recibió por respuesta una declaracion llena de vigor y dignidad, diciéndole que hasta entonces habia ido la negociacion llevada con cordialidad y franqueza, y sin las fórmulas pedantes que en ella trataba de introducir el nuevo negociador; y que, en caso de haber mudado de intencion la Inglaterra y de destinar tanto aparato diplomático de capa al intento secreto de romper los tratos, despues de haber logrado tener algunos documentos que presentar en el parlamento, lo mejor que podia hacer lord Lauderdale era volverse á su patria, pues no estaba dispuesto el gobierno francés á prestarse al buen éxito de los cálculos parlamentarios del de la Gran Bretaña. Lord Lauderdale no tenia deseo de venir á parar en un rompimiento, naciendo únicamente sus yerros de su falta de habilidad. Entróse pues en explicaciones, quedando entendido que haber presentado lord Lauderdale su nota era asunto de mera fórmula, por el cual no era desechada condicion alguna de las antes admitidas por el lord Yarmouth; y que hasta la cesion de la isla de Sicilia, dándose por ella una indemnizacion de precio superior al de las Baleares, habia llegado á ser mas esplicitamente concedida con la venida de lord Lauderdale; despues de lo cual se pasó á conferenciar sobre Pondichery, Surinam, Tabago y Santa Lucía.

Los negociadores ingleses parecian persuadidos de que las representaciones de su gobierno harian tanta fuerza á la Rusia que no ratificaria el tratado del señor de Oubril. Napoleon, por el contrario, no podia creer que el negociador ruso se hubiese arrojado á concluir tratado semejante sino estuviese autorizado para hacerlo por sus

Da  
muestras  
la  
Ingla-  
terra  
de creer  
que  
no seria  
ratificado  
el tratado



Julio 1806. instrucciones; y menos podia creer todavía que estuviese dispuesta la Rusia á desechar un documento al cual hubiese autorizado á su negociador á poner su firma. Pensó pues, que sacaria ventaja de esperar la noticia de la ratificacion de la Rusia, teniéndola por segura, y que entonces quedaria reducida la Inglaterra á sujetarse á las condiciones que él tenia tanto empeño en que aceptase. Guiado por este pensamiento mandó á los dos negocia-

Creyendo Napoleón que vendria la ratificacion esperada de Rusia, se presta al deseo de dar largas á la negociacion manifestada por los plenipotenciarios ingleses.

dores franceses que continuasen ganando tiempo hasta la llegada del dia en que se recibiese en París la respuesta de San Petersburgo. El señor de Oubril habia salido de la capital de Francia el 22 de julio, y así debia ser recibida la anhelada respuesta á fines de agosto.

Napoleon se engañaba, siendo esta una de las pocas ocasiones en que no leyó el pensamiento á sus contrarios. No cabia en efecto cosa mas dudosa que la ratificacion de la Rusia, y, ademas, el estado lastimoso de la salud de M. Fox amenazaba á la negociacion con nuevo peligro. Si venia á rendirse á los afanes del gobierno, á que ya habia largo tiempo no estaba acostumbrado, el afamado y generoso ministro tan celoso del bien del linaje humano, habia de ser consecuencia forzosa de su muerte que en el parlamento británico venciese al partido de la paz el de la guerra.

Abandonado en que se ve la Prusia durante las negociaciones de la Francia con los demas gobiernos.

Pero en aquel momento una circunstancia grave ponía la paz en peligro harto mas que las contemporizaciones usadas por orden de Napoleon. Habian caido los ánimos en Prusia en una situacion por demas dolorosa. Desde que el gobierno prusiano habia ocupado á Hannover, y de resultas de haberse publicado en Londres su correspondencia con el británico, Napoleon, segun como antes va dicho, habia venido á parar en no

Julio 1806.

tenerle en cuenta alguna, y en tratarle como á un aliado del cual nada podia esperarse. Así, era notorio en toda Europa que se estaba tratando de poner en nueva planta y órden al nuevo cuerpo germánico sin dar de ello mas noticia á la Prusia que á las potencias mas pequeñas de Alemania. No era menos público que se estaba negociando una paz entre Francia é Inglaterra, en la cual por consiguiente era forzoso que se tratase de Hannover, y no se habia dado sobre este punto con el gobierno prusiano paso alguno capaz de desvanecerle los temores. El rey Federico Guillermo se veia obligado á aparecer enterado de lo mismo de que estaba ignorante, á fin de no poner demasiado patente el estado de abandono en que los demas gobiernos le tenian. Aunque continuaba con la Rusia en relaciones secretas seguidas con poca fé, se veia tratado por el gobierno de San Petersburgo sin mucha consideracion, y hasta podia conocer que de dia en dia era objeto de menos aprecio para el emperador ruso á medida que éste se iba reconciliando con la Francia. Estaba mirado, ademas, con suma frialdad por el Austria, la cual no le perdonaba que la hubiese desamparado á poco de haber sucedido la tragedia de Austerlitz, y en guerra con Inglaterra que acababa de apresar trescientos buques mercantes prusianos; de forma que habia quedado solo en Europa, y tan poco considerado, que hasta el rey de Suecia no habia tenido reparo en hacerle una gravísima afrenta, pues al presentarse las tropas prusianas para hacerse dueñas de los distritos dependientes de Hannover y vecinos á la Pomerania sueca, aquel monarca, alegando que los tenia guardados para su aliado el rey de Inglaterra, los habia defendido á viva fuerza hasta mandar hacer fuego á las tropas enviadas á guarnecerlos; último



Julio 1806. extremo de humillacion para una potencia poderosa, que se veia insultada por un príncipe cuya única fuerza consistia en su propia locura y en estar protegido por sus aliados.

Esta situacion llevaba al gobierno prusiano á hacer reflexiones en que tenian igual parte el dolor y el miedo. La Rusia, y aun la Inglaterra, estaban en aquel momento encaminándose á una reconciliacion con la Francia. Iba pues, en breve á quedar disuelta la liga, y, como los obsequios hechos á la Prusia eran consecuencias de considerársela complemento necesario de la general alianza, si todos soltaban las armas bien podia considerarse perdida, pues seria su suerte ser entregada sin defensa á Napoleon, el cual, descontento por demas de su conducta, haria con ella lo que quisiese, ya á fin de comprar la paz con Inglaterra ó con Rusia, ya para dar aumento á Estados que fuese de su gusto fundar; estando seguro, por mucho que hiciese, de no tener en Europa quien desaprobase su conducta, porque nadie entonces miraba con afecto al gobierno prusiano.

Voces  
falsas  
que  
infunden  
temor  
en  
la Prusia.

Servian de confirmacion á reflexiones tan desconsoladoras extrañísimos rumores. Era tan natural y sencilla la idea de que Francia devolveria el Estado de Hannover al rey de Inglaterra para lograr la paz en los mares, que ocurría á todos á un tiempo. Estaba tenuta en tan corta estima la Prusia, á pesar de las virtudes de su rey, que nadie llevaba á mal en Napoleon su duro proceder con una córte de la cual se sabia que de nadie era buena amiga ni enemiga. Los aliados de la Francia, y particularmente España, que padecia cruelmente con la continuacion de la guerra, decian en voz alta que no merecia la Prusia que por sus respetos se alargasen un solo

día mas los males de la Europa. El general Pardo de Figueroa, ministro plenipotenciario de España en Berlin, se expresaba así con tanta frecuencia y tan poco rebozo, que era general en todos preguntarse cuál podria ser la causa de un lenguaje tan atrevido (1). Así, todos, sin tener cabal noticia de las cosas que estaban pasando en París entre lord Yarmouth y M. de Talleyrand, las contaban segun ellas eran.

Tras de estos habladores ociosos venian otros mal intencionados que, agregaban á lo verisímil lo inverisímil, recreándose en inventar y propagar perjudicialísimas patrañas. Unos pretendian que iba á reconciliarse la Francia con la Rusia, constituyendo de nuevo el reino de Polonia y sentando en su restablecido trono al gran duque Constantino, y que para esto seria despojada la Prusia de las provincias polacas que le tocaron en suerte en la última particion de aquel Estado, al paso que otros sostenian que Murat iba á ser proclamado rey de Westfalia, y que se trataba de darle á Munster, Osnabruck y la Frisia occidental para su nuevo reino.

Habia en todo ello la mezcla de verdad y de mentira de que suelen componerse los rumores vagamente esparcidos, en los cuales siempre hay de cierto lo bastante para acreditar lo falso. Bien podia conocerse que así sucedia en esta ocasion, en que hechos verídicos, pero desfigurados, habian servido de fundamento á noticias por demas mentirosas. Napoleon pensaba en efecto en devolver el Estado de Hannover al rey de Inglaterra

Qué era  
verdad  
y qué era  
mentira  
en los  
rumores  
que  
daban  
miedo  
á  
la Prusia.

(1) La causa de tal lenguaje era ser el general Pardo, aunque hombre de gran talento é instruccion, persona de muy poco juicio. Nada tenia que ver el gobierno español con las imprudencias de su enviado en Prusia.



Julio 1806. desde la hora en que empezó á considerar á la Prusia como á un aliado en el cual no podia tenerse confianza, pero, al quitarle á Hannover, habia resuelto darle una compensacion restituyéndole todo cuanto de ella habia recibido. Verdad era que por breves momentos habia estado formado el proyecto de despojarla de sus provincias polacas, pero esta habia sido idea de los rusos y no de los franceses. Por último, el supuesto reino de Murat era invencion salida de la secretaría de M. de Talleyrand, constantemente empeñado en lisonjear á la familia imperial, y aun no se habia pensado en esto, sino con la condicion de dar á la Prusia las ciudades anseáticas por ella apetecidas con ardiente codicia. Por otro lado, nunca habia querido Napoleon dar oidos á este proyecto.

Pero los noveleros nunca labran la fábrica de sus invenciones con exactitud cabal y escrupulosa, bastando á su ociosidad mal intencionada burlarse de aquellos á quienes suponen engañados, y aparentar indignacion contra aquellos á los cuales suponen engañadores, siendo ademas de notar que esta especie de hombres inventores y propagadores de falsas nuevas no menos abunda en las concurrencias de los diplomáticos que en el público ignorante y curioso de las grandes capitales.

A tales hablillas daban ciertos aumentos de verisimilitud imprudencias de soldados. Murat tenia en su nuevo ducado de Berg una corte militar, donde era comun arrojarse á decir cosas por demas extrañas. Los conmitones del nuevo duque, pasados á ser sus cortesanos, se quejaban de que para un cuñado del emperador era aquel Estado muy pequeño, y aseguraban que no cabia duda de que pronto seria Murat rey de Westfalia, componiéndole un hermoso reino á expensas del

mal gobierno prusiano traidor con todos. No solamente los que rodeaban á Murat hablaban así. Las tropas francesas vueltas al territorio de Darmstadt y á Franconia y á Suabia solo tenian que dar un paso para invadir á Sajonia y á Prusia, y todos aquellos militares franceses, deseosos de continuar la guerra y suponiendo en su soberano igual deseo, se lisonjeaban de que pronto emprenderian nueva campaña, durante la cual entrarian en Berlin como en la anterior habian entrado en Viena. El recién nombrado príncipe de Ponte-Corvo, Bernadotte, establecido en Anspach, discurria planes ridiculísimos y los daba al público atribuyéndolos á Napoleon. Augereau, pensando todavía menos en lo que decia, sentado á su mesa con los de su estado mayor, brindaba por el feliz éxito de la próxima guerra contra Prusia.

Tales extravagancias de soldados ociosos referidas en Berlin causaban allí, como era natural, lastimosísimo efecto. Sabedora de ellas la corte, las divulgaban los cortesanos á la poblacion toda, dando estímulo á la soberbia prusiana, pronta siempre á encenderse en ira. El rey lo veia todo con gran pena, doliéndose principalmente del efecto que tales nuevas causaban en la opinion del público. La reina, desconsoladísima por la suerte que habia cabido á su hermana la princesa de Tour y Taxis, cuyo marido acababa de pasar por la dura suerte de ser *mediatizado*, callaba, habiendo tomado por partido ya desde algun tiempo guardar por entonces silencio; y conociendo bien por otra parte que no tenia el menor derecho para pretender que Napoleon tuviese contemplaciones con los príncipes de su familia. Pero su silencio era significativo. El conde de Haugwitz estaba desanimado, harto mas que lo que se atrevia á confesar á



Julio 1806. su soberano, porque las faltas cometidas en su ausencia, y obrando contra su dictámen, habian dado de sí las consecuencias que eran inevitables, y sin embargo todos le imputaban los tristes sucesos que ocurrían, como si él con su conducta los hubiese causado. Achacábase, por ejemplo, á obra suya el apresamiento por los ingleses de los trescientos buques, de donde habia venido al comercio prusiano tan grave perjuicio. Así se lo habia echado en cara el ministro de Hacienda en el Consejo de ministros con la mayor acrimonia. El general Ruchel, hombre de superior concepto en el ejército, habia llevado con él la descortesía á términos de hacerla insulto. Ibase así de hora en hora excitando en Prusia general indignacion contra el conde de Haugwitz, el cual, sin embargo, ninguna culpa habia cometido, si ya no lo era haber vuelto á encargarse de los negocios del Estado, á ruegos de su rey, cuando el sistema de alianza con Francia estaba en tan mal estado que habia llegado á ser imposible. Los afectos del patriotismo aleman se agregaban á otras poderosas razones para acelerar un rompimiento. Habiendo unos libreros de Nuremberg vendido ciertos folletos donde se hablaba contra el gobierno francés, habia mandado Napoleon prenderlos, y, aplicando á uno de ellos el rigor de las leyes militares que tratan como á enemigo á quien quiera que tira á sublevar un pais contra los enemigos que le tienen ocupado, habia dispuesto que le arcabuceasen, llevándose á ejecucion la sentencia. Acto tan lamentable (1) habia indignado al público contra Napoleon y sus parciales.

---

(1) El librero de quien habla aquí M. Thiers se llamaba Palm, y su suplicio, que el historiador francés casi disculpa, calificándole solo de «acto lamentable,» fué mirado con harta razon como un bárbaro asesinato. No tenían los franceses el menor derecho á castigar con pena

El rey Federico Guillermo y el conde de Haugwitz Julio 1806. contaban con algun suceso favorable para sosegar los ánimos, y tenian esperanza de que pudiese servir de contrapeso á la Confederacion del Rhin otra de las potencias alemanas del Norte, de la cual fuese protectora la Prusia. Napoleon mismo les habia dado esta idea. Habia sido despachado á Dresde un ayudante de campo del rey de Prusia á determinar al elector de Sajonia á entrar en la nueva confederacion, y el ministro principal del elector de Hesse-Cassel habia pasado á Berlin á conferenciar sobre el mismo asunto. Pero ambas córtes daban muestras de recibir con la mayor frialdad la propuesta que sobre ello se les hacia. La Sajonia, cuyo gobierno era de todos los de Alemania el mas honrado, miraba á la Prusia con una desconfianza, á modo de hija del instinto, y, si se hubiese resuelto á entrar en nueva confederacion, mas se habria inclinado á ligarse con el Austria, la cual nunca habia codiciado sus Estados, que con la Prusia, que tenia á éstos rodeados completamente, y daba claras señales de querer apropiárselos. Por esto no se presentaba dispuesta á acceder á lo que le pedian, y procuraba ajustar su conducta á la que siguiesen otras potencias de la parte septentrional de Alemania. El elector de Hesse-Cassel, descontento de la Prusia que en 1805 habia sido causa de que se diese

Cómo  
el rey de  
Prusia  
y  
el conde  
de  
Haug-  
witz  
habian  
contado  
con un  
suceso  
favorable  
que se les  
malogra,  
siendo  
el de  
crear una  
confede-  
racion  
alemana  
del  
Norte.

---

de la vida á los que en territorio ocupado por ellos no hiciesen de espías ni de provocadores á rebelion, sino que meramente escribian desaprobando su política encaminada á tener á Alemania sujeta á un yugo extranjero. La muerte de Palm fué en efecto sabida en Europa con igual pena que ira, y por los alemanes con afectos de odio á sus verdugos. Imprimiósse una carta suya, escrita cuando iba á morir, y corrió reproducida en mil copias aumentando la lástima é indignacion que causaba su trágica é injusta suerte.



Julio 1806. el territorio de Fulda á la casa de Nassau-Orange, y no menos descontento de la Francia por haberse ésta negado á darle entrada en la Confederacion del Rhin, engañando, por otra parte, á todos aquellos con quienes trataba, no queria declararse á favor de Prusia mas que al de Francia, viendo en hacer lo uno ú lo otro igual peligro. Para disculparse, pues, con la Prusia, á la cual debia tener celosa adhesion, cuando menos en la apariencia, habia inventado una mentira abominable, suponiendo que la Francia, por debajo de cuerda, le habia hecho terribles amenazas si se adheria á la confederacion del Norte. Era esto falsísimo, pues al contrario, los despachos mas reservados del gobierno francés (1) dictaban que no se pudiese obstáculo alguno á la formacion de confederacion semejante; que se guardase silencio sobre este asunto; y que, si sobre él se le pedia parecer, se declarase que la Francia la veria formar sin descontento. Solo pretendia el gobierno francés prohibir á las ciudades anseáticas la entrada en la nueva liga, y fundaba su pretension en razones meramente relativas al interés de su comercio sin intentar encubrirlo.

Falsedad con que supone la corte de Hesse-Cassel que la Francia le habia impedido entrar en la proyectada confederacion del Norte.

Dió, pues, el ministro de Hesse en Berlin las noticias mas falsas posibles, y todo cuanto habia pedido su soberano á la Francia, ofreciendo al mismo tiempo entrar en la confederacion, otro tanto supuso que le habia ofrecido el gobierno francés para retraerle de ser parte de la confederacion del Norte. Hasta acusó á M. Bignon,

---

(1) El autor de esta historia ha leído todos los despachos de que aquí se habla con la mas esmerada atencion, y así como dice la verdad hablando de todas las cortes grandes y pequeñas, la diria tratándose de Hesse-Cassel, aun cuando de decirla redundase en crédito del mismo Estado y en descrédito de la Francia.

ministro plenipotenciario de Francia en Cassel, de haber dicho cosas que jamás habian salido de sus labios, y que él desmintió con acaloramiento. Bien pudo ser que M. Bignon, antes de tratarse de la confederacion del Norte, y, cuando estaban hablando de la nueva del Rhin todos los alemanes, hubiese ponderado en términos generales las ventajas que sacaria el elector de Hesse de la alianza francesa, y aun es posible que en su lenguaje se excediese de sus instrucciones; pero, si obró así, hubo de proceder á impulsos de un celo indiscreto, y es buena prueba de que no tenia órdenes para tal cosa haber una carta de Napoleon á M. de Talleyrand donde expresamente le mandaba que no admitiese á ser de la confederacion del Rhin al elector de Hesse (1). Esto no obstante, el ministro del mismo príncipe, pasando á Berlin como su enviado extraordinario, deseoso de justificar una negativa no esperada, contó con insigne falta de verdad las supuestas amenazas y ofertas con que habia puesto la Francia en aprieto á la pobre corte de Cassel.

Al oír esta relacion llena de falsedades, figuróse el rey de Prusia que veia en la conducta de Napoleon la traicion mas negra posible, y, creyéndose burlado y hasta oprimido, llenóse de ira violenta. Cuando le estaban llegando tales noticias de la corte de Cassel, tambien le llegó de Francia un despacho extraordinario que le enviaba el señor de Lucchesini. Este embajador, que era hombre de talento, pero de suma ligereza y poca sinceridad, vivia en París en trato amistoso con todos

Agrégase  
á las  
mentiro-  
sas  
noticias  
que da  
á la  
corte  
de  
Prusia  
la de  
Cassel,  
un  
despacho  
del señor  
de Lucche-  
sini

(1) Existe esta carta en el archivo de la Secretaría de Estado que está en el Louvre.



Agos. 1806. los enemigos del gobierno francés, y no por eso dejaba de ser uno de los mas obsequiosos constantes cortesanos de M. de Talleyrand, y de uno y otro lado habia dias que estaba recogiendo las nuevas que corrian en punto á la suerte que tenia Napoleon guardada á la Prusia. Con haberle confiado los negociadores ingleses, respecto á Hannover, que estaba tácitamente prometido devolvérsele á su rey, llegó, en sentir del ministro prusiano, á su colmo el conjunto de circunstancias que amenazaban á su patria en aquel momento, y, como él en su conducta ambigua, siendo ya partidario, y ya enemigo del sistema del conde de Haugwitz, habia aprobado muy poco tiempo antes el tratado de 15 de febrero, y aun ido á llevarle á Berlin, creyó gravemente comprometida su responsabilidad si fuese á parar en mal el último ensayo de alianza con Francia. Así, pues, en sus oficios abultó los peligros con la mayor imprudencia. Nada debe encubrir á un gobierno quien le sirve, pero debe pesar bien el valor de las noticias que le dá, sin añadir ni quitar cosa á la verdad, especialmente cuando de sus informes pueden nacer resoluciones funestas.

El correo despachado por Lucchesini, salido de Paris el 29 de julio, llegó á Berlin el 5 ó 6 de agosto. Las noticias de que era portador causaron extraordinario efecto en los ánimos de los prusianos. Segundo correo con despachos del 2 de agosto llegó el 9, y aumentó los cuidados que habia causado el primero. Fué súbita la explosion. Al modo que cuando un alma está llena de afectos largo tiempo reprimidos rompen estos de una vez con solo un motivo nuevo de placer ó pena, que, agregándose á los ya existentes, les pone el colmo, rebosaron en el rey de Prusia y en sus ministros los contenidos

pensamientos, manifestándose en ímpetus repentinos y  
 visibles de furiosa ira contra la Francia. Todos ellos, á  
 porfía, en sus demostraciones aparentes se ponian á la  
 par con los mas violentos del partido deseoso de la guerra.  
 Bien podia el conde de Haugwitz, por lo comun tan  
 sereno, volviendo la consideracion á lo pasado, acordarse  
 de las culpas ó los yerros de su gobierno y comprender  
 las consecuencias que habian causado en la índole irascible  
 de Napoleon, y, acertando con el motivo de los desaires con  
 que pagaba el emperador francés la poca fidelidad de su  
 aliado, reducir á su verdadero valor el de los proyectos de  
 que se suponía amenazada la Prusia, y esperar á recibir  
 noticias mas exactas, antes de dejar que el gobierno prusiano  
 abrazase una opinion fija y se determinase á la conducta que  
 habria de observar sobre el grave negocio pendiente. Aquí  
 empezaron los yerros verdaderos del de Haugwitz, pues, si bien  
 creyó solo una parte de lo que se decia, movido por el deseo  
 de dejar su responsabilidad á cubierto, y, sobre todo, lisonjeándose  
 de que podria dominar al partido mas violento con hacer cabeza  
 en el acto de demostrarse pronto á la guerra con aprestos militares,  
 consintió en todo cuanto fué propuesto en aquellas horas de inquietud  
 y zozobra. Viendo así desbaratado y abandonado su sistema,  
 deberia haberse retirado, y dejar á otros correr los azares de un  
 rompimiento con Francia, el cual preveía él que traería los mayores  
 desastres. Pero hubo de ceder al general impulso que movia los  
 ánimos, y todos sus partidarios allegados al rey, y señaladamente  
 el señor Lombard, se dieron prisa á hacer lo mismo. Por esto,  
 y por lo que sigue, está manifiesto no ser necesario que haya  
 en una nacion un gobierno libre para que ella y

y Agos. 1806.  
 El conde  
 de  
 Haug-  
 witz,  
 en vez de  
 retirarse  
 del  
 gobier-  
 no,  
 se pone  
 al frente  
 de los  
 que mas  
 declaman  
 contra  
 la  
 Francia.



Agos. 1806. su gobierno se dejen arrastrar por el ímpetu de la opinion popular vehemente y ciega.

Convocóse un Consejo en Potsdam. Los generales viejos, como el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, entraron en la misma junta. Cuando estos personajes, que hasta entonces habian dado muestras de tanto juicio, vieron al rey y al mismo conde de Haugwitz mirar como posibles y aun como ciertas las traiciones atribuidas á la Francia, ya no titubearon, de modo que salió aprobada por unanimidad de votos la proposicion de poner de nuevo el ejército en pié de guerra segun estaba seis meses antes. La mayor parte del Consejo, incluso el rey, no consideró este paso sino como un acto encaminado á mirar por la propia seguridad, y el conde de Haugwitz como un modo de responder á todos cuantos decian que siguiendo sus consejos iba á ponerse á la Prusia á merced de Napoleon.

Las  
resolu-  
ciones  
del  
gobierno  
prusiano  
son  
causa  
de que  
haya  
una  
explosion  
contra  
los  
franceses  
de la  
opinion  
popular  
en aquel  
Estado.

De súbito el 10 de agosto se esparció por Berlin la voz de que el rey se habia resuelto á armar, por haber nacido graves desavenencias entre Prusia y Francia, y haberse descubierto peligros ocultos y cierta especie de traicion premeditada, con lo cual quedaba explicado estar todavia las tropas francesas en Suabia, Franconia y Westfalia. Estalló entonces con violencia la opinion del público, con frecuencia conmovida, pero reprimida siempre, á ejemplo del rey, en quien ponian sus súbditos toda su confianza. Los afectos de los prusianos llegaron á rebosar como los del monarca, empezando á clamarse por todas partes que no tendria la Francia con la Prusia mas contemplaciones que las que habia tenido con el Austria; que todos los partidarios de la alianza francesa venian á ser ó necios, ó traidores; que no era el señor de

Hardenberg quien estaba vendido á la Inglaterra, sino el de Haugwitz quien lo estaba á la Francia; que al fin era fuerza conocer la traicion de este personaje, siendo solo de sentir cuán tarde se habia conocido; que no en aquel momento, sino seis meses antes, en la hora anterior ó aun en la inmediatamente posterior á la batalla de Austerlitz, debia la Prusia haber emprendido la guerra; que, por otra parte, esto ya habia venido á ser de leve importancia, siendo forzoso, aunque fuese tarde, defenderse ó perecer, é indudable que la Inglaterra y la Rusia acudirian á dar auxilio á quien quiera que hiciese frente á Napoleon; y, en suma, que al cabo los franceses solo habian vencido á los austriacos ya faltos de bríos, y á los rusos que siempre lo estaban de instruccion, pero que no triunfarian tan fácilmente de los soldados de Federico el Grande.

Agos. 1806.  
Piden  
los  
prusianos  
guerra  
con  
Francia  
con  
altos  
clamos-  
res.

Todos cuantos en aquella época vieron el estado de Berlin concuerdan en decir que nunca se ha visto en el mundo ejemplo igual de exaltacion y de impetu violento. Ya el conde de Haugwitz notaba con espanto que era arrebatado muy allende el punto á que se habia propuesto llegar, porque él meramente intentaba hacer demostraciones de resistencia, y lo que le pedian era la guerra. Pedíala el ejército con clamores destemplados. La reina, el principe Luis y la corte, hasta entonces contenidos por la expresa voluntad del rey, ya declaraban su sentir con vehemencia y sin rebozo, diciendo que en aquella hora empezaban todos á ser alemanes y prusianos, dando oídos á la voz del honor, que era tambien la del interés, libertándose de las ilusiones de una alianza pérfida y deshonrosa; y, en fin, acreditándose de dignos de la propia antigua fama, y de la del fundador de



Agos. 1806. la monarquía prusiana, Federico el Grande. Nunca se vió en el mundo igual frenesí, salvo en las ocasiones en que el ímpetu de la muchedumbre se lleva consigo á los mas cuerdos, ó cuando el de los cortesanos precipita á los monarcas de carácter débil.

Sin embargo, nada pasaba que pudiese justificar tal desate. La Prusia, próxima á firmar en 1805 un tratado de estrecha alianza con la Francia, tomando por pretexto la supuesta violacion del territorio de Anspach, habia cedido á las instancias de la liga europea, á los clamores de la aristocracia alemana, y á los halagos de Alejandro hasta firmar el tratado de Potsdam, acto de traicion en cierto modo; y luego, al ver á la Francia victoriosa en Austerlitz, habia mudado repentinamente de partido y aceptado el Estado de Hannover como dádiva de Napoleon, despues de haberle aceptado de Alejandro algunos dias antes. Napoleon, con buena fé, habia tirado á ganársela por amiga haciéndole semejante dádiva, y esperaba esta última prueba para ver si podia ponerse en ella alguna confianza. Pero la Prusia habia aceptado á Hannover con empacho, sin atreverse á declarar al mundo que le iba á ocupar, y casi disculpándose con los ingleses de habérsele apropiado; de suerte que no se habia puesto entre Napoleon y sus enemigos con la imparcialidad y franqueza necesarias para lograr del emperador francés que de ella se fiasc. Disgustado Napoleon de tales relaciones habia formado en secreto el proyecto de volver á tomar á Hannover para conseguir de la Inglaterra una paz que ya no tenia esperanza de dictarle empleando para el intento la alianza de la Prusia; pero pensaba en quitársele sin darle resarcimiento, y aun le tenia ya uno preparado en su mente, si bien nada le habia

dicho de ello, porque andaba vacilante en franquearse con una corte á la cual no miraba ya con el mayor aprecio. Tal modo de proceder mal se podia comparar con el de la Prusia, que por conducto del señor de Hardenberg estaba en amistoso trato secreto con la Rusia, á pesar del tratado formal de alianza firmado en Schoenbrunn, y vuelto á firmar en Paris el 15 de febrero. Reducíanse, pues, todas las culpas de Napoleon con la Prusia á faltas de miramiento indebidas, pero á las cuales servia de disculpa, si no de justificacion, la conducta equívoca del gobierno prusiano.

En realidad de verdad, la Prusia estaba humillada, considerando el papel que habia representado; asustada del desamparo en que iba á quedar si se reconciliaban con la Francia la Inglaterra y la Rusia; inquieta con el temor confuso del trato que entonces habria de darle Napoleon sin que nadie le tuviese lástima; en suma, en un estado tal, que tomaba por verdades los rumores mas falsos y tambien mas inverisímiles. De todo cuanto estaba pasando en Berlin solo una cosa era verdadera, y asimismo honrosa, que era el sentirse allí los afectos del patriotismo aleman humillado con los triunfos de la Francia, y el manifestarse los mismos con vehemencia con cualquier pretexto, fuese ó no fundado. Pero se manifestaban muy fuera de sazón tales afectos patrióticos, pues los prusianos cuando levantó Napoleon el campamento de Boloña, debian, ó haberse declarado á favor de la Francia expresando los motivos por qué lo hacian, y empeñando su honor en el mantenimiento de su resolucion, ó manifestarse sin rebozo enemigos del poder francés, y entrar con él en guerra cuando estaban blandiendo las armas Austria y Rusia. Ahora caminaba la



Agos. 1806. Prusia á su perdicion por una senda donde ni siquiera podia encontrar gloria ó decoro.

Habiendo  
tenido  
noticia  
Napoleon  
de lo que  
dice  
en sus  
despa-  
chos  
el señor  
de  
Lucche-  
sini,  
manda  
que le  
desmien-  
tan  
en  
Berlin.

Era  
ya tarde  
para  
dominar  
el ímpetu  
de los  
ánimos  
en  
Prusia.

Explica-  
cion  
entre  
el señor  
de  
Haug-  
witz  
y M. de  
Laforest.

Interceptados por la policía francesa los despachos del señor de Lucchesini á su gobierno, fueron presentados á Napoleon, quien los vió con suma ira, y al momento mandó escribir á M. de Laforest dándole aviso de que iban á llegar aquellos despachos á la corte donde residia, y encargándole que desmintiese al ministro plenipotenciario de Prusia en Paris, y hasta exigiese que fuese separado de su destino. Era ya tarde, por desgracia, é imposible de dominar el ímpetu que la opinion general habia tomado en Prusia. Por otra parte, el conde de Haugwitz, lleno de embarazo al considerar los papeles diversos que se habia visto forzado á representar desde un año hasta entonces, ya no tenia valor para tomar buenas resoluciones ó mantenerse en ellas; y no se atrevia, ni á ver al ministro de Francia, ni á declarar á los locos á quienes lisonjeaba en su frenesí, que otra vez se separaba de ellos para irse con la gente juiciosa, cuyo número era á la sazón en Berlin muy corto.

El señor de Laforest, cuando le buscó, supo que estaba en estado muy violento, y huyendo de entrar en explicaciones. Sin embargo, despues de varias tentativas, logró verle, y le preguntó cómo se apartaba hasta tal punto de su acostumbrada serenidad; cómo podia haber dado crédito á las patrañas inventadas por el gobierno de Hesse, y á las noticias que daba el señor de Lucchesini, sacadas de hablillas vanas y ligeras; y cómo no esperaba á estar mejor enterado de los sucesos, ó no procuraba conocerlos con exactitud, antes de tomar resoluciones de la gravedad de las que públicamente se daban por ya abrazadas. Turbado el conde de Haugwitz, segun iba

luciendo de nuevo en su espíritu la luz por breves instantes oscurecida, se manifestó desconsoladísimo de la conducta que acababa de seguir su gobierno; confesó con candor cuánta era la violencia de la corriente que se llevaba consigo á su rey y á la corte prusiana, y que le habia arrebatado á él mismo; y por fin, declaró que, como no diesen socorro á la Prusia, iba á precipitarse sobre el escollo de la guerra, tal vez para fracasar en él; pero añadió que todavía no estaba todo perdido, si Napoleon se prestaba á dar un paso cualquiera que sirviese en algo de satisfaccion al orgullo de la muchedumbre, y de motivo para perder su temor á la prudencia del gobierno; que, con alejarse un tanto el ejército francés, junto en crecido número desde algun tiempo hasta entonces en los países vecinos á Prusia y en los caminos que á ella llevaban, podrian conseguirse de un golpe ambos objetos; y, por fin, que, entonces, su gobierno podria dar contraórdenes en punto al recien hecho armamento, alegando por razon de este la reunion y proximidad de las tropas francesas, y por motivo de la contraórden haberse retirado á la orilla izquierda del Rhin el mismo ejército que infundia recelos. A todo esto agregó el conde de Haugwitz que, para facilitar las convenientes explicaciones, seria llamado de París el señor de Lucchesini, é iria en su lugar el señor de Knobelsdorf, personaje juicioso y de toda confianza.

Bien habria podido consentir Napoleon en hacer lo que se le pedia, sin desdoro de su gloria, porque no habia pensado en invadir á Prusia, y solo, sí, tomado precauciones cuando el gobierno prusiano se habia negado á ratificar el tratado de Schoenbrunn. Pero desde entonces habia estado pensando particularmente en el

Pide  
el conde  
de  
Haug-  
witz  
como  
medio  
de  
arreglarlo  
todo,  
que el  
ejército  
francés  
se retire  
de  
Alemania.



Agos. 1806. Austria y en las Bocas del Cattaro, cuya entrega trataba de lograr por medio de algunas amenazas, y aun, despues de haberse firmado el tratado con el señor de Oubril, estaba dispuesto á traerse á Francia sus tropas. Para esto habia mandado hacer en Meudon un campamento espacioso, donde habia de reunirse el ejército grande, y de celebrarse en setiembre fiestas magnificas, estando ya dadas sobre este punto las órdenes necesarias; pero entonces vino un acaecimiento grave é imprevisto á dificultarle que siguiese esta conducta. El emperador Alejandro, contra lo que esperaba Napoleon, se habia negado á ratificar el tratado de paz firmado por el señor de Oubril, cediendo al tomar esta determinacion á vivas instancias de la Inglaterra, la cual le habia ponderado su fidelidad, recordado que poco antes se habia resistido á tratar sin hacerlo juntamente con la Rusia, y pedido, en pago de tan leal proceder, que se desaprobase un tratado concluido intempestivamente con precipitacion excesiva y condiciones claramente desventajosas. Aunque tenia el emperador Alejandro grande temor en punto á las consecuencias de seguir la guerra con Napoleon, se alentaba algo mas al ver á la Inglaterra mas rehácia que lo que se habia figurado en reconciliarse con la Francia. Aún parece que ya se traslucia algo en Rusia de la inquietud reinante en la córte de Prusia, y de que era fácil precipitar á aquel gobierno en la contienda contra Francia. Por último, llegando la noticia de la disolucion del Imperio germánico, que aumentaba en la Rusia como en todas las demas potencias la envidia y los recelos del poder francés, de donde debia preveerse que creceria el odio á Napoleon, se habia resuelto Alejandro á no firmar el tratado hecho por el señor de Oubril.

Habria  
accedido  
Napoleon  
á lo  
que de él  
exigia  
la Prusia,  
si, por  
haberse  
negado  
la  
ratifica-  
cion  
al tratado  
hecho  
por  
el señor  
de  
Oubril.  
no  
hubiese  
venido  
á creer  
que  
estaba  
formada  
nueva  
liga.  
Motivos  
que  
habian  
impelido  
á  
Alejan-  
dro  
á no  
ratificar  
el tratado  
firmado  
por  
el señor  
de  
Oubril.

Oubril. Respondió, sin embargo, al gobierno francés que estaba pronto á entablar de nuevo la negociacion, pero siguiéndola de concierto con la Inglaterra, á la cual daba sus poderes para tratar, con condicion de que no solo habia de dejarse á la familia real de Nápoles la isla de Sicilia, sino tambien de dársele la Dalmacia entera, cediéndose al rey de Cerdeña, príncipe del Piamonte, las islas Baleares. Set. 1806.

El correo portador de estas noticias llegó á París el 3 de setiembre, en la hora misma en que tenian embebida la atencion de toda Europa los aprestos militares de la Prusia, y en que se estaba solicitando de Napoleon que sacase de apuros al conde de Haugwitz y al rey Federico Guillermo, disponiendo la retirada de Alemania de las tropas francesas. Entonces entraron en el ánimo de Napoleon sospechas hijas de profunda desconfianza, creyéndose tratado con perfidia traidora. Viniéndosele á la mente el recuerdo de la conducta del Austria en el año próximo anterior, y con cuánta frecuencia y obstinacion habia negado la misma potencia estar-se preparando á la guerra cuando ya tenia puestas en marcha sus tropas, se persuadió de que otro tanto sucederia esta vez; de que el repentino armar de la Prusia era un acto de enemistad pérfida; y de que corria él peligro de ser cogido por sorpresa en setiembre de 1806 como habia estado á punto de serlo en el mismo mes de 1805. Sentíase, pues, poco inclinado á retirar sus tropas de Franconia, posicion militar muy importante, como pronto se verá, para emprender una campaña contra la Prusia. Otra circunstancia le inclinaba á recelarse que se estaba formando nueva liga. Acababa de morir M. Fox, rendido al peso de su dolencia ya habia dos



Set. 1806. meses. Así, en un mismo año, las fatigas anejas al largo ejercicio del poder habian acabado con M. Pitt, y las pruebas primeras de las tareas del gobierno, que para él habian vuelto á ser nuevas, habian acelerado el término de la vida de M. Fox, el cual se llevaba consigo la paz del mundo y la posibilidad de una alianza fecunda en bienes entre las naciones francesa é inglesa. Si perdiendo la Inglaterra á M. Pitt habia perdido mucho, la pérdida de M. Fox lo era enorme para Europa y para el linaje humano, porque de resultas de su muerte iba á triunfar en el ministerio británico del partido amante de la paz el de la guerra.

Por  
muerte  
de  
M. Fox,  
queda  
encar-  
gado  
lord  
Lauder-  
dale  
de  
proponer  
en París  
las  
condicio-  
nes  
con que  
puede  
hacer  
la paz  
la Rusia.

Sin embargo, no se atrevió el gobierno inglés á hacer variacion notable en las proposiciones de ajuste que poco antes habia enviado á París. Lord Yarmouth se habia separado de la negociacion aburrido, y lord Lauderdale se habia quedado solo. Mandáronle desde Londres que hiciese presente las pretensiones de la Rusia, las cuales consistian en reclamar para la familia real de Nápoles la conservacion de Sicilia y la posesion de Dalmacia, y para el rey de Cerdeña, en compensacion de la pérdida del Piamonte, las islas Baleares. Lord Lauderdale, al proponer estas nuevas condiciones, procedia en nombre de los gobiernos británico y ruso, como quien tenia plenos poderes de ambos. Así, Napoleon, por esperar la ratificacion de San Petersburgo, habia malogrado la ocasion decisiva de hacer la paz. Sucede á las mejores cabezas cometer tales yerros, así en la política como en la guerra.

Con  
el enojo  
que  
siente

Napoleon sintió de resultas de este suceso cierta ira, que le llevaba todavía mas á suponer la existencia de una conjuracion en su daño de toda Europa. Estaba,

pues, en aquella hora, inclinado, harto mas que á ceder, á recurrir de nuevo á las armas. En la misma época se le presentó el señor de Knobelsdorf que habia venido apresurado á suceder en su encargo al de Lucchesini. Recibió á este enviado en lo tocante á su persona con atenciones, y positivamente le afirmó que no tenia proyecto alguno contra la Prusia; que no acertaba á entender lo que de él queria aquel gobierno, del cual nada pretendia por su parte sino que cumpliese fielmente los tratados; y que no pensaba en quitarle cosa alguna, siendo falso todo cuanto sobre esto habia corrido: palabras con las cuales aludia á las noticias dadas por el señor de Lucchesini que aquel dia mismo habia presentado la orden que le relevaba de su cargo. Usando despues de una franqueza digna de su grandeza, añadió, que entre todas las voces falsas esparcidas habia una cierta, la cual era la relativa á Hannover; que sobre este punto habia dado oidos á las proposiciones de la Inglaterra; y que, viendo dependiente la paz del mundo de esta cuestion, habia formado el proyecto de hablar sobre ella á la Prusia, de ponerle patente la situacion de los negocios con toda veracidad, y de darle á escoger entre la paz general comprándola con la restitution de Hannover y dando por este algo en resarcimiento, ó la continuacion de la guerra con Inglaterra, entendiéndose que hubiese de seguirse á todo trance, y explicándose bien con qué grado de vigor habria de concurrir á ella el rey Federico Guillermo. Afirmó ademas que en cualquiera caso no habria abrazado resolucion alguna sin dar de ello noticia á la Prusia con franqueza completa.

Explicacion tan leal deberia haber desvanecido toda duda, pero la Prusia queria algo mas, pues necesitaba

Set. 1806.

Napoleon de que la Rusia no haya ratificado el tratado y con proponérsele en París nuevas condiciones, se predispone muy poco en favor de la paz.

Da audiencia al señor de Knobelsdorf el emperador Napoleon.



Set. 1806. que se hiciese con ella un acto de deferencia por donde quedase ileso su orgullo. Tal vez se habria prestado á tanto Napoleon, si no hubiese estado en aquel momento poseido de la mayor desconfianza y persuadido de que estaba formada nueva liga, lo cual no era verdad todavía, si bien habia de serlo muy pronto. Pero en la irritacion de espiritu á que provocan ciertos sucesos, nunca puede el hombre juzgar con plena seguridad lo que está pasando entre sus contrarios. A consecuencia de esto, mandó el emperador francés á M. de Laforest irse con pulso y cautela, y decir al conde de Haugwitz que no se darian á la Prusia otras satisfacciones que las ya dadas á los señores Knobelsdorf y de Lucchesini; que, en cuanto á la pretension de la retirada del ejército, respondia á ella con una proposicion puntualmente semejante; y que, si daba la Prusia contraórden tocante á sus preparativos militares, él por su parte contraia el empeño de disponer que inmediatamente pasasen el Rhin las tropas francesas de vuelta á su patria. Mandó ademas á M. de Laforest callar, y esperar lo que diesen de sí los sucesos.—En situacion semejante, le escribió, no merecen las protestas ser creidas, por muy sinceras que parezcan. Hemos sido engañados demasiadas veces. Son necesarios hechos: desarme la Prusia, y entonces volverán los franceses á pasar el Rhin; pero antes no.—

Niégame  
Napoleon  
á retirar  
de  
Alemania  
las tropas  
francesas,

y  
no quiere  
dar mas  
explicaciones  
que las  
ya dadas  
al señor  
de  
Knobelsdorf.

Mándase  
á  
M. de  
Laforest  
guardar  
silencio.

M. de Laforest dió puntual cumplimiento á las órdenes de su soberano, y, sin mucho trabajo, convenció al conde de Haugwitz ya de antemano convencido; pero dominado por la fuerza de las circunstancias, en seguida guardó silencio. No bastaba al gobierno prusiano tener noticia cierta de las intenciones de Napoleon, sino que le era necesaria una satisfaccion evidente que poder

dar á la opinion del público, y asimismo hechos, y Set. 1806.  
 estos claros y positivos; lo cual queria decir la retirada  
 de los franceses. Aun así, todavía habria costado tra-  
 bajo, hasta con un acto propio para desvanecer temores,  
 sosegar la imagines acaloradas. Pedia en alta voz  
 una satisfaccion la soberbia prusiana, porque las gentes  
 suelen sentir mas necesidad de satisfacciones cuando no  
 tienen razon que cuando la tienen.

El rey y el conde de Haugwitz dejaron correr to-  
 davía algunos dias para ver si Napoleon les enviaba á  
 decir algo mas explicito y satisfactorio.

—El silencio del gobierno francés nos pierde á todos,  
 repetia el señor de Haugwitz á M. de Laforest.—Pero  
 estaba ya echado el fallo, pues la Prusia á fuerza de ter-  
 giversaciones, por las cuales habia perdido la confianza  
 de Napoleon, y la Francia con un proceder falto de  
 todo miramiento, iban ambas á precipitarse en una guerra  
 funesta, tanto mas de sentir cuanto que en la situacion  
 en que estaba entonces el mundo eran las dos únicas po-  
 tencias cuyo interés podia aunarse. M. de Laforest guardó  
 silencio constante segun se lo mandaba su gobierno;  
 pero le guardó, lleno de dolor el semblante; dolor ex-  
 presivo y bastante significativo si hubiese querido enten-  
 derle la corte de Prusia, ó, entendiéndole, gobernarse  
 por lo que de allí coligiese. No sucedia ya esto ni al rey  
 Federico Guillermo, ni á sus ministros. Todos los dias  
 atravesaban por las calles de Berlin regimientos can-  
 tando canciones patrióticas, repitiendo éstas el pueblo  
 junto en tropel bullicioso. Preguntábanse unas á otras  
 las gentes cuándo saldria el rey para el ejército, y así  
 podria ser cierto que se quedase en Potsdam resuelto á  
 retractarse de su determinacion primera. Hizose el cla-

Efecto  
 del  
 silencio  
 que  
 guarda  
 M. de  
 Laforest.

Despues  
 de haber  
 esperado  
 algunos  
 dias  
 el rey  
 de Prusia  
 explica-  
 ciones  
 que no  
 llegan.





Set. 1806. mor tan recio, que fué fuerza obedecer á la opinion. El  
 sale  
 para su  
 ejército. desdichado Federico Guillermo partió el 21 de setiembre  
 para Magdeburgo. Esta era la señal de la guerra espe-  
 rada generalmente en Alemania, y tambien por Napo-  
 leon en París; guerra desde aquella hora inevitable. En  
 el libro siguiente se dirá cuáles fueron sus terribles vi-  
 cisitudes, y cuáles sus consecuencias, fatalísimas para  
 la Prusia, asi como cuáles fueron sus sucesos gloriosi-  
 simos para Napoleon, debiendo estos causar en los fran-  
 ceses una satisfaccion pura de toda mezcla, si en ellos  
 hubiese ido acorde la política con la victoria (1).

(1) En cuanto dice el autor francés de las negociaciones que prece-  
 dieron al rompimiento entre Francia y Prusia en 1806, asoma, ó, por  
 decirlo con propiedad, se presenta tan clara su excesiva parcialidad á su  
 patria y á su héroe, que ha parecido á quien traduce esta historia inopor-  
 tuno ó impertinente ponerle muchas notas, á las cuales daba motivo casi  
 cada periodo. Es verdad que en los tratos que mediaron entre las poten-  
 cias europeas desde 1792 hasta 1806 se mostró ruinmente interesada y  
 llena de doblez la Prusia. No es, con todo eso, menos cierto que en la  
 conducta del gobierno francés fué hermanada con la descarada ambicion  
 la perfidia. En el manifiesto que publicó el gobierno prusiano al empe-  
 zar la guerra, el cual fué obra famosa del señor de Gentz, uno de los  
 escritores políticos mas aventajados de Alemania y del mundo, aun  
 manejando la lengua francesa no la suya propia, hay entre especiosas  
 y malas razones otras fuertes y convincentísimas, donde el mal pro-  
 ceder de la Francia se pone patente. Mal puede negar M. Thiers que  
 Napoleon trataba de quitar á Prusia el electorado de Hannover des-  
 pues de habérsele dado. Y aquí es de advertir que dársele fué accion  
 contraria á toda buena ley, estando admitido que conquistas hechas du-  
 rante una guerra, no puedan ser pasadas á tercera mano hasta que un  
 tratado de paz las ponga definitivamente en manos del conquistador.  
 Esto lo sabe M. Thiers y de ello nada dice, y, si es que su política  
 revolucionaria niega tal doctrina, debería á lo menos haber declarado  
 que existe y refutarla. Parece tambien feo el acto de traspasar como re-  
 baños de ganado pueblos enteros de uno á otro dueño. Pero lo evi-  
 dente es que Napoleon trató de devolver al rey de la Gran Bretaña su  
 querido Hannover, sin dar de ello noticia á aquel á quien él mismo  
 habia hecho dádiva del electorado.

Si en punto á las negociaciones con Prusia hay en esta historia  
 yerros, no los hay menores en lo relativo á Inglaterra. M. Fox queria  
 hacer la paz con Francia; pero no á costa de su patria, y pronto  
 hubo de convencerse de que la paz con Napoleon entonces era im-  
 posible. El mismo M. Thiers confiesa que, al emprenderse la negociacion,  
 el emperador francés empezó á tragarse Estados y á dar tronos, á fin de  
 insistir en que lo hecho ya hecho se quedase. Esto era imposible que  
 lo consintiese ministro alguno británico, porque ni querria, aun cuando

puadiese. El mismo M. Thiers dice que, cuando se iba empezando á negociar la paz, se dió Napoleon á hacer notables mudanzas, las cuales eran otros tantos enormes aumentos de su poder, y esto con el intento de que todo cuanto innovaba ó creaba hubiese de ser reconocido ó aprobado en el tratado próximo á celebrarse. Bien se conoce cuán imposible era el logro de tan atrevido intento. M. Fox (segun es fama entre sus compatrióticos) murió con el dolor de ver que la paz, objeto de su vivo y constante anhelo, no podia conseguirse, no sacrificando en ella el honor y el interés de su patria, de la cual era, como quien mas, amante. No lord Grenville y M. Windham, sino los wighs del ministerio inglés de 1806 y el mismo M. Grey (entonces lord Howich y despues conde Grey) sucesor de M. Fox en el mismo ministerio para el despacho de negocios extranjeros, estaban acordes en no hacer una paz que pondria á toda Europa y aun á Inglaterra á los pies de Bonaparte. Lord Lauderdale era de los wighs que aun en 1793 se inclinaban á la república francesa y á que con ella se viniese á términos de ajuste; y en 1806, con todo, repugnaba los que Napoleon le proponia. Sabido es que al llegar á Londres la noticia de haberse roto las negociaciones fué recibida en la gran Casa de Contratacion de la misma ciudad por los comerciantes allí juntos con ruidosas aclamaciones; tal era la persuasion indicada por estos aplausos y comun en el pueblo británico de que valia mas una guerra cruel y peligrosa, que una paz deshonrosa y de indudables fatalísimas consecuencias!

No se hable otra vez de lo tocante á España y del intentado delito de despojarla su engañoso aliado de las Baleares. La verdad es que Napoleon en aquellos dias, si queria paz, era con condiciones inadmisibles y equivalentes á las que le habria proporcionado la conquista ó sumision á su voluntad del mundo entero.

N. DE A. A. G.

## FIN DEL LIBRO XXIV, Y DEL TOMO SEXTO.



# INDICE

## DE LOS LIBROS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

---

### LIBRO XXII.

#### ULMA Y TRAFALGAR.

Consecuencias de la agregacion de Génova al imperio francés.—Aunque tal agregacion fué un yerro de quien la dispuso, le trajo con todo felices resultas.—Cuán vasto campo se presenta á las combinaciones militares de Napoleon.—Por cuatro lados va á ser acometido el poder francés.—Solamente á uno presta séria atencion el emperador, y se propone repeler la agresion por él de tal manera, que de rechazo por los otros quede malograda.—Expónese cuál es el plan de campaña de Napoleon.—Movimiento de los seis cuerpos de su ejército desde las riberas del Océano hasta las fuentes del Danubio.—Guarda Napoleon profundo silencio en punto á sus disposiciones, enterando de ellas únicamente al elector de Baviera á fin de hacerle suyo dándole aliento.—Precauciones que toma para la conservacion de la escuadrilla.—Vuelve Napoleon á París.—Mudanza en la opinion del público tocante á su persona.—Reconvenciones que le hacen las gentes.—Estado de la Hacienda pública.—Comienzan los atrasos.—Situacion apurada de las principales plazas de comercio.—Escasez de numerario.—Esfuerzos de los comerciantes para procurarse metales preciosos.—Asociacion de la compañía titulada de los «*Comerciantes reunidos*» con el gobierno de España.—Especulacion hecha en pesos duros.—Peligros de este negocio.—Confundiendo la compañía de los «*Comerciantes reunidos*» en sus manos los negocios de Francia con los de España causa que los apuros de la una se hagan comunes á la otra.—Consecuencias de esta situacion para el Banco de Francia.—Enojo de Napoleon contra los especuladores.—Remitense á Estrasburgo y á Italia sumas crecidas en oro y plata.—Sácanse los conscriptos ó quintos por un decreto del Senado.—Orden y arreglo dados á la fuerza de reserva.—En qué se emplean las guardias nacionales.—Sesion del Senado.—Manifiesta tibieza á Napoleon el pueblo de París.—Siente por ello el emperador algun pesar pero sale para el ejército, seguro de volver muy pronto la tibieza en arrebatos de entusiasmo.—Disposiciones de los coligados.—Marchan dos ejércitos rusos uno á Galitzia á dar socorro á los austriacos, y otro á Polonia á amenazar á Prusia.—Viene el emperador Alejandro á *Pulawi*.—Negociaciones que entabla con la corte de Berlin.—Marcha de los austriacos á Lombardía y á Baviera.—Pasa el rio Inn

el general Mack.—El elector de Baviera, despues de grandes dudas y confusiones, se dá á la Francia y huye á Würtzburgo con su córte y ejército.—Situase el general Mack en Ulma.—Conducta de la córte de Nápoles.—Cómo principian las operaciones militares.—Orden y planta que toma el principal ejército francés.—Pasa éste el Rhin.—Encaminase Napoleon al frente de seis cuerpos de ejército por las faldas de los Alpes de Suabia á envolver al general Mack.—Llega al Danubio Napoleon por las cercanías de Donauwerth en los días 6 y 7 de octubre, antes que tenga el general Mack el menor recelo de tener cercanos á los franceses.—Pasan éstos el Danubio.—Queda envuelto el general Mack.—Combates de Wertingen y Günzburgo.—Da Napoleon en Augsburgo disposiciones para cercar y combatir á Ulma, y ocupar á Munich al mismo tiempo, á fin de separar á los rusos de los austriacos.—Yerro cometido por Murat.—Peligro que corre la division de Dupont.—Combate de Haslach.—Acude Napoleon á ponerse sobre Ulma, y remedia las faltas cometidas.—Combate de Elchingen dado el 14 de octubre.—Queda puesto sitio á Ulma.—Desesperacion del general Mack, y retirada del archiduque Fernando.—Vése reducido á capitular el ejército austriaco.—Triunfo inaudito de Napoleon.—En veinte dias deja destruido un ejército de 80,000 hombres sin dar una batalla.—Continuacion de las operaciones navales desde la vuelta del almirante Villeneuve á Cádiz.—Severo rigor de Napoleon con este almirante.—Sale el almirante Rosily enviado á reemplazarle, y dáse órden á la escuadra surta en Cádiz de salir para pasar al Mediterráneo.—Dolor del almirante Villeneuve, y su resolucion de empeñar un combate desesperado.—Estado de la escuadra franco-española y de la inglesa.—Instrucciones de Nelson á los capitanes de los buques de su escuadra.—Precipitada salida del almirante Villeneuve.—Vienen á encontrarse en las cercanías del Cabo Trafalgar las escuadras contrarias.—Ataque dado por los ingleses formados en dos columnas.—Rómpease la linea de la escuadra franco-española.—Heroicidad con que pelean los navíos *Terrible*, *Bucentauro*, *Fogoso*, *Algeciras*, *Pluton*, *Aquiles*, y *Principe de Asturias*.—Muere Nelson y queda Villeneuve prisionero.—Sale vencida la escuadra francesa y española despues de una pelea memorable.—Horroroso temporal que viene despues del combate.—Suceden los naufragios á los reveses de la guerra.—Cómo se porta el gobierno imperial con la marina francesa.—Mándase guardar silencio sobre los últimos acontecimientos.—Con el suceso de Ulma se olvida la desgracia de Trafalgar.

De la pág. 1 á la 197.

## LIBRO XXIII.

### AUS. ERLITZ.

Efecto producido en Francia por las noticias recibidas del ejército.—Apuros pecuniarios.—La Caja de consolidacion de España suspende sus pagos, lo cual contribuye á aumentar los ahogos de la compañía de los *Comerciantes reunidos*.—Auxilios que dá esta compañía al Banco de Francia.—Emite el mismo Banco billetes en demasia, y se ve obligado á suspender sus pagos.—Quiebras numerosas.—Aunque lleno de susto el público, pone su confianza en Napoleon, esperando de él algun hecho grande que restablezca el crédito y la paz.—Continuacion de los sucesos de la guerra.—Situacion de los negocios en Prusia.—La supuesta violacion del ter-



itorio prusiano de Anspach da pretextos al partido deseoso de declararse contra la Francia.—Aprovecha esta ocasion el emperador Alejandro para pasar á Berlin.—Precipita á la córte de Prusia en empeños eventuales con la liga.—Tratado de Potsdam.—Partida del conde de Haugwitz al cuartel general francés.—Magnánima resolucion de Napoleon al saber los nuevos peligros que le amenazan.—Precipita su movimiento sobre Viena.—Batalla de Caldiero en Italia.—Marcha el ejército grande atravesando el valle principal del Danubio.—Paso del Inn, del Traun y del Ens.—Napoleon en Linz.—Qué movimiento podian hacer los archiduques Carlos y Juan para contener á Napoleon en su marcha.—Precauciones que éste toma al acercarse á Viena.—Distribucion de sus cuerpos de ejército en ambas márgenes del Danubio y en los Alpes.—Pasan los rusos el Danubio por Krems.—Peligro del cuerpo de ejército de Mortier.—Combate de Dirnstein.—Combate de Davout en Mariazell.—Entrada del ejército francés en Viena.—Son tomados por sorpresa los puentes del Danubio.—Intenta Napoleon aprovechar esta ventaja para cortar la retirada al general Kutusof.—Murat y Lannes pasan á situarse en Hollabrunn.—Déjase engañar Murat con hacerle la propuesta de un armisticio, y da al ejército ruso tiempo de ponerse en salvo.—Napoleon no se presta al armisticio.—Combate sangriento en Hollabrunn.—Llegada del ejército francés á Brünn.—Acertadas disposiciones de Napoleon para seguir ocupando á Viena, guardarse bien de los archiduques por la parte de los Alpes y Hungría, y por la de Moravia hacer frente á los rusos.—Ocupan Ney el Tirol y Augereau la Suabia.—Caen prisioneros los cuerpos de ejército de Jellachich y de Rohan.—Sale Napoleon para Brünn.—Pruébase á negociar.—Necio orgullo de los principales del ejército ruso.—Fórmase nueva pandilla al lado de Alejandro.—Inspiran al emperador ruso sus allegados la imprudente resolucion de dar batalla.—Escoge de antemano Napoleon el terreno en que ha de pelearse.—Batalla de Austerlitz, dada el 2 de diciembre.—Queda destruido el ejército austro ruso.—Viene el emperador de Austria á ver á Napoleon á su campamento.—Concédese al Austria un armisticio en fé de la promesa que ella presta de hacer la paz en breve.—Empiézase á negociar en Brünn.—Condiciones impuestas por Napoleon.—Quiere el emperador francés los Estados venecianos para dejar completo el reino de Italia, y el Tirol y la Suabia austriaca para aumentos del poder y territorio de la Baviera y de los ducados de Baden y de Wurtemberg.—Enlaces de familia con estas tres casas alemanas.—Resistencia de los plenipotenciarios austriacos á admitir tales condiciones.—Vuelto Napoleon á Viena tiene una larga conferencia con el conde de Haugwitz.—Vuelve á sus proyectos de union con la Prusia, y dále el estado de Hannover, poniéndole por condicion que se ligue en amistad definitiva con la Francia.—Tratado de Viena entre Francia y Prusia.—Sale el conde de Haugwitz para Berlin.—Libre Napoleon de cuidados por parte de la Prusia sube de punto en sus pretensiones relativas al Austria.—Trasládase la negociacion á Presburgo.—Aceptacion de las condiciones impuestas por la Francia y paz de Presburgo.—Salida de Napoleon para Munich.—Casamiento de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera.—Vuelta de Napoleon á París.—Es recibido en triunfo.

## LIBRO XXIV.

## CONFEDERACION DEL RHIN.

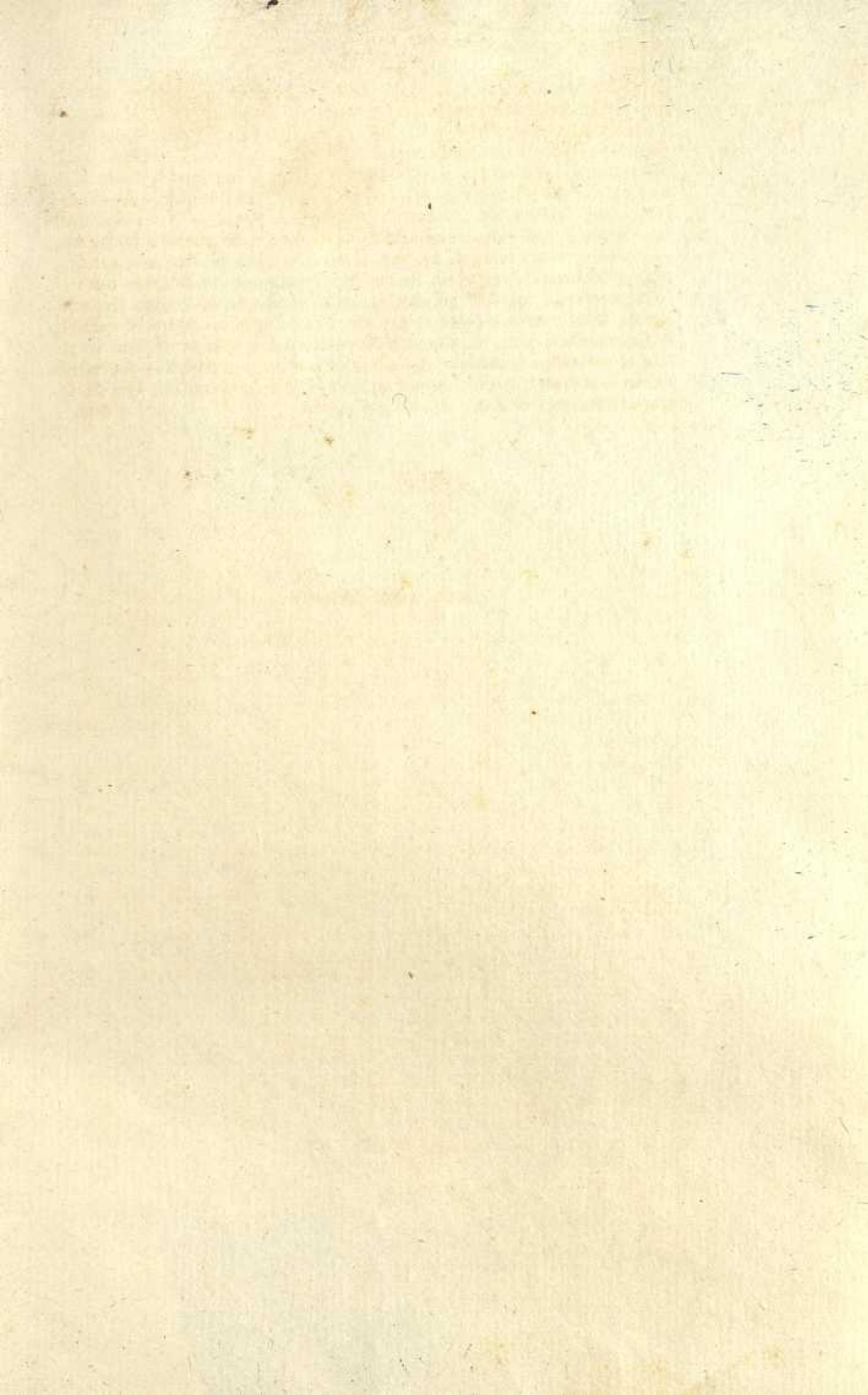
Vuelta de Napoleon á París.—Alborozo público.—Distribucion de las banderas tomadas al enemigo.—Decreto del Senado mandando erigir un monumento triunfal.—Napoleon dedica sus primeras atenciones al estado de la Hacienda.—Resulta la compañía de los *Comerciantes reunidos* con un débito á la Tesorería de una suma de ciento y cuarenta y un millones.—Napoleon descontento de M. de Marbois le separa de su destino poniendo en su lugar á M. Mollien.—Restablecimiento del crédito.—Fórmase un tesoro de los tributos sacados en las tierras conquistadas.—Ordenes relativas á la vuelta del ejército, á la ocupacion de Dalmacia, y á la conquista de Nápoles.—Continuación de los negocios de Prusia.—Ratificase el tratado de Schœnbrunn con ciertas reservas.—Nueva embajada del conde de Haugwitz á Napoleon.—Hácese de nuevo el tratado de Schœnbrunn en París; pero con algunas obligaciones mas y algunas ventajas menos para la Prusia.—Sale enviado á Berlin el señor de Lucchesini á explicar la razon de estas nuevas mudanzas.—Queda por fin ratificado el tratado de Schœnbrunn, pasado á llamarse de París, y vuélvese el conde de Haugwitz á Prusia.—Predominio de la Francia.—Entrada de José Bonaparte en Nápoles.—Ocupacion de Venecia por los franceses.—Demórase la entrega de la Dalmacia.—Detiénesse el ejército francés en el Inn esperando á que sea entregada Dalmacia y repárese por las provincias ocupadas mas capaces de darle sustento.—Padecimientos de los paises ocupados.—Situacion de la corte de Prusia despues de la vuelta del conde de Haugwitz á Berlin.—Va el duque de Brunswick enviado á San Petersburgo para dar allí explicaciones de la conducta del gobierno prusiano.—Estado de la corte de Rusia.—Disposicion de ánimo de Alejandro despues de la batalla de Austerlitz.—Recibimiento hecho al duque de Brunswick.—Inútiles esfuerzos de la Prusia para lograr que la Rusia y la Inglaterra aprueben la ocupacion de Hannover.—Declara la guerra Inglaterra á Prusia.—Muerte de M. Pitt y subida de M. Fox al ministerio.—Esperanzas de paz.—Entáblanse tratos entre M. Fox y M. de Talleyrand.—Va enviado lord Yarmouth á París en calidad de negociador confidencial.—Disposiciones fundamentales de una paz marítima.—Los empleados austriacos en las Bocas del Cattaro en vez de entregar aquel distrito á los franceses le entregan á los rusos.—Amenazas de Napoleon á la corte de Viena.—Envia la Rusia al Sr. de Oubril á París con encargo de impedir un movimiento del ejército francés contra el Austria y de proponer la paz.—Lord Yarmouth y el Sr. de Oubril, negocian á un tiempo en París.—Posibilidad de una paz general.—Cálculo de Napoleon encaminado á dar largas á la negociacion pendiente.—Sistema del Imperio francés.—Créanse reyes vasallos, y grandes duques y duques.—Es José rey de Nápoles, así como Luis de Holanda.—Disolucion del Imperio germánico.—Confederacion del Rhin.—Movimiento del ejército francés.—Gobierno interior de Francia.—Obras públicas.—De la columna de la plaza de Vendôme, del Louvre, de la calle Imperial y del arco de la Estrella.—Caminos y canales.—Consejo de Estado.—Creacion de la Universidad.—Presupuesto de 1806.—Restablecimiento de la contribucion de la sal.—Nuevo sistema de tesorería.—Nueva planta del Banco de Francia.—Continuacion de las negociaciones con Rusia é Inglaterra.—Tratado



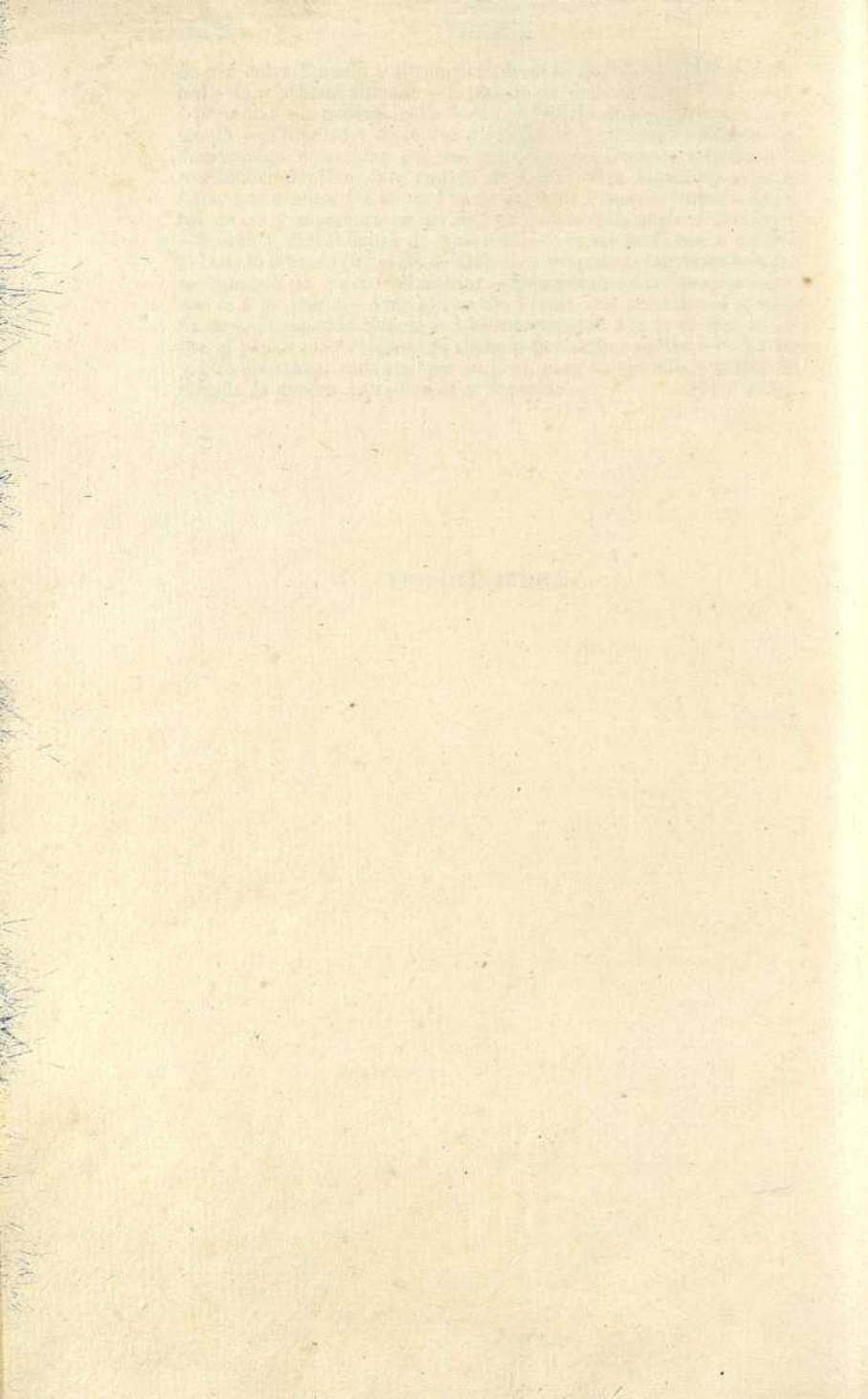


de paz entre Francia y Rusia, firmado el 20 de julio por el Sr. de Oubril.—Con haberse firmado este tratado se determina lord Yarmouth á presentar sus poderes.—Va lord Lauderdale de adjunto á lord Yarmouth.—Dificultades de la negociacion con Inglaterra.—Algunas indiscreciones cometidas por los negociadores ingleses tocante á la restitution de Hannover causan en Berlin viva inquietud.—Voces falsas que exaltan los ánimos en la corte de Prusia.—Nuevos impetus de ira y esperanza en Berlin, y resolucion de apelar á las armas.—Pasma y desconfianza de Napoleon.—Niégase la Rusia á ratificar el tratado firmado por el Sr. de Oubril, y propone condiciones nuevas.—Napoleon no quiere admitirlas.—Encaminanse las cosas generalmente á la guerra.—Pide el rey de Prusia que se retire el ejército francés.—Responde Napoleon á esta pretension con la de que se retire el prusiano.—Prolongado silencio por ambas partes.—Salen uno y otro soberano, cada cual por su lado, para su ejército.—Queda declarada la guerra entre Prusia y Francia. 391 á 603.

### FIN DEL INDICE.

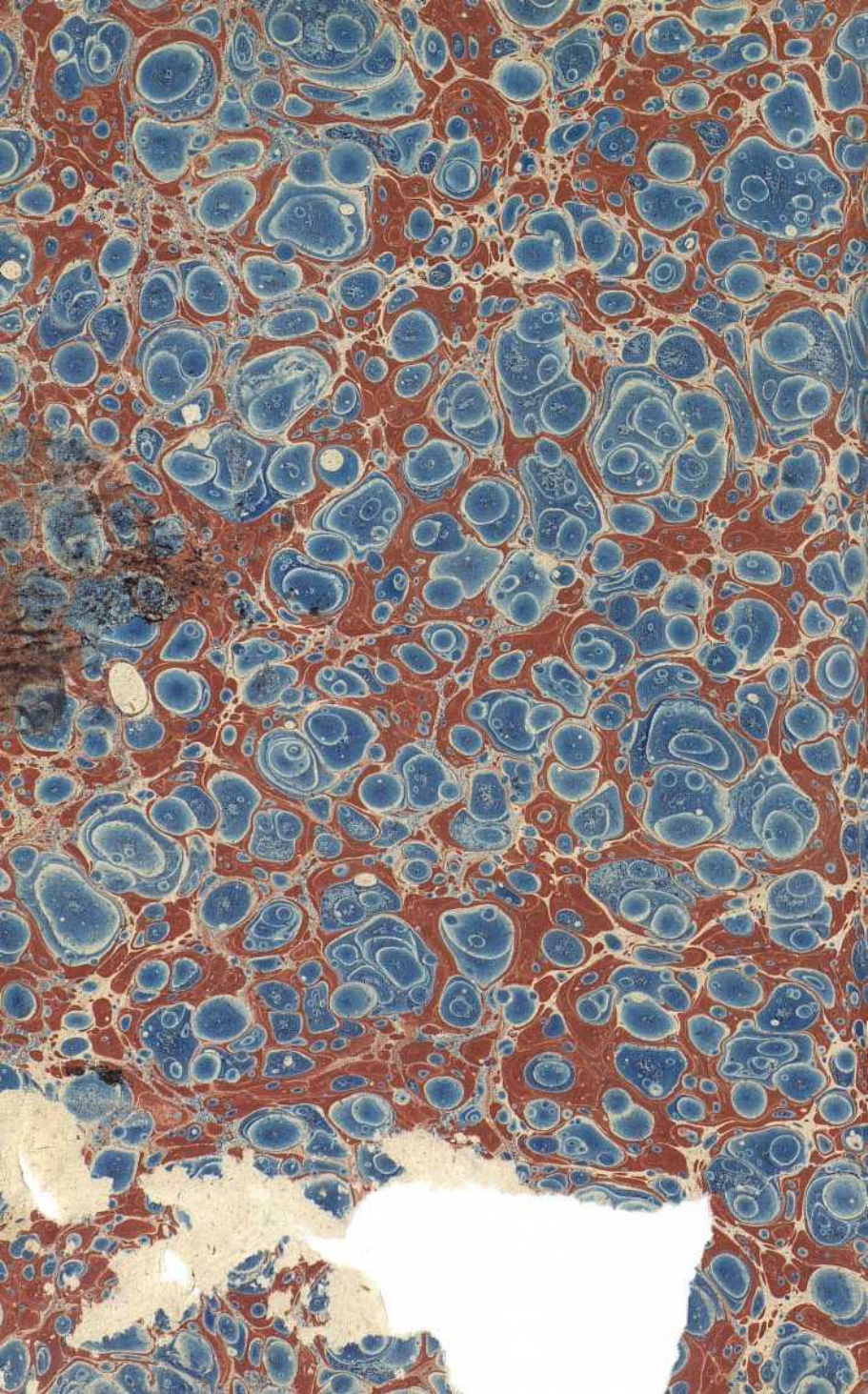




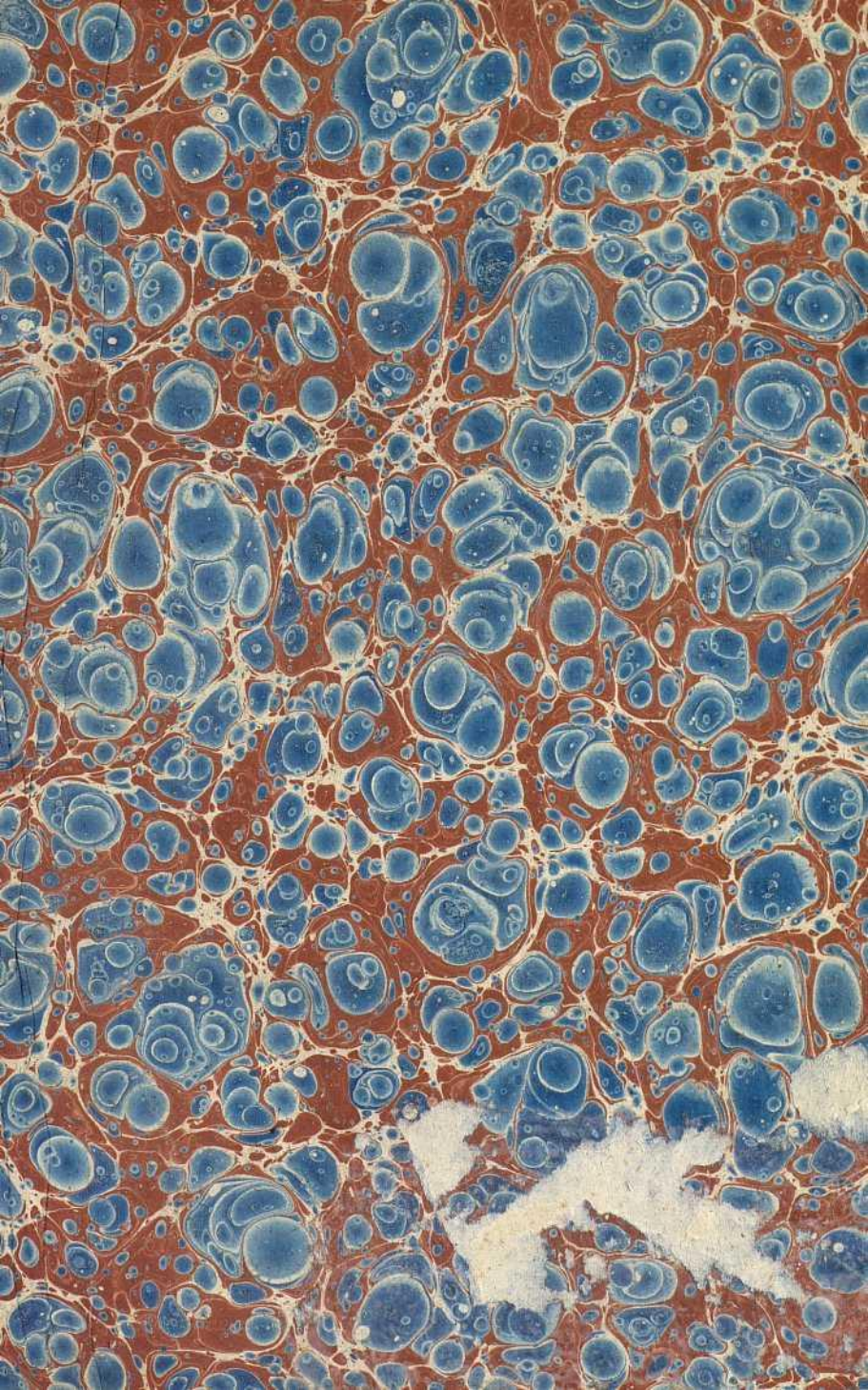




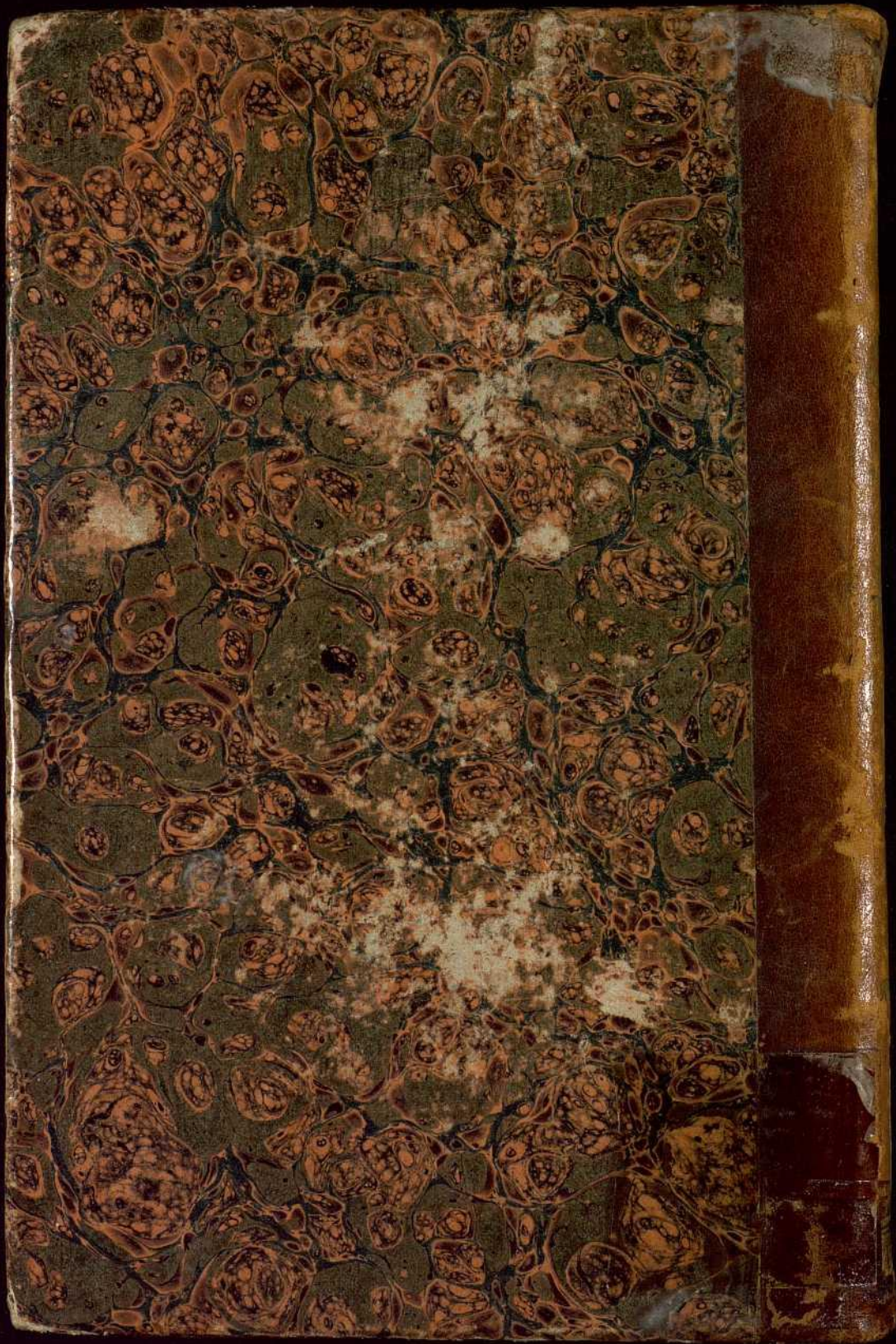












CONSTITUCION  
DEL  
CONSTITUENTE

6

FAN  
XIX  
231e